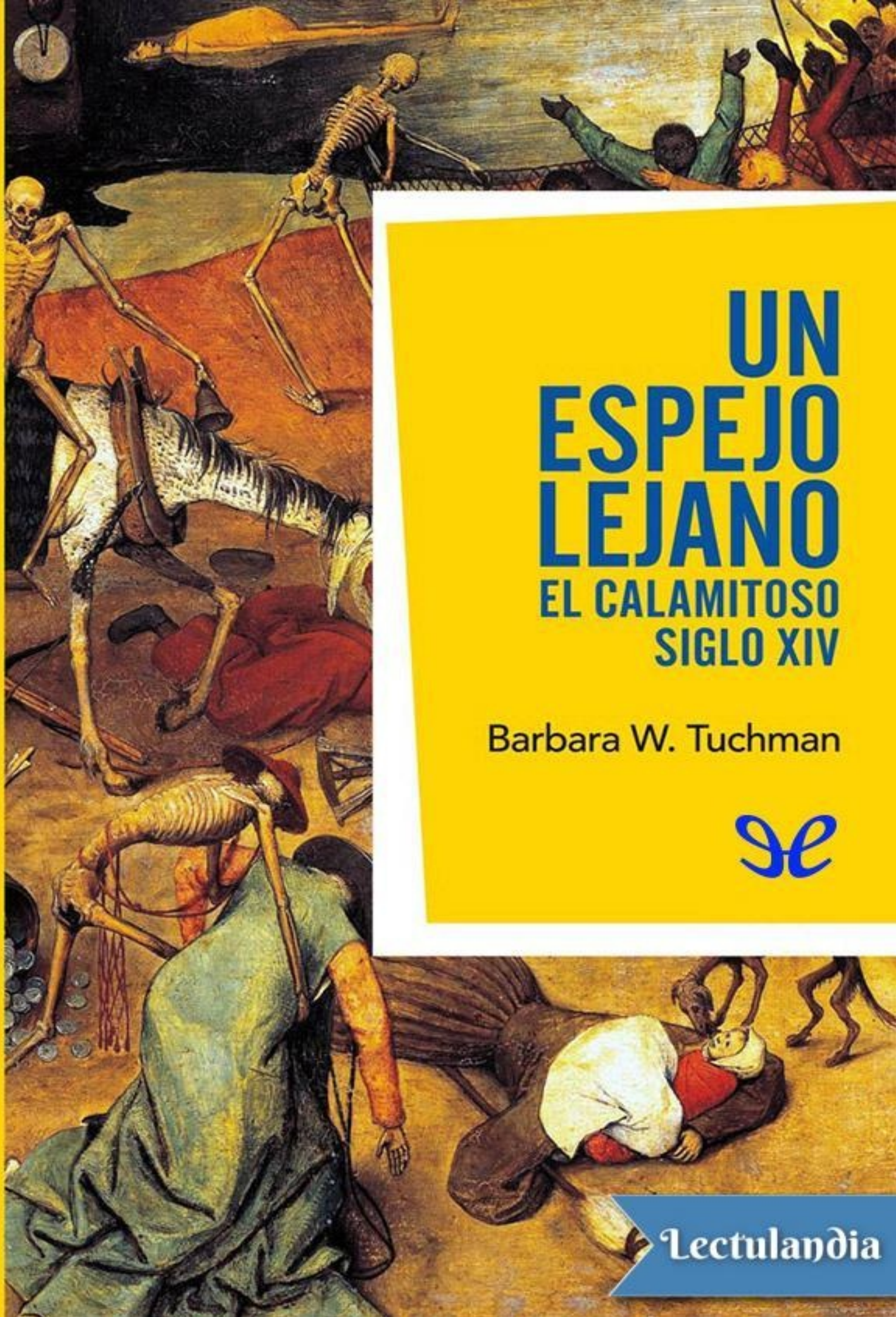


UN ESPEJO LEJANO

EL CALAMITOSO SIGLO XIV

Barbara W. Tuchman

Lectulandia

Un espejo lejano es, sin duda, la obra maestra de Barbara W. Tuchman, quien nos ofrece aquí, con gran habilidad expositiva y un conocimiento sólido de la época, un retrato vívido de la Europa Occidental en el siglo XIV, la centuria de la Peste Negra (1348-1350) y la Guerra de los Cien Años. Tomando como hilo narrativo la vida del noble Enguerrand VII de Coucy (1340-1397), el más experto y diestro de todos los caballeros de Francia, y gracias a sus admirables dotes de síntesis y de caracterización, *Un espejo lejano* nos suministra una imagen elocuente de los dramáticos avatares del siglo XIV, una mala época para la humanidad según el historiador Simonde de Sismondi, un momento tremendamente violento, sangriento y tan devastador que puede parangonarse al siglo XX.

Lectulandia

Barbara W. Tuchman

Un espejo lejano

El calamitoso siglo XIV

ePub r1.0
FLeCos 01.04.17

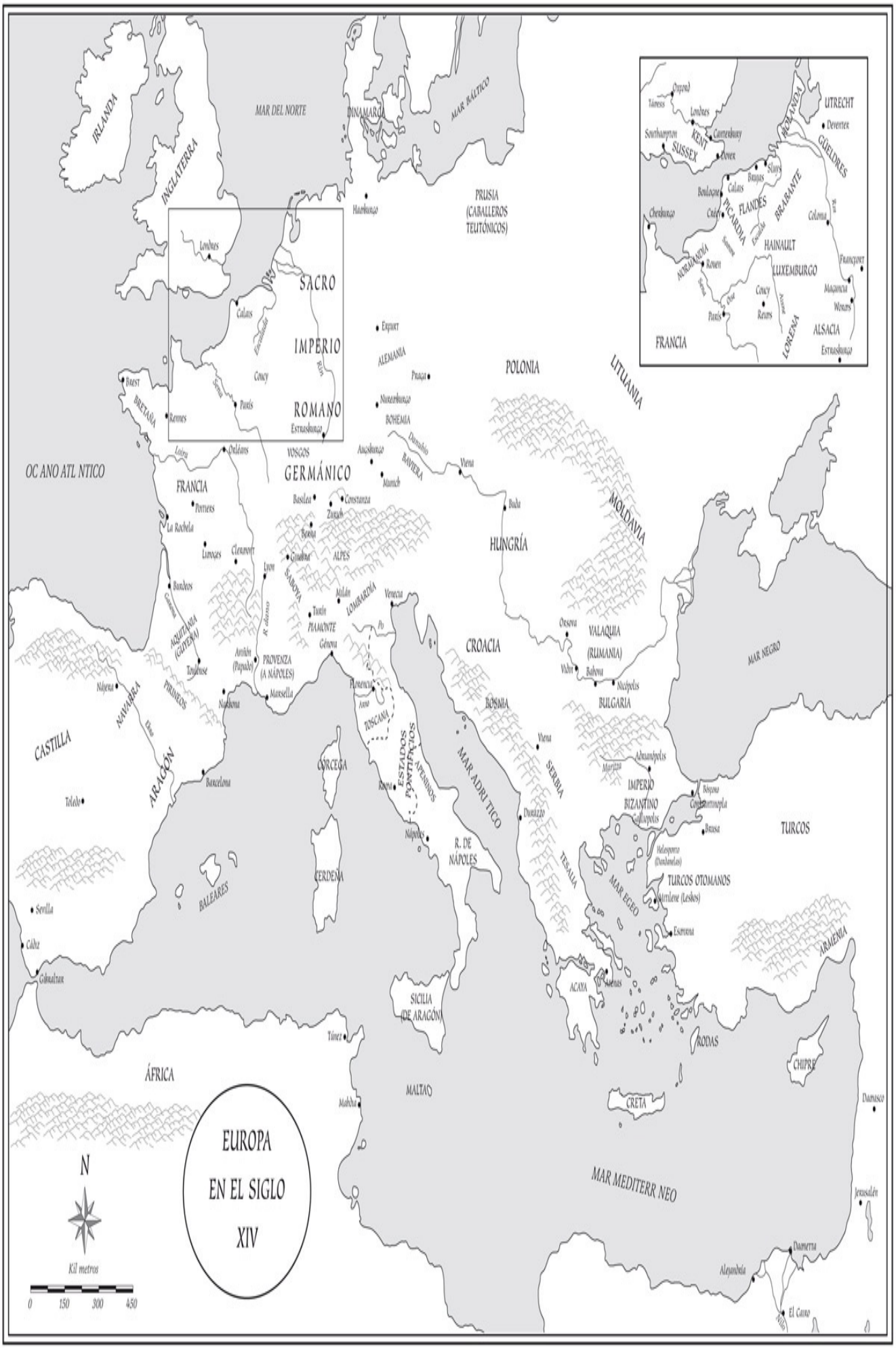
Título original: *A Distant Mirror: The Calamitous 14th Century*
Barbara W. Tuchman, 1978
Traducción: José Antonio Gutiérrez-Larraya Planas

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Pues la humanidad es siempre la misma y nada se pierde en la naturaleza, aunque todo se modifica.

JOHN DRYDEN. *Sobre los personajes de los «Cuentos de Canterbury», en el prólogo a Fábulas, antiguas y modernas*.


EUROPA
EN EL SIGLO
XIV
N
Kil metros
0 150 300 450
IRLANDA
INGLATERRA
MAR DEL NORTE
DINAMARCA
MAR BÁLTICO
PRUSIA
(CABALLEROS
TEUTÓNICOS)
SACRO
IMPERIO
ROMANO
GERMÁNICO
ALEMANIA
POLONIA
LITUANIA
BOHEMIA
BAVIERA
VOSGOS
FRANCIA
OC ANO ATL NTICO
BRETAÑA
ALPES
SABOYA
LOMBARDÍA
PIAMONTE
PROVENZA
(A NÁPOLES)
AQUITANIA
(GUYENA)
PIRINEOS
NAVARRA
CASTILLA
ARAGÓN
BALEARES
CÓRCEGA
CERDEÑA
TOSCANA
ESTADOS
PONTIFICIOS
APENINOS
MAR ADRI TICO
R. DE
NÁPOLES
SICILIA
(DE ARAGÓN)
MALTA
ÁFRICA
CROACIA
BOSNIA
SERBIA
TESALIA
ACAYA
MAR EGEO
RODAS
CRETA
CHIPRE
ARMENIA
TURCOS
TURCOS OTOMANOS
IMPERIO
BIZANTINO
BULGARIA
VALAQUIA
(RUMANIA)
MOLDAVIA
HUNGRÍA
MAR NEGRO
MAR MEDITERR NEO
UTRECHT
GÜELDRES
FLANDES
PICARDIA
BRABANTE
HAINAULT
LUXEMBURGO
ALSACIA
LORENA
FRANCIA
KENT
SUSSEX
HOLANDA
Londres
Calais
Coucy
París
Rennes
Brest
Orléans
Poitiers
La Rochela
Burdeos
Toulouse
Narbona
Marsella
Barcelona
Toledo
Sevilla
Cádiz
Gibraltar
Túnez
Mahdia
Nápoles
Roma
Florencia
Génova
Turín
Milán
Venecia
Ginebra
Lyon
Basilea
Constanza
Zurich
Berna
Munich
Augsburgo
Praga
Nuremburgo
Erfurt
Viena
Buda
Orsova
Vidin
Bahova
Nicópolis
Adrianópolis
Bósforo
Constantinopla
Brusa
Gallipolis
Helesponto
(Dardanelos)
Mitilene (Leskos)
Esmirna
Atenas
Damasco
Jerusalén
Damietta
Alejandría
El Cairo
Nilo
Dunaj
Rin
Sena
Loira
Ebro
Po
Danubio
Escalda
Rhin
Sambre
Oise
Aisne
Marne
Oxford
Tánesis
Southampton
Cantenbury
Dover
Bruges
Sluys
Boulogne
Cherburgo
Créci
Rouen
Paris
Coucy
Reims
Francfort
Maguncia
Worms
Colonia
Estrasburgo
Cambrai
Saona
Escalda
Rin
Sena
Oise
Aisne
Marne

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi agradecimiento a cuantos, de una manera u otra, me ayudaron a escribir este libro: a Maître Henri Crepin, primer teniente de alcalde de Coucy-le-Château y presidente de la Asociación para la Restauración del Castillo de Coucy y sus alrededores, por su hospitalidad y su guía; a mi editor Robert Gottlieb por su entusiasmo y fe en mi obra, así como sus juiciosas indicaciones críticas; a mi hija Alma Tuchman por su colaboración esencial, a mi amiga Katrina Romney por su constante interés, y a ambas por las sagaces sugerencias que hicieron durante la lectura del original. Por la ayuda que me prestaron en las intrincadas cuestiones medievales, estoy especialmente en deuda con los profesores Elizabeth A. R. Brown y John Henneman; con el profesor Howard Garey por aclararme problemas del francés de la Edad Media, y con el señor Richard Famiglietti, que puso a mi disposición su familiaridad con las fuentes del período tratado. Por sus consejos, orientaciones, traducciones y respuestas a consultas, debo manifestar mi agradecimiento a los profesores John Benton, Giles Constable, Eugene Cox, J. N. Hillgarth, Harry A. Miskimin, Lynn White, señora Phyllis W. G. Gordan y John Plummer de la Biblioteca Morgan; en Francia, a los profesores Robert Fossier de la Sorbona, Raymond Cazelles de Chantilly, Philippe Wolff de Toulouse, señora Thérèse d'Alveney de la Biblioteca Nacional, señor Yves Metman de los Archivos Nacionales (Bureaux des Sceaux), señor Georges Dumas de los Archivos del Aisne, y señor Depouilly del Museo de Soissons; al profesor Irwin Saunders por haberme presentado al Instituto de Estudios Balcánicos de Sofía, y a las profesoras Topkova-Zaimova e Isabel Todorova de dicho Instituto por asistirme en mi visita a Nicópolis; a la Biblioteca Widener de Harvard y la Biblioteca Sterling de Yale por las facilidades que me concedieron en el préstamo de libros, y a los serviciales y bien informados empleados de la Biblioteca Pública de Nueva York por su ayuda en muchos aspectos. Siento igual gratitud por muchísimas otras personas que intervinieron brevemente para auxiliarme durante mi viaje de siete años.

PREÁMBULO

EL PERÍODO, EL PROTAGONISTA, LOS RIESGOS

La génesis de este libro fue el deseo de averiguar qué efecto tuvo en la sociedad el desastre más mortífero que recuerda la historia, es decir, la Peste Negra de 1348-1350, la cual, según se estima, mató un tercio de la gente que vivía entre la India e Islandia. Teniendo en cuenta la situación en nuestro tiempo, resulta patente la razón de mi curiosidad. La respuesta fue esquiva porque el siglo XIV sufrió, en palabras de un contemporáneo, tantos «extraños y grandes peligros y adversidades», que sus desórdenes no pueden atribuirse a una sola causa. Se encontraban las huellas de los cascos de jinetes que no eran cuatro, como en la visión de san Juan, sino siete: plaga, guerra, impuestos, bandidaje, mal gobierno, insurrección y cisma en la Iglesia. Todos, salvo la peste, brotaron de un estado de cosas preexistente a la Peste Negra y se prolongaron después de haberse extinguido la pandemia.

Si mi pregunta inicial quedó, en parte, sin contestación, el período en sí mismo —violento, atormentado, desconcertado, sufriente y desintegrador, una época en que Satanás triunfó, como muchos pensaron— encerraba un interés seductor y, a mi juicio, consolador para el actual, de similar confusión. Porque si las dos últimas décadas de presupuestos en bancarrota han sido un tiempo de malestar poco común, tranquiliza saber que la especie humana ha sobrevivido a azares peores.

Es singular que los «paralelos fenoménicos» hayan sido aplicados por otro historiador a los primeros años del siglo presente. Al comparar las consecuencias de la Peste Negra y de la Primera Guerra Mundial, James Westfall Thompson encontró exactamente los mismos males: caos económico, intranquilidad social, precios elevados, agio, depravación moral, falta de producción, indolencia industrial, ostentación frenética, derroche, lujo, vida disoluta, histeria colectiva y religiosa, codicia, avaricia, desorden administrativo y decadencia de los modales. «La historia jamás se repite —dijo Voltaire—; el hombre siempre». Tucídides justificó su obra con tal principio.

Epitomizado por el historiador suizo Jean-Charles Simonde de Sismondi, el siglo XIV fue «una mala época para la humanidad». Hasta hace poco, los historiógrafos propendían a detestarlo y eludirlo, porque no lograban que encajase dentro de la pauta del progreso de los seres humanos. Mas, tras las espantosas experiencias del siglo XX, sentimos mayor simpatía por una edad desconcertada, cuyas reglas se quebraban bajo la presión de acontecimientos adversos y violentos. Reconocemos con una dolorosa sensación los síntomas de «un período de angustia en el que no existe percepción de un futuro cierto».

El intervalo de seiscientos años permite que se abulte lo significativo en el carácter humano. Las gentes de la Edad Media vivieron en circunstancias mentales, morales y físicas tan distintas de las nuestras, que se presentan casi como miembros de una civilización exótica. Asimismo, cualidades de conducta que reconocemos en ambiente tan diverso se revelan como permanentes en la naturaleza humana. Si nos empeñásemos en buscar una moraleja en la historia, la encontraríamos en esto, como descubrió el medievalista francés Édouard Perroy, cuando escribía una obra sobre la Guerra de los Cien Años, mientras esquivaba a la Gestapo durante la Segunda Guerra Mundial. «Ciertos modos de comportamiento —escribió—, ciertas reacciones frente al destino, se aclaran mutuamente».

Los cincuenta años siguientes a la Peste Negra de 1348-1350 son el meollo de lo que, en mi opinión, forma un período histórico coherente, que va de manera aproximada desde 1300 al 1450, y algunos años más. Para atenerme a un ámbito manejable, he elegido la vida de un individuo como hilo de mi narración. Prescindiendo del interés humano que el procedimiento suscite, se tiene la ventaja de haber de atenerse a la realidad de modo estricto. Se me exige así que siga las circunstancias y el encadenamiento de una existencia medieval auténtica, llévenme a donde me llevaren, y me llevarán, creo, a una versión más verídica de la época que si hubiera desarrollado un plan preconcebido.

El individuo en cuestión no es rey o reina, porque personas de ese rango se presentan *ipso facto* como excepcionales y, además, han sido sobradamente estudiadas; tampoco un plebeyo, porque la vida de los de su clase no suele tener el amplio vuelo que yo necesitaba; ni un sacerdote o un santo, porque quedan uno y otro fuera de los límites de mi comprensión; ni una mujer, porque cualquiera medieval, de existencia documentada de modo adecuado, hubiera sido atípica.

La elección, por consiguiente, quedaba reducida a un miembro del segundo estado —o sea, de la nobleza—, y recayó en Enguerrand VII de Coucy, último de una gran dinastía y «el más experto y diestro de todos los caballeros de Francia». Su vida, de 1340 a 1397, coincidía con el lapso de tiempo que me importaba, y, desde la muerte de su madre, durante la gran plaga, hasta la suya, muy oportuna, en el desastre culminante del siglo, parecía creada para cumplir mi intento.

Por su matrimonio con la hija mayor del soberano de Inglaterra, adquirió una lealtad doble que enlazó a las dos naciones en guerra, la cual ensanchó el horizonte de su carrera y dio riqueza a sus intereses; intervino, por lo regular de forma destacada, en todos los dramas públicos de su país y de su edad, y tuvo el buen juicio de convertirse en el mecenas del más grande cronista contemporáneo, Jean Froissart, con el resultado de que se conoce más de él de lo que tal vez se hubiera sabido en otras circunstancias. Tiene una imperfección molesta: no se conserva ningún retrato suyo. Sin embargo, se compensa para mí con una ventaja: salvo un breve artículo publicado en 1939, nada se ha escrito en inglés sobre él, y no hay ninguna biografía directa y fidedigna de él en francés, exceptuada una tesis doctoral de 1890 que sigue

en forma de manuscrito. Me gusta trabajar con mis propios medios.

Suplico al lector que haga acopio de paciencia al trabar conocimiento con Coucy, porque sólo puede conocérsele sobre el fondo y los sucesos de su tiempo, que abarcarán la primera media docena de capítulos. Enguerrand compareció en la historia en 1358, a la edad de dieciocho años, y eso no ocurre hasta el capítulo 7.

Entro ahora en los riesgos de mi empresa. En primer lugar están los datos, inseguros y contradictorios, sobre fechas, cifras y hechos concretos. Las primeras parecerán tediosas y pedantes a algunos, pero son fundamentales, ya que establecen la secuencia —lo que precede y lo que sigue—, y llevan, por lo tanto, a la comprensión de causa y efecto. Por desdicha, la cronología medieval es muy difícil de precisar. Se consideraba que el año principiaba en Pascua, y como ésta podía celebrarse entre el 22 de marzo y el 22 de abril, se prefería generalmente la data fija del 25 de marzo. La reforma del calendario del papa Gregorio XIII, que no se llevó a cabo hasta los últimos tiempos del siglo XVI, no fue aceptada por doquier hasta el XVIII, lo que hace que el año en que los sucesos de los meses de enero, febrero y marzo pertenecen al XIV sea un enigma perenne, situación aún más complicada por el uso de los años de reinado (que se cuentan desde la entronización del soberano) en los documentos oficiales ingleses de dicho siglo y el empleo de los pontificios en ciertos casos. Además, los cronistas no fechaban un acontecimiento según el día del mes, sino conforme al calendario religioso. Por ello se habla, por ejemplo, de dos días antes de la Natividad de la Virgen, del lunes después de la Epifanía, de la fiesta de san Juan Bautista o del tercer domingo de Cuaresma. Fruto de esta imprecisión es que se confunde no sólo al historiador, sino a los hombres del siglo XIV, que pocas veces, en caso de que haya alguna, coinciden en datar un acontecimiento en idéntico día.

No menos fundamentales resultan las cifras, pues indican qué cantidad de la población se ve envuelta en una situación dada. La crónica exageración de las medievales —por ejemplo, la de una hueste—, aceptada como válida, indujo en el pasado a considerar la guerra de la Edad Media como análoga a la moderna, de lo que distó mucho en medios, método y finalidad. Debe darse por descontado que las cifras medievales sobre fuerzas militares, bajas en los combates, fallecimientos en las pestes, hordas revolucionarias, procesiones o cualquier multitud aumentan en general varios centenares su verdadero porcentaje. Los cronistas usaban los números no como datos, sino como un recurso literario para asombrar o aterrar al lector. La utilización de las cifras romanas contribuyó a la falta de precisión y a la tendencia a redondear las cantidades, que eran aceptadas por buenas y repetidas generación tras generación de historiadores. Sólo desde el término del siglo pasado los estudiosos empezaron a reexaminar los documentos y a averiguar, por ejemplo, la fuerza exacta de una tropa expedicionaria, basándose en los registros del pagador habilitado. No obstante, no existe acuerdo en muchos casos. J. C. Russell establece la población de Francia anterior a la peste en veintiún millones, Ferdinand Lot en quince o dieciséis, y Édouard Perroy en diez u once. El volumen de la población afecta al estudio de todo

lo demás —impuestos, longevidad, comercio y agricultura, carestía o abundancia—, y en tales cuestiones hay cantidades de las autoridades modernas que discrepan en un cien por cien. Las de los cronistas que parecen claramente distorsionadas se presentan entrecomilladas en mi texto.

Las discrepancias en determinados hechos se debieron a menudo a errores de la tradición oral o a malas lecturas posteriores de los manuscritos, como cuando la señora de Courcy, protagonista de un escándalo internacional, fue confundida por un historiador del siglo XIX, normalmente cuidadoso, con la segunda esposa de Coucy, lo que me abrumó, durante algún tiempo, con una tremenda confusión. El conde de Auxerre en la batalla de Poitiers mereció de los cronistas ingleses los nombres de Aunser, Aussure, Soussiere, Usur y Waucerre, y en las *Grandes Chroniques* de Francia el de Sancerre, personaje muy distinto de él. Enguerrand se escribía Ingelram en Inglaterra. No sorprenderá, pues, que yo imaginase que Canolles era una variante del nombre del notorio capitán de bandidos Arnaut de Cervole, hasta que descubrí, cuando las circunstancias se resistieron a darme la razón, que se trataba de una variante de Knowles o Knollys, capitán inglés no menos famoso. Aunque secundarias, dificultades como éstas llegan a exasperar.

Isabel de Baviera, reina de Francia, es descrita por un historiador como alta y rubia, y por otro como «una mujercita morena y vivaracha». El sultán turco Bayaceto, que tenía entre sus contemporáneos la reputación de audaz, emprendedor y belicoso, y que mereció el sobrenombre del Rayo por la rapidez de sus ataques, según un historiador húngaro moderno fue «afeminado, sensual, irresoluto y vacilante».

Casi puede aceptarse como axiomático que la declaración sobre un hecho referente a la Edad Media encontrará (y encuentra) una que la contradiga o una versión diferente. Había más mujeres que hombres, porque los varones perecían en la guerra; los hombres aventajan en número a las hembras, porque éstas fallecían al parir. El vulgo conocía la Biblia; el vulgo no conocía la Biblia. Los nobles estaban horros de impuestos; no, los pagaban. Los labradores franceses eran sucios, apestaban y vivían a fuerza de pan y cebollas; los labradores franceses comían cerdo, caza de pelo y pluma, y frecuentaban los establecimientos de baños de los pueblos. La lista podría alargarse hasta lo infinito.

Sin embargo, las contradicciones forman parte de la vida, y no son mera cuestión de pruebas contrapuestas. Pido al lector que espere contradicciones, no uniformidad. Ningún aspecto de la sociedad, usos, costumbres, movimiento y progreso se halla a salvo de excepciones. Campesinos hambrientos moran en chozas junto a campesinos prósperos que duermen sobre colchones de plumas. Se maltrata a los niños y se les ama. Los caballeros alardean de honor y se convierten en bandoleros. En pleno despoblamiento y desastre, jamás fueron más extremados la extravagancia y el esplendor. Ninguna edad está ordenada metódicamente, o hecha con una urdimbre regular, y en lo abigarrado del tejido ninguna puede compararse a la Edad Media.

Hay que recordar también que los cambios de color del Medievo dependen de

quien lo contemple. Los prejuicios y puntos de vista de los historiadores —y, por consiguiente, la selección del material de trabajo— se han transformado en gran manera durante seiscientos años. Durante los tres siglos que siguieron al XIV la historia fue virtualmente la genealogía de la nobleza, dedicada a trazar los linajes dinásticos y los vínculos de parentesco, y estuvo animada por la noción de que el aristócrata era un ser aparte. Tales obras, hercúlea labor de anticuario, rebosan de información que va más allá del interés dinástico, como el pasaje de Anselme sobre el señor gascón que legó cien libras para dotar a las doncellas que había desflorado.

La Revolución francesa señala un vuelco, por el que el historiador vio al hombre común como héroe, al pobre como virtuoso *ipso facto*, y a aristócratas y soberanos como monstruos de iniquidad. Simeon Luce, en su historia de la jacquerie, es uno de ellos, parcial en sus textos, pero único en sus investigaciones e inapreciable por sus documentos. Los gigantes del siglo XIX y principio del XX, que exhumaron y publicaron las fuentes, anotaron y editaron las crónicas, coleccionaron documentación literaria, leyeron y extractaron cúmulos de sermones, tratados, cartas y otras materias primas, allanaron el campo que sus seguidores recorrerían. Ahora su obra es complementada y equilibrada por los medievalistas posteriores a Marc Bloch, de concepción más sociológica y más atentos a detallar hechos concernientes a la vida diaria, como, por ejemplo, el número de obleas vendidas en una diócesis, como indicio de la observancia religiosa.

Mi libro está en deuda con todos ellos, a partir de los cronistas. Sé perfectamente que no está de moda entre los medievalistas de hoy día descansar en las crónicas; pero me parecen indispensables para tener una percepción de la época y de sus actitudes. Además, su estilo, como el mío, es narrativo.

Y no obstante toda esta riqueza, quedan espacios vacíos, en los que el problema estriba no en lo contradictorio de la información, sino en la falta absoluta de ésta. A fin de colmar las lagunas, debe recurrirse a lo que se presenta como la explicación lógica y natural, lo cual da razón de la abundancia de «probablemente» y «es de presumir» de mi texto, molesta, pero inevitable, por culpa de la ausencia de hechos documentados.

Un riesgo mayor, inherente a la propia índole de la historia escrita, consiste en la sobrecarga negativa, en la desproporcionada supervivencia del lado sombrío: maldad, miseria, contienda y daño. Ocurre con la historia lo mismo que con los periódicos. Lo normal no es noticia. La historia se compone de los documentos que llegan a nosotros, y éstos se refieren a crisis y calamidades, crímenes y malas acciones, porque tales cosas son la materia principal de los procesos, tratados, denuncias moralizadoras, sátiras literarias y bulas pontificias. Jamás hubo papa que diera una bula para aprobar algo. Esta sobrecarga negativa se advierte en el reformador religioso Nicolas de Clamanges, que, al denunciar en 1401 a los prelados ineptos y mundanos, dijo que su ansiedad por lograr la reforma le llevaba a no tratar de los clérigos buenos, porque «no tienen importancia frente a los hombres perversos».

Los desastres raras veces son tan amplios y constantes como parece desprenderse de la documentación. El hecho de estar registrados los hace aparecer continuos y ubicuos, aun cuando resulta más probable que fuesen esporádicos tanto en el tiempo como en el espacio. Además de esto, como sabemos por experiencia propia, lo normal persiste más que el efecto de lo anormal. Después de leer la prensa de nuestros días, cualquiera esperaría enfrentarse con un mundo de huelgas, crímenes, crisis energéticas, cortes de suministro de agua, ferrocarriles atollados, tiroteos en las escuelas, atracos, adictos a las drogas, neonazis y violadores. En realidad, se puede salir —con suerte— de casa por la noche sin topar con más de un par de estos fenómenos. Todo ello me ha llevado a formular la siguiente ley de Tuchman: «El hecho de ser publicado multiplica el alcance aparente de un hecho deplorable por cinco o por diez» (o por la cifra que el lector crea más justa).

El obstáculo final consiste en la dificultad de comprender, de penetrarse auténticamente de los valores mentales y emocionales de la Edad Media. La mayor barrera se encuentra, a mi entender, en el cristianismo de entonces, molde y ley de la existencia, omnipresente y coactivo. Su principio insistente de que la vida del espíritu y el más allá eran superiores al aquí y ahora, a lo de la tierra, no es compartida por el mundo moderno, por muy devotos que sean los cristianos de nuestros días. El quebrantamiento de este principio y su sustitución por la creencia en el valor del individuo, y en una vida activa no centrada necesariamente en Dios, crearon la Edad Moderna y dieron fin a la Media.

El problema está en que la sociedad medieval, aunque profesase renunciar a la vida de los sentidos, no lo hizo en la práctica, en especial la Iglesia. Muchos lo intentaron y pocos lo consiguieron; pero la generalidad de los humanos no nació para la renunciación. En ningún tiempo se prestó más atención al dinero y los bienes que en el siglo XIV, y su afición a lo carnal fue la misma que en todas las edades. No pueden suprimirse el hombre económico y el hombre sensual.

El abismo que separó el principio básico de la cristiandad medieval de la existencia cotidiana es la gran trampa del Medievo. El problema vibra en la historia de Gibbon, quien lo trató con ligereza delicada y maliciosa, punzando, siempre que la ocasión se le presentaba, lo que tenía por hipocresía del ideal cristiano como opuesto al natural funcionamiento humano. No creo, a pesar de la admiración que siento por el maestro, que el método de Gibbon fuera conforme a la cuestión. El hombre fue quien formuló el inalcanzable ideal cristiano y trató de sostenerlo, ya que no vivir de acuerdo con él, durante más de un milenio. Por consiguiente, hubo de representar una necesidad, algo más fundamental de lo que imaginaba el ilustrado Gibbon en el siglo XVIII, o de lo que sus elegantes ironías podían combatir. Si bien reconozco su presencia, se requiere un ánimo más religioso que el mío para identificarse con ello.

La caballería, doctrina política dominante de la clase poderosa, dejó un ancho hueco entre lo ideal y lo práctico. Fue una concepción del orden mantenido por el estamento guerrero y expresado en la imagen de la Tabla Redonda, forma natural

perfecta. Los caballeros del rey Arturo se arriesgaban en pro de lo justo contra dragones, encantadores y seres perversos, estableciendo el orden en un mundo turbulento. Por ello, sus remedos vivos tenían, en teoría, que obrar como defensores de la fe, puntales de la justicia y campeones de los oprimidos. En la práctica, ellos eran los opresores, y en el siglo XIV la violencia y la iniquidad de los hombres de espada se habían convertido en una de las principales razones del desorden. El sistema se desmorona cuando crece en demasía la separación entre lo imaginario y lo real. Así lo han reflejado siempre la historia y las narraciones; en el ciclo de Arturo, la Tabla Redonda se hace pedazos desde el interior. La espada vuelve al lago; el esfuerzo recomienza. A despecho de su violencia, afán destructivo, codicia y falibilidad, el ser humano conserva su visión del orden y prosigue su búsqueda.

NOTA SOBRE LA MONEDA

Las monedas medievales se derivaron de la libra de plata pura, con la que se acuñaron doscientos cuarenta peniques argénteos, posteriormente distribuidos en doce peniques por chelín o *sous*, y veinte chelines o *sous* por libra. El florín, ducado, franco, libra, escudo, marco y la libra inglesa fueron, en teoría, más o menos equivalentes a la libra original, aunque con el tiempo variaron su peso y contenido en oro. Lo más próximo a un patrón fue la pieza de tres gramos y medio de oro acuñada en Florencia (el florín) y Venecia (el ducado) a mediados del siglo XIII. La palabra «oro» agregada a una pieza, como franco de oro, escudo de oro o *mouton* de oro, significaba moneda contante y sonante. Cuando se expresaba sólo con el nombre de circulación o, en Francia, como la libra en una de sus distintas formas —*parisis*, *tournois*, *bordelaise*, cuyo valor difería levemente—, representaba dinero de cuenta, que existía sólo sobre el papel.

Habiendo atisbado lo complicado de la cuestión, aconsejo al lector no especializado que prescinda de ella, porque el nombre de las monedas y su equivalencia no significan nada, salvo en términos de poder adquisitivo. De vez en cuando, en referencia con la paga de los soldados, el jornal de los obreros, el precio de un caballo o de un arado, los gastos de una familia burguesa, las cifras de los tributos de fogaje y de las ventas, he intentado traducir los valores monetarios en su cambio actual. No he tratado de transformar las distintas monedas en el equivalente de una sola, como libras o francos, porque la paridad se alteró de continuo en consonancia con el contenido de oro o de plata de las piezas; por otra parte, el dinero corriente y el de cuenta de la misma denominación tenían un valor diferente. Por consiguiente, he adoptado en cada circunstancia las que citan los documentos o el cronista, y recomiendo al lector que piense en una cantidad que corresponda al número de monedas citadas.

NOTA.— En esta edición castellana han sido omitidas, de conformidad con la autora, las notas de referencia y la bibliografía.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

«SOY EL SEÑOR DE COUCY»: LA DINASTÍA

Formidable y vasto en una altura de Picardía, el castillo de Coucy, con sus cinco torres, dominaba el acceso a París desde el norte, no se sabe si como protector o como retador de la monarquía establecida en la capital. Arrancado del centro de la fortaleza, un gigantesco cilindro se alzaba a una altura que doblaba la de las cuatro torres de las esquinas. Era el *donjon*, o ciudadela medianera, la más grande de Europa, la más poderosa de su género edificada durante la Edad Media o posteriormente. De veintisiete metros de diámetro y cincuenta y cuatro de alto, capaz de albergar a un millar de hombres durante un asedio, empequeñecía y protegía el castillo, los tejados arracimados de la población, el campanario de la iglesia y los treinta torreones de la muralla maciza que ceñía el conjunto en la colina. Los viajeros, llegados desde cualquier dirección, divisaban aquel coloso desde varios kilómetros de distancia y, al aproximarse a él, sentían el espanto de los que, en tierra de infieles, veían las pirámides por vez primera.

Ebrios de magnificencia, los constructores habían proyectado el interior del *donjon* a escala sobrehumana: las contrahuellas de los peldaños medían entre treinta y seis y treinta y nueve centímetros, y los asientos de los ventanales distaban un metro y pico del suelo, como si hubiera de utilizarlos una estirpe de titanes. Los pétreos dinteles, con su volumen de dos metros cúbicos, no eran menos heroicos. Durante más de cuatrocientos años el linaje retratado en aquellas proporciones había exhibido la misma cualidad de exceso. Ambiciosos, peligrosos, a menudo feroces, los Coucys habían arraigado en un promontorio que la naturaleza formó para dominar. La cima de su colina señoreaba el paso del valle del Ailette al más dilatado del Oise. En ella habían desafiado a reyes, robado a la Iglesia, partido para las cruzadas y muerto en ellas; habían sido condenados y excomulgados por sus crímenes, ensanchado poco a poco sus posesiones, contraído enlaces matrimoniales con la realeza y fomentado un orgullo que se expresaba en su grito de guerra: *Coucy à la merveille!* Teniendo una de las cuatro grandes baronías de Francia, desdeñaron los títulos territoriales y adoptaron un lema de sencilla arrogancia:

Roi ne suis,
Ne prince ne duc ne comte aussi;
Je suis le sire de Coucy.

(No soy rey,

ni príncipe, duque o conde;
soy el señor de Coucy.)

El castillo, iniciado en 1223, era fruto del mismo estallido arquitectónico que había elevado las grandes catedrales, impulso surgido en el septentrión francés. Cuatro de las más importantes se construían al mismo tiempo que la fortaleza en Laon, Reims, Amiens y Beauvais, en un radio de ochenta kilómetros de Coucy. En todas partes la erección completa de una catedral exigía entre cincuenta y ciento cincuenta años; en cambio, las vastas obras de Coucy, incluidos el *donjon*, torres, baluartes y red subterránea, se completaron en el asombroso plazo de un septenio bajo el férreo tesón de Enguerrand III de Coucy.

El recinto del castillo encerraba una superficie de más de ochenta áreas. Las cuatro torres de las esquinas, cada una de veintisiete metros de alto y diecinueve y medio de diámetro, y sus tres lados exteriores se edificaron perpendicularmente al borde de la colina, constituyendo los flancos. La única entrada era una puerta fortificada en la parte interior, cercana al *donjon*; la protegían torres de guardia, foso y rastrillo. Daba al patio de armas, espacio vallado de unas doscientas cuarenta y tres áreas, con las caballerizas y otros edificios auxiliares, campo de justas y pasto para las monturas de los caballeros. Más allá, donde la colina se ensanchaba como la cola de un pez, estaba el pueblo, de tal vez cien casas, y la iglesia de campanario cuadrado. Tres puertas fortificadas, en la muralla externa que rodeaba la cumbre, dominaban el acceso al resto del mundo. Por el sur, hacia Soissons, la eminencia descendía en una ladera pina, fácilmente defendible; por el norte, en dirección de Laon, donde la colina se fundía con la meseta, un gran foso establecía una nueva defensa.

Dentro de muros de cinco metros y medio a nueve de grueso, una escalera en espiral enlazaba las tres plantas del *donjon*. Un agujero abierto, u «ojo», en la techumbre, repetido en el techo abovedado de cada piso, introducía algo más de luz y aire en la penumbra, y permitía que las armas y provisiones fueran izadas de una planta a otra sin tener que ascender por la escalera. El mismo hueco permitía que se dieran órdenes a voces a toda la guarnición simultáneamente. Entre mil doscientos y mil quinientos soldados podían congregarse a oír lo que se decía desde el piso intermedio. El *donjon* tenía cocinas, dijo un contemporáneo atónito, «dignas de Nerón», y un vivero de peces, alimentado por el agua de lluvia, en el coronamiento, más un pozo, hornos de panadero, bodegas, almacenes, enormes lares con chimenea en cada piso, y letrinas. Pasadizos subterráneos abovedados conducían a todas las partes de la ciudadela, al patio y a salidas secretas por las que la guarnición asediada podía aprovisionarse. Desde lo alto del *donjon* el observador veía toda la comarca hasta el bosque de Compiègne, a cuarenta y ocho kilómetros de distancia, lo que ponía a Coucy al abrigo de cualquier ataque por sorpresa. En diseño y en ejecución la

fortaleza era la que más se acercaba a la perfección de las estructuras militares de la Europa medieval, y la más audaz en tamaño.

Un solo concepto regía la construcción de un castillo: hacer de él no una residencia, sino un medio de defensa. En este sentido, era tan emblemático de la vida medieval como la cruz. En el *Roman de la Rose*, vasto compendio alegórico-didáctico, el castillo que encierra a la Rosa es la estructura central: que debía ser sitiado y conquistado con el fin de llegar a la meta del deseo erótico. En la vida real, su disposición atestiguaba la violencia, la posibilidad de un ataque, que esculpió la historia de la Edad Media. Su predecesora, la villa romana, había carecido de fortificaciones, pues la defendían la ley y las legiones romanas. Tras el colapso del Imperio, la sociedad era una cohorte de intereses inconexos y encontrados, que no estaban sujetos a una autoridad secular central o efectiva. Sólo la Iglesia ofreció un principio organizador, lo que justifica su éxito, porque el ente social no soporta la anarquía.

Saliendo de la turbulencia, la autoridad secular empezó a conformarse despacio en la monarquía, pero así que su poder se hizo efectivo chocó con la Iglesia, de un lado, y con los barones, de otro. Al propio tiempo, los burgueses comenzaron a desarrollar en las ciudades un orden propio y a vender su apoyo a nobles, obispos o reyes, a cambio de privilegios de libertades como «comunidades» libres. Por proporcionar la independencia para el desarrollo del comercio, los privilegios o cartas señalaron el ascenso del tercer estado urbano. El equilibrio político entre los grupos competidores resultaba inestable, pues el soberano no tenía tropas permanentes a su mando. Tenía que descansar en la obligación feudal de sus vasallos de cumplir servicios militares por tiempo limitado, que más tarde se suplieron por los pagados. Se seguía aún el deber personal, que se derivaba del feudo de posesión y del juramento de homenaje. El vínculo subyacente a la estructura política se basaba en el vasallaje, no en la ciudadanía. El Estado sufría todavía los dolores del parto.

Por méritos de su situación en el centro de Picardía, el dominio de Coucy era, como la corona reconocía, «una de las llaves del reino». Picardía, que casi limitaba con Flandes por el norte y el canal de la Mancha y los confines de Normandía por el oeste, aparecía como el lugar de tránsito más importante de la Francia septentrional. Sus ríos fluían hacia el mediodía, hasta el Sena, y hacia el oeste, hasta el canal. Su suelo fértil la convertía en la primera región agrícola francesa, con pastos, sembrados, islotes de bosques y un número cómodo de poblaciones. Las talas y desmontes, actos iniciales de la civilización, habían principiado con los romanos. Al comenzar el siglo XIV, Picardía constaba alrededor de doscientos cincuenta mil hogares, o sea, una población algo superior al millón de almas, lo que hizo de ella la única provincia de Francia, aparte Toulouse en el sur, más habitada en el período medieval que en el moderno. Sus gentes eran de talante enérgico e independiente, y sus ciudades, las

primeras en lograr privilegios y cartas de libertad.

En el penumbroso ámbito de la leyenda y la historia, el dominio de Coucy fue en su origen feudo de la Iglesia, concedido, se decía, a san Remigio, protoobispo de Reims, por Clodoveo, primer rey cristiano de los francos, allá por el año 500. Convertido por san Remigio, el monarca cedió el mencionado territorio a la diócesis de Reims, cimentando la Iglesia en las cosas del césar, como había hecho el emperador Constantino con la de Roma. La donación constantiniana, si estableció oficialmente el cristianismo, le comprometió asimismo de manera fatal. Como William Langdon escribió,

> *Cuando el benevolente Constantino donó a la Santa Iglesia*
> *heredades y arriendos, señoríos y siervos,*
> *los romanos oyeron llorar a un ángel en las alturas:*
> *«En este día dos* ecclesiae *han bebido veneno*
> *y cuantos tengan el poder de Pedro están emponzoñados para siempre».*

El conflicto entre la aspiración a lo divino y el señuelo de las cosas terrenales sería el problema neurálgico de la Edad Media. La aspiración de la Iglesia a la jefatura espiritual nunca sería admitida por todos los fieles, puesto que se basaba en la riqueza material. Cuantos más tesoros amasaba tanto más visible y desconcertante resultaba la tacha; jamás desaparecería, sino que continuaría atizando la duda y la disconformidad en todos los siglos.

En los documentos latinos más antiguos, Coucy recibe el nombre de Codiciacum o Codiacum, que tal vez procede de *codex, codicis*, vocablo que denota un tronco de árbol sin ramas, como aquellos con que los galos construían sus empalizadas. Durante cuatrocientos años, en el inicio de la Edad Media, no se tiene noticia del lugar. En 910-920 Hervé, arzobispo de Reims, construyó el castillo y la iglesia primitivos en la colina, y los rodeó de un muro para defenderlos de los normandos, que se internaban en el valle del Oise. Los moradores de la aldea que había al pie se refugiaron dentro de los muros obispales y fundaron la población alta, que se llamaría a la larga Coucy-le-Château en distinción de Coucy-la-Ville, emplazada en el terreno más bajo. En aquellos rudos tiempos el territorio fue motivo constante de contienda entre nobles, arzobispos y reyes, de talante igualmente belicoso. La lucha contra los invasores —musulmanes en el sur y normandos en el norte— había forjado una clase de guerreros endurecidos, que peleaban entre sí con tanto entusiasmo y salvajismo como contra los extranjeros. En 975, Oderic, arzobispo de Reims, cedió el feudo a un tal conde de Eudes, que se convirtió en el primer señor de Coucy. Nada se sabe de él, aparte su nombre, pero, una vez establecido en la cumbre de la colina, legó a su descendencia una veta de vigor y furia extraordinarios.

El primer acto conocido de la dinastía, más religioso que bélico, consistió en la

fundación por Aubry de Coucy, en 1059, de la abadía benedictina de Nogent, al pie de la colina. Tal gesto, que superaba la donación usual a cambio de oraciones perpetuas, se proponía al mismo tiempo mostrar la importancia del donante y adquirir méritos que asegurasen su salvación. Fuese o no escasa la donación inicial, como se quejó el malévolo abad Guibert en el siglo siguiente, la abadía floreció y, apoyada por el caudal de bienes que le entregaron los Coucys posteriores, duró más que el linaje de éstos.

El sucesor de Aubry, Enguerrand I, dio muchos escándalos y le obsesionaron las mujeres, según el abad Guibert (víctima de la sexualidad reprimida, como revelan sus *Confesiones*). Sintiendo pasión por Sybil, esposa de un señor de Lorena, Enguerrand logró, con el auxilio de un complaciente obispo de Laon, primo suyo, divorciarse de su primera mujer, Adèle de Marle, acusándola de adulterio. Casó después con Sybil con la aprobación de la Iglesia, mientras su marido andaba en guerras y a pesar de que la dama estaba encinta de un tercer hombre. Se la acusaba de disoluta.

De esta deplorable situación familiar surgió el «lobo rabioso» (como le llamó otro abad célebre, Suger de Saint-Denis), el más notorio y feroz de los Coucys, Thomas de Marle, hijo de la repudiada Adèle. Odiando al hombre que había puesto en duda su paternidad, Thomas tomó parte en la incesante lucha que había emprendido originalmente contra Enguerrand I, el desdeñado esposo de Sybil. Este género de contiendas privadas eran llevadas a cabo por los caballeros con furioso entusiasmo y única estrategia, consistente en apretar al adversario matando o lisiando a cuantos labradores pudiera, y destrozando sus sembrados, viñedos, aperos, graneros y todas las posesiones posibles, manera de disminuir sus rentas. De ello resultaba que los principales perjudicados eran sus respectivos campesinos. El abad Guibert aseguró que, en la «demente guerra» de Enguerrand contra el lorenés se arrancaron los ojos y se cortaron los pies a los prisioneros, con consecuencias aún visibles en la comarca en su época. Las luchas particulares eran la maldición de Europa, que las cruzadas, así se ha pensado, intentaron resolver subconscientemente como invento que diese escape a aquella furia agresiva.

Cuando, en 1095, se convocó a la cristiandad para que tomase la cruz y salvase el Santo Sepulcro en la primera cruzada, Enguerrand I y su hijo Thomas se unieron a ella, llevaron su disensión a Jerusalén y regresaron de Oriente sin que su odio se hubiese apagado. El escudo de armas de los Coucys se debió a una hazaña, cuyo protagonista no se sabe si fue Enguerrand o Thomas. Uno u otro y cinco compañeros fueron sorprendidos por una partida de musulmanes cuando iban sin armadura; desgarró entonces su capa escarlata, adornada con piel de ardilla blanca y azul, en seis pedazos, que se convirtieron en otras tantas banderolas. Así equipados, dieron sobre los infieles, según cuenta el relato, y los aniquilaron. En conmemoración de la proeza se adoptó un escudo con seis bandas puntiagudas horizontales, rojas sobre blanco o, en términos heráldicos, «barrado de seis, vero y gules».

Thomas heredó de su madre los territorios de Marle y La Fère, y los agregó al

dominio de Coucy, que pasó a sus manos en 1116. Se entregó indómito a una carrera de hostilidad y bandidaje, orientada, en combinaciones variables, contra la Iglesia, las ciudades y el rey, con «la ayuda del demonio», según el abad Suger. Arrebató solares a los conventos, torturó prisioneros (cuentan los informes que colgaba a los hombres de los testículos hasta que los arrancaba el peso del cuerpo), degolló personalmente a treinta burgueses rebeldes, transformó sus castillos en «nido de dragones y cueva de bandoleros» y fue excomulgado por la Iglesia, que le desciñó —*in absentia*— el cinturón de caballero y ordenó que se leyese el anatema contra él cada domingo en todos los templos parroquiales de Picardía. El rey Luis VI congregó tropas contra Thomas y logró rescatar las tierras y los castillos arrebatados. Al fin de su vida se comprobó que Thomas no era inmune a la esperanza de salvación ni al miedo al infierno, que proporcionaron a la Iglesia tan ricos legados en el decurso de los siglos. Dejó una generosa manda a la abadía de Nogent, fundó otra en Prémontré y falleció en la cama en 1130. Se había casado tres veces. Para el abad Guibert fue «el hombre más perverso de su generación».

Lo que formó a un hombre como Thomas de Marle no se basó necesariamente en genes agresivos o en odio contra su padre, que se dan en todas las épocas, sino en el hábito de la violencia, que prosperó por falta de una institución que se opusiera a ella con efectividad.

Mientras el poder político se centralizaba, en los siglos XII y XIII, las energías y los talentos de Europa se acumularon en uno de los grandes estallidos del desarrollo de la civilización. Bajo el estímulo del comercio, recibieron impulso el arte, tecnología, edificación, saber, exploración terrestre y marítima, universidades, ciudades, banca y crédito, y, en fin, todas las esferas que enriquecen la vida y amplían sus horizontes. Aquellos doscientos años fueron la Alta Edad Media, período que introdujo la brújula y el reloj mecánico, el torno de hilar y el pedal del telar, los molinos de viento y de agua; período en que Marco Polo fue a China y Tomás de Aquino se entregó a organizar el conocimiento, y en que se fundaron universidades en París, Bolonia, Padua, Nápoles, Oxford, Cambridge, Salamanca, Valladolid, Montpellier y Toulouse; en que Giotto pintó el sentimiento humano, Roger Bacon sondeó la ciencia experimental y Dante trazó su gran diseño del destino humano y escribió en lengua vulgar; período en que la religión se expresó en la suave predicación de san Francisco y en la crueldad de la Inquisición, y en que la cruzada contra los albigenses empapó de sangre y muerte, en nombre de la fe, el sur de Francia, mientras que se remontaban las catedrales arco sobre arco, triunfos de la capacidad de creación, la técnica y la fe.

No las construyeron esclavos. Aunque los siervos existían, la costumbre y la tradición legal habían fijado los derechos y obligaciones de las gentes de su condición, y las obras medievales, a diferencia de las clásicas, se hacían con el esfuerzo de toda la sociedad.

Después de la muerte de Thomas, hubo en Coucy un período de sesenta años de señorío más respetable durante la vida de su hijo y su nieto, Enguerrand II y Raoul I, que colaboraron con la corona con beneficio de su dominio. Ambos respondieron a las cruzadas del siglo XII y perdieron la vida en Tierra Santa. Tal vez por culpa de las dificultades económicas nacidas de tales expediciones, la viuda de Raoul vendió a Coucy-le-Château, a cambio de ciento cuarenta libras, la cédula de libertad que la convirtió en villa franca en 1197.

Tal democratización no era, en realidad, un paso en la firme marcha hacia la libertad, como los historiadores decimonónicos propendían a concebir la crónica humana, sino que se trataba de un subproducto inadvertido de la pasión de los nobles por guerrear. Obligado a pertrechar tanto a sí mismo como a sus dependientes de armas, armaduras y caballos vigorosos, todo lo cual alcanzaba alto precio, el cruzado, si sobrevivía, solía volver a su hogar más pobre que cuando se fue, o dejaba esquilmada su hacienda al partir, ya que ninguna de las cruzadas, salvo la primera, fue triunfal o lucrativa. El único recurso, pues era impensable sacrificar la tierra, estribaba en vender privilegios comunales o en cambiar los trabajos y trabas de la servidumbre por una renta en moneda. La economía en expansión de los siglos XII y XIII, los beneficios del comercio y de lo excedente de la agricultura suministraban a los burgueses y labriegos dinero contante y sonante para adquirir derechos y libertades.

Con Enguerrand III «el Grande», reconstructor del castillo y el *donjon*, reaparecieron los excesos de los Coucys. Como señor desde 1191 a 1242, edificó o remozó fortalezas y baluartes en seis de sus feudos, además del castillo de Coucy, incluido el de Saint-Gobain, casi tan vasto como el solariego. Intervino en la carnicería de la cruzada contra los albigenses y combatió en todas las guerras accesibles para él, incluida una en que, a semejanza de su bisabuelo Thomas, atacó la diócesis de Reims durante una disputa sobre derechos feudales. Se le acusó de saquear tierras, talar árboles, capturar pueblos, forzar las puertas de la catedral, apresar y cubrir de cadenas a su *doyen*, y reducir a los canónigos a la miseria.

El arzobispo de Reims se quejó al papa en 1216 y Enguerrand III fue excomulgado. Se dio la orden de que todos los servicios religiosos de la diócesis se interrumpiesen en cuanto él apareciera. Quien sufría la excomunión no podía recibir los sacramentos y estaba condenado al infierno, a menos que se arrepintiera y fuera absuelto. En los casos importantes sólo el obispo y el pontífice podían retirar la excomunión. Mientras se hallaba en vigencia, se prescribía que el párroco local pronunciase la condena del pecador en presencia de los feligreses dos o tres veces al año en el nombre del Padre, Hijo, Espíritu Santo, Virgen María y todos los apóstoles y santos, en tanto que las campanas tocaban a muerto, se apagaban las velas y la cruz y el misal se depositaban en el suelo. Se daba por sentado que el culpable quedaba

aislado de toda relación social y profesional; pero esta regla implicaba tantos inconvenientes para todo el mundo, que los vecinos apedreaban la casa del excomulgado, o recurrían a cualquier otro medio para que se arrepintiese, o ignoraban el castigo. En el caso de Enguerrand III la cesación de todos los servicios religiosos era una sentencia temible, que incidía sobre la comunidad, y ello supuso su absolución en 1219, una vez hubo hecho penitencia. Mas la experiencia no apagó sus ambiciones seculares; antes bien prosiguió la edificación de la colosal fortaleza que proyectaba su sombra sobre París.

Le apremiaba a acabarla la posibilidad de combatir contra su soberano. Durante la minoridad de Luis IX, el futuro san Luis, Enguerrand III capitaneó una liga de barones opuesta a la corona; incluso hay quien dice que aspiró a ocupar el trono. Llevaba sangre real en sus venas por mediación de su madre, Alix de Dreux, descendiente de Felipe I. Su *donjon*, proyectado para que sobrepasase a la torre real del Louvre, se interpretó como un desafío y de intención. La regente, madre del rey menor, hizo frente con éxito a la amenaza; pero el señor de Coucy siguió siendo digno de tener en cuenta. Acumuló bienes e importancia internacional con sus matrimonios. Su primera y tercera esposas pertenecían a las familias nobles de los alrededores, y aportaron más posesiones en Picardía; la segunda fue Mahaut, hija de Enrique el León, duque de Sajonia, nieta de Enrique II de Inglaterra y de Leonor de Aquitania, sobrina de Ricardo Corazón de León y hermana de Otón de Sajonia, que sería soberano del Sacro Imperio Romanogermánico. La hija de una de esas esposas contrajo matrimonio con Alejandro II de Escocia.

En la construcción de Coucy empleó (así se estima por las marcas de los albañiles) ochocientos obreros, innumerables carretas de bueyes para transportar las piedras de la cantera a la cima de la colina, y otros ochocientos artesanos, tales como carpinteros, techadores, herreros, plomeros, pintores y tallistas de madera. Sobre la entrada del *donjon* se esculpió en bajorrelieve la figura de un caballero desarmado en lucha con un león, símbolo de la bravura caballeresca. Las paredes del castillo y de la torre se decoraron con frisos y guirnaldas de hojas fantásticas, en escala adecuada a la de la estructura. En todas las partes de la ciudadela había chimeneas hundidas en las paredes. Estas chimeneas, tan distintas de los agujeros en el techo, eran un progreso técnico del siglo XI. Como permitían que se caldeasen los aposentos, sacaron a caballeros y damas de la sala común en que todos se reunían para comer y calentarse, y separaron a los señores de los sirvientes. Ningún invento aportó más avances a la comodidad y el refinamiento, aunque a costa de ensanchar el abismo que separaba a las clases sociales.

En un ángulo interior del segundo piso había un cuartito, dotado de chimenea, tal vez un tocador para la señora de Coucy, desde la ventana del cual se veía el valle, en el que acá y allá el campanario de una iglesia pueblerina se destacaba detrás de un grupo de árboles, y se observaba las idas y venidas de la gente en la carretera que se desenroscaba hacia la cima. Salvo esta pequeña habitación, los lugares que ocupaban

el señor y su familia se encontraban en la parte del castillo menos accesible desde el exterior.

En 1206 los ciudadanos de Amiens, capital orgullosa y próspera de Picardía, que hacía un siglo que era municipio, adquirió un fragmento de la cabeza de san Juan Bautista. Como digno relicario, decidieron elevar el mayor templo de Francia, «más alto que todos los santos, más alto que todos los monarcas». Hacia 1220, poseyendo los recursos necesarios, la noble bóveda de la catedral crecía sin reposo. En la misma década, Enguerrand III construyó, junto a su *donjon*, una capilla grandiosa y magnífica, más grande que la Sainte Chapelle que san Luis edificó en París pocos años más tarde. Abovedada, dorada y rica en tallas y color, brillaba con vitrales tan espléndidos, que el coleccionista más importante de la centuria siguiente, el duque Juan de Berry, quiso comprarlos por doce mil escudos de oro.

Enguerrand III era ya señor de Saint-Gobain, Assis, Marle, La Fère, Folembray, Montmirail, Oisy, Crèvecoeur, La Ferté-Aucoul y La Ferté-Gauche, vizconde de Meaux y castellano de Cambrai. Hacía mucho tiempo (1095) que el rey había recobrado su soberanía sobre el feudo de Coucy de manos de la Iglesia; pertenecía directamente al monarca y su señor rendía homenaje sólo a él. Durante los siglos XII y XIII los Coucys, como el obispo de Laon, acuñaban moneda propia. Si se considera el número de caballeros que los vasallos debían suministrar a demanda del rey, Coucy era entonces la primera baronía sin título del reino y se encontraba en la jerarquía inmediatamente a continuación de los grandes ducados y condados, que, exceptuado el homenaje que habían de prestar al soberano francés, eran de hecho señoríos independientes. Según un documento de 1216, el dominio de Coucy tenía que proporcionar treinta caballeros, en comparación con los treinta y cuatro del duque de Anjou, los treinta y seis del duque de Bretaña y los cuarenta y siete del conde de Flandes.

Enguerrand III se mató en 1242 a la edad de unos sesenta años, cuando, al caer con violencia del caballo, la punta de su espada le atravesó el cuerpo. Su primogénito y sucesor, Raoul II, no tardaría mucho en morir combatiendo en Egipto durante la infausta cruzada de san Luis (1248-1250). Le heredó su hermano Enguerrand IV, especie de Calígula medieval, uno de cuyos crímenes sirvió de catalizador de un avance importante en la justicia social.

Fueron capturados en su bosque tres jóvenes escuderos de Laon, provistos de arcos y flechas, pero no de perros para acosar caza mayor, y Enguerrand IV mandó que los ahorcasen, sin que mediase juicio o proceso de ningún género. Ya no existía la impunidad en aquella clase de asuntos, pues reinaba Luis IX, soberano cuyo sentido del mando igualaba a su piedad. Ordenó apresar a Enguerrand IV, no por sus pares, sino por *sergents* de la corte, como un criminal vulgar, y le encarceló en el Louvre, si bien, atendiendo a su rango, no se le encadenó.

Citado a juicio en 1256, Enguerrand IV compareció acompañado de los principales pares del reino: el rey de Navarra, el duque de Borgoña y los condes de

Bar y Soissons, entre otros, que supusieron con disgusto que sus prerrogativas serían sometidas a prueba. Negándose a que se investigara el caso, porque ofendía a su persona, honor, rango y noble prosapia, Enguerrand solicitó ser juzgado por sus pares y un duelo judicial. A ello se opuso Luis IX con firmeza, diciendo que, en lo que atañía a los pobres, clérigos «y personas que merecen nuestra piedad», sería injusto acceder a una decisión obtenida por medio de las armas. Era costumbre que los plebeyos contratasen un campeón en tales casos; pero el rey santo estimaba que el procedimiento estaba anticuado. En un proceso largo y enconado por las discusiones mandó, contra la resistencia estrenua de los nobles, que el señor de Coucy se presentara a juicio. Enguerrand IV fue condenado. El soberano estaba decidido a aplicar la pena capital, pero los pares le persuadieron de que renunciase a ello. Enguerrand hubo de pagar una multa de doce mil libras, una parte de las cuales se destinó a misas por el alma de los ahorcados, y otra parte a Acre para ayudar a la defensa de Tierra Santa. Se había establecido un precedente legal, que se citaría más tarde como prueba durante la canonización del rey.

Las riquezas de Coucy devolvieron a Enguerrand IV el favor del monarca. Prestó a Luis quince mil libras en 1265 para comprar lo que se tenía por la verdadera cruz. Por lo demás continuó su carrera de atrocidades hasta entrado el siglo siguiente. Falleció en 1311 a la avanzada edad de setenta y cinco años, sin descendencia, pero no sin legado. Dejó veinte *sous* —o sea, una libra— anuales a perpetuidad a la leprosería de Coucy-la-Ville, para que los internos «recen por nos cada año en la capilla por nuestros pecados». Veinte *sous* de entonces eran la paga diaria de un caballero o de cuatro arqueros, o del alquiler de un carro y dos caballos durante veinte días, o, en teoría, el salario de un labrador contratado durante dos años. Por lo tanto, encargó una cantidad razonable de plegarias, aunque quizá no fuese adecuada para la salvación de su alma.

Cuando Enguerrand IV, a quien nadie echó de menos, aunque casado dos veces, murió sin herederos, todos sus derechos y bienes pasaron a los descendientes de su hermana Alix, que había contraído matrimonio con el conde de Guînes. El primogénito obtuvo las haciendas y el título de Guînes, y el segundón, Enguerrand V, los de Coucy. Educado en la corte de Alejandro de Escocia, tío suyo por matrimonio, casó con Catherine Lindsay de Baliol, sobrina del rey, y disfrutó del señorío sólo diez años. Le siguieron en rápida sucesión su hijo Guillaume y su nieto Enguerrand VI, que heredó el dominio en 1335. Éste engendraría cinco años más tarde a Enguerrand VII, último de los Coucys y protagonista de este libro. Por medio de enlaces matrimoniales con familias poderosas de la Francia septentrional y Flandes, los Coucys habían continuado urdiendo alianzas fuertes e influyentes, y adquirido en el proceso tierras, rentas y una galaxia de elementos heráldicos. Podían exhibir hasta doce escudos de armas: Boisgency, Hainault, Dreux, Sajonia, Montmirail, Roucy, Baliol, Ponthieu, Châtillon, Saint-Pol, Güeldres y Flandes.

Los Coucys tenían una noción de su importancia que no admitía sombra y

administraban sus asuntos como si fueran príncipes soberanos. Reunían tribunales de justicia al estilo real y organizaban el servicio de su casa con los mismos cargos que la del rey: un condestable, un gran despensero, un jefe de halconeros y cazadores, un jefe de establos, un jefe de bosques y aguas, y jefes o intendentes de cocina, panadería, bodega, frutas (incluidas las especias, antorchas y bujías) y de ajuar (inclusive los tapices y los alojamientos durante los viajes). Los grandes señores como él acostumbraban emplear de manera permanente uno o más médicos, barberos, sacerdotes, pintores, músicos, trovadores, secretarios y amanuenses, un astrólogo, un bufón y un enano, además de los escuderos y pajes. Un vasallo importante regía la finca con el título de *châtelain* o *garde du château*. En Coucy cincuenta caballeros, con sus escuderos, auxiliares y criados, constituían una guarnición estable de quinientos hombres.

El esplendor y el boato visibles equivalían a una afirmación de la categoría social, y exigían cuantiosa servidumbre vestida con la librea del señor, fiestas espectaculares, torneos, cacerías, diversiones y sobre todo gran generosidad en regalos y gastos que, como sus subalternos vivían de ello, se loaba como el atributo más admirable del noble.

Se pertenecía a la nobleza por nacimiento y linaje, pero había de confirmarse tal pertenencia «viviendo noblemente», es decir, con el manejo de la espada. Se era, pues, noble desde la cuna y, a través de los abuelos, desde el primer jinete armado. En la práctica, la regla estaba expuesta a la ósmosis y al estado fluido e inconcluyente. El único criterio seguro era la función: el ejercicio de las armas. Se trataba de la misión del segundo estamento de los tres que Dios había establecido, y a cada uno de los cuales correspondía una tarea para el bien del conjunto. El clero debía rezar por la humanidad, los caballeros habían de luchar por ella y los plebeyos tenían que trabajar para que todos pudieran comer.

Estando más cerca de Dios, el clero venía en primer lugar. Se dividía en enclaustrado y secular, nombre este último que denotaba a aquellos cuya actividad se desarrollaba entre los seglares. Presidían a unos y otros los prelados: abades, obispos y arzobispos, que equivalían a los *grands seigneurs* laicos. Entre ellos y los sacerdotes, pobres y semieducados, que comían mal y sufrían apuros económicos, poco había en común. El tercer estamento era aún menos homogéneo, distribuido en patronos y trabajadores, y consistente en desde los grandes magnates urbanos, abogados y médicos a los artesanos calificados, jornaleros y labriegos. Sin embargo, la nobleza se obstinaba en meter a todos los plebeyos en el mismo saco, como si fueran de una casta común. «De las buenas ciudades, los mercaderes y trabajadores», escribió un cortesano del último duque de Borgoña, «no se requiere larga descripción, pues, entre otras cosas, esa clase no es sujeto de destacados atributos a causa de su condición servil».

En teoría, la finalidad de la nobleza no era pelear por placer, sino en defensa de los otros dos estamentos y para conservar el orden y la justicia. Se suponía que debía

proteger al pueblo de la opresión, combatir la tiranía y fomentar la virtud, es decir, las cualidades más excelsas de los humanos, de lo que era incapaz el campesino ignorante y enlodado, según el punto de vista de sus hermanos cristianos.

Dada su condición de protector, el aristócrata estaba exento de los impuestos directos de capitación o fogaje, pero no de los que gravaban las ventas. Sin embargo, éstos pesaban en proporción más sobre el pobre que sobre el rico. Se pensaba que el pago de tributos era innoble. El brazo armado del caballero prestaba servicio al Estado, de la misma suerte que el clero lo hacía con sus oraciones, y ello los libraba del fogaje. La justificación de los nobles residía en que «exponían sus cuerpos y sus bienes en la guerra», aunque en la práctica las reglas resultaban tan mutables y difusas como nubes en un día ventoso. La situación del clero en cuanto a los impuestos, llegado el caso en que se hubiera menester dinero para la defensa del reino, se hallaba sometida a polémicas crónicas y enardecidas.

La tributación, como la usura, descansaba en principios tan indefinidos y complicados por adiciones, exenciones y arreglos *ad hoc*, que resultaba imposible que la hacienda real contase con una cantidad fija de ingresos. El principio básico era que el rey tenía que «vivir de sus propios medios» en circunstancias ordinarias; mas, como sus rentas pudieran no bastar para la defensa del reino, o para otros propósitos gubernamentales, podía imponer tributos a sus súbditos para lograr, como santo Tomás de Aquino formuló con tanta precisión, «atender al bien común con los bienes comunes». Esta obligación se derivaba del principio, más radical, de que «Dios instituyó a los príncipes no para que buscaran su provecho individual, sino en beneficio del bien común del pueblo».

La persona de cuna aristocrática se apegaba a la espada como cédula de identidad, no sólo para librarse de los impuestos, sino también por propia estimación. Un caballero, en una *chanson de geste* del siglo XIII insistía: «Ninguno de nuestros padres murió en casa; todos perecieron por el acero frío de la batalla».

El caballo era el atributo del noble, la montura que le elevaba sobre los hombres. La palabra caballero significa «jinete» en casi todos los idiomas occidentales. «Un hombre valiente a lomos de un buen corcel», se decía, «logra más en una hora de combate que diez o acaso un centenar de infantes». El *destrier*, o bridón, se criaba para que fuese «vigoroso, activo, veloz y fiel», y sólo se montaba en la batalla. En los viajes, el caballero iba en su palafrén, de buena sangre, pero más manso, mientras su escudero llevaba al *destrier* de la brida con la mano derecha (de ahí su nombre, del latín *dexter*). Se consideraba que, en el cumplimiento del servicio bélico, caballo y caballero eran inseparables; sin montura, el caballero era simplemente un hombre.

La lucha representaba su sublimación. «Si tuviera un pie en el paraíso», exclama Garin li Loherains, el héroe de una *chanson de geste*, «lo retiraría para ir a pelear». El trovador Bertrand de Born, de noble estirpe, fue más explícito:

Mi corazón se hincha de gozo cuando veo

fuertes castillos cercados, estacadas rotas y vencidas,
numerosos vasallos derribados,
caballos de muertos y heridos vagando al azar.
Y cuando las huestes choquen, los hombres de buen linaje
piensen sólo en hender cabezas y brazos,
pues mejor es morir que vivir derrotado…
Os digo que no conozco mayor alegría que cuando oigo gritar
«¡Sus! ¡Sus!» en ambos bandos, y el relincho de corceles sin jinete,
y quejidos de «¡Favor! ¡Favor!»
¡y cuando veo a grandes y pequeños
caer en zanjas y sobre la hierba,
y veo a los muertos atravesados por las lanzas!
Señores, ¡hipotecad vuestros dominios, castillos y ciudades,
pero jamás renunciéis a la guerra!

Dante retrató a Bertrand en el *Infierno*, llevando ante sí, como linterna, su cabeza cortada.

La propiedad de las tierras y las rentas daban al noble el derecho de ejercer su autoridad sobre todos los de sangre distinta en su territorio, menos sobre el clero y los comerciantes de las ciudades libres. La del *grand seigneur* abarcaba la «justicia alta», o poder de vida y muerte, y la de los caballeros de menor entidad se limitaban a encarcelar, azotar y otros castigos de «justicia baja». Como base y justificación de ello tenía la obligación de proteger, incluida en su juramento a sus vasallos, que le comprometía —sólo en teoría— con ellos tanto como el de ellos con él, y que sólo tenía fuerza «mientras el señor respete su juramento». La estructura política medieval era idealmente un contrato de servicio y lealtad a cambio de protección, justicia y orden. El labrador debía productos y trabajo, y el señor, servicio a su superior o monarca, consejo durante la paz y apoyo armado durante la guerra. La tierra en todos los casos era lo que se tomaba en consideración, y el juramento de homenaje, pronunciado y aceptado, sellaba la unión de las dos partes, incluidos los reyes.

No todos los nobles eran *grands seigneurs* como los Coucys. El caballero de rango inferior, dueño de una casa solariega y de un rocín huesudo, compartía el mismo culto, pero no los mismos intereses que el señor territorial. El número total de los miembros de la nobleza francesa se cifraba en unos doscientos mil, distribuidos entre cuarenta mil y cincuenta mil familias, lo que representaba algo más del uno por ciento de la población. Iban desde los grandes duques, con rentas de más de diez mil libras, pasando por el dueño de un castillo sin importancia, con un par de caballeros como vasallos e ingresos inferiores a quinientas libras, hasta el caballero pobre, en el último peldaño de la jerarquía, que sólo tenía poder sobre los hombres de condición servil, y el feudo del cual era una casa y unos cuantos campos equivalentes a la

propiedad de un campesino. Tal vez tuviera veinticinco libras, o menos, de renta, con las que había de mantener a su familia y servidores, y el armamento con el que se ganaba el pan. Vivía de su caballo y armas, dependiente de la generosidad de su señor o de cualquiera que reclamase sus servicios.

Los escuderos pertenecían a la nobleza por nacimiento, prescindiendo de que lograran o no el cinturón y las espuelas de caballero; pero se investigaba a menudo qué otras funciones podían llevar a cabo los aristócratas sin menoscabar su nobleza. Por ejemplo, ¿podían vender el vino obtenido de sus viñedos? La cuestión era delicada, porque los reyes vendían regularmente el suyo. En 1393, en un caso en que se pretendió ventilar este problema, una ordenanza regia declaró de modo más bien ambiguo: «No conviene al noble convertirse en mesonero». Según otra sentencia, se podía adquirir autorización para comerciar sin perder la nobleza. Personas de alta alcurnia «viven y han vivido durante largo tiempo como mercaderes vendiendo tela, cereales, vino y otras clases de mercancías, o como traficantes, peleteros, zapateros o sastres»; pero estas actividades debieron de desposeerles de los privilegios de la nobleza.

Honoré Bonet, clérigo del siglo XIV, que intentó en su *Árbol de batallas* la hazaña de exponer los códigos de conducta militar existentes, aclaró el quid del problema. El motivo de que se prohibiera la actividad comercial, escribió, era asegurarse de que el caballero «no se sentirá impelido a renunciar al ejercicio de las armas por el deseo de acopiar riquezas mundanales».

Precisar su situación interesaba a los de cuna distinguida tanto más cuanto que su categoría empezaba a diluirse con el ennoblecimiento de gentes ajenas a su casta. La corona había descubierto una lucrativa fuente de ingresos, análoga a la concesión de libertades a las ciudades, en la cesión de feudos a los plebeyos, que pagaban el honor con mano abierta. Los ennoblecidos eran hombres ricos que satisfacían las necesidades del soberano, o abogados y notarios que habían empezado por asistirle en varios aspectos de la administración financiera y de la justicia, y poco a poco, a medida que se complicó la tarea de gobernar, crearon un grupo de funcionarios profesionales y ministros. Formaron la *noblesse de la robe* (nobleza de la toga), nombre con que se los distinguía de la nobleza de la espada. Ésta los despreciaba como advenedizos, resentida de que hubiesen usurpado su derecho a aconsejar, bien que, en realidad, tenía bastante culpa en haberlo perdido.

En consecuencia, el escudo heráldico —signo exterior de linaje indicativo del derecho a llevar armas, que, concedido a una familia, nadie más podía exhibir— se transformó casi en objeto de culto. Se exigía su presentación en los torneos como prueba fehaciente de nobleza; en algunos se requerían cuatro. Al paso que crecía la penetración de los plebeyos, aumentaba la jactancia aristocrática, hasta el punto de que, a mediados del siglo XV, un caballero entró cabalgando en la liza seguido de una comitiva de labriegos portadores de no menos de treinta y dos blasones.

A consecuencia de su desaparición por falta de descendencia masculina, o de

hundirse en las clases inferiores, y del flujo constante de personas ennoblecidas, la aristocracia se hallaba sometida a mudanza, a pesar de que su *status* se había fijado como un orden imprescindible para la sociedad. El ritmo de desaparición de las familias nobles se ha estimado en un cincuenta por ciento en un siglo, y el promedio de duración de un linaje entre tres o seis generaciones, o sea, un período de cien a doscientos años. Ejemplo de este proceso se tiene en la familia Clusel, que poseía un feudo reducido en el valle del Loira. La encabezaba en 1276 un caballero de recursos tan limitados, que hubo de rebajarse a la infamante tarea de labrar personalmente sus campos y trabajar en el molino. De tres nietos suyos, que figuran en los archivos locales, uno era aún escudero, otro se había hecho párroco y el tercero cobraba impuestos en nombre del señor de la comarca. Al cabo de ochenta y cinco años, ningún miembro de la estirpe era citado ya como noble. La familia de un escudero, Guichard Vert, que murió joven en 1287, estaba al borde del precipicio. Guichard dejó dos camas, tres mantas, cuatro sábanas, dos alfombrillas, una mesa, tres bancos, cinco cofres, dos jamones y una anca de cerdo en la despensa, cinco barriles vacíos en la bodega, un tablero de ajedrez y un yelmo y una lanza, pero no espada. Aun cuando no tenía dinero líquido, legó doscientas libras a su mujer, pagaderas en diez plazos de sus rentas de unas sesenta libras anuales, y otra manda para fundar una capilla en beneficio de su alma. Destinó regalos de telas a sus amigos y los pobres, perdonó dos años de diezmos a sus renteros, muchos de los cuales le debían atrasos. Una familia por el estilo, la condición de la cual apenas se distinguía de la de un plebeyo, se esforzaba en conservar sus relaciones y vínculos con la nobleza, enviaba a sus hijos a que sirviesen como escuderos, con el propósito de que lograran dádivas y pensiones, o los hacía entrar en la Iglesia, con la esperanza de que encontraran uno de los muchos caminos que en ella llevaban a la riqueza.

Un caballero en declive podía cruzarse con un labriego emprendedor y en ascenso. Habiendo comprado o heredado su libertad, el campesino próspero compraba tierras y concedía arriendos, gradualmente dejaba el trabajo físico a sus servidores, adquiría un feudo de un señor o de la Iglesia, aprendía el manejo de las armas, casaba a su hija con un escudero en apuros y se asimilaba despacio hasta aparecer en los documentos como *domicellus*, o escudero. El intendente de un señor tenía más ocasiones de enriquecerse y, si había sabido hacerse imprescindible, recibía con frecuencia la recompensa de un feudo, con vasallos y rentas, y quizá también una casa fortificada. Empezaba a vestir como un noble, llevar espada, tener jauría y halcones, y montar un caballo de guerra con escudo y lanza. Nada irritaba más a la nobleza hereditaria que los advenedizos imitaran sus ropas y costumbres, porque se borraba así las líneas de separación de los órdenes eternos de la sociedad. El lujo en la indumentaria se tenía por prerrogativa de la aristocracia, identificable gracias a modas vedadas a los demás. Con el fin de trocar este principio en regla inquebrantable, e impedir «el ultrajante y excesivo aparato de varias gentes contrario a su situación y categoría», se anunciaron repetidas veces leyes suntuarias destinadas

a fijar la clase de telas que la gente debía usar y cuánto podía gastar.

Proclamadas por pregoneros en calles y asambleas públicas, se señalaron, para cada condición social y nivel de ingresos, las gradaciones exactas de tela, color, adornos de piel, ornamentos y joyas. Se prohibió a los burgueses la posesión de vehículos o el uso del armiño, y a los labradores cualquier color que no fuera el negro o pardo. Florencia permitió que los médicos y magistrados compartieran el armiño con los nobles, pero vetó que las mujeres de los comerciantes llevaran vestidos multicolores, rayados y listados, brocados, terciopelos floreados y tejidos bordados con plata y oro. En Francia, los señores territoriales y sus esposas, con rentas superiores a las seis mil libras, podían encargar cuatro indumentarias al año, y los caballeros y los nobles con derecho a bandera, cuyos ingresos fuesen de tres mil, hacerse anualmente tres, uno de verano. Los muchachos sólo merecían uno, y a la *demoiselle* que no fuera *châtelaine* de un castillo, o que no poseyera dos mil libras de renta, se la constreñía a uno anual. En Inglaterra, según una ley de 1363, un mercader con mil libras esterlinas tenía derecho a la misma indumentaria que un caballero con quinientas, y uno con doscientas a la misma que un noble con cien. En este caso, la riqueza doble igualaba a la nobleza. Se efectuaron también intentos para reglamentar cuántos platos debían servirse en las comidas, qué vestidos y lienzos formarían el ajuar de una novia, y cuántos músicos intervendrían en una boda. La pasión de precisar y estabilizar la identidad social obligó a las prostitutas a llevar vestidos con franjas o vueltos del revés.

Eran severamente censurados los sirvientes que imitaban el calzado de puntas interminables y las mangas colgantes de sus señores, mucho más por sus pretensiones que porque las metían en las salsas al servir la mesa y porque sus ribetes adornados con pieles se arrastraban por el suelo sucio. «Había tanto atrevimiento entre los plebeyos», escribió el cronista inglés Henry Knighton, «en rivalizar con su prójimo en indumento y adornos, que a duras penas se distinguía al pobre del rico, al criado del amo, o al sacerdote de los restantes hombres».

Los gastos del vulgo apenaban a los nobles sobre todo porque beneficiaban a los mercaderes más que a ellos. El clero interpretaba aquel dinero como una pérdida para la Iglesia, y condenó los dispendios apoyándose en que la prodigalidad y el lujo eran malos en sí, y perjudiciales para la virtud. En general, las leyes suntuarias se defendieron como el medio de dominar la extravagancia y promover la economía, con la persuasión de que, si la gente ahorraba sus caudales, el rey los obtendría cuando los necesitase. Nadie tuvo la ocurrencia de que el gasto representa un estímulo desde el punto de vista económico.

Las leyes suntuarias resultaron inaplicables; las prerrogativas de acicalarse, como la de consumir alcohol varios siglos después, desafiaron la prohibición. Los alguaciles florentinos abordaron a las mujeres en la calle para examinar sus vestidos y entraron en las casas para registrar los roperos, con resultados con frecuencia espectaculares: tela de seda blanca jaspeada y bordada con pámpanos y uvas

encarnadas, una jaqueta con rosas blancas y rojas sobre fondo amarillo pálido, y otra de «paño azul con lirios blancos, y estrellas y brújulas blancas y encarnadas, y con franjas transversales blancas y amarillas, forradas de paño rojo con bandas», como si el propietario tratara de comprobar hasta dónde podía llegar en su osadía.

Los *grands seigneurs*, dueños de múltiples feudos y castillos, no tenían dificultad en singularizarse. Sus sobrevestes recamadas en oro, capas de terciopelo forradas de armiño, jubones acuchillados y divididos en colores simétricamente opuestos, con el blasón de la familia y versos, o las iniciales de su dama, bordados; sus mangas colgantes, festoneadas y de forros coloreados, y zapatos de largas puntas de cordobán encarnado; sus anillos, guantes de gamuza y cinturones de los que colgaban campanillas y cascabeles, y sus innumerables gorros —boinas hinchadas, gorras de piel, capirotes, birretes, coronas de flores, turbantes y tocados de todo género y forma, abultados, plisados, festoneados o torcidos en una bolsa alargada— eran inimitables.

Francia se consideraba excepcional al principio del siglo XIV. Su superioridad en caballería, ciencia y devoción cristiana se daba por descontada, y su monarca, como campeón tradicional de la Iglesia, recibió el título de «rey cristianísimo». Los habitantes de su reino se tenían por elegidos del favor divino: por medio de ellos Dios expresaba su voluntad en la tierra. La obra clásica francesa de la primera cruzada se titulaba *Gesta Dei per Francos* (Hazañas de Dios hechas por los franceses). Se confirmó la predilección celestial cuando, en 1297, alrededor de un cuarto de siglo después de su muerte, el rey de Francia, Luis IX, dos veces cruzado, fue canonizado.

«El renombre de los caballeros franceses domina el mundo», afirmaría Giraldus Cambrensis en el siglo XII. Francia era el país de «la caballería bien criada», al que los rudos aristócratas alemanes iban a aprender buenas maneras y distinción en las cortes de los príncipes, y en el que caballeros y soberanos de toda Europa se reunían en el palacio real para disfrutar de justas, fiestas y devaneos amorosos. Residir en él, según el monarca ciego Juan de Bohemia, facilitaba «la estancia más caballeresca del mundo». Los franceses, tal como los describe el famoso caballero español don Pero Niño, se muestran «liberales y grandes donadores de presentes». Saben honrar a los extranjeros, elogian los hechos preclaros, son corteses y de habla graciosa y «muy alegres, entregándose el placer y buscándolo. Tanto los hombres como las mujeres se enamoran con facilidad, y se enorgullecen de ello».

Como fruto de las conquistas normandas y las cruzadas, el francés era la segunda lengua de la aristocracia en Inglaterra, Flandes y el reino de Nápoles y Sicilia. Los magnates flamencos lo empleaban como idioma comercial, lo mismo que los tribunales de justicia de los restos del reino de Jerusalén, los eruditos y los poetas de otras tierras. Marco Polo dictó el relato de sus viajes en ese lenguaje san Francisco cantaba canciones francesas y los trovadores foráneos moldeaban sus relatos de

aventuras según las *chansons de geste* galas. Un docto veneciano vertió una crónica latina de su ciudad en francés en vez de en italiano, y explicó su elección fundándose en que «la lengua francesa es corriente por doquier y más sabrosa de oír y leer que cualquiera otra».

El estilo de las catedrales góticas se llamó «francés»; se invitó a un arquitecto de Francia a que proyectara el puente de Londres; Venecia importaba muñecas francesas vestidas a la última moda para estar enterada de ella; y marfiles franceses, exquisitamente tallados, fácilmente transportables, llegaron a los confines del orbe cristiano. Por encima de todo, la universidad de París encumbró el nombre de la capital francesa, y aventajó a las demás por la fama de sus profesores y el prestigio de sus filósofos y teólogos, cuyos estudios comenzaban a petrificarse en las rígidas doctrinas del escolasticismo. Su facultad, al empezar el siglo XIV, tenía más de quinientos y sus estudiantes, llegados de todos los países, eran demasiado numerosos para ser contados. Era el imán de las mentes más grandes: Tomás de Aquino de Italia enseñó en ella en el siglo XIII, lo mismo que su maestro el alemán Alberto Magno, su contrario en filosofía el escocés Duns Escoto, y en el siguiente, los grandes pensadores políticos Marsilio de Padua y el franciscano inglés Guillermo de Ockham. Por su universidad, París era la «Atenas de Europa»; se decía que la diosa de la Sabiduría la había convertido en su hogar, tras su salida de Grecia y Roma.

Su carta de privilegios, que databa de 1200, era el mayor orgullo de la universidad. Exenta de la intervención civil, se mostraba igualmente altiva con la autoridad eclesiástica, y siempre andaba a la greña con el obispo y el papa. «Vosotros, los maestros parisienses, sentados en vuestras cátedras, creéis por lo visto que el mundo debiera regirse por vuestros razonamientos», tronó el legado pontificio Benito Caetani, que pronto se convertiría en el papa Bonifacio VIII. Y les recordó: «El mundo ha sido confiado a nosotros, no a vosotros». La universidad, sin dar su brazo a torcer, se consideró tan definidora en teología como el sumo pontífice, aunque concedió al vicario de Cristo una importancia igual a la suya como «las dos luces del orbe».

En este privilegiado país de Occidente, el legado de los Coucys era, en 1335, tan rico como antiguo. Regada por el Ailette, la tierra de la estirpe merecía el nombre de *vallée d'or* (valle de oro) por su madera, viñedos y cereales, y la profusión de peces en las corrientes de agua. El magnífico bosque de Saint-Gobain cubría más de doscientas ochenta y tres hectáreas de añosos robles, hayas, fresnos, abedules, sauces, alisos, álamos temblones, cornejos y pinos. Albergaba venados, lobos, jabalíes, grullas y toda especie de aves, y era, por lo tanto, un paraíso para el cazador. Los impuestos, rentas de tierras y obligaciones feudales de varios géneros, convertidos cada vez más en dinero, los pontazgos y pagos por la utilización del molino, lagar y hornos de panificación del señor, significarían ingresos anuales, en un dominio como

el de Coucy, de cinco mil a seis mil libras.

Cuanto había formado el feudo desde la época de los troncos de Codiciacum quedaba simbolizado en la gran plataforma de piedra, frontera a la puerta del castillo, a la que los vasallos iban a rendir cuentas y homenaje. Dicha plataforma descansaba en tres leones yacentes. Uno devoraba un niño y otro un perro, y el intermedio estaba quieto. Encima se hallaba sentado otro con toda la majestad que el escultor fue capaz de infundirle. Tres veces al año —Pascua, Pentecostés y Navidad— el abad de Nogent o su representante acudía a prestar homenaje por la tierra que Aubry de Coucy había concedido a los monjes. El ritual de la ceremonia era tan refinado y abstruso como el de la coronación del soberano en Reims.

Montado en un corcel bayo (o, según otra versión, palomilla), de orejas y cola cortadas, y con un arnés de arado, el delegado del abad llevaba un látigo, un saco de trigo de sementera y una cesta con ciento veinte *rissoles*. Éstos eran pastas, en forma de cuarto lunar, de harina de centeno, rellenos de carne picada y guisada en aceite. Le seguía un perro, también desorejado y rabón, y con un *rissole* atado al cuello. El representante daba tres vueltas alrededor de la cruz de piedra que había en el acceso al patio, chascando el látigo en cada una de ellas, desmontaba y se arrodillaba ante la plataforma de los leones. Si los pormenores del equipo y de la ejecución eran los debidos, se le permitía continuar. Subía a la plataforma, besaba al león y entregaba los *rissoles*, doce panes y tres porciones de vino como pleitesía. El señor de Coucy tomaba un tercio de las ofrendas, distribuía el resto entre los intendentes y magistrados de la ciudad presentes, y estampaba en el documento de homenaje un sello que representaba a un abad mitrado con patas caprinas.

Pagana, bárbara, feudal y cristiana por el cúmulo del oscuro pasado, así era la sociedad medieval…, y los múltiples estratos componentes del hombre occidental.

CAPÍTULO 2

NACIDO PARA EL DOLOR: EL SIGLO

Al llegar al mundo el último de los Coucys, su país sobresalía sobre los demás, pero el siglo sufría perturbaciones. El frío atmosférico asistió a los primeros pasos de la centuria, iniciando el resto de las miserias. El mar Báltico se heló dos veces, en 1303 y 1306-1307; siguieron años de desacostumbrada gelidez, tempestades y lluvias, y hubo un aumento de nivel en el Caspio. Los contemporáneos no podían saber que se trataba de la embestida de lo que se ha reconocido posteriormente como la «pequeña era glacial», causada por el avance de los ventisqueros polares y alpinos, la cual duraría de modo amplio hasta el siglo XVIII. Tampoco estaban enterados de que, debido al cambio de clima, desaparecían de modo gradual las comunicaciones con Groenlandia, en la que se extinguían los asentamientos normandos, y que el cultivo de grano se perdía en Islandia y se reducía drásticamente en Escandinavia. Pero notaban el frío creciente y observaban con temor su consecuencia: una estación más breve de maduración para los sembrados.

Aquello representaba el desastre, porque el incremento de la población en el siglo anterior había ya alcanzado un equilibrio difícil con las técnicas agrícolas. Teniendo en cuenta los instrumentos y métodos de la época, la roturación de las tierras productivas había llegado al límite. Sin irrigación y abonos adecuados, las cosechas no podían mejorarse, ni hacer más productivos los suelos pobres. El comercio no estaba preparado, salvo por agua, para transportar grandes cantidades de cereales desde las regiones superproductoras. Los pueblos y ciudades del interior vivían de los recursos locales y, cuando éstos disminuían, los habitantes conocían el azote de la falta de víveres.

En 1315, después de lluvias tan incesantes que se compararon al diluvio bíblico, las cosechas fallaron en Europa entera, y el hambre, el jinete negro del *Apocalipsis*, se hizo familiar a todos. La anterior expansión de la población había sobrepasado la de los frutos del campo, y la gente estaba desnutrida y más expuesta al hambre y la enfermedad. Se habló de personas que habían comido a sus hijos, de pobres polacos que devoraban cadáveres arrebatados a los patíbulos. En los mismos años hubo un contagio de disentería. Aparecieron intermitentes hambres locales después de la gran hambruna de 1315-1316.

Los actos humanos, no menos que el cambio de clima, indicaron que el siglo XIV había nacido para el dolor. En sus primeros veinte años se sucedieron cuatro acontecimientos vitandos: el rey de Francia atacó al papa; el pontificado fue trasladado a Aviñón; se suprimió a los templarios; y los *pastoreaux* se insurreccionaron. El hecho más desdichado consistió en el ataque que agentes de

Felipe IV de Francia, apodado «el Hermoso», efectuaron contra Bonifacio VIII. El origen de él fue el choque de la autoridad temporal con la pontificia, cuando el soberano impuso tributos a las rentas eclesiásticas sin el consentimiento del papa. Bonifacio replicó con la bula *Clericos laicos*, de 1296, en la que prohibía al clero pagar cualquier impuesto a un gobernante seglar. Reconoció, en la creciente tendencia de los prelados a vacilar entre la fidelidad a su rey y la obediencia al sumo pontífice, una amenaza a la pretensión papal de regir el universo como vicario de Cristo. A pesar de las formidables hostilidades que Felipe desencadenó contra él, Bonifacio hizo en una segunda bula, *Unam Sanctam*, la más tajante declaración de supremacía pontificia jamás formulada: «Es necesario para la salvación que toda criatura humana esté sujeta al papa romano».

A ello Felipe convocó un concilio que juzgara al pontífice de las acusaciones de herejía, blasfemia, asesinato, sodomía, simonía y brujería (incluido el trato con un espíritu familiar o demonio favorito), y la falta de ayuno en los días prescritos. Al propio tiempo, Bonifacio redactó una bula que excomulgaba al monarca, lo que llevó a Felipe a recurrir a la fuerza. El 7 de septiembre de 1303, sus agentes, con la ayuda de tropas italianas antipapistas, capturaron al papa, que contaba ochenta y seis años, en su retiro estival de Agnani, próximo a Roma, con los propósitos de anticiparse a la excomunión y conducirlo ante el concilio. Al cabo de tres días de alborotos, los ciudadanos de Agnani liberaron a Bonifacio; pero el ultraje había sido mortal y falleció un mes más tarde.

La afrenta no aportó apoyo a la causa del pontífice, y la circunstancia de que así fuera sirve de piedra de toque del cambio que se había operado. Refluía la marea del universalismo de la Iglesia que había sido el sueño de la Edad Media. Las pretensiones de Bonifacio quedaron anticuadas antes de que las manifestase. La consecuencia indirecta del «crimen de Agnani» fue el traslado del pontificado a Aviñón. La desmoralización empezó con el «exilio babilónico».

Todo ocurrió cuando, por influencia de Felipe el Hermoso, se eligió un papa francés con el nombre de Clemente V. No fue a Roma a ocupar su sede, sobre todo porque temía las represalias de Italia por el trato que los franceses habían dado a Bonifacio; pero los italianos aseveraban que se debía a que tenía una amante francesa, la bella condesa de Périgord, hija del conde de Foix. En 1309 se estableció en la ciudad de Aviñón, cercana a la desembocadura del Ródano. Estaba dentro de la esfera francesa, aunque, técnicamente, no en Francia, sino en Provenza, que era feudo del reino de Nápoles y Sicilia.

Posteriormente hubo seis correlativos pontífices franceses seguidos, Aviñón se transformó en virtual Estado temporal, de suntuosa pompa, gran atractivo cultural y desenfrenada simonía, es decir, venta de cargos eclesiásticos. Menguado por su apartamiento de la santa sede de Roma, y siendo considerado generalmente como instrumento de Francia, el papado quiso cimentar su prestigio y su poder en sentido temporal. Se concentró en las finanzas y la organización y centralización de cualquier

aspecto de gobierno que rindiera beneficio. Aparte la renta regular procedente de los diezmos y anatas, de origen eclesiástico, y las derivadas de los feudos papales, cada oficio, cada nombramiento, cada designación o ascenso, cada dispensa, cada juicio de la Rota o adjudicación de un litigio, cada perdón, indulgencia y absolución, todo lo que la Iglesia tenía o era, desde el capelo cardenalicio a la reliquia del peregrino, se hallaba en venta. Además, el papado se reservaba una parte de todos los donativos, legados y ofrendas al altar. Recibía el dinero de San Pedro de Inglaterra y otros reinos. Vendía indulgencias plenarias en los años de jubileo y cobraba un impuesto especial destinado a las cruzadas, que se continuaban predicando y que en raras ocasiones salían de Europa. El ímpetu inicial se había apagado, y el fervor por la guerra santa se había convertido en pura retórica.

Los beneficios, de los que había setecientas sedes obispales y centenares de millares de oficios inferiores, eran la fuente más lucrativa de los ingresos pontificios. Los papas fueron, poco a poco, mas constantemente, reservándose más y más, asignables a su antojo, con lesión del principio electivo. Como el nombrado era a menudo forastero en la diócesis, o favorito de un cardenal, la práctica suscitó el resentimiento del clero. Si por ventura se celebraba una elección episcopal, el pontificado cobraba dinero por confirmarla. Para que se colacionase un beneficio, el obispo o abad sobornaba a la curia, pagaba desde un tercio a toda la renta de su primer año en el cargo como matrícula de designación, y sabía que, cuando muriera, sus bienes personales irían a parar al papa y que su sucesor tendría que hacer frente a cualquier deuda pendiente.

La excomunión y el anatema, las dos medidas más extremas de que disponía la Iglesia, reservadas exclusivamente para la herejía y los crímenes nefandos —«pues con estas penas se separa al hombre de los fieles y se le entrega a Satanás»—, se utilizaron entonces para arrancar dinero a los pagadores recalcitrantes. Un obispo no recibió cristiana sepultura hasta que sus herederos se responsabilizaron del pago de sus deudas, con escándalo de la diócesis, que le veía insepulto y alejado de la esperanza de salvación. El abuso del poder espiritual con tales fines hizo la excomunión despreciable y redujo el respeto a los jefes religiosos.

Con dinero se compraba cualquier género de dispensa: para legitimar hijos, la mayoría de los cuales eran de sacerdotes y prelados;[*] para dividir un cadáver en cumplimiento de la costumbre de enterrarlo en dos o más lugares; para permitir que las monjas tuvieran dos criadas; para consentir que el judío converso visitase a parientes no conversos; para casarse dentro del grado prohibido de consanguinidad (con precios variantes para el segundo, tercero y cuarto grados); para comerciar con los musulmanes (con un precio por barco, según una escala que reparaba en el cargamento); y para recibir bienes robados hasta un valor específico. El cobro y el arqueo de tales cantidades de dinero, negociado principalmente por banqueros italianos, hizo que el acto material de contar las piezas fuese corriente en el palacio papal. Siempre que entraba en él, informó Álvaro Pelayo, funcionario español de la

curia, «encontraba monederos y curas calculando el dinero apilado delante de ellos».

La dispensa de resultados más grave permitía asignar un beneficio a un candidato de edad inferior a la canónica de veinticinco años, o a uno que no había sido consagrado o que jamás había probado su capacidad para leer y escribir. El nombramiento de clérigos incompetentes o ausentes se convirtió en abuso. En cierta ocasión, en Bohemia, a principios del siglo XIV, se concedió a un niño de siete años una parroquia que rendía anualmente veinticinco gulden; otro ascendió tres peldaños de la jerarquía pagando en cada ocasión una dispensa de ausencia y consagración pospuesta. Los hijos menores de familias nobles fueron nombrados repetidamente arzobispos a los dieciocho, veinte o veintidós años. Las tenencias eran breves, aunque cada promoción exigía otro pago.

Otra piedra de escándalo consistía en los sacerdotes analfabetos o que vacilaban estúpidamente durante el rito de consagración. En 1318, un obispo de Durham, que no entendía ni podía pronunciar el latín, después de luchar sin éxito con la voz *metropolitanus* durante su propia consagración, murmuró en lengua vulgar: «Demos esa palabra por leída». Más tarde, ordenando sacerdotes, topó con la de *aenigmate* (con enigma, de modo enigmático), y exclamó muy ofendido: «¡Por san Luis, que quien escribió esta palabra pecó de descortés!». El clero inepto propalaba el desánimo, pues sus miembros tenían a su cargo el alma de los fieles y debían ser los mediadores entre ellos y Dios. Escribiendo sobre los «varones incapaces e ignaros» que compraban a la curia cualquier cargo que deseasen, el cronista Henry de Hereford tocó la carne viva de la situación cuando anotó: «¡Ved… los peligros que corren quienes de ellos dependen, y temblad!».

El contenido religioso de la Iglesia se esfumó cuando se puso precio a sus oficios. En principio, sólo la penitencia perdonaba los pecados, pero la peregrinación a Roma o a Jerusalén carecía de sentido si el penitente podía calcular el coste del viaje y adquirir una indulgencia por una suma análoga.

Los papas —sucesores, como señaló Petrarca, de «los pobres pescadores de Galilea»— estaban «cargados de dinero y vestidos de púrpura». Juan XXII, pontífice que gozaba del don de Midas, y que reinó de 1316 a 1334, compró para su uso particular cuarenta piezas de brocado de Damasco al costo de mil doscientos setenta y seis florines de oro, y dispendió más aún en pieles, entre ellas el armiño que orlaba una almohada. El vestuario de su cortejo exigía de siete mil a ocho mil florines anuales.

Sus sucesores, Benedicto XII y Clemente VI, edificaron por etapas el gran palacio pontificio de Aviñón sobre una roca que dominaba el Ródano, enorme masa inarmónica de tejados y torres sin diseño coherente. Construido al estilo de los castillos, con patios interiores, murallas almenadas y paredes defensivas de tres metros y medio de grueso, tenía singulares chimeneas piramidales que arrancaban de

las cocinas, salas de banquetes, jardines, tesorerías, oficinas, capillas con rosetones, un baño de vapor, calentado con una caldera, para el sumo pontífice, y una puerta que daba a la plaza pública, en la que los fieles se apiñaban para ver salir al papa montado en su mula blanca. Por él se movían los cardenales con sus grandes capelos rojos, «ricos, insolentes y rapaces», según Petrarca, compitiendo en magnificencia de indumentaria. Uno necesitó diez cuadras para sus caballos, y otro alquiló partes de cincuenta y una viviendas con el fin de alojar a su comitiva.

Los pasillos del palacio eran un hervidero de notarios, representantes de la curia y legados que partían para sus misiones o regresaban de ellas. Los peticionarios y sus valedores aguardaban con ansiedad en las antecámaras, y los peregrinos se agolpaban en los patios en espera de recibir la bendición pontificia, mientras que desfilaban por los vestíbulos los parientes de ambos sexos del sumo pontífice, cubiertos de brocados y pieles, y escoltados de sus caballeros, escuderos y adherentes. Los maceros, ujieres, chambelanes, capellanes, mayordomos y criados frisaban en cuatrocientos. Todos percibían comida, alojamiento, vestimenta y sueldo.

Las baldosas del pavimento exhibían dibujos florales, animales fantásticos y complicados motivos heráldicos. Clemente VI, tan amante del lujo y la belleza, que empleó mil ochenta armiños en su guardarropa, importó a Matteo Giovanetti y pintores de la escuela de Simone Martini, para que decorasen las paredes con escenas bíblicas. Los cuatro muros de su estudio estaban, en cambio, cubiertos de imágenes de los placeres seculares de un noble: una cacería de ciervos, representaciones de cetrería, huertos, jardines, estanques de peces y un grupo de bañistas desnudos y ambiguos, en quienes el observador podía reconocer, a su antojo, mujeres o muchachos. Los asuntos religiosos no se entremetían.

En los banquetes se servía a los invitados del papa en vajilla de oro y plata, al pie de tapices flamencos y colgaduras sedeñas. La recepción de príncipes y embajadores rivalizaba en esplendor con la celebrada en cualquier corte real. Las diversiones pontificias, fiestas e incluso torneos y bailes eran réplica de los seculares.

«Vivo en la Babilonia de Occidente», escribió Petrarca en la década de 1340, en la que los prelados comían opíparamente «en banquetes licenciosos», y cabalgaban en corceles albos como la nieve, «enjaezados de oro, alimentados con oro y pronto a ser herrados con oro, si el Señor no contiene este lujo vil». Aun cuando su moral distaba de ser intachable, Petrarca compartía el hábito clerical de denunciar con redoblado vigor cuanto se desaprobaba. Aviñón se transformó para él en «esa repugnante ciudad», si bien no se sabe a ciencia cierta si se debió a la corrupción mundanal o a la porquería y los hedores de sus callejuelas atestadas. La población, abarrotada de mercaderes, artesanos, embajadores, aventureros, astrólogos, ladrones, rameras y no menos de cuarenta y tres sucursales de bancas italianas (en 1327), no estaba tan bien concebida como el palacio pontificio para eliminar las materias fecales. El palacio tenía una torre cuyos dos pisos inferiores contenían exclusivamente letrinas, provistas de asiento de piedra. Desembocaban en un pozo

bastante profundo, que se adecentaba con las aguas procedentes de la cocina y de una corriente subterránea desviada con tal propósito. Empero, la hedentina de la ciudad privó del sentido a un embajador de Aragón y obligó a Petrarca a mudarse a la cercana Vaucluse «para alargar mi vida».

Siendo más accesible que Roma, Aviñón atraía a visitantes de toda Europa. La corriente de oro mantenía a artistas, escritores, letrados, bachilleres en leyes y en medicina, músicos y poetas. Estaba corrompida, pero ejercía el mecenazgo. Todos la criticaban, pero todos acudían a ella. Santa Brígida, noble viuda sueca que vivía en Roma y deploraba con elocuencia los pecados de la época, llamó a la ciudad papal «campo henchido de orgullo, codicia, relajación y corrupción». Mas para que haya corrupción se precisa la existencia de dos personas o cosas, y, si prevaricaba, el papado no lo hacía a solas. En el mundo práctico de los cambios de equilibrio político y la consuetudinaria necesidad de dinero que sufrían todos los soberanos, los pontífices y reyes se necesitaban mutuamente y efectuaban los apaños imprescindibles. Traficaban en territorios, soberanías, guerreros, alianzas y préstamos. Un método habitual consistía en promover una cruzada, lo que permitía a los monarcas imponer en cada país un impuesto a las rentas eclesiásticas. El procedimiento no tardó en considerarse un derecho.

El clero contribuía a aquel estado de cosas. Ya que los prelados vestían suntuosamente, sus inferiores se negaban a ser moderados. Hubo muchas quejas, como la del arzobispo de Canterbury, en 1342, de que los clérigos llevaban indumentaria propia de seglares, con prendas a cuadros encarnados y verdes, muy cortas, «notablemente escasas», de mangas en exceso anchas, que mostraban forros de piel o de seda, caperuzas y capuchos de «asombrosa longitud», zapatos puntiagudos y acuchillados, y ceñidores enjoyados de los que colgaban bolsas doradas. Peor aún, ignorando el deber de la tonsura, establecido en los cánones, exhibían barbas y melenas hasta los hombros, con «escándalo abominable de la grey». Algunos tenían bufones, perros y neblíes, y otros salían escoltados por guardias de honor.

La simonía no se circunscribía a las altas esferas. Como adquirían beneficios al coste de las rentas de un año, los obispos transmitían los gastos a los rangos inferiores, de suerte que la corrupción se extendía a lo largo de la jerarquía, desde los canónigos y priores a los sacerdotes y monjes enclaustrados, y desde éstos a los frailes mendicantes y buleros. En este último nivel los plebeyos topaban con el materialismo de la Iglesia, y ninguno era tan craso como el de los vendedores de perdones.

Éstos, los buleros, comisionados por la Iglesia, vendían la absolución de cualquier pecado, desde la gula al homicidio, anulaban todo voto de castidad o ayuno, y remitían las penitencias a cambio de dinero, la mayor parte del cual se embolsaban. Cuando recibían el encargo de reunir fondos para una cruzada, según Matteo Villani, aceptaban de los pobres, en vez de moneda, «lienzos, telas de lana o muebles, grano y

heno…, engañando al pueblo. De tal modo concedían la cruz». Feriaban la salvación eterna, explotando la necesidad y la credulidad del vulgo para vender sus imposturas. El único personaje en verdad detestable entre los peregrinos de Canterbury, imaginados por Chaucer, es el bulero, de pelo ratonil, piel lampiña de eunuco, ojos brillantes como los de una liebre y descarado dominio de las artimañas y trampas de su profesión.

El clero regular detestaba a los buleros por anular la eficacia de la penitencia, poner en peligro las almas con su falsa mercancía e invadir el territorio parroquial, haciendo colectas en los días festivos o interviniendo en los entierros y otros servicios a cambio de emolumentos que correspondían a los párrocos. No obstante, el sistema permitió su mediación, puesto que compartía sus beneficios.

Los pecados de los monjes y frailes itinerantes perjudicaban aún más, porque tenían mayores pretensiones como hombres de Dios. Sobresalían como seductores de mujeres. Vendiendo pieles y ceñidores para mozas y casadas, y un gozque «para obtener su amor», el fraile de un poema del siglo XIV «llega a nuestra dama en ausencia de su marido»:

No escatima ningún pecado ni iniquidad,
pues hasta que no logra que una mujer peque
en privado, no se da por vencido,
y le deja en el interior un hijo,
o acaso dos de una sola vez.

En los relatos de Boccaccio, en los *fabliaux* de Francia y en toda la literatura popular de la época, la castidad clerical se toma a chacota. Los sacerdotes vivían con amantes o se consagraban a cazarlas. «Un cura se acostaba con una señora casada con un caballero», empieza un cuento con la mayor naturalidad. Y otro, «el clérigo y su mujer se fueron a la cama». En el convento de monjas, en que Piers Plowman servía como cocinero, sor Pernell era «la manceba de un cura» que tuvo «un crío en la sazón de las cerezas». Los frailes bellacos de Boccaccio son invariablemente cogidos en situaciones embarazosas por culpa de su lascivia. En la vida real su condición pecaminosa era no divertida, sino amenazante, porque ¿cómo habrían de salvar almas estando tan apartados de la santidad? Esta sensación de haber sido traicionados explica que los frailes fuesen tan a menudo víctimas de la hostilidad abierta, incluso de ataques corporales, ya que, como declara con sencillez una crónica de 1327, «no se portaban como deben los religiosos».

Conforme al ideal de san Francisco de Asís, debían vagar por el mundo haciendo el bien, andar descalzos entre los pobres y los parias, llevando el amor cristiano a los hombres ínfimos, y pedir limosna en especie, jamás en dinero, para satisfacer sus necesidades. Por una paradoja monstruosa, la orden que fundó san Francisco, basada

en el rechazo de los bienes, atrajo el apoyo y los donativos de los ricos, porque su pureza parecía ser garantía de santidad. En el trance de la agonía, caballeros y damas se hacían vestir con el hábito franciscano, en la creencia de que evitarían el infierno si eran enterrados envueltos en él.

La orden adquirió tierras y riquezas, edificó iglesias y monasterios, y estableció una jerarquía, todo ello contrario a las intenciones de su fundador. San Francisco había previsto tal proceso. Contestando a un novicio, que deseaba tener un salterio, dijo en una ocasión: «Cuando tengas un salterio, querrás un breviario; cuando tengas un breviario, querrás sentarte en una silla como un gran prelado y dirás a tu cofrade: "Hermano, tráeme mi breviario"».

Los monjes de algunas órdenes poseían dinero para sus gastos y fortuna particular que prestaban con usura. En algunos monasterios se les suministraba cuatro litros y medio de cerveza al día, comían carne, usaban joyas y vestidos recamados de pieles, y empleaban criados que, en los conventos más ricos, sobrepasaban en número a los monjes. Gracias al favor de los acomodados, los franciscanos, además de dirigirles sus prédicas, cenaban con ellos y aceptaban entrar en los hogares nobles como consejeros y capellanes. Algunos continuaban andando descalzos entre los pobres, cumplían aún su misión y eran respetados por ellos; pero la mayoría calzaba botas de buen cuero y no era amada.

Como los buleros, estafaban a los pueblerinos con la venta de reliquias imaginarias. Fray Cipolla, en el cuento de Boccaccio, vendió una de las plumas del arcángel Gabriel, que, según él, había caído en la habitación de la Virgen durante la Anunciación. Esta sátira queda empequeñecida por el hecho real de un fraile que vendió un trozo de la zarza en la que el Señor habló a Moisés. Otros comerciaban con libranzas contra el Tesoro del Mérito que, aseguraban, la orden de san Francisco había acumulado en el Paraíso celestial. Wyclif, al ser preguntado para qué servían aquellos pergaminos, respondió: «Para tapar tarros de mostaza». Los frailes eran un elemento de la existencia diaria, a la vez despreciados y venerados, y temidos porque, en resumidas cuentas, tal vez tuvieran la llave de la salvación.

Las sátiras y quejas se conservan porque se escribieron. Dejan la sensación de que la Iglesia estaba tan dominada por la venalidad y la hipocresía, que se hallaba a punto de disolverse; pero no se disuelve con tanta facilidad una institución que domina la cultura y está tan arraigada en la estructura social. La cristiandad era la matriz de la vida medieval: incluso las instrucciones para hacer un huevo pasado por agua exigían que se hirviese «durante el tiempo en que se tarda en rezar un miserere». Gobernaba el nacimiento, matrimonio, muerte, sexo y comida, dictaba normas sobre derecho y medicina, y orientaba a la filosofía y la erudición. La pertenencia a la Iglesia no era cuestión de elección, sino obligatoria y sin alternativa, lo que le daba un asidero difícil de eludir.

Como parte integrante de la existencia, la religión se hallaba sometida a parodias que no la afectaban. En la fiesta anual de los Inocentes, en tiempos navideños, se remedaban en son de burla cada rito y cada artículo eclesiásticos. Se designaba un *dominus festi*, un señor de la fiesta, entre el clero inferior —párrocos, subdiáconos, vicarios y sacristanes, los más incultos, mal pagados e indisciplinados—, al cual competía trastornar todo. Establecían a su señor como papa, obispo o abad en una ceremonia en la que se le afeitaba la cabeza, con acompañamiento de palabras impúdicas y actos deshonestos; le vestían con prendas puestas del revés; jugaban a dados en el altar y comían morcillas y salchichas, mientras se celebraba la misa con una jerga sin sentido; agitaban inciensarios hechos de zapatos viejos que exhalaban «humo apestoso»; cumplían los distintos oficios del sacerdocio disfrazados con máscaras bestiales, o de mujeres o juglares; interpretaban canciones obscenas en el coro; aullaban, ululaban y tocaban campanas, mientras el «papa» recitaba una bendición en ripios. A su invitación de que le siguiesen so pena de reventarles las calzas, todos salían violentamente de la iglesia para recorrer la ciudad en procesión, portando en un carro al *dominus*, que daba burlonas indulgencias, al paso que sus seguidores silbaban, cloqueaban, escarnecían y gesticulaban. Arrancaban carcajadas a los mirones con «obras infamantes» y parodiaban a los oradores sagrados con sermones procaces. Hombres desnudos tiraban de carros de estiércol que lanzaban a la gente. Borracheras y danzas acompañaban al cortejo. El conjunto se burlaba de rituales archiconocidos, tediosos y a menudo carentes de sentido; se daba suelta «al patán congénito que oculta la casulla».

En la vida cotidiana la Iglesia era consoladora, protectora y sanadora. La Virgen y los santos patronos socorrían en los instantes de apuro y defendían de los males y enemigos que acechaban en el camino de todo hombre. Los gremios, ciudades y actividades tenían un patrón en el cielo, lo mismo que los individuos. Los arqueros y ballesteros recurrían a san Sebastián, mártir de las flechas; los panaderos, a san Honorato, y su pendón mostraba una pala de plata y tres panes a modo de gules; los marineros, a san Nicolás con los tres chiquillos que salvó del mar; los viajeros, a san Cristóbal con el niño Jesús sobre el hombro; las cofradías caritativas, normalmente, a san Martín, que entregó la mitad de su capa a un pobre aterido; y las solteras, a santa Catalina, a la que se suponía muy hermosa. El santo patrono era un compañero extraordinario en la vida, que curaba quebrantos, suavizaba penas y hacía milagros en caso extremo. Su imagen se veía en los pendones durante las procesiones, estaba esculpida sobre la entrada de los ayuntamientos y capillas, y se llevaba como medallón en los sombreros.

Sobre todo la Virgen era la fuente, siempre piadosa y confiable, de consuelo, llena de compasión a la fragilidad humana, despreocupada de leyes y jueces, pronta a socorrer a quien estuviera en dificultad y, en medio de todas las iniquidades, afrentas y males sin sentido, la única que jamás defraudaba. Libraba al prisionero de la mazmorra, revivía al hambriento con la leche de sus senos. Cuando una campesina

llevó a su hijo, que se había clavado una espina en un ojo, a la iglesia de Saint-Denis, se arrodilló al pie de Nuestra Señora, recitó un avemaría e hizo el signo de la cruz con una sagrada reliquia, un clavo del Salvador, sobre el chiquillo maltrecho, «al punto», informa el cronista «la espina cayó, desapareció la hinchazón y la madre regresó alborozada a su casa con su hijo con la vista sana».

Un asesino endurecido tenía igual acceso a la protección virginal. No importaba el crimen que hubiera cometido, ni que todas las manos se alzaran contra él: no perdía el amparo de la Virgen. En los *Milagros de Nuestra Señora*, ciclo de piezas teatrales populares representado en las poblaciones, la Virgen redime a toda suerte de malhechores que recurren a ella en su arrepentimiento. Una mujer, acusada de haber cometido incesto con su yerno, cuya muerte procuró alquilando a dos asesinos, está en trance de perecer en la pira. Reza a María, que aparece al punto y manda al fuego que no arda. Convencidos por el milagro, los magistrados libran a la condenada, la cual ingresa en un convento, después de distribuir a los pobres sus bienes. Lo que importaba era el acto de fe expresado en la oración. De la Iglesia se recibía no justicia, sino perdón.

Y más que ello, la Iglesia daba respuestas. Durante casi más de un millar de años había sido la institución central que proporcionaba significado y propósito a la existencia en un mundo caprichoso. Afirmaba que la existencia del hombre en la tierra era un tránsito, en el exilio, hacia Dios y la Nueva Jerusalén, «nuestra otra morada». La vida, escribió Petrarca a su hermano, no era nada más que «un viaje desapacible y fatigoso hacia la casa eterna que buscamos; o, si descuidamos nuestra salvación, un camino, igualmente penoso, hacia la muerte eterna». La Iglesia ofrecía la salvación, que sólo se alcanzaba por medio de los ritos que había establecido, y con el permiso y el auxilio de los sacerdotes por ella ordenados. «*Extra ecclesiam nulla sallus*» (Fuera de la Iglesia no hay salvación).

Lo opuesto a la gloria perdurable era el infierno, y sus tormentos sin fin, que el arte de la época retrataba de modo muy realista. En él los condenados colgaban por la lengua de árboles ígneos, los impenitentes se abrasaban en hornos y los infieles se asfixiaban en humo hediondo. Los malos se precipitaban en las negras aguas de un abismo, en las cuales se hundían de acuerdo con la magnitud de sus pecados: los fornicadores hasta la nariz y los perseguidores de su prójimo hasta las cejas. Peces monstruosos tragaban a unos, demonios roían a otros, o los martirizaban serpientes, fuego, hielo o frutos que, fuera de su alcance, se mofaban de su hambre. Los hombres, en el infierno, estaban desnudos, carecían de nombre y habían sido olvidados. No es de extrañar, pues, que la salvación tuviera tanta importancia y que el día del juicio ocupara todos los espíritus. Sobre la entrada de las catedrales se esculpía, como vívido recordatorio, una cohorte de pecadores encadenados y conducidos por diablos hacia una caldera llameante, mientras los ángeles guiaban a los elegidos, menos numerosos, en dirección opuesta, hacia la gloria infinita.

Nadie dudaba en la Edad Media de que la inmensa mayoría sería condenada por

toda la eternidad. *Salvandorum paucitas, damnandorum multitudo* (Pocos habrán de salvarse, muchos se condenarán) era el severo principio sustentado desde san Agustín a santo Tomás de Aquino. Se utilizaba a Noé y su familia como indicio de la proporción de los salvados, estimada en lo general en uno por millar e incluso por cada decena de millar. A pesar de la poquedad de los elegidos, la Iglesia ofrecía la esperanza a todos. La salvación se negaba de modo permanente a quienes no creían en Cristo, pero no a los pecadores, pues las culpas eran condición inherente de la vida, que podía cancelarse cuantas veces fuera menester con la penitencia y la absolución. «Vuelve de nuevo, vuelve de nuevo, alma pecadora», decía un predicador lolardo, «que Dios conoce tu descarrío y no te abandonará. Vuélvete a mí, dijo el Señor, y te recibiré y te acogeré en mi gracia».

La Iglesia daba ceremonia y dignidad a las existencias que apenas sabían de ellas. Era fuente de belleza y arte, a las que todos tenían algún acceso y que muchos habían contribuido a crear. Esculpir los pliegues del manto pétreo de un apóstol, convertir con paciencia infinita las brillantes teselas de un mosaico en la imagen de ángeles alados del coro celestial, estar en el abrumador espacio de la nave de una catedral, entre columnas que se elevaban y elevaban hasta una bóveda casi invisible, y saber que todo aquello era obra del hombre en honor de Dios, enorgullecía a los más bajos y convertía al más zafio en artista.

La Iglesia, que no el gobierno, fomentaba la atención a los desheredados —indigentes, enfermos, huérfanos, inválidos, leprosos, ciegos e idiotas—, imbuyendo a los seglares de la creencia de que las limosnas les proporcionaban méritos y entrada en el cielo. Basado en esta doctrina, el impulso de la caridad cristiana era interesado, pero efectivo. Los nobles distribuían limosnas diarias a la puerta de su castillo a cuantos acudían, en forma de dinero y restos de sus comidas. Donativos de toda procedencia iban a los hospitales, destinatarios favoritos de la caridad cristiana. Los mercaderes compraban sosiego espiritual por el anticristiano anhelo de beneficiarse, dedicando un porcentaje regular a las buenas obras. Se registraba en el libro de cuentas con el nombre de Dios como representante del pobre. Deber cristiano de mérito particular consistía el donativo de dotes para que las muchachas pobres se casaran, como hizo el señor gascón del siglo XIV mencionado en el Preámbulo.

Las corporaciones aceptaban como deber religioso el auxilio de los míseros. Los estatutos de los gremios imponían apartar una moneda, «el óbolo de Dios», con tal fin, en cada contrato de venta o compra. Consejos seglares, en las parroquias, vigilaban el mantenimiento de la «mesa de los pobres» y un fondo para limosnas. En los días festivos era práctica común invitar a doce desheredados al banquete, y en el Viernes Santo, el alcalde de la ciudad, u otro notable, lavaba los pies a un mendigo en memoria de Cristo. Cuando san Luis dirigió esta ceremonia, su compañero y biógrafo, el señor de Joinville, se negó a participar, diciendo que le daría náuseas tocar los pies de tales villanos. Jamás fue fácil amar a los pobres.

El clero, en general, no sería probablemente más codicioso o indigno que los

demás mortales; pero, como se le imaginaba mejor o más próximo a Dios que el resto de ellos, sus prevaricaciones llamaban más la atención. Si bien amaba el lujo, Clemente VI era generoso y cordial. El Párroco de los *Cuentos de Canterbury* resulta tan benigno y admirable como repulsivo el Bulero. Estaba siempre preparado a visitar a pie la casa más alejada y miserable de su parroquia, sin que le amilanasen la tormenta y la lluvia.

Conducir a la gente al cielo con la piedad
del buen ejemplo era su empeño.

Sin embargo, se levantaba el viento del descontento. Se atacó a palos a los cobradores pontificios de impuestos, y hasta los obispos no gozaban de seguridad. En 1326, en un estallido anticlerical, el populacho londinense degolló al obispo y abandonó su cadáver desnudo en la calle. En 1338 «dos rectores de iglesias» se sumaron a un par de caballeros y una «multitud de campesinos» en un ataque contra el obispo de Constanza: malhirieron a varios de su comitiva, y le apresaron. El descontento tomó graves aspectos entre los mismos religiosos. En Italia los *fraticelli*, rama de la orden de los franciscanos, se levantaron en otro de los movimientos partidarios de la pobreza, que atormentaban periódicamente a la Iglesia con la pretensión de desposeerla de sus bienes. Los *fraticelli*, o franciscanos espirituales, insistieron en que Cristo había vivido sin posesión alguna, y predicaron la vuelta a tal situación como la única verdadera «imitación de Cristo».

Los movimientos en favor de la pobreza partían de la esencia de la doctrina cristiana: la renuncia al mundo material, idea que había provocado la ruptura con la edad clásica. Sostenía que Dios era positivo, y la vida en la tierra, negativa; que el mundo era incurablemente malo y que la santidad sólo se conquistaba con la renuncia a los placeres, bienes y honores mundanales. La carne se vencía con el ayuno y el celibato, con los que se renunciaba a las delicias de este mundo a cambio de la recompensa en el venidero. El dinero era pernicioso, y la hermosura vana, y ambos transitorios. La ambición equivalía a la soberbia, el deseo de ganancia a la avaricia, la apetencia de la carne a la lujuria, y la búsqueda de honores, incluso como premio de la sabiduría y de la producción de belleza, a la vanagloria. Resultaban pecaminosos, porque apartaban al hombre de la aspiración a la vida espiritual. El ideal cristiano era ascético: la negación del individuo sensual. De ello se siguió que, bajo la égida de la Iglesia, la existencia se transformó en lid continua contra los sentidos y constante conflicto con el pecado, lo que justificaba la persistente necesidad de absolución.

Las sectas místicas aparecieron una y otra vez con el ánimo de barrer toda la basura de lo material, de acercarse a Dios rompiendo las cadenas del afán de poseer que ligaban a la tierra. Asentada en sus territorios y edificios, la Iglesia sólo pudo reaccionar declarando heréticas a las sectas. La testaruda insistencia de los *fraticelli*

en la absoluta pobreza de Jesucristo y de los doce apóstoles zahería al papado de Aviñón, que condenó su doctrina como herejía «falsa y perniciosa» en 1315, y, cuando se obstinaron en sus principios, los excomulgó, lo mismo que a las sectas análogas de la década siguiente. Veintisiete miembros de un grupo especialmente terco de los franciscanos espirituales de Provenza comparecieron ante la Inquisición. Cuatro de ellos acabaron en la hoguera en Marsella (1318).

Soplaba también el viento del desafío temporal a la supremacía pontificia. Se centró en el derecho del papa a coronar al emperador, y enfrentó las pretensiones del Estado con las de la Iglesia. El sumo pontífice quiso excomulgar esta tendencia en la persona de su más audaz adalid, Marsilio de Padua, cuyo *Defensor pacis*, de 1324, afirmaba directamente la supremacía estatal. Dos años después, la lógica de la polémica indujo a Juan XXII a hacer lo mismo con Guillermo de Ockham, franciscano inglés conocido por su poderosa manera de razonar como «el doctor invencible». Al exponer la filosofía, llamada «nominalismo», Ockham desbrozó un camino peligroso hacia el conocimiento intuitivo del mundo físico. Fue, en cierto sentido, el portavoz de la libertad intelectual, y el papa lo reconoció así al publicar su condena. Como réplica a la excomunión, Ockham fulminó a Juan XXII con la acusación de setenta errores y siete herejías.

En cuanto a la economía, el espíritu secular no retaba a la Iglesia, pero se presentaba como una contradicción esencial. Las empresas capitalistas, que ocupaban entonces un lugar destacado, violaban por su misma naturaleza la actitud cristiana respecto al comercio, que era de antagonismo activo. Sostenía la maldad del dinero. Según san Agustín «Negociar es un mal en sí». Por tanto, el provecho superior al mínimo imprescindible para mantener al traficante se convertía en avaricia, obtener dinero con dinero en el cobro de intereses en un préstamo se llamaba usura, y comprar mercancías a granel y venderlas sin modificación a un precio más alto era inmoral y había sido condenado por el derecho canónico. En fin, la frase de san Jerónimo tenía peso definitivo: «El comerciante pocas veces o jamás puede complacer a Dios» (*Homo mercator vix aut nunquam potest Deo placere*).

Por ello el banquero, mercader y hombre de negocios vivían en constante pecado mortal y en oposición cotidiana con el código moral basado en el «precio justo». Éste partía de la doctrina de que la profesión debía proporcionar sustento al individuo y beneficios a todos, y nada más. Los precios habían de establecerse en un nivel «justo», que incluía el valor del trabajo sumado al de la materia prima. Para asegurarse de que nadie se procuraba ventaja sobre el resto de los hombres, la ley comercial prohibía la innovación de instrumentos o técnicas, la venta por debajo del precio fijado, el trabajo hasta altas horas de la noche con luz artificial, el empleo de aprendices innecesarios —legalmente— o de la esposa y los hijos menores, y el anuncio de mercancías o el elogio de las mismas en detrimento de las restantes. Por

limitar la iniciativa, estas normas contrariaban la intención de la empresa capitalista. Eran la negación del hombre económico. Por consiguiente, se violaban de modo rutinario con más frecuencia aún que las que pesaban sobre el hombre sensual.

Ninguna actividad se hizo más incontenible, en lo económico, que las inversiones y los préstamos monetarios con interés. En ello se fundó el florecimiento del capitalismo occidental y la acumulación de las fortunas particulares. En la usura, precisamente. Nada vejó tanto al pensamiento medieval, nada desconcertó ni eludió tanto la posibilidad de un ajuste, nada produjo un laberinto de principios tan irreconciliables como la teoría de la usura. La sociedad necesitaba préstamos en numerario y la Iglesia los vedaba. Ésta fue la dicotomía básica; pero la doctrina tenía tal elasticidad, que «incluso los avisados» no comprendían su alcance. En la práctica, se consideraba usura no el cobro de interés *per se*, sino percibir por él cantidades superiores a las decorosas. Del trabajo sucio, aunque necesario, de la sociedad se encargaron los judíos. Si no hubieran existido, hubiera sido preciso inventarlos. Mientras los teólogos y canonistas debatían sin respiro, en el vano intento de precisar si el tanto por ciento decente era diez, doce y medio, quince o veinte, los banqueros continuaron prestando e invirtiendo con los intereses que la situación admitía.

Los comerciantes pagaban multas con regularidad por romper todas las leyes sobre sus negocios, y no se enmendaban. A pesar de las prohibiciones pontificias, la riqueza de Venecia y Génova se forjó en el comercio con los infieles de Siria y Egipto. Se ha dicho que, antes del siglo XIV, los hombres «no conseguían imaginar la caja de un mercader sin concebir al diablo sentado sobre ella». No puede precisarse si el comerciante lo veía también al contar sus monedas, o si vivía inmerso en la culpabilidad. Francesco Dantini, mercader de Prato, sufría amargas preocupaciones, pero su agonía nacía más del miedo de perder su fortuna que del temor a Dios. Por lo visto, poseía el don de reconciliar el cristianismo con los negocios, pues el lema de su libro de cuentas era «En el nombre de Dios y de la ganancia».

La diferencia entre ricos y pobres se acusó más y más. Con el dominio de las primeras materias y los instrumentos de producción, los propietarios redujeron los jornales de la manera clásica en la explotación de los obreros. Los pobres los miraban ya como enemigos, no como protectores, sino como expoliadores, como Dives, condenado al fuego infernal, como lobos, y a sí mismos como corderos. Sintieron lo injusto de la situación, lo que, al no tener remedio, se cambió en espíritu de revuelta.

La teoría medieval pretendía que el señor o gobernante reaccionara a las acusaciones de explotación investigando y ordenando las reformas imprescindibles para que los tributos incidieran por igual en ricos y pobres. Pero esta teoría no correspondía a la realidad más que otras de la Edad Media, y a consecuencia de ello, escribió Philippe de Beaumanoir en 1280-1283, «ha habido actos de violencia, porque los pobres no pueden soportarlo y no saben cómo lograr que se respete su derecho, salvo levantándose y apoderándose de él». Se asociaron, informó, para negarse a trabajar «por un estipendio tan bajo; así lo elevarían por decisión propia» y

aplicarían «ciertas penas y castigos» a quienes no se uniesen a ellos. Esto pareció a Beaumanoir un delito terrible contra el bien general, «pues el interés común no puede soportar que el trabajo se interrumpa». Abogó por que tales individuos fuesen detenidos y encarcelados durante mucho tiempo, y multados después con sesenta *sous* por barba, cantidad con que se castigaba tradicionalmente el quebrantamiento de la «paz pública».

El fermento más persistente de intranquilidad se hallaba entre los tejedores y pañeros de Flandes, donde la expansión económica había sido más intensa. La industria textil fue la automovilística de la Edad Media, y Flandes, el invernáculo de las tensiones y los antagonismos que concitó el desarrollo capitalista en la sociedad urbana.

Unido antaño por el oficio común, el gremio de maestros, oficiales y aprendices se había disgregado en empresarios y obreros, separados por el odio de clase. Era ya una corporación que dominaban los patronos y en la que los trabajadores no tenían voz. Los magnates, que habían contraído enlaces matrimoniales con la nobleza y comprado fincas rústicas y urbanas, se trocaron en una clase patricia que dominaba la administración de las ciudades y lo hacía en beneficio propio. Fundaron iglesias y hospitales, erigieron grandes lonjas de paños, pavimentaron las calles y crearon una red de canales. Pero compensaron la mayor parte de los gastos municipales con impuestos sobre el vino, cerveza, turba y cereales, que abrumaron a los desheredados. Se favorecieron recíprocamente formando grupos de gobernantes, como los Treinta y Nueve de Gante, nombrados de modo vitalicio, que administraban en una rotación anual de tres secciones de trece miembros, o los doce magistrados de Arras, que establecieron una cada cuatro meses, o la oligarquía de los Cien Pares de Rouen, que designaba cada año al alcalde y los concejales. La burguesía baja, que hacía fortuna y ascendía, lograba a menudo entrar en el monopolio; pero los artesanos, desdeñados como «uñas azules» y vulnerables al desempleo, carecían de derechos políticos.

Prescindiendo de estas protestas, la vida medieval era bastante soportable, pues se desarrollaba de modo colectivo en cantidad infinita de grupos, órdenes, asociaciones y hermandades. Jamás el hombre estuvo menos solo. Incluso los matrimonios dormían con frecuencia con sus criados e hijos. Menos en el caso de los ermitaños y presos, se desconocía el aislamiento.

Así como los nobles tenían sus órdenes de caballería, así el plebeyo contaba con la *confrérie*, hermandad de su oficio o aldea, que le rodeaba en todos los momentos importantes de su existencia. Compuestas de ordinario de veinte a cien miembros, estas agrupaciones se dedicaban a la caridad, ayuda social, diversión y faceta religiosa de la vida seglar. Acompañaban hasta las puertas de la ciudad a aquellos de los suyos que partían en peregrinación, y le escoltaban en su sepelio. Si uno era condenado a muerte, iban con él hasta el cadalso. Si se ahogaba en un accidente,

como aconteció en Burdeos, registraban el Garona durante tres días en busca de su cadáver. Si fallecía insolvente, la asociación le proporcionaba mortaja, pagaba el entierro y mantenía a la viuda y los hijos. Los peleteros de París entregaban tres *sous* semanales a los enfermos mientras la dolencia los incapacitaba para trabajar, y otros tres *sous* por una semana de convalecencia. El dinero de la asociación se derivaba de cuotas establecidas conforme a los ingresos, pagaderas semanal, anual o trimestralmente.

Las hermandades presentaban obras teatrales religiosas, suministraban la música y servían como actores y tramoyistas. Celebraban campeonatos, se dedicaban al deporte y los juegos, e invitaban a predicadores en las ocasiones especiales. En los días festivos, después de alfombrar las calles con flores, las *confréries* se unían a las procesiones, reunidas por los colores llamativos de su indumentaria peculiar, precedidas de su pendón y estatua o retrato de su santo patrón. Los miembros se ligaban con ritos y juramentos; en algunas cofradías se enmascaraban para disimular su identidad, y así se establecía un rasero de igualdad entre todos ellos.

Si las *confréries* donaban vitrales a las iglesias o encargaban pinturas murales, asientos para el coro o libros miniados, los miembros se enorgullecían de proteger las artes con los mismos títulos que los nobles y magnates. Gracias a su asociación, adquirían méritos como benefactores al adoptar un hospital, distribuir limosnas y alimentos a los pobres o aceptar compromisos de cierta especie, como los tenderos de París que cuidaron de los ciegos, y los pañeros que atendieron a los presos de la cárcel de la ciudad. Las *confréries* proporcionaron un contexto de vida intensamente sociable, con el solaz y los roces inherentes a él.

En 1320 la miseria de los pobres rurales, a consecuencia del hambre, detonó en un extraño movimiento de multitudes histéricas llamadas *pastoureaux*, en alusión a los pastores que lo iniciaron. Aunque menos desarraigados que los pobres urbanos, los campesinos se sentían asimismo oprimidos por los ricos y luchaban sin descanso contra el señor atento a apoderarse por cualquier medio del fruto de su trabajo o a imponerles todo género de servicios. Casos en los tribunales, que se remontan a 1250, muestran a los labriegos de acuerdo en negarse deliberadamente a arar el campo del noble, trillar su grano, voltear su heno o moler en su molino. Insistiendo año tras año, a despecho de multas y castigos, rechazaron su dependencia, utilizaron las tierras sin permiso y se juntaron en partidas para atacar al alguacil o rescatar a un compañero de los cepos.

La opresión con que el terrateniente pagaba a los labradores turbaba las conciencias de entonces y suscitaba advertencias. «Vosotros, los nobles, sois como lobos rabiosos», escribió Jacques de Vitry, autor de sermones y cuentos morales del siglo XIII. «Por consiguiente, aullaréis en el infierno…, porque despojáis a vuestros súbditos y vivís de la sangre y el sudor del indigente». Todo lo que el labriego junta

en un año, «el caballero, el noble, lo devora en una hora». Impone diezmos ilícitos y abrumadores tributos. De Vitry aconsejó a los grandes que no despreciaran a los humildes, ni atizaran su odio, pues, «si pueden ayudarnos, también pueden dañarnos. Ya sabéis que muchos siervos han matado a sus amos o quemado sus casas».

Una profecía divulgada en el período de hambre predijo que el pobre se alzaría contra el poderoso, derribaría a la Iglesia y una gran monarquía no mencionada explícitamente, y, tras mucho derramamiento de sangre, amanecería una era nueva de unión bajo una cruz. Combinada con los rumores de otra cruzada, y predicada a los miserables por un monje apóstata y un sacerdote exclaustrado, la profecía, «tan repentina e inesperada como una tormenta», envió una masa de campesinos y pordioseros desarraigados del norte de Francia hacia el sur, hacia una embarcación imaginaria que zarparía para Tierra Santa. Acopiando partidarios y armas en el camino, asaltaron castillos y abadías, quemaron ayuntamientos y registros de impuestos, y abrieron las puertas de las cárceles. Una vez en el mediodía, acometieron de golpe a los judíos.

Los labriegos estaban endeudados con los judíos por préstamos obtenidos para capear las malas épocas, o para comprar herramientas o una reja de arado. Creían que la deuda había sido cancelada cuando Felipe el Hermoso expulsó a los prestamistas en 1306; pero Luis X admitió que regresasen en condiciones que le convertían en socio suyo, con una participación de dos tercios en el cobro de las deudas. Exagerando el antiguo resentimiento, todo ello empujó a los *pastoureaux*, con la ayuda entusiasta del populacho, a matar a casi todos los judíos existentes entre Burdeos y Albi. Había la orden regia de proteger a los judíos, pero las autoridades locales no pudieron impedir la carnicería y, en algunos casos, colaboraron en ella.

Que los judíos habían sido malditos era creencia tan cultivada por la Iglesia, que cuanto más devota fuese una persona mayor antipatía sentía contra ellos, y ninguna más que san Luis. Y si estaban malditos, matarlos y saquearlos se convertía en obra pía. Los leprosos fueron también blanco de los *pastoureaux*, basándose en que se habían confabulado con los judíos para envenenar los pozos. Su persecución recibió la sanción real en 1321.

Los *pastoureaux* amenazaron Aviñón, acometieron a sacerdotes, se propusieron adueñarse de los bienes eclesiásticos y esparcieron el miedo a la insurrección que hiela la sangre de los privilegiados en cualquier tiempo en que sobrevienen tumultos. El papa Juan XXII los excomulgó. Finalmente, estuvieron perdidos cuando el mismo pontífice prohibió, bajo pena de muerte, que se les aprovisionase y admitió el empleo de la fuerza contra ellos. Aquello fue suficiente. Los *pastoureaux* acabaron como ocurría, tarde o temprano, a los pobres rebeldes, en la Edad Media: ahorcados de los árboles.

Ningún factor causó, en este doloroso siglo, más molestias que el desequilibrio

persistente entre el crecimiento del Estado y los medios estatales de financiación. Se desarrollaba la centralización del gobierno, pero los impuestos seguían encajonados en la concepción de que representaban una medida de emergencia que requería el consentimiento general. Habiendo agotado cualquier otra fuente de ingresos, Felipe el Hermoso se concentró, en 1307, en los templarios. Fue el más llamativo episodio de su reinado. De él resultó una maldición, según los contemporáneos, sobre su país, y lo que la gente cree sobre su tiempo se convierte en factor en su historia.

Ninguna caída sería tan total e impresionante como la de esta arrogante orden de caballeros monásticos. Los templarios, organizados durante las cruzadas como brazo armado de la Iglesia en defensa de Tierra Santa, habían ido desde el ideal de ascetismo y pobreza hasta poseer inmensos recursos y convertirse en una red internacional de poder fuera del alcance de cualquier soberanía. Exentos desde su origen de impuestos, habían acumulado enormes riquezas como banqueros de la santa sede y prestamistas a intereses más reducidos que los lombardos y los judíos. No descollaban por su caridad y, a diferencia de los caballeros de San Juan, no mantenían hospitales. Con dos mil miembros en Francia y la tesorería más bien dotada de la Europa septentrional, tenían su cuartel general en el Temple, formidable fortaleza parisiense.

Incitaba a su destrucción no sólo su dinero, sino también su existencia como enclave virtualmente autónomo. Proporcionó los pretextos para ello su siniestra reputación, nacida de lo secreto de sus ritos. Saltando como el tigre, Felipe tomó el Temple e hizo detener a todos los templarios de Francia en la misma noche. Se justificó la confiscación de sus bienes con una denuncia principal, la de herejía, que los representantes del monarca basaron en las tenebrosas supersticiones, el miedo a la brujería y el culto demoníaco siempre presentes en el espíritu medieval. Se les acusó, por medio de testigos sobornados, de bestialidad, idolatría y befa de los sacramentos; de vender sus almas al diablo y adorarle en la forma de un gato colosal; de sodomía recíproca y comercio carnal con demonios y súcubos; de exigir a los iniciados la negación de Dios, Jesucristo y la Virgen; de escupir tres veces, orinar y pisotear la cruz, y de dar el «beso vergonzoso» al prior de la orden en la boca, pene y nalgas. Se decía que, para fortalecer su voluntad en estos ritos infamantes, bebían un polvo hecho con las cenizas de los cofrades muertos y las de sus hijos ilegítimos.

En la vida del Medievo se aceptaban como moneda corriente los elementos de hechicería, magia y brujería, cuya importancia aumentó el hecho de que Felipe los utilizara para demostrar la existencia de herejía en el drama de siete años de duración del proceso contra los templarios. En adelante, la acusación de magia negra fue medio común para librarse de un enemigo y método predilecto de la Inquisición en la persecución de herejes, especialmente la de aquellos individuos con bienes codiciables. En Toulouse y Carcasona, durante los treinta y cinco años siguientes, la Inquisición encausó a mil personas por tales crímenes y envió seiscientas a la hoguera. La justicia francesa estaba corrompida y había trazado el patrón de las

fanáticas cacerías de brujas de los siglos posteriores.

Felipe obligó al primer papa de Aviñón, Clemente V, a autorizar el proceso contra los templarios, y, con este apoyo, los sometió a atroces torturas para lograr confesiones. La justicia de la Edad Media procuraba escrupulosamente el desarrollo decoroso de los juicios y se mostraba muy prudente en no condenar a alguien sin tener pruebas de culpabilidad; pero éstas descansaban en confesiones más que en hechos patentes, y las confesiones se obtenían de modo rutinario con el tormento. Los templarios, muchos de ellos ancianos, sufrieron el potro, las empulgueras y el hambre; fueron colgados con pesos hasta que sus miembros se dislocaron; se les arrancaron los dientes y uñas uno a uno; se les quebraron los huesos y se les quemaron los pies, siempre con algún lapso de respiro. La «cuestión» se repetía a diario hasta que se obtenía la confesión o la víctima moría. Treinta y seis perecieron durante el interrogatorio; algunos se suicidaron. Destrozados por la tortura, el gran maestre, Jacques de Molay, y ciento veintidós templarios reconocieron haber escupido a la cruz o cualquier otro crimen que los inquisidores pusieron en su boca. «Y hubieran confesado que habían matado al propio Dios si se lo hubieran pedido», comentó un cronista.

El proceso se hizo interminable a causa de las riñas del papa, el rey y la Inquisición sobre asuntos de jurisdicción. En el ínterin las víctimas, cargadas de cadenas y hambrientas, eran metidas y sacadas de las mazmorras para soportar nuevos juicios y humillaciones. Setenta y siete acabaron en la hoguera porque tuvieron el valor de desdecirse de lo confesado, lo que las transformó en herejes relapsos. Después de fútiles escaramuzas de parte de Clemente V, la orden del Temple en Francia y sus filiales en Inglaterra, Escocia, Aragón, Castilla, Portugal, Alemania y el reino de Nápoles quedaron abolidas en el concilio de Vienne de 1311-1312. Oficialmente, sus bienes se transfirieron a los caballeros hospitalarios de San Juan, pero la presencia de Felipe el Hermoso en Vienne, sentado a la diestra del pontífice, revela que no salió con la bolsa vacía. Más tarde los caballeros de San Juan le pagaron una ingente suma que reclamó como deuda de los templarios.

Pero la historia no había terminado. En marzo de 1314, el gran maestre, antiguo amigo del monarca y padrino de su hija, y su primer lugarteniente fueron llevados al cadalso erigido en la plaza de la catedral de Notre Dame, para que reiterasen su confesión y los legados pontificios los condenasen a cadena perpetua. Pero, ante la multitud apiñada de nobles, clérigos y plebeyos, proclamaron su inocencia y la de su orden. Privado de su justificación final, el rey ordenó que perecieran en la hoguera. Mientras los leños llameaban, al día siguiente, Jacques de Molay gritó de nuevo su inculpabilidad y que Dios le vengaría. Según una tradición posterior, maldijo al soberano y sus descendientes hasta la decimotercera generación, y, en las últimas palabras que se le oyeron en el patíbulo, emplazó a Felipe y al papa Clemente a comparecer con él ante el juicio divino en un año. El pontífice murió al cabo de un mes, seguido siete más tarde, en noviembre, por Felipe, en la flor de la vida, a los

cuarenta y seis años, sin que sufriera enfermedad ni accidente. La leyenda de la maldición del templario se desarrolló, como las más lo hacen, para explicar los acontecimientos extraños una vez ocurridos. Posteriormente se ha atribuido el fallecimiento del rey a un ataque cerebral; pero para los espantados contemporáneos se debió indudablemente a la maldición que había ascendido con el humo de la pira en el rojo esplendor del ocaso.

Como si la maldición castigara a la posteridad de Felipe, la dinastía de los Capetos se agotó de pronto con el singular destino de sus hijos. Se sucedieron como Luis X, Felipe V y Carlos IV, reinaron menos de seis años cada uno y murieron a los veintisiete, veintiocho y treinta y tres respectivamente, todos sin descendencia masculina, a pesar de que se habían casado, en total, con seis mujeres. Juana, la hija de cuatro años del primogénito, fue preferida por su tío, que se coronó como Felipe V. Hecho esto, convocó una asamblea de notables de los tres estamentos y de la universidad de París, la cual aprobó sumisamente su derecho basándose en el principio, formulado en tal ocasión, de que «una hembra no sucede en el trono de Francia». Así nació la importante «ley» sálica, que crearía un obstáculo permanente, donde no lo había habido, a la sucesión femenina.

La defunción del último hermano en 1328 dejó el trono vacante, con la consecuencia de que estalló la guerra más larga —hasta entonces— de la historia occidental. Había tres aspirantes: un nieto y dos sobrinos de Felipe el Hermoso. El nieto era Eduardo III de Inglaterra, de dieciséis años de edad, hijo de Isabel, a su vez hija de Felipe el Hermoso, la cual había casado con Eduardo II. Se creía generalmente que había intervenido con su amante en el asesinato de su marido, y que ejercía una pésima influencia sobre Eduardo. Su pretensión de descendencia directa, expresada con vigor, no fue bien acogida en Francia, no porque se derivase de una mujer, sino porque la mujer en cuestión era temida y aborrecida, y, de todos modos, nadie quería que el soberano de Inglaterra se ciñese la corona francesa.

Los otros dos pretendientes, hijos respectivamente de un hermano y un hermanastro del Hermoso, eran Felipe de Valois y Felipe de Evreux. El primero, varón de treinta y cinco años, de padre ilustre y bien conocido de los cortesanos y nobles de Francia, fue elegido con facilidad y los príncipes y pares le confirmaron monarca sin oposición abierta. Con Felipe VI comenzó el linaje de los Valois. Sus dos competidores acataron formalmente la designación. Eduardo acudió en persona a colocar sus manos entre las del nuevo soberano en prestación de homenaje por el ducado de Guyena. Se recompensó al otro Felipe con el reino de Navarra y el matrimonio con la Juana omitida.

Aun cuando mantenía una corte espléndida, Felipe VI no había sido educado para rey y carecía de algo propio del carácter regio. Parecía turbarle cierta intranquilidad sobre su derecho a la corona. Desde luego, no contribuía a sosegarle la costumbre de

sus coetáneos de llamarle *le roi trouvé* (el rey encontrado), como si le hubieran descubierto en un juncal. O quizá se sentía amenazado por los derechos latentes de sus primas. Le dominaba su esposa, la «mala reina coja», Juana de Borgoña, hembra maliciosa a quien nadie amaba ni respetaba, a pesar de ser mecenas de las artes y de todos los eruditos que se presentaban en la corte. Muy devoto como su bisabuelo san Luis, aunque no igual a él en inteligencia y voluntad, Felipe estaba fascinado por la cuestión de la visión beatífica: si las almas de los bienaventurados contemplan la faz de Dios inmediatamente al entrar en el cielo o si deben esperar hasta el día del Juicio Final.

El problema tenía importancia esencial, porque la intercesión de los santos en favor de los humanos era efectiva sólo si habían sido admitidos a la presencia divina. Los santuarios que poseían reliquias dependían, en cuanto a los ingresos, de la fe popular en que un bienaventurado podía apelar personalmente al Todopoderoso. Felipe VI convocó en dos ocasiones a los teólogos para que debatiesen la cuestión ante él y sufrió una «cólera avasalladora» cuando el legado pontificio en París expresó las dudas del papa Juan XXII sobre la visión beatífica. «El rey le reprendió con energía y amenazó con quemarle como a un albigense a menos que se retractase; y dijo, además, que si el pontífice opinaba en verdad aquello le tendría por hereje». Muy preocupado, Felipe escribió al pontífice que negar la visión beatífica implicaba destruir la creencia en la intercesión de la Virgen y los santos. Por fortuna para la paz espiritual del soberano, una comisión papal decidió, tras sesuda investigación, que las almas de los bienaventurados se hallaban ante la esencia divina.

El reinado de Felipe empezó bien y sus dominios prosperaron. Se disiparon los efectos del hambre y la epidemia, los portentos de mal agüero se olvidaron y Flandes, perpetuamente levantisco, volvió al dominio francés gracias a la campaña victoriosa del primer año de gobierno de Felipe. Las relaciones de la corona con cinco de los seis grandes feudos —Flandes, Borgoña, Bretaña y, en el sur, Armagnac y Foix— eran bastante estables. Sólo Guyena (o Aquitania), que los monarcas de Inglaterra tenían como feudo de los de Francia, era fuente constante de conflictos. En él el esfuerzo inglés por expansionarse chocaba sin cesar con el francés por reabsorber el territorio.

Mientras se hacía crítica, la situación produjo en 1338 una boda que emparentaría a los Coucys con otra casa reinante, la de los Habsburgos de Austria. De este enlace nacería Enguerrand VII. La concertó el propio Felipe VI, que buscaba aliados para la inminente lucha contra Inglaterra. En 1337 había anunciado la confiscación de Guyena. A ello Eduardo III se proclamó soberano legítimo de Francia y se preparó para la guerra. La renovación de las pretensiones del inglés no fue tanto la razón de la contienda como una excusa para resolver con las armas el interminable pleito sobre la soberanía de Guyena. Mientras Inglaterra desembarcaba en Flandes con el fin de preparar el ataque, ambos bandos buscaron febrilmente aliados en los Países Bajos y allende el Rin.

Felipe se preocupó no sólo de forjar alianzas, sino también de asegurarse la lealtad de la baronía de Coucy, de tanta importancia estratégica. Como premio generoso, obtuvo para Enguerrand VI la mano de Catalina de Austria, hija del duque Leopoldo I y nieta, por parte de madre, del no menos insigne conde Amadeo V de Saboya. La casa saboyana regía de modo autónomo una región que se extendía de Francia a Italia, a caballo de los Alpes, y era el centro de una telaraña principesca de vínculos matrimoniales con soberanos de toda Europa y fuera de ella. Una de las siete tías de Catalina estaba casada con Andrónico III Paleólogo, emperador de Bizancio.

Los matrimonios eran la urdimbre de las relaciones internacionales, y entre la nobleza, fuente primaria de dominios, soberanía y alianzas, y la principal ocupación de la diplomacia medieval. Los tratos de los países y gobernantes se asentaban, aparte las fronteras comunes y los intereses intrínsecos, en enlaces dinásticos e inimaginables parentescos, que, por ejemplo, convertían a un príncipe de Hungría en heredero del trono de Nápoles y a un príncipe inglés en aspirante a la corona de Castilla. En cada punto del telar, los soberanos introducían sus lanzaderas, portadoras del hilo de un hijo o una hija, y moviéndolas, tejían la tela artificial que ocasionaba tantas pretensiones encontradas y hostilidades como nudos de unión. Los Valois de Francia, Plantagenets de Inglaterra, Luxemburgos de Bohemia, Wittelsbachs de Baviera, Habsburgos de Austria, Viscontis de Milán, las casas de Navarra, Castilla y Aragón, duques de Bretaña, condes de Flandes, Hainault y Saboya, todos estaban incluidos en una red compleja, en la elaboración de la cual jamás se tuvieron en cuenta dos cosas: los sentimientos de quienes se casaban y el provecho de los pueblos comprometidos.

El libre consentimiento de los novios era exigido, en teoría, por la Iglesia, y el «sí» se consideraba la esencia del contrato matrimonial ante el sacerdote; mas la práctica política prescindía de este requisito, a veces con resultados lamentables. El emperador Luis, al comprometer a su hija antes de que supiera hablar, se ofreció a hacerlo por ella; más tarde se creyó que Dios le había castigado merecidamente, cuando la infeliz sufrió la mudez.

Los gobernantes tampoco prestaban atención —con resultados previsibles— a la prohibición del matrimonio entre consanguíneos, cuyos riesgos entendía muy bien la Iglesia, y por ello los prohibía hasta el cuarto grado. La prohibición sólo se recordaba cuando se quería romper una promesa matrimonial que se había hecho inconveniente o descartar a una esposa molesta. Por dinero o favor político, proporcionado a la categoría del peticionario, la Iglesia se mostraba siempre dispuesta a olvidar las reglas sobre la consanguinidad en el caso de un matrimonio o a recordarlas en el de un divorcio.

La negociación de las condiciones económicas del enlace Habsburgo-Coucy demandó dos contratos, en 1337-1338, entre el rey de Francia y el duque de Austria. Éste, Leopoldo, entregó a su hija una dote de cuarenta mil libras, y Felipe asignó de su tesoro a ella y a su descendencia una renta anual de dos mil, regaló a Enguerrand

VI diez mil y le prometió otras tantas para que pagase sus deudas. Enguerrand, a su vez, se comprometió a conceder seis mil a su mujer y, lo que era sustancial para el monarca, a capitanear a sus vasallos en la hueste real en defensa del reino contra Eduardo de Inglaterra.

De momento, la contienda no prometía ser peligrosa, porque Francia era la potencia europea dominante a sus ojos y a los de los demás, su gloria militar sobrepujaba la de Inglaterra o la de cualquier otro país, y su población de veintiún millones de almas quintuplicaba la inglesa. No obstante, la posesión de Aquitania y la alianza con Flandes proporcionaban a Eduardo dos posiciones firmes en las fronteras francesas y prestando fuerza más que verbal al insolente desafío a «Felipe de Valois, que se llama rey de Francia». Los interesados no podían presentir que iniciaban una guerra que duraría más que ellos; que adquiriría vida propia, desafiando conferencias, treguas y tratados concebidos para interrumpirla de una vez; que se prolongaría durante la existencia de sus hijos, nietos, biznietos y tataranietos hasta la quinta generación; que sembraría la destrucción en ambas facciones y que se convertiría, a medida que sus males se propagaban por Europa, en el último tormento del fin de la Edad Media.

Enguerrand VI apenas tuvo tiempo de engendrar un hijo antes de que le llamasen a las armas en 1339. Los ingleses avanzaban en el norte desde Flandes y una unidad de mil quinientos soldados cercaba el castillo de Oisy, que pertenecía a los Coucys. Los vasallos de Enguerrand se defendieron con tanto ardor, que los ingleses hubieron de levantar el campo, aunque los capitaneaba *sir* John Claudon, que llegaría a ser la figura militar más notable de la parcialidad de Inglaterra. Se desquitó de su fracaso quemando y saqueando tres ciudades y pequeños castillos dentro del dominio de los Coucys. Mientras tanto, Enguerrand se había unido a su rey en la defensa de Tournai, en la frontera flamenca, y en 1340, cuando se proseguía la campaña con escaso vigor, nació su hijo, el séptimo y último Enguerrand.

CAPÍTULO 3

JUVENTUD Y CABALLERÍA

No obstante ser estimado por sus padres como merecía el primogénito y heredero de un gran linaje, Enguerrand VII no fue probablemente en su infancia objeto de adoración, mimado y elogiado, como suelen serlo los pequeñuelos hoy día. Entre los rasgos en que el Medievo difiere de nuestra edad ninguno resulta más chocante que la relativa falta de interés por los hijos. La emoción que ahora despiertan raras veces se evidencia en su arte, literatura y documentos. Desde luego, se representaba a menudo al Niño Jesús, en general en brazos de su Madre; pero, antes del comedio del siglo XIV, ésta lo aguantaba con rigidez, lejos de su cuerpo, y parecía distante incluso cuando le amamantaba. O yacía en el suelo, en pañales o, en ocasiones, desnudo por completo, mientras la Virgen le contemplaba sin pasión, sin una sonrisa. Este alejamiento pretendía poner de manifiesto la divinidad de Cristo. Si las madres ordinarias sintieron una emoción más cálida, más íntima, no la reflejó el arte medieval, porque las actitudes de la maternidad quedaron determinadas por las de la Virgen María.

En la literatura, la principal función de los niños consistía en morir, por lo regular ahogados en el río, asfixiados o abandonados en el bosque por orden de un rey temeroso de un vaticinio o de un marido brutal, deseoso de comprobar el fuste de su esposa. En contadas ocasiones se presentó a las mujeres como madres. Eran coquetas, rameras y engañosas en los cuentos populares, santas y mártires en el teatro, y meta inalcanzable del amor apasionado o ilícito en las novelas. De tarde en tarde, la maternidad asomaba, como cuando un predicador inglés, para establecer una tesis en su sermón, dijo que la madre «que tiene un hijo en el invierno, cuando las manos del niño están frías, busca paja o enea y le pide su calor, no por ella…, sino para calentar las manos del niño». Algunas ilustraciones y tallas en piedra mostraban a los padres enseñando a andar al hijo, una campesina peinando o despiojando al suyo, con la cabeza en su regazo, y una madre más elegante del siglo XIV tejiendo una prenda infantil con cuatro agujas. A ello hay que agregar el reconocimiento, en una hagiografía, de la «belleza de la infancia», y en el *Ancren Riwle*, del XII, la descripción de una labradora jugando al escondite con su niño, la cual, cuando éste la llama llorando, «brinca ligera con los brazos abiertos y le abraza y le besa y le seca los ojos». Estas menciones aisladas hacen más perceptibles los espacios vacíos.

La iconografía medieval presenta a la gente dedicada a todas las actividades imaginables —haciendo el amor, muriendo, durmiendo, comiendo, en la cama y el baño, orando, danzando, arando, jugando, combatiendo, comerciando, viajando,

leyendo y escribiendo—, pero tan infrecuentemente en compañía de niños, que suscita una pregunta: ¿Por qué no?

El amor materno, como el sexo, se acostumbra a juzgar como algo tan innato que no parece extirpable. Pero tal vez se atrofie en situaciones desfavorables. En aquella época la mortalidad infantil era muy elevada —alrededor de dos defunciones por cada tres nacimientos—, y quizás invertir amor en los niños defraudaba tanto, que, por alguna estratagema de la naturaleza, como los roedores cautivos no engendran cuando se multiplican en exceso, fue suprimido. Acaso las frecuentes preñeces rebajaron el interés por el producto. Un niño moría y otro ocupaba su puesto.

Los nobles y burgueses acomodados tenían más hijos que los pobres, porque se casaban jóvenes y porque, dado el empleo de nodrizas, el período de infertilidad se abreviaba: entre cinco y diez, muchos de los cuales llegaban a adultos. Guillaume de Coucy, abuelo de Enguerrand VII, tuvo cinco varones y cinco hijas; su hijo Raoul, cuatro de cada sexo. Nueve de los doce de Eduardo III y de la reina Felipa de Inglaterra alcanzaron la edad madura. Se ha calculado que una mujer normal, con una media de fecundidad de veinte años, pasaba grávida unos doce, con partos vitales espaciados —a causa de los abortos y el período de lactancia— unos treinta meses, lo que es un intervalo bastante largo. A tal ritmo, el promedio de nacimientos por familia era de unos cinco, de los cuales la mitad sobrevivía.

La infancia, como todo, no cabe en la generalización escueta. Había amor y canciones de cuna. Dios en su gracia, escribió Filippo de Novara en el siglo XIII, concedía a los niños tres dones: la facultad de amar y reconocer a quien los nutría a sus pechos; mostrar «alegría y amor» a quienes jugaban con ellos; e inspirar amor y ternura a quienes los criaban, de lo cual lo último era lo más importante, porque «sin ello, serán tan sucios y molestos en su infancia, y tan endiablados y caprichosos, que apenas vale la pena cuidar de ellos en ese lapso de la vida». En cambio, abogaba por una educación rigurosa, pues «pocos niños perecen por exceso de severidad, y muchos por ser consentidos en exceso».

Eran raras las obras sobre educación infantil. Había libros —o sea, manuscritos encuadernados— sobre etiqueta, economía doméstica, urbanidad y remedios caseros, e incluso sobre fraseología extranjera. El lector encontraba indicaciones acerca del modo de lavarse las manos y adecentarse las uñas antes de un banquete; de la conveniencia de masticar hinojo y anís en caso de halitosis, la de no escupir ni escarbarse los dientes con el cuchillo, no secarse las manos con las mangas, o la nariz y los ojos con el mantel. Una mujer podía aprender a preparar tinta, veneno contra las ratas y arena para los relojes, e hipocrás, o vino especiado, la bebida predilecta de la Edad Media; cuidar de los pájaros enjaulados y lograr que tuvieran crías; obtener referencias sobre los criados y asegurarse de que apagaban las bujías de sus dormitorios con los dedos o de un soplo, no «con sus camisas»; cultivar guisantes e injertar rosales; librarse de las moscas caseras; quitar las manchas de grasa con plumas de pollo maceradas en agua caliente; y mantener contento al marido

asegurándole lumbre sin humo en invierno y lecho sin pulgas en verano. Se aconsejaba a las casadas jóvenes ayunar, dar limosnas y rezar las oraciones al toque de maitines, «antes de volver a dormirse», y a andar en público con dignidad y modestia, y no «de manera impúdica, con ojos inquietos y el cuello tendido adelante como un ciervo fugitivo, mirando a un lado y otro como el caballo que huye». Encontraba libros sobre la administración de la hacienda, cuando su esposo se marchaba a la guerra, o con consejos acerca de la confección de presupuestos, la defensa durante los asedios y tenencia y ley feudal, para que no se abusara de los derechos del ausente.

Pero había pocas obras para las madres sobre la lactancia, pañales, baños, destete, alimentos sólidos y otras complejidades del cuidado de los hijos, que parecen de mayor importancia para la supervivencia de la raza que criar pájaros en la jaula e incluso que atender a la comodidad del marido. Se mencionaba la crianza —así el enciclopedista del siglo XIII, Bartholomew de Inglaterra, en su *Book on the Nature of Things* (Libro sobre la naturaleza de las cosas)— generalmente por razones emotivas. Entonces la madre «ama a su hijo con más ternura, lo estrecha y besa, atiende y cuida con gran solicitud». Un médico del mismo período, Aldobrandino de Siena, que trabajó en Francia, recomendaba limpieza y cambio de ropa frecuentes, dos baños diarios, destete con gachas de pan, leche y miel, mucho tiempo de recreo y enseñanza asequible en la escuela, y descanso y juegos suficientes. No puede decirse hasta qué punto su humana doctrina se conoció o se siguió.

En conjunto, los recién nacidos y niños debían de morir o vivir por sus propios medios hasta los cinco o seis años. Sólo puede conjeturarse el efecto psicológico que ello tuvo en su personalidad y posiblemente en la historia. Tal vez la atonía emocional de la infancia en la Edad Media fuese responsable de la indiferencia hacia la vida y el sufrimiento del hombre medieval.

Sin embargo, las criaturas tenían juguetes: muñecas y carros tirados por ratones, caballeros y armas de madera, animalitos de arcilla cocida, molinos de viento, pelotas, raquetas, volantes, zancos, columpios y tiovivos. Los muchachitos de entonces eran como los de todos los tiempos. «Viven despreocupados —según Bartholomew de Inglaterra— pensando sólo en jugar, sin más miedo que el de ser castigados con un palo, siempre hambrientos y, por lo tanto, expuestos a empachos de sobrealimentación, codiciosos de cuanto ven, prontos a reír y prontos a llorar, resistiendo los esfuerzos de su madre por lavarlos y peinarlos, y ensuciándose en cuanto están limpios». Las niñas, según el mismo autor, se portaban mejor y las madres las preferían. Si llegaban a los siete años, se reconocía su existencia, que empezaba, más o menos, como la de adultos en miniatura. Su niñez había concluido. La reconocida puerilidad de la conducta medieval, con su abultada incapacidad para abstenerse de obedecer a cualquier impulso, quizá se deba en el fondo a que gran proporción de la sociedad activa era muy joven. La mitad de la población, según se ha apreciado, tenía menos de veintiún años, y un tercio no llegaba a los catorce.

El varón en una familia noble pasaba su primer septenio al cuidado de las mujeres, que le instruían en urbanidad y hasta cierto punto en letras. Resulta significativo que santa Ana, patrona de las madres, se represente usualmente enseñando a leer a su hija, la Virgen María. Entre los ocho y los catorce años servía como paje en el castillo de un señor vecino, de la misma forma que los muchachos de las clases bajas entraban, a los siete u ocho, como aprendices o criados en otra familia. El servicio personal no rebajaba: el paje y aun el escudero, hombre ya hecho, asistía al noble en el baño y mientras se vestía, cuidaba de sus ropas y le atendía en la mesa, aunque ambos fuesen de alcurnia distinguida. A cambio de este trabajo gratuito, el señor proporcionaba de balde enseñanza a los hijos de sus pares. El muchacho aprendía a cabalgar, combatir, cazar con halcón —los tres principales elementos físicos de la vida aristocrática—, jugar al ajedrez y el chaquete, cantar, bailar, tañer un instrumento musical, componer versos y otras habilidades refinadas. El capellán del castillo o la abadía local se preocupaba de su educación religiosa, y le enseñaba los rudimentos de la lectura y escritura y, posiblemente, otras materias primarias que estudiaban los muchachos plebeyos.

El adiestramiento militar se intensificaba a los catorce o quince años, cuando se convertía en escudero. Aprendía a clavar la lanza en el muñeco giratorio del picadero, manejar la espada y muchas otras armas, y las reglas de la heráldica y de las justas. Como escudero conducía el bridón del señor a las batallas y lo retenía durante los combates a pie. Asistía al mayordomo mayor en la administración del castillo, guardaba sus llaves, desempeñaba la función de correo confidencial y llevaba la bolsa y los bienes preciosos en los viajes. La educación libresca tenía menguado espacio en este programa; no obstante, un noble joven, si sentía inclinación a ello, podía trabar somero conocimiento con la geometría, el derecho, la alocución y, en contadísimos casos, el latín.

Las mujeres de la nobleza solían ser más duchas en este último idioma y otras ramas de la erudición que los hombres. Las muchachas no se iban del hogar, como los chicos, a los siete años, y la Iglesia estimulaba su educación para que estuvieran mejor instruidas en la fe y fueran más aptas para la vida religiosa en los conventos, si sus padres deseaban dedicarlas, con la dote conveniente, al servicio del Señor. Además de aprender a leer y escribir en francés y latín, se les enseñaba música, astronomía y algo de medicina y primeros auxilios.

El último Coucy entró en un mundo en que la velocidad se reducía a la del hombre o el caballo, las noticias y comunicados públicos se hacían de viva voz, y la luz terminaba para la mayoría de las personas con la puesta de sol. Al crepúsculo sonaban cuernos o campanas en toque de queda,[*] luego del cual se prohibía trabajar, porque el obrero no veía lo suficiente para efectuar su labor de modo digno. Los ricos alargaban el tiempo con antorchas y velones; para los restantes la noche era tan

oscura como imponía la naturaleza. El silencio rodeaba al viandante en las tinieblas. «Aves, bestias fieras y hombres se entregaron sin ruido alguno al descanso —escribió Boccaccio—. Las hojas se doblaron en los árboles, y el aire húmedo se llenó de suave paz. Sólo las estrellas brillaban para iluminar su camino».

Las flores, que cubrían los campos y el suelo de los bosques, constituían un ingrediente apreciado de la vida diaria. Las silvestres y cultivadas se tejían en guirnaldas que llevaban los caballeros y damas, alfombraban los pavimentos, tapizaban las mesas en los banquetes y salpicaban las calles durante los cortejos reales. Los monos eran animales favoritos. Los mendigos se hallaban en todas partes, los más tullidos, ciegos, enfermos y deformes, o simulaban que lo estaban. Los faltos de piernas se desplazaban con trozos de madera sujetos a las manos. Se tenía a las mujeres por el cebo del diablo; pero, al mismo tiempo, el culto a la Virgen las convertía en el foco del amor y la adoración. Se admiraba a los médicos, y se desconfiaba y aborrecía universalmente a los abogados. El vapor no había sido domesticado, la sífilis no había hecho aparición, la lepra pervivía y la pólvora comenzaba a utilizarse, si bien con muy poca efectividad. Se desconocían las patatas, té, café y tabaco; el vino especiado caliente era la bebida favorita de quienes podían permitirse tal lujo; la plebe consumía cerveza y sidra.

Los hombres no pertenecientes al clero habían renunciado al traje talar por las calzas, que enseñaban las piernas. Solían ir completamente afeitados, aunque las perillas y el bigote aparecían y se eclipsaban a tenor de la moda. Los caballeros y cortesanos adoptaron el calzado de puntas muy largas, llamado *poulaines* —a menudo el usuario debía atarlas a la pantorrilla para conseguir andar—, y jubones demasiado cortos que, se queja un cronista, revelaban las asentaderas y «otras partes del cuerpo que debieran ocultarse», y que eran el motivo de la irrisión del populacho. Las mujeres utilizaban cosméticos, se teñían el cabello, se lo arrancaban para ampliar sus frentes y se depilaban las cejas, a pesar de que al hacerlo cometían el pecado de la vanidad.

La rueda de la Fortuna, que abatía a los poderosos y (más raramente) encumbraba a los humildes, era la imagen predominante de la inestabilidad en un mundo inseguro. No se esperaba que el hombre o la sociedad avanzara moral o materialmente en esta tierra, cuyas condiciones de vida estaban prefijadas. El individuo acaso lograse acrecentar su virtud con el esfuerzo propio; pero la mejoría general tendría que esperar a la parusía y el comienzo de una nueva edad.

El tiempo, el calendario y la historia se computaban al modo cristiano. La Creación se fechaba 4484 años antes de la fundación de Roma, y la historia moderna desde el nacimiento de Jesucristo. Los acontecimientos históricos se databan según los reinados pontificios, empezando con el de san Pedro, que se estableció entre 42-67 d. C. Los sucesos ordinarios se registraban en relación con las fiestas religiosas y los santos del día. El año principiaba en marzo, mes, según Chaucer, «en que el mundo comenzó, y en el que Dios hizo al primer hombre». Oficialmente empezaba

en Pascua, y como ésta era una festividad móvil, que podía celebrarse dentro de un período de treinta días, la datación histórica se hacía imprecisa. Las horas del día recibían los nombres de los rezos canónicos: maitines hacia medianoche; laudes alrededor de las tres de la madrugada; prima al orto solar o hacia las seis de la mañana; vísperas a las seis de la tarde; y completas a la hora de acostarse. El cálculo de tiempo se basaba en el movimiento del Sol y las estrellas, relojes de la naturaleza, el cual se conocía y se estudiaba con atención. En la época en que nació Enguerrand VII, el reloj mecánico comenzaba a utilizarse en las torres de los ayuntamientos y los hogares de los ricos, introduciendo una precisión muy útil para la observación científica.

La gente vivía al filo de lo inexplicable. Las luces evanescentes del gas de los pantanos sólo podían ser hadas o duendes; las mariposas eran las almas de los niños no bautizados. Lo sobrenatural acechaba en los espantosos temblores y fisuras de un seísmo, o en el árbol que ardía al ser herido por el rayo. Las tempestades representaban agüeros; la muerte por ataque cardíaco u otra dolencia repentina se transformaba en obra de los demonios. La magia estaba presente en el mundo: los diablos, hadas, brujos, fantasmas y trasgos influían en las existencias humanas, las manipulaban; supersticiones y ritos paganos persistían entre los campesinos, debajo e incluso al lado de los sacerdotes y sacramentos. La influencia de los planetas permitía interpretar lo incomprensible. La astronomía era la ciencia más sublime, y la astrología, después de Dios, la mayor determinante de todas las cosas.

La alquimia, o búsqueda de la piedra filosofal que mudaría los metales viles en oro, se había convertido en la ciencia aplicada más popular. Al otro lado del arco iris se hallaba la panacea de las dolencias y el elixir de la longevidad. Las mentes inquisitivas investigaban la naturaleza por medio de la observación y la experimentación. Un erudito de Oxford, que anotó durante siete años (1337-1344) los cambios de tiempo, se percató de que la humedad había aumentado y que presagiaba lluvia cuando las campanas se oían con mayor claridad o desde más lejos. Las depresiones mentales y la ansiedad se identificaron como una dolencia, aunque sus síntomas, desesperación o melancolía, y la letargia eran considerados por la Iglesia como el pecado de *accidia* (pereza). Se practicaba la agrimensura por triangulación. Un monje en decúbito supino midió la altura de las murallas y torres con la ayuda de un palo. Se utilizaban gafas desde el término del siglo anterior, lo que permitía a los ancianos leer más en sus años postreros y alargaba mucho la vida activa de los estudiosos. La fabricación de papel, más barato y abundante que el pergamino, principiaba a multiplicar las copias de obras literarias y a permitir su difusión.

La energía dependía de los músculos humanos y animales, y del eje motriz que aprovechaba la fuerza del agua y el viento. Movía los batanes, zurraba pieles, aserraba madera, prensaba aceitunas, fundía hierro, majaba la malta para la cerveza, la pulpa del papel y los pigmentos de las pinturas, daba el acabado a las telas de lana, insuflaba aire en las fraguas, enarbolaba martillos hidráulicos en los establecimientos

metalúrgicos e impulsaba las piedras de afilar de los armeros. Los talleres intensificaron tanto el empleo del hierro, que los bosques eran talados para suministrar combustible a las forjas. Habían también ampliado tanto la capacidad humana que el papa Celestino III, en la década de 1190, dispuso que los molinos de viento pagaran diezmos. Los instrumentos manuales —torno, berbiquí, barrena, torno de hilar y arado— habían aumentado, también en la centuria anterior, su capacidad de producción.

Los viajes, «madres de las noticias», aportaban informes del mundo al castillo y la aldea, a la ciudad y la comarca rural. Los caminos surcados de rodadas, siempre demasiado polvorientos o demasiado enlodados, soportaban un rosario inacabable de peregrinos, buhoneros, mercaderes con sus acémilas, obispos visitantes, cobradores de impuestos, delegados reales, frailes, buleros, estudiantes vagabundos, juglares, predicadores, mensajeros y correos que recorrían la red de comunicaciones entre las ciudades. Grandes nobles como los Coucys, los prelados, banqueros, abadías, tribunales de justicia, ayuntamientos, reyes y sus consejos tenían emisarios propios. El soberano de Inglaterra, a mediados de siglo, iba siempre con doce, dispuestos a emprender la marcha. Cobraban treinta centavos diarios en sus misiones, y cuatro chelines y ochenta centavos anuales como dieta de calzado. Como correspondía a su majestad superior, el rey de Francia empleaba hasta un centenar, y un *grand seigneur*, dos o tres.

La distancia media que recorría un jinete en un día era de cuarenta y ocho a sesenta y cuatro kilómetros, aunque variaba mucho, según las circunstancias. Un correo montado, sin cabalgar por la noche, salvaba de sesenta y cuatro a ochenta kilómetros y medio, y más o menos la mitad a pie. Si el asunto urgía, provisto de un buen caballo, por una buena carretera (lo que no solía darse) y sin carga, llegaba a alcanzar unos veinticuatro kilómetros por hora; y, si le esperaban postas, unos ciento sesenta diarios. Las grandes ciudades mercantiles de Venecia y Brujas mantenían entre sí un servicio regular de correo, tan eficiente y bien organizado que recorría mil ciento veintiséis kilómetros y medio en una semana. Las recuas caminaba a diario de veinticuatro a treinta y dos; los ejércitos, si los frenaban los carros de bagaje y dependientes peatones, en ocasiones apenas pasaban de los doce en veinticuatro horas.

La extensión de Francia, desde Flandes a Navarra, se estimaba en general como un viaje de veinte a veintidós días; y la anchura, entre la costa de Bretaña y Lyon, junto al Ródano, uno de dieciséis. Los viajeros que se encaminaban a Italia a través de los Alpes acostumbraban hacerlo por el paso del Mont Cenis, desde Chambéry, en el territorio saboyano, a Turín. Cubierto de nieve entre noviembre y mayo, se tardaba de cinco a siete días en atravesarlo. El viaje de París a Nápoles por dicho camino consumía cinco semanas. Desde Londres a Lyon se invertía dieciocho días, y desde Canterbury a Roma alrededor de un mes, aunque ello pendía del talante del canal de la Mancha, siempre impredecible, con frecuencia peligroso y a veces fatal, que exigía

entre tres y treinta días. Un caballero, Hervé de Léon, fue retenido quince en él por una tempestad y, aparte la pérdida de su caballo, que cayó por la borda, llegó a tierra tan maltrecho y debilitado, que «jamás recobró la salud». No asombra, pues, que los peregrinos que iban por mar a Compostela, o a un lugar más distante, sintiesen que «sus corazones empezaban a desfallecer».

Excepto las galeras con boga de remeros, las embarcaciones se hallaban a merced del tiempo, bien que los aparejos habían mejorado y el timón emplazado en la popa aumentara la capacidad de maniobra. Se usaban cartas marinas y portulanos, y la brújula permitía que la navegación se alejase de la costa y que el barco mercante se aventurase por el mar abierto. De ello resultó la construcción de buques capaces para quinientas o más toneladas de cargamento, los cuales se empleaban en aquellas travesías. El transporte por río o canal era mucho más barato que a lomos de mula, incluso tomando en consideración los portazgos que los señores locales imponían en los sitios más oportunos. Se sucedían cada diez u once kilómetros a lo largo de cursos de agua tan frecuentados como el Sena y el Garona.

Los carromatos y los carros de dos ruedas de los campesinos se usaban en las distancias cortas; la recua de mulas continuaba siendo esencial para el transporte, porque las carreteras estaban impracticables en invierno para los vehículos rodados y no había un sistema de enlace de caminos secundarios y puentes. Se utilizaban, para las damas y los enfermos, galeras entoldadas de cuatro ruedas con reata de tres o cuatro caballos. Las amazonas cabalgaban a horcajadas, al amparo de sus faldas largas; pero la silla de montar lateral aparecería antes del término del siglo. El noble creía destruir los cimientos de la caballería si iba en carruaje y jamás, en ninguna circunstancia, empleaba una yegua.

Los viajeros hacían alto antes de que cerrase la noche. Los aristócratas se hospedaban en un castillo o monasterio, en el que tenían las puertas abiertas; los viandantes ordinarios y pedestres, incluidos los peregrinos, recibían amparo y comida en una casa de huéspedes situada fuera del recinto. Tenían derecho a una noche de alojamiento en cualquier monasterio y no podían ser rechazados a menos que deseasen pasar en él otra noche. Los mesones acogían a los comerciantes y otras personas, aunque acostumbraban estar abarrotados, sucios, llenos de pulgas, con varias camas en la misma habitación y dos ocupantes para cada una —o tres, en Alemania, informa disgustado el poeta Deschamps, al que envió el rey de Francia en una misión—. Además, se quejó, ni el lecho tenía sábanas, ni las mesas manteles decorosos, el mesonero no ofrecía manjares variados y el viajero no encontraba en aquella tierra más bebida que cerveza; pulgas, ratas y ratones eran inevitables, y la gente de Bohemia vivía como cerdos.

No obstante las penalidades y el mucho tiempo consumido, las personas viajaban tan largas distancias, que llenan de asombro: de París a Florencia, de Flandes a Hungría, de Londres a Praga, de Bohemia a Castilla, salvando mares, montes y ríos, caminando hasta China como Marco Polo o yendo tres veces a Jerusalén como la

Comadre de Bath.

¿Cuál era el ajuar intelectual de la clase de Enguerrand, el estrato superior de la sociedad secular? Mucho antes de Colón se sabía que el mundo tenía la forma de globo, conocimiento que se originaba de la familiaridad con el movimiento de las estrellas, sólo comprensible si se concebía la Tierra como una esfera. Con vívida analogía, el clérigo Gautier de Metz dijo en su *Image du monde*, la enciclopedia más leída de su tiempo, que el hombre podía dar la vuelta al mundo como una mosca la da a una manzana. Tan lejos estaban las estrellas —según él—, que una piedra arrojada desde ellas tardaría más de cien años en alcanzarnos, y un hombre que anduviese diariamente, sin detenerse, veinticinco leguas emplearía setecientos cincuenta y siete años y medio en llegar a ellas.

Visualmente, las personas concebían al universo en brazos de Dios con el hombre en el centro. Se sabía que la Luna era el planeta más cercano, carente de luz propia; que el eclipse se debía al tránsito de la Luna entre la Tierra y el Sol; que la lluvia era la humedad que el Sol arrebataba a la Tierra, la cual se condensaba en nubes y caía después; y que cuanto menos tiempo pasaba entre el rayo y el trueno tanto más próximo se hallaba el lugar en que descargaba.

Sin embargo, los países lejanos —la India, Persia y más allá— se veían a través de una bruma de patrañas que contenían, de vez en vez, un núcleo de verdad: bosques tan altos que tocaban las nubes, pigmeos cornudos que se movían en tropeles y envejecían en siete años, brahmanes que se inmolaban en piras funerarias, hombres cinocéfalos dotados de seis dedos, «cíclopes» de un solo ojo y un pie único que se movían con la celeridad del viento, el «monoceros» que se capturaba únicamente cuando dormía en el regazo de una virgen, amazonas cuyas lágrimas eran de plata, panteras que se practicaban la operación cesárea con las propias garras, árboles cuyas hojas proporcionaban lana y serpientes de noventa metros de largo, serpientes con piedras preciosas por pupilas y serpientes tan amantes de la música que, por prudencia, se tapaban una oreja con la cola.

El jardín del Edén, que tenía existencia terrena, se representaba a menudo en los mapas en los confines orientales, de donde se creía que lo separaba del resto del mundo un monte colosal, una barrera oceánica o un muro ígneo. En él crecía todo género de árboles y de flores de colores incomparables y un millar de aromas perennes de cualidad salutífera. El canto de los pájaros armonizaba con el rumor de la fronda y el murmullo de los arroyos al saltar sobre las rocas enjoyadas o sobre arenas más brillantes que la plata. Un palacio de columnas de cristal y jaspe despedía una luz maravillosa. No había en el Paraíso ni viento ni lluvia, ni calor ni frío; en él no entraban la decadencia, la muerte ni la enfermedad. La cima de la montaña en que estaba emplazado era tan alta, que tocaba la esfera de la Luna… Aquí mediaba el espíritu científico: aquello no podía ser, probaba el autor del *Polychronicon* del siglo

XIV, porque hubiera causado eclipses.

A pesar de todas las explicaciones, la Tierra y sus fenómenos estaban rodeados de misterios: ¿Qué ocurre cuando el fuego se apaga? ¿Por qué los hombres tienen la epidermis de diferente color? ¿Por qué los rayos solares oscurecen la piel humana y blanquean la tela blanca? ¿Cómo se mantiene en el aire la Tierra, si es tan pesada? ¿De qué manera se encaminan las almas al otro mundo? ¿Dónde reside el alma? ¿Qué causa la locura? Las gentes medievales se sentían envueltas en enigmas; pero, como Dios existía, estaban dispuestos a admitir que las causas se hallaban ocultas, que el hombre no puede saber por qué todas las cosas son como son: «Son como place al Señor».

Eso no silenciaba una pregunta constante: ¿Por qué permite Dios el mal, la enfermedad y la pobreza? ¿Por qué no hizo al hombre incapaz de pecar? ¿Por qué no le aseguró el Paraíso? La contestación, nunca totalmente satisfactoria, era que Dios tenía que dar espacio al Diablo. Según san Agustín, de autoridad incontestable, todos los hombres se encontraban bajo el poder del demonio a causa del pecado original; de ello se derivaba la necesidad de la Iglesia y la salvación.

Cuestiones de conducta humana hallaban respuesta en el *Libro de Sidrach*, supuesto descendiente de Noé, al que el Señor había concedido el don del saber universal, el cual habían compilado finalmente varios maestros de Toledo. ¿Qué lengua oye el sordomudo en su corazón? Contestación: la de Adán, el hebreo. ¿Qué es peor? ¿El asesinato, el robo o el asalto? Ninguno de ellos; la sodomía los supera. ¿Terminarán alguna vez las guerras? No hasta que la Tierra se transforme en paraíso. El origen de la guerra, en el pensamiento de Honoré Bonet, su codificador en el siglo XIV, estaba en la que Lucifer mantenía contra Dios, y «por lo tanto, no es de maravillar que en este mundo haya guerras y batallas, ya que las hubo ante todo en el cielo».

La educación, como pudo tenerla Enguerrand, se fundaba en las siete «artes liberales»: gramática, base de la ciencia; lógica, que distingue lo verdadero de lo falso; retórica, fuente de la ley; aritmética, cimiento del orden, pues «sin números no hay nada»; geometría, ciencia de la medida; astronomía, la más noble de todas, porque se enlaza con la divinidad y la teología; y, en fin, música. La medicina, aunque no estaba comprendida en ellas, era análoga a la música, porque procuraba la armonía del cuerpo humano.

La historia era finita y estaba dentro de límites comprensibles. Empezó con la Creación y terminaría, en un futuro no indefiniblemente remoto, con la parusía, esperanza de la humanidad afligida, seguida del día del juicio. En este ámbito, el hombre no era sujeto de mejora social o moral, pues su meta consistía en el mundo venidero, no en su perfeccionamiento en éste. En el presente se le había destinado a luchar sin reposo consigo mismo, y en ello quizá cosechase progresos e incluso triunfos; mas el mejoramiento colectivo sobrevendría sólo en la unión final con Dios.

El seglar ordinario aprendía sobre todo auricularmente, en los sermones públicos,

representaciones de misterios y recitación de poemas narrativos, baladas y cuentos. Con todo, durante la vida de Enguerrand, la afición a la lectura entre los nobles y la alta burguesía aumentó con el crecimiento del número de manuscritos disponibles. Libros de saber universal, los más procedentes del siglo XIII y escritos en francés y otras lenguas vulgares —o traducidos del latín— para uso de los seglares, fueron la materia prima literaria en todos los países durante varios siglos. Un hombre del XIV recurría también a la Biblia, novelas, bestiarios, sátiras, obras de astronomía, medicina, alquimia, cetrería, caza, arte de combatir, música y cualquier clase de temas especializados. La alegoría era la concepción orientadora. Cada suceso del Antiguo Testamento prefiguraba alegóricamente lo que acontecería en el Nuevo. En la naturaleza todo ocultaba un significado alegórico respecto a un aspecto de la doctrina cristiana. Figuras alegóricas —Codicia, Razón, Cortesía, Amor, Falsa Apariencia, Bondad, Bienvenida, Maledicencia— poblaban las narraciones y los tratados políticos.

Relatos épicos sobre los grandes héroes, sobre Bruto y el rey Arturo, sobre la «fuerte contienda» de Grecia y Troya, sobre Alejandro Magno y Julio César, sobre cómo Carlomagno y Roldán lucharon contra los sarracenos, y sobre el amor y el pecado de Tristán e Isolda, eran los predilectos de los hogares encumbrados, aunque ello no excluía asuntos más burdos. Los *fabliaux*, o cuentos de la vida común, impúdicos y escatológicos, se oían en los castillos y las tabernas. El Ménagier de París, rico burgués contemporáneo de Enguerrand VII, que, en 1392, a la edad de sesenta años, compuso una obra de instrucción doméstica y moral para su joven esposa, había leído o poseía la Biblia, *La leyenda áurea*, las *Vidas de los Padres* de san Jerónimo, los escritos de san Agustín, san Gregorio, Tito Livio y Cicerón, el *Roman de la Rose*, el *Cuento de Griselda* de Petrarca y otros títulos menos conocidos. El caballero Geoffroy de La Tour Landry, contemporáneo, levemente mayor, de Enguerrand, el cual redactó en 1371 un libro de cuentos admonitorios para sus hijas, conocía perfectamente a Sara, Betsabé y Dalila, lo mismo que a Helena de Troya, Hipólita y Dido. Si el Ménagier era harto respetable para leer a Ovidio, el poeta romano era bien conocido de otros. Aristóteles servía de soporte a la filosofía política, Tolomeo a la filosofía «natural» e Hipócrates y Galeno a la medicina.

Los escritores contemporáneos eran bien acogidos y muy conocidos. En la vida de Dante los herreros y muleros cantaban sus versos; cincuenta años después, en 1373, la intensificación de la lectura hizo que la Señoría de Florencia, a petición de los ciudadanos, ofreciese un curso anual de lecciones públicas sobre la obra de Dante, por las cuales se pagó al conferenciante, quien debía hablar a diario salvo en los días festivos, la cantidad de cien florines de oro, que se reunió por suscripción general. La persona elegida fue Boccaccio, que había escrito la primera biografía de Dante y había copiado toda la *Divina Comedia* para regalarla a Petrarca.

En un diccionario biográfico italiano de fines del siglo, los artículos más extensos correspondían a Julio César y Aníbal, dos páginas a Dante y sendas a Arquímedes,

Aristóteles, el rey Arturo y Atila el Huno, dos columnas y media a Petrarca, una a Boccaccio, menos texto a Cimabue y Giotto, y tres líneas a Marco Polo.

El ritmo de la vida normal de Enguerrand se interrumpió bruscamente, a la edad de siete años, cuando su padre murió en guerra contra los ingleses en la campaña que condujo a la batalla fatal de Crécy, en 1346, o bien en ésa.

Si un feudo, que proporcionaba un número importante de combatientes al rey, quedaba en las manos de una viuda o un menor, se planteaba una cuestión crucial, y tanto más entonces porque el reino se hallaba en guerra. El soberano nombró gobernantes de la baronía de Coucy, durante la minoridad de Enguerrand, al presidente de su consejo, Jean de Nesles, señor de Offémont, perteneciente a la nobleza antigua, y a otra persona del círculo íntimo del monarca, Matthieu de Roye, señor de Aunoy, jefe de los ballesteros de Francia, que tenía el mando de todos los arqueros y los infantes. Ambos eran picardos y sus dominios se hallaban cerca de Coucy. Jean de Coucy, señor de Havraincourt, tío del niño, fue designado su guardián y tutor o consejero. La madre, Catalina de Austria, vulnerable a los ataques de la ambición, pronto llegó a un acuerdo con los numerosos hermanos y hermanas de su difunto marido, que durante su vida habían disfrutado de propiedad mancomunada. Se les confirmó en la posesión de varios castillos y mansiones de dominio señorial, y Enguerrand VII, que carecía de hermanos, fue aceptado como sucesor de la mayor porción del dominio, que incluía los territorios de Coucy, Marle, La Fére, Boissy-en-Brie y Oisy-en-Cambrésis, y sus ciudades y dependencias.

En 1348 o 1349 la madre de Enguerrand contrajo nuevo matrimonio, por iniciativa propia o la de su familia, con un compatriota austriaco o alemán llamado Conrad de Magdeburgo (o Hardeck). Catalina no tuvo hijos de este enlace. Un año después, ella y su esposo habían muerto víctimas de la tremenda plaga que se adueñaría de Europa.

Se dice que Catalina se había preocupado mucho de la educación de Enguerrand, pues deseaba que se distinguiese en «las artes, letras y ciencias propias de su rango». Esta noticia, que procede de un informe del siglo XVI sobre Enguerrand de Coucy, pudiera ser el elogio obligado que se hacía en aquella época a los personajes aristocráticos; pero también pudiera basarse en la realidad. Sin embargo, el muchacho, como otros de la Edad Media, es un espacio vacío. Nada se sabe de él hasta su repentina aparición en las páginas de la historia en 1358, cuando contaba dieciocho años.

Mucho se sabe, en cambio, de la caballería y de la cultura que le nutrieron. La primera, más que un código de conducta en la guerra y el amor, era un sistema moral que regía toda la vida de la nobleza. Que se compusiera de cuatro quintas partes de

ilusión no le restaba efectividad. Se desarrolló al mismo tiempo que las grandes cruzadas del siglo XII como conjunto de preceptos destinados a fundir el espíritu religioso con el marcial, y poner de algún modo al combatiente de acuerdo con la doctrina del cristianismo. Como las actividades corrientes del caballero chocaban tanto con los principios cristianos como las del mercader, se necesitaba un barniz ético para que la Iglesia tolerase a los guerreros sin remordimiento de conciencia, y para que los guerreros persiguiesen sus fines con el imprescindible apoyo espiritual. Con la colaboración de los pensadores benedictinos, surgió un código que puso sus brazos al servicio teórico de la justicia, bien, piedad, Iglesia, viudas, huérfanos y oprimidos. Se armaba caballero en nombre de la Trinidad, tras una ceremonia de purificación, confesión y comunión. Se solía incrustar una reliquia en la empuñadura de la espada, para que, al empuñarla al pronunciar el juramento, el voto quedase registrado en el cielo. Ramon Llull, contemporáneo de san Luis y famoso panegirista de la misión caballeresca, podía así enunciar la tesis de que «Dios y la caballería están en concordia».

Pero, lo mismo que en las empresas comerciales, la Iglesia no tenía fuerza para contener a los caballeros, y éstos, rompiendo los velos piadosos, desenvolvieron sus principios peculiares. Lo esencial era la proeza, combinación de valor, fuerza y habilidad, que convertía al noble en *preux*. El honor, la lealtad y la cortesía —que denota el comportamiento que se ha dado en llamar «caballeroso»— eran sus ideales, y el llamado amor cortés, su guía. Destinado a hacerle más bien criado y a elevar el tono social, el amor cortés exigía que su cultivador estuviera crónicamente enamorado, suponiendo que con ello sería más pulido, alegre y galante, y, en consecuencia, la sociedad más festiva. La generosidad era el apéndice indispensable. La largueza en los regalos y la hospitalidad denotaban señorío, y tenían el valor práctico de atraer a otros caballeros a combatir bajo la bandera y la liberalidad del *grand seigneur*. La generosidad, que los trovadores y cronistas dependientes de ella celebraban sobre toda ponderación, condujo a temerarias extravagancias y estrepitosas bancarrotas.

Las proezas reclamaban algo más que palabras, pues la utilización de la violencia física exigía auténtico vigor. Combatir a caballo o a pie cubierto de una armadura de veinticinco kilogramos de peso, chocar con un adversario al galope, mientras se enristraba una lanza de cinco metros y medio de longitud, dar y recibir golpes con la espada o hacha, capaces de hender el cráneo o amputar un miembro en un abrir y cerrar de ojos, y pasar la mitad de la vida en la silla de montar, expuesto a todos los rigores del tiempo, durante días enteros, no era cosa de alfeñiques. Las penalidades y el miedo también contaban. «Los caballeros en la guerra… siempre están tragando su pavor —escribió el compañero y biógrafo de don Pero Niño, el “Caballero Invencible” de los últimos años del siglo—. Se arriesgan a todos los peligros; entregan sus cuerpos a la aventura de vivir en la muerte. Pan mohoso o galleta, carne asada o cruda; hoy con comida de sobra y mañana nada, poco o ningún vino, agua de

un charco o cántaro, pésimos cuarteles, el abrigo de una tienda o de unas ramas, un mal lecho, poco sueño con la armadura puesta, cargado de hierro, el enemigo a tiro de saeta. "¡Alerta! ¿Quién vive? ¡A las armas! ¡A las armas!". Con la primera somnolencia, una alarma; a la aurora, la trompeta. "¡A caballo! ¡A formar! ¡A formar!". Como atalaya, como centinela, haciendo la guardia de día y de noche, luchando sin amparo, como forrajeador, como explorador, puesto tras puesto, servicio sobre servicio. "¡Ahí llegan! ¡Por ahí! Son por lo menos… No, no son tantos… Por acá… Por allá… Acudid a esta parte… Cerrad contra ellos… ¡Noticias, noticias! Regresan heridos, traen prisioneros… No, no los traen… ¡Ea! ¡Ea! ¡No cedáis un paso! ¡Adelante!". Ésa es su vocación».

Horrendas heridas eran el patrimonio de su carrera. En un combate don Pero Niño recibió un saetazo que «juntó su gorguera y su pescuezo», pero siguió peleando contra el enemigo en el puente. «Varios muñones de lanza clavados en su escudo eran lo que más le entorpecían». Una flecha de ballesta «le pasó la nariz muy dolorosamente y quedó ofuscado, pero su ofuscamiento sólo duró breves momentos». Continuó adelante, recibiendo muchos espadazos en la cabeza y hombros, que a veces «acertaban en la saeta hincada en su nariz haciéndole sufrir intenso dolor». Cuando el cansancio de ambos bandos puso término a la batalla, el escudo de Pero Niño «estaba destrozado y partido, la hoja de su espada mellada como una sierra y bañada en sangre…, su armadura se había roto por varios puntos al embate de las lanzas, algunas le habían entrado en la carne y arrancado sangre, aunque la cota era muy recia». Las proezas tenían alto precio.

La lealtad, o cumplimiento de la palabra dada, era el fulcro de la caballería. La extrema importancia que se le concedía se derivaba de la época en que el compromiso entre el señor y el vasallo representaba la única forma de gobierno. El caballero que quebrantaba su juramento sufría la acusación de «traidor» por haber burlado a la caballería. El concepto de lealtad no excluía la traición o las trampas más colosales con tal de que no se rompiera el juramento caballeresco. Así, si una partida de caballeros armados entraba en una ciudad murada declarándose sus aliados, y a continuación acuchillaban a los defensores, la caballería no experimentaba menoscabo, puesto que nada se había jurado a los ciudadanos.

Se la tenía por un orden universal de todos los caballeros cristianos, una clase internacional movida por un ideal único, algo así como el marxismo vio posteriormente a todos los trabajadores del mundo. Era un gremio militar que hermana teóricamente a todos los caballeros, si bien Froissart exceptuó a los alemanes y españoles, quienes, dijo, eran demasiado rudos para entender la caballería.

En el cumplimiento de sus funciones, el caballero debía estar dispuesto, como John de Salisbury escribió, «a derramar vuestra sangre por vuestros hermanos —entendía hermanos en la acepción más amplia— y, si fuere menester, perder vuestra vida». Muchos estaban apercibidos a hacerlo, aunque tal vez más por pura afición a la

lucha que por defender una causa. El rey ciego Juan de Bohemia murió de tal suerte. Le gustaba combatir por placer, y prescindía de la importancia del conflicto. Apenas se perdió una contienda en Europa. Descansaba concurriendo a los torneos, en uno de los cuales recibió, al parecer, la herida que le cegó. Sus súbditos aseveraron que había sido un castigo de Dios, y no porque hubiese excavado en la vieja sinagoga de Praga, cosa que hizo, sino porque, al encontrar en ella dinero oculto bajo el pavimento, la codicia y el consejo de los caballeros teutónicos le movieron a hacer lo mismo en la tumba de san Adalberto, que estaba en la catedral de Praga, y el santo profanado le cegó.

Aliado de Felipe VI, al frente de quinientos caballeros, el soberano invidente luchó con los ingleses a través de Picardía, siempre temerario y en la vanguardia. En Crécy pidió a sus caballeros que le llevasen más adentro en la batalla, para descargar más espadazos. Doce de ellos anudaron sus bridas y, con el rey a la cabeza, avanzaron hasta lo más recio de la pelea, «tan lejos que jamás retornaron». Se encontró su cadáver al día siguiente entre los de sus caballeros, cuyos corceles seguían atados.

Combatir saciaba el deseo que el noble tenía de hacer algo, de empeñarse en una tarea. Era su sucedáneo del trabajo. Consumía sus ocios principalmente en la caza, y, si no, jugando al ajedrez, chaquete y dados, en cantos, danzas, espectáculos públicos y otras diversiones. Ocupaba las largas noches invernales en escuchar la recitación de interminables composiciones épicas en verso. La espada brindaba al desocupado aristócrata una actividad precisa, que podía conquistarle honores, posición y, si tenía suerte, beneficios. Si no había a mano una guerra, procuraba acudir a los torneos, la ocupación más emocionante, cara, ruinosa y deliciosa de la nobleza, y, paradójicamente, la más perjudicial para su auténtica función militar. Competir en ellos especializaba su destreza y le absorbía en un choque cada vez más reglamentado, lo que desviaba su pensamiento de la estrategia y las tácticas de la batalla verdadera.

Los torneos, originarios de Francia y mencionados en otros lugares con el nombre de «combate francés» (*conflictus Gallicus*), empezaron sin normas ni límites, como el encuentro concertado de dos unidades rivales. Justificado como ejercicio de adiestramiento, lo impulsaba el amor a la lucha. Adoptó dos formas cuando se compusieron sus ordenanzas y métodos: justas individuales y batallas de grupos de incluso cuarenta hombres por facción, bien *à plaisance*, con armas negras, bien *à outrance*, sin freno alguno, en cuyo caso los participantes recibían heridas graves e incluso la muerte. Los torneos proliferaron así que escaseó la ocupación primordial del noble. Al extenderse la égida de la monarquía, tuvo menos necesidad de defender su feudo, al paso que una clase de ministros profesionales ocupó paulatinamente su puesto junto al rey. Cuanto menos trabajo tenía tanta más energía gastaba en los torneos representando su papel de manera artificial.

El torneo duraba quizás una semana y, en ocasiones especiales, dos. El primer día

se destinaba a emparejar y distribuir a los participantes, e iba seguido de otros, dedicados unos a las justas, otros a las batallas, y otro al descanso antes del final, y todos ellos amenizados con banquetes y fiestas. Eran las grandes reuniones deportivas de la época, y atraían muchedumbres de espectadores urbanos, desde ricos comerciantes a artesanos corrientes, juglares, vendedores de comidas, prostitutas y rateros. Solía participar cerca de un centenar de caballeros, cada uno acompañado de dos escuderos montados, un armero y seis criados con librea. Naturalmente, el caballero debía equiparse de una armadura pintada y dorada, y un yelmo con cimera que costaban de veinticinco a cincuenta libras, y un corcel de guerra que se cifraba entre veinticinco y cien libras, aparte su palafrén de viaje, banderas, jaeces y vestidos finos. El gasto podía muy bien arruinarle, pero, asimismo, enriquecerle, porque el vencido en la liza había de pagar un rescate y se recompensaba al vencedor con el caballo y la armadura de su contrario. Y estaba autorizado a venderlos a éste o a quien quisiera. La ganancia no había sido reconocida por la caballería, pero se hallaba presente en los torneos.

Por su extravagancia, violencia y vanagloria, los papas y reyes, a quienes restaba dinero, denunciaban esta clase de fiestas. Pero fue inútil. Nadie escuchó a los dominicos que tildaron al torneo de circo pagano. Cuando el formidable san Bernardo tronó que se condenarían quienes murieran en la liza, la advertencia cayó en oídos sordos. La Iglesia tenía por suicidio la muerte en tales lances, lo cual, encima, exponía a daños, sin motivos justificados, a la familia y los deudos. Pero ni siquiera la amenaza de excomunión surtió efecto. San Luis condenó los torneos y Felipe el Hermoso los prohibió durante las guerras; pero nada consiguió cortarlos de manera permanente ni aguó el entusiasmo que despertaban.

Por los espectadores de suntuosa indumentaria que ocupaban las tribunas; por las banderas y listones de seda flameando al viento; por el desfile de los combatientes sobre caballos engualdrapados, que caracoleaban y tascaban los frenos de oro; por los brillantes arneses y escudos, bandas y mangas que arrojaban las damas a sus favoritos; por los heraldos que se inclinaban ante quien presidía y proclamaba las reglas; y por los persevantes que anunciaban a gritos a sus campeones, el torneo era la cima orgullosa de la nobleza y su deleite en el valor y la belleza propios.

Si los torneos representaban su ejercicio lógico, el amor *cortés* llevaba a la caballería al mundo del ensueño. Los contemporáneos lo entendían como el amor en sí, romántico, auténtico y palpable, sin relación con la riqueza o el linaje, y, por consiguiente, centrado en la mujer del prójimo, ya que sólo semejante pasión no podía tener otra meta que el amor esencial. (Se descartaba virtualmente amar a una doncella, porque hubiera suscitado problemas peligrosos; además, las nobles solían ir de la infancia al matrimonio sin tener apenas ocasión para escarceos galantes.) La circunstancia de que el amor cortés idealizara lo culpable sumaba una nueva

complicación al laberinto que los medievales recorrían durante su existencia. Tal como los formuló la caballería, los idilios se concebían como extraconyugales. El amor nada tenía que ver con el matrimonio; antes bien, no se alentaba, para que no chocase con los proyectos y cálculos dinásticos.

Su justificación era que dignificaba al hombre y le mejoraba en todos los aspectos. Le impulsaba a transformarse en dechado de bondad, a sacrificarse por su honor hasta lo sublime, a esforzarse para que la deshonra no le rozase, ni tampoco a su dulcinea. En terreno menos espiritual, le obligaba a adecentarse las uñas y dientes, usar vestidos ricos y bien cuidados, hablar con ingenio y gracejo, ser cortés con todos, domar su arrogancia y grosería, y no buscar camorra en presencia de su señora. Sobre todo, le hacía más arrojado, más *preux*. Ésta era la premisa fundamental. Había de sentirse impelido a grandes hazañas, a triunfar en los palenques con mayor frecuencia, a superarse en bravura y audacia, y, como Froissart dijo, a «valer por dos hombres». El estado de la mujer, a causa de esta teoría, mejoró no tanto por méritos propios como inspirar la gloria viril, función mucho más elevada que la de ser meramente un objeto sexual, generadora de hijos o portadora de bienes.

El amor caballeresco se convertía en culto mediante la declaración de devoción apasionada, virtuosa esquivez de la dama, asedio insistente, acompañado de juramentos de fidelidad eterna, protestas de hallarse en trance de muerte por culpa del deseo insatisfecho, heroicas hazañas que vencían el corazón de la mujer, consumación del amor secreto, y aventuras interminables y no menos interminables subterfugios rematados por un final trágico. El *roman* más conocido, y el postrero de su género, fue *Châtelain de Coucy* («Castellano de Coucy»), escrito más o menos en la época del nacimiento de Enguerrand VII, durante la agonía de los cantares de gesta. Lo protagonizaba, no el señor de Coucy, sino un castellano de su fortaleza, llamado Renault, copia de un poeta que existió en el siglo XII.

En la trama se enamora perdidamente de la señora de Fayel y, al cabo de infinitos tejemanejes, que ocupan ocho mil doscientos sesenta y seis versos, el marido celoso atrae con astucias a Renault a la tercera cruzada, en la que se cubre de gloria. Cuando recibe una mortífera flecha emponzoñada, compone una última canción y una carta de adiós, que, a su muerte, son enviadas a su bienamada en una caja, que contiene asimismo su corazón embalsamado y un rizo de la destinataria. La caja, que lleva un fiel criado, cae en poder del esposo, quien ordena guisar el corazón y servirlo a su mujer. Ésta, informada de lo que ha comido, jura no probar bocado tras manjar tan noble. Fallece, pues, mientras el marido emprende una peregrinación, que durará toda su vida, para obtener el perdón de su crimen.

«Melancólicos, amorosos y bárbaros», relatos como éste exaltaban la pasión adúltera como la única auténtica. En cambio, en la existencia cotidiana, en la misma sociedad, el adulterio, sobre pecaminoso, era delictivo. Si se descubría, deshonraba a la esposa e infamaba al esposo, un caballero hermano. Se daba por sentado su derecho a matar a los culpables.

»Nada encaja en este patrón. El empeño jocundo, exaltante y ennoblecedor descansa en el pecado e incita al deshonor que debiera evitar. El amor cortés representa un cúmulo de inconsecuencias mayor aún que la usura. Se trata de una convención artificial, literaria, de una fantasía (como la pornografía actual), más para ser discutida que para ser practicada.

»La realidad era más terrena. Según La Tour Landry, los caballeros enamoradizos, congéneres suyos, no se preocupaban mucho de la fidelidad y la *courtoisie*. Narra que, cuando viajaba en su juventud con sus amigos, mendigaban el amor de las damas, y si una no cedía, recurrían a otra, con falaces frases lisonjeras y pronunciando mentidos juramentos, "pues procuraban divertirse en todos los lugares cuanto podían". Muchas ricahembras cedían a las "promesas tan magníficas como mendaces que los fementidos suelen hacer a las mujeres". Cuenta que tres damas, comentando los méritos de sus amantes, descubrieron que Jean le Maingre, padre, señor de Boucicaut, era su favorito. Había enamorado a las tres, perjurando a cada una que la amaba sobre todas las cosas en este mundo. Le echaron en cara su falsía y él repuso sin desconcertarse: "En el momento de hablar con cada una de vosotras, idolatraba a la que tenía delante, y a fe que estaba convencido de ello".

La Tour Landry, que intervino en muchas campañas bélicas, se presenta como individuo de aficiones caseras, que gustaba de sentarse en su jardín a escuchar el canto del zorzal en abril, y paladeaba sus libros. A despecho de la caballería, ama a su esposa, «la campana y la flor de todo lo bello y bueno». «Tanto me complacía que le compuse lo mejor que supe canciones, baladas, redondillas, layes y diversas cosas nuevas». No piensa muy bien del tema favorito de la caballería, es decir, que el amor cortés estimula a los nobles a las mayores proezas, pues, aun cuando aseguren que lo hacen por sus damas, «ciertamente las ejecutan para sí mismos con el propósito de recabar fama y honra». Tampoco aprueba amar porque sí, *par amours*, antes o después del matrimonio, ya que ello genera toda especie de crímenes, de los cuales pone por ejemplo al *Châtelain de Coucy*.

Como indica un escándalo resonante de la época —la violación de la condesa de Salisbury por Eduardo III—, el amor cortés era el ideal que los caballeros menos respetaban en la vida cotidiana. Froissart, que creía tanto en la caballería como san Luis en la Santísima Trinidad, expurgó la noticia luego de investigaciones supuestamente muy cuidadosas, pero, sin duda, ante todo por respeto a su antigua protectora Felipa de Hainault, esposa de Eduardo. Notifica sólo que el rey, al visitar el castillo de Salisbury, después de batallar en Escocia, en 1324, «sintió en el corazón la chispa de un amor asombroso» por la bella condesa. Rechazados los avances, presenta a Eduardo (con cierta licencia histórica) debatiendo consigo mismo si saciaría su pasión culpable. Sus palabras son la declaración suprema de la teoría caballeresca de la función del amor: «Y si fuera más enamoradizo resultaría más conveniente para él, para su reino y para todos sus caballeros y escuderos, pues estaría más contento, más alegre y más marcial; celebraría más justas, más torneos,

más fiestas y más banquetes que hasta entonces; y se mostraría más diestro y más vigoroso en sus guerras, más amistoso y más confiado con sus amigos, y más riguroso con sus enemigos».

Según otro contemporáneo, Jean le Bel, que fue caballero de pocas ilusiones antes de transformarse en canónigo y cronista, los hechos acontecieron de manera bastante distinta. Después de despachar —como otro Urías— al conde de Salisbury a Bretaña, el rey se presentó de nuevo a la condesa y, siendo rechazado una vez más, la violó como un villano, «tapándole la boca con fuerza tal, que sólo consiguió emitir un par de gritos… Y la abandonó tendida en su desmayo, y con la nariz, boca y otras partes ensangrentadas». Eduardo regresó a Londres muy alterado por lo que había perpetrado, y la buena señora «no conoció en adelante ni alegría ni dicha, tan apesadumbrado estaba su corazón». Vuelto su marido, se negó a yacer con él y, a sus preguntas de a qué se debía su conducta, le refirió el suceso, «sentada en el lecho junto a él y llorando». El conde reflexionó en qué había parado la amistad y la honra que le unían al soberano, y anunció que le era imposible vivir más en Inglaterra. Ante un tribunal, en presencia de sus pares, se desposeyó de sus dominios, aunque de modo que su esposa disfrutara de su dote el resto de su vida, y compareció ante el monarca, al que dijo cara a cara: «Me habéis deshonrado como a un ruin y arrojado al estercolero». Abandonó incontinente el país en medio del pesar y la admiración de la nobleza, y «el rey fue vituperado por todos».

Si modelaba hasta cierto punto la conducta exterior, la ficción de la caballería, como otros ideales que el hombre ha creado para sí, no transformó la naturaleza humana. Lo que narra Joinville sobre los cruzados en Damietta, en 1249, revela que los caballeros de san Luis se enfangaron en la brutalidad, la blasfemia y el libertinaje. Los de la orden teutónica, en sus correrías anuales contra los paganos de Lituania, se divertían en cazar a los campesinos como si fuesen fieras. Siendo como tenue oropel sobre la violencia, codicia y sensualidad, el código no dejaba de ser un modelo de perfección, como el cristianismo, al que el hombre tendía y, como siempre, no alcanzaba.

CAPÍTULO 4

GUERRA

La primera campaña de Eduardo III en Francia, que interrumpió la tregua de 1342, nada había concluido. Había quedado sin fruto estratégico, salvo en la batalla naval frente a Sluys, puerto de Brujas, en 1340. En aquel punto, donde el Escalda se ensancha entre islas protectoras en un gran abrigo natural para los barcos, los franceses habían acopiado doscientas naves, algunas de lugares tan lejanos como Génova y Levante, con la intención de invadir Inglaterra. La victoria de los ingleses destruyó la armada de Francia y les dio, momentáneamente, el mando del canal de la Mancha. El triunfo se debió a una innovación bélica que sería la némesis de los franceses.

Fue el arco largo, derivado del galés y mejorado bajo Eduardo I, para emplearlo contra los montañeses de Escocia. Tenía casi trescientos metros de alcance y, en manos diestras, una cadencia de disparo de diez a doce flechas por minuto, frente a las dos de las ballestas. Era, por consiguiente, una revolución en la capacidad de tiro. Sus saetas medían noventa centímetros de largo, la mitad de la del arco —un metro y ochenta centímetros—, y a la distancia de dos hectómetros no erraban el blanco. Su poder de penetración a la distancia máxima era menor que el de la ballesta; pero la granizada de sus flechas destrozaba al enemigo y le desmoralizaba. Dispuesto a enfrentarse con Francia, Eduardo tuvo que compensar su inferioridad numérica con alguna ventaja táctica o de armamento. En 1337 prohibió bajo pena de muerte todos los deportes que no fueran el del arco, y canceló las deudas de los artesanos que fabricaban los de tejo y las flechas correspondientes.

Otra arma, el cañón, entró en la historia en este período, pero con timidez, a modo de prueba y con menor efectividad que la antes descrita. Inventado hacia 1325, el primer *ribaud* o *pot de fer*, como los franceses lo llamaron, era pequeño, de hierro y con forma de botella. Disparaba un proyectil férreo de cabeza triangular. La fuerza de Francia que, al principio de las hostilidades (1338), saqueó e incendió Southampton durante una incursión, llevaba un *ribaud*, casi un kilogramo y medio de pólvora, y cuarenta y ocho balas. Los franceses, al año siguiente, fundieron más bocas de fuego. Se trataba de varios tubos sujetos a una plataforma rodante, con los oídos dispuestos de tal manera, que podían dispararse al mismo tiempo. Pero eran, como se comprobó, demasiado reducidos para que el proyectil partiera con fuerza destructora. Se dice que los ingleses usaron algunos cañones de reducido tamaño en Crécy sin efecto perceptible. Los poseyeron sin duda alguna en el asedio de Calais, en el que resultaron impotentes contra las pétreas murallas de la ciudad. Más tarde, fundidos en bronce o cobre, y de mayores proporciones, probaron su utilidad contra los puentes y

las puertas de castillos y poblaciones; mas las defensas de piedra los resistieron incólumes durante cien años. La dificultad en atascar la pólvora, introducir la bala y retener los gases hasta que se condensaran con fuerza explosiva suficiente impidieron el cañoneo efectivo en el transcurso de todo el siglo XIV.

En el combate naval de Sluys, bajo el mando personal de Eduardo, los arqueros predominaron en el ejército inglés. Cada nave de hombres con arnés quedó entre dos llenas de soldados con arcos, y hubo una reserva de embarcaciones con éstos. Las batallas marítimas se decidían en aquella edad con el número de combatientes transportados, no con el de los barcos. Éstos, de puentes altos y un desplazamiento de cien a trescientas toneladas, tenían plataformas o «castillos» para los arqueros. El encuentro fue «salvaje y terrible —informa Froissart—, pues las peleas marinas son más peligrosas y enconadas que las terrestres, ya que en el mar no cabe retroceder ni huir». El ataque de los arqueros barrió a los franceses de las cubiertas y los abismó en la derrota, acosados por la mala suerte y el error.

Nadie osó comunicar el desastre a Felipe VI. Por último, su bufón, a quien obligaron a adelantarse, profirió: «¡Ah, esos cobardes ingleses, esos cobardes ingleses!». Preguntado por qué decía aquello respondió: «No saltaron por la borda como nuestros valientes franceses». El rey comprendió. Posteriormente se comentó que los peces habían bebido tanta sangre de Francia, que, si Dios les hubiera concedido el don de la palabra, hubieran hablado en francés.

La victoria de Inglaterra resultó por entonces baldía, porque Eduardo carecía de fuerzas suficientes para desembarcar. Sus aliados de los Países Bajos, comprados a manos llenas de oro, se desperdigaban. No estaban básicamente interesados en su empresa. Incluso su suegro, el conde Guillermo de Hainault, volvió a la parcialidad de Francia, mucho más natural para él. Lo inadecuado de su hueste y su quebranto financiero obligaron a Eduardo a aceptar la oferta pontificia de acordar una tregua. Se retiró, pero sólo *pour mieux sauter*.

¿Qué motivo real tenía para guerrear? ¿Por qué entraba en un conflicto bélico que se alargaría, de forma imprevisible, hasta el comedio del siglo siguiente? Como en la mayor parte de las guerras, en la causa de aquélla se confundían lo político, lo económico y lo psicológico. Eduardo ansiaba lograr la soberanía definitiva sobre Guyena y Gascuña, el rincón occidental de Francia que restaba del ducado aportado, cinco generaciones antes, por Leonor de Aquitania al casarse con su antepasado Enrique II. El rey francés conservaba sobre aquellas tierras su alta autoridad bajo la fórmula de *superioritas et resortum*, que concedía a los habitantes el derecho de apelar a él. Y como era más que probable que sus decisiones los favorecieran contra su señor inglés, y como los ciudadanos, enterados de ello, usaban de tal derecho con frecuencia, el estado de cosas se convertía en origen de interminables conflictos. Para el monarca de Inglaterra la *superioritas et resortum* resultaba política y psicológicamente intolerable.

La situación era aún más acerba por la importancia que Guyena tenía para la

economía inglesa. Poseía valles fértiles, costas largas, ríos navegables hasta Burdeos y viñedos. Ocupaba el primer puesto mundial en la elaboración de vinos y en su exportación. Inglaterra importaba aquellos caldos y otras mercancías, y enviaba lana y telas, y así, en cada transacción, percibía apetitosos ingresos por los impuestos de exportación en Burdeos y por los de importación en los puertos domésticos. Entre Burdeos y Flandes había idéntico tráfico floreciente, lo que espoleaba la envidia de la Francia interior. La monarquía francesa, que consideraba inaceptable aquel enclave de Inglaterra en sus dominios, llevaba doscientos años intentando recobrar Aquitania por todos los medios: guerra, confiscación o tratado. La porfía era antigua, honda y propensa al uso de las armas, como el incendio puede sobrevenir de las chispas que vuelan.

Eduardo III ascendió al trono a los quince años (1327), se embarcó en la lucha contra Francia a los veinticinco y llevó a cabo otro intento a los treinta y cuatro (1346). Bien constituido, vigoroso, de largo pelo, bigote y barba dorados, se hallaba en la plenitud de sus energías. Era expansivo, majestuoso, vano, gentil, terco y propenso a lo peor de la naturaleza humana. Creció en medio de la sañuda contienda que acompañó al asesinato de los validos de su padre, la deposición y muerte violenta de éste, y el derrocamiento y fin en la horca de Mortimer, el amante de su madre que se había adueñado del poder. No obstante, hasta donde se sabe, salió intacto de tantas pruebas. Comprendía la política práctica sin tener mucho sentido de estadista. No poseía grandes cualidades, distintas —o superiores— de las de su tiempo, pero sobresalía en aquellas que entonces se admiraban en un soberano: el placer, la lucha, la gloria, las cacerías, los torneos y la ostentación extravagante. Un analista de su carácter emplea las expresiones de «encanto pueril» y «cierta juvenil petulancia», reveladoras de que el rey de Inglaterra compartía la característica ligereza adolescente de la Edad Media.

Se ignora con qué seriedad formuló su aspiración de ser el legítimo soberano de Francia; no obstante, como ardid, tuvo incomparable valor para darle una apariencia de justicia. Deseable en cualquier época, una «guerra justa» era en el siglo XIV una necesidad legal para reclamar hombres y dinero a los enfeudados. Asimismo resultaba esencial para tener a Dios de su parte, pues batallar se consideraba fundamentalmente un recurso o apelación al arbitraje divino. Una «guerra justa» debía basarse en una intención política de alcance público enunciada por el soberano, y su motivo tenía que ser «justo», o sea, encaminarse a combatir una «injusticia», crimen o falta del enemigo. Tal como lo formuló el inevitable santo Tomás de Aquino, exigía un tercer criterio: intención correcta en los participantes, aunque el gran pensador no explicó cómo se comprobaba tal requisito. Más conveniente incluso que la ayuda de Dios era el «derecho al botín» —en la práctica, al pillaje— inherente a una guerra justa. Descansaba en la teoría de que el enemigo, siendo «injusto», no tenía títulos para poseer, y el botín compensaba el riesgo de aventurar la vida en

defensa de la justicia.

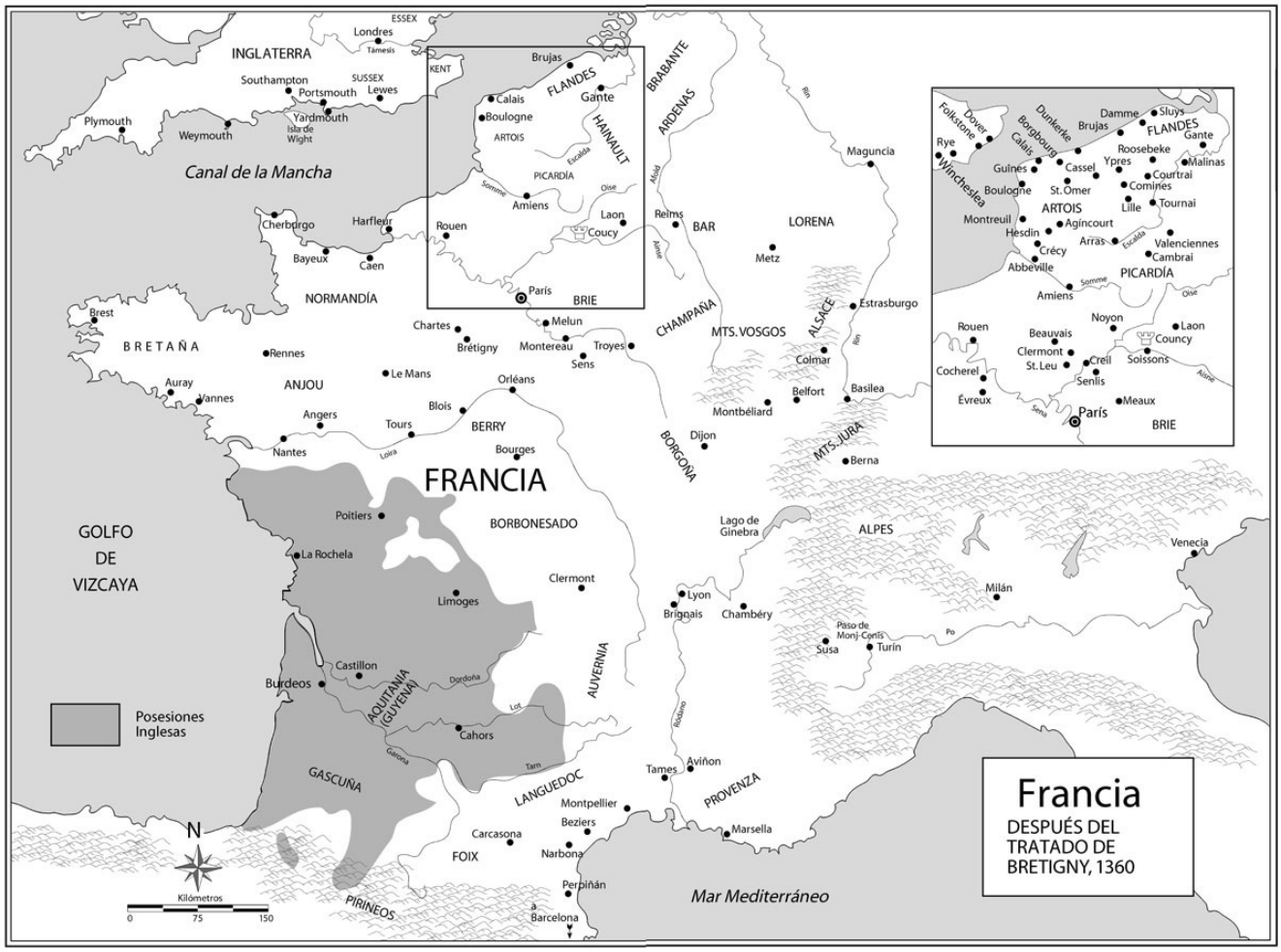
Su aspiración a la corona de Francia proporcionaba una excusa legítima a cualquier francés que se aliase con Eduardo. Si él, y no Felipe, era el rey legal, un vasallo podía transferir su homenaje basándose en que lo había prestado erróneamente. La fidelidad en el siglo XIV se confería a la persona, no a la nación, y los señores de grandes ducados y condados se sentían libres para concertar alianzas como si fueran casi independientes. Los Harcourts de Normandía y el duque y otros nobles de Bretaña así lo hicieron por diversas razones. La pretensión de Eduardo, basada en su madre, le proporcionó lo único que hizo factible su empresa: apoyo en el interior de Francia y una cabeza de puente amistosa. Jamás hubo de combatir para lograrla. Este estado de cosas duraría cuarenta años en Normandía y Bretaña, y en Calais, tomada tras la batalla de Crécy, más que la Edad Media.

En Bretaña, las hostilidades se centraron en la interminable enemistad de dos aspirantes al ducado, con la intervención de la población dividida en banderías, socorrido uno por Francia y otro por Inglaterra. De ello resultó que Francia se halló en peligro perpetuo, puesto que se daba acceso al enemigo. El litoral bretón se hallaba abierto a las naves inglesas, había guarniciones inglesas en el suelo de Bretaña y nobles bretones se aliaban sin empacho a Eduardo. La región era la Escocia francesa, colérica, céltica, pedregosa, nacida para la oposición y la resistencia, y dispuesta a utilizar a los ingleses en sus luchas contra su supremo señor como los escoceses empleaban a los franceses en las suyas. En su costa abrupta, según Michelet, «dos enemigos, tierra y mar, hombre y naturaleza, chocaban en eterno conflicto». Las tempestades alzaban olas monstruosas, de quince, veinte y veinticinco metros de altura, cuya espuma volaba al nivel del campanario de las iglesias. «Allí la naturaleza es fiera, y también el hombre; parecen entenderse mutuamente».

Se disputaban el ducado un hombre y una mujer, extremosos infatigables. El último duque había fallecido en 1341, dejando un hermanastro, Jean de Montfort, y una sobrina, Jeanne de Penthièvre, como rivales en la herencia. Montfort era el candidato y el aliado de Inglaterra; defendía los títulos de Jeanne su marido Carlos de Blois, sobrino de Felipe VI, que se convirtió en el aspirante de Francia.

Entregado al estudio desde la infancia, Carlos, asceta de rigurosa piedad, buscaba lo espiritual por medio de la mortificación. Como Tomás Becket, vestía sucios ropajes que eran un vivero de piojos; metía piedras en su calzado y dormía en el suelo sobre paja junto al lecho de su esposa. A su muerte, viose que usaba cilicio bajo la armadura, y cuerdas tan ceñidas al cuerpo, que se hincaban en su carne. Hambriento de santidad, manifestaba con tales prácticas su desprecio al mundo, su autohumillación y su anonadamiento, aunque se acusaba a menudo de orgullo depravado en sus excesos. Se confesaba todas las noches, para no dormir en estado de culpa. Tuvo un hijo espurio, Jehan de Blois; pero los pecados de la sensualidad no debían evitarse, sino que exigían sólo sincero arrepentimiento. Trataba a los humildes con deferencia, atendía con bondad y justicia las quejas de los pobres, y se abstenía

de imponer tributos exorbitantes. Gozaba de tal reputación de santidad, que, cuando quiso ir descalzo, sobre la nieve, a un santuario bretón, la gente alfombró el camino de paja y mantas; no obstante, él fue por otro camino a riesgo de lastimarse y helarse los pies. Tardó varias semanas en poder andar de nuevo.



La piedad no le desvió de su sañuda persecución del ducado. Defendió sus derechos frente a las murallas de Nantes, por encima de las cuales sus máquinas de asedio dispararon las cabezas de treinta partidarios de Montfort. A su triunfal captura de Quimper siguió una despiadada matanza: en ella perecieron por la espada dos mil habitantes de todas las edades y sexos. Según las leyes de guerra de entonces, los cercados podían pactar si se avenían a rendirse; pero no si forzaban el asedio hasta las últimas consecuencias. Quizá por ello Carlos no sintió compunción alguna. En esta ocasión, le notificaron que la riada subía, cuando ya había elegido el lugar para el asalto. Se negó a modificar su decisión, diciendo: «¿Por ventura no tiene Dios imperio sobre las aguas?». Como sus hombres tomaron la plaza anticipándose a la inundación, el vulgo lo achacó a milagro alcanzado por las plegarias del asceta.

Carlos capturó a Jean de Montfort y lo despachó a París para que Felipe VI lo encarcelase. Entonces, la notable esposa del cautivo se hizo cargo de su empresa «con viril bravura y el corazón de una leona». Fue a caballo de lugar en lugar, reanimando la lealtad de sus desalentados partidarios a favor de su hijo de tres años. Decía: «¡Ea,

señores! No lloréis al conde que habéis perdido. Sólo es un hombre». Y afirmó que tenía sobradas riquezas para sostener su causa. Pertrechó guarniciones, fortificó puestos, organizó la oposición, «pagó con generosidad y dio con largueza», presidió consejos, dirigió la diplomacia y se expresó en cartas elocuentes y elegantes. Cuando Carlos sitió a Hennebont, capitaneó la heroica resistencia armada de punta en blanco, a lomos de un bridón, estimulando a los soldados bajo la granizada de flechas y ordenando a las mujeres que acortasen sus faldas y llevasen piedras y calderas de pez hirviente a las murallas para arrojarlas al enemigo. Salió en una pausa al frente de un escuadrón de jinetes por una puerta secreta y, galopando, sorprendió el campo adversario por la retaguardia, destruyó la mitad de su fuerza y levantó el sitio. Inventó fintas y estratagemas, blandió la espada en encuentros navales y continuó implacablemente la lucha por su hijo, cuando su marido se evadió disfrazado del Louvre y murió poco después de llegar a Bretaña.

El partido anglófilo capturó a Charles de Blois en 1346 y le confinó en Inglaterra. Pero su esposa, la coja Jeanne de Penthièvre, prosiguió con ardor la defensa de su causa en una guerra despiadada. Los dos principales protagonistas tuvieron destinos expresivos de su época, locura y santidad. Los quebrantos, intrigas, privaciones y esperanzas baldías de su existencia resultaron excesivos para la valerosa condesa de Montfort, que enloqueció y fue encerrada en Inglaterra, mientras Eduardo se hizo cargo de su hijo. Viviría olvidada tres decenios de reclusión en el castillo de Tickhill.

Carlos de Blois, al cabo de nueve años de cárcel, recobró la libertad a cambio de un rescate de trescientos cincuenta mil, cuatrocientos mil o setecientos mil escudos, según las fuentes. Había decidido al fin llegar a un acuerdo, pero su esposa se negó a renunciar a sus derechos. Por lo tanto, siguió peleando hasta que perdió la vida en una batalla. Más tarde le canonizaron, mas el papa Gregorio XI anuló el proceso de beatificación a instancias del joven Jean de Montfort, quien temía que los bretones le consideraran usurpador por haberse impuesto a un santo.

Mientras en Bretaña se cumplían grandes proezas y se forjaban importantes reputaciones, en Flandes se combatía por motivos distintos.

Su comercio y su situación habían convertido el país en el meollo de la rivalidad anglo-francesa. Sus poblaciones eran los principales centros mercantiles de la Europa del siglo XIV e, indicio claro de ello, los banqueros y prestamistas italianos las habían elegido por sus cuarteles en el septentrión. La fuerza económica que generaba la industria textil enriqueció a los magnates burgueses, cuyo lujo desconcertó a Juana, mujer de Felipe el Hermoso, en su visita a Brujas. «Imaginé que sería la única reina —dijo—; pero encontré allí a otras seiscientas».

Flandes, feudo de Francia, estaba unido a Inglaterra por la lana como Gascuña por el vino. «Todas las naciones se abrigan con lana inglesa tejida por los flamencos», se enorgullecía Matthew de Westminster. Sin rival en Europa por su calidad y colores,

incluido el paño recio de uso común, las telas de Flandes llegaban hasta Oriente. Su éxito las exponía a las desventajas de la economía hiperespecializada. A ella se debieron todas las turbulencias y asonadas de los cien años precedentes. Fue la palanca que Francia e Inglaterra manejaron en su disputa por dominar el país.

El conde de Flandes, Louis de Nevers, y la nobleza flamenca eran francófilos. Los mercaderes, obreros y cuantos dependían de la industria textil preferían a Inglaterra por interés, ya que no por sentimiento. Predominaba el vínculo geográfico y feudal con Francia. Se intercambiaban el paño flamenco y el vino francés, la corte condal imitaba a la de Francia, la aristocracia de ambas tierras se enlazaba con vínculos matrimoniales, los prelados franceses tenían altos cargos en Flandes, se propagaba el uso del idioma galo y los estudiantes flamencos concurrían a los colegios y escuelas de Laon, Reims y París.

A principios de siglo los desdeñados plebeyos de Flandes habían inferido una derrota inolvidable a los caballeros franceses. En 1302 la flor de la nobleza de Francia, con armamento rutilante, cabalgó hacia el norte para ayudar a los próceres urbanos flamencos en una revuelta de los obreros de Brujas. En el choque, acontecido en Courtrai, los infantes y ballesteros franceses estaban a punto de derrotar a los trabajadores… prematuramente. Los caballeros, ansiosos de cargar para no perder el honor de la victoria, ordenaron a su infantería que retrocediera. La confusión desorganizó sus filas. Se precipitaron entonces adelante, emitiendo gritos bélicos, y embistieron a sus propios hombres. Además, no recordaron los canales que se interponían entre ellos y el enemigo. Sus monturas treparon y cayeron, los jinetes fueron a parar al agua, y su segunda oleada se acumuló sobre la primera. Los peones flamencos, que los ensartaron con las picas como si fueran peces, sostuvieron el asalto y lo repelieron en medio de una sangrienta carnicería. Después de la batalla se descalzaron las espuelas de oro a setecientos cadáveres, y con ellas se adornaron, como exvoto triunfal, las paredes de una iglesia. La hecatombe de caballeros franceses hizo que los delegados del rey recorrieran, cierto tiempo después, las provincias en busca de burgueses y granjeros ricos que sintiesen la tentación de pagar por su ennoblecimiento.

La caballería de Francia no se amilanó por la derrota de Courtrai, ni se enmendó de su desdén al vulgo armado. El desastre se consideró un accidente irrepetible obra de las circunstancias y de la índole del terreno. El juicio, así concebido, fue acertado. Veinticinco años después, en otra revuelta, los caballeros se desquitaron cumplidamente en Cassel, donde acuchillaron a millares de artesanos y labriegos flamencos. No obstante, las espuelas perdidas en Courtrai auguraban la aparición del soldado plebeyo armado de pica y fueron un aviso —y un presagio— que los nobles ignoraron.

Una vez la aristocracia francesa hubo repuesto al conde de Flandes, Felipe VI hizo presión para estrechar las relaciones con los flamencos y apartarlos de Inglaterra. Pero las ciudades, encabezadas por Gante, se sublevaron bajo la dirección de Jacob

van Artevelde, una de las figuras burguesas más dinámicas del siglo XIV. Miembro ambicioso de la clase mercantil, que soñaba en arrebatar el poder político a la aristocracia, tenía pujos de noble. Sus hijos se titulaban *messire* y *chevalier*, y el primogénito y una hembra se habían casado con aristócratas. Artevelde deshizo las tropas del conde y le forzó a refugiarse en Francia, en 1339, dejando el país en sus manos.

Mientras tanto, Eduardo, como suministrador de lana a la industria flamenca, había buscado una alianza que le proporcionaría bases para acometer a Francia. Los pañeros de Flandes se mostraban partidarios de la unión con Inglaterra, y Artevelde se resolvió a ello. El obstáculo de la soberanía francesa se obvió cuando Eduardo se arrogó el título de rey de Francia. En capacidad de tal firmó un tratado con Artevelde en 1340, después de la victoria de Sluys. La vacuidad del proyecto duró el tiempo suficiente para que Eduardo tuviera un trampolín, antes de que la ambición perdiese a Artevelde.

Éste era hombre de arranques brutales. En una ocasión derribó de un puñetazo, en presencia del monarca de Inglaterra, a un caballero que había osado discrepar de él. Además de utilizar los fondos flamencos para financiar la guerra de Eduardo, violó los sentimientos de sus paisanos sobre el homenaje. Propuso que el primogénito inglés, Eduardo, príncipe de Gales, suplantase al hijo mayor del conde de Flandes, Louis de Male, como heredero y futuro gobernante del país. Aquello fue excesivo para las buenas ciudades flamencas. Desposeer a su señor natural en provecho del príncipe inglés, declararon con intrepidez a Artevelde, era «algo a lo que ciertamente jamás se plegarían». Asimismo el papa, estrechado por el rey Felipe, las había excomulgado por abandonar a su soberano, lo cual produjo mucho quebranto y desasosiego en sus negocios. Creció el resentimiento contra Artevelde, y se sumó a la sospecha de que había utilizado sus caudales en provecho propio.

«Rompieron entonces a murmurar contra Jacques (Jacob)», y cuando anduvo por Gante a caballo, «tan persuadido de su grandeza, que pensó que no tardaría en reducirlos a su antojo», la muchedumbre irritada le escoltó hasta su casa, pidiéndole justificación de las rentas públicas. Empezó, pues, a temer y, entrando en su domicilio, cerró las verjas, puertas y ventanas al gentío que chillaba en la calle. Apareciendo en la ventana «con gran humildad», Artevelde defendió los nueve años de su administración, y prometió una explicación satisfactoria de su gestión si se dispersaban. «A ello se pusieron a gritar en una sola voz: “¡Baja hasta nosotros y no perores desde esa altura! ¡Y danos cuenta del gran tesoro de Flandes!”». Artevelde echó los postigos aterrorizado y quiso escapar a una iglesia vecina por una puerta trasera; pero los cuatrocientos hombres de la turba reventaron la entrada, le capturaron y le mataron en aquel mismo lugar. Así, en julio de 1345, las ruedas de la Fortuna giraron para abatir al dueño todopoderoso de Flandes.

Los representantes de las ciudades flamencas se precipitaron a Inglaterra para apaciguar a Eduardo, a quien el suceso había enfurecido. Dándole seguridades acerca

de su alianza, indicaron el modo de que su linaje consiguiera Flandes sin eliminar a su señor legítimo. Bastaba con que la hija mayor de Eduardo, Isabella, de quince años de edad, se casara con Louis, hijo del conde de Flandes, de catorce, a quien custodiaba el común, «de suerte que en adelante el condado de Flandes quedará en la progenie de vuestra hija». Pareció muy bien a Eduardo el proyecto, aunque la finalidad del mismo —el respeto a Francia— le disgustase. Cuando el monarca inglés quiso imponerle el matrimonio dos años después, el conde huyó, dejando detrás una princesa soltera, lo que influiría indirecta, pero decisivamente, en la vida de Enguerrand de Coucy.

A los contemporáneos el poder del soberano de Inglaterra parecía risible comparado con el del monarca de Francia. Villani se refirió a él como «*il piccolo re d'Inghilterra*» («el reyezuelo inglés»). Es dudoso que deseara en serio conquistar el país francés. Las guerras medievales entre europeos no apuntaban a una conquista estratégica, sino más bien a adueñarse de la categoría dinástica superior, infligiendo el daño preciso para acarrear la caída del contrario. Algo por el estilo sería el propósito de Eduardo, y no parecía irrealizable si se consideraba su base en Guyena y sus cabezas de puente en Flandes y la Francia septentrional.

Eduardo se hubiera arruinado si hubiese absorbido el gasto de la ejecución costosísima de la primera fase del proyecto; pero transfirió el desembolso a otros. Financió la guerra con empréstitos de los Bardi y Peruzzi, grandes banqueros florentinos. Según Villani, los totales que afectaban a los primeros oscilaban entre seiscientos y novecientos mil florines de oro; los Peruzzi vinieron a entregar dos tercios de la anterior cantidad. Garantizaba el préstamo el ingreso futuro del impuesto sobre la lana. Éste resultó exiguo. Eduardo no pudo pagar, y las dos sociedades italianas quebraron, los Peruzzis en 1343, y los Bardis un año después. La catástrofe arrastró a un tercer banco, el de los Acciainoli. El capital se esfumó, los almacenes y talleres cerraron, y los sueldos y adquisiciones se suspendieron. Cuando, a consecuencia de la mala suerte que parecía azotar al siglo XIV, el desastre económico de Florencia y Siena fue seguido del hambre en 1347, y luego de la peste, quienes los sufrieron hubieron de pensar que la cólera divina los castigaba.

Formar un ejército para otra campaña, después que el anterior la había conducido a la bancarrota, hubiera sido imposible en Inglaterra sin la anuencia de los tres estados representados en el Parlamento. El dinero era el quid. El acopio de numerario para costear una guerra perjudicó a la sociedad del siglo XIV más que la destrucción material que llevaba consigo. La organización del período había acabado en una economía predominantemente monetaria. Las fuerzas armadas ya no procedían ante todo de la obligación que el vasallo tenía de proporcionarlas, y las cuales regresaban al punto de procedencia a los cuarenta días; se trataba de cuerpos reclutados a cambio de una soldada. El gasto subsidiario de una hueste pagada aumentaba el costo de las

campañas más allá de los recursos ordinarios del rey. El Estado no había perdido la apetencia bélica, pero no había ingeniado aún un método regular para satisfacerla. El monarca, estando en un aprieto, recurría a préstamos de bancos, ciudades y empresas, que acaso no podría saldar, e incluso a las medidas más dilacerantes de los impuestos arbitrarios y de la devaluación de la moneda.

La guerra se hacía redituable sobre todo mediante el pillaje. El botín y el rescate eran no sólo un beneficio inherente, sino también una necesidad con la que se compensaba el atraso de los haberes y con la que se estimulaba el alistamiento. La captura de prisioneros, para cobrar su rescate, se convirtió en actividad comercial. Como los reyes raras veces contaban por anticipado con fondos suficientes, y los impuestos se percibían con lentitud, las tropas en campaña cobraban siempre con atraso. El saqueo sustituía al pagador. La guerra caballeresca, lo mismo que el amor cortés, era, como Michelet dijo de toda la época, *double et louche* (frase irónica que puede significar «doble y bizca», o «falsa y ambigua», u «oscura», en la acepción de «deshonrosa»). El fin suponía una cosa, y la práctica, otra. Los caballeros hacían la guerra por la gloria y la practicaban por la ganancia.

Eduardo informó en 1344 a los tres brazos del Parlamento de que el rey de Francia había roto la tregua y les pidió que «manifestaran su opinión». Los Lores y los Comunes aconsejaron «terminar la guerra en batalla o en paz honorable», y, una vez se iniciase, no desistir por cartas o demandas del sumo pontífice o de quien fuere, «sino concluirla con la fuerza de la espada». El Clero y los Comunes votaron subsidios, y en 1345 el Parlamento autorizó al soberano a requerir a todos los terratenientes que sirviesen en persona o proporcionasen un sustituto o una cantidad equivalente de dinero. Quien tenía una renta de cinco libras esterlinas en tierras o arriendos habían de suministrar un arquero; quien diez, un lancero montado; quien veinte, dos, y quien más de veinticinco, un hombre armado, que se solía entender como un escudero o caballero. Las ciudades y circunscripciones condales recibieron la orden de reclutar un número dado de arqueros. Los alguaciles y funcionarios del condado debían administrar el conjunto del sistema.

Se requisaron embarcaciones para el transporte de hombres y caballos, y alimento para unos y otros. Llevaron también piedras de molino, hornos de panadero, armeros y forjas, y material para dotar de flechas a los arqueros. Casi todos los barcos eran pequeños, de treinta a cincuenta toneladas de promedio, con un gran mástil y una vela rectangular, si bien hubo algunos de hasta doscientas toneladas. Un buque de tamaño medio podía admitir de cien a doscientos hombres, y de ochenta a cien caballos.

Para henchir las filas de «formación» o infantes se lograron reclutas con el incentivo del botín, el perdón de los forajidos y el sentimiento que habían atizado las incursiones francesas de Southampton, Portsmouth y otras poblaciones de la costa meridional. Se anunció al pueblo que Eduardo se había apropiado el título de rey de Francia, y se le transmitió al propio tiempo su mensaje sobre la justicia de su causa y la perversidad francesa. El constante temor de una invasión aconsejó erigir atalayas

en las costas, estacionar a intervalos escuadrones de jinetes, situar almacenes junto a ellos y emplazar barquichuelos cerca de la orilla, o en la playa, con el dispendio consiguiente.

El soberano se hallaba apercibido para su nuevo intento en julio de 1346. Con su primogénito Eduardo, príncipe de Gales, a la sazón de quince años de edad, se hizo a la mar hacia Normandía con cuatro mil hombres armados de pies a cabeza, diez mil arqueros y cierto número de peones irlandeses y galeses. (Otro contingente, que le precedió en la singladura más larga a Burdeos, ya había tenido un encuentro con los franceses a lo largo del límite de Guyena.) Bajo la guía de Godefrey d'Harcourt, desterrado de Francia, los expedicionarios del rey desembarcaron en la península de Cotentin, donde Harcourt prometió golosas ocasiones de saquear las prósperas ciudades abiertas. Aunque, según Froissart, «nada ansiaba más que los hechos de armas», Eduardo, en otra muestra de ambigüedad medieval, se alegró por lo visto de las seguridades que daba Harcourt de que no encontraría resistencia, ya que el duque de Normandía y los suyos combatían a los ingleses en Guyena y la gente normanda no estaba habituada a la guerra.

Tan fructífera resultó Normandía, que los ingleses no hubieron de forrajear, y tan medrosos sus naturales, que escaparon abandonando sus casas «repletas y granjas henchidas de grano, pues no sabían cómo salvarlo, o conservarlo… No habían visto hasta entonces guerreros e ignoraban el significado de la guerra o batalla». En la rica Caen, carente de murallas, los ciudadanos y una partida de caballeros, enviada para su defensa al mando del condestable, el conde d'Eu, opuso vigorosa resistencia, pero prevalecieron los invasores, que disponían de refuerzos. Prendieron al condestable y, con muchos otros prisioneros y carros henchidos de botín, le trasladaron a Inglaterra, desde donde se pidió por él un gran rescate que tendría consecuencias trágicas. «Quemando, saqueando y asolando», los ingleses fueron de población en población, y acopiaron magníficos tapices, joyas, plata, mercancías y ganado, así como hombres y mujeres cautivos.

El saco de Normandía por una hueste que capitaneaba el mismo soberano de Inglaterra sentó el precedente de lo que seguiría. Organizados en tres cuerpos o «batallas», los depredadores «infestaron, despojaron y robaron sin piedad», y cosecharon tanto botín, que «avanzaban en cortas jornadas y acampaban a diario entre el mediodía y las tres de la tarde». Los soldados «no rendían cuentas ni al rey ni a sus oficiales de lo que conseguían; lo retenían». Mientras avanzaban a lo largo del Sena en dirección de París, el rey Felipe, que había estado mano sobre mano en Rouen, los seguía por la ribera opuesta. Entró en su capital cuando Eduardo llegaba a Poissy, que dista unos treinta y dos kilómetros de ella. El monarca inglés celebró la fiesta de la asunción de la Virgen (15 de agosto) vestido de escarlata y armiño, y los de su campo distrajeron su ocio pillando e incendiando las aldeas circundantes. Las llamas que ardían ante sus mismas puertas dejaron a los parisienses «atónitos de asombro —anotó Jean de Vennette— y yo que esto escribo presencié sus tropelías,

pues podía contemplarlas desde París cualquiera que subiera a una torre».

Felipe VI, mientras tanto, había proclamado el *arrière-ban*, o sea, el reclutamiento general en el área de la guerra de todos los hombres aptos para el uso de las armas. Basado en el principio de que todos los súbditos habían de ofrecer sus vidas a «la defensa del país y de la corona», se suponía que el *arrière-ban* debía aplicarse sólo cuando la convocatoria de los nobles no había bastado —o tal vez no bastara— para repeler al enemigo. Se anunció, como todos los avisos públicos, en un «pregón», por boca de heraldos montados a caballo que lo voceaban en mercados y plazas. Se enviaron cartas a ciudades y abadías solicitando los subsidios habituales. Unas poblaciones cumplían aún tal deber con cuerpos de peones, congregados con premura, bisoños y, en el fondo, inútiles; otras lo saldaban con dinero, con el que se alquilaban mercenarios más útiles.

Las ciudades y distritos proporcionaban contingentes de extracción plebeya conforme al número de sus hogares y la prosperidad o pobreza de la comunidad. Varias comarcas tenían la obligación de que cada centenar de hogares costease un soldado durante un año. En otras menos desahogadas hacían lo mismo cada doscientos o trescientos. Este procedimiento no obtenía efectivos muy elevados. Por ejemplo, Rouen proporcionó en 1337 doscientos hombres, Narbona ciento cincuenta ballesteros, y Nimes noventa y cinco combatientes armados de punta en blanco. A la luz de estas cifras las opulentas referencias de los cronistas a decenas de millar se reducen a términos más modestos. Los reclutamientos en ciudades, circunscripciones, feudos o áreas de situación peculiar tenían que negociarse por separado atendiendo a cantidades y duraciones diferentes, y sobre la base de distintos privilegios y derechos, proceso que iba acompañado de interminables discusiones. Los señores de ducados, condados y grandes baronías como Coucy estipendiaban a sus hombres por sí mismos, bien que el rey había de compensarlos cuando la guerra se alargaba.

Los caballeros y escuderos de noble cuna recibían como los demás soldadas fijas. La media del abanderado (adalid que guiaba a otros bajo su bandera), caballero célibe y escudero montado, en la década de 1340, era respectivamente veinte, diez y de seis a siete sueldos diarios. Existía un problema persistente: el gobernante debía cerciorarse de que recibía la cantidad y la calidad por las que pagaba. Oficiales perspicaces celebraban con tal fin, de modo periódico, por lo regular una vez al mes, una *montre* (alarde) en la que comprobaban que un *valet* no había sustituido a un *gentilhomme*, que caballos robustos no reemplazaban a rocines durante la revista y luego desaparecían, y que los pagos se efectuaban con honradez, a saber, con dinero y no con especies. En aquel ejército de vaga estructura faltaba la jerarquía militar. Aparte el rey, que lo acaudillaba en persona, los mandos permanentes eran el condestable, especie de jefe administrativo, y dos mariscales de funciones imprecisas. En cuanto a las disposiciones tácticas y estratégicas, partían, al parecer, del consejo de comandantes notables.

El hecho de ponerse la armadura, con sus innumerables correas y hebillas,

transformaba la batalla en un suceso más o menos prefijado y dependiente de la lógica de la proximidad. El invento de la protección blindada, al comienzo del siglo XIV, reforzó la cota de malla, que las ballestas perforaban. El estilo del arnés varió de una década a otra, pero sus elementos básicos fueron siempre la coraza, la falda de anillos eslabonados y las piezas para los brazos y piernas. Todo ello cubría a la cota o camisa de malla férrea y una almilla de cuero o pespunte, o una sobreveste ceñida. Casi ocultaba el conjunto la cota de armas, prenda sin mangas, bordada con las figuras y signos heráldicos que identificaban al portador. El cuello, codos y otras coyunturas se protegían con malla de hierro, y las manos con manoplas de láminas articuladas. El casco, que antaño dejaba el rostro al descubierto, se mejoró con una visera sujeta a la frente o a los lados con clavillos removibles. Pesaba de tres a cinco kilogramos, y era tenebroso y sofocante, a pesar de las rendijas o mirillas para los ojos y los agujeritos de ventilación. El peso de este armamento defensivo se compensaba con un escudo, reducido en comparación, que concedía mayor libertad de movimiento.

«Terrible gusano en capullo de hierro», como lo definió un poema anónimo, el caballero ocupaba una silla muy elevada sobre el nivel de la montura. Sus pies descansaban en estribos larguísimos. Estaba, por lo tanto, virtualmente de pie y en situación de descargar tremendos golpes en todas las direcciones con cualquier arma de su abundante panoplia. Iniciaba la lucha con la lanza para desmontar a su adversario. A un lado de su cinto colgaba un mandoble, y al otro una daga de casi medio metro de longitud. Tenía a su alcance, sujeto a la silla o llevado por su escudero, un montante, espada muy larga de la que se servía como de una lanza, un hacha de guerra con una moharra en la parte opuesta de la pala, y una maza de bordes afilados y alomados, predilecta de los obispos y abades belicosos, en el supuesto de que no estaba incluida en la regla que prohibía a los clérigos «herir con el filo de la espada». El caballo de guerra, además de transportar ese arsenal, tenía defensas metálicas en la cara, pecho y cuartos traseros, y gualdrapas que se le metían entre las patas. Al ser derribado, su jinete, a quien abrumaba la armadura y entorpecían el escudo, espada, daga y espuelas, acostumbraba ser capturado antes de lograr incorporarse.

La táctica consistía en la carga de la caballería, seguida de combates individuales a pie, a veces precedida o apoyada por los ballesteros e infantes, a los que los caballeros despreciaban. En las guerras con Escocia, los ingleses habían averiguado que los peones, pertrechados con arco y convenientemente adiestrados para mantener ordenadas sus líneas, rechazaban la embestida de la caballería con sólo disparar contra los corceles. Un descubrimiento tan útil como éste se sobrepondría al desdén de clase. Dadas las relaciones constantes entre Francia e Inglaterra, los franceses vieron sin duda emplear el arco largo, pero no repararon en lo que podía representar para ellos. Sus caballeros rehusaban conceder importancia a la intervención plebeya en la guerra, a pesar de que los normandos habían conquistado Inglaterra gracias a

que un arquero atinó en el ojo de Haroldo II.

Los franceses utilizaban también arqueros y ballesteros, generalmente compañías genovesas que se habían especializado en el manejo de la ballesta; pero, cuando se enardecían, les repugnaba conceder a las saetas una libertad que les privaba del placer glorioso de atacar. Sostenían que el combate auténtico era el individual efectuado cuerpo a cuerpo; menospreciaban los proyectiles que permitían luchar a distancia. El primer arquero, conforme a una canción del siglo XII, fue «un cobarde que no osó acercarse a su enemigo». Sin embargo, cuando se trató de batallar contra plebeyos, como en Cassel en 1328, la caballería de Francia cedió a sus ballesteros el objetivo táctico que culminó en su victoria.

La ballesta, compuesta de madera, acero y tendón, y montada con la ayuda del pie puesto en un estribo y de un gancho o manivela sujeta al cinturón, o con un complicado juego de manubrio y polea, disparaba un virote de gran poder de penetración; pero era lenta, de manejo incómodo y de transporte embarazoso por su peso. El ballestero solía llevar unas cincuenta saetas en las campañas, y el resto del equipo en carro durante las marchas. Debido a la lentitud con que se tendía, la ballesta tenía mayor utilidad en situaciones estáticas, en misiones como limpiar de enemigos las murallas durante los asedios, que en las batallas campales. Una carga de caballeros, decidida a sufrir unas cuantas bajas, destrozaba por lo regular la línea de ballesteros. Aunque su potencia mecánica, en el instante de su invención, había sido aterradora, hasta el extremo de que la Iglesia la proscribió en 1139, la ballesta se usó aún durante doscientos años sin poner en entredicho el dominio de hierro y acero de la caballería.

Protegido por la armadura y su orgullo, el caballero se creyó invulnerable e invencible, y despreció cada vez más al soldado de infantería. Pensaba que los plebeyos, excluidos de la caballería, no eran dignos de confianza en la guerra. Los necesitaba como mozos de cuadra, bagajeros, forrajeadores y constructores de carreteras —equivalentes al cuerpo de ingenieros—; pero como combatientes, con jubón de cuero, pica y cuchillo de podar, los consideraba engorrosos y proclives, en pelea cerrada, a «derretirse como nieve bajo el sol». No se trataba de un desmedido sentimiento de superioridad, sino de algo probado por la experiencia y que se derivaba de la falta de adiestramiento. En la Edad Media no hubo el equivalente de la legión romana. Las ciudades contaban con grupos expertos de policía municipal, mas propendían a redondear con chusma inútil los contingentes destinados a la defensa nacional. Las abadías, cuyos labradores estaban abrumados de trabajo, no perdían el tiempo en instruirlos marcialmente. En todas las épocas el adiestramiento distingue a la turba del ejército. Los peones reclutados con el *arrière-ban* no lo recibían. Despreciados por su inefectividad, eran inefectivos porque se los despreciaba.

El 26 de agosto de 1346 las huestes inglesas y francesas se enfrentaron en Crécy

(Picardía), a cuarenta y ocho kilómetros de la costa. Como el conflicto de otro mes de agosto, el de 1914, la batalla inauguró una era de violencia creciente y de autoridad en declive. Los vencedores no alimentaron el propósito de que así fuese. Informado del gran ejército que, en respuesta de su llamada, se congregaba alrededor del rey de Francia, Eduardo no pareció desear desafiarlo, o, por lo menos, no se propuso hacerlo sin antes asegurarse la retirada. Se alejó de París hacia el nordeste, camino del canal de la Mancha, sin duda hacia Flandes, donde tendría barcos a su disposición. Tal objetivo, si lo fue, no le convertiría, desde luego, en soberano francés.

El ejército de Francia, a marchas forzadas, entró en contacto con el de Inglaterra antes de que llegase al mar, pero no antes de que Eduardo, comprendiendo que tendría que combatir, ocupase una buena posición defensiva en una amplia colina que dominaba la aldea de Crécy. Tan grande era la confianza de los nobles franceses en su triunfo, que hablaron de los enemigos que cogerían prisioneros, cuya reputación e historial conocían por haber participado en los mismos torneos. Sólo el rey Felipe estaba irresoluto. «Lúgubre y ansioso», semejaba temer una nueva traición tras las defecciones de Bretaña y de Harcourt, o cualquiera otro peligro invisible.

Sus tropas acamparon la noche de la víspera a demasiada distancia del enemigo y no llegaron al campo de batalla hasta las cuatro de la tarde, con el sol en la cara y a la espalda del adversario. Los ballesteros estaban derrengados y quejosos después de la caminata, con las cuerdas de sus armas mojadas por una súbita tormenta; en cambio, los arqueros ingleses habían protegido las suyas debajo de sus cascos. Lo que siguió en el bando de Francia fue un caos de audacia insensata, mala suerte, errores, indisciplina y la enfermedad crónica de los caballeros, la baladronada, atenta a revelar valentía desprovista de sentido táctico o de propósito congruente.

Embargado en el postrer instante por el parecer de dilatar la acción hasta el día siguiente, Felipe ordenó que la vanguardia retrocediese y que la retaguardia hiciera alto, pero no le obedecieron. Los caballeros avanzados se lanzaron colina arriba contra el enemigo, sin dar ocasión a que los ballesteros debilitasen sus líneas. Fuera de tiro y maltratados por las flechas inglesas, los genoveses retrocedieron arrojando sus armas. El rey, que al ver a los invasores se demudó «de tanto que los odiaba», perdió el dominio de la situación. A la vista de la huida genovesa, él o su hermano, el conde de Alençon, vociferó: «¡Matad a esos bellacos que se interponen en nuestro camino!», mientras sus caballeros, «precipitadamente y sin concierto», acuchillaban a los ballesteros para abrirse paso. En medio de la espantosa maraña de sus fuerzas, los franceses asaltaron una y otra vez a la disciplinada línea de arqueros ingleses, endurecidos por la larga práctica que su armamento requería. Se mantuvieron firmes y sembraron la muerte y la confusión con sus saetas. Los caballeros de Inglaterra avanzaron a pie. Los precedían los arqueros y los apoyaban los piqueros, mientras que los sanguinarios galeses mataban o remataban a los caídos con sus largos cuchillos. El príncipe de Gales combatía al frente de una mesnada, y el rey Eduardo dirigía las operaciones desde un molino emplazado en la cumbre. La refriega

continuó en la luz crepuscular y durante la oscuridad nocturna hasta medianoche, cuando Felipe fue herido y el conde de Hainault le dijo: «Sire, no busquéis vuestra perdición», y le sacó del campo tirando de la brida de su caballo. Con sólo cinco acompañantes, el soberano cabalgó toda la noche hasta un castillo, cuyo senescal, al oír las voces de que abrieran la puerta, preguntó quién lo exigía. «Abre pronto —dijo el monarca—, porque aquí está la suerte de Francia».

Muertos yacían unos cuatro mil franceses, quizás incluido Enguerrand VI de Coucy. Entre los caídos figuraban los personajes más ilustres de Francia y de la caballería aliada: el conde de Alençon, hermano del rey, el conde Louis de Nevers de Flandes, los condes de Saint-Pol y Sancerre, el duque de Lorena, el soberano de Mallorca y, el más renombrado, Juan el Ciego, monarca de Bohemia, cuyo yelmo con tres plumas de avestruz y el lema «*Ich dien*» («Yo sirvo») tomó el príncipe de Gales y lo agregó posteriormente a su título. Carlos de Bohemia, hijo del rey ciego y futuro emperador, menos temerario que su padre, intuyó lo que acontecería y huyó.

La derrota no se debió a la falta de coraje. Los caballeros franceses y sus coaligados lucharon con tanta bravura como los ingleses, pues tenían el mismo temple en todos los países. La supremacía de Inglaterra estribaba en combinar a los excluidos de la caballería —los cuchilleros galeses, los piqueros y, sobre todo, los diestros hombres libres que tendían los arcos largos— con la acción de los caballeros. Mientras un bando utilizara esta ventaja y el otro no, el resultado de la guerra dependía de ese desequilibrio.

En el léxico bélico medieval no cabía la palabra persecución con el fin estratégico de aniquilar al enemigo. Algo aturdido a todas luces por la victoria, Eduardo no intentó acosarlo. Absorta en los placeres del triunfo, la hueste inglesa pasó el día siguiente contando e identificando a los muertos, dando decente sepultura a los más nobles y calculando el rescate de los prisioneros. Luego, a pesar de su afirmación de que era el rey de Francia, Eduardo pareció desinteresarse de Felipe, que se había refugiado en Amiens. Ciñéndose a la costa, el ejército de Inglaterra fue al norte para atacar a Calais, puerto situado frente a Dover, donde el canal es más estrecho. Retenido por una defensa tenaz, se atolló en un asedio que duraría un año.

La derrota de la caballería francesa y del soberano más poderoso de Europa, según se suponía, desató una cadena de reacciones que empeorarían con el tiempo. Aunque no derribaron la monarquía francesa, ni la obligaron a pactar, promovieron una crisis de confianza en el gobierno real y el resentimiento general cuando el rey, una vez más, hubo de recurrir a impuestos extraordinarios. Desde entonces empezó asimismo a erosionarse la fe en que el noble cumpliría sus funciones.

Felipe no poseía el instinto de gobernante de Felipe el Hermoso y de san Luis, ni disponía de consejeros aptos para reformar las costumbres militares y financieras de modo que pudiera enfrentarse con los peligros que sobrevenían. Los Estados provinciales, a los que se solicitó que aceptaran los nuevos tributos, se mostraron reacios, como la mayor parte de los cuerpos representativos, a reconocer la crisis

hasta que la tuvieron encima. Dado lo impropio y anticuado del sistema, el rey tuvo que ingeniar expedientes sustitutivos como el impuesto sobre las ventas —llamado *maltôte* por el odio que suscitó—, o el igualmente impopular sobre la sal, o incurrir en la devaluación de la moneda. El efecto de este subterfugio, que dislocaba precios, rentas, deudas y créditos, acostumbraba ser desastroso. «Y en 1343 Felipe de Valois hizo que quince dineros valieran tres», escribió un cronista como comentario suficiente.

Siempre que se les convocaba para que votasen subsidios, los Estados voceaban su descontento de los abusos fiscales. Y siempre los aprobaban a regañadientes con la promesa de reformas, persuadidos de que la administración de hombres más honrados capacitaría de nuevo al rey a vivir por cuenta propia.

Después de Crécy, y de la pérdida de Calais, se convocaron en 1347 nuevos Estados Generales para responder a la desesperada necesidad de dinero para la defensa que tenía el monarca. Había que reconstruir mesnadas y una flota ante el riesgo de que la invasión se repitiese. Agriados por la vergüenza de las continuas derrotas, los Estados manifestaron francamente su disgusto sobre el gobierno real. «Debéis saber —dijeron a Felipe— cómo y por qué consejo habéis dirigido vuestras guerras y cómo vos, mal aconsejado, habéis perdido todo y no habéis ganado nada». Si le hubieran aconsejado bien, añadieron, ningún soberano en el mundo «habría sido capaz de dañar a vos y a vuestros súbditos». Le recordaron que había ido a Crécy y Calais «con gran compañía, gran coste y gran gasto [los oradores y escritores del siglo XIV eran aficionados a las reiteraciones], y os cubristeis de oprobio y fuisteis puesto en fuga y hubisteis de conceder todo género de treguas mientras el enemigo se hallaba en vuestro reino… Y con tal consejo habéis sido deshonrado». Luego de este réspice, los Estados, reconociendo la obligación de defenderse, prometieron subsidios, aunque en términos más bien imprecisos.

Durante el sitio de Calais, Eduardo esperó aún cimentar una alianza con Flandes mediante el matrimonio de su hija con el joven conde Louis de Male. La muerte en Crécy del padre del muchacho, Louis de Nevers, apartó el obstáculo principal. No obstante, Louis, «que se había criado entre los nobles de Francia», no quiso acceder e «incluso declaró que no se casaría con aquella cuyo padre había matado al suyo, aun cuando le diesen la mitad del reino de Inglaterra». Los flamencos, en vista de que su señor era «demasiado francés y mal asesorado», le confinaron en «prisión cortés» hasta que aceptase su opinión, lo que le molestó mucho. Tras varios meses de cárcel, pronunció la promesa requerida. Una vez libre, se le autorizó a dedicarse a la cetrería junto al río, pero bajo vigilancia tan estrecha, «que no podía orinar sin que se enteraran». Este tratamiento le indujo a consentir en casarse.

A principios de marzo de 1347, los reyes de Inglaterra fueron con su hija Isabella de Calais a Flandes. El desposorio se celebró con gran boato, se extendió el contrato

matrimonial, el día de la boda se fijó en la primera semana de abril, y los reales padres aprestaron suntuosos regalos. Louis reanudó las cacerías diarias junto al río, simulando que el matrimonio le complacía mucho, y así los flamencos relajaron su vigilancia. Les engañaron las apariencias de su señor, «pues su ánimo interior era totalmente francés».

Salió como de costumbre con su halconero la misma semana de la boda. Enviando el azor en pos de una grulla con la voz de «¡Hucho! ¡Hucho!», siguió el vuelo, pero un trecho más allá «clavó los acicates en su corcel y galopó adelante» sin detenerse hasta haber salvado la raya de Francia, donde se reunió con el rey Felipe y le relató con «cuánta sutileza» se había librado del matrimonio inglés. El soberano se alborozó y arregló al punto el matrimonio de Louis con Marguerite, hija del duque de Brabante, vecino oriental de Flandes y firme aliado de Francia. El insulto a la corona de Inglaterra fue áspero, y mucho más sin duda afectó a la novia de quince años. No aplacaría sus sentimientos maltrechos una canción escrita en su nombre y, al decir de Jean de Venette, cantada en toda Francia, cuyo estribillo era «*J'ay failli à celui à qui je estoie donnée par amour*» («He perdido a aquel a quien fui dada por amor»). Cuatro años después se desquitó a expensas de otro prometido dejándole plantado casi en la misma puerta de la iglesia. Bien porque estos lances matrimoniales la hubieran aficionado a la independencia, bien porque fuera muy voluntariosa, Isabella de Inglaterra no se había casado aún cuando conoció a Enguerrand VII de Coucy trece años más tarde.

La conquista de Calais, pocos meses después del fracaso nupcial flamenco, fue el único fruto importante de la campaña. Felipe había congregado una fuerza de rescate y marchó hacia la ciudad, pero, debilitado por la falta de dinero y las bajas de Crécy, se volvió sin luchar. Los habitantes de Calais, esperando una ayuda que no llegaba y carentes de víveres, resistieron hasta que, obligados a comer ratas, ratones e incluso excrementos, el hambre los rindió. Su capitán Jean de Vienne, recién herido, destocado y con la espada invertida en señal de sumisión, salió a caballo a entregar las llaves de la población a los ingleses. Detrás de él iban los seis burgueses más ricos, descalzos, vestidos sólo con la camisa y con sogas al cuello en reconocimiento del derecho del vencedor a ahorcarlos si se le antojaba. Durante la lúgubre escena, que contemplaban los desolados supervivientes, de ojos sumidos en las cuencas, nació una causa francesa: la reconquista de Calais.

Exasperado por la prolongada resistencia que le había impuesto, en contra de la costumbre medieval, un asedio durante el invierno, Eduardo estaba de pésimo humor y hubiera ahorcado a los seis burgueses de no mediar la reina Felipa en su favor con una súplica conmovedora. El interminable esfuerzo desde agosto de 1346 a agosto de 1347 había irritado a sus tropas y agotado sus recursos. Los caballos, armas, provisiones y refuerzos habían de sacarse de Inglaterra, donde las requisas de cereales y ganado promovían quebraderos de cabeza, y la imprescindible movilización de barcos arruinaba el comercio y reducía los ingresos del impuesto sobre la exportación

de lana. Se ha calculado que unos treinta y dos mil combatientes, más las tripulaciones y los cuerpos auxiliares imprescindibles para el cerco, con un total de sesenta a ochenta mil hombres, se utilizaron durante la campaña de Crécy y Calais. La sangría había llegado al límite y Eduardo no pudo explotar su victoria. Su nueva base en Francia no condujo más que a la aceptación de una tregua hasta el mes de abril de 1351.

Si los beligerantes fueran capaces de juicios imparciales durante la contienda, lo que acontece en raras ocasiones, los primeros diez años del conflicto anglo-francés hubieran revelado a los ingleses lo indeciso de sus triunfos: lograr una aplastante victoria naval, una concluyente victoria en campo abierto y una posición permanente en la costa distaba un gran trecho de dominar a Francia o de conquistar su corona. Pero el sabor del botín, las riquezas y los espléndidos rescates que afluían a Inglaterra, y la gloria y la fama de Crécy que habían pregonado los heraldos en los lugares públicos, habían encendido la sangre inglesa. A su vez, los franceses no cejarían hasta alcanzar la meta que el poeta Eustache Deschamps convertiría en estribillo cuarenta años después: «Que no haya paz hasta que devuelvan Calais». Crécy y Calais aseguraron la continuación de la guerra, pero no de momento, pues la Europa de 1347 estaba al borde de la catástrofe más mortífera que registra la historia.

CAPÍTULO 5

«ES EL FIN DEL MUNDO»: LA PESTE NEGRA

En octubre de 1347, dos meses después de la toma de Calais, barcos mercantes genoveses aportaron en Mesina (Sicilia) con cadáveres y remeros agonizantes. Procedían del puerto de Caffa (hoy Fedosiya), en Crimea, donde Génova tenía una factoría. Los marineros enfermos mostraban extrañas hinchazones negras del tamaño de un huevo o una manzana en las axilas e ingles, de las cuales brotaban sangre y pus. La dolencia se diseminaba en forma de ampollas y manchas oscuras epidérmicas debidas a los derrames internos. Los pacientes, tras crueles dolores, fallecían a los cinco días de haberse manifestado los primeros síntomas. Aparecieron otros distintos al propagarse la enfermedad: fiebre continua y expectoración sanguinolenta, en lugar de las hinchazones o bubones. Las víctimas tosían, transpiraban copiosamente y morían antes, a los tres días o menos, y en ocasiones a las veinticuatro horas. En uno y otro caso, hedía cuanto salía de su cuerpo: aliento, sudor, sangre de las bubas y pulmones, y orina y excrementos sólidos ennegrecidos por el flujo sanguíneo. El desánimo y la desesperación acompañaban los indicios corporales, y antes del final «la muerte se contempla cara a cara».

La plaga era la peste bubónica, que se presentaba en dos formas: una infectaba la corriente sanguínea, causaba los bubones y la sangría interna, y se extendía por contacto; y otra, más virulenta, de género neumónico, que inficionaba los pulmones y contagiaba al respirar. La presencia simultánea de ambas causaba la alta mortalidad y la velocidad de propagación. Tan letal era la dolencia que hubo personas que se acostaron sanas y murieron antes de despertar, y médicos que la atraparon junto al lecho del paciente y perdieron la vida antes que él. El contagio era tan fulminante que, según el facultativo francés Simon de Covino, parecía como si un solo enfermo «pudiera infectar al mundo entero». La malignidad de la pestilencia resultaba tanto más terrible cuanto que los apestados no conocían medio alguno para prevenirla o remediarla.

El sufrimiento físico de la enfermedad y su aspecto misterioso y aciago se expresan en una singular lamentación galesa, que veía a «la muerte introduciéndose entre nosotros como humo negro, azote que abate a los jóvenes, fantasma sin arraigo que no se apiada de lo hermoso. ¡Ay del chelín en el sobaco! Hierve, es espantable… cabeza que duele y arranca alaridos… borla lacerante y rabiosa… Grande es su calor, como de ascua… cosa atroz de color ceniciento». La erupción tiene la fealdad de los «granos negros del guisante, fragmento de carbón arrastrados por el mar… prístinos adornos de la Peste negra, cenizas de mondaduras de cizaña, multitud confusa, plaga oscura como medios peniques, como moras…».

Se habían oído en Europa, en 1346, rumores de una peste temible nacida en China y llegada, a través de Tartaria (el Asia central), a la India, Persia, Mesopotamia, Siria, Egipto y toda el Asia Menor. Hablaban de pérdidas tan enormes que, se contaba, toda la India había quedado disminuida, con territorios sembrados de cadáveres y otros totalmente despoblados. En Aviñón, el papa Clemente VI estipuló 23 840 000 defunciones. No teniendo noción del contagio, Europa no se alarmó de veras hasta que los barcos mercantes transportaron su cargamento pestífero a Mesina, mientras otros, asimismo infectados, procedentes de Levante, arribaban a Génova y Venecia.

La pandemia penetró en Francia desde Marsella y en el norte de África desde Túnez en el mes de enero de 1348. En embarcaciones de cabotaje y fluviales, se propagó desde Marsella hacia el oeste hasta España, a lo largo del Languedoc, y hacia el norte, por el Ródano, hasta Aviñón, en donde brotó en marzo. Apareció en Narbona, Montpellier, Carcasona y Toulouse entre febrero y mayo, y al mismo tiempo, en Italia, en Roma y Florencia, y sus comarcas. Entre junio y agosto alcanzó Burdeos, Lyon y París, se difundió en Borgoña y Normandía, y cruzó el canal de la Mancha desde Normandía al sur de Inglaterra. Desde Italia, salvó los Alpes en el mismo verano, pasó a Suiza y se dilató por el oriente hasta Hungría.

En determinados territorios sembró la muerte entre cuatro y seis meses y desapareció, excepto en las poblaciones grandes, en las que, echando raíces en los hacinamientos urbanos, se aplacó en invierno, reapareció en primavera e hizo estragos durante otro medio año.

En 1349 resurgió en París, se extendió a Picardía, Flandes y los Países Bajos, y fue desde Inglaterra a Escocia e Irlanda, así como a Noruega, en la que un barco fantasma cargado de lana y cadáveres navegó sin rumbo hasta que encalló cerca de Bergen. Desde allí se dirigió a Suecia, Dinamarca, Prusia, Islandia e incluso Groenlandia. Dejando una caprichosa laguna de inmunidad en Bohemia, y a Rusia a salvo hasta 1351, había recorrido casi toda Europa a mediados de 1350. Aunque la tasa de mortalidad fue antojadiza —en unos lugares acabó con un quinto de los habitantes y en otros con las nueve décimas partes o con todos—, el cálculo amplio de los demógrafos modernos, en lo que atañe al ámbito existente entre la India e Islandia, coincide bastante con la fría apreciación de Froissart: «Murió un tercio del mundo». Su juicio, que compartieron sus coetáneos, se debió no a una conjetura acertada, sino a haber tomado en préstamo la cifra sobre la mortalidad de la peste que da san Juan en el *Apocalipsis*, guía favorita de los asuntos humanos en la Edad Media.

Un tercio de Europa equivaldría a unos veinte millones de óbitos. No se sabe a ciencia cierta cuántas personas murieron. La documentación contemporánea expresa horror, no datos precisos. Se relató que en la multitudinaria Aviñón perecían a diario cuatrocientos individuos; se clausuraron siete mil casas que la muerte había vaciado; un solo cementerio acogió once mil cadáveres en seis semanas; la mitad de los habitantes, se informa, falleció, entre ellos nueve cardenales —un tercio del total—, y

setenta prelados de categoría inferior. La visión de la interminable procesión de carros fúnebres atizó la normal exageración de los cronistas, quienes cifraron el censo de defunciones aviñonesas en sesenta y dos mil (hubo alguno que anotó ciento veinte mil), a pesar de que la población total de Aviñón no llegaría probablemente a cincuenta mil almas.

Repletos los cementerios de la ciudad pontificia, hasta que se recurrió a las fosas comunes, los cadáveres se lanzaron al Ródano. En Londres, las fosas sumaron tantas capas de cuerpos que rebosaron. Los documentos de todas partes cuentan que los apestados fallecían demasiado aprisa para que los vivos pudieran sepultarlos. Entonces se sacaban de las casas y se abandonaban a sus puertas. Cada amanecer revelaba nuevas pilas de cuerpos exánimes. De recogerlos se encargó, en Florencia, la Compagnia della Misericordia, fundada en 1244 para atender a los enfermos, los miembros de la cual llevaban vestiduras rojas y capuchas que ocultaban sus rostros, salvo los ojos. Cuando no dieron abasto, los cadáveres se corrompieron en las calles días sin cuento. La falta de ataúdes hizo que se depositaran dos o tres en tablas, en las que se transportaban a los cementerios o a las fosas comunes. Las familias arrojaban en éstas a sus deudos o los inhumaban con tanta premura, y de modo tan somero, «que los perros los desenterraban y devoraban».

En aquella confusión de muerte constante y de miedo al contagio, la gente fallecía sin auxilios espirituales y era sepultada sin acompañamiento de oraciones, perspectiva que llenaba de aterrorizada amargura las horas postreras de los agonizantes. Un obispo inglés autorizó a los seglares a confesarse mutuamente, como hicieron los apóstoles, «o, si no había presente un hombre, incluso a una mujer», porque «la fe bastaría», si no se hallaba sacerdote que administrase la extremaunción. Clemente VI consideró necesario perdonar las culpas de quienes morían a consecuencia de la plaga, ya que eran muchos los que no recibían los socorros eclesiásticos. «Y las campanas no doblaban a difuntos —escribió un cronista de Siena — y nadie lloraba fuesen cuales fueren sus pérdidas, porque casi todos esperaban expirar… Y todos decían con convicción: “Es el fin del mundo”».

En París, donde la peste duró todo el año 1349, las defunciones diarias fueron ochocientas, en Pisa quinientas, y en Viena entre quinientas y seiscientas. El total de parisienses fallecidos fue de cincuenta mil, o sea, la mitad de la población. Florencia, debilitada por el hambre de 1347, perdió de tres a cuatro quintos de sus ciudadanos, Venecia dos tercios, y Hamburgo y Bremen, más pequeñas, alrededor de la misma proporción. Las ciudades, centros de comunicación y transporte, estaban más expuestas que las aldeas, si bien, cuando era infectada, una de éstas sufría mortandades de igual nivel. El registro parroquial de Givry, próspero pueblo de Borgoña de mil doscientos a mil quinientos habitantes, anotó seiscientas quince bajas en el lapso de catorce semanas, lo que merece compararse con las treinta anuales del decenio anterior. En tres aldeas del condado de Cambridge están documentadas pérdidas del cuarenta y siete, cincuenta y siete, y setenta por ciento. Cuando los

supervivientes, demasiado escasos para seguir adelante, se mudaron a otro asentamiento, un pueblo desierto desapareció del haz de la tierra, y no dejó más reliquias de su existencia que el fantasmagórico esbozo, cubierto de hierba, del lugar en que los mortales habían vivido.

En sitios cerrados como monasterios y cárceles, la infección de una persona promovía la de las restantes, como sucedió en los conventos franciscanos de Carcasona y Marsella: todos sus ocupantes murieron sin excepción. De los ciento cuarenta dominicos de Montpellier se salvaron únicamente siete. Gherardo, hermano de Petrarca, miembro de una cartuja, enterró uno tras otro al prior y treinta y cuatro religiosos, en ocasiones tres al día, hasta que quedándose solo con su perro, huyó en busca de asilo. Asistiendo a la pérdida de sus compañeros, quienes habitaban en lugares análogos se preguntaron si el misterioso peligro que llenaba el aire no había sido enviado para exterminar la progenie humana. En Kilkenny (Irlanda), fray John Clyn de la congregación de los frailes menores, que fue también el único en conservar la vida, redactó una narración de lo acontecido para que «no perezcan con el tiempo las cosas memorables, ni se desvanezcan en el recuerdo de los que vendrán tras nosotros». Percibiendo que «el mundo entero se halla, por así decirlo, en las garras del Maligno», y en espera de que la muerte le visitase a su vez, escribió: «Dejo pergamino con el fin de que esta obra se continúe, si por ventura alguien sobrevive y alguno de la estirpe de Adán burla la pestilencia y prosigue la tarea que he iniciado». La peste no perdonó a fray John, anotó otra mano; pero había logrado chasquear al olvido.

Las mayores ciudades europeas, con una población de unas cien mil almas, eran París, Florencia, Venecia y Génova. Las seguían con más de cincuenta mil Gante, Brujas, Milán, Bolonia, Roma, Nápoles y Palermo, y Colonia. Londres tendría menos de la cifra anterior, y era la única población inglesa, descontada York, con más de diez mil. Entre veinte mil y cincuenta mil poseían Burdeos, Toulouse, Montpellier, Marsella y Lyon en Francia; Barcelona, Sevilla y Toledo en España; Siena, Pisa y otras ciudades secundarias en Italia, y las comerciales hanseáticas del Imperio. La peste las azotó privándolas de uno o dos tercios de sus pobladores. Con diez u once millones de ellos, Italia fue probablemente la que más sufrió. En pos de las quiebras bancarias florentinas, las malas cosechas y las sublevaciones de los obreros de 1346-1347 y la revolución de Cola di Rienzi que hundió Roma en la anarquía, la pandemia coronó una serie de calamidades. Como si el mundo estuviera en verdad en el poder del Malo, su primera aparición en el continente europeo, en enero de 1348, coincidió con un catastrófico terremoto que sembró la ruina de Nápoles a Venecia. Las casas se abatieron, los campanarios de las iglesias se desmoronaron, los pueblos se asolaron y la destrucción se hizo sentir incluso en Alemania y Grecia. La respuesta emocional, embotada por los horrores, sufrió una especie de atrofia que epitoma un cronista: «Y en estos días hubo entierro sin pena y boda sin afecto».

En Siena, donde más de la mitad de los habitantes murió de pestilencia, se

abandonó la construcción de la catedral, que había de ser la mayor del mundo, y jamás se reanudó a causa de la pérdida de braceros y maestros albañiles, y de «la melancolía y pena» de los supervivientes. El transepto truncado de la seo se yergue como testimonio permanente del filo de la guadaña de la Muerte. Agnolo di Tura, cronista sienés, se refiere al miedo del contagio que apagó cualquier otro instinto. «El padre abandonó al hijo, la esposa al marido y el hermano al hermano, pues la plaga parecía herir mediante el aliento y la mirada. Y así perecieron. Y no se encontró alguien dispuesto a sepultar a los muertos por dinero o amistad… Y yo, Agnolo di Tura, llamado el Gordo, enterré a mis cinco hijos con mis propias manos, y lo mismo hicieron muchos otros».

Muchos hubo que repitieron su relato de inhumanidad y pocos intentaron moderarla, pues la epidemia no era el género de calamidad que inspirase la ayuda mutua. Su calidad aborrecible y letal no apiñó a la gente ante la desdicha común, sino que la espoleó a evitarse. «Los magistrados y notarios rehusaron extender los testamentos de los moribundos —cuenta un fraile franciscano de Piazza (Sicilia); peor aún—, incluso los sacerdotes no acudieron a oír su confesión». Un escribano del arzobispo de Canterbury narra lo mismo del clero inglés, que «prescindió de sus beneficios por temor a la muerte». En toda Europa, desde Escocia a Rusia, se habló de casos de padres que desampararon a sus hijos, y de hijos que abandonaron a sus padres. El infortunio heló el corazón de los hombres, contó Boccaccio en su famosa descripción de la plaga en Florencia que sirve de introducción al *Decamerón*. «El hombre evitaba al hombre… Los parientes se apartaban, el hermano se alejaba del hermano, y a menudo el marido de la mujer; más aún, y es difícil de creer, hubo padres y madres que expusieron a los hijos a su hado, los descuidaron y no los visitaron, como si fuesen extraños». La exageración y el pesimismo literario fueron corrientes en el siglo XIV, pero el médico del papa, Guy de Chauliac, observador sobrio y puntual, informó del mismo fenómeno: «El padre no visitó al hijo, ni el hijo al padre. La caridad había periclitado».

Pero no del todo. En París, según el cronista Jean de Venette, las monjas del Hôtel Dieu, u hospital municipal, «no temiendo a la muerte, atendían a los enfermos con dulzura y humildad totales». Nuevas monjas reemplazaron a las que perecieron, hasta que las más, «muchas veces renovadas por la muerte, ahora descansan en paz en Cristo, como piadosamente creemos».

La peste brotó en la Francia septentrional en julio de 1348, ante todo en Normandía y, retenida por el invierno, concedió a Picardía un respiro engañoso hasta el verano siguiente. En señal de duelo o como aviso, se plantaron banderas negras en los campanarios de las iglesias de las aldeas normandas más afectadas. «Y en un momento —escribió un monje de la abadía de Fourcament— hubo tantas muertes entre las gentes de Normandía que los de Picardía se burlaron de ellas». La misma reacción despiadada se señaló en los escoceses, separados de los ingleses por la inmunidad invernal. Encantados de saber que la enfermedad azotaba a los «sureños»,

congregaron fuerzas para una invasión, «riéndose de sus enemigos». Antes de que dieran un paso, la cruel pestilencia se abatió sobre ellos, y mató a unos y llenó de espanto a los demás, que sembraron la infección en su huida.

En Picardía, en el verano de 1349, el contagio penetró en el castillo de Coucy y cortó la vida de Catherine, madre de Enguerrand, y de su nuevo marido. Se ignora si su hijo de nueve años se salvó por casualidad o si vivía en otra parte con alguno de sus tutores. En la próxima Amiens, los curtidores, en veloz respuesta a las pérdidas de mano de obra, se pusieron de acuerdo para solicitar jornales más altos. Los habitantes de una aldea bailaron al son de timbales y trompetas, y al preguntarles por qué lo hacían, respondieron que, al ver que los lugareños de las inmediaciones morían todos los días, mientras su pueblo seguía inmune, creían que evitarían la entrada de la epidemia «con el regocijo que sentimos. Por eso danzamos». Más al norte, en Tournai, en la raya de Flandes, Gilles li Muisis, abad de Saint-Martin, compuso una de las descripciones más vívidas que se conservan de los efectos de la pestilencia. Las campanillas sonaban a todas horas, indicó, porque los sepultureros ansiaban cobrar su parte mientras pudieran. Resonando de campanillazos, la ciudad se amedrentó y las autoridades prohibieron los tañidos y los vestidos de luto, y redujeron los funerales a la presencia de dos personas. En casi todas las poblaciones se vedó el toque de difuntos y el anuncio de los pregoneros de las muertes habidas. Siena impuso una multa a cuantos llevaran ropa de luto, exceptuadas las viudas.

La huida era el recurso principal de quienes podían permitírselo o urdirlo. Los ricos escaparon a casas de campo, como los jóvenes patricios florentinos de Boccaccio, que se establecieron en un palacio rural, «apartado por todas partes de los caminos», con «pozos de agua fría y bodegas de vinos exquisitos». Los pobres urbanos morían en sus conejeras «y sólo el hedor de sus cadáveres notificaba sus muertes a los vecinos». Que los pobres soportaron mayores aflicciones que los ricos se advirtió claramente entonces, tanto en el norte como en el sur. Un cronista escocés, John de Fordun, declaró de modo tajante que la epidemia «atacó sobre todo a los ínfimos y a la plebe, raras veces a los magnates». Simon de Covino de Montpellier hizo la misma observación. Lo achacó a la miseria, carencia y vida dura que hacían a los pobres más susceptibles, lo que fue la mitad de la verdad. La otra mitad, no reconocida, se tuvo en la promiscuidad y la falta de higiene. Simon de Covino comparó la desaparición de la mocedad al agostamiento de las flores en los campos.

En las regiones rurales los campesinos caían muertos en los caminos, tierras de labor y casas. Los supervivientes, en creciente desamparo, caían en la apatía, no segaban las mieses maduras ni atendían al ganado. Los bueyes y asnos, ovejas y cabras, cerdos y gallinas, campaban a sus anchas y, según los informes locales, sucumbían también a la pestilencia. Los carneros ingleses, origen de la preciosa lana, morían en todo el país. El cronista Henry Knighton, canónigo de la abadía de Leicester, registró cinco mil muertos en un solo pasto; «sus cuerpos corruptos estaban tan deshechos por la plaga que ni las fieras ni las aves los tocaban», y esparcían un

hedor repulsivo. En los Alpes austriacos los lobos bajaron a cebarse en el ganado menor y de pronto, «como alarmados por un aviso imperceptible, dieron media vuelta y corrieron a sus soledades». Otros más atrevidos, en la remota Dalmacia, descendieron a una ciudad infectada y atacaron a los supervivientes humanos. Por falta de pastores, las reses mayores vagaron sin rumbo y murieron en setos y zanjas. Los perros y gatos siguieron la suerte general.

La carestía de trabajadores auguraba un futuro muy sombrío, porque el siglo XIV casi agotaba la cosecha anual para alimentarse y empleaba el resto como simiente. «Quedaban tan pocos sirvientes y trabajadores —escribió Knighton—, que nadie sabía a quién recurrir en busca de ayuda». La impresión de que el futuro se desvanecía creaba una especie de locura de desesperación. Un cronista bávaro de Neuberg, junto al Danubio, recordó que «los hombres y mujeres… vagaban como si estuvieran orates» y dejaban que el ganado escapara, «porque nadie se sentía inclinado a preocuparse de lo venidero». Los campos no se labraron, no se sembró en primavera. La tremenda energía de la naturaleza invadió las tierras cultivadas, los diques se desmoronaron y el agua salobre invadió de nuevo las antiguas marismas y las maleó. Siendo tan escasos los que podían restaurar el trabajo de siglos, pensó la gente, como lo expresó Walsingham, que «el mundo jamás recobraría su pasada prosperidad».

Aunque el índice de mortalidad fue elevado entre los pobres anónimos, murieron también los notorios y grandes. El rey Alfonso XI de Castilla fue el único monarca a quien la peste arrebató la existencia; su vecino, Pedro de Aragón, perdió a su esposa, la reina Leonor, su hija María y una sobrina en el espacio de seis meses. Juan Cantacuceno, emperador de Bizancio, se quedó sin hijo. En Francia la reina coja Juana y su nuera Bonne de Luxemburgo, mujer del delfín, fallecieron en 1349, durante la misma fase en que murió la madre de Enguerrand. Otra víctima fue Juana, reina de Navarra e hija de Luis X. La segunda hija de Eduardo III, Joanna, encontró su fin en Burdeos, cuando se dirigía a casarse con Pedro, heredero del trono castellano. Las mujeres parecían más vulnerables que los hombres, tal vez porque, estando más en sus hogares, se hallaban más expuestas a las pulgas. Fiammetta, amante de Boccaccio e hija ilegítima del rey de Nápoles, murió, lo mismo que Laura, la amada —auténtica o ficticia— de Petrarca. Éste, dirigiéndose a las futuras generaciones, exclamó: «Oh feliz posteridad, que no experimentarás aflicción tan insondable y que tendrás nuestro testimonio por fabuloso».

En Florencia, Giovanni Villani, el mayor historiador de su tiempo, falleció a los sesenta y ocho años de edad en medio de una frase inconclusa: «… e dure questo pistolenza fino a…» (en medio de esta pestilencia termino). Los grandes pintores sieneses, los hermanos Ambrogio y Pietro Lorenzetti, cuyos nombres no aparecen después de 1348, murieron presumiblemente durante la pandemia, y asimismo el arquitecto y escultor florentino Andrea Pisano. Guillermo de Ockham y el místico inglés Richard Rolle de Hampole no se mencionan tras 1349. Francisco Dantini,

mercader de Prato, se quedó sin padres y dos hijos muy pequeños. Singulares corrientes de mortalidad afectaron a ciertos gremios de comerciantes londinenses. Los ocho jurados de la compañía de cortadores, los seis de la de sombrereros y cuatro de la de los orfebres murieron antes de julio de 1350. *Sir* John Pulteney, maestro pañero y cuatro veces alcalde de Londres, fue otra víctima, e igualmente *sir* John Montgomery, gobernador de Calais.

Entre el clero y los médicos la mortalidad fue alta como correspondía a la índole de sus profesiones. De los veinticuatro facultativos de Venecia, veinte, se dijo, perdieron la vida, aunque, conforme a otra versión, se pensó que algunos huyeron o se encerraron en sus casas. En Montpellier, sede de la principal escuela médica de la Edad Media, Simon de Covino informó que, a pesar del gran número de doctores, «apenas uno se libró». En Aviñón, Guy de Chauliac confesó que llevó a cabo sus visitas profesionales por temor a infamarse, aunque «el espanto me dominaba sin respiro». Aseveró que había sufrido el contagio, pero que se había curado con un tratamiento personal; en tal caso fue uno de los poquísimos que lograron burlarlo.

Las muertes entre el clero variaron según la categoría. Aunque la pérdida de un tercio de los cardenales refleja la misma proporción que el total, se debió posiblemente a la concentración de prelados en Aviñón. En Inglaterra, en sucesión extraña, casi siniestra, el arzobispo de Canterbury, John Stratford, murió en agosto de 1348, su sucesor en mayo de 1349, y el de éste tres meses más tarde. A pesar de caprichos tan fantásticos, los prelados tuvieron en general un índice de supervivencia superior al del resto de la jerarquía eclesiástica. La muerte de los obispos se calculó en uno de cada veinte. Los sacerdotes, incluso si muchos evitaron el deber de asistir a los agonizantes, fallecieron en un porcentaje semejante al del resto de la población.

Los magistrados y funcionarios gubernamentales, cuya desaparición contribuyó a alimentar el caos, no salieron bien librados. En Siena pasaron a mejor vida cuatro de los nueve miembros de la oligarquía gobernante, en Francia un tercio de los notarios reales, y en Bristol quince de los cincuenta y dos miembros del consejo de la ciudad, es decir, casi un tercio. Como es de esperar, la percepción de impuestos se resintió, con la consecuencia de que Felipe VI sólo obtuvo una fracción de los subsidios concedidos por los Estados en el invierno de 1347-1348.

El desorden y el desenfreno acompañaron a la pandemia como aconteció en Atenas durante la gran peste de 438 a. C., cuando, como explica Tucídides, los hombres se envalentonaron en el disfrute de los placeres: «Pues viendo que los ricos morían en un instante y que quienes nada tenían los heredaban, reflexionaron que la vida y las riquezas eran igualmente transitorias y resolvieron deleitarse mientras pudieran». La conducta humana es intemporal. Cuando tuvo la visión de la plaga en el *Apocalipsis*, san Juan supo por alguna experiencia o por memoria racial que los que vivían «no se arrepintieron de las obras de sus manos… No se arrepintieron ni de sus homicidios, ni de sus maleficios, ni de sus fornicaciones, ni de sus robos».

La ignorancia de la causa aumentó el horror. De los auténticos transmisores, ratas y pulgas, el siglo XIV no tuvo ni atisbo, tal vez porque le resultaban tan conocidos. Las pulgas, aunque era un fastidio doméstico común, no se mencionan en los escritos contemporáneos sobre la epidemia, y las ratas sólo de modo accidental, si bien el folklore solía asociarlas con la peste. La leyenda del flautista de Hamelin nació durante una de 1284. El bacilo causante, *Pasturella pestis*, estuvo otros quinientos años sin ser descubierto. Albergado, ora en el estómago de la pulga, ora en la sangre de la rata, huésped del insecto, se transmitía en su forma bubónica a los humanos con el mordisco del roedor o la picada del parásito. Viajaba en el *Rattus rattus*, la pequeña rata medieval negra de los barcos, y en la más grande de las cloacas. Se desconoce lo que convirtió al bacilo de inocuo en virulento. Ahora se cree que la aparición sucedió no en China, sino en algún punto centroasiático, desde el que se difundió a lo largo de las rutas caravaneras. El supuesto origen chino se debió a una interpretación equivocada del siglo XIV, basada en el hecho verídico, pero anacrónico, del espantoso número de muertos habido en China a causa de la sequía, el hambre y la peste, que se ha rastreado desde entonces hasta la década de 1330, demasiado pronto para ser responsable de la epidemia que se declaró en la India en 1346.

El fantasma hostil carecía de nombre. Llamada la Peste Negra sólo en sus últimas manifestaciones, se conoció al principio como la Pestilencia o la Gran Mortandad. Informes de Oriente, hinchados por imaginaciones temerosas, hablaban de extrañas tempestades y «sábanas ígneas», mezcladas con enormes granizos, que «mataban casi todo», o de una «vasta lluvia de fuego» que abrasaba a hombres, animales, piedras, árboles, pueblos y ciudades. En otra versión, las «inmundas bocanadas de viento» de los incendios transportaron la infección a Europa «y ahora hay sospecha de que llega desde las costas». En este caso, la observación no hacía que las mentes saltaran a los buques y las ratas, porque no existía la menor idea de que el contagio fuese causado por un animal o insecto.

Se culpó al terremoto por exhalar emanaciones sulfúreas y apestosas del interior de la Tierra, o como consecuencia de la lucha titánica de planetas y océanos que alzaba aguas y las evaporaba hasta que los peces morían en ingentes cantidades y corrompían el aire. Todas estas explicaciones tenían en común el factor de la atmósfera emponzoñada, de miasmas y nieblas, densas y hediondas, atribuidos a toda especie de agente natural o imaginario, desde lagos estancados hasta malévolas conjunciones de astros, desde la mano del Malo hasta la cólera de Dios. El pensamiento médico, prendido en la teoría de las influencias astrales, hacía hincapié en el aire como vehículo de la enfermedad, e ignoraba la higiene y los agentes visibles de transmisión. La existencia de dos de éstos desorientaba tanto más cuanto que la pulga podía vivir y viajar independientemente de la rata durante un mes y, si la había infectado la forma septicémica del bacilo, sobremanera virulenta, contagiaba a los hombres sin mediar de nuevo la rata. La presencia simultánea de la forma

neumónica, que, desde luego, se comunicaba por medio del aire, oscurecía más aún el problema.

El misterio del contagio era «el más espantoso de los terrores», como un clérigo flamenco anónimo escribió desde Aviñón a un corresponsal de Brujas. Las pestes ya se conocían, desde la de Atenas (que se supone fue de tifus) hasta la prolongada epidemia del siglo VI, y la recurrencia de erupciones esporádicas en el XII y el XIII, pero no habían dejado tesoro alguno de conocimientos útiles. Se observó en seguida, mas no se entendió, que la infección procedía del contacto con los enfermos o sus casas, ropas o cadáveres. Gentile da Foligno, renombrado médico de Perusa y doctor en medicina por las universidades de Bolonia y Padua, se acercó mucho a la infección respiratoria cuando coligió que la materia ponzoñosa se «comunicaba por medio del aire que se tomaba y expulsaba». Como no sabía nada de los agentes microscópicos, hubo de concluir que la atmósfera se corrompía por influencia planetaria. Sin embargo, los planetas no justificaban la continuación del contagio. La desesperada búsqueda de una explicación motivó hipótesis tales como la de la transferencia de la mirada. La gente enfermaba, escribió Guy de Chauliac, no sólo por acompañar a los dolientes, sino también por «mirarlos». Trescientos años después, Joshua Barnes, biógrafo de Eduardo III, explicó que el poder de la infección había entrado en los rayos luminosos y «disparado muerte desde los ojos».

Los médicos, en su lucha con la evidencia, no podían prescindir de los términos de la astrología, a la que, pensaban, estaba sujeta la fisiología humana. La medicina era un aspecto de la vida medieval que, quizá a causa de sus vínculos con los musulmanes, la doctrina cristiana no había modelado. El clero detestaba la astrología, mas no conseguía borrar su influencia. Guy de Chauliac, médico de tres sumos pontífices, ejercía su profesión sometido al zodíaco. Su *Cirurgia*, el tratado más importante de cirugía de la época, exponía las virtudes anestésicas del jugo de opio, mandrágora y cicuta, y, no obstante, prescribía purgas y sangrías atendiendo a los astros y clasificaba las enfermedades crónicas y agudas sobre la base de que aquéllas dependían del Sol y éstas de la Luna.

Felipe VI solicitó, en octubre de 1348, a la facultad médica de la universidad de París un informe sobre el azote que parecía amenazar la supervivencia humana. Los doctores, con cuidadosas tesis, antítesis y pruebas, lo atribuyeron a la triple conjunción de Saturno, Júpiter y Marte en el cuadragésimo grado de Acuario, que ocurrió, en su parecer, el 20 de marzo de 1345. Sin embargo, reconocieron efectos «cuya causa se oculta incluso a las inteligencias más claras». El veredicto de los maestros parisienses se convirtió en la interpretación oficial. Tomado en préstamo, copiado por escribas, llevado al extranjero, traducido del latín en distintas lenguas vulgares, fue aceptado por doquier, incluso por los médicos musulmanes de Córdoba[*] y Granada, como la explicación científica, ya que no popular. El interés que despertaba tan terrible asunto, la traducción de aquellos textos fue un estímulo para el uso de los idiomas nacionales. En este aspecto, la vida salió de la muerte.

Para el pueblo en sentido amplio no cabía sino una explicación: la ira divina. Acaso los planetas satisficieran a los eruditos, pero Dios estaba más cerca del hombre medio. Una calamidad tan abrumadora y despiadada, desprovista de causa visible, sólo podía concebirse como el castigo que el Ser Supremo aplicaba a los pecados humanos. Inclusive tal vez fuera la muestra de su definitivo desengaño. Matteo Villani comparó el propósito de la peste con el del diluvio universal y creyó que él registraba «el exterminio de la humanidad». Los intentos de aplacar la cólera de Dios adoptaron muchas formas, como, por ejemplo, cuando la ciudad de Rouen ordenó el cese de cuanto pudiera atizarlo: juego, maldiciones, bebida, etc. Más generales fueron las procesiones penitenciales que autorizó, al principio, el sumo pontífice, algunas de las cuales duraron tres días, y otras a las que asistieron dos mil personas, lo que contribuyó a la diseminación de la plaga.

Descalzos, vestidos con cilicios y cubiertos de cenizas, llorando, rezando, mesándose el cabello, portando cirios y reliquias, ora con sogas en el cuello, ora lacerándose con látigos, los penitentes desfilaron por las calles mientras imploraban la ayuda de la Virgen y los santos. Una vívida ilustración de las *Très Riches Heures* del duque de Berry muestra al papa en una de tales procesiones atendido por cuatro cardenales, vestidos de púrpura desde el capelo hasta la fimbria. Levanta los brazos suplicante hacia el ángel situado en lo alto del Castel Sant'Angelo, mientras sacerdotes de albas vestiduras, con banderas y áureos relicarios, se vuelven con las facciones torcidas por la ansiedad hacia uno de los suyos que, herido por la peste, se desploma. En el fondo, un monje de sayal gris cae junto a otra víctima, en tanto que los circundantes los contemplan con horror. (La ilustración representa una epidemia del siglo VI, bajo el pontificado de Gregorio I Magno, pero los artistas medievales no distinguían el pasado del presente, y la escena se presenta como si hubiese ocurrido en el XIV.) Clemente VI prohibió las procesiones cuando se comprendió que eran fuente de contagio.

En Mesina, donde la pestilencia se había iniciado, el pueblo suplicó al arzobispo de la vecina Catania que le prestase las reliquias de santa Águeda. Los catanios se negaron a ello. Entonces, el arzobispo las sumergió en agua bendita, que él llevó personalmente a Mesina, donde dirigió con ella una procesión. Lo demoníaco, que compartía con Dios el cosmos medieval, apareció como «diablos en forma de perros» para aterrorizar el vulgo. «Un can negro, con una espada desnuda en las patas, se presentó entre ellos, con chirriamiento de dientes; se precipitó, rompió todos los vasos de plata, lámparas y candelabros de los altares, los arrojó acá y allá… Por lo tanto, la gente de Mesina, aterrorizada por la prodigiosa visión, se sintió presa de un miedo extraño y avasallador».

La ausencia aparente de causa terrenal proporcionó a la plaga calidad sobrenatural y siniestra. Los escandinavos creyeron que una Doncella de la Peste surgía de la boca

de los cadáveres como una llama azul y volaba para infectar la casa siguiente. En Lituania se contó que la Doncella agitaba un pañuelo encarnado en las puertas o ventanas para facilitar la entrada del mal. Un valiente, según la leyenda, la aguardó en la ventana abierta con una espada y, cuando agitaba el pañuelo, le amputó la mano de un tajo. La proeza le acarreó la muerte, pero su aldea se salvó y el pañuelo se guardó mucho tiempo como una reliquia en la iglesia de la localidad.

Allende las supersticiones y los demonios, la causa final era Dios. El papa lo reconoció en una bula de septiembre de 1348, en la que se refirió a la «pestilencia con que el Señor aflige al pueblo cristiano». Para el emperador Juan Cantacuceno resulta evidente que una enfermedad pletórica de horrores, hedores y agonías, y sobre todo capaz de suscitar la lúgubre desesperación que se adueñaba de las víctimas antes de morir, no era una pestilencia «natural», sino un «castigo del cielo». Para *Piers Plowman* «estas pestes se deben a pecados patentes».

La general aceptación de esta opinión generó e hinchó la idea de culpabilidad, porque, si la epidemia era un castigo, tenía que existir un pecado terrible como causa. ¿Cuáles pesaban sobre la conciencia del siglo XIV? Ante todo la codicia, o sea, la avaricia, seguido de la usura, mundanalidad, adulterio, blasfemia, falsía, lujuria e irreligión. Giovanni Villani, en el intento de justificar el torrente de desdichas que se había abalanzado sobre Florencia, concluyó que se debían a la avaricia y la usura, que oprimían a los pobres. La piedad y el enojo que despertaba la situación de la gente baja, en especial los abusos que martirizaban a los labriegos durante las guerras, hallaron expresión frecuente en los escritores de la época y remordieron la conciencia del siglo. En la base de todo aquello se hallaba la condición diaria de la vida medieval, en la que raro era el acto o el pensamiento, sexual, mercantil o militar, que no quebrantara los mandamientos de la Iglesia. El simple olvido de ayunar o de asistir a misa era una transgresión. De ello procedía la acumulación en las almas de un lago subterráneo de culpabilidad que la peste daba suelta.

Que la mortandad se aceptó como castigo divino quizá explique en parte la carencia de comentarios subsiguientes a la Peste Negra. Un investigador ha advertido que los archivos de Périgord encierran innúmeras referencias a la guerra y escasísimas a la pestilencia. Froissart sólo habla de ella una vez; Chaucer apenas la contempla de soslayo. La cólera de Dios, tan grande que se proponía el exterminio del hombre, no admitía examen detallado.

Los esfuerzos para hacer frente a la enfermedad, fuesen de tratamiento o de prevención, no tuvieron utilidad. Impotentes para reducir la epidemia, los intentos esenciales de los médicos se encaminaron a contenerla, principalmente con sahumerios de materias aromáticas que purificasen el aire. El jefe de la cristiandad, el papa Clemente VI, se mantuvo indemne con este método, aunque por una razón que escapó a los observadores: Guy de Chauliac ordenó encender dos enormes fuegos en

los aposentos pontificios y obligó a Clemente a sentarse entre ellos en pleno calor de la Aviñón estival. Este drástico tratamiento tuvo éxito sin duda porque espantó las pulgas, y también porque Chauliac exigió que el papa permaneciera aislado en sus habitaciones. Las bellas pinturas murales de jardines, cacerías y otras distracciones seculares, ejecutadas por deseo del pontífice, quizá fueron incentivo de distracción. Clemente, papa de pródigo esplendor y «vicios sensuales», hombre de gran erudición y mecenas de las artes y ciencias, promovía entonces la disección de cadáveres «para que se averiguasen los orígenes de esta dolencia». Se efectuaron muchas en Aviñón y Florencia, cuyas autoridades pagaban para que se entregasen los muertos con tal fin a los médicos.

Los remedios medicinales del siglo XIV iban desde lo empírico y sensato a lo mágico, apenas sin distinguir entre ellos. La Iglesia impedía el estudio de la anatomía y la fisiología mediante la disección de cadáveres; no obstante, la anatomía clásica de Galeno, transmitida en tratados árabes, se examinaba en lecciones anatómicas privadas. La necesidad de saber llevaba a veces a desafiar a la Iglesia: en 1340, Montpellier autorizó una clase de anatomía cada dos años, que duraba varios días y en la cual un cirujano disecaba un muerto mientras un médico disertaba.

De todas suertes, la práctica se hallaba bajo el imperio de la teoría de los humores y de la astrología. Se consideraba que todos los temperamentos humanos pertenecían a uno de los cuatro humores: sanguíneo, flemático, colérico y melancólico. En distintas combinaciones y relaciones con los signos del zodíaco, cada uno de los cuales gobernaba una parte dada del cuerpo, los humores y constelaciones determinaban el grado de calor y humedad corporales, y la proporción de masculinidad y feminidad de cada individuo.

A despecho de sus mapas celestes y sus medicamentos, que se confundían casi con los mejunjes de las brujas, los médicos prestaban mucha atención a las dietas, salud y actitud mental. No estaban faltos de destreza práctica. Componían huesos rotos, extraían dientes, retiraban cálculos biliares, eliminaban cataratas con la ayuda de una aguja de plata y restauraban las caras maltrechas con injertos de piel del brazo. Interpretaban la epilepsia y la apoplejía como espasmos del cerebro. Utilizaban el análisis de la orina y el pulso para diagnosticar, sabían qué sustancias eran laxantes y diuréticas, aplicaban bragueros a las hernias, combatían los dolores de dentadura con una mezcla de aceite, vinagre y azufre, y calmaban los de cabeza con raíz molida de peonía y agua de rosas.

En enfermedades y males que excedían de sus facultades recurrían a lo sobrenatural, o a complicados compuestos de materiales metálicos, vegetales y animales. Lo desagradable, como lo costoso, tenía mayor valor. La culebrilla se trata lavando el cuero cabelludo con orina de muchacho, y la gota con un emplasto de excremento de cabra, romero y miel. Su propósito era aliviar al paciente —la cura se dejaba a Dios—, y su medio, a menudo, la sugestión. Para evitar las marcas de la viruela se envolvía al paciente en tela roja en una cama con colgaduras del mismo

color. Si la cirugía fracasaba, se recurría a la ayuda de la Virgen y los santos.

Los médicos, en sus hábitos purpúreos o encarnados y gorros de piel, eran personas de importancia social. Las leyes suntuarias les permitían ciertos lujos: cinturones de hilo de plata, guantes bordados y, según la información irritada de Petrarca, presuntuosas espuelas de oro, cuando visitaban a sus pacientes a caballo, seguidos de un espolique. Sus mujeres tenían licencia para gastar más en telas que las restantes, tal vez en reconocimiento de los elevados emolumentos de sus maridos. No todos eran sabios profesores. El doctor Simón de Boccaccio tenía un orinal pintado encima de la puerta de su casa para indicar su especialidad de proctología.

Cuando sobrevino la plaga, los dolientes fueron tratados de distintos modos, enderezados a extraer el veneno o infección de su cuerpo: con sangrías, laxantes o enemas, sajando los bubones o cauterizándolos, o con aplicación de cataplasmas calientes. De nada sirvieron. Los remedios fueron desde píldoras de cornamenta pulverizada de ciervo o mirra y azafrán hasta bebidas de oro potable. Se prescribieron compuestos de especias raras y perlas o esmeraldas molidas, tal vez obedeciendo a la teoría, que no ignora la medicina actual, de que la impresión de valor terapéutico guarda relación con el gasto.

Los médicos aconsejaron que los suelos se salpicasen con vinagre y agua de rosas, y que con ellos se lavaran las manos, boca y narices. Recomendaron dietas suaves, abstenerse de la excitación y el enfado, sobre todo a la hora de acostarse, ejercicio moderado y alejarse en lo posible de los pantanos y otros sitios análogos, productores de aires húmedos. Debían llevarse pomadas de elementos exóticos al salir de casa, acaso más como defensa contra los hedores de la plaga que con fines preventivos. Y, viceversa, conforme a la singular creencia de que los encargados de las letrinas se hallaban inmunizados, muchas personas visitaban las públicas persuadidas de que los malos olores gozaban de eficacia.

El siglo XIV no ignoraba la eliminación de las aguas mayores, si bien la aplicaba de manera inadecuada. Los retretes, sumideros, pozos negros y letrinas públicas existentes no eliminaron los albañales callejeros descubiertos. Los castillos y casas acomodadas de los centros urbanos tenían evacuatorios construidos en nichos que sobresalían en el muro exterior, con un agujero en el fondo que permitía que lo depositado cayera en un río o zanja, de la que se retiraba más tarde. Las casas ciudadanas apartadas de los cursos de agua poseían pozos negros en el patio trasero, a una distancia fijada por las ordenanzas. Aunque se respetaban éstas en principio, a menudo rezumaban en los aljibes y depósitos. Se prohibió que, salvo los orinales domésticos, el contenido de los excusados se vaciase en los albañales de las calles. Las infracciones en este aspecto eran más responsables de la suciedad de la vía pública que lo inadecuado de la técnica.

Algunas abadías y grandes castillos, como el de Coucy, tenían construcciones separadas como letrinas para los monjes y guarniciones. El *donjon* de Coucy las poseía en cada una de sus tres plantas. Se vaciaban a lo largo de zanjas con bovedillas

de piedra, provistas de agujeros de ventilación y aberturas de descarga, o mediante fosos que los investigadores de períodos más románticos confundieron con mazmorras y pasadizos secretos. Estimulados por el concepto de arquitectura «noble», el siglo XV y los siguientes prefirieron ignorar las deyecciones humanas. Probablemente Coucy tuvo mejor sistema de saneamiento que Versalles.

Como los barrenderos y carreteros municipales fueron víctimas de la epidemia, las ciudades acumularon porquerías y la infección aumentó. Los residentes en una calle podían alquilar en común un carro para quitar la basura, pero la energía y la voluntad habían decaído. El trastorno de la limpieza callejera se pone de manifiesto en una carta de Eduardo III al alcalde de Londres, en 1349, quejándose de que las calles y callejones londinenses estaban «sucios de heces humanas y el aire de la población envenenado con grave riesgo de los viandantes, sobre todo en este tiempo de enfermedad infecciosa». Alejado probablemente de la diaria acumulación de cadáveres, el rey dispuso que las calles se limpiaran «como antes».

En muchas poblaciones se impusieron severas medidas de cuarentena. Así que Pisa y Lucca se contagiaron, la vecina Pistoia prohibió que regresaran a sus hogares los ciudadanos que habían estado en ellas por cualquier motivo, y vedó asimismo la importación de lana y telas. El dux y el Consejo de Venecia ordenaron que se enterrase en las islas a una profundidad mínima de un metro y medio, y organizaron un servicio de barcas para el transporte de los cadáveres. El déspota de Milán, el arzobispo Giovanni Visconti, cabeza de la familia gobernante menos escrupulosa del siglo XIV, dictó medidas draconianas. Mandó que se condenaran las tres primeras casas en que se declarase la peste con sus ocupantes, enfermos, sanos y muertos, encerrándolos en una tumba común. Se debiera o no a su prontitud y energía, Milán salió bien librada del recorrido de la muerte. Con algo del temperamento de los Viscontis, un autócrata señorial del condado de Leicester quemó y arrasó la aldea de Noseley, cuando la pestilencia se presentó en ella, para impedir que llegara a su casa solariega. Por lo visto consiguió su propósito, ya que sus descendientes habitan aún Noseley Hall.

San Roque, muerto en 1327, al que se atribuían especiales poderes curativos, fue el bienaventurado más asociado con la peste. Siendo rico heredero, había distribuido sus bienes en su juventud, como san Francisco, a los pobres y hospitales, y en su regreso de una peregrinación a Roma encontró una epidemia y se quedó para ayudar a los enfermos. Cuando se le contagió, se retiró a los bosques para morir a solas, y un perro le llevó pan todos los días. «En aquellos tiempos penosos —dice su leyenda—, cuando la realidad era sombría y los hombres se habían endurecido, la gente atribuyó la piedad a los animales». San Roque sanó y, compareciendo cubierto de harapos como un mendigo, se le tomó por espía y le arrojaron a la cárcel, en donde falleció, llenando su celda de una extraña luz. Su historia se propaló y se le confirió la santidad; y así creyóse que Dios salvaría de la epidemia a cualquiera que invocase su nombre. Al no cumplirse la creencia, se ratificó la de que Dios se proponía acabar

con los hombres, cuya perversidad había crecido tanto. Como dijo Langland:

Dios está sordo hoy y no se digna escucharnos,
y las oraciones no tienen poder sobre la plaga.

En terrible inversión, Roque y otros santos se habían transformado en fuentes de la pestilencia, como instrumentos de la ira divina. «En la época de la gran mortandad del año 1348 de Nuestro Señor —expresó Bartolo de Sassoferrato, profesor de leyes —, la hostilidad de Dios fue más fuerte que la del hombre». Pero se equivocó.

La hostilidad humana se manifestó contra los judíos. Acusados de haber envenenado los pozos, con la intención de «matar y destruir la cristiandad entera y dominar el mundo», los actos contra ellos empezaron en la primavera de 1348, cuando se produjeron las primeras muertes. Los ataques se iniciaron en Narbona y Carcasona, donde se los sacó de sus viviendas y se los arrojó a hogueras. Se aceptaba el castigo de Dios como causa de la plaga, pero la miseria de la gente buscaba algo más palpable en que desahogar el encono que no podía cebarse en el Ser Supremo. El judío, eterno advenedizo, era el blanco más lógico: el perpetuo extranjero que se había separado voluntariamente del orbe cristiano, a quien se había enseñado a odiar durante siglos y a quien se consideraba imbuido de una infatigable malevolencia contra la cristiandad. Vivía en una comunidad definida, propia, en una calle o en un barrio, y eso le convertía en meta alcanzable, y más codiciable puesto que poseía bienes que saquear.

La acusación de emponzoñar los pozos era tan vieja como la peste de Atenas, cuando los acusados fueron los espartanos, y tan reciente como las epidemias de 1320-1321, en la que los presuntos culpables fueron los leprosos. Y en aquella ocasión se imaginó que los leprosos actuaron por instigación de los judíos y del rey musulmán de Granada, gran conspiración de parias para destruir a los cristianos. En toda Francia, en 1322, se los agrupó y quemó, y los judíos sufrieron una multa oficial y ataques oficiosos. La acusación contra los judíos resucitó inmediatamente en cuanto sobrevino la epidemia:

… ríos y manantiales
que estaban claros y puros
envenenaron en muchos lugares…

escribió el poeta cortesano francés Guillaume de Machaut.

El antagonismo tenía raíces antiguas. El judío se había transformado en objeto de la animosidad popular, porque la Iglesia primitiva, brote del judaísmo que ansiaba reemplazar al tronco, lo había convertido en tal. Su rechazo de Cristo como el Salvador, y su empedernida negativa a aceptar la ley del Evangelio en lugar de la

mosaica, le presentaban como insulto perdurable a la Iglesia recién establecida, como peligro que se debía mantener alejado de la comunidad cristiana. Con tal propósito se dictaron los edictos, que lo apartaban de los derechos civiles, en los primeros concilios, en el siglo IV, cuando el cristianismo pasó a ser la religión estatal. La separación fue un arma de dos filos, ya que para los judíos el cristianismo fue de momento una secta disidente y después una apostasía con la que no querían relacionarse.

La teoría, emociones y justificaciones del antisemitismo se establecieron entonces: en la ley canónica que codificaron los concilios; en los sermones de san Juan Crisóstomo, patriarca de Antioquía, que los denunció como asesinos de Jesucristo; en el juicio de san Agustín, que los declaró «proscritos» por no aceptar la redención de Cristo. La diáspora se consideró el castigo de su incredulidad.

Los ataques directos empezaron en la era de las cruzadas, cuando todos los antagonismos europeos de intramuros se condensaron en el golpe dirigido contra los infieles. Conforme a la teoría de que el «infiel doméstico» debía ser asimismo exterminado, los estragos en las comunidades hebreas señalaron la ruta de los cruzados hacia Palestina. La toma del Santo Sepulcro por los musulmanes se achacó a «la perversidad de los judíos», y el grito de «¡HEP! ¡HEP!», por *Hierosolyma est perdita* («Jerusalén se ha perdido») fue el pregón de los asesinatos. El hombre teme aquello que convierte en su víctima; por lo tanto, se describió a los judíos como enemigos henchidos de odio a la raza humana, cuya destrucción pretendían en secreto.

La cuestión de si los judíos tenían ciertos derechos, dentro de la proposición general de que Dios había creado el mundo para todos los hombres, incluidos los infieles, obtenía contestaciones distintas según los pensadores. La Iglesia les concedía oficialmente algunos: que no debían ser condenados sin juicio previo, que sus sinagogas y cementerios no tenían que profanarse, y que sus bienes no habían de ser robados sin impunidad. En la práctica todo ello significaba muy poco, pues, no siendo ciudadanos del Estado católico universal, no se les permitía acusar a los cristianos, ni su testimonio prevalecía sobre el de un seguidor de la verdadera religión. Su situación legal era la de siervos del rey, aunque sin obligaciones recíprocas de parte de su señor. El papa Inocencio III, en 1205, proclamó la doctrina de que los judíos estaban condenados a servidumbre perpetua, y santo Tomás de Aquino concluyó con implacable lógica que, «como los judíos son sus esclavos, la Iglesia puede disponer de sus posesiones». Legal, política y físicamente eran por completo vulnerables.

Tenían un lugar en la sociedad porque como prestamistas cumplían una función esencial para la inagotable necesidad de dinero de la monarquía. Excluidos por los gremios de las ocupaciones artesanas y comerciales, habían sido obligados a recurrir a las pequeñas transacciones mercantiles y de préstamo, aunque estuvieran en teoría apartados del trato con los cristianos. Sin embargo, los principios se acomodan a las

conveniencias. Entonces proporcionaban el medio de esquivar la prohibición de usar dinero para hacer dinero.

Condenados por anticipado, se les permitía prestar a intereses del veinte por ciento —o más—, de los cuales el tesoro real percibía la mayor parte. Este beneficio de la corona era, de hecho, una forma de impuesto indirecto; como instrumentos de ello, los judíos acaparaban otra porción del odio popular. Vivían totalmente dependientes de la protección del monarca, sujetos a la confiscación, expulsiones y azares del favor regio. Los nobles y prelados imitaban el ejemplo del soberano, confiando dinero a los judíos para que lo prestasen y cobrando lo más sabroso de los beneficios, mientras desviaban el resentimiento del pueblo hacia sus agentes. Para el vulgo no sólo eran deicidas, sino también monstruos rapaces y despiadados, símbolo de las nuevas fuerzas económicas que modificaban las antiguas costumbres y disolvían los vínculos pretéritos.

Al prosperar el comercio en los siglos XII y XIII, con el correlativo crecimiento de la afluencia monetaria, la situación de los judíos empeoró a medida que se hacían menos necesarios. No podían negociar con sumas tan elevadas como los bancos cristianos, por ejemplo, el de los Bardis florentinos, podían disponer. Los reyes y príncipes, cuando necesitaban cantidades mayores, se dirigían a los lombardos y mercaderes en busca de préstamos y descuidaban la protección de los judíos; o, cuando requerían moneda contante y sonante, decretaban su expulsión, al paso que confiscaban sus bienes y se libraban de sus deudas. Al propio tiempo, con el establecimiento de la Inquisición en el siglo XIII, se desarrolló la intolerancia religiosa, lo que produjo la acusación de asesinato ritual contra los judíos y les impuso la obligación de llevar un emblema distintivo.

La creencia de que cometían el crimen ritual con víctimas cristianas, para reiterar el episodio de la crucifixión, arrancó en el siglo XII y se amplió con la de que celebraban ritos misteriosos para profanar la hostia. Fomentada por oradores populares, creció una mitología sangrienta de la imagen refleja de la ceremonia cristiana de beber la sangre del Salvador. Se acusó a los judíos de secuestrar y matar a niños cristianos, cuya sangre bebían con múltiples propósitos siniestros, que iban desde el sadismo y la brujería a la necesidad, propia de seres antinaturales, de que sangre de aquel origen les diese apariencia humana. Aun cuando rechazado con vigor por los rabinos y condenado por el emperador y el papa, el libelo sangriento se adueñó de la mente popular con especial exaltación en Alemania, donde se había originado en el siglo XII la falsa especie del envenenamiento de los pozos. Esta acusación fue la trama del relato de Chaucer sobre un niño mártir, que contó la Priora, y la base de la acusación que llevó a innúmeros judíos a los tribunales, cárceles y hogueras.

Bajo san Luis, cuya vida tuvo por fin la mayor gloria de la doctrina cristiana y su cumplimiento, la existencia de los judíos en Francia se vio reducida y apremiada por constantes restricciones. El famoso juicio del *Talmud* por herejía y blasfemia se

celebró en París en 1240, durante su reinado, y terminó con la previsible condena y quema de veinticuatro carretadas de obras talmúdicas. Uno de los que intervinieron en el proceso fue el rabino Mosés ben Jacob de Coucy, jefe intelectual de la comunidad judía del septentrión en la época de Enguerrand III.

Durante aquella centuria la Iglesia multiplicó los decretos destinados a aislar a los judíos en la sociedad cristiana, puesto que el contacto con ellos menoscababa la fe de la cristiandad. Se les vedó tener criados bautizados, servir de médicos a los cristianos, celebrar matrimonios mixtos, vender harina, pan, vino, aceite, calzado o cualquier artículo de vestuario, entregar o recibir mercancías, edificar sinagogas y retener, o demandar, tierras por el impago de hipotecas. Las ocupaciones de las que los eliminaban las ordenanzas gremiales incluían tejer, forjar, explotar minas, hacer trajes y zapatos, el arte de la orfebrería, confeccionar pan, moler grano y el ejercicio de la carpintería. Para denotar su separación, Inocencio III ordenó en 1215 que llevasen un emblema, de ordinario en forma de rueda o un pedazo circular de fieltro amarillo, que representaba, se dijo, una pieza de moneda. A veces verde o rojiblanco, lo llevaban los dos sexos desde los siete y los catorce años. En su lucha contra todas las herejías y desviaciones, la Iglesia impuso el mismo emblema en el siglo XIII a los musulmanes, herejes convictos y, por algún capricho doctrinal, a las prostitutas. Un gorro con una punta bastante semejante a un cuerno, en representación del Diablo —al parecer del pueblo—, se añadió después para distinguirlos.

Las expulsiones y persecuciones tuvieron un factor constante: el decomiso de sus bienes. El cronista William de Newburgh, al tratar de las matanzas de York en 1190, escribió que no fueron tanto obra del celo religioso como de hombres audaces y codiciosos que cumplieron «el fin de la ambición propia». El motivo era el mismo en el caso de ciudades y reyes. Cuando se establecían de nuevo en aldeas, poblaciones con mercado y, sobre todo, ciudades, los judíos siguieron en el negocio de los préstamos y ventas al por menor, abrieron tiendas de pignoración, se ocuparon como enterradores y vivieron apiñados en un barrio propio y reducido para protegerse mutuamente. En Provenza, aprovechándose del contacto con los musulmanes españoles y norteafricanos, fueron eruditos y médicos muy buscados. Pero se había extinguido la vigorosa vida interior de las primeras comunidades. En período histórico tan excitable existían al borde de ataques siempre posibles. Se daba por sentado que la Iglesia podía «ordenar con justicia que se les hiciera la guerra» como enemigos de la cristiandad.

En el horror de la peste no costaba acreditar la malevolencia judía con el envenenamiento de los pozos. En 1348, Clemente VI dio una bula que prohibía matar, saquear o convertir a la fuerza a cualquier judío sin proceso previo, lo cual detuvo los ataques en Aviñón y los estados pontificios; pero se ignoró a medida que la calamidad avanzó hacia el norte. Las autoridades de casi todos los lugares procuraron defender a los judíos; mas sucumbieron a la presión popular, sin perder de vista la posible confiscación de sus propiedades.

En Saboya, donde los primeros juicios formales se celebraron en septiembre de 1348, los bienes judíos fueron confiscados mientras sus dueños estaban en la cárcel, en espera de que se investigasen las acusaciones. Éstas, consistentes en confesiones bajo tortura, según el típico método medieval, presentaron la imagen de una conspiración hebrea internacional procedente de España, cuyos mensajeros, salidos de Toledo, llevaban veneno en paquetitos o en una «estrecha bolsa de cuero cosido». Los emisarios portaban, según se dijo, instrucciones de los rabinos para espolvorear la ponzoña en pozos y manantiales, y tuvieron consultas secretas con sus correligionarios. Encontrados culpables, como era de esperar, los acusados fueron condenados a la pena capital. Once judíos perecieron en la hoguera y el resto quedó sometido a un impuesto de ciento sesenta florines mensuales durante seis años a cambio de la licencia de permanecer en tierra saboyana.

Las confesiones obtenidas en Saboya, transmitidas por carta de ciudad en ciudad, formaron la base de una ola de acusaciones y ataques en Alsacia, Alemania y Suiza. En una reunión de representantes de las poblaciones alsacianas, la oligarquía de Estrasburgo intentó refutar las acusaciones, pero la abrumó la mayoría, que demandaba represalias y expulsión. Las persecuciones de la Peste Negra no fueron estallidos espontáneos, sino actos seriamente discutidos de antemano.

De nuevo el papa Clemente trató de refrenar la histeria con una bula de septiembre de 1348, en la que dijo que los cristianos que imputaban la pestilencia a los judíos habían sido seducidos por «ese fementido, el Diablo», y que la acusación de envenenar los pozos y las mortandades consiguientes eran «cosa espantosa». Señaló que, «por un misterioso decreto de Dios», la plaga afligía a todos los pueblos, incluido el judío; que azotaba sitios en que los judíos no vivían, y que en los demás eran víctimas como el resto de las personas; por consiguiente, «carecía de plausibilidad» la acusación de que se debía a ellos. Estimuló al clero a que tomara a los judíos bajo su protección, como él estaba dispuesto a hacerlo en Aviñón; pero su voz apenas se oyó en los tumultos locales.

En Basilea, el 9 de enero de 1349, setecientos seres que constituían la comunidad judía fueron abrasados en una casa de madera edificada con ese propósito en una isla del Rin, y se pregonó un decreto que impedía su existencia en la ciudad en un término de doscientos años. El concejo municipal de Estrasburgo, opuesto a la persecución, fue depuesto por el voto de los gremios, que eligieron otro más complaciente con la voluntad popular. En febrero de 1349, antes incluso de que la epidemia llegase a la población, los dos mil judíos estrasburgueses fueron trasladados al cementerio, donde todos, menos los que se convirtieron, ardieron en piras.

Por entonces otra voz fomentaba el ataque a la raza maldita. Habían aparecido los flagelantes. En súplica desesperada de la piedad de Dios, el movimiento se declaró con frenesí repentino y recorrió Europa con una capacidad de contagio tan intensa como la de la pandemia. La autoflagelación se proponía expresar el remordimiento de todos y expiar sus pecados. Como forma de penitencia era muy anterior a los años de

la peste. Los flagelantes se concebían como redentores que, representando de nuevo el azotamiento de Jesús y derramando la sangre propia, buscaban la condonación de la maldad humana y ansiaban conquistar el arrepentimiento de la humanidad.

En tropeles de doscientos y trescientos, a veces de más (los cronistas mencionan hasta un millar), iban de ciudad en ciudad, desnudos hasta la cintura, azotándose con látigos de cuero, rematados con puntas de hierro, hasta que sangraban. Mientras rogaban a Cristo y la Virgen que tuvieran piedad, y gritaban a Dios «¡Sálvanos!», los observadores urbanos sollozaban y gemían llenos de simpatía. Las bandas actuaban con regularidad tres veces al día, dos en público, en la plaza de la iglesia, y una tercera en privado. Organizados bajo un maestro seglar durante un período convenido, por lo regular de treinta y tres días y medio, en representación de los años de la existencia terrestre de Jesús, los participantes debían comprometerse al pago de cuatro céntimos al día para su manutención, u otra cantidad fija, y jurar obediencia al maestro. Tenían prohibido bañarse, afeitarse, cambiar de vestiduras, dormir en lecho, hablar con mujeres y cohabitar con ellas sin el permiso de su superior. Por lo visto, esta regla no se respetó, puesto que se les acusó posteriormente de intervenir en orgías en que los azotes se combinaban con actos sexuales. Las mujeres los acompañaban en una sección aparte, que iba a la zaga de ellos. Si una hembra o un sacerdote entraba en el círculo de la ceremonia, el acto de penitencia se tenía por nulo y había de repetirse desde el comienzo. El movimiento era en esencia anticlerical, pues, en desafío del sacerdocio, los flagelantes se arrogaban la función de intercesores de toda la humanidad cerca de Dios.

Penetrando en los territorios germánicos, la erupción avanzó por los Países Bajos hacia Flandes y Picardía hasta Reims. Centenares de partidas recorrían las tierras, entraban en nuevas poblaciones cada semana, excitaban las emociones ya muy alteradas, recitaban himnos elegíacos y aseguraban que «toda la cristiandad se perdería» si ellos no mediaban. Los habitantes los acogían con reverencia y tocando las campanas de los templos, los albergaban en sus casas, les presentaban niños para que los curasen y, al menos en un caso, para que los resucitasen. Mojaban telas en su sangre, las oprimían sobre sus ojos y las conservaban como reliquias. Muchos, incluyendo a caballeros y damas, clérigos, monjas y chiquillos, se incorporaron a las bandas. No tardaron, por lo tanto, en ir detrás de magníficas banderas de terciopelo y damasco bordados por mujeres entusiastas.

Con arrogancia creciente mostraron abiertamente su antagonismo a la Iglesia. Los maestros se hicieron cargo del derecho de confesar y dar la absolución o imponer penitencias, lo que no sólo privaba a los sacerdotes de sus emolumentos por tales servicios, sino que desafiaba al meollo de la autoridad eclesiástica. El clero que se oponía a ello era lapidado, mientras se incitaba a la gente a unirse al castigo. Se denunció a los opositores como escorpiones y anticristos. Dirigidos en ciertos casos por sacerdotes apóstatas o disidentes fanáticos, los flagelantes se apoderaron de templos, interrumpieron los servicios religiosos, ridiculizaron a la eucaristía,

saquearon los altares y afirmaron que tenían poder para expulsar a los malos espíritus y resucitar a los muertos. Lo que había nacido para salvar el mundo de la destrucción con el poder autoinfligido, se infectó con el hambre de poder y se propuso vencer a la Iglesia.

Se empezó a temerlos como fuente de fermentos revolucionarios y como amenaza a la clase pudiente, tanto seglar como religiosa. El emperador Carlos IV pidió al sumo pontífice que los suprimiera, y su petición fue secundada por la no menos imperial voz de la universidad de París. En aquel instante, en que el mundo parecía estar al filo del abismo, no era decisión fácil oponerse a los flagelantes, que aseveraban estar inspirados por la divinidad. Varios cardenales se opusieron en Aviñón a las medidas represivas.

Mientras tanto, los autotorturadores habían descubierto una víctima mejor. Se precipitaron al barrio judío en todas las poblaciones a las que llegaban, con la escolta de ciudadanos que aullaban pidiendo venganza de los «envenenadores de pozos». En Friburgo, Augsburgo, Nuremberg, Munich, Königsberg, Ratisbona y otros centros urbanos, se mató a los hebreos con una minuciosidad que parecía aspirar al exterminio definitivo. Los cuatrocientos de la comunidad de Worms, como la de York, recurrieron en el mes de marzo de 1349 a una antigua tradición y se quemaron en sus casas antes que recibir la muerte de sus enemigos. La más nutrida de Francfort hizo lo mismo en julio, incendiando con sus llamas una parte de la ciudad. El concejo municipal de Colonia repitió el argumento pontificio de que los judíos morían de la peste como los demás, pero los flagelantes congregaron una densa muchedumbre de «los que no tenían nada que perder» y no hicieron caso. En Maguncia, donde existía la mayor comunidad judía de Europa, sus miembros recurrieron al fin a la defensa propia. Con armas reunidas de antemano dieron muerte a doscientos individuos de la turba, hecho que sólo sirvió para que sufrieran furioso asalto de los habitantes, ansiosos de desquitarse de la pérdida de cristianos. Los judíos pelearon hasta que la resistencia fue inútil; se encerraron entonces en sus viviendas y les prendieron fuego. Se dijo que, en 24 de agosto de 1349, perecieron seis mil en Maguncia. De los tres mil de Erfurt no quedó un solo superviviente.

Lo definitivo no abunda en la historia, y tal vez los cronistas judíos compartieron la afición medieval a las cifras totales. Cierto número se salvó convirtiéndose, y grupos de refugiados obtuvieron el amparo de Ruperto del Palatinado y otros príncipes. El duque Alberto II de Austria, tío abuelo de Enguerrand VII, fue uno de los pocos que tomaron medidas suficientemente efectivas para protegerlos en sus dominios. Los últimos pogromos tuvieron efecto en Amberes y Bruselas, donde, en diciembre de 1349, se exterminó la comunidad hebrea. Cuando la peste se desvaneció, pocos judíos conservaban la vida en Alemania y los Países Bajos.

Entonces la Iglesia y el Estado estaban ya apercibidos a arriesgarse a la supresión de los flagelantes. Los magistrados ordenaron que se les cerrasen las puertas de las ciudades; Clemente VI, en una bula de octubre de 1349, dispuso su dispersión y

arresto; la universidad de París negó que recibiesen la inspiración divina. Felipe VI prohibió en seguida, bajo pena de muerte, la flagelación pública; los señores locales persiguieron a los «maestros de error», los apresaron, ahorcaron y decapitaron. Los flagelantes se desbandaron y huyeron, «desapareciendo tan súbitamente como habían aparecido —escribió Henry de Hereford—, como fantasmas o espectros burlones». Aquí y allí las bandas subsistieron, y no fueron desarraigados por completo hasta 1357.

Los judíos, sombras sin hogar, regresaron poco a poco del oriente de Europa, a la que se habían acogido. Dos reaparecieron en Erfurt como visitantes en 1354 y otros se les sumaron y emprendieron su nuevo asentamiento tres años después. En 1365 la comunidad constaba de ochenta y seis fuegos tributables y otros tan míseros que se libraban de los impuestos. Tanto allí como en los demás lugares se apiñaron en grupos débiles y acobardados, en peor situación y más segregados aún que antaño. El envenenamiento de pozos y las matanzas habían estereotipado una imagen malévola del judío. Como eran útiles, las poblaciones que habían decretado su exilio les invitaron o consintieron en su retorno, pero les impusieron nuevas incapacidades. Se esfumaron los antiguos contactos de eruditos, médicos y financieros «judíos de la corte» con los gentiles. Había acabado el período del florecimiento hebreo en la Edad Media. Se habían alzado, aunque no de modo físico, los muros del gueto.

¿Cuál fue la condición humana después de la plaga? Agotada por muertes, pesares y morbosos excesos de miedo y odio, debía mostrar efectos profundos; pero ningún cambio radical se percibió al pronto. La persistencia de lo normal tiene fuerte arraigo. Mientras morían de peste, los arrendatarios del priorato de Bruton (Inglaterra) siguieron pagando el canon debido a su señor con tan sumisa regularidad, que cincuenta cabezas de ganado mayor ingresaron en el priorato en pocos meses. El cambio social se haría invisible con el tiempo; los efectos inmediatos fueron múltiples, pero no uniformes. Simon de Covino creyó que la pestilencia había tenido consecuencias funestas en lo ético, «rebajando la virtud en el mundo entero». En lo que le atañe, Gilles li Muisis opinó que la moral pública había mejorado, porque muchas personas que vivían en concubinato se habían casado (por imposición de las ordenanzas municipales), las blasfemias se habían reducido, y el juego había disminuido tanto, que los fabricantes de dados convertían su producto en cuentas para rezar padrenuestros.

Indudablemente, el índice de enlaces matrimoniales subió, aunque no en nombre del amor. Fueron tantos los aventureros que se aprovecharon de las huérfanas en busca de dotes apetitosas, que la oligarquía de Siena vedó su boda si no merecían la aprobación de los parientes. En Inglaterra, *Piers Plowman* deploró las muchas parejas que se habían casado «desde la pestilencia por codicia de bienes y contra los sentimientos naturales», con el resultado, según él, de que vivían «en culpabilidad y

pena…, celos, tristeza y altercados privados», y sin prole. Convenía a Piers, como moralista, que aquellos matrimonios fuesen estériles. Jean de Venette, en cambio, dice que de los enlaces habidos después de la peste nacieron muchos gemelos, y en ocasiones trillizos, y que escasas mujeres eran infecundas. Tal vez reflejase la desesperada necesidad de creer que la naturaleza compensaría las pérdidas sufridas. Ello es que los casamientos abundaron de manera asombrosa.

A diferencia de los dados convertidos en cuentas de rezo, los individuos no mejoraron, aunque se había esperado, al decir de Matteo Villani, que la experiencia de la cólera divina los hubiera hecho «más buenos, humildes, virtuosos y católicos». Pero «olvidaron el pasado como si no hubiera existido y se dieron a una vida más desordenada y vergonzosa que la anterior». Con la saturación de mercancías en los anaqueles para escasísimos clientes, los precios cayeron y los supervivientes se entregaron a una frenética orgía de dispendios. Los pobres se mudaron a las casas vacías, durmieron en lechos y comieron en vajilla de plata. Los labradores adquirieron herramientas y ganado que nadie reclamaba, e incluso lagares, forjas y molinos sin dueño, y otras posesiones que jamás habían tenido. El comercio estaba en baja, pero circulaba mucha moneda, porque había menos personas para compartirla.

El comportamiento fue más temerario e insensible, como acontece luego de los períodos de violencia y sufrimiento. Se criticaba a los advenedizos y nuevos ricos que trepaban hacia lo alto. Siena renovó sus leyes suntuarias en 1349, porque muchos aspiraban a situación más encumbrada que la que merecían por cuna o cultura. Pero, en conjunto, el examen de los registros de impuestos locales revela que la proporción de los estamentos sociales apenas se alteró, a pesar de que la población quedó reducida a la mitad.

Los muertos sin testar, la propiedad sin herederos y la disputa por el derecho a tierras y casas suscitaron un alud de litigios, que la escasez de notarios convirtió en caos. Los colonizadores intrusos y la Iglesia se apoderaron de las haciendas sin dueño. Fueron escandalosos los fraudes y las extorsiones a que los tutores sometieron a los pupilos huérfanos. En Orvieto había riñas continuas; cuadrillas de personas sin hogar y bandidos hambrientos erraban por el campo y saqueaban incluso en las mismas puertas de la ciudad. Se capturaban personas por llevar armas y cometer actos vandálicos, sobre todo en los viñedos. El municipio hubo de dictar nuevos decretos contra «ciertos bribones, hijos de iniquidad» que robaban y quemaban los bienes de los tenderos y artesanos, y también contra el aumento de la prostitución. El 12 de marzo de 1350 las autoridades municipales recordaron a los ciudadanos las severas penas que esperaban a los culpables de relaciones sexuales entre cristianos y judíos: la mujer rea de tal delito sería decapitada o quemada viva.

La educación sufrió las consecuencias del fallecimiento de clérigos. En Francia, según Jean de Venette, «se hallaron muy pocos en calles, villas y castillos capaces y dispuestos a enseñar la gramática a los niños», situación que pudo afectar a Enguerrand VII. La Iglesia, para llenar los beneficios vacantes, ordenó sacerdotes a

montones, muchos de los cuales eran hombres que habían perdido a su esposa o familia en la peste, e iban en tropel a refugiarse en las órdenes religiosas. Gran parte de ellos tenía cultura rudimentaria, «porque eran simples seglares» que leían un poco, sin entender lo que decían. El clero que se salvó de la plaga, declaró el arzobispo de Canterbury en 1350, se había «infectado de avaricia insaciable», cobraba honorarios excesivos y desatendía el cuidado de las almas.

Por una tendencia contraria, el deseo de que el saber sobreviviera a la catástrofe espoleó la fundación de universidades. Especialmente el intelectual emperador Carlos IV sintió de modo agudo la causa de los «valiosos conocimientos que la demente rabia de la muerte pestilencial ha sofocado en los vastos reinos del mundo». Estableció la universidad de Praga en 1348 y otorgó credenciales imperiales a otras cinco: Orange, Perusa, Siena, Pavía y Lucca en el quinquenio siguiente. En el mismo se fundaron tres colegios en Cambridge: Gonville Hall, Trinity Hall y Corpus Christi, aunque el amor a la ciencia no fue siempre el motivo, Corpus Christi nació en 1352 porque, tras la epidemia, los emolumentos por la celebración de misas de difuntos sufrieron tal aumento, que dos corporaciones de Cambridge decidieron crear un colegio cuyos letrados, por ser sacerdotes, tuvieran la obligación de conmemorar con sus oraciones a aquellos de sus miembros que hubiesen muerto.

Dadas las circunstancias, la educación no floreció por doquier. Los profesores de Oxford deploraron en sus sermones la menguante asistencia. Petrarca, veinte años después, se lamentó (en una serie de epístolas titulada *Sobre las cosas seniles*) de que en la universidad de Bolonia, donde antaño no hubo «algo más gozoso, algo más libre en el mundo», apenas quedara uno de los grandes profesores antiguos, y de que, en lugar de tantos ingenios notables, «una ignorancia universal domina la ciudad». Pero la peste no era la única responsable: la guerra y otras perturbaciones habían añadido sus cicatrices.

El resultado obvio e inmediato de la Peste Negra fue, desde luego, el descenso de la población, que, con las luchas, bandidaje y reiteradas manifestaciones de la plaga, declinó más aún hacia el final del siglo XIV. La epidemia maldijo la centuria con su bacilo. Alojado en los vectores, reaparecería seis veces en las seis décadas siguientes en distintas localidades, con intervalos de diez a quince años. Después de matar a los más susceptibles, con aumento de la mortalidad infantil en las últimas fases, acabó por ceder, dejando a los habitantes de Europa reducidos en un cuarenta por ciento en 1380, y casi en un cincuenta al término del siglo. Béziers, en el mediodía francés, que había tenido catorce mil habitantes en 1304, contaba con cuatro mil cien años más tarde. El puerto pesquero de Jonquières, cerca de Marsella, de trescientos cincuenta y cuatro fuegos sometidos a tributación, pasó a ciento treinta y cinco. Las prósperas ciudades de Carcasona y Montpellier se volvieron en sombras de sí mismas, lo mismo que Rouen, Arras, Laon y Reims en el norte. La desaparición de la materia tributable hizo que los gobernantes aumentaran los impuestos, causando resentimientos que estallarían en diversas ocasiones en tiempos futuros.

El balanceo del empobrecimiento y enriquecimiento, obra de la pestilencia, favoreció en conjunto al labriego, aunque lo que fue verdad en un sitio tuvo a menudo una reacción igual y contraria en otro. Los valores relativos de la tierra y el trabajo sufrieron trastornos. Los labradores vieron sus arriendos reducidos e incluso perdonados durante uno o más años por los hacendados anhelantes de mantener sus campos cultivados. Era preferible aquel sacrificio a que la maleza reconquistara los terrenos roturados. Pero, habiendo menos brazos, la tierra cultivada disminuyó necesariamente. Los archivos de la abadía de Ramsey (Inglaterra) prueban que la superficie sembrada treinta años después de la plaga era menos de la mitad del período anterior. Los cinco arados de la abadía en 1307 se habían reducido a uno un siglo más tarde, y los veintiocho bueyes también a uno.

Las granjas montañesas y los terrenos de difícil explotación se abandonaron o se dedicaron a pastos para el ganado menor, que reclamaba menos trabajo. Los pueblos, debilitados por las muertes, y sin posibilidad de destinar campos a la cría de ovejas, se fueron abandonando cada vez más. Los límites de las propiedades se borraron cuando la vegetación espontánea las invadió. Si alguien las aprovechaba, los terratenientes o sus herederos no podían cobrar el arrendamiento. Los hacendados, empobrecidos por estos factores, desaparecieron o permitieron que decayesen sus castillos y casas solariegas, y se incorporaron a las compañías militarizadas de bandidos que serían el flagelo de los decenios subsiguientes.

Como las defunciones frenaron la producción, las mercancías escasearon y los precios subieron. El del trigo en Francia se cuadruplicó en 1350. Al mismo tiempo, la escasez de mano de obra ocasionó la mayor alteración social fruto de la plaga: la demanda unánime de sueldos más elevados. Los labradores, artesanos, artífices, empleados y sacerdotes descubrieron la palanca que representaba su número reducido. Al cabo de un año del tránsito de la epidemia por el norte de Francia, los obreros textiles de Saint-Omer, vecina a Amiens, habían conseguido tres aumentos sucesivos de sus jornales. En muchos gremios los artesanos se declararon en huelga en petición de pagas mayores y menos horas de trabajo. Tal acción fue revolucionaria en una edad en que las condiciones sociales se consideraban prefijadas.

Los poderosos replicaron con la represión inmediata. Esforzándose en mantener los sueldos en los niveles anteriores a la pestilencia, los ingleses dieron en 1349 una ordenanza que imponía a todos trabajar por el mismo jornal que en 1347. Se establecieron penas por negarse a ello, por abandonar el lugar de empleo en busca de paga más alta y, en el caso de los patronos, por ofrecer sueldos más elevados. Publicada cuando el Parlamento vacaba, la ordenanza se reiteró en 1351 como el Estatuto de los Trabajadores. Denunció no sólo a los obreros que solicitaban aumento de salario, sino también a quienes «preferían mendigar en la ociosidad a ganarse el pan con su labor». La inactividad del trabajador era un crimen contra la sociedad, porque el sistema medieval descansaba en su obligación de trabajar. El Estatuto era algo más que un sueño de reaccionarios: era un esfuerzo para mantener el sistema.

Estipulaba que toda persona físicamente apta, menor de sesenta años y sin medios de vida, debía trabajar para cualquiera que se lo pidiese, que no había que dar limosna a mendigos sanos y que un siervo vagabundo podía ser forzado a servir a quien se lo pidiese. Este Estatuto sería, hasta el siglo XX, la base de las leyes de «conspiración» contra el trabajo en la larga lucha por impedir la sindicación obrera.

Un estatuto francés de 1351, más realista, y concerniente sólo a la región de París, permitió la subida de jornales que no excediese en un tercio los anteriores. Se fijaron precios y se regularon los beneficios de los intermediarios. Con el objeto de incrementar la producción, se requirió a los gremios que redujesen las restricciones sobre el número de aprendices y que se acortara el período de nombramiento de los maestros.

En los dos países, como lo prueban los repetidos retoques de las leyes y las penalidades crecientes, los estatutos fueron inaplicables. Las violaciones que citó el Parlamento en 1352 muestran a los obreros reclamando —y a los patronos pagando— jornales que doblaban y triplicaban los precedentes a la pandemia. Se ordenó que en todas las poblaciones se plantasen picotas para castigar a los desobedientes. El encarcelamiento reemplazó a las multas en 1360 y se declaró forajidos a los obreros tránsfugas. Si eran capturados, había que marcar a fuego en su frente una F por «fugitivo» (o, posiblemente, por «falsario»). En el decenio de 1360 se publicaron por dos veces nuevas leyes, que produjeron una resistencia que culminaría en el grave estallido de 1381.

La sensación de pecado motivada por la plaga halló lenitivo en la indulgencia plenaria, que el Año de Jubileo de 1350 ofreció a cuantos peregrinasen a Roma en su decurso. Instaurado por Bonifacio VIII en 1300, el Jubileo se orientaba a conceder indulgencia gratuita a todos los que se arrepintiesen en confesión, es decir, a quienes podían permitirse el lujo de ir a la Ciudad Eterna. Bonifacio lo había concebido como una conmemoración centenaria; pero, como el primero tuvo tanto éxito que atrajo, según las fuentes, a dos millones de visitantes en doce meses, Roma, desmedrada desde el traslado de la Santa Sede a Aviñón, rogó a Clemente VI que acortase el intervalo a cincuenta años. El papa de las alegres pinturas murales, atendiendo al afable principio de que «el pontífice debe hacer felices a sus súbditos», accedió a la demanda romana con la bula de 1343.

Mayor importancia para la Iglesia tuvo que Clemente, en el mismo documento, formulara la teoría de las indulgencias y estableciera su fatal ecuación con el dinero. El sacrificio de la sangre de Cristo, declaró, sumado al mérito adicional de la Virgen y los santos, había fundado un tesoro inagotable para la concesión de perdones. Cualquiera podía adquirir una participación en el Tesoro del Mérito a cambio de sumas destinadas a la Iglesia. Las rentas que ésta obtuvo con ello se equilibraron, a la larga, con la reducción del respeto que merecía.

En 1350, los peregrinos que acampaban de noche alrededor de hogueras llenaron los caminos de Roma. Se contó que cinco mil personas entraron o salieron de ella a diario, enriqueciendo a los dueños de las casas que las albergaron, a despecho de la carestía de alimentos y forraje, y la penosa situación de los recursos ciudadanos. La Ciudad Eterna, falta de pontífice, estaba desamparada, las tres basílicas principales en ruinas, San Paolo inestable a causa del terremoto y Letrán semiderruida. Cascotes y desperdicios alfombraban las calles, las siete colinas se hallaban desiertas y silenciosas, y las cabras pacían en los claustros de los conventos abandonados. La visión de los templos destechados, expuestos al viento y la lluvia, «hubiera excitado la piedad en un corazón pétreo», suspiró Petrarca. Sin embargo, sobre las reliquias de santos famosos se acumularon las ofrendas, y el cardenal Anibaldo Ceccano, legado en el jubileo, administró una inmensidad de absoluciones e indulgencias a multitudes hambrientas de la remisión de sus pecados. Durante la cuaresma, según Villani, muy aficionado a las cifras, hubo en Roma un millón de almas. Esta afluencia sugiere ya una temeridad y un vigor extraordinarios al cabo de tan poco tiempo de sufrir la peste, ya una intensa necesidad de salvación, ya, posiblemente, que la situación no era tan mala, a ojos de los romeros, como la pintan los documentos.

La Iglesia salió de la plaga más rica ya que no más popular. Como la muerte súbita amenazó a todos con la perspectiva de fallecer en estado de pecado, una riada de mandas se dirigió hacia las instituciones religiosas. Saint-Germain-l'Auxerrois, en París, recibió cuarenta y nueve en nueve meses en comparación con las setenta y ocho de los ocho años precedentes. En fecha tan temprana como octubre de 1348 el municipio de Siena suspendió durante dos años sus subsidios anuales destinados a los religiosos, pues se habían «enriquecido desmesuradamente y, en verdad, engrosado» con los legados. En Florencia la compañía de Or San Michele recibió trescientos cincuenta mil florines para limosnas, y en su caso los rectores del instituto oyeron la acusación de que se beneficiaban con el dinero, puesto que los pobres y menesterosos habían muerto.

Mientras la Iglesia acopiaba, arreciaron los ataques personales contra el clero, estimulados, en parte, por los flagelantes y, en parte, por el fracaso de los sacerdotes en cumplir su deber durante la Peste Negra. Se les perdonó sin duda que perecieran como los demás humanos, pero se resentía violentamente que hubiesen consentido que los cristianos fallecieran sin sacramentos o que, como muchos hicieron, cobrasen en aquella crisis más por sus servicios religiosos. Durante el Jubileo el populacho romano, agitado por un impulso de hostilidad local, se burló del cardenal legado y le importunó. Incluso en cierta ocasión, cuando asistía a una procesión montado a caballo, una persona oculta disparó contra él: se retiró pálido y tembloroso con una flecha ensartada en el capelo. En adelante, apareció en público con un yelmo bajo el sombrero y una cota de malla bajo el vestido, y, en cuanto pudo, partió a Nápoles. Murió en el camino por haber bebido vino emponzoñado, al decir de los rumores.

En Inglaterra, que adolecía de anticlericalismo endémico, los habitantes de

Worcester derribaron en 1349 las puertas del priorato de Saint Mary, anexo a la catedral, acometieron a los monjes, «persiguieron al prior con arcos y flechas y otras armas ofensivas», y trataron de prender fuego al edificio. En Yeovil, en el mismo año, el obispo de Bath y Wells celebraba un oficio divino en acción de gracias por el término de la peste, cuando le interrumpieron «ciertos hijos de perdición», que tuvieron cercados toda la noche al prelado y la congregación. Hubieron de ser rescatados.

Enriquecidos con legados, los frailes sumaron mala voluntad a la que ya pesaba sobre ellos. Cuando informó de la defunción de ciento cincuenta franciscanos en Marsella, Knighton agregó: «*Bene quidem*» («Buena cosa, ciertamente»), y acerca de los siete frates que sobrevivieron de ciento sesenta en Maguelonne, escribió: «Y son sobrados». No merecía perdón la orden de los mendicantes por haber adorado a Mammón e «ir tras lo terreno y carnal».

La plaga precipitó el descontento contra la Iglesia en el preciso instante en que la gente más necesitaba consuelo espiritual. La espantosa experiencia que Dios había enviado debía de tener algún significado. Había fracasado si su propósito había sido el de apartar al hombre de sus hábitos pecaminosos. Se describió la conducta humana como «más perversa que otrora», más avara y codiciosa, más litigiosa y belicosa, y ello en parte alguna resultaba más evidente que en la misma Iglesia. Clemente VI, que distaba mucho de lo místico, sufrió con la pestilencia conmoción suficiente para estallar contra sus prelados en una catilinaria iracunda y avergonzada, cuando le solicitaron, en 1351, que aboliera la orden de los mendicantes. Si lo hacía, repuso el papa, «¿qué predicaréis al pueblo? Si humildad, sois los más soberbios de la creación, hinchados, pomposos y suntuosos en lujos. Si pobreza, sois tan rapaces que todos los beneficios del mundo no os bastan. Si castidad… Pero callemos aquí, pues Dios sabe lo que cada uno hace y cómo muchos de vosotros hartáis vuestra concupiscencia». Y con esta penosa opinión de sus hermanos, el jefe de la Iglesia falleció un año después.

«Cuando los que tienen el título de pastores se portan como lobos —dijo Lothar de Sajonia—, la herejía medra en el jardín eclesiástico». Mientras la mayor parte de la gente se afanaba como antaño, el descontento contra la Iglesia impulsó la herejía y la disputa, movió a cuantos buscaron a Dios en sectas místicas, y animó a todos los impulsos reformadores que acabarían por abatir el imperio de la unidad católica.

Quienes se salvaron de la catástrofe, al ver que no habían perecido ni mejorado, no descubrían propósito divino alguno en el dolor que habían sufrido. Los fines de Dios eran misteriosos, desde luego; pero el azote había sido tan horrendo que no podía admitirse sin discusión. Si un desastre de aquella magnitud, el más mortífero hasta entonces conocido, era simple capricho de la divinidad, o quizá no se debía a ella, entonces se desquiciaban los principios absolutos del orden establecido. Las mentes que acogían estos pensamientos no se cerrarían en adelante a ellos. Una vez admitida la posibilidad de alterar el orden prefijado, se vislumbraba el fin de una era de

sumisión. Llegaba el turno de la consciencia individual. En tal sentido, la Peste Negra tal vez fue el comienzo no reconocido del hombre moderno.

En el ínterin dejó aprensión, tensión y sombras. Aceleró la conmutación de los servicios agrícolas y, por lo tanto, deshizo vínculos antiguos. Ahondó el antagonismo entre ricos y pobres, y elevó el tono de la hostilidad humana. Una gran calamidad se soporta más fácilmente cuando se espera que mejore el mundo. Si no ocurre así, como sucedió luego de otra enorme tragedia, en 1914-1918, la desilusión es radical y motiva duda y disgusto en el individuo. En cuanto creó un ambiente pesimista, la Peste Negra equivalió a la primera guerra mundial, aunque hubieron de transcurrir cincuenta años antes de que sus efectos se hicieran palpables. Esos cincuenta años y pico correspondieron a la juventud y madurez de Enguerrand de Coucy.

Una extraña personificación de la Muerte brotó de la plaga en los muros pintados del Camposanto de Pisa. La configura, no el esqueleto convencional, sino una anciana de negra capa, cabellos sueltos y ojos desorbitados, que empuña una ominosa guadaña de ancha hoja. Sus pies terminan en garras, no en dedos. Retratando el *Triunfo de la Muerte*, Francesco Traini ejecutó el fresco, más o menos en 1350, como parte de una serie que incluía escenas del Juicio Final y los tormentos del infierno. Del mismo asunto, pintado en los mismos años por el maestro de Traini, Andrea Orcagna, en la iglesia florentina de la Santa Croce, sólo se conserva un fragmento. Las dos obras señalan el comienzo de la constante presencia de la Muerte en el arte, lo cual a fines del siglo se transformaría en un culto.

Por lo común la Muerte se representaba como un esqueleto con un reloj de arena y una guadaña, envuelto en un sudario blanco o desnudo, sonriéndose de la ironía del hombre reflejado por su imagen: todos los humanos, desde el mendigo hasta el emperador, desde la meretriz hasta la reina, desde el cura harapiento hasta el papa, se convertirían en aquello. La muerte igualaba todo, pobreza y riqueza. Todo era vanidad. Lo temporal carecía de valor; importaba la existencia ultraterrena de las almas.

En el fresco de Traini, la Muerte desciende del aire hacia un grupo de nobles y damas, jóvenes, desenfadados y hermosos, que, como modelos de los narradores de Boccaccio, conversan, galantean y se divierten con libros y música en un fragante naranjal. Un rollo advierte que «ningún broquel de sabiduría o riqueza, nobleza o proeza» logrará protegerlos de los golpes de Aquella que Llega. «Se han complacido más en las cosas mundanales que en las de Dios». En un cercano montón de cadáveres hay gobernantes coronados, un pontífice con tiara y un caballero confundidos con los cuerpos de los pobres, mientras ángeles y diablos contienden en el cielo por las minúsculas figuras desnudas que representan sus almas. Un lamentable conjunto de leprosos, inválidos y pordioseros (duplicados en el fragmento que se conserva de Orcagna), unos con la nariz roída, otros sin piernas o ciegos, o mostrando el muñón de un brazo tapado con una tela, imploran la liberación de la Muerte. En lo alto de un monte, la aguardan apaciblemente ermitaños inmersos en la

vida religiosa contemplativa.

Debajo, en una escena de expresión extraordinaria, una partida de caza de príncipes y elegantes damas topa, con súbito horror, con tres ataúdes. Contiene cadáveres en distintos grados de descomposición, uno aún vestido, otro semicorrompido y el tercero esquelético. Ilustra *Los tres vivos y los tres muertos*, leyenda del siglo XIII sobre el encuentro de un trío de nobles jóvenes y otro de cuerpos putrefactos, los cuales dicen: «Fuimos lo que sois. Seréis lo que somos». En el fresco de Traini un corcel, al percibir el olor de la muerte, se espanta y encabrita, alargando el cuello y dilatando los ollares; su jinete aprieta un pañuelo contra su nariz. La jauría retrocede, gruñendo de repulsión. Cubiertos de seda, rizos y sombreros airosos, los hombres y mujeres, vitales y bellos, contemplan con desmayo aquello en que se trocarán.

CAPÍTULO 6

LA BATALLA DE POITIERS

Así que se libró de la peste, Francia se encaminó en derechura a un desastre militar que desencadenaría un raudal de consecuencias disgregadoras y que se convertiría en suceso decisivo en la existencia de Enguerrand de Coucy. El agente aparente fue Inglaterra, y la causa íntima, la insumisa autonomía de la clase señorial, que promovió un soberano dotado de talento especial para el desbarajuste.

Juan II, que sucedió a su padre Felipe VI en agosto de 1350, hubiera podido servir a Maquiavelo de dechado del «Antipríncipe». Impolítico y precipitado, jamás decidió con acierto en los dilemas y pareció incapaz de prever las consecuencias de cualquier acto. Era valeroso en el combate, pero todo lo contrario a un gran capitán. Sin proponérselo, llevaría la desafección hasta el borde de la rebeldía y pondría la mitad de su reino y su persona en manos del enemigo, dejando sus dominios sin adalid en el momento más tenebroso del siglo. Sus súbditos, con sorprendente indulgencia, le llamaban *Jean le Bon* (Juan el Bueno), sobrenombre que, se ha supuesto, tal vez le aplicaron con encontradas acepciones: la de «pródigo», la de «despreocupado» o la de «buena persona». O quizá aludiese a la devoción que sintió por el honor caballeresco, o a su pretendida generosidad con los pobres, basada en que cierta vez dio una bolsa de dinero a una criada cuyas lecheras volcaron sus lebreles.

Subió al trono decidido a guerrear para borrar las derrotas paternas en la década anterior, y en el primer día de su reinado aconsejó a los principales señores que se apercibiesen a responder a su convocatoria cuando «llegase la hora». La tregua acordada tras la pérdida de Calais, y renovada durante la Peste Negra, expiraría en abril de 1351. Heredero de un tesoro vacío, Juan no podía pagar un ejército. Antes tenía que colmarlo y adaptar a él sus recursos bélicos. No le había pasado por alto la lección de los fracasos de Crécy y Calais, y alimentaba algunas ideas de reforma militar.

No obstante, su primer acto a los tres meses de coronarse fue ejecutar al condestable de Francia, conde d’Eu y decimosexto de Guînes, primo segundo de Enguerrand VII, hombre de poderosas relaciones y «tan cortés y bien dispuesto en todos los sentidos, que le amaban y admiraban grandes señores, caballeros, damas y damiselas». Capturado por los ingleses en Caen en 1345, d’Eu no pudo reunir el rescate que pidió el rey Eduardo. Éste, cuando se trataba de prisioneros importantes, no permitía que le cegase el principio caballeresco de que el rescate de un noble no debía alcanzar una cifra que le arruinase o excediese de su renta anual. Al cabo de cuatro años de su cautiverio, el conde d’Eu recobró la libertad a costa, aparentemente, de ceder al soberano de Inglaterra su castillo y condado de Guînes, vecinos a Calais y

ambos estratégicos. Juan, que lo sospechó, le hizo decapitar sin proceso público en cuanto regresó a Francia. Escuchó en silencio las peticiones de perdón de los amigos del reo, y no dio más respuesta que jurar que «no conciliaría el sueño mientras el conde de Guînes viviera», o, conforme a otra versión, que la de exclamar lloroso: «Vos tendréis su cuerpo y nos su cabeza».

Juan no pudo elegir medio más eficaz para alienarse a la nobleza, cuya ayuda necesitaba, que condenar a muerte a un señor del rango de d'Eu, sin ofrecer una explicación pública o sin que le juzgasen sus pares. Si d'Eu se portó como traidor (extremo que no se ha aclarado), el monarca tenía motivos para justificar su decisión; pero era demasiado voluntarioso, o mentecato, para comprender lo conveniente de una política más diplomática.

Su conducta siguiente empeoró las cosas. Concedió el cargo de condestable a su pariente y favorito Charles d'Espagne, del que se rumoreaba que era objeto de su «afecto deshonesto» y que le había persuadido a que asesinara al conde d'Eu para ocupar su puesto. Aparte el prestigio de una autoridad militar sólo inferior a la del soberano, la categoría del condestable incluía lucrativos gajes inherentes a la función de reunir las fuerzas armadas. Su concesión a Charles d'Espagne, tan impopular como acostumbran a serlo los privados de los reyes, añadió la furia al desánimo de la nobleza en un momento en que Jean tenía sobradas razones para temer sus veleidades separatistas. El episodio supuso la división del reino cuando más necesitaba de unidad.

El padre de Juan había sido también «*ung bien hastif homs*» («un hombre muy atropellado»), y los matrimonios seculares entre primos carnales habían hecho inestables a los Valois. Juan compartía la inseguridad de Felipe sobre la legitimidad de sus pretensiones y la propensión a sospechar —no sin causa— la existencia de traiciones. Debía su carácter rencoroso a su madre, la reina coja, que, a pesar de su piedad y buenas obras, era tenida por «una dama muy cruel, pues moría sin remisión aquel a quien odiase». Se la acusaba de haber incitado a su marido a algo que consternó mucho a sus coetáneos: la ejecución, en 1343, de quince señores bretones que había apresado.

En la contienda de 1340, Juan sitió a los ingleses en Aiguillon sin éxito alguno durante cuatro meses, rechazando, según se informó, todo consejo, obstinado e «inconmovible cuando tomaba una decisión». Su más notable aptitud era la de saciar una excepcional avidez de dinero. Compartía la afición de los Valois a las artes y las letras, hasta el extremo de que encargó la versión al francés de la Biblia y la *Historia de Roma* de Tito Livio, y el de llevar durante las campañas libros en su equipaje. Siendo rey hizo que el pintor áulico, Girard de Orléans, decorase sus retretes, y acopió doscientos treinta y nueve tapices tejidos especialmente para él. Su debilidad por el lujo abarcó todo, salvo a sus ministros, pues heredó de su padre y conservó en sus puestos a un grupo oscuro, ni capaz ni honrado, al que los nobles despreciaban por su extracción plebeya y al que los burgueses odiaban por su codicia y venalidad.

Uno, Simon de Buci, presidente del Parlamento y miembro del Consejo Secreto, se excedió dos veces en materias que exigieron ser perdonadas. Robert de Lorris, chambelán real y ministro de Hacienda, retuvo su cargo tras una acusación de traición y otra de estafa. Jean Poilevain, encarcelado por malversación, obtuvo prudentemente una carta de perdón antes de ser juzgado. Personajes como éstos, en su condición de financieros del reino, eran la fuente de la malquerencia al régimen.

El primer acto administrativo sobresaliente de Juan fue un serio esfuerzo en pro de la coherencia militar. Era evidente que el derecho de los barones a abandonar la campaña a su antojo, y su libertad en acudir o no a la convocatoria del soberano, minaba la posibilidad de un proyecto bélico de altos vuelos. Medio feudal y medio mercenaria, pero aún no nacional, la formación del ejército en el siglo XIV dependía en exceso de los intereses de sus componentes para ser un instrumento digno de confianza. La real ordenanza de abril de 1351 intentó introducir, hasta donde lo permitían los caballeros, normas de garantía y mando.

Al elevar las soldadas, con el fin de compensar la inflación producto de la Peste Negra, la ordenanza confirmó que la función del guerrero se había convertido en carrera para los caballeros más pobres, ya que no para los grandes señores. Se fijaron en cuarenta *sous* (dos libras) diarios para el abanderado, veinte para el caballero, diez para el escudero, cinco para el *valet*, tres para el peón y dos y medio para el encargado de las armaduras u otro servidor.

Más significativa fue la providencia destinada a subsanar un fallo peligroso en el campo de batalla: el derecho a abandonarlo a voluntad. La nueva regla estipuló que cada hombre de la hueste estaba subordinado a un capitán, y exigió a todos el juramento de no «apartarse de la compañía de su capitán» sin orden previa, es decir, no les cabía retirarse a su sabor. Como indicio de cuán frágil era la confianza del caudillo en la fuerza que esperaba mandar, la ordenanza impuso a los capitanes de las compañías la obligación de notificar al jefe del batallón que estarían presentes en el combate previsto.

Todas estas previsiones resultaron inefectivas ante todo por la carencia de ingresos estables que soportasen un ejército organizado. El aprovisionamiento encarecía el costo de las soldadas. Los campesinos locales, pagados o saqueados, solían suministrar víveres y forraje; pero una expedición importante, un asedio, o una escuadra en alta mar, reclamaba la organización de abastecimientos de galleta, carne y pescado ahumados o salados, vino y aceite, y cebada y heno para las monturas. Los caballeros acostumbraban comer pan de trigo, carne de buey, cerdo o carnero, y bebían vino en todas las comidas. El soldado común sólo lo recibía en los días festivos y las batallas; de lo contrario, consumía cerveza o sidra, y se alimentaba de pan de centeno, guisantes y habas. El pescado, queso, aceite de oliva, a veces mantequilla, sal, vinagre, cebolla y ajo figuraban también en las raciones. Las aves de corral eran de consumo tan constante y tan fáciles de obtener que no se registraban. El azúcar, miel, mostaza, especias y almendras se reservaban para los heridos,

enfermos y privilegiados. En servicio activo, los soldados no ayunaban, sino que recibían pescado en vez de carne en los doce días «flacos» del mes. Cuanto más continua era la guerra, como sucedió en el siglo XIV, tanta mayor logística y fondos exigía.

La corona reunía dinero por todos los medios y recurría al menos honesto, el de depreciar la moneda. Menos evidente que los socorros y subsidios, no requería que se convocasen los Estados para que accedieran a ello. Las piezas recobradas se acuñaban de nuevo con una proporción inferior de oro y plata, y se ponían en circulación con el antiguo valor; pero el Tesoro retenía la diferencia. Las piezas afectadas eran las de baja denominación de uso diario, de modo que el procedimiento reducía el sueldo y el poder adquisitivo del vulgo, al paso que los banqueros, comerciantes y nobles, cuya riqueza móvil consistía en grandes piezas y ajuar y vajillas de metales nobles resultaban menos afectados. Bajo Juan II tales manipulaciones fueron tan frecuentes e imprevistas, que trastornaron todos los valores, y perjudicaron y enfurecieron a todo el mundo, menos a los propios manipuladores y a quienes se beneficiaban conservando su oro. El abad Gilles li Muisis de Tournai encontró los misterios de la amonedación más arcanos aún que los de la peste, lo cual le inspiró unos versos famosos:

La moneda y su circulación son singularísimas.
Suben y bajan sin tregua, y nadie sabe por qué.
Si ansías ganar, pierdes, por más que lo procures.

En 1351, año primero del reinado de Juan II, el dinero sufrió dieciocho depreciaciones, y setenta en el decurso de la década siguiente.

La idea del soberano para la mejora del brazo militar fue crear una orden de caballería, copia, como la de la Jarretera del rey Eduardo, de cuño reciente, de los caballeros de la Tabla Redonda. La orden de la Estrella de Juan se proponía rivalizar con la inglesa, revivir el prestigio francés y vincular la maltrecha lealtad de la nobleza a la monarquía de los Valois.

Tales instituciones, con su pompa, ritual y votos, representaban en esencia un medio de asegurarse un apoyo militar fiel. Ése era, en efecto, el simbolismo de la Jarretera, liga que unía a los caballeros-compañeros, y a todos ellos mancomunadamente al soberano, cabeza de la orden. Iniciada con prosopopeya en 1344, se propuso en su origen apiñar trescientos caballeros probados, empezando con los más dignos e ilustres del reino. Establecida formalmente un quinquenio después, se redujo a un círculo exclusivo de veintiséis, que tenían a san Jorge por patrón y trajes ceremoniales de azul y oro. De manera significativa, sus estatutos prescribieron

que ningún miembro podía salir de los dominios reales sin licencia del soberano. El uso de la jarretera (liga) en la pantorrilla era, como expresó un historiador de la orden, «aviso y exhortación de que los caballeros no sean pusilánimes [no huyan de la batalla], ni traicionen el valor y la fama insertos en la constancia y la magnanimidad». Porque incluso los caballeros de entonces estaban expuestos al miedo y la huida.

Como su finalidad era más inclusiva que exclusiva, Juan franqueó la orden de la Estrella a quinientos miembros. Establecida «en honor de Dios y Nuestra Señora, y para la exaltación de la caballería y el incremento de la honra», el pleno de la institución debía reunirse una vez al año en un banquete ceremonial, en el que figurarían los blasones de todos sus componentes. Los compañeros vestirían túnica blanca, sobreveste roja o alba, bordada con una estrella de oro, sombrero encarnado, anillo de diseño especial, calzas negras y zapatos dorados. Enarbolarían una bandera roja cuajada de estrellas, en la que se recamaría la imagen de la Virgen.

En el banquete anual, bajo juramento, cada uno narraría «todas las aventuras que hubiese tenido durante el año así vergonzosas como honorables», y los escribanos las anotarían en un libro. La orden señalaría los tres príncipes, tres abanderados y tres caballeros que, en dicho lapso de tiempo, se hubiesen distinguido más en la guerra, «pues no se tendrá en cuenta ningún hecho de armas realizado en la paz». Aquello venía a decir que las luchas particulares se diferenciaban de la guerra declarada por el monarca. Asimismo expresaba la intención del rey la obligación de repetir el juramento de no retirarse, expresado en términos más severos que en la ordenanza y con transparencia superior a la de la Jarretera. Pedíase a los Compañeros de la Estrella que jamás retrocediesen en la batalla más allá de cuatro *arpents* (unos seiscientos metros), calculados de modo personal, «prefiriendo antes morir o caer prisionero».

El propósito subyacente era práctico, pero la forma se teñía ya de nostalgia. La guerra se había modificado desde los relatos del siglo XII, a través de los cuales se conocían las leyendas de la Tabla Redonda del VI, de autenticidad dudosa. Con ellos se había formado la caballería como principio de la clase guerrera «sin la cual el mundo sería confusión». Pero la búsqueda del Santo Graal no era guía adecuada para las tácticas de aplicación práctica.

La más excelsa manifestación de la caballería, en la opinión de los contemporáneos, fue el resonante «combate de los Treinta» en 1351. Consecuencia del perenne conflicto en Bretaña, empezó con el reto a lucha singular de Robert de Beaumanoir, noble bretón francófilo, a Bramborough, del partido anglobretón. Se convino un encuentro de treinta campeones por bando, cuando los respectivos partidarios clamorearon por intervenir en ella. Se acordaron las condiciones, se eligió el lugar y, después de oír misa y cambiar cortesías, los bandos se acometieron. Pelearon con coraje con espadas, venablos, hachas y dagas hasta que cuatro franceses y dos anglobretones perdieron la vida. Entonces se concretó un descanso. Sangrando

y derrengado, Beaumanoir pidió bebida, motivando la réplica más memorable de la era: «¡Bebe tu sangre, Beaumanoir, y tu sed se aplacará!». Reanudóse el combate. Prosiguió hasta que los parciales de Francia se impusieron y todos los supervivientes, amigos y enemigos, estuvieron heridos. Perecieron Bramborough y ocho de los suyos; el resto fue apresado y hubo de pagar rescate.

En las amplias discusiones que el hecho motivó, «algunos afirmaron que era cosa lamentable y otros lo declararon lance muy gentil», con predominio de los elogiadores. El encuentro se celebró en versos, pinturas y tapices, y en su escenario se erigió una piedra recordatorio. Froissart, más de veinte años después, vio que, en la mesa de Carlos V, se honraba más que a nadie a un veterano cubierto de cicatrices. Explicó al infatigable indagador que debía su gran favor cerca del rey a haber sido uno de los Treinta. El renombre y la gloria de aquel combate reflejaba nostálgicamente la opinión de los caballeros de cómo debían ser las batallas. Aunque en las campañas se entregaban a la destrucción y el pillaje, se apegaban a la imagen de Lanzarotes que tenían de sí mismos.

Prescindiendo del estado tambaleante de su economía, Juan presentó con deslumbrante munificencia la orden de la Estrella en una ceremonia inaugural en el día 6 de enero de 1352. Donó todo el vestuario y ofreció un banquete suntuoso en una sala cubierta de tapices y colgaduras de oro y terciopelo, decoradas con estrellas y flores de lis. El mobiliario se torneó y sobredoró para aquella ocasión. Después de la misa solemne, la orgía llegó a tales excesos que se aplastó un cáliz de oro y desaparecieron algunas telas muy costosas. Mientras los caballeros se daban a la francachela, los ingleses se apoderaron del castillo de Guînes, cuyo dueño se había ausentado para banquetear con sus cofrades de la Estrella.

Éstos, para su mal, cumplieron al pie de la letra el juramento de no ciar en la batalla. En 1352, durante la guerra en Bretaña, una mesnada francesa, al mando del mariscal Guy de Nesle, cayó en la emboscada que le tendió, en el lugar de Mauron, una fuerza anglobretona de un número similar de combatientes. Los franceses pudieron salvarse huyendo, pero, encadenados por el juramento, no lo hicieron. Aguantaron a ultranza y pelearon hasta que murieron o fueron hechos prisioneros. Hubo tantos cadáveres en el campo, que el de Guy de Nesle no se halló hasta al cabo de dos días. Siete abanderados de Francia y de ochenta a noventa caballeros perdieron la vida, lo que, sin contar a los capturados, dejó un vacío tan grande en la orden de la Estrella, que, «con los grandes perjuicios y desdichas que seguirían, arruinó aquella noble compañía».

Carlos, rey de Navarra y nieto de Luis X, tenía veinte años de edad cuando quiso aprovecharse de los manifiestos contratiempos de Francia. Es un enigma, sumido en uno de los caracteres más complejos del siglo XIV, si codiciaba el trono francés, deseaba vengarse de alguna injusticia o, como Yago, le gustaba perturbar porque sí.

Era pequeño, esbelto, de ojos brillantes y voluble conversación, mudable, inteligente, encantador, violento, astuto como un zorro, ambicioso como Lucifer y, más ciertamente que Byron, «loco, malo y de trato inconstante». Su seducción y elocuencia persuadían a sus iguales y dominaban las multitudes. Se permitía los mismos arranques de pasión desenfrenada que Juan y otros soberanos, pero, a distinción del monarca de Francia, era un maquinador sutil, audaz y desprovisto de escrúpulos, aunque tan variable en sus designios que desbarataba sus propias maquinaciones. Su único tesón era el odio. La historia le conoce por Carlos el Malo.

Por parte de madre, hija de Luis X, Carlos descendía más directamente de los Capetos que Juan II, pero sus padres renunciaron a cualquier derecho a la corona al reconocer a Felipe VI. Se les recompensó con el reino de Navarra. El pequeño dominio montañoso en los Pirineos era poco para su hijo; en cambio, como conde de Evreux, poseía un vasto feudo en Normandía, en el que podía ejercer su influencia, y que se convirtió en su base principal de operaciones.

Le espolearon los celos y el aborrecimiento a Charles d'Espagne, el flamante condestable, al que el soberano en su desatentada predilección había concedido el condado de Angulema, que pertenecía a la casa de Navarra. Cuando hubo enfurecido a Carlos privándole de tal territorio, Juan temió las consecuencias y procuró aplacarle concediéndole la mano de su hija Juana, de ocho años de edad. Empeoró casi al punto el daño causado, pues retuvo la dote de Juana, lo cual, ciertamente, no aumentó la amistad de su yerno.

Carlos de Navarra le devolvió el golpe a través de Charles d'Espagne. Nada aficionado a las medias tintas, hizo que le asesinasen, pues calculó que muchos nobles, que también odiaban al favorito, apoyarían a quien lo había eliminado. Encargó del crimen a un grupo de secuaces, capitaneado por su hermano Felipe, más la colaboración del conde Jean d'Harcourt, dos hermanos de éste y otros importantes señores normandos.

En enero de 1354 aprovecharon una visita del condestable a Normandía. Irrumpieron en la habitación en que dormía desnudo (como se acostumbraba en la Edad Media) y le arrancaron del lecho, mientras las espadas desenvainadas destellaban a la luz de las antorchas. De rodillas a los pies de Felipe, con las manos juntas, Charles d'Espagne le suplicó que se apiadase de él, aseverando que «sería su siervo, que pagaría su rescate en oro, que renunciaría a las tierras expoliadas y que se iría a ultramar y jamás regresaría». El conde d'Harcourt instó a Felipe que le perdonase, pero el joven, ebrio de cólera y de la voluntad de su hermano, se negó a escuchar. Sus hombres se abalanzaron sobre el desvalido condestable «de modo tan ruin y aborrecible» que le infirieron ochenta heridas. Galoparon luego hasta donde Carlos los esperaba y gritaron: «¡Ya está hecho! ¡Ya está hecho!». «¿Qué está hecho?», puntualizó el rey de Navarra. Y le respondieron: «El condestable ha muerto».

La osada acción, que afectaba a persona tan próxima al monarca, presentó en

seguida a Carlos como factor político. Juan declaró inmediatamente que las posesiones normandas del navarro quedaban confiscadas; pero hubiera tenido que recurrir a la fuerza para cumplir el anuncio.

Los contemporáneos en general atribuyeron el crimen de Carlos de Navarra al odio y afán de desquite, pero ¿fue pasión o cálculo? Si bien la total ausencia de reparos caracterizaba a quienes habían nacido para mandar, en aquellos años, tal vez como legado de la Peste Negra, se multiplicaban los estallidos inexplicables de violencia. En 1354 uno de los periódicos tumultos académicos de Oxford reventó con tal ímpetu, que, con el empleo de espadas, dagas e incluso arcos y flechas, se saldó con una matanza de estudiantes y la clausura de la universidad, hasta que el soberano tomó medidas para proteger sus libertades. En Italia, en 1358, cuando Francesco Ordelaffi, tirano de Forlì, notorio por su temible *subitezza*, o genio arrebatado, se obstinó en luchar hasta el último hombre contra las fuerzas pontificias, su hijo Ludovico osó pedirle que se rindiese antes que seguir guerreando contra la Iglesia. «¡Eres bastardo o te cambiaron en la cuna por otro!», bramó el padre y, cuando el joven se volvió para irse, empuñó su daga y «le apuñaló en la espalda de suerte que murió antes de medianoche». En un análogo estallido de cólera, el conde de Foix, cuñado de Carlos de Navarra, mató a su único hijo legítimo.

La Edad Media estaba acostumbrada a la violencia física desde hacía mucho tiempo. En el siglo x se estableció la «tregua de Dios» para interrumpir la contienda perpetua. En ella, los combates debían suspenderse en los días santificados, domingos y Pascua, los no beligerantes —clérigos, campesinos, comerciantes, artesanos y animales— tenían que ser respetados por los hombres de la espada, y puestos a seguro todos los edificios religiosos y públicos. Tal fue la teoría. En la práctica, como otros preceptos de la Iglesia, la tregua no pudo frenar la propensión humana.

Los documentos judiciales ingleses referentes a las muertes violentas revelan que las debidas a los homicidios aventajaban a las accidentales. Muy a menudo el culpable esquivaba el castigo obteniendo el fuero eclesiástico con sobornos o amistades idóneas. La literatura reflejó los peligros corporales de que estaba lleno la vida. Uno de los cuentos admonitorios de La Tour Landry, destinados a sus hijas, trata de una dama que huyó con un monje, y sus hermanos, al encontrarlos juntos en el lecho, «cortaron los testículos al monje y los arrojaron a la cara de la señora y la obligaron a que los comiera y después metieron al monje y la dama en un saco con rocas pesadas y los lanzaron al río y se ahogaron». Otro cuento refiere que un esposo recobró a su mujer de casa de sus padres, a la que se había acogido tras una disputa conyugal. Camino de su hogar, pernoctaron en una ciudad. «Gran golpe de jóvenes desalmados y henchidos de lascivia» asaltaron a la dama y «la forzaron como unos villanos», causándole la muerte de vergüenza y pesar. El esposo dividió su cadáver en doce pedazos, que envió a otros tantos amigos de la difunta, para que se avergonzasen de que hubiera huido de su marido y se sintieran movidos a vengarse de los forzadores. Los amigos congregaron en seguida a todos sus dependientes,

fueron a la ciudad donde el delito había acontecido y aniquilaron a sus habitantes.

La violencia era tanto oficial como personal. La Iglesia autorizaba la tortura, que la Inquisición utilizaba de manera corriente para desenmascarar a los herejes. Los tormentos y penas de la justicia civil solían amputar manos y orejas, aplicar el potro, quemar, azotar y descuartizar. En la existencia ordinaria el viandante veía a diario a criminales flagelados, con una soga anudada o encadenados de pie con un collar de hierro; pasaba junto a cadáveres pendientes de la horca, cabezas decapitadas y cuerpos desmembrados y clavados en estacas en las murallas de las poblaciones. En todas las iglesias contemplaba imágenes de los más variados martirios —flechazos, lanzazos, hoguera y rebanamiento de pechos—, y por lo común ensangrentados. La crucifixión, con sus clavos, lanzas, espinas, látigos y gotas sanguinolentas, era inescapable. En el arte cristiano, la sangre y la crueldad, omnipresentes, resultaban esenciales, porque Cristo se convirtió en Redentor, y los mártires merecieron su corona, a costa de exponerse a la violencia del prójimo.

Entre los pasatiempos aldeanos, había uno en que los jugadores, con las manos atadas a la espalda, competían en matar a cabezazos un gato sujeto a un poste, con riesgo de que les desgarrase las mejillas o les saltase los ojos. Las trompetas colaboraban a la excitación general. O bien un cerdo, metido en un corral ancho, era acosado por hombres con porras, con regocijo de los espectadores, mientras escapaba chillando hasta que, al fin, perecía a puros golpes. Las gentes medievales, habituadas a las tribulaciones y heridas, disfrutaban con el espectáculo del dolor, antes que sentirse repelidas por él. Los ciudadanos de Mons compraron a una población vecina un criminal para tener el placer de asistir a su descuartizamiento. Tal vez la dura infancia del Medievo produjo adultos que no concedían a los demás mayor importancia que la que ellos habían tenido en sus años de formación.

Carlos de Navarra, por obra de su desatinada hazaña, pasó a ser el polo de atracción de un grupo creciente de nobles franceses septentrionales, dispuestos a un movimiento de protesta contra la monarquía de los Valois. Las duras represalias de Felipe y Juan contra los señores sospechosos de traición, y las humillaciones bélicas soportadas desde Crécy, habían refrescado la tensión entre los barones y el soberano. Los terratenientes, a quienes lesionaba la fuga de la mano de obra y la reducción de sus beneficios, propendían a atribuir gran parte de sus desdichas a la corona. Se resentían de la presión fiscal del rey y sus despreciados ministros, y reclamaban reformas y mayor autonomía local. Desde su base en Normandía, Carlos podía convertirse en foco de hostilidad, y proclamaba tal intención como gallo que cacarea.

«Dios sabe que fui yo quien, con su ayuda, hizo matar a Charles d’Espagne», explicó en una carta al papa Inocencio VI. Presentó el asesinato del condestable como equitativa respuesta a afrentas y ofensas, y expresó su devoción a la Santa Sede y su solicitud por la salud del soberano pontífice. Carlos se disponía a ofrecerse como

agente de Inglaterra a cambio de la ayuda inglesa para conservar sus posesiones normandas, y con tal fin ansiaba utilizar al papa como intermediario. En una epístola al rey Eduardo manifestó que con sus castillos y hombres en Normandía podía perjudicar tanto a Juan II, «que jamás se recobraría», y pidió que se enviasen en su apoyo las tropas inglesas de Bretaña.

En el año 1354 el curso futuro del siglo titubeó entre presiones favorables a la paz y a la prosecución de la guerra. El pontífice Inocencio VI, anciano y valetudinario, buscaba con urgencia un acuerdo, porque oía a los infieles en sus puertas. Los turcos se habían apoderado en 1353 de Gallípoli, llave del Helesponto, y desde allí habían entrado en Europa. Las energías cristianas debían enfocarse contra ellos, lo cual sería imposible si Francia e Inglaterra reiniciaban las hostilidades.

Apretados por el papa y sus arcas vacías, Eduardo y Juan emprendieron las negociaciones de una paz que, en realidad, ninguno de los dos deseaba. Eduardo había agotado su crédito con el pueblo inglés en una lucha que ni las armas ni la diplomacia conseguían concluir. El Tercer Estado pensaba ya que los gastos superaban los frutos obtenidos. El Parlamento limitó en 1352 los poderes reales de reclutamiento. En abril de 1354, cuando el lord chambelán les preguntó: «¿Queréis un tratado de paz constante si puede haberse?», los Comunes contestaron de modo unánime: «¡Sí, sí!».

En lo que le atañía, Juan se sentía atenazado por el miedo de un acuerdo de Carlos de Navarra con Inglaterra. Sus sistemas de información zumbaban con noticias de conspiraciones de su yerno. Y mientras éste se le opusiera, estaría impedido de levantar tropas y recibir impuestos de Normandía. Por humillante necesidad, tragó su rabia, anuló la confiscación de los dominios normandos de Carlos, le perdonó el asesinato de Charles d’Espagne y le invitó a ir a París para una ceremonia de reconciliación. El de Navarra acudió porque en su vida entera fue capaz de resistir las opciones que se le ofrecían, y quizá porque a los veintidós años no estaba tan seguro de sí mismo como presumía. Con juramentos, abrazos y complicadas fórmulas, la comedia se representó en marzo de 1354 con los sentimientos que son de imaginar en los protagonistas.

El año vaciló al borde de la paz. La guerra parecía casi finalizada mediante un tratado que beneficiaba de manera abrumadora a Inglaterra, pero en el último instante Francia se desdijo y lo rechazó. Tres años de conversaciones y el anhelo de paz del papa se redujeron a la ampliación de la tregua por doce meses y la reanudación del tira y afloja. De nuevo Carlos de Navarra se puso en contacto con Eduardo y se comprometió a encontrar a los ingleses en Cherburgo para emprender una campaña mancomunada.[*] El colapso del tratado abatió las esperanzas de Inocencio VI. Cuando le reprochó que intrigase con Carlos de Navarra contra el monarca francés, Eduardo mintió con soltura digna de estadistas de épocas posteriores. «Hablando con verdad y jurando fervorosamente por el corazón de Dios», negó la acusación por escrito «bajo palabra de rey», lo cual no impide que aún exista la correspondencia

que le desmiente.

En su afán de recomenzar la guerra, el soberano inglés voceó la perfidia francesa y la justicia de su causa en epístolas dirigidas a los arzobispos de Canterbury y York, que los heraldos leyeron al pueblo. Se pronunciaron sermones en los púlpitos sobre las afrentas que había sufrido. Eduardo tenía talento para las relaciones públicas. Por un medio u otro, recogió fondos, arrancó consentimientos parlamentarios y congregó barcos, hombres y provisiones durante la primavera y el verano de 1355. La tregua finalizó el día de San Juan sin que hubiera intentos de renovarla. En la costa inglesa había dispuestas a hacerse a la vela dos fuerzas expedicionarias, una, que iría a Burdeos, al mando del Príncipe Negro, y otra, con destino a Normandía, al del duque de Lancaster, que se proponía unirse a Carlos de Navarra.

Vientos prósperos impulsaron los barcos del príncipe Eduardo, que arribó a Burdeos en tres o cuatro días. Le acompañaban mil caballeros, escuderos y hombres de armas, dos mil arqueros y multitud de infantes galeses. El heredero del trono de Inglaterra, nervudo y de copioso bigote, era a los veinticinco años un príncipe duro y altanero, que ganaría reputación inmortal como la «Flor de la caballería». Tuvo la buena suerte de fallecer antes de que las responsabilidades del gobierno marchitasen su renombre. Los franceses le pintaban como «cruel» y «el varón más soberbio jamás nacido de mujer».

El objetivo de la incursión principesca, que avanzó cuatrocientos kilómetros hasta Narbona y retornó a su base entre octubre y noviembre de 1355, fue no conquistar, sino asolar y saquear. La «famosa, bella y rica» tierra de Armagnac no había conocido hasta entonces destrucción como la que se abatió sobre ella en aquel par de meses. La devastación no fue espontánea, sino voluntaria, como el terrorismo militar de cualquier edad, y tuvo por fin castigar o impedir que el pueblo se pusiera de parte del enemigo. Como habían vuelto al bando francés, se consideraron los habitantes de Guyena rebeldes al rey de Inglaterra y el príncipe tenía la obligación de escarmentarlos. Semejante política estaba condenada a provocar la enemistad del territorio —y sus alrededores— que el monarca inglés se proponía retener; pero el príncipe, que era tan poco imaginativo como los más de los jefes militares, no tuvo en cuenta el porvenir. La adición de sus aliados gascones había puesto a sus órdenes una hueste de unos nueve mil combatientes: mil quinientas lanzas (tres hombres, un caballero y dos auxiliares por lanza), dos mil arqueros y tres mil peones. Ansiaba mostrar el poder inglés, persuadir a los señores locales de cuál partido les convenía y reducir el potencial bélico francés estragando una región que proporcionaba pingües ingresos a la corona de Francia. El saqueo cumpliría dos funciones: beneficiar y pagar.

«Pillando y asolando la tierra —escribió el príncipe con naturalidad al obispo de Winchester— quemamos Plaisance, otras hermosas poblaciones y todos sus aledaños». Después de cargar el botín en carros de bagaje, cobrar el ganado, y sacrificar cerdos y aves de corral, las mesnadas se consagraron a devastar:

incendiaban graneros, molinos, pajares y henares, desfondaban toneles, talaban vides y árboles frutales, arruinaban puentes y seguían adelante. Dejando atrás Toulouse con un rodeo, asaltaron y quemaron Mont Giscar, donde maltrataron y acuchillaron a muchos hombres, mujeres y niños que no conocían la guerra. Saquearon Carcasona durante tres días, sin atacar la ciudadela, «y dedicamos el tercero entero a prender fuego a susodicha ciudad». Repitieron el proceso en Narbona. Los franceses no opusieron resistencia organizada, a pesar de la presencia del mariscal Jean de Clermont y del conde de Armagnac, lugarteniente del rey en Languedoc. Armagnac, aparte llevar, cuando le fue posible, a la gente al interior de las ciudades, no salió contra el enemigo, salvo en una escaramuza inconcluyente, cuando los ingleses regresaban.

Este comportamiento se debió probablemente al miedo de que le acometiese por la retaguardia su opulento vecino y enemigo mortal el conde Gaston de Foix. La autonomía y la rivalidad de los grandes señores meridionales suscitaban relaciones inestables tanto con el monarca como entre ellos. Llamado «Gaston Febo» por su belleza y su cabello de color de oro rojizo, Foix había hecho oídos sordos a la convocatoria de Felipe VI para la defensa del reino en el año de Crécy. Más tarde fue lugarteniente de Languedoc, pero, a consecuencia de una diferencia con Juan II, estuvo encarcelado dieciocho meses en París. De vuelta a su dominio en 1355, debió de concertar algo con el Príncipe Negro, porque sus posesiones se salvaron de los atropellos, mientras él permanecía neutral. La independencia de nobles como él debilitaba a Francia.

Las huestes del Príncipe Negro retornaron a Burdeos, donde tenían los cuarteles de invierno, abrumadas de tapices, telas, joyas y otros despojos, que compensaban la falta de gloria militar. ¿Dónde estaban el honor, la valentía, las hazañas y los hechos de armas de que el guerrero se enorgullecía? Robar y matar a gentes indefensas no exigía bravura o destreza, ni respondía a las virtudes caballerescas de la Tabla Redonda y la Jarretera. El príncipe Eduardo; su principal aliado gascón, el *captal*[*] de Buch; su compañero y consejero más íntimo, *sir* John Chandos; los condes de Warwick y Salisbury, y por lo menos otros tres jefes, eran miembros titulares de la orden de la Jarretera y supuestos modelos de magnanimidad. No se sabe si advertían la discrepancia existente entre el ideal y la práctica, cuando iban a dormir después de la matanza cotidiana. Nada parece indicarlo. Para reafirmar su derecho a lo que hacía, el Príncipe Negro rechazó en dos ocasiones la apetitosa oferta de oro de unas ciudades para zafarse del pillaje. Sus cartas expresan sólo una sensación satisfactoria de deber cumplido. Su incursión había enriquecido a sus hombres, disminuido las rentas de Francia y demostrado a cualquier gascón titubeante que servir bajo su bandera tenía buena recompensa. No obstante, incluso Froissart, el panegirista incondicional de la caballería, sintióse movido a escribir: «Fue una ocasión que clamó piedad…». A medida que se prolongaba, la guerra habituó a los combatientes a la crueldad y la destrucción como práctica aceptada, y envenenaron el siglo XIV.

La hueste inglesa destinada a Normandía, retenida por vientos contrarios y por la súbita defección de Carlos de Navarra, no zarpó hasta fines de octubre, época demasiado tardía para una campaña en el norte. Su jefe, el duque Henry de Lancaster, llamado el «Padre de los soldados», era el guerrero más distinguido de Inglaterra. No había dejado de asistir a una sola batalla en sus cuarenta y cinco años. Era veterano de las guerras escocesas, Sluys, Calais y todas las campañas de Francia, y cuando su patria estaba tranquila, partía, como imponían los cánones caballerescos, a ofrecer su espada donde se necesitara. Se unió al rey de Castilla en una expedición contra los moros de Algeciras y viajó hasta Prusia para acompañar a los caballeros teutónicos en una de sus «cruzadas» anuales de propagación del cristianismo en las tierras de los lituanos infieles.

Heredero de enormes dominios y riquezas, Lancaster fue creado en 1351 el primer duque inglés no perteneciente a la familia real. Después construyó el palacio del Savoy como su residencia londinense. En 1352, durante la vigencia de la tregua entre Inglaterra y Francia, protagonizó en París un suceso notable. Al regresar de una estancia en Prusia, riñó con el duque Otto de Brunswick y aceptó su reto a combate singular, que se convino bajo los auspicios franceses. Habiendo obtenido un salvoconducto, escoltado por una noble comitiva hasta París y recibido con magnificencia por Juan II, el duque de Lancaster entró en la liza en presencia de espléndidos espectadores de la nobleza de Francia. Pero su reputación resultó excesiva para su adversario. Otto de Brunswick temblaba tan violentamente en lo alto de su bridón, que no pudo calarse el casco ni sostener la lanza, y sus amigos tuvieron que retirar tanto a él como a su desafío. El monarca disimuló el aprieto en que puso a la caballería con un excelente banquete, en el que reconcilió a los duelistas y ofreció bellos presentes a Lancaster al despedirle. El duque sólo aceptó una espina de la corona del Salvador, que, ya en su patria, donó a la iglesia colegiata que había fundado en Leicester.

Siendo tan religioso como marcial, escribió en francés, que era aún la lengua de la corte inglesa, el *Livre des sainctes médecins* («Libro de los remedios santos»), en el que se sirvió de la alegoría para revelar las heridas de su alma —o sea, sus pecados— a Jesús, el Médico Divino. Cada parte del cuerpo tenía una herida alegórica y cada remedio el simbolismo religioso correspondiente. Puesto que el duque se examina a sí mismo, retrata con realismo a un gran señor del siglo XIV que admira la elegancia de sus largos pies apoyados en el estribo, y en las justas estira las piernas para arrobo de las damas; que se acusa de rehuir el hedor de los pobres y enfermos, y por expoliar dinero, tierras y otras propiedades, recurriendo a presiones ilegítimas en sus tribunales.

El rey Eduardo se unió a Lancaster en la invasión de Francia de 1355. Dirigiéndose a Calais en vez de Cherburgo, desembarcaron el 2 de noviembre, se

pusieron al frente de un ejército de tres mil hombres de armas, dos mil arqueros montados y otros tantos a pie, y avanzaron ostensiblemente para batallar contra el soberano de Francia, mientras que, en el camino, hicieron correrías por el paso de Calais, Artois y Picardía.

El monarca francés, en mayo, antes de que finalizara la tregua, había pregonado «solemne y públicamente» el *arrière-ban,* o convocatoria general de todos los varones en edades comprendidas entre los dieciocho y sesenta años. Tal vez a causa de su escaso éxito, se repitió varias veces durante el verano en París y todas las plazas importantes del reino, y «especialmente en Picardía», según un cronista. Como un reclutamiento de aquella índole congregaba a personas de valor militar dudoso, el soberano prefirió solicitar el coste de un número dado antes que los individuos en cuestión, y trató de fijar los requisitos físicos de los útiles y mandar el resto a casa. Se tardó cierto tiempo en elegirlos y constituir una fuerza eficaz; también, sin duda a consecuencia de los recientes descontentos, bastantes nobles se hicieron el remolón. En noviembre estaba incompleta la hueste que Juan dirigió al norte en busca de los ingleses.

Enguerrand VII de Coucy, a los quince años, iba en ella. No se informa de lo que hizo. Se dice sólo que estaba presente entre los «barones de Picardía» en el batallón de Moreau de Fiennes, futuro mariscal de Francia. Tenía compañeros distinguidos: su tutor Matthieu de Roye, jefe de los ballesteros; Geoffrey de Charny, denominado el «caballero perfecto», y el mariscal Arnoul d'Audrehem. El batallón incluía asimismo a los burgueses de París, Rouen y Amiens.

La campaña en que Enguerrand tuvo su primera experiencia bélica no proporcionó materia para una epopeya. La hueste francesa estaba entre el 5 y el 7 de noviembre en Amiens, y el día 11 del mismo mes había llegado por el septentrión a Saint-Omer, dejando atrás, y a la izquierda, a los ingleses, que marchaban simultáneamente hacia Hesdin, a saber, hacia el sur. Los ejércitos se observaron y rondaron, y cada rey invitó al otro a pelear —«cuerpo a cuerpo, o fuerza contra fuerza», según dijo Juan en su desafío—, lo que ambos evitaron en medio de un torrente de frases ornamentales. Si Juan, como los cronistas enemigos aseguraron, temió entrar en batalla campal, Eduardo no sintió más apetencia. La principal acción militar del francés fue quemar o apoderarse de las provisiones de la comarca con el fin de privar de suministros a su adversario, a expensas de la población local. Frente a un invierno de hambre, sin las cosechas obtenidas con el sudor de sus frentes, los pobladores aprendieron que su clase guerrera no los protegía, sino que los esquilmaba.

La táctica de tierra quemada de Juan obligó a los ingleses a retroceder hacia la costa por falta de comida, vino y cerveza. Durante cuatro días no bebieron más que agua, lo que parecía casi inanición en una edad que dependía del vino o la cerveza como parte esencial de la dieta. Los franceses habían cuidado también de enviar cartas y dinero a Escocia para estimular una diversión. Las noticias de la amenaza en

las fronteras escocesas más la perspectiva de estar todo un invierno a agua, hizo que Eduardo y Lancaster se reembarcasen tras una campaña de diez días.

Juan se enfrentó entonces con la necesidad de conseguir de una asamblea de los tres Estados un subsidio para pagar a las tropas. Convocados por él, los de Langued'oil —a saber, el norte de Francia— se reunieron en París en diciembre. Puesto que, como el clero y la nobleza estaban exentos de tributos, pagaba la mayor parte de ellos, el Tercer Estado dominaba la decisión del volumen de la ayuda, y como podía usar este resorte para obtener reformas o privilegios, la monarquía jamás se sentía a sus anchas en tales ocasiones.

La oferta de los Estados en 1355 reveló la abundancia de los recursos franceses, la lealtad nacional que ocultaba el descontento y la intensa desconfianza que despertaba el gobierno. Consistió en mantener a treinta mil hombres de armas durante un año, con un costo calculado en cinco millones de libras, con tal de que administrase aquella cantidad no el Tesoro real, sino una comisión de los Estados, que pagaría directamente a las tropas. El dinero se obtendría imponiendo tributo a todos los franceses, sin distinción de clases, y otro sobre la sal, en porcentajes que hubieron de elevarse al año siguiente, cuando no se tuvo la suma necesaria. Fueron el cuatro por ciento de los ingresos de los ricos, el cinco de los burgueses y el diez de los de los pobres. Una reacción a ello fue la revuelta de «los pequeños contra los grandes» en la ciudad textil de Arras, en el norte de Picardía. Aunque se reprimió con prontitud, fue síntoma de disturbios venideros.

La incansable actividad de Carlos de Navarra produjo el estallido siguiente. Trataba de indisponer al delfín Carlos, de dieciocho años de edad, contra su padre, y al propio tiempo animaba a los señores normandos a negarse al pago de los subsidios reales.

En abril de 1356 el delfín, en su capacidad de duque de Normandía, agasajaba a Carlos de Navarra y los principales nobles normandos con un banquete en Rouen, cuando de repente las puertas se abrieron de par en par e irrumpió el rey armado, con muchos seguidores, y precedido del mariscal d'Audrehem, que empuñaba la espada. «¡El que se mueva es hombre muerto!», gritó el mariscal. Juan cogió al de Navarra llamándole felón, a lo cual Colin Doublel, escudero de Carlos, echó mano a la daga y, en espantoso acto de *lèse majesté*, quiso hundirla en el pecho del soberano. Sin pestañear, Juan ordenó a su guardia que «prendiese a aquel muchacho y a su señor». Por su parte, asió a Jean d'Harcourt con tanta furia que le desgarró el jubón desde el cuello al cinto. Le acusó de traición, lo mismo que a otros presentes que habían mediado en el asesinato de Charles d'Espagne. El delfín suplicó horrorizado a su padre que no le deshonrase haciendo violencia a sus huéspedes, y el rey contestó: «No sabéis lo que yo sé»: aquéllos eran siniestros traidores cuyos crímenes se habían descubierto. Carlos de Navarra pidió gracia, asegurando que era víctima de informes falsos; pero el soberano mandó que le apresaran con los demás, en tanto que los restantes invitados huyeron, «escalando las murallas en su terror».

A la mañana siguiente, Jean d'Harcourt, Colin Doublel y dos señores normandos fueron llevados al patíbulo en dos carros, vehículos ignominiosos usados para los condenados, acompañados del rey en persona, armado de pies a cabeza, como si esperase un ataque. Presa evidentemente de los nervios, Juan detuvo de repente el cortejo en un campo y ordenó que se decapitasen los reos en él. No permitió que los asistiera un sacerdote, pues los traidores habían de morir inconfesos, salvo Colin Doublel, condenado por levantar la mano contra su soberano, no por traición. Se encontró de prisa y corriendo un verdugo sustituto, que necesitó seis mandobles para descabezar a Harcourt. Los cuatro cadáveres, arrastrados hasta el patíbulo, se colgaron de cadenas y las cabezas se hincaron en lanzas, en las que estuvieron durante dos años. Carlos de Navarra fue encarcelado en el Châtelet de París y sus dominios fueron confiscados una vez más por el rey.

Cuando el galés Fluellen, en el *Enrique V* de Shakespeare, habla del rey y de sus «cóleras y sus humores y sus enojos y sus indignaciones y también de estar algo mal de la sesera», lo hace como si describiera a Juan el Bueno. La principal víctima del monarca, Jean d'Harcourt, tenía tres hermanos y nueve hijos casados con una red de linajes notables en el norte de Francia (una hija contrajo matrimonio posteriormente con Raoul de Coucy, tío de Enguerrand VII). Por lo tanto, el rey logró ofender a los numerosos parientes y deudos de los ejecutados, sin eliminar a su enemigo auténtico, Carlos de Navarra. Se simpatizó con el prisionero del Châtelet y se compusieron canciones populares en su honor.

El asunto de Rouen cumplió exactamente lo que Juan había intentado impedir: abrió de nuevo Normandía a Inglaterra. Godefrey, hermano de Jean d'Harcourt, el mismo que había llevado a Eduardo III a la tierra normanda diez años antes, y Felipe, hermano de Carlos, recurrieron a la ayuda inglesa para recobrar sus posesiones; y cuando los de Inglaterra desembarcaron en Cherburgo en julio de 1356, los dos señores rindieron homenaje a Eduardo como rey de Francia. Desde Cherburgo, bajo el caudillaje del duque de Lancaster, los ingleses avanzaron para ponerse en contacto con Bretaña, en el preciso momento en que el Príncipe Negro partía de Burdeos en una nueva incursión, esta vez hacia el norte, hacia el corazón de Francia. Los acontecimientos se orientaban en dirección del choque en Poitiers.

El Príncipe Negro, con ingleses, gascones y refuerzos patrios, marchó al septentrión con un ejército de unos ocho mil combatientes. Su fin era enlazar con Lancaster y sembrar daños en el camino, más con saqueos que con conquistas de ciudades, fortalezas o territorios. Así, progresando, luchando y amasando botín, llegó al Loira el 3 de septiembre, poco más o menos. Al hallar los puentes destruidos, viró hacia el oeste, camino de Tours, donde se enteró de que un gran ejército francés se encaminaba contra él. Tuvo asimismo noticia de que Lancaster había salido de Normandía y se apresuraba a reunirse con él. Pero el Loira se interponía entre los dos,

y en el campo pululaban los soldados franceses. Sus hombres estaban fatigados de luchar breve, pero violentamente, saciados y cargados de botín. Tras cuatro días de vacilación, que le hicieron perder la ventaja, el príncipe volvió hacia el sur con la intención patente de eludir una batalla abierta y regresar a Burdeos a salvo con las riquezas acopiadas.

En el norte, Juan se movió al pronto contra la fuerza de Lancaster en Normandía, y la contuvo temporalmente antes de hacer frente a la amenaza que llegaba del mediodía. Había ordenado una gran movilización para la defensa del reino, cuyos efectivos se concentrarían en Chartres en la primera semana de septiembre. Estimulados por la presencia del enemigo en el Loira, en el centro de Francia, los nobles respondieron sin titubear, fuesen cuales fueren los sentimientos que en ellos despertaba el monarca. Llegaron de Auvernia, Berry, Borgoña, Lorena, Hainault, Artois, Vermandois, Picardía, Bretaña y Normandía. «Ni un caballero ni un escudero quedó en su casa», escribieron los cronistas; se congregó «la flor de Francia».

Con el rey estaban sus cuatro hijos, de edad que iba de los catorce a los diecinueve años; el nuevo condestable, Gautier de Brienne, que tenía el título de duque de Atenas, del antiguo señorío fundado durante las cruzadas; los dos mariscales; veintiséis condes y duques; trescientos treinta y cuatro abanderados y casi todos los señores de poca monta. Era el ejército francés más grande del siglo, «una maravilla —escribió un cronista inglés— sin igual en cuanto a la nobleza en armas». Su número, que las crónicas elevan con individual ligereza a cifras superiores a ochenta mil, se ha discutido sin descanso hasta que se ha convenido, por ahora, en cerca de dieciséis mil. Doblaba el del Príncipe Negro.

Carecía de cohesión. Los grandes señores llegaron cuando se les antojó, muchos con retraso, cada uno con sus tropas de cincuenta, cien o ciento cincuenta hombres bajo la bandera propia, y con sus servidores, bagajes y vajillas de oro y plata, convertibles en dinero contante y sonante cuando lo necesitaran. Dieron escaso resultado las providencias de la ordenanza de 1351 sobre la disciplina y el orden. A consecuencia de una disputa sobre la renovación de los impuestos, se enajenó el apoyo de los burgueses y las ciudades retiraron sus contingentes. Froissart, sin embargo, informa de que Juan despidió las tropas burguesas cuando cruzó el Loira, «lo que fue una locura de él y de quienes se lo habían aconsejado».

Habiendo reunido la fuerza de Francia, Juan confiaba en que obligaría al príncipe a retroceder a Aquitania e incluso a Inglaterra. Entre el 8 y el 13 de septiembre, la hueste francesa cruzó el Loira en Orléans, Blois y otros lugares, y prosiguió hacia el sur en persecución de los anglogascones. El 12 de septiembre el Príncipe Negro se hallaba en Montbazon, a ocho kilómetros al mediodía de Tours, donde le alcanzaron los legados pontificios que habían buscado la paz desde el comienzo del año. Además de escribir a los soberanos de Francia e Inglaterra, y a los nobles importantes de ambos países, encareciéndoles que negociasen, el papa había enviado dos cardenales para que intentasen interrumpir las hostilidades.

El principal era el aristocrático cardenal Talleyrand de Périgord, prelado *baldonzo e superbo* (orgulloso y altanero), como le describió Villani. Era hijo del conde de Périgord y de la bella condesa que, se contaba, había sido la amante del pontífice Clemente V. A los seis años de edad, tal vez demasiado pronto para tener vocación religiosa, pero no sus gajes, había recibido autorización del papa para tonsurarse y, por consiguiente, tener derecho a los beneficios eclesiásticos. Fue obispo a los veintitrés y cardenal a los treinta, y tuvo en un momento u otro nueve beneficios en Londres, York, Lincoln y Canterbury, lo que le convirtió en el blanco del resentimiento inglés.

Por Talleyrand el príncipe Eduardo supo que Juan II pensaba cerrarle el paso y preparaba una batalla campal que se daría el 14 de septiembre, y que el ejército francés crecía a diario con la llegada de nuevas unidades. Si bien no deseaba comprometerse en una lucha con un enemigo fresco y más numeroso, el príncipe rechazó la proposición de Talleyrand de negociar una tregua, acaso por su exagerada confianza de que sería capaz de eludir al enemigo. Los franceses progresaban a marchas forzadas, decididos a sobrepasar al Príncipe Negro por el flanco en Poitiers, donde interceptarían la carretera de Burdeos y le cortarían la retirada. Durante cuatro días los ejércitos continuaron avanzando sin entrar en contacto, los ingleses con dieciséis o veinte kilómetros de adelanto y los franceses acortando gradualmente la distancia que los separaba de ellos.

El día 17 de septiembre, en una granja llamada La Chabotérie, a unos cinco kilómetros de Poitiers, una partida francesa capitaneada por Raoul de Coucy, señor de Montmirail, tío de Enguerrand VII y tenido por uno de los caballeros más valerosos de su época, avistó una unidad inglesa de reconocimiento y galopó al ataque por iniciativa propia. No consta que Enguerrand le acompañaba, ni si formaba parte de la hueste. El dominio de Coucy envió sin duda el contingente debido; pero pudiera ser que se hallase con las fuerzas que se oponían en Normandía a Lancaster. En el choque que ahora se narra, Raoul se internó tanto en el enemigo que, peleando con bravura, alcanzó al abanderado del Príncipe Negro. El ardor de la embestida francesa hizo retroceder a los anglogascones; no obstante, aunque eran muchos menos, éstos se rehicieron y vencieron a los franceses. Muchos murieron; Raoul fue capturado, pero rescatado después. Como mucho de lo que aconteció en Poitiers, el resultado de La Chabotérie es difícil de explicar.

Ansiosos de cobrar rescates, los anglogascones lucharon con tanto vigor que se alejaron tres leguas del lugar de la escaramuza. El príncipe Eduardo, con el fin de recoger y reorganizar sus fuerzas, hubo de detenerse donde se hallaba y acampar para pasar la noche, aun cuando le perjudicaba la falta de agua.

A la mañana siguiente, domingo, 18 de septiembre, mientras su fatigado ejército reanudaba la marcha a corta distancia de Poitiers, sus exploradores percibieron desde un altozano un destello de armas, y luego, cuando fueron visibles, el revoloteo de los millares de pendones de la hueste francesa principal. Comprendiendo que le habían

alcanzado y que la batalla era inevitable, el Príncipe Negro estableció sus tropas en el sitio más favorable que pudo encontrar: una cuesta arbolada, limitada por viñedos, setos y una corriente de agua, que serpeaba a través de un terreno pantanoso. Más allá del riachuelo, había un vasto campo que cruzaba una angosta carretera. El lugar estaba a unos tres kilómetros al sureste de Poitiers.

El rey Juan, seguro de su victoria dada su superioridad numérica, fue detenido en el momento de embestir por el cardenal Talleyrand, que llegó con muchos clérigos a suplicarle que respetase la «tregua de Dios» dominical, o sea, hasta el día siguiente, lo que daría al prelado la oportunidad de un nuevo intento de mediación. En el consejo de guerra tenido en el pabellón real, de seda escarlata, el mariscal d'Audrehem y otros ansiosos de combatir, y conscientes de la amenaza que representaba el duque de Lancaster en su retaguardia, le instaron que no se demorase. Contra su parecer, el monarca accedió fatalmente a la petición del cardenal. La propuesta de Geoffrey de Charny de que se verificase una lucha de cien campeones por bando fue rechazada por sus compañeros para no excluir a los más del combate, la gloria y los rescates. El resultado final hubiera sido distinto si se hubiera trabado batalla inmediatamente, o si se hubiera admitido la proposición de Charny.

El cardenal Talleyrand se apresuró a regresar al campamento inglés, donde encontró al príncipe no sólo dispuesto, sino ansioso de llegar a un acuerdo que le sacase del peligro con el honor y el botín intactos. Ofreció devolver la libertad gratuitamente a todos los prisioneros que había hecho en sus dos campañas, y todas las plazas que había ocupado, y aceptar la no beligerancia por siete años, durante los cuales se comprometía a no tomar las armas contra el rey de Francia. Incluso se brindó, según la *Chronique des quatre premiers Valois* («Crónica de los cuatro primeros Valois») a devolver Calais y Guînes, aun cuando carecía de autoridad para cumplir la oferta. Sus extraordinarias concesiones denotan su noción de que se hallaba en trance desesperado, y que se había percatado de que los franceses podían rendirle por hambre, si se les ocurría cercarle. O, sabiendo que los enemigos no escogerían determinación tan ingloriosa, tal vez ganaba tiempo para que sus arqueros ocupasen las posiciones adecuadas. A ello se dedicaban sus hombres que, a lo largo del día de conversaciones y tratos, siguieron atrincherándose y plantando empalizadas.

El rey Juan convino en estudiar lo propuesto. El cardenal Talleyrand y sus clérigos fueron de acá para allá a lomos de sus mulas, y los caballeros más notables del príncipe obtuvieron un salvoconducto para negociar directamente. Apenas hubo batalla en aquella guerra interminable, excepto en Bretaña, que no fuese precedida de esfuerzos para evitarla. Jamás tuvieron éxito. Con la arrogancia que presta la fe en el triunfo, Juan aceptó lo propuesto, mas con la condición de que el príncipe de Gales y cien caballeros se entregasen al rey de Francia. Eduardo se opuso tajantemente a tal humillación, tanto más cuanto que en el ínterin había mejorado sus posiciones entre los árboles y detrás de los setos. El día se agotó en tratos, mientras Talleyrand

impetraba aún al soberano por el amor de Cristo que accediera al menos a una tregua hasta Navidad. El consejo de guerra de Francia se congregó de nuevo para estudiar el ataque.

El mariscal Clermont recomendó el bloqueo, precisamente la acción que el príncipe temía. Antes de cometer la locura de acometer a los ingleses en su sólida posición, dijo que los franceses debían acampar alrededor de ellos y, cuando no tuvieran comida, «se retirarían de aquel lugar». Ésta era la estrategia, evidente y sensata, que se debía adoptar, pero la vedaban los principios de la caballería. El mariscal d'Audrehem la discutió luego de escucharla con desprecio, y fue rechazada. Tres caballeros que habían reconocido las líneas inglesas informaron que el único acceso al enemigo era un estrecho corredor que no permitía el paso a más de cuatro jinetes alineados. Por consejo de *sir* William Douglas, el escocés veterano en la lucha contra Inglaterra, que tenía el cargo de jefe de tácticas del rey, se tomó la grave decisión de que el cuerpo principal avanzase a pie. Pero no se descartó la carga de la caballería pesada, sino que se determinó que el ataque inicial a las líneas de arqueros lo llevaría a cabo una fuerza de trescientos hombres, la flor y nata del ejército, montados en los corceles más fuertes y veloces. Los tres jefes militares, el condestable y los dos mariscales, fueron destinados con entusiasmo temerario a dicho cuerpo.

Al alborear el lunes, 19 de septiembre, en medio de alboroto, entrechocar de armas y toques de trompeta, la hueste francesa se dispuso detrás de la cabeza de lanza en los tres batallones habituales. Se desplegaron uno detrás de otro, a todas luces para descargar golpes sucesivos, pero incapacitados por el mismo orden de ayudarse mutuamente en los flancos. El delfín, de diecinueve años de edad, que nunca había peleado en una guerra, era el jefe nominal del primero; Felipe de Orléans, hermano del rey, de veinte y asimismo novato, mandaba el segundo; y el rey se encargó del tercero. Le acompañaba una guardia personal de diecinueve hombres equipados exactamente como él, con una armadura negra y una sobreveste blanca con flores de lis. Era una medida prudente, ya que no muy caballeresca, pues los enemigos se desvivían por apresar al soberano que intervenía en los combates.

«¡Desmontad! ¡Desmontad! —ordenó Juan—, y puso el pie en el suelo antes que nadie». Se ha dicho que lo hizo para reducir la ocasión, en sus fuerzas desunidas, de acciones individuales o huidas. Unos críticos modernos —pues el debate ha continuado— han tildado su decisión de «locura suicida»; otros, en cambio, la han considerado la única prudente y factible, porque la caballería no podía desplegarse en los pantanos, setos y zanjas.

Los jinetes descabalgaron, se quitaron las espuelas, cortaron las largas puntas de sus *poulaines* y redujeron sus lanzas a metro y medio de longitud. La oriflama, bandera escarlata de cuatro puntas de los reyes de Francia, fue entregada a Geoffrey de Charny, «el caballero perfecto». La leyenda la hace derivar de Carlomagno, de quien se dijo que la llevó a Tierra Santa por la profecía de un ángel de que un

caballero, armado con una lanza de oro, en cuya punta ardían llamas de «gran maravilla», la liberaría de sarracenos. Bordada con las llamas áureas que le daban nombre, la monarquía la había adoptado de la abadía de Saint-Denis con el grito de guerra «Montjoie-Saint-Denis!». Como señal de avance, o de acción rápida y vigorosa, significaba la lealtad a un señor. En aquella mañana el rey pronunció el grito con alcance general. «Habéis maldecido a los ingleses —arengó a los escuadrones de caballeros— y suspirado por medir vuestras espadas con las suyas. ¡Ahí los tenéis en vuestra presencia! Recordad los agravios que os han inferido y desquitaos de las pérdidas y sufrimientos que han causado a Francia. ¡Os prometo que batallaremos con ellos, y que Dios sea con nosotros!».

El príncipe de Gales colocó dos batallones en la vanguardia para que se apoyasen mutuamente, y uno detrás, con los arqueros, dispuestos en zigzag, divididos entre los tres. Los cuatro condes —Warwick, Oxford, Suffolk y Salisbury— mandaban los dos delanteros, y el príncipe y Chandos la retaguardia, con un cuerpo de reserva de cuatrocientos combatientes a su lado. Los ingleses tenían a su favor el terreno y la mayor ventaja de constituir una tropa coherente, probada en dos campañas, adiestrada profesionalmente y basada en una organización y dirección superiores. Inglaterra tenía que proyectar con mucho cuidado las expediciones al continente y reclutar de modo selectivo los hombres más capaces y fuertes.

No obstante, incluso entonces, acaso porque sus consejeros no compartían el mismo parecer, el príncipe esbozó un movimiento de retirada hacia la carretera de Burdeos. Conforme a las palabras de Chandos Herald, «por una vez, os lo aseguro, no quería combatir, sino que deseaba evitar el combate». El mariscal d'Audrehem percibió el movimiento de los carros de bagaje detrás de la colina, delatado por las banderolas de la escolta, y gritó: «¡Sus! ¡Moveos! ¡Cargad o perdemos a los ingleses!». Clermont, más comedido, aconsejó que se efectuara una acción envolvente, lo cual promovió en aquel instante crítico una furiosa disputa entre los dos mariscales. Audrehem acusó a su colega de «tener miedo de mirarlos» y de causar un retraso que les privaría de la victoria, a lo que Clermont replicó con aire insultante: «¡Bah, *Maréchal*! ¡No sois tan osado que el morro de vuestro caballo no se encuentre en el trasero de mi corcel!». En este estado de ánimo, la punta de lanza montada se lanzó a la carga. Prevenido del ataque, el Príncipe Negro había detenido el esbozo de retirada. En una fogosa arenga pidió a los caballeros que peleasen por las aspiraciones de su monarca a la corona de Francia, la sublime honra de la victoria, el rico botín y la fama eterna. Les rogó que confiasen en Dios y obedecieran las órdenes.

El escuadrón de Audrehem, atacando por el flanco, fue sorprendido y aplastado por las agudas flechas de los arqueros, mientras Clermont, acompañado del condestable, galopó en la acometida frontal de la que tanto desconfiaba y hubo de retroceder bajo una granizada de saetas tan espesa que oscureció el aire. Disparando desde sus resguardos, y bajo la protección de los jinetes desmontados y los peones,

los arqueros, por indicación expresa del conde de Oxford, apuntaban a los indefensos cuartos traseros de los caballos. Los animales, tambaleándose y vacilando, se desplomaban bajo los jinetes o retrocedían contra los que iban detrás, lo que «causaba gran estrago entre sus dueños». Repetíase el frenesí de Crécy. Los caballeros no conseguían alzarse ni levantar sus monturas. En la confusión siguiente, en medio de trompetazos, gritos de guerra y chillidos de los hombres y caballos heridos, Clermont y el condestable perdieron la vida. Audrehem fue a parar a poder del enemigo, y la mayor parte de los caballeros escogidos murió o cayó prisionera.

El batallón del delfín avanzaba ya a pie hacia el caos. En las primeras líneas, con Carlos, estaban sus hermanos, Luis, duque de Anjou, de diecisiete años, y Juan, futuro duque de Berry, de dieciséis. Metido en el laberinto de corceles sin jinete y el combate furioso, lo más del batallón peleó salvajemente, cuerpo a cuerpo, utilizando lanzas acortadas, hachas y espadas. Pero la unidad, mandada, no por un veterano endurecido, sino por un muchacho que presenciaba el desastre, comenzó a perder terreno. Un clamor triunfal anunció que el estandarte del delfín se hallaba en poder inglés. Bien por orden del rey, deseoso de salvar a sus hijos, como después se afirmó, bien por decisión de los cuatro señores encargados de la defensa de los príncipes, casi todo el batallón se retiró del campo, colisionando con el del duque de Orléans, al que contagió su desánimo. En vez de aprovechar sus fuerzas intactas para no dar respiro a los abrumados ingleses, lo que quizá hubiera dado un vuelco a la lucha, el batallón de Orléans se sumó a la retirada sin descargar un solo golpe, buscó sus caballos y galopó hacia la ciudad.

«¡Avanzad! —chilló el rey ante aquella cadena de contratiempos—. ¡Hoy me resarciré o moriré en el empeño!». Con la oriflama al viento y su hijo menor Felipe, de catorce años, el futuro duque de Borgoña, a su lado, hizo avanzar por el campo ensangrentado el más nutrido de los batallones, cuyos componentes caminaron con torpeza metidos en sus férreos «capullos». «¡Ay de nosotros! ¡Estamos perdidos!», exclamó un caballero inglés al verlos. «¡Mentís, cobarde miserable, si blasfemáis hasta el punto de decir que yo, mientras viva, puedo ser derrotado!», bramó el Príncipe Negro. Cada bando se precipitó sobre el otro con el vigor y la ferocidad de la desesperación. Aunque se dijo que el resultado de la lucha ya pudo predecirse cuando se hubo disparado la sexta flecha, quedó indeciso entonces, porque los arqueros de Inglaterra ya habían vaciado sus aljabas. Aprovechando la pausa anterior al nuevo ataque francés, los arqueros recobraron las saetas de los cuerpos heridos y muertos; otros tiraron piedras y lidiaron con cuchillos. Si hubieran dado el tercer asalto hombres a caballo, es posible que hubieran prevalecido en aquella fase sobre el adversario diezmado.

La batalla hacía siete horas que duraba. Era una masa agitada de grupos aislados que se herían recíprocamente, olvidados de cualquier propósito de formación. Sólo el príncipe y Chandos seguían enteros con los guerreros de reserva en lo alto de la colina. Chandos, indicando el lugar en que estaba la oriflama, aconsejó a Eduardo

que atacara la unidad del rey, porque, dijo, «el valor no le permitirá que huya, caerá en nuestras manos y la victoria será nuestra». En lo que se convirtió en la maniobra decisiva, el príncipe ordenó a su dartañanesco aliado, el *captal* de Buch, que guiase unos cuantos escuadrones de jinetes contra la retaguardia francesa. Él, con las reservas de caballeros y los ilesos de su propio batallón, sacó las últimas energías de su ejército para abalanzarse en un ataque frontal. «¡Heme aquí, señores! ¡Pensad en herir, por Dios! ¡Adelante, bandera, en el nombre del Señor y de san Jorge!».

Sonaron sus trompetas y su eco, devuelto por las pétreas murallas de Poitiers, resonó a través de los bosques, «hasta tal extremo de que pareció que las colinas llamaban a los valles y que había tronado en las nubes». La carga inglesa, en todo o en parte a caballo, bajó contra la unidad del rey «como el jabalí de Cornualles». La batalla alcanzó el cenit del furor y «nadie hubo, por impávido que fuese, que no sintiese desfallecer su corazón», escribió Chandos Herald. «¡Atención, padre, a la derecha! ¡Cuidado, a la izquierda!», avisó Felipe cuando los golpes menudearon. Los caballeros se enlazaron en combate individual, «pensando cada uno sólo en su honor». Los franceses riñeron con feroz desesperación, embestidos en la vanguardia por el príncipe y en la retaguardia por los jinetes del *captal*. Cubierto de la sangre que manaba de múltiples heridas, Geoffrey de Charny fue derribado y matado sin que soltase la oriflama. La guardia del rey, rodeándole como una poderosa cuña, titubeó bajo el ataque. «Unos, desventrados, pisan las entrañas propias, otros vomitan sus dientes y otros siguen en pie con los brazos amputados. Los muertos se desploman en la sangre de desconocidos, los caídos gimen y los espíritus altivos se lamentan horriblemente al abandonar los cuerpos inertes». Los cadáveres se amontonaban alrededor del hacha relampagueante del rey, que, perdido el casco, tenía la cara ensangrentada por dos tajos. «¡Daos, daos o sois muerto!», le gritaron. En medio de voces roncas y recia competencia para apoderarse de él, Denis de Morbecque, francés desterrado por homicidio, que servía a los ingleses, logró abrirse paso y dijo: «Sire, soy un caballero de Artois. Entregaos a mí y os conduciré al príncipe de Gales». Juan II le tendió su guante y se rindió.

La pérdida del rey desbarató las fuerzas francesas que restaban, y quienes pudieron huyeron hacia Poitiers para que no los apresasen. Ingleses y gascones de todos los rangos los persiguieron como locos, porque la codicia se sobrepuso al agotamiento, y se disputaron los prisioneros al pie de las murallas mismas de la ciudad. Algunos franceses se detuvieron en su huida y apresaron a sus perseguidores.

La derrota dejó a Francia sin jefes. Aparte el rey, el condestable, los dos mariscales y el portador de la oriflama, muertos o prendidos, los vencedores aprisionaron a un arzobispo armado, trece condes, cinco vizcondes, veintiún barones y abanderados, y unos dos mil caballeros, escuderos y hombres de armas de la nobleza. Como eran demasiados para tenerlos, la mayor parte fueron liberados bajo

palabra de entregar sus rescates en Burdeos antes de Navidad.

El número de bajas, que varía en cada versión, fue al menos de varios millares, de los cuales dos mil cuatrocientos veintiséis pertenecían a la aristocracia. El hecho de que igualasen o superasen a los capturados evidenció su valentía; pero, por desgracia para Francia, los que conservaron la vida huyendo impresionaron más que quienes perecieron en el combate. La *Grand Chronique* («Gran Crónica») reconoce con franqueza que los batallones «se desbandaron vergonzosa y cobardemente», y la *Chronique Normande* («Crónica normanda») concluye con acento lúgubre: «La mortandad de esta batalla no fue tan grande como el deshonor».

Ésta fue la lamentable ruina de Poitiers. Los ciudadanos desde las murallas presenciaron la infamante retirada y la apocada huida, y sus informes recorrieron toda Francia. La defección del batallón de Orléans, causa de la derrota, no puede explicarse más que con la deserción de los nobles irritados con el rey. Ciertamente, muchos presentes no hubieran llorado las desgracias de la monarquía, y hubieran bastado los gritos de unos pocos para provocar la desbandada. Fuese cual fuere la causa, el efecto sirvió para ahondar y divulgar la desconfianza en la clase noble, y hacer perder la fe en la estructura de la sociedad existente.

El sentimiento popular se manifestó en seguida contra los señores que volvían para reunir sus rescates. Los «plebeyos los odiaban y culpaban tanto», informa Froissart, que les costó entrar en las ciudades e incluso, a veces, en sus dominios. Los habitantes de una aldea normanda perteneciente al señor de Ferté-Fresnel, al ver que llegaba desarmado y sin otra escolta que un escudero y un criado, vociferaron: «¡He aquí uno de los traidores que huyeron del campo de batalla!». Se abalanzaron sobre los tres jinetes, arrancaron al señor del caballo y le propinaron una paliza. El injuriado volvió unos días después mejor pertrechado para tomar venganza, y mató a un campesino. El estallido fue prontamente acallado, pero auguraba el futuro. Muchos nobles reaparecieron, se enfrentaron con el escarnio o la hostilidad, y tuvieron dificultad en cobrar la ayuda tradicional que se concedía para rescatar al señor. A fin de reunir fondos, bastantes se vieron forzados a vender todos sus muebles o a liberar sus siervos a cambio del pago. Un subproducto de Poitiers fue un residuo de caballeros arruinados.

El grito de «¡Traidor!» representó no sólo la protesta local, sino la desconcertada explicación que el pueblo dio a lo inexplicable, la eterna acusación de conspiración, de puñalada en la espalda. ¿Cómo, salvo por felonía, pudo ser capturado el gran rey de Francia y derrotado el magnífico ejército de la caballería francesa por un «puñado de arqueros y bandidos»? Una polémica contemporánea en verso titulada *Lamento de la batalla de Poitiers* imputa directamente:

La grandísima traición que tanto tiempo ocultaron
fue en aquella hueste con mucha claridad revelada.

El autor, un clérigo desconocido, acusa a determinadas personas de «haber vendido a los ingleses por codicia los secretos del Consejo», de conjurarse para destruirle con sus hijos. La huida de aquellos desleales, «fementidos, infieles, infames y perjuros», fue una traición meditada; en ellos la nobleza quedó deshonrada y Francia también. Reniegan de Dios; son hombres orgullosos, ambiciosos y de conducta altiva.

Altisonantes, vanagloriosos y de vestiduras deshonestas,
con cinturones de oro y plumas en sus cabezas
y la larga barba de los chivos, cosa propia de bestias.
Te ensordecen como el trueno y la tempestad.

La barba criticada, en un principio señal de penitencia, se había empleado en los últimos tiempos, estrecha y partida en dos, como moda exquisita. En el texto la sátira la empareja con los tránsfugas.

El *Lamento* sólo elogia a Juan II, que peleó hasta el último instante con su «hijito». Se convirtió en el héroe de la opinión pública. A pesar de su ineptitud como soberano y caudillo, su valentía personal, destacada por el «hijito», le cubría de gloria a los ojos de sus súbditos y proporcionaba a Francia un fulcro con el cual recobraría su honor lastimado. El *Lamento* espera que Dios enviará «varones buenos y poderosos» que venguen la derrota y recuperen a su soberano, y concluye de modo significativo:

¡Si le aconsejan bien, no olvidará
capitanear a Juan Francés y toda su gran caterva
que no huyen de la guerra para salvar sus vidas!

Una vez los ciudadanos de Poitiers hubieron enterrado los cadáveres, el alcalde proclamó el duelo por el rey cautivo y prohibió la celebración de cualquier día de fiesta o diversión. En Languedoc los Estados Generales vedaron durante un año, hasta que el monarca no recuperase la libertad, el uso de oro, plata y perlas, vestidos y sombreros adornados o festoneados, y el esparcimiento con músicos y juglares. El delfín y sus hermanos, aunque no merecieron juicio tan favorable como el joven Felipe, no fueron incluidos en la ignominia de los nobles. Carlos, de vuelta a París, «mereció honrosa acogida del pueblo, acongojado por la captura de su padre el rey». Presentía, dice Jean de Venette, que de algún modo lograría liberar al soberano «y todo el país de Francia se salvaría».

¿Por qué la huida? ¿Por qué la derrota? El extraordinario suceso era «increíble» para Villani en Italia; Petrarca, que se enteró de él en Milán al regresar de un viaje, estaba no menos consternado; los propios ingleses tuvieron el triunfo por milagroso, y las generaciones posteriores no han acabado de entenderlo. Militarmente, la

superioridad numérica francesa se contrarrestó con la falta de mando eficaz. Los dos mil ballesteros genoveses, según unos informes, no se utilizaron, aunque otros afirmen lo opuesto. La relativa ineficacia de los arqueros de Francia durante todo el siglo es un enigma. Las ciudades y pueblos franceses mantenían compañías de arqueros que estimulaban privilegios especiales, y los hombres de Beauvais, vecino de Picardía, se consideraban los mejores del mundo en destreza individual. Pero nunca se utilizaron de manera conveniente en los combates junto a los caballeros y soldados acorazados, porque los primeros desdeñaban compartir su supremacía en el campo con los plebeyos.

El separatismo de Normandía y Bretaña, el fracaso de oponerse a la incursión del Príncipe Negro en Languedoc y las intrigas y traiciones de Carlos de Navarra eran aspectos de la anarquía que perdió la batalla de Poitiers. El derecho a la retirada independiente, que habían intentado suprimir la orden de la Estrella y la ordenanza de 1351, no había desaparecido del ánimo de los nobles. El quebranto sufrido era una victoria pírrica de la libertad de los barones.

Fue asimismo, en cuanto al bando inglés, el triunfo de la jefatura militar, que supo compensar el cansancio y la inferioridad numérica. Se obedecían las órdenes que daba el príncipe y éste, con mayor autoridad moral que Juan, y con mandos en los batallones en quienes podía confiar, estaba en disposición de dirigir todas las maniobras. Eduardo se mantuvo en un lugar desde el que dominaba la batalla y le era posible dirigir los movimientos, le sirvieron soldados veteranos y endurecidos, y tuvo dos cosas esenciales para vencer: la imposibilidad de retroceder y la voluntad que impulsaba a luchar a sus hombres hasta el último aliento. Como general, en palabras de Froissart, era «valeroso y cruel como el león».

Fatigado de combatir y anhelante de alejar a su presa regia de un posible intento de liberación, el Príncipe Negro no intentó enlazar con el ejército de Lancaster, sino que se dirigió inmediatamente al sur, hacia Burdeos, portador de nuevos carros repletos de artículos lujosos, como mantos forrados de piel, joyas y libros iluminados, obtenidos en el campamento francés. Despedidos por el delfín, los nobles de Francia se dispersaron para proteger sus dominios; ninguno pensó en liberar al rey durante la marcha de doscientos cuarenta kilómetros que le llevaría a Burdeos. Los cardenales fueron a aquella ciudad para insistir en sus peticiones de paz, y mientras se negociaban los acuerdos, los ingleses y gascones emprendieron un intenso tráfico de compra y venta de prisioneros y de discusiones acaloradas sobre la parte proporcional de los rescates y sobre quién había apresado a determinado noble. La situación se agrió mucho durante los regateos. Hubo quejas de que los arqueros habían matado a demasiadas personas dignas de ser capturadas. Cuando el príncipe anunció su propósito de trasladar a Inglaterra al soberano de Francia, los gascones reclamaron airadamente una participación en su apasionamiento. Hubieron de ser apaciguados con el pago de cien mil florines, en que se convirtieron los sesenta mil de la oferta inicial rechazada.

Dueños del rey francés, los ingleses se hallaban en situación de apretar las clavijas. Pero aunque los negociadores eran también prisioneros, y el delfín se hallaba detenido por los acontecimientos de París, los franceses rechazaron los duros términos que se les formularon. El invierno transcurrió sin que se conviniese algo más que una tregua de dos años. En mayo de 1357, seis meses después de la batalla, el Príncipe Negro llevó al rey Juan, su hijo y otros nobles cautivos a Londres, mientras en el reflujo de la derrota el Tercer Estado se esforzaba por dominar en París.

CAPÍTULO 7

FRANCIA DECAPITADA: LA SUBLEVACIÓN BURGUESA Y LA JACQUERIE

El Tercer Estado parisiense, exasperado desde hacía mucho tiempo por la anarquía de las finanzas reales y la venalidad de los ministros del rey, aprovechó el quebranto de la monarquía para intentar imponer alguna forma de freno constitucional. Les proporcionó la ocasión la convocatoria de los Estados Generales para la concesión de dinero destinado a la defensa. Así que los ochocientos delegados consiguieron reunirse en París en octubre, el inexperto delfín, humillado y espantado por la derrota de Poitiers, tuvo que informar del vergonzoso resultado de la batalla y pedir a los Estados subsidios con que rescatar al soberano y proveer a la defensa del reino. Los burgueses, principales acreedores estatales, representaban la mitad de los delegados. Escucharon con frialdad, mientras Pierre de la Forêt, canciller de Juan II, justificaba la petición. Después de elegir la comisión permanente de los Ochenta, que incluía nobles y clérigos, y de enviar al resto, muy agradecido de ello, a sus casas, los Estados se dispusieron a abordar al delfín con sus demandas. Le pidieron hablarle en privado, creyendo que, sin sus consejeros, le intimidarían con mayor facilidad.

La figura más importante de la comisión, que se convertiría en el espíritu sustentador del estallido que se avecinaba, era el preboste de los mercaderes, Étienne Marcel, rico pañero cuyo cargo equivalía al de alcalde de París. Había sido el portavoz de los Estados cuando, en 1355, manifestaron su desconfianza del gobierno real. Marcel representaba a los magnates mercantiles del Tercer Estado, los fabricantes y hombres de negocios de la sociedad medieval, que, en los últimos doscientos años, habían logrado una influencia práctica, ya que no jerárquica, comparable a la de los grandes prelados y la nobleza.

Su primera petición fue el cese de los siete consejeros del rey de venalidad más notoria, cuyos bienes serían confiscados y a quienes se incapacitaría a perpetuidad para el desempeño de cargos públicos. Los Estados, en su lugar, nombrarían un Consejo de Veintiocho, compuesto de doce nobles, doce burgueses y cuatro religiosos. Sólo así consentirían en establecer ciertos tributos en ayuda de la guerra. Como condición final, que hubieran hecho bien en evitar, se habría de devolver la libertad a Carlos de Navarra.

Deseaban lo último porque significaba un peligro potencial que acobardaría al delfín y porque el de Navarra tenía entre ellos un aliado, maquinador como él, que era la eminencia gris del movimiento reformador. Se trataba de Robert le Coq, obispo de Laon, prelado de origen burgués y «peligroso» orador, que por el camino de la ley se había encumbrado en el favor y altos cargos como abogado del rey bajo Felipe VI e ingresado en el Consejo Real bajo Juan II. Poseía una biblioteca, grande para la

época, de setenta y seis libros, cuarenta y ocho de los cuales trataban de derecho civil y canónico, lo que reflejaba su interés en los problemas gubernamentales, y siete de colecciones de sermones, que se usaban como modelos del arte oratorio. El estilo y el lenguaje eran una preocupación medieval, y en ellos Le Coq había alcanzado maestría. Designado obispo de Laon, había montado la exquisita reconciliación de Juan II y Carlos de Navarra, cuyas ambiciones concebía como el vehículo de las suyas. Aspiraba a la cancillería, y aborrecía al monarca por no concedérsela y al canciller existente por ostentarla.

Carlos, el delfín, a pesar de su aparente debilidad, poseía bajo su exterior enfermizo un duro núcleo de resistencia y una inteligencia natural, que le ayudaron en la adversidad. Pálido y delgado, aunque no sujeto a las dolencias que más tarde le atormentarían, tenía ojillos agudos, labios finos, nariz larga y afilada, y cuerpo mal proporcionado. Su aspecto no era el de un libertino, si bien sus contemporáneos le achacaban dos hijos bastardos, que concibió, a juzgar por la edad de los retoños, a los quince o dieciséis años. Careciendo de afición y capacidad para las empresas militares, ejercitó su mente, lo que resultaba útil para gobernar y era impropio de los Valois. Se murmuraban de su madre (que tenía dieciséis años cuando casó con Juan, de trece) cosas que insinuaban que el primogénito tal vez no fuera un Valois. Desde luego, no se parecía a Juan.

Pendiendo de él la defensa de la corona en medio de las ruinas, Carlos rechazó las exigencias de los Estados por recomendación de los consejeros de su padre y ordenó su disolución. Al propio tiempo, se alejó precavidamente de París. La comisión permanente, negándose a obedecer, se reunió al día siguiente de su partida, en noviembre de 1356, y escuchó el enardecedor discurso de Robert le Coq en denuncia del desgobierno del reino y en propuesta de petición de reformas aún mayores. «¡Afrentado se vea quien no hable, porque jamás la ocasión fue tan oportuna como ahora!», gritó.

La posibilidad de poner límites a la monarquía se había presentado. Pudo ser el Runnymede[*] francés si los interesados hubieran sido tan coherentes como los barones ingleses de 1215; pero pronto se fragmentarían en facciones.

El estrato alto del Tercer Estado, consistente en mercaderes, manufacturadores, abogados, funcionarios y proveedores de la corona, no tenía en común con la clase obrera sino el hecho de no pertenecer a la nobleza. Todos los magnates burgueses apuntaban a saltar aquella barrera. Mientras trepaban hacia el ennoblecimiento y un dominio rural, emulaban la indumentaria, costumbres y valores de la aristocracia, y al conseguirlo compartían con ella la exención de impuestos, beneficio nada desdeñable. Étienne Marcel tenía un tío que había pagado el tributo más elevado de París en 1313 y cuyo hijo compró una patente de nobleza por quinientas libras. El suegro y el cuñado de Marcel, Pierre y Martin des Essars, desde sus orígenes burgueses en Rouen, se habían enriquecido y habían sido ennoblecidos en el servicio de Felipe el Hermoso y de Felipe VI. Como agentes de la corona, ellos y los de su

clase aprovisionaban las viviendas regias, encargaban sus tapices y libros, compraban sus joyas, telas y obras de arte, eran sus confidentes y prestamistas, y tenían cargos lucrativos como tesoreros y perceptores de impuestos. Pierre pudo dotar a su hija Marguerite, cuando se casó con Marcel, con la principesca suma de tres mil escudos.

La nobleza y el clero se resentían de aquellos favores reales y de la opulencia que permitía elegir a los funcionarios fuera de sus filas. En especial aborrecían a los de las finanzas, «que viajan con pompa y acumulan fortunas mayores que las de duques y casan a sus hijas con nobles y compran las tierras de caballeros pobres a quienes han timado y empobrecido… y dan cargos oficiales a los de su calaña, cuyo número aumenta de día en día y cuyos salarios crecen al mismo paso».

Entre los empleados públicos y los mercaderes burgueses como Marcel no reinaba el amor, aunque unos y otros compartían las empresas capitalistas. El capitalismo se hizo respetable cuando resultó factible por medio de las técnicas de la banca y el crédito. Se desvaneció la teoría de la sociedad no adquisitiva, y la acumulación de riqueza sobrante dejó de ser odiable, más aún, se convirtió en envidiable. En *Renart le Contrefait* («Renart el Contrahecho»), sátira de la época, los burgueses ricos disfrutan de la mejor situación: «Viven a la manera de los nobles, llevan vestidos señoriales, tienen halcones y gavilanes, bellos palafrenes y hermosos corceles. Cuando los vasallos han de ir al ejército, los burgueses descansan en sus lechos; cuando los vasallos van a que los acuchillen en la batalla, los burgueses meriendan junto al río».

Elegidos por los ciudadanos importantes, el preboste de los mercaderes y los magistrados, colegas suyos, cumplían todas las funciones municipales ordinarias y asignaban servicio diario a la fuerza de policía, que se nutría del servicio obligatorio de los vecinos en unidades de diez, cuarenta y cincuenta individuos. El preboste, con la asistencia de cuatro delegados y un consejo de veinticuatro clérigos y seglares, debía estar en su puesto a las siete de la mañana, menos en los días festivos. Tenía su sede en el Châtelet, que era también la cárcel de la ciudad, situado en la orilla derecha, a la entrada del Grand Pont, el único que comunicaba con la Île-de-la-Cité. Cerca del Châtelet se hallaba el Ayuntamiento en una amplia plaza abierta, la de Grève, donde los desempleados iban en busca de trabajo.

Sobre el plano actual, la ciudad que Marcel administraba abarcaba aproximadamente desde los grandes bulevares en la orilla derecha hasta los jardines de Luxemburgo en la izquierda, y de este a oeste desde la Bastilla a las Tullerías. Más allá de estos límites, había el *faubourg* o extramuros. El centro de París era la Île-de-la-Cité, en medio del Sena, en la que estaban Notre-Dame, el Hôtel-Dieu, u hospital público, y el palacio real, obra de san Luis. La orilla derecha, que se había extendido allende las antiguas murallas, acogía el comercio, la industria, los mercados, las tiendas de lujo y las residencias acomodadas; la izquierda, de población más reducida, estaba dominada por la universidad. Según un registro catastral del año 1292, la ciudad tenía entonces trescientas cincuenta y dos calles, once encrucijadas,

diez plazas, quince iglesias y quince mil contribuyentes. Cincuenta años más tarde, en los días de Marcel, su población total, después de la Peste Negra, frisaría en unas setenta y cinco mil almas.

Las calles principales estaban pavimentadas y eran lo bastante anchas para admitir el paso de dos carros o carruajes, mientras que las restantes pecaban de angostas, enlodadas y apestosas, con un albañal a lo largo del centro. El ciudadano medio eliminaba sus basuras según la regla de «todo a la calle», y en los barrios pobres los desperdicios solían amontonarse a la entrada de las casas. Los dueños de las viviendas tenían la obligación de trasladar aquellos cúmulos a los vertederos, y repetidas veces las ordenanzas les recordaban su obligación de empedrar la porción de calle situada frente a sus fincas y la de barrerla.

La circulación se interrumpía en las callejuelas, cuando las acémilas, con cestas a uno y otro costado, coincidían con los vendedores ambulantes o los faquines cargados de leña y carbón. Las muestras de las tabernas, fijas en largas barras de hierro, contribuían a dificultar el paso. Los anuncios de los establecimientos eran colosales, los más adecuados para asombrar a los parroquianos, porque los tenderos tenían prohibido llamar a los compradores hasta que habían abandonado la tienda vecina. Un sacamuelas se anunciaba con una muela del tamaño de un sillón, y un guantero con un guante cuyos dedos podían dar cabida a cinco niños.

El ruido de las muestras que el viento sacudía rivalizaba con los gritos de los vendedores callejeros, la vociferación de los muleros, el tableteo de los cascos de los caballos y las voces de los pregoneros. París tenía seis maestros pregoneros, que nombraba el preboste, cada uno con asistentes que eran enviados a las encrucijadas y plazas de los barrios para comunicar decretos oficiales, impuestos, ferias y ceremonias, casas en venta, niños perdidos, bodas, entierros, nacimientos y bautizos. Cuando el vino del rey estaba listo para la venta, todas las tabernas tenían que cerrar sus puertas, mientras ellos anunciaban dos veces al día los caldos reales. Acompañaban la noticia de las muertes con campanillazos y solemnes advertencias: «Despertad, dormidos, y Dios perdone vuestras transgresiones; los muertos no pueden llorar; orad por sus almas cuando la campana suena en estas calles». Los perros vagabundos aullaban cerca de ellos.

Cada gremio tenía barrio propio: los carniceros y curtidores alrededor del Châtelet; los cambistas, orfebres y pañeros en el Grand Pont; y los pendolistas, iluminadores y vendedores de pergamino y tinta en la orilla izquierda, alrededor de la universidad. En talleres abiertos trabajaban panaderos, jaboneros, pescaderos, sombrereros, ebanistas, alfareros, bordadores, lavanderos, peleteros, herreros, barberos, drogueros y los millares de personas versadas en las actividades secundarias de la producción de telas, vestidos y objetos metálicos. Por debajo de los artesanos se hallaban los jornaleros, mandaderos y criados. Se les conocía por su nombre acompañado de un apodo referente a su oficio, lugar de origen o rasgo personal, como Robert le Gras (el Gordo), Raoul le Picard (de Picardía), Isabeau

d’Outre-mer (de Ultramar) y Gautier Hors-du-sens (el Chiflado).

En cada barrio había baños públicos de vapor o agua caliente. El registro catastral de 1292 menciona veintiséis. Bien que considerados perjudiciales para la moral, sobre todo en el caso de las mujeres, se admitían como una contribución a la limpieza, y la ciudad se esforzaba por no cerrarlos en invierno, cuando el combustible se encarecía. Se prohibía la entrada de prostitutas, vagabundos, leprosos y hombres de reputación dudosa, y que abriesen antes del amanecer a causa de los peligros que acechaban en las calles; pero al alborear se oía la voz del anunciador.

Os llamo para que os bañéis, señor,
y os metáis en el vapor sin dilación.
Nuestra agua está caliente, y no mentimos.

Como capital dotada de una gran universidad, París recibía una horda turbulenta de estudiantes de toda Europa. Disfrutaban de privilegios que los sometían, no a la justicia ordinaria, sino a la del monarca, con la consecuencia de que muchos de sus crímenes y desórdenes quedaban sin castigo. Vivían de modo miserable, pagando precios exorbitantes por habitaciones sucias en calles lóbregas. Estudiaban sentados en taburete en frías salas de lectura iluminadas por dos bujías. Se les acusaba constantemente de libertinaje, violación, robo y «las restantes enormidades que Dios aborrece».

Aunque Oxford prosperaba como centro de interés intelectual, la universidad de París era aún el árbitro teológico de Europa, y las bibliotecas de cada una de sus facultades, varias de las cuales encerraban hasta un millar de volúmenes, aumentaban su gloria. Además de ellas había la excelente de Notre-Dame y no menos de veintiocho libreros, sin contar los puestos al aire libre. Había, como escribió entusiasmado un viajero inglés, «huertos ubérrimos de todo género de libros. ¡Qué poderosa corriente de placer alborozó nuestro corazón cuando visitamos París, el paraíso del mundo!».

El agua se suministraba en fuentes públicas, que la recibían de acueductos procedentes de los montes del noreste de la ciudad. Los molinos de viento llenaban los *faubourgs*, en los que las casas tenían espacio para huertos y viñedos, y las abadías se erguían en medio de cultivos. Los víveres entraban en París sobre todo en barca, desde las que pasaban a los puestos de los mercados o a las bandejas de los vendedores ambulantes. Los pordioseros se sentaban a la puerta de las iglesias pidiendo caridad, los frailes mendicantes solicitaban pan para su orden o los encarcelados pobres, los juglares hacían juegos de manos y de magia en las plazas y recitaban cuentos satíricos y baladas narrativas de aventuras en tierras sarracenas. Las calles se encendían con vestidos multicolores. El carmesí, verde y bicolor, por ser los más caros, se reservaban a los nobles, prelados y magnates. El clero podía usar

cualquier colorido siempre y cuando su traje fuera largo y estuviera abrochado. Al ocaso la campana de queda marcaba el cierre de los establecimientos: el trabajo se detenía, las tiendas se atrancaban y el silencio reemplazaba al alboroto. A las ocho de la noche, cuando el toque de ángelus señalaba el momento de acostarse, la ciudad estaba a oscuras. Sólo en las travesías se encendía un velón parpadeante o una lamparilla en el nicho de una imagen de Nuestra Señora o del santo patrón del barrio.

Todos los negocios vacaban en domingo. Los habitantes iban a la iglesia. Después los obreros se reunían en las tabernas, mientras los burgueses se paseaban en los *faubourgs*. En los días festivos los parisienses acostumbraban a cenar en una mesa puesta delante de la entrada de su vivienda. Las casas eran las peculiares urbanas, altas y estrechas, construidas unas junto a otras, a veces con un patio medianero entre la mitad delantera y la trasera. Se edificaban con vigas de madera, con los espacios llenos de arcilla o piedra, y cada planta se apoyaba directamente en la inferior, más saliente. Los *hôtels* de los nobles y magnates conservaban elementos del castillo fortificado, con torres cónicas y muros altos. Como concesión a la vida urbana, poseían amplias ventanas, de cristales emplomados, que miraban a los patios, miradores y muchos pináculos ornamentales en los tejados, desde los cuales podía atalayarse en todas las direcciones. El propietario se daba a conocer esculpiendo su escudo sobre el dintel. Las calles no tenían letreros con sus nombres, de modo que a veces las personas perdían horas enteras en encontrar el edificio que les importaba.

El interior de las residencias de la nobleza estaba decorado con pinturas murales y tapices, pero el mobiliario escaseaba. El artículo más importante era la cama, que servía tanto para sentarse como para dormir. Había pocas sillas; incluso los monarcas y pontífices recibían las embajadas sentados en sus lechos, rodeados de complicadas cortinas y cubiertos de lujosas colchas. En los demás casos, se descansaba en bancos. Hachones sujetos en las paredes iluminaban los aposentos, y enormes chimeneas bostezaban en los muros. Estos lares hundidos «a la moda francesa», como se decía en Italia, eran el mayor lujo de los hogares de la clase media. El resto de la calefacción dependía del horno, el fuego de la cocina y los calentadores de cama, en forma de sartén, por las noches. La calefacción, como los sistemas de evacuación sanitaria, era demasiado rudimentaria en una edad técnicamente equipada para perfeccionarla; pero el hombre es tan irracional en cuanto a su comodidad como en muchas otras actividades. Las fuentes productoras de calor se sustituyeron con coberturas de piel, trajes forrados de pieles y prendas separadas de piel, que se empleaban debajo de los mantos y vestidos. La nutria, gato, ardilla, zorro, etc., eran menos caros que el paño grueso de lana; el armiño y la marta adornaban a los ricos.

Los suelos se alfombraban en verano con hierbas fragantes, y en las demás estaciones con juncos o paja, que se cambiaban cuatro veces anuales, o una al año en las casas pobres, momento en que las pulgas pululaban en ellos, además de heder por culpa de los excrementos de perro y de la basura. Un comerciante de situación desahogada esparcía por tierra violetas y otras flores antes de un banquete nocturno y

decoraba las paredes y mesa con verduras frescas adquiridas en el mercado aquella misma mañana.

Habiendo pocas habitaciones, los criados dormían donde podían. No existía posibilidad de aislamiento, lo que tal vez fuese motivo de irritación. Puede discutirse si ello facilitaba o impedía los actos de seducción. Los dos estudiantes de Cambridge, del cuento de Mayordomo de Chaucer, pudieron disfrutar de los favores de la mujer e hija del Molinero, porque durmieron en la misma habitación que la familia. Incluso en los hogares principales, los huéspedes dormían en la misma alcoba que los anfitriones.

Así era el Tercer Estado de París, desde el trabajador más mísero al más rico magnate, a quienes Marcel pretendía movilizar en su lucha contra el delfín. Para obligarle, el preboste empezó a usar la amenaza de huelgas y violencia popular. Cuando Carlos quiso acopiar dinero con otra devaluación del cuño, suscitando la ira parisiense, «el preboste ordenó a todos los gremios y hermandades de la ciudad que dejaran de trabajar y cada uno se armase». Obligado a anular los edictos y desprovisto de fondos, el príncipe no tuvo otro recurso que convocar los Estados y regresar a París para comparecer ante ellos.

En esta sesión, que duró un mes, desde febrero a marzo de 1357, todas las reformas propuestas, formuladas por escrito, se presentaron en una gran ordenanza de sesenta y un artículos, la carta magna del Tercer Estado. Redactada en francés en lugar de latín, como para hacer resaltar el cambio, expresó un ideario de «buen gobierno», como si sus autores intentaran completar la deliciosa visión que, con el mismo título, Lorenzetti había pintado en Siena pocos años antes. En la ciudad del pintor, los ciudadanos, vestidos de suaves colores, se dirigen armoniosamente en sus ocupaciones, mientras que los hombres de armas pasan junto a ellos, en un ambiente de tolerancia y benignidad mutuas. En una época atribulada, la gran ordenanza buscaba el mismo orden y decoro.

Los autores habían imaginado, no un esquema nuevo e importante de gobierno, sino la corrección de una serie de abusos existentes, en la que se entremetían tres bases políticas fundamentales. Versaban éstas sobre que la monarquía no percibiera impuesto que no hubieran votado los Estados, que los Estados Generales tuvieran derecho a reunirse periódicamente por voluntad propia, y que un Gran Consejo de Treinta y Seis, doce por estamento, debía ser elegido por los Estados para aconsejar a la corona.

Se reafirmaron en la purga de los consejeros del rey Juan. Los miembros del Gran Consejo nuevo recibieron «la petición de que renunciasen a la costumbre de sus predecesores de llegar tarde al trabajo y de trabajar poco». Todos los funcionarios habrían de estar en sus puestos «cada día al nacer el sol»; se les pagaría bien, mas perderían su sueldo si no eran puntuales. La moneda no se alteraría sin el

consentimiento de los Estados, se reducirían los gastos del soberano y los príncipes, se activarían los casos judiciales en el Parlamento, los funcionarios provinciales no tendrían dos empleos ni se dedicarían al comercio, las órdenes de reclutamiento militar se darían sólo en situaciones específicas, los nobles no se irían sin licencia del país y sus guerras particulares serían prohibidas con severidad. La justicia y la caridad con los pobres se agilizarían, no se confiscarían sus bienes sin justa recompensa, y sus vehículos nunca durante más de un día; se afirmó el derecho de los aldeanos a reunirse y empuñar las armas contra el robo y la violencia. Finalmente, los Estados se comprometían a elevar los impuestos en el porcentaje necesario para pagar treinta mil soldados durante un año, pero ellos administrarían el dinero sin intervención de la corona.

Con resistencias y dilaciones, el delfín rehusó firmar la ordenanza hasta que le obligó a ello la técnica de Marcel de sacar las multitudes de su trabajo a la calle, en número que aumentaba a diario, y de animarlas a gritar «¡A las armas!». Con este procedimiento se obtuvo la firma de Carlos con el título de regente, que los Estados le impusieron que aceptase con el fin de comprometer a la monarquía. Se instaló el nuevo Consejo de los Treinta y Seis, mientras que los consejeros depuestos se precipitaron a Burdeos para informar a Juan II. Antes de que le condujeran a Londres, el rey repudió la firma de su hijo y toda la ordenanza.

Durante el verano de 1357, ni el delfín ni el Consejo fueron capaces de gobernar de modo efectivo, y entretanto buscaron el apoyo de las provincias. Carlos, que recorrió el país con gran boato para mostrar que la monarquía aún tenía vigencia, logró más éxito que Marcel. Cuando los Estados se reunieron en abril, hubo poquísimos aristócratas presentes, prueba clara de que la nobleza, resentida por las condiciones de la gran ordenanza, retiraba su apoyo. El movimiento reformista se hallaba apurado. Fuera de París la quiebra de la autoridad se acercaba a la catástrofe.

El catalizador fue el bandidaje de los grupos militares que había generado la situación belicosa de los últimos quince años. Se trataba de las compañías francas, que «trazan el pesar en el seno de la tierra» y que se convertirían en el tormento de la época. Compuestas de ingleses, galeses y gascones licenciados por el Príncipe Negro después de Poitiers, como solía hacerse para no seguir pagándoles, habían adquirido la afición a las facilidades y riquezas del pillaje. Con mercenarios alemanes y aventureros de Hainault, formaron alrededor de un capitán grupos de veinte a cincuenta individuos y se encaminaron al norte para operar en el área comprendida entre el Sena y el Loira, y entre París y la costa. Después de la tregua de Burdeos, se les unieron las fuerzas de Felipe de Navarra, los restos de las del duque de Lancaster y capitanes y hombres de armas bretones, expertos en el arte de explotar cualquier región. Los sigue durante todo el siglo el estribillo de los cronistas: *arser et piller* (quemar y saquear).

La pérdida del rey y de tantos nobles les facilitó la ocasión. En el año posterior a la tregua, crecieron, se fundieron, se organizaron, se extendieron y operaron cada vez con mayor libertad. Se apoderaban de un castillo y lo transformaban en la base desde la que cobraban tributo a los viajeros y recorrían la comarca. Estudiaban una ciudad conveniente a un par de jornadas «e iban con disimulo de día y de noche, y entraban en ella por la mañana y prendían fuego a una casa; los ciudadanos, pensando que era obra de gente de guerra, huían de la población; y entonces los bandoleros reventaban los cofres y las viviendas, y arrebataban lo que les apetecía y huían una vez lo habían hecho».

Imponían rescates a las aldeas prósperas e incendiaban las pobres, privaban a las abadías y los monasterios de las cosas almacenadas y valiosas, pillaban los graneros de los labradores, mataban y torturaban a quienes ocultaban sus bienes o se oponían al rescate, sin perdonar a los sacerdotes y ancianos, violaban vírgenes, monjas y madres, y secuestraban mujeres, obligándolas a ser cantineras, y hombres, como criados. Cuando medraron, quemaban por capricho cosechas y aperos, y talaban árboles y vides, destruyendo aquello de lo que vivían, en acciones que resultan inexplicables como la fiebre de aquella edad o como exageraciones de los cronistas.

Compañías semejantes habían existido desde el siglo XII. Proliferaron en especial en Italia, donde la nobleza, más urbanas que en otros sitios, cedió cada vez más el ejercicio de las armas a mercenarios. Mandadas por capitanes profesionales, las compañías, que a veces llegaban a dos mil o tres mil hombres, se componían de desterrados, forajidos, aventureros sin bienes muebles o inmuebles, alemanes, borgoñones, italianos, húngaros, catalanes, provenzales, flamencos, franceses y suizos, a menudo con espléndido equipo para luchar a pie y a caballo. A mediados del siglo, el jefe más sobresaliente fue un prior renegado de los caballeros de San Juan, llamado Fra Monreale, que sostenía un consejo, secretarios, contables, jueces de campo y patíbulos, y que podía exigir ciento cincuenta mil florines de oro a Venecia para combatir a Milán. En el solo año de 1353 arrancó cincuenta mil florines a Rímini, veinticinco mil a Florencia, y dieciséis mil tanto a Pisa como a Siena. Invitado a trasladarse a Roma por el revolucionario Cola di Rienzi, que codiciaba su riqueza, Monreale, lleno de confianza en sí mismo, llegó solo; le arrestaron, juzgaron como ladrón público y ejecutaron. Fue al tajo con un magnífico vestido de terciopelo oscuro bordado en oro y su propio cirujano dirigió el hacha del verdugo. Ni siquiera entonces se arrepintió. Se declaró justificado «en abrirse camino con la espada en un mundo falso y miserable».

El aspecto más perjudicial de las compañías era que, a falta de ejércitos organizados, satisfacían una necesidad y se recurría a ellas. Felipe VI, al enterarse de con qué soltura un capitán llamado Bacon había sorprendido y tomado un castillo, compró sus servicios por veinte mil coronas y le nombró sargento de armas, «siempre bien montado, equipado y armado como un conde». Otro, Croquart, que empezó como «paje pobre» en las guerras bretonas, se elevó por méritos propios a capitán de

bandidos tasado en cuarenta mil coronas. Su reputación guerrera hizo que el bando inglés le escogiese como uno de sus representantes en el combate de los Treinta. Más tarde, el rey Juan le ofreció el título de caballero, una esposa rica y una paga anual de dos mil libras si entraba en su servicio. Croquart rechazó la oferta, porque prefería la independencia.

Las compañías de Francia, más de bandidos que de mercenarios, atrajeron a caballeros franceses, que, arruinados por los rescates de Bretaña y Poitiers, contribuyeron a la devastación de su patria. Nobles de poca monta y sin ingresos, hijos menores y bastardos se erigieron en capitanes y encontraron en ellas sustento, la posibilidad de enriquecerse, un modo de vida y un escape para el inquieto impulso agresivo que antaño habían consumido las cruzadas.

El francés más notorio era Arnaut de Cervole, noble de Périgord, apodado el «Arcipreste» por el beneficio eclesiástico que había tenido. Herido y capturado en Poitiers, recobró la libertad al pagar el rescate, y, de vuelta a Francia en los anárquicos meses de 1357, se nombró jefe de una partida que tenía el expresivo nombre de *Società dell'acquisito* (Sociedad de lo adquirido). En colaboración con el señor provenzal Raimond des Baux, la compañía se transformó en división de dos mil individuos y el «Arcipreste» en uno de los peores malhechores de su tiempo. Durante una incursión por Provenza en 1357, el papa Inocencio VI se sintió tan inseguro en Aviñón, que se anticipó a negociar su inmunidad. Cervole fue invitado al palacio pontificio y «recibido con tanta reverencia como si fuese el hijo del rey de Francia»; después de comer varias veces con el papa y los cardenales, obtuvo el perdón de todos sus pecados —condición que aparecía con regularidad en las exigencias de las compañías— y la suma de cuarenta mil escudos por abandonar la región.

Su par entre los ingleses fue *sir* Robert Knollys, «hombre de pocas palabras», al que Froissart juzgó «el más capaz y diestro guerrero de todas las compañías». También se había destacado en las guerras bretonas y luchado con los Treinta, siendo armado caballero en el proceso. Después de servir con Lancaster, se quedó para saquear Normandía, y lo hizo con tanta habilidad y despiadada decisión que, en 1357-1358, obtuvo un botín de cien mil coronas. En los dos años siguientes se estableció en el valle del Loira, donde dominó cuarenta castillos y quemó y pilló desde Orléans a Vézelay. En una incursión por Berry y Auvernia, su compañía dejó un rastro de poblaciones destruidas, cuyos tejados carbonizados se conocieron por «las mitras de Knollys». Tal espanto infundía su nombre que, se cuenta, en un lugar, la población se arrojó al río al tener noticia de que se aproximaba.

Cuando le informó de que estaban a su disposición todas las plazas fuertes que había tomado, el rey Eduardo —que no desdeñaba, lo mismo que otros gobernantes, compartir los beneficios del bandolerismo— le perdonó generosamente las actividades que habían violado la tregua. Knollys llegó a conquistar la categoría militar y el renombre de Chandos y el Príncipe Negro. En la paz y las campañas iba del bandidaje al servicio regular sin pestañear y sin cambiar su estilo. Al fin de su

carrera se retiró con «riquezas regias» y grandes dominios, y se convirtió en benefactor de iglesias y fundador de hospicios y capillas. Los franceses le llamaban Robert Canole, que «hizo daños tremendos a Francia en todos los días de su existencia».

En la anarquía siguiente a la derrota de Poitiers, los caballeros y bandidos fueron intercambiables, lo que amontonó más odio sobre la clase de la espada, pero no suscitó necesariamente mala reputación entre la nobleza. El «joven, audaz y amoroso» Eustache d'Aubrecicourt, caballero de Hainault y compañero del príncipe Eduardo en Poitiers, se volvió bandolero con tanto ímpetu y éxito que conquistó el amor de la viuda condesa de Kent, sobrina de la reina de Inglaterra y asimismo nacida en Hainault. Le envió caballos, regalos y cartas apasionadas que le excitaron a hazañas más atrevidas aún, bien que no más caballerescas. Atenazó de manera salvaje Champaña y una porción de Picardía hasta que los caballeros franceses se defendieron y le capturaron. Tan codiciosos como él le devolvieron la libertad a cambio de veintidós mil francos de oro, y así no tardó en reanudar sus fechorías. Al mando de dos mil ladrones, organizó un comercio de castillos tomados, que vendía a sus propietarios a precios muy lucrativos. De modo comprensible para el siglo XIV, que emplease su espada en robar y asesinar no implicaba deshonor alguno a los ojos de Isabelle de Kent, que se casaría en 1360 con su ya opulento héroe.

En respuesta de las quejas francesas de que las compañías inglesas no respetaban la tregua, el rey Eduardo les ordenó que se disgregasen, pero sus órdenes no se pronunciaron ni se tomaron en serio. Mientras los términos de la paz se negociasen, estaba dispuesto a que las compañías siguieran ejerciendo presión sobre Francia. Igualmente partidario de fomentar los trastornos era Carlos de Navarra. Continuaba encarcelado, pero tenía agentes, entre ellos su hermano Felipe, que obraban en representación suya. Donde los navarros se aliaban con los ingleses los daños eran peores…, de manera deliberada, pensó alguno, como procedimiento de obtener la liberación de Carlos.

Los pueblos y aldeas, para defenderse de las compañías, convirtieron en fortalezas las iglesias de piedra, las ciñeron de trincheras, colocaron centinelas en los campanarios y acumularon en ellos rocas para repeler a los atacantes. «El tañido de las campanas ya no congregaba a la grey para alabar al Señor, sino para protegerse del enemigo». Las familias labradoras, imposibilitadas de pernoctar en la iglesia, pasaban las noches con su ganado en islas del Loira o en barcas ancladas en el centro del río. En Picardía se refugiaban en túneles, que eran las bodegas subterráneas excavadas en el tiempo de las invasiones normandas. Tenían un pozo central y respiraderos en la techumbre, y acogían a veinte o treinta personas, con espacio suficiente en las paredes para las reses.

Los vigías comprobaban desde los campanarios si los bandidos se habían retirado, y luego regresaban a los campos. Las familias rurales se apresuraban a ampararse en las ciudades, monjes y monjas abandonaban sus monasterios, las carreteras y los

caminos estaban llenos de asechanzas, los ladrones aparecían por doquier y los enemigos proliferaban en la tierra. «¿Qué más puedo decir? —preguntó Jean de Venette en su lista de calamidades—. En adelante, dolor, infortunios y peligros sin cuento cayeron sobre el pueblo francés por falta de buen gobierno y de defensa adecuada».

Jean de Venette, simpatizante del Tercer Estado, era prior carmelita y general de la orden en la década de 1360, cuando escribió su crónica. Acusó al regente, que «no aplicaba remedio», y a los nobles, que «despreciaban y odiaban a todos y no pensaban en la utilidad mutua del señor y sus hombres. Sometían y desvalijaban a los campesinos y pueblerinos. Jamás defendieron al país de sus adversarios. Antes bien, lo pisotearon, esquilmando y saqueando a los labriegos», mientras el regente «no atendía a sus compromisos».

Los nobles también eran culpables, desde el punto de vista de Jean de Venette, de la discordia de los Estados Generales, que los había obligado a desistir de la tarea que habían emprendido. «Desde entonces todo resultó mal en el reino, y el Estado se deshizo… La nación y Francia entera se pusieron la confusión y el duelo por vestido, ya que no tenían defensor ni custodio».

El disgusto y la ira vibran también en una obra polémica en latín titulada «*Trágico informe de la miserable situación del reino de Francia*», de un oscuro benedictino. Avergonzado de la antaño orgullosa tierra que había dejado que capturaran a su soberano «en el corazón del reino» y le llevaran cautivo impunemente a suelo extranjero, planteó la cuestión crucial de la disciplina militar. «¿Dónde estudiasteis [el arte de la guerra]? ¿Quiénes fueron vuestros maestros? ¿Cuál vuestro aprendizaje?», pregunta a los caballeros. «Estudiasteis peleando bajo las banderas de Venus, libando la dulzura como si fuera leche, entregados a las delicias…». Sigue por este tenor hasta que de golpe se ciñe a lo práctico: «¿Puede aprenderse el arte militar en los juegos y cacerías en que pasáis vuestra juventud?».

El fraile arremete también contra la gente común, «cuya barriga es su dios y que es esclava de sus mujeres», y contra el clero, que recibe la peor soflama. Está hundido en lujo, glotonería, pompa, ambición, cólera, discordia, envidia, codicia, litigación, usura y sacos de plata y oro. Las virtudes mueren, los vicios triunfan, la honradez perece, la piedad se ahoga, la avaricia domina, la confusión abruma y el orden se desvanece.

¿Se trataba de la típica filípica monástica contra el mundo o del pesimismo más profundo que empezaba a ensombrecer la segunda mitad del siglo?

Aún se hallaba pendiente la liberación del rey Juan. Eduardo, que atendía a su real prisionero con ceremonioso cuidado, estaba decidido a estrujar de su triunfo hasta el último centímetro de territorio y el último gramo de oro que se pudiera sacar a Francia. El gran soberano francés, arrebatado en el campo de Poitiers, era una presa

extraordinaria. La entrada de Juan en Londres, como cautivo del Príncipe Negro, en mayo de 1357, motivó una de las fiestas más estupendas jamás vistas en Inglaterra y «grandes solemnidades, que llenan de maravilla, en todas las iglesias». Tal fue la curiosidad por ver al monarca de Francia que la comitiva tardó varias horas en cruzar la ciudad hasta el palacio de Westminster. Centro de atención entre otros trece nobles prisioneros, Juan vestía de negro «como un archidiácono o un clérigo secular», y montaba un corpulento caballo blanco al lado del príncipe, sobre un palafrén negro más pequeño. Entre casas adornadas con los escudos y tapices tomados a los vencidos, sobre los guijarros del empedrado sembrado de pétalos de rosa, el cortejo avanzó rodeado de la pompa fantástica que era el arte favorito del siglo XIV. En el camino se habían distribuido doce jaulas de oro, obra de los orfebres londinenses, desde las que otras tantas muchachas arrojaban sobre los jinetes flores afiligranadas de oro y plata.

El lustre de los aristocráticos prisioneros dio distinción caballeresca a la corte inglesa. La Navidad y el Año Nuevo del primer invierno se celebraron con pompa extraordinaria, que incluyó un espléndido torneo nocturno celebrado a la luz de antorchas. Alojado en el Savoy, el palacio nuevo del duque de Lancaster, Juan era libre de recibir visitantes de Francia y disfrutaba de todos los placeres de la vida cortesana, si bien una guardia cuidaba de que no huyera o impedía cualquier intento de liberación. Languedoc envió una delegación de nobles y burgueses con un regalo de diez mil florines y la firme promesa de que sus vidas, bienes y suerte futura estaban consagrados a su rescate. Incluso Laon y Amiens mandaron dinero. La mística de la realeza dominaba a los súbditos más que las responsabilidades a su rey.

En aquel mal momento de Francia las cuentas de Juan muestran sus gastos en caballos, perros, halcones, un juego de ajedrez, un órgano, un arpa, un reloj, un corcel rucio, caza y carne de ballena de Brujas, y ropas suntuosas para su hijo Felipe y su bufón predilecto, que recibió varios sombreros orlados de armiño y adornados con oro y perlas. Tenía a su servicio un astrólogo y un «rey de músicos» con orquesta, sostenía riñas de gallos, encargaba libros de bellas encuadernaciones y vendía los caballos y el vino que Languedoc le había donado. El éxito de este tráfico le impulsó a importar más de Toulouse. Al revisar quinientos años más tarde sus cuentas en los archivos, Jules Michelet, el historiador más vívido, pero no más objetivo, de Francia, declaró que le dieron bascas.

Las exorbitantes exigencias de Eduardo obstaculizaron las negociaciones sobre el rescate del rey y las condiciones de un tratado de paz permanente. Deseaba la cesión inmediata de Guyena, Calais y todas las antiguas posesiones de los Plantagenets en Francia, más la enormidad de tres millones de escudos por la libertad de Juan, a cambio de lo cual él renunciaría sus derechos a la corona francesa. Bajo la presión de los legados pontificios, las conversaciones prosiguieron, mientras los representantes franceses se retorcían de desesperación. La única solución que no se les ocurrió fue dejar cautivo al soberano y regresar a sus casas. Eso hubiera significado la renuncia al

tratado de paz, que Francia tanto necesitaba. Más aún, el rey era un principio de orden. Desde el reinado de san Luis, que había utilizado la autoridad regia para eliminar las guerras particulares, imponer la justicia y sistematizar los impuestos, la corona había sido interpretada por la opinión pública como seguridad de mayor protección y más fuerza legal. Todos los retrocesos y prevaricaciones de sus sucesores no podían debilitar ni ensuciar la realeza, y Juan, su desenfadado representante, era tan suspirado como si hubiese sido san Luis.

Las provincias francesas, convencidas de que el poder real era su último recurso defensivo contra las compañías francas, no querían que la monarquía se debilitase. En agosto de 1357 el delfín se envalentonó: repuso a los ministros despedidos e informó en tono de desafío a Marcel y al Consejo de los Treinta y Seis que se proponía gobernar solo, sin que ellos se interfirieran. Marcel, a quien las frustraciones habían convertido en extremista, aceptó un aliado absolutamente incompatible con sus propósitos.

En el torbellino de noviembre de 1357, Carlos de Navarra salió de su prisión, próxima a Cambrai (Picardía). Aunque su liberación o fuga se atribuía a una conjura de sus partidarios, la causa eficiente fueron la mano de Marcel y la mente de Robert le Coq. Carlos sería usado como rey sustituto contra los Valois. Entró en la capital «con solemne compañía» de nobles picardos y normandos, entre ellos «*Monseigneur de Coussi*». Enguerrand, a los diecisiete años, había estado recibiendo el homenaje de sus vasallos. Compartía probablemente los sentimientos contrarios a los Valois de muchos aristócratas septentrionales, y tal vez se vio arrastrado tras Carlos de Navarra; pero, con la notable intuición política que mostraría durante toda su vida, no estuvo mucho tiempo con él.

Con maravillosa elocuencia, «sazonada de mucho veneno», el de Navarra arengó a una enorme multitud de parisienses, mencionando sin mucha insistencia sus derechos a la corona que, dijo, eran cuando menos superiores a los de Eduardo. Su osadía obligó al delfín a regresar a París y convocar de nuevo los Estados. Al cabo de un mes, cuando hubo reunido «dos mil» hombres de armas en la fortaleza del Louvre, se dirigió asimismo al pueblo. Envió para ello correos por toda la ciudad y le habló, montado a caballo, en las Halles el 11 de enero de 1358, conquistando en seguida su favor. El delegado de Marcel, que quiso expresar su oposición, fue acallado por el griterío y la excitación. Intensamente susceptible a la palabra hablada, la gente de entonces respondía a cualquier Marco Antonio y era capaz de escuchar horas enteras los sermones al aire libre de los grandes predicadores, lo que se tenía por una forma de diversión pública.

Marcel, alarmado por el éxito del delfín, recurrió a un acto de violencia con el estilo inconfundible de Carlos de Navarra, quien, se dijo más tarde, lo había instigado. El pretexto fue la muerte de un ciudadano llamado Perrin Marc, que,

habiendo asesinado al tesorero del delfín, había sido arrancado a la fuerza del santuario de una iglesia por el mariscal del regente y ahorcado. Al frente de tres mil artesanos y comerciantes, armados y con las caperuzas rojiazules del partido popular, Marcel fue al palacio real. Regnaut d'Acy, consejero del delfín, fue reconocido en la calle. Le gritaron «¡Muera!» y, antes de que pudiera escabullirse, le descargaron tantos golpes que perdió la vida sin pronunciar una palabra.

Llegado al palacio, Marcel subió con acompañantes a la habitación del delfín, donde, fingiendo que protegía al príncipe, dio sobre sus dos mariscales y los mató en su presencia. Uno era Jean de Clermont, hijo del mariscal caído en Poitiers, y culpable de haber violado el santuario eclesial; el otro, Jean de Conflans, señor de Dampierre, delegado en los Estados, que había abandonado a los reformistas para unirse al regente. Muchas crónicas miniadas de la época representan la escena: las espadas alzadas de hombres fieros y ceñudos, el delfín aterrorizado y acurrucado en la cama, y los cuerpos sanguinolentos de los mariscales a sus pies.

Arrastraron los cadáveres al patio del palacio, donde los abandonaron para que todo el mundo los viera. Marcel corrió a la plaza de Grève, en la que dirigió la palabra al gentío desde una ventana del Ayuntamiento, para pedir que apoyase lo que acababa de hacer. Lo ejecutado, explicó, se hizo por el bien del reino y para eliminar a caballeros «falsos, perversos y traidores». El populacho lo aprobó con un grito unánime y aseguró su lealtad al preboste «a través de la vida y la muerte». Marcel volvió prontamente al palacio para justificarse ante el delfín con la fórmula consabida: el acto se había perpetrado «por la voluntad del pueblo». El príncipe, indicó, debía mostrar su unidad con la gente, ratificando la acción y perdonando a cuantos habían intervenido en ella.

«Apenado y enmudecido», el príncipe entendió el aviso de los cadáveres yacentes en el pavimento. Rogó al preboste que comunicara al pueblo su deseo de que fuera tan buen amigo suyo como él lo era de los plebeyos, y aceptó de Marcel dos piezas de paño rojo y azul para hacer unas capuchas para sí mismo y sus servidores.

El ataque efectuado casi contra su persona se proponía intimidarle y obligarle a aceptar el gobierno del Consejo de los Estados. Sin embargo, endureció la voluntad que ocultaba su engañoso aspecto de alfeñique. Lo único que pudo hacer por entonces fue enviar a su familia al seguro de la fortaleza Meaux, junto al Marne, y trasladarse a Senlis, fuera de la capital. Ante la violencia hecha a la monarquía y a la nobleza en las personas de los mariscales, el conflicto se convertiría de lucha política en combate descarado, con alteración decisiva en el equilibrio de las fuerzas. El asesinato costó a Marcel el soporte que le restaba entre la nobleza para llevar a cabo la reforma. La convenció de que sus intereses eran los mismos que los del trono.

En mayo de 1358 una decisión del regente precipitó la feroz sublevación campesina de la *jacquerie*, en la que Enguerrand de Coucy, a la edad de dieciocho años, tuvo una

intervención visible. Con el fin de apurar a Marcel por medio del bloqueo de París, el príncipe ordenó que fortificasen y aprovisionasen sus castillos los nobles de los valles por los que pasaba el comercio fluvial. Según una versión, se apoderaron de los bienes de los labriegos con tal objeto, lo que provocó la revuelta; según otro cronista, los *jacques* se levantaron a instigación de Marcel, que los indujo a creer que la orden del regente se dirigía contra ellos como preludio de nuevas opresiones y confiscaciones. Pero los rebeldes tenían motivos sobrados para levantarse.

¿Quién era el labrador que sostenía a los tres Estados sobre su espalda, Atlante agobiado del Medievo, que infundió terror a la clase señorial? De nariz roma, tosco, con una túnica sujeta con un cinturón y largas calzas, se le contempla esculpido en pétreos medallones y miniado en páginas que representan los doce meses: siembra metiendo la mano en un saco pasado por el cuello; siega heno en el calor estival, con las piernas desnudas, blusa suelta y sombrero de paja; pisa uvas en una tinaja de madera; esquila ovejas sostenidas entre las piernas; cuida cerdos en el bosque; anda sobre la nieve con caperuza y zamarra de piel de cordero, con un haz de leña a cuestas; y se calienta al amor de la lumbre en una choza miserable en febrero. Junto a él, en los campos, su mujer ata gavillas, con la falda metida en el cinto, para desembarazar sus pantorrillas, y un pañuelo en la cabeza.

Los labriegos, como todos los grupos humanos, diferían mucho en lo económico, desde el individuo semisalvaje al propietario de campos y colchones de plumas, que lograba ahorrar para enviar a su hijo a la universidad. Su nombre general era el de *vilain*, villano, que había adquirido acepción peyorativa, aunque se derivase de la inocente palabra latina *villa*. Ni esclavo ni libre en sentido estricto, pertenecía al dominio del señor, con la obligación de pagar un arriendo o con trabajos personales la utilización de las tierras, y recibir a cambio el derecho de protección y justicia. El siervo se hallaba por nacimiento ligado personalmente a un noble, y, para que sus descendientes estuvieran en la misma situación, la norma del *formariage* le prohibía casarse con alguien de fuera del dominio. Si moría sin hijos, sus casas, aperos y posesiones volvían a la propiedad del señor por el derecho de *morte-main*, basado en la teoría de que los había recibido en préstamo durante su vida. Originalmente debía, además de los servicios agrícolas, todos cuantos reclamaban una gran finca: reparación de caminos, puentes y fosos, suministro de leña, cuidado de caballerizas y perreras, forja, lavado de ropa, hilado, tejido y otras actividades. En el siglo XIV de mucho de ello se encargaban gentes a sueldo y las necesidades del castillo se satisfacían con adquisiciones en ciudades y vendedores ambulantes, y se dejaba en libertad a los labradores a cambio del pago de un canon, más ciertos días de trabajo en los campos del noble.

Aparte pechar el fogaje, el diezmo eclesiástico y los subsidios para el rescate del señor, el nombramiento de caballero de su hijo y el matrimonio de su hija, el campesino debía dinero por todo lo que usaba: por moler su cereal en el molino del noble, cocer el pan en su horno, prensar manzanas en el lagar de la sidra y litigar ante

el tribunal señorial. A la muerte tenía que hacer un pago por los bienes que dejaba o ceder sus mejores posesiones al castellano.

Cumplía sus labores agrícolas en medio de reglas que favorecían al señor, cuyos campos araba, sembraba, segaba y cosechaba, y en caso de tempestad o de plaga, tenía que salvar su cosecha antes de atender a la propia. Había de llevar el ganado a los pastos y volver con ellos a la casa a través de las tierras del noble, para que se beneficiasen con el estiércol. Con estos desembolsos y disposiciones, sus beneficios económicos pertenecían casi por completo al propietario del dominio.

La Iglesia colaboraba en el mantenimiento del sistema, pues sus intereses naturales la ponían más de parte de los poderosos que de la de los humildes. Enseñaba que se castigaría con el infierno a quien no efectuara el trabajo del señor y no obedeciese sus leyes, y que pondría su alma en peligro quien no pagase sus diezmos. El sacerdote ejercía constante presión para que los pagos se hiciesen en especie: grano, huevos, una gallina o un cerdo, y decía al labrador que eran el «impuesto debido a Dios». El mayordomo del noble se encargaba de la administración, y sus abusos y extorsiones se convertían en fuente de interminables protestas. Podía acrecentar los impuestos, reservarse un porcentaje de ellos o acusar a un labrador de robo y aceptar una multa a cambio de devolverle la libertad.

Las rentas acostumbraban calcularse en céntimos cobrados en trabajos remunerados y la venta de productos en el mercado. En la estación de la cosecha, los hombres y mujeres acudían a las vendimias en busca de algo más de dinero y de unas cuantas semanas de diversión. Las mujeres cobraban la mitad que los hombres. Lo que más aterraba era la carestía, que solía abundar localmente a causa de la penuria de los transportes y los bajos rendimientos del suelo por falta de abonos adecuados.

La posesión de un arado, que costaba de diez a doce libras, y de un caballo para arar, que alcanzaba el precio de ocho, era la frontera entre el labriego próspero y el que a duras penas sobrevivía. Los demasiado pobres para adquirir el arado alquilaban uno comunal o roturaban la tierra con azada y pala. Tal vez entre el setenta y cinco y el ochenta por ciento se hallaban por debajo de dicha frontera, y de ellos la mitad poseía unas hectáreas y cierta seguridad económica, en tanto que el resto vivía al borde del hambre, cultivando diminutas parcelas y ganando unas monedas con el trabajo que el señor o los vecinos acomodados les pagaban. El diez por ciento restante vivía en la miseria; comía pan, cebollas y algunas frutas, dormía sobre paja y habitaba una cabaña desamoblada con un agujero en la techumbre para que saliera el humo. Desprovisto incluso de tierras arrendadas, era el nuevo proletariado agrícola que nacía a medida que el antiguo sistema feudal se transformaba en economía de base monetaria.

Qué proporción de los labriegos tenía una situación desahogada y cuál era la de los pobres se sabe por lo que legaba a sus sucesores, y como los más miserables no tenían nada que dejar, su voz no se oye. Para ninguna clase resulta más vaga la famosa meta del historiador: *wie es wirklich war* («como fue en realidad»). Cada

declaración sobre la vida de los campesinos se contrarresta con otra opuesta. Se ha afirmado que «las clases bajas se bañaban corrientemente…, incluso los pueblitos tenían baños públicos»; sin embargo, los contemporáneos de los labradores franceses se quejaron de modo constante de su suciedad y mal olor. Los ingleses coetáneos parecen estar de acuerdo en que el agricultor francés se encontraba en peor situación que el de Inglaterra, y comentan a menudo que no consumía carne; en cambio, otras fuentes afirman que comía con regularidad cerdo y aves asados en un espetón. Tenía huevos, pescado salado, queso, lardo, guisantes, legumbres, chalotes, cebollas, ajos, verduras cultivadas en el huerto casero, frutas en conserva o secas, pan de centeno, miel y cerveza o sidra.

El grupo intermedio poseía una cama para toda la familia, una mesa de caballetes con bancos, un cofre, un vasar, armario, cacharros de cocina de hierro y estaño, tazas y jarras de alfarería, cestas, cubos y tinas de madera, aparte los instrumentos de labranza. Vivía en casas de madera de una sola planta, techumbre de bálago y paredes construidas con una mezcla de arcilla, paja y guijarros. Las más de ellas se ventilaban e iluminaban con una sola puerta, por la que salía el humo; otras tenían ventanucos y las mejores poseían un hogar de piedra. El promedio de vida era breve a consecuencia del exceso de trabajo, la exposición a la intemperie y enfermedades como la disentería, tuberculosis, neumonía, asma, caries dental y la terrible erupción o roncha llamada «fuego de San Antonio», que, al comprimir los vasos sanguíneos (cosa que entonces no se sabía), consumía un miembro como por un «incendio oculto» hasta que se desprendía del cuerpo. En época moderna se ha identificado, bien como una erisipela, bien como el envenenamiento debido a un hongo de la harina de cebada conservada demasiado tiempo en invierno.

Los ricos, muy contados, tal vez poseyesen de veinticuatro a treinta y dos hectáreas, caballos para arar, arneses de cuerda, ovejas, cerdos, ganado mayor, almacenes de lana, cuero y cáñamo, graneros con trigo, avena y centeno, una barca y una red, viñedo, leña y vajilla de cobre, vidrio y plata. Sus casas contenían, en el caso de un labriego normando acomodado, dos colchones de pluma, una cama de madera, tres mesas, cuatro marmitas, dos potes y otros utensilios de cocina, ocho sábanas, dos manteles, una toalla o servilleta, una linterna, dos cubas grandes para pisar uva, dos barriles y dos barricas, un carro, un arado, dos rastrillos, dos azadas, dos guadañas, una pala, una hoz, dos colleras y una albarda. Hay documentados campesinos que contrataban una docena de braceros y daban a sus hijas dotes de cincuenta florines de oro, un manto orlado de piel y una colcha de lo mismo.

Más parecido a la mayoría es el labrador que exclama, en el cuento francés de *Merlin Merlot*: «¡Ay! ¿Qué será de mí que jamás tuve un día de descanso? Creo que nunca conoceré ocio o comodidad… Negra es la hora en que el villano nace. Cuando ve la luz, el sufrimiento le acompaña». Sus hijos hambrientos alargan las manos hacia él pidiéndole comida; su mujer le importuna por su incapacidad de darles pan. «Y yo, desdichado de mí, soy como el gallo empapado por la lluvia, cabizbajo y sucio, o

como el perro apaleado».

Ofendía al agricultor el desdén de las restantes clases sociales. Prescindiendo de parcos rasgos de compasión, los cuentos y baladas lo pintan como agresivo, insolente, codicioso, remolón, cazurro, artero, sin afeitarse ni lavarse, feo, estúpido y crédulo, o, en ocasiones, astuto e ingenioso, siempre descontento y cornudo por lo regular. Los relatos satíricos aseveraban que su alma no entraría en el paraíso ni en parte alguna, porque los demonios se resistirían a cogerla a causa de su hedor. En las *chansons de geste* se le escarnece por su ineptitud bélica y su pobre armamento, y sufren befa sus modales, moral y miseria. Los nobles usaban el nombre de Jacques o de Jacques Bonhomme para denotar irrisoriamente al labriego. Procedía de la sobreveste guateada, o *jacque*, que usaba para protegerse en la guerra. Los caballeros veían en él un ser de instintos innobles que no entendía lo que era el «honor» y, por consiguiente, capaz de cualquier engaño y deslealtad. De modo ideal debía tratársele con decoro, pero el proverbio rezaba: «Golpea al villano y te bendecirá; bendice al villano y te golpeará».

Un pasaje extraordinario de la narración *Le Despit au vilain* («El desdén al villano») alienta un odio tan intenso, que parece algo más que un simple relato: «Dime, oh señor, si te place, ¿qué derecho o título tiene el villano a comer carne de buey?… ¿Y gansos, de los que se harta? Y esto clama a Dios. Dios sufre por ello y yo también. Pues son una caterva lamentable los villanos devoradores de gansos pingües. ¿Han de comer pescado? Que coman antes cardos y escaramujos, zarzas, paja y heno los domingos, y vainas de guisantes los días de trabajo. Debieran velar sin sueño y sufrir continuas desdichas; así tendrían que vivir. Sin embargo, a diario se hartan de comida y apuran los mejores vinos, cubiertos de prendas finas. Por los grandes gastos de los villanos el mundo paga un alto precio, y ello es lo que le destruye y le arruina. Ellos son quienes turban el bienestar común. Toda la desdicha procede de los villanos. ¿Han de comer carne? Más nos valiera que rumiaran hierba en los páramos con el ganado astado y anduviesen desnudos y a cuatro patas…». Narraciones como ésta se destinaban a gentes de la clase alta. ¿Era lo que deseaban escuchar o se satirizaba su actitud?

En teoría el roturador de la tierra y sus reses debían salvarse del pillaje y la espada. Jamás la realidad medieval se burló tanto de una. La caballerosidad no se aplicaba fuera del estamento de los nobles. Los documentos hablan de campesinos crucificados, asados y arrastrados por los caballos de los bandoleros para arrancarles dinero. Algunos predicadores mencionaban que los labradores trabajaban sin reposo por todos, a menudo abrumados por sus labores, y que solicitaban más caridad; pero no podían aconsejar a la víctima otra cosa que paciencia, sumisión y resignación.

Su miseria llegó al colmo en 1358. Los bandidos los desposeyeron de la simiente y del ganado, de los carros para transportar el botín, y de las herramientas y rejas de arado para forjar armas. No embargante, los señores continuaron exigiendo diezmos, impuestos y subsidios para sus abrumadores rescates, «y, a cambio de ello, apenas se

molestaron en proteger a sus vasallos de los ataques». El pueblo común «gemía», escribió Jean de Venette, «al ver que se disipaban en juegos y adornos las cantidades que con tanto trabajo había entregado para hacer frente a las necesidades de la guerra». Se resintió del fracaso de los nobles en aplicarlas a la lucha contra el enemigo y los temió menos porque habían perdido prestigio desde la derrota de Crécy y la cobardía de Poitiers. Sobre todo, vio complicidad en la conducta ilegal del noble que, si no lograba pagar el rescate impuesto por los bandidos, ingresaba en su compañía durante un par de años, «tan fácil resultaba convertir un caballero en forajido». Lo que encendió la jacquerie no fue el deseo de revolución, sino el odio.

El 28 de mayo de 1358, en el pueblo de Saint-Leu, próximo a Senlis, cabe el Oise, un puñado de campesinos celebró una reunión indignada en el cementerio, después del toque de vísperas. Acusaban a los nobles de su miseria y de la captura del rey, «lo cual los turbaba». ¿Qué habían hecho los caballeros y escuderos para liberarle? ¿Para qué servían salvo para tiranizar a los pobres labradores? «Cubrían de vergüenza al reino y lo agotaban, y sería cosa buena destruirlos». Los presentes exclamaron: «¡Es cierto! ¡Dicen la verdad! ¡Maldito sea el que se rezague!».

Sin más consulta y sin otras armas que los cayados y cuchillos que algunos llevaban, un centenar de ellos se lanzó en furioso asalto contra la casa señorial más cercana, entró en ella, mató al caballero, su mujer y sus hijos, y la quemó hasta los cimientos. Después, según Froissart, cuyos informes sobre la jacquerie debieron de salir de boca de nobles y sacerdotes, «corrieron a un fuerte castillo y ataron al señor a un poste, mientras que su esposa e hija eran violadas por muchos, uno tras otro, ante sus mismos ojos; luego mataron a la señora que estaba grávida, a continuación a la hija y demás retoños, y finalmente al caballero, antes de incendiar y destruir la fortaleza». Otros informes cuentan de la muerte en una sola noche de cuatro caballeros y cinco escuderos.

La rebelión se propagó instantáneamente. Cada día cobraba adherentes, que, iluminándose con antorchas y matas encendidas, atacaban castillos y casas feudales. Llegaban con guadañas, horcas, segures y cualquier herramienta susceptible de transformarse en arma. Poco más tarde millares —se dio la cifra final de cien mil— se entregaron a acciones que abarcaron el valle del Oise, la Île-de-France y regiones contiguas de Picardía y Champaña, y recorrieron «el señorío de Coucy, donde hubo grandes ultrajes». Antes de terminar más de «cien» castillos y casas solariegas de los territorios de Coucy y Valois, y de las diócesis de Laon, Soissons y Senlis, sufrieron pillaje e incendio, y más de «sesenta» en los distritos de Beauvais y Amiens.

Sin ofrecer resistencia concertada, los nobles al principio se amedrentaron y huyeron con sus familias a las ciudades amuralladas, abandonando sus hogares y todos sus bienes. Los jacques prosiguieron matando y abrasando «sin piedad ni misericordia como perros rabiosos». Ciertamente, dice Froissart, «jamás entre

cristiano y aun entre sarracenos se cometieron ultrajes semejantes a los de aquellos individuos perversos, cosas tales que cualquiera criatura humana se resiste a concebir o presenciar». El ejemplo que cita, tomado de la crónica anterior de Jean le Bel, habla de un caballero a quien los jacques «mataron y asaron espetado ante los ojos de su esposa e hijos. Luego, una vez diez o doce hubieron forzado a la dama, la obligaron a comer carne de su marido y a continuación la mataron». Repetida una y otra vez en las historias siguientes, la atrocidad llegó a ser el sostén principal de los cuentos de horror.

En las acusaciones documentadas posteriores, los asesinatos arrojaron un total de treinta (no incluyen al caballero asado y su mujer), más un «espía» que fue juzgado antes de su ejecución. La destrucción y el pillaje abundaron más que los homicidios. Un grupo de jacques se dirigió en línea recta al gallinero, cogió todas las aves que encontró, tomó vino de las bodegas y cerezas del huerto, pescó carpas en el estanque y banqueteó a expensas de los aristócratas. En cuanto se organizaron, los insurgentes se aprovisionaron en los depósitos de los castillos y quemaron mobiliario y edificios en su avance. Hicieron guerra a la Iglesia en las comarcas en que la aversión al clero se igualaba a la que sentían contra los nobles. Los enclaustrados temblaron en sus monasterios y el clero secular buscó el amparo de las ciudades.

Surgió un jefe en la persona de un tal Guillaume Karle o Cale, presentado como un picardo vigoroso y apuesto, dotado de elocuencia innata y experiencia bélica, que era lo que los jacques más necesitaban. Organizó un consejo que emitía órdenes estampadas con un sello oficial y nombró capitanes, elegidos por las localidades, y tenientes para pelotones de diez hombres. Sus soldados hicieron espadas de guadañas y podaderas, e improvisaron armaduras de cuero hervido. Cale adoptó «¡Montjoie!» como grito de guerra y mandó que se hicieran banderas con la flor de lis, con lo cual los sublevados querían denotar que se habían alzado contra los nobles, no contra el soberano.

Cale esperaba conseguir la alianza de las ciudades en una acción conjunta contra la nobleza. Así los movimientos campesino y burgués llegaron a unirse. Escasas poblaciones del norte «no eran enemigas de los hidalgos», según el monje de Saint-Denis, autor de la *Crónica de los reinados de Juan II y Carlos V*, al propio tiempo que muchas temían y despreciaban a los jacques. No obstante, la baja burguesía veía la rebelión campesina como la guerra común de los plebeyos contra la nobleza y el clero. Poblaciones como Senlis y Beauvais, en las que dominaba el partido rojiazul con criterio radical, se solidarizaron con ellos, les proporcionaron víveres y les abrieron las puertas. Muchos ciudadanos engrosaron las filas insurgentes. Beauvais, con el consentimiento del alcalde y magistrados, ejecutó a varios caballeros que los jacques les habían mandado como prisioneros. En Amiens se celebraron juicios que condenaron a nobles *in absentia*.

Compiègne, en cambio, que era el principal objetivo de Cale, se negó a entregar los aristócratas que se habían refugiado en ella, cerró sus puertas y reforzó sus

defensas. En la normanda Caen, donde la rebelión no había prendido, un agitador de los jacques, con un arado en miniatura sujeto al sombrero, recorrió las calles en busca de simpatizantes que le siguieran, pero no lo consiguió. Es más, pereció a manos de tres habitantes a los que había insultado.

Según las cartas de perdón dadas después de los sucesos, hubo burgueses —carniceros, toneleros, carreteros, sargentos, funcionarios reales, sacerdotes y otros religiosos— cómplices de la jacquerie, en especial en el saqueo. Incluso personas de abolengo figuran en ellas, pero no puede asegurarse si actuaron movidas por la convicción, la ocasión de pillar, el impulso aventurero o *force majeure*. Los caballeros, escuderos y clérigos, acusados de connivencia con las bandas de labriegos, adujeron luego que se habían visto obligados a colaborar para salvar sus vidas, lo que acaso fuese verdad, porque los rebeldes sentían penosamente la falta de jefes militares.

Sus capitanes apenas tenían autoridad. Uno de ellos, en Verberie, a la que regresaba con un escudero y su familia tras una incursión, fue rodeado por los ciudadanos que pedían a gritos la muerte del prisionero. «¡Por el amor de Dios, buenos señores! —suplicó el capitán—. Absteneos de esa acción o cometeréis un crimen». Para él matar a un noble era todavía algo espantoso; pero no para la turba, que cortó incontinenti la cabeza al escudero.

Cuando se propagó la agitación contra los dominios de todos los terratenientes, los jacques, como contestaron más tarde al ser interrogados, «no sabían más que veían hacerlo a otros y pensaron que así destruirían a todos los nobles e hidalgos de la Tierra y no habría más». Esperasen o no la existencia de un mundo libre de aristocracia, la nobleza dio por sentado que, en efecto, lo deseaban y notó el glacial aliento de la aniquilación. Dominada por el espanto que la masa popular inspira cuando derroca la autoridad, buscó el apoyo de sus hermanos de Flandes, Hainault y Brabante.

En un momento crítico, la rabia de la jacquerie ofreció a Marcel una nueva arma, que empuñó en una elección fatal que le enajenaría el apoyo de la clase propietaria. Por indicación suya, las fincas de los aborrecidos consejeros reales se convirtieron en blanco de una banda de jacques, organizada en los alrededores de París bajo el mando de dos mercaderes de la capital. Fueron saqueadas y destruidas las propiedades del chambelán del rey, Pierre d’Orgement, y de los dos inveterados malversadores, Simon de Buci y Robert de Lorris. Irrumpiendo en el castillo de Ermenonville, uno de los muchos beneficios reales concedidos a Lorris, una fuerza combinada de burgueses y jacques arrinconó al dueño en el interior. De rodillas ante sus enemigos, se le obligó a jurar que desautorizaba a «los hidalgos y la nobleza», y a prometer su lealtad al ayuntamiento parisiense.

Marcel, comprometido por el asesinato y la destrucción, había montado en un tigre del que no podía apearse. La familia real, instalada en Meaux, fue la meta siguiente de la partida de París. Se aumentó mientras marchaba a lo largo del Marne

con grupos de jacques que llegaban de muchos lugares por numerosos caminos. Llegó a tener «nueve mil» hombres cuando llegó a Meaux el 9 de junio «con decidida voluntad de hacer lo malo». Visiones de violación y muerte llenaron la fortaleza llamada el Mercado de Meaux, donde la esposa, hermana e hijita del delfín, con unas trescientas damas y su prole, estaban bajo la custodia de una reducida compañía de señores y caballeros. El alcalde y los magistrados de la población, que habían jurado lealtad al regente y prometido que no permitirían el «deshonor» de su familia, se amilanaron ante los invasores. Por miedo o en señal de bienvenida, los ciudadanos les dieron entrada y pusieron mesas en las calles con servilletas, pan, carne y vino. Al acercarse a la ciudad, los merodeadores de la jacquerie, conforme a su costumbre, habían comunicado que esperaban tales provisiones. Al entrar, la temible horda abarrotó las calles con «salvajes gritos», mientras las damas de la fortaleza, al decir de los cronistas, temblaban de angustia.

En aquel preciso instante, la caballería andante galopó en socorro de los desvalidos. La personificaba la magnífica pareja que formaban el *captal* de Buch y el conde Gaston «Febo» de Foix. Aunque uno debía fidelidad a Inglaterra y otro a Francia, eran primos y regresaban juntos de una «cruzada» en Prusia, a la que habían ido para entretenerse durante la tregua que siguió a Poitiers. Ninguno de los dos sentía amistad a los Valois; pero las damas en apuros eran la causa de todos los caballeros, y ambos, oriundos del sur, no compartían la parálisis inicial de los del norte ante el ataque de los jacques. Tampoco habían estado complicados en el oprobio de Poitiers. Al enterarse del peligro que latía en Meaux, se apresuraron en su ayuda con una compañía de cuarenta lanzas (ciento veinte hombres). Llegaron al Mercado de Meaux en el mismo día en que los plebeyos entraban en la ciudad. La fortaleza, unida a ésta por medio de un puente, rodeada de murallas y torres, se hallaba en un espolón de tierra situado entre el río y un canal.

A la cabeza de veinticinco caballeros de brillante armadura, con pendones de plata y azur, estrellas, lirios y leones yacentes, el *captal* y el conde salieron por el rastrillo al puente. En la angostura del lugar, donde no podía aprovecharse la superioridad numérica, los plebeyos cometieron la imprudencia de preferir la lucha. Manejando las armas desde lo alto de sus monturas, los caballeros derribaron a sus enemigos, los pisotearon, arrojaron los cuerpos al río, rechazaron a los demás a lo largo del puente y fraguaron paso a la matanza. No obstante la dura lucha cuerpo a cuerpo, los «pequeños villanos oscuros, pobremente armados» retrocedieron ante las lanzas y hachas de los férreos guerreros y, cediendo a una aterrorizada derrota, fueron acuchillados. Los caballeros cargaron y mataron con furia a los rebeldes, como si fueran animales, hasta que se cansaron de ello.

«Varios millares» perdieron la vida, según las inverosímiles cifras de los cronistas, que atestiguan, sin embargo, lo aterrador del desastre. Los restos fugitivos fueron perseguidos por el campo y exterminados. Los caballeros tuvieron muy pocas bajas, uno con una saeta en un ojo. Su furia, atizada por lo soportado, se desató

vengativamente sobre la ciudad, que fue saqueada e incendiada. Las casas y hasta las iglesias sufrieron pillaje; ahorcaron al alcalde, muchos ciudadanos murieron bajo las armas, otros pasaron a la cárcel y otros ardieron en el interior de sus viviendas. Meaux estuvo en llamas durante dos semanas. Después la condenaron por *lèse majesté* y suprimieron su independencia municipal.

Meaux señaló el declive. Los nobles de la región, cobrando valor de la victoria, se juntaron para asolar el país, acarreando a Francia más daño que los ingleses, dijo Jean de Venette. A partir de entonces se suprimió la jacquerie, y su desaparición arrastró a Marcel.

Carlos de Navarra dirigió el contraataque, emprendido por los nobles de su bando, en Picardía y Beauvais. Se presentaron a él para comunicarle que «si esos que se llaman jacques continúan existiendo durante mucho tiempo reducirán a los hidalgos a la nada y destruirán todo». Como uno de los grandes nobles del mundo, no debía consentir que sus pares tuvieran tal destino. Sabiendo que sólo podía ganar la corona, o el poder que codiciaba, con el apoyo de la nobleza, Carlos dejó que le convencieran. Con una fuerza de varios centenares, incluido el «barón de *Coussi*», marchó contra los jacques congregados en Clermont al mando de Guillaume Cale. Éste tuvo la sensatez de ordenar que su ejército, de varios millares de hombres, retrocediera hacia París para buscar el apoyo de la ciudad; pero los jacques, en su ansia de pelea, se negaron a obedecerle. Cale los desplegó en los tres batallones tradicionales, dos de los cuales, encabezados por arqueros y ballesteros, se apostaron detrás de una línea de carros de bagaje. El tercero, seiscientos jinetes mal montados y algunos sin armas, quedó como cuerpo de reserva.

Los labradores se enfrentaron con el enemigo con toques de trompetas, gritos de guerra y maltrechas banderas al viento. Sorprendido por lo organizado de su resistencia, Carlos de Navarra prefirió la astucia y la traición. Invitó a Cale a una conversación y, ante el honor que le hacía un rey, Cale perdió por lo visto su sentido común. Se consideraba enemigo en guerra al que se aplicarían las leyes de la caballería. Acudió, pues, sin guardia, y su regio y noble adversario hizo que le capturasen y cargasen de cadenas. La pérdida de su jefe, con traición tan fácil y desdeñosa, secó la confianza y la esperanza de éxito de los jacques. Cuando los hidalgos cargaron, los plebeyos sucumbieron como sus compañeros de Meaux y sufrieron idéntica carnicería. Sólo unos pocos, escondiéndose en la maleza, lograron burlar la espadas de los jinetes que los buscaban. Los pueblos de los aledaños entregaron los fugitivos a los nobles. Continuando el ataque en otros puntos de la región, Carlos de Navarra y sus compañeros mataron otros «tres mil» labriegos, entre ellos trescientos a los que quemaron vivos en un monasterio en el que habían buscado amparo. Para rematar su triunfo, el navarro decapitó a Guillaume Cale después, como se cuenta, de haberle ceñido en burla, con el título de rey de los jacques, una corona de hierro candente.

Mientras la bárbara represión barría el norte, su nuevo jefe fue Enguerrand de

Coucy, cuyos dominios habían estado en el centro de la tempestad. Los jacques nunca pudieron reunirse, cuenta Froissart, porque «el joven señor de Coucy congregó gran número de caballeros para acabar con ellos donde los hallaba sin piedad ni misericordia». Que un hombre tan joven hubiera alcanzado el mando revela una personalidad enérgica, pero nada más se sabe de él en este episodio. La *Chronique Normande* y otros textos históricos le mencionan también dedicado a la caza de labradores en pueblos y aldeas. Los colgaba de los árboles, mientras su vecino el conde de Roussi los ahorcaba en los dinteles de sus cabañas. Todo lo que se conoce se fijó, en el siglo XIX, por la autoridad del padre Denifle: «Fue sobre todo Enguerrand VII, el joven señor de Coucy, quien, al frente de los hidalgos de su baronía, completó el exterminio de los jacques».

Los nobles de la región, reanimados con la sangre de Meaux, extirparon la jacquerie entre el Sena y el Marne. «Se abatían sobre lugares y pueblos, les prendían fuego y acosaban a los pobres labriegos en casas, campos, viñedos y bosques, y los mataban despiadadamente». El 24 de junio de 1358 «veinte mil» jacques habían perdido la vida y las tierras eran un desierto.

La vana revuelta había concluido. Había durado, a pesar de la impresión que causó, menos de un mes, dos semanas del cual se ocuparon en la represión. Nada se había ganado, nada había cambiado. Sólo la muerte había aumentado su cosecha. La insurrección, como todas las del mismo siglo, en cuanto los gobernantes recobraron su valor, fue aplastada con el acero, la ventaja del combatiente a caballo y la inferioridad psicológica de los insurgentes. Sin pensar en las consecuencias, los terratenientes, que ya sufrían las de la escasez de mano de obra debida a la peste, dejaron que la venganza se sobrepusiera a sus intereses.

En el mes siguiente la lucha en París llegó a su apogeo y terminó. Marcel, desde el día siguiente de Poitiers, había ocupado hombres en extender las murallas, reforzar las puertas y construir fosos y barreras. La capital, por completo cercada y fortificada, era entonces la clave del poder. Desde Vicennes, en las inmediaciones, el regente y los nobles hacían intentos de entrada; Marcel, que había perdido de vista todo propósito que no fuera el de dominar al delfín, proyectaba entregar la metrópoli a Carlos de Navarra; éste, escurridizo como una anguila, negociaba con ambos bandos y estaba en contacto en el exterior con tropas navarras e inglesas.

En una reunión multitudinaria, que Marcel le preparó en la plaza de Grève, dijo al gentío que él «hubiera sido el rey de Francia si su madre hubiese sido varón». Agitadores diseminados respondieron con gritos de «¡Navarra! ¡Navarra!». Mientras los más, disgustados de aquella deslealtad, guardaban silencio, le eligieron por aclamación capitán de París. Su aceptación del cargo, junto al pueblo, le privó de muchos partidarios nobles, pues no querían estar «contra los hidalgos». Probablemente entonces Enguerrand de Coucy se alejó de la parcialidad navarra,

porque no tardó en presentarse como opuesto a ella.

También bajo los pies de Marcel el suelo se quebraba como hielo en un río. Su trato con la jacquerie asustó a muchas «buenas ciudades» y, lo que fue más grave, causó la deserción de la alta burguesía parisiense. En aquel caos, escasez e interrupción del comercio, se orientaron hacia el regente en la desesperada falta de autoridad. París se dividía en facciones furiosas, dispuestas unas a luchar hasta el fin junto a Marcel, otras partidarias de la deposición de Carlos de Navarra, otras decididas a admitir al regente, y todas encendidas por el odio a los ingleses, que asolaban los arrabales con atrocidad diaria. Desapareciendo todos los apoyos, Marcel se vio reducido a la estricta necesidad de una fuerza armada. El 22 de julio, en un acto que volvió los sentimientos en su contra, permitió que el de Navarra introdujera en la ciudad una banda de soldados ingleses. Los parisienses se levantaron en armas contra ellos con tanta efectividad, que tuvieron que encerrarse en la fortaleza del Louvre para salir con vida.

Mientras tanto, los burgueses prósperos temían que todos los ciudadanos sin distinción fueran sometidos a castigo y saqueo, si el delfín conseguía tomar la ciudad antes de que se rindiera. Impotentes para que Marcel la entregase, optaron por librarse de él de acuerdo con el principio de que «era preferible matar que ser matado». Entre cábalas, enemigos y sucesos inexplicables, los parisienses eran fácil presa de los rumores de que el preboste los traicionaba.

Llegó el final el día 31 de julio. Marcel apareció en la puerta de Saint-Denis y ordenó a la guardia que entregase las llaves a los oficiales del rey de Navarra. Los soldados se negaron y gritaron que los ciudadanos eran traicionados. Las armas relampaguearon. Jean Maillart, pañero, a todas luces prevenido, desplegó la bandera real, saltó a su caballo y lanzó el grito de guerra real: «Montjoie-Saint-Denis!». La gente lo repitió y estallaron choques y alarmas confusas. Marcel reapareció al otro lado de la ciudad, en la puerta de Saint-Antoine, donde pidió de nuevo las llaves y obtuvo la misma réplica, en aquella ocasión bajo la guía de Pierre des Essars, burgués armado caballero y primo por matrimonio de Maillart y Marcel. La guardia de Saint-Antoine se abalanzó sobre el preboste, y cuando se alzaron las armas ensangrentadas y se disgregó el tropel, el cadáver de Étienne Marcel yacía pisoteado y muerto en la calle.

También perdieron la vida dos de sus acompañantes. Otros fueron desnudados, golpeados y abandonados al pie de las murallas. «Luego el pueblo se lanzó a la búsqueda de más para tratarlos de manera similar». Nuevos seguidores del preboste perecieron asesinados y quedaron desnudos en el arroyo. Mientras Carlos de Navarra escapaba a Saint-Denis, la facción realista se adueñó del mando y dos días más tarde, el 2 de agosto de 1358, entregaba la ciudad al regente.

Inmediatamente éste proclamó el perdón de los parisienses, salvo el de los asociados íntimos de Marcel y el rey de Navarra, que fueron ejecutados o desterrados. Sus bienes, confiscados, pasaron a los leales del delfín. Pero el espíritu de los

caperuzas rojiazules conservó bastante vigor para producir manifestaciones irritadas cuando se arrestó a más partidarios de Marcel. La situación era sombría y peligrosa. El 10 de agosto el regente publicó una amnistía general y ordenó a los nobles y labriegos que se perdonasen mutuamente, de modo que se pudieran cultivar los campos y efectuar la cosecha. El exterminio de los jacques se hacía sentir.

La muerte de Marcel abortó el movimiento reformista; el atisbo de «buen gobierno» fue fugaz. Después de Artevelde y Rienzi, Marcel era el tercer jefe burgués que se había levantado en doce años y había perecido por obra de sus seguidores. En conjunto, el pueblo de Francia no estaba maduro para la lucha que limitara la monarquía. Culpaba de todos sus sinsabores —impuestos exorbitantes, gobierno deshonesto, moneda depreciada, derrotas militares, bandidaje de las compañías francas, la postración del reino— a los consejeros reales y los nobles frívolos, no al soberano, que había peleado con bravura en Poitiers, ni tampoco al delfín. Habían perdido el derecho a que los Estados Generales se reunieran a voluntad, y se habían descartado las provisiones de la ordenanza general, si bien no del todo. Se dejaba a la corona en libertad para el período de absolutismo que la historia le reservaba.

El regente tenía París, pero se hallaba rodeado de enemigos. En Saint-Denis, Carlos de Navarra anunciaba su rebelión abierta y renovaba su alianza con Eduardo de Inglaterra. «Muy penosa y cruel», prosiguió la guerra oficiosa de las compañías navarras e inglesas, grupos particulares las combatieron y la tierra fue presa de luchas locales, incursiones, asedio de castillos e incendio de pueblos. En medio del desconcierto, «el joven señor de Coucy guardaba con cuidado su castillo y territorio» con el auxilio de dos temibles guerreros. Uno era su antiguo tutor Matthieu de Roye, que en una ocasión obligó a rendirse y apresó una compañía entera de trescientos ingleses; el otro, el gobernador del dominio de Coucy, «caballero duro y valiente», llamado el Chanoine (Canónigo) de Robersart, «a quien los navarros y los ingleses temían más que a nadie, porque los había puesto en fuga muchas veces».

A Enguerrand se debió la hazaña de destruir el castillo del obispo Robert le Coq, que intentaba persuadir a Laon que se pasase a Carlos de Navarra. No se conocen los detalles, salvo el de que «el obispo mencionado» no agradaba al señor de Coucy. Por lo demás, pagando los sueldos a sus hombres de armas e impidiendo que alguien estuviera extramuros, contuvo a los bandoleros, que consiguieron, en cambio, tomar el castillo vecino del conde de Roussi, lo que «causó gran escasez en el distrito». Los campos incultos y los pueblos carbonizados hacían que el hambre recorriese Francia con paso de lobo.

CAPÍTULO 8

REHÉN EN INGLATERRA

Habían fracasado, en el entretanto, todos los desvelos para concluir un tratado permanente de paz en Londres. Los franceses se desdijeron de las condiciones del acuerdo establecido en 1358 y Eduardo repuso aumentando sus exigencias. En marzo de 1359, cuando la tregua estaba a punto de expirar, Juan II cedió, ofreciendo medio reino a cambio de su liberación. Por el Tratado de Londres entregó prácticamente toda la Francia occidental, desde Calais a los Pirineos, y convino en pagar a plazos fijos la catastrófica cantidad, muy superior a la precedente, de cuatro millones de escudos de oro, con la garantía de cuarenta rehenes de sangre real y noble, uno de los cuales fue Enguerrand de Coucy. En caso de que hubiera oposición a la transferencia de los territorios cedidos, Eduardo se reservaba el derecho de mandar un ejército a Francia, cuyos gastos pagaría el soberano francés.

Francia, a pesar de su desesperado deseo de paz, se avergonzó irritada al enterarse de las condiciones. El delfín, que había madurado en los sombríos años siguientes a la rota de Poitiers, entendía mejor la administración y el gobierno que su padre. Ni él ni su consejo estaban dispuestos a consentir en lo que había convenido el soberano. Puestos en el dilema de aceptar el tratado o renovar la guerra, convocaron los Estados Generales con la petición de que representaran a los brazos, con plenos poderes, «los hombres de mayor sustancia, notables y sabios».

En aquel momento sombrío, uno de los más tenebrosos de la historia francesa, los pocos delegados que se atrevieron a recorrer las carreteras, infestadas de bandidos, hasta París, estaban llenos de determinación. Cuando, el 19 de mayo, les leyeron el Tratado de Londres, deliberaron muy poco tiempo y sin discusión, y respondieron al delfín de manera lacónica, por una vez: «Dijeron que el Tratado desagradaba a todo el pueblo francés y que era intolerable, y por ello ordenaban que se declarase la guerra a Inglaterra».

Eduardo hizo un esfuerzo supremo para consumar la victoria. Achacó el rechazo del Tratado a la «perfidia» francesa. Con ello tuvo motivos para una «guerra justa», que permitía a los obispos ofrecer indulgencias como estímulo del reclutamiento. Decidido a reunir una fuerza expedicionaria provista de todo lo que la hiciera invencible, pasó el verano reuniendo sus elementos. Congregó un inmenso convoy de mil cien barcos para once mil o doce mil hombres, más de tres mil caballos (a los que se unirían otros tantos en Calais), mil carros y galeras de cuatro caballos para la impedimenta, tiendas, forjas, molinos manuales, herraduras, clavos, arcos y flechas, armas y armaduras, utensilios de cocina, provisiones iniciales de vino y comida, y barcas de cuero para pescar en los ríos, sin olvidar a treinta halconeros con azores,

setenta pares de sabuesos y setenta de lebreles.

Cuando el rey se embarcó, con sus cuatro hijos mayores, finalizaba el mes de octubre, lo que auguraba una campaña invernal. Sabía por experiencia ajena y personal que aquello era calamitoso para un ejército distante de la base patria; pero el ímpetu de los grandes preparativos es difícil de contener, y la posesión de muchas guarniciones en Francia le daba confianza en un pronto triunfo.

La suerte de Inglaterra estaba en el cenit. El dinámico monarca había atraído a un extraordinario grupo de soldados muy capaces —Chandos, Knollys, *sir* Walter Manny, *sir* Hugh Calveley, el *captal* de Buch y el príncipe de Gales—, grupo que «las estrellas tienen influencia para hacer surgir más en una época que en otra». El éxito se palpaba. «Era insignificante la mujer que no poseyese despojos de Francia —escribió el cronista Walsingham—: vestidos, pieles, ropa de cama, vasijas de plata y tela de lino». Los ánimos habían llegado al optimismo perfecto en 1350 cuando Eduardo zarpó para responder a un reto de los españoles. A bordo del *Thomas*, en agosto, describe Froissart, el monarca, con una almilla de terciopelo negro y un sombrero redondo de castor «que le sentaba muy bien», se hallaba en el castillo de proa disfrutando de la conversación y las canciones con el Príncipe Negro y un grupo de nobles. «El rey estaba aquel día, como me refirieron los presentes, más alegre que nunca y ordenó a los músicos que tocaran una alemanda, danza que *sir* John Chandos había importado recientemente». Pidió a *sir* John que bailase y cantase con los músicos, «lo cual le colmó de placer», mientras que, de cuando en cuando, miraba a lo alto, hacia el vigía que estaba alerta para avistar a los españoles. Como es de imaginar, así que fueron vistos, salieron a su encuentro y los vencieron, de modo que se confirmó la jactancia del soberano de ser el «Señor del mar».

Los ingleses partieron, en 1359, de Calais para Reims, donde Eduardo se proponía que le coronasen rey de Francia. Con un colosal tren de bagajes, del que se dijo que cubría dos leguas, cruzaron Picardía en tres cuerpos separados, con el fin de buscar víveres y forraje de manera más concienzuda; pero, aun así, encontraron escasas provisiones en un país que ya habían devastado las compañías francas. Los caballos sufrieron hambre, la marcha se redujo, llovió a diario y progresaron sólo tres leguas al día. Lo peor de todo fue que la batalla decisiva eludía a Eduardo. Los ingleses avanzaban a través de un vacío creado deliberadamente. Ninguna hueste de armas relumbrantes salió a su encuentro. Los franceses concentraron su defensa en ciudades fortificadas y castillos que podían soportar los ataques.

La renuncia a un encuentro decisivo —la estrategia que salvaría a Francia— se derivó, como muchas innovaciones militares, de la derrota, ignominia y escasez de medios. Quien percibió lo que la situación exigía fue el delfín, gobernante que atendió a la necesidad, no a la gloria.

Con respecto a su cuñado hostil, su posición había mejorado, porque, en agosto, Carlos de Navarra renunció a su alianza con Eduardo y, en otra ceremonia de reconciliación aún más barroca que la anterior, prometió ser «buen amigo del rey de

Francia, el regente y el reino». Aunque muchos pensaron que Dios le había inspirado la promesa, el de Navarra no podía vivir sin conspirar, y al cabo de unos meses había tramado un nuevo proyecto para librarse del delfín.

Eduardo llegó a Reims en la primera semana de diciembre. Esperaba por lo visto que la ciudad le recibiese después de lo que hubiera debido ser un avance triunfal. Prevenida de sus intenciones, Reims había reforzado las murallas durante la larga espera y se cerró a cal y canto, lo que obligó a los ingleses a sitiarla. Los franceses habían vaciado los campos circundantes de cuanto fuese útil al adversario y destruido los edificios que podrían albergarle. Ante Reims, Eduardo vio arder el monasterio de Saint-Thierry, que se había propuesto utilizar como cuartel general. Desprovistos de víveres lo mismo que de combate, y reducidos a pasar frío y hambre, los ingleses hubieron de levantar el cerco a los cuarenta días. Se dirigieron al sur, hacia la rica tierra borgoñona, asolando y saqueando durante dos meses, hasta que Eduardo accedió a que Philip de Rouvre, a la sazón duque de Borgoña, comprase su retirada por doscientos mil *moutons* de oro.

Al encaminarse a París en marzo, Eduardo se enteró, con iracundia y votos de venganza, de la salvaje incursión que los franceses habían efectuado aquel mismo mes en Winchelsea, en la costa meridional de Inglaterra. Su verdadero objetivo había sido rescatar a Juan II, lo que hubiera ahorrado a Francia una cantidad ruinosa. La incursión tenía originalmente la finalidad, con «la ficción de permanecer», de asustar a los ingleses hasta obligarles a retirar tropas del suelo francés para defender su territorio. Las ciudades principales entregaron subsidios. Un audaz capitán de marina, Enguerrand Ringois de Abbéville, de valor y carácter indomable, célebre desde el asedio de Calais, fue elegido jefe naval. Las fuerzas terrestres, que ascendían a dos mil caballeros, arqueros y peones de Picardía y Normandía, adolecían de la ausencia corriente de mando único. Las capitaneaba un triunvirato de nobles enemistados entre sí. Pierre des Essars, el hombre que se había desembarazado de Étienne Marcel, dirigía un cuerpo de voluntarios parisienses.

Los rumores que precedieron al ataque hicieron que Juan fuese trasladado, el día 1 de marzo, del condado de Lincoln a un castillo cercano a Londres y luego a la Torre de la misma ciudad. A despecho de haber inspeccionado las costas, los franceses, mal informados, desembarcaron en el sur el 15 de marzo. Se apoderaron de Winchelsea sin dificultad; pero, en vez de establecer una base sólida, se entregaron al frenesí usual de saqueos, homicidios y violaciones, incluido el asesinato de ciudadanos que asistían a misa. Mientras la alarma se difundía en los contornos, pillaron la vecina Rye y chocaron y rechazaron a mil doscientos ingleses, reunidos con premura, que iban contra ellos. Temiendo la llegada de refuerzos, se mostraron opuestos a «la ficción de permanecer» y, de vuelta a la cabeza de puente a las cuarenta y ocho horas de la invasión, reembarcaron a la luz de la población incendiada.

Inglaterra fue pasto del pánico al saber que el enemigo «recorría el país, mataba, quemaba, destruía y cometía otros atropellos», y que podían esperarse cosas peores,

«si no se le resistía pronta y virilmente». Lo último no fue preciso; no obstante, la impresión sufrida dejó un miedo persistente a la invasión que pondría trabas a las actividades futuras contra Francia. Por otro lado, la incursión, planeada perfectamente y ejecutada de la peor forma posible, no consiguió más que provocar la cólera de Eduardo y sus represalias cuando descubrió que los franceses podían perpetrar tantos desafueros en su reino como los ingleses en Francia.

Las huestes de Inglaterra cercaron París a principios de abril y enviaron heraldos a retar a los defensores, pero el delfín, confiando en las fortificaciones improvisadas de Marcel, prohibió que se les contestase. Tras una semana en que quemó y mató extramuros para provocar la batalla, Eduardo se fue, tan frustrado como ante Reims, aunque no dispuesto a dar su brazo a torcer. Se encaminó hacia Chartres, no hacia la costa. Durante los dos meses anteriores los legados pontificios habían ido del delfín a los ingleses, con la intención de que las negociaciones se reanudasen, mas no lo lograron ante la negativa de Eduardo de reducir sus condiciones. El propio regente había enviado embajadas con propuestas de paz. En vista de que «el reino no podía soportar por más tiempo la tribulación y la pobreza enormes» que los ingleses le infligían, «pues las rentas de los señores y las iglesias se habían perdido por completo en todos los lugares», él y su consejo ofrecieron un arreglo sobre la base de lo convenido en 1358, con anterioridad a que Eduardo aumentara sus exigencias. El duque de Lancaster recomendó a su monarca que accediera, porque, si persistía, habría de guerrear «todos los días de vuestra vida» y quizá «perdiese en un día lo que habíamos tardado veinte años en ganar».

La ira de los cielos apoyó al duque. El 13 de abril, lunes, «con espantoso tiempo» de neblina y frío glacial, cuando el ejército había acampado en su avance hacia Chartres, se desató con la fuerza de un ciclón una violenta granizada, seguida de chaparrones helados. Las colosales piedras del granizo mataron a hombres y animales, el viento arrancó las tiendas, el tren del bagaje fue arrastrado por el barro e inundaciones, y el frío tremendo arrancó la vida a docenas de soldados, «por lo que muchos hombres llamaban a aquel día Lunes Negro». En media hora el ejército de Eduardo sufrió una calamidad superior a la obra del hombre. Sólo era interpretable como un aviso celestial. El Lunes Negro culminó todas las deficiencias de la campaña de seis meses: la vulnerabilidad de las huestes inglesas, la falta de batalla decisiva, la incapacidad para tomar una ciudad murada importante, o la capital, la conciencia, vagamente percibida, y que Lancaster atisbó, de que el saqueo no reduciría a Francia, ni tampoco el asedio de población tras población, fortaleza tras fortaleza. A la larga todo ello sería lo que condenaría a que la guerra se prolongase cien años, más el hecho de que, salvo el azar de haber capturado al rey en Poitiers, los ejércitos medievales carecían de medios para obtener un resultado concluyente, y mucho menos la rendición incondicional.

Cediendo al aviso del cielo y al consejo de Lancaster, Eduardo nombró representantes para que tratasen con los franceses nuevos términos de paz. Se

reunieron en la aldehuela de Brétigny, situada a una legua de Chartres, donde el conflicto de veinte años habría, al fin, de acabar. O así al menos pareció entonces.

El Tratado de Brétigny, firmado el 8 de mayo de 1360, abarcó un laberinto de detalles legales y territoriales en treinta y nueve artículos, cinco cartas de confirmación y una balumba de retórica tan vieja como los abogados. Básicamente significaba una vuelta al acuerdo de 1358. El rescate del rey Juan se estableció en tres millones de escudos de oro y las excesivas demandas territoriales de Eduardo se redujeron tanto, que, en ese sentido, su última campaña fue un fracaso y un malgasto. No obstante, confirmó la cesión, exenta de la obligación de prestar homenaje, de Guyena y Calais al soberano de Inglaterra, más la cesión de otros territorios, ciudades, puertos y castillos entre el Loira y los Pirineos y en la región de Calais. Representó, pues, un tercio de Francia, la mayor conquista hasta entonces registrada en la Europa occidental desde fechas muy antiguas. Eduardo renunció a la corona francesa y a las demás pretensiones de dominio que no figuraban en el tratado.

Para asegurar el cumplimiento de éste, se renovó la precedente exigencia de cuarenta rehenes representativos de la alta nobleza del reino. Se incluyó de nuevo entre ellos a Enguerrand de Coucy. Siendo señor de la mayor fortaleza de la Francia septentrional y de un centro de resistencia a los ingleses, se le eligió deliberadamente en la creencia de que la paz se aseguraría si hombres como él se convertían en rehenes.

Encabezaban el grupo los cuatro «flores de lis», o príncipes reales, es decir, dos hijos de rey, Luis y Juan, futuros duques de Anjou y de Berry; su hermano, el duque de Orléans; y el cuñado del delfín, el duque Luis II de Borbón. Formaron también parte de la lista los condes de Artois, Eu, Longueville, Alençon, Blois, Saint-Pol, Harcourt, Grandpré y Braisne, y otros *grands seigneurs* y guerreros notables, incluido Matthieu de Roye, antiguo tutor de Coucy. Juan II iría a Calais, donde permanecería hasta que el primer pago de seiscientos mil escudos de su rescate se hiciera efectivo y se hubiese cumplido la transferencia de los territorios preliminares. Después recobraría la libertad con diez de sus compañeros apresados en Poitiers y los sustituirían cuarenta rehenes del Tercer Estado —fuente auténtica del dinero—, cuatro de París y dos de otras dieciocho ciudades. Posteriormente se transmitiría la soberanía de poblaciones y castillos, y el resto del rescate en seis plazos de cuatrocientos mil escudos cada uno a intervalos de seis meses. A cada entrega recobraría la libertad una quinta parte de los rehenes.

El Tratado de Brétigny se «aceptó con suma ligereza para gran pena y daño del reino de Francia», a juicio del anónimo autor de los *Quatre Valois* («Cuatro Valois»), del que no se sabe sino que era de Rouen. Se entregaron, escribió, fortalezas y buenas ciudades que «no se hubieran tomado con facilidad», lo que era muy cierto, pero el tratado se excusó diciendo que resultaba imprescindible liberar al rey.

Urgía mucho más limpiar a Francia de las compañías francas. En un apéndice del tratado, Eduardo prohibió, so pena de destierro, que los soldados ingleses cometieran

nuevos actos de hostilidad; pero no había serio propósito detrás de esta declaración y Francia no tuvo respiro. En efecto, el Tratado de Brétigny inauguró el período de mayor florecimiento de las compañías, porque un enjambre de soldados licenciados, en grupos denominados los *Tard-Venus* (Rezagados), actuaron en pos de sus predecesores y engrosaron poco a poco las huestes mercenarias.

Se llegaron a grandes extremos en el esfuerzo de reunir el rescate. Se fijaron las cantidades que habían de pagar las ciudades, condados y dominios nobles, entre ellos el de Coucy, que contribuyó con veintisiete mil quinientos francos. En las ventas se cobraron impuestos del doce por ciento en París y su comarca, que debían entregar los nobles, sacerdotes «y todas las personas capaces de pechar». Lo recogido fue poco. Se recurrió a los judíos, a quienes se invitó a regresar, con licencia de residencia de veinte años, por la que cada uno debía pagar veinte florines en el instante de la entrada y siete anuales en adelante.

Juan vendió a su hija Isabel, de once años de edad, en matrimonio con el retoño, de nueve años, de la rica y desenfrenada familia de los Viscontis de Milán por seiscientos mil florines de oro. Para obtener la mano principesca, Galeazzo Visconti, padre del novio, ofreció la mitad del dinero en seguida y la restante a cambio de una dote territorial. La boda se celebraría en julio, inmediatamente después de los esponsales, como era costumbre, pero hubo de retrasarse porque la princesa enfermó de fiebres. ¡Qué ansiedad rodearía el lecho de la paciente, de la que tanto oro dependía!

En aquellas calendas la peste había reaparecido en Saboya y Lombardía, primera manifestación de lo que sería importantísima recidiva en el año siguiente. Después de escapar a las villas rurales durante los meses veraniegos, mientras la gente moría a millares en Milán y los cadáveres se corrompían en las casas selladas, los hermanos Viscontis regresaron cuando la pestilencia se aplacó. Entonces enviaron representantes a toda Italia en busca de joyas, sedas y espléndidos ropajes en preparación de la boda. Se aseguró a los invitados que «sería la ceremonia más magnífica que Lombardía jamás había presenciado». La princesa francesa, ya repuesta, fue enviada a Milán a través de Saboya, a pesar de los riesgos, y se casó a mediados de octubre en medio de fiestas, de lujo «imperial», que duraron tres días. Un millar de invitados con sus séquitos acudió a la ciudad en aquella ocasión. La opulencia de los Viscontis —pagada por sus súbditos— sólo sirvió para subrayar lo que la generalidad consideraba una humillación para Francia. «¿Quién hubiera imaginado que el propietario de aquella corona se vería reducido a extremos tales que hubo de vender su propia carne en almoneda?», escribió Matteo Villani, pensando en la grandeza del trono francés. El hado de la hija del rey se le antojó, «en verdad, un indicio de la desdichada inconstancia de los asuntos humanos».

Juan II, mientras tanto, esperaba en Calais bajo custodia inglesa desde julio en compañía de su hijo menor, ya llamado Felipe el Atrevido. El futuro duque de Borgoña conquistó su sobrenombre en un banquete que Eduardo ofreció a los

prisioneros de Poitiers. Durante él el joven príncipe se apartó enfurecido de la mesa y golpeó al mayordomo principal, chillando: «¿Dónde aprendiste a servir al rey de Inglaterra antes del rey de Francia cuando se sientan a la misma mesa?». «Ciertamente, primo, sois Felipe el Atrevido», comentó Eduardo. En 1361, a la muerte de Philip de Rouvre, Juan II tomó el ducado de Borgoña para su hijo menor, lo cual tendría importancia en el porvenir.

El 24 de octubre de 1360 se entregó a los ingleses de Calais el primer pago de cuatrocientos mil escudos, cosechados sobre todo en el norte. El oro de los Viscontis se hallaba detenido en complicados tratos financieros, dotes y discusiones entre Juan y Galeazzo, y no parece que se incluyera en el rescate. Aunque no llegaban a la cantidad estipulada, los cuatrocientos mil se aceptaron, y el acuerdo de paz, con algunas modificaciones, se ratificó como el Tratado de Calais. La firma de Enguerrand de Coucy, como uno de los rehenes principales, constó en el documento. Después de jurar con Eduardo que mantendría la paz perpetuamente, según las condiciones estipuladas en el tratado, Juan regresó a su país destrozado después de cuatro años de cautiverio.

A los cuatro días de su liberación, el 30 de octubre, los rehenes franceses, bajo la custodia de Eduardo y sus hijos, se hicieron a la mar hacia Inglaterra. Algunos estarían en ella diez años, otros la abandonarían a los dos o tres, y otros morirían en tierra inglesa. Entre destinos tan distintos, el de Enguerrand sería único: se convertiría en yerno del rey de Inglaterra.

La inmortalidad le acompañó en su travesía del canal de la Mancha. En el mismo buque, o en otro del convoy, un joven escritor burgués de Valenciennes (Hainault) iba a presentar su relato de la batalla de Poitiers a la reina Felipa de Inglaterra, paisana suya, con la esperanza de lograr su mecenazgo. Llamado Jean Froissart, de veintidós o veintitrés años de edad, consiguió complacer a la soberana y, con su ayuda, comenzó a recoger el material que le transformaría en el Heródoto de su edad. Consciente panegirista de la caballería, escribió con la intención de que «los honrosos y nobles hechos de armas y aventuras, hechos y ejecutados en las guerras de Francia e Inglaterra, quedasen inscritos de modo notable y conservados para memoria perpetua». Dentro de esos criterios, no hay crónica más completa y vívida. Cristalizados en la «memoria perpetua» que Froissart consigue para ellos, los nobles de su época cabalgan sempiternamente, brillantes, rapaces, valerosos y crueles. Si, como Walter Scott se quejó, Froissart sentía tan «poca simpatía que asombra» por los «rústicos villanos», no hizo más que estar de acuerdo con el contexto.

El convoy que transportaba a los rehenes contenía una concentración extraordinaria de los primeros protagonistas del período. Entre ellos hubo otro observador capaz de dar la inmortalidad. La humanidad era el asunto de Geoffrey Chaucer, y toda la sociedad del siglo XIV, menos la clase baja, el fin de su estudio. A los veinte años, nacido en el mismo que Enguerrand de Coucy, había acompañado al ejército inglés a Francia como familiar de la casa de Lionel, duque de Clarence y

segundo hijo del soberano. Mientras forrajeaba en las afueras de Reims, los franceses le habían capturado. El rey Eduardo le rescató por dieciséis libras, precio muy favorable en comparación con las cuatro libras, trece chelines y cuatro peniques con que se compensó la muerte del caballo de lord Andrew Lutterall, y las dos libras que costaba la libertad de un arquero corriente. No hay documentación que atestigüe su presencia en el viaje de retorno a Inglaterra, pero, como el duque de Clarence iba con los rehenes, es casi seguro que Chaucer, miembro de su cortejo, le acompañaría.

Coucy llegaría a conocer a Chaucer y a ser amigo y protector de Froissart, aunque nada indica que los tres jóvenes se relacionasen durante el viaje. Cierto tiempo después, mientras observaba interesado, en busca de material para su historia, Froissart reparó en su futuro mecenas. En Inglaterra, en una fiesta cortesana, durante las complicadas danzas y canciones que precedieron al banquete, notó que «el joven señor de Coucy sobresalía en el baile y el canto cuando le llegaba el turno. Los franceses e ingleses le tenían en mucho, pues realizaba cuanto hacía bien y con gracia, y todos loaban su gentil manera de hablar con todo el mundo». En las habilidades que un noble elegante debía poseer, Enguerrand se destacaba por su perfección, y no es de sorprender que llamara la atención.

La búsqueda de aventuras, bajo la égida de Marte y Venus, era, según se aceptaba, la tarea del caballero. «Si descuellas en las armas —advierte el Dios del Amor en el *Roman de la Rose*—, serás diez veces amado. Si tienes buena voz, no te excuses cuando te pidan que cantes, pues cantar bien llena de placer». La danza y el diestro empleo de la flauta y los instrumentos de cuerda facilitan asimismo el camino que lleva al amante al corazón de las damas. Debe tener limpias las manos, las uñas y los dientes, cerrar sus mangas con cordones, peinarse y no utilizar pintura ni colorete, que son impropios incluso de las damas. Ha de vestir de manera atractiva y elegante, y calzar zapatos nuevos, cuidando que ciñan tan bien sus pies que «la gente vulgar discuta cómo te los pones y cómo has metido tus plantas en ellos». Tiene que rematar el conjunto con una guirnalda de flores, que cuesta muy poco dinero.

No puede decirse hasta qué punto Enguerrand respondía a este ideal, ya que no se conserva ningún retrato suyo. Ello no resulta excepcional, pues, excepto en lo que se refiere a los personajes reales, el arte del retrato apenas se practicaba. El siglo XIV parece haberse desinteresado del aspecto personal y los rasgos físicos de los individuos, menos en el caso de los gobernantes o el de rarísimos sujetos, como Bertrand Du Guesclin. Las demás personas no merecen la diferenciación de los cronistas e ilustradores, y adquieren personalidad sólo con sus hechos. En cuanto a Enguerrand de Coucy se tienen dos indicios de su apariencia: uno, que era alto y fuerte, cuando se describe su figura bajo una lluvia de tajos en su última batalla, y otro, que debió de ser moreno y, en su madurez, melancólico, como aparece en un retrato pintado doscientos años después de su muerte. Siendo encargo de un

monasterio celestino que Enguerrand había fundado, existiría sin duda alguna tradición de la apariencia del fundador que orientase al artista; pero el rostro plasmado muy bien pudo ser imaginario.

La descripción más vívida de todas no es individual. Sin embargo, por su modo de cantar, danzar y de regir el caballo, por su trato encantador y sus talentos amatorios, no resulta imposible ver al joven Enguerrand de Coucy en el Escudero de los *Cuentos de Canterbury*. No pretendemos afirmar que Chaucer, que veía a diario caballeros y escuderos en su existencia cortesana, pensara precisamente en Enguerrand cuando trazó el brillante retrato del Prólogo. Empero, se conforma con él.

Un encantador y fogoso muchacho
de cabello muy rizado, como si lo hubieran oprimido,
de veinte años de edad, según colijo.
Su talla era de estatura media,
dinamismo maravilloso y vigorosa complexión.
Y había estado cierto tiempo batallando
en Flandes, Artois y Picardía,
y se había portado bien, en corto tiempo,
por alcanzar los favores de su dama.
Bordado iba como si fuera un prado
cuajado de flores blancas y rojas.
Cantaba o silbaba el día entero;
era fresco y alegre como el mes de mayo.
Llevaba veste corta, de mangas largas y anchas.
Podía cabalgar todo el día con galanura.
Componía canciones y les ponía música,
justaba, danzaba, dibujaba y escribía.
Tan ardientemente enamorado estaba que de noche
dormía menos que el ruiseñor.

Dirigidos por los cuatro «lises», Anjou, Berry, Orléans y Borbón, los rehenes de indumentaria sedosa y bicolor, «bordada como si fuera un prado», aportaron tanto esplendor a Inglaterra por lo menos como los prisioneros de Poitiers a quienes reemplazaban. Tenían que costearse los gastos —muy grandes en lo que se refería al duque del Orléans, que llevaba dieciséis criados y un acompañamiento de más de sesenta personas—. Agasajados con banquetes, músicas y dádivas de joyas, se movían con entera libertad y cazaban con halcones o sin ellos, bailaban y galanteaban. Los caballeros franceses e ingleses se enorgullecían de tratar con cortesía a sus prisioneros, a pesar de su avidez de rescates. Contrastaban con ello los alemanes, que, según el informe desdeñoso de Froissart, cargaban a los suyos «de

cadenas y grilletes, como a ladrones y asesinos, para obtener mayor rescate».

Coucy no se sentiría extranjero en Inglaterra. Su familia poseía dominios heredados de su bisabuela Catherine de Balios, aunque el rey Eduardo los había confiscado durante la guerra y recompensado espléndidamente con ellos al capturador del monarca de Escocia.

Los dos pueblos, como los ingleses y estadounidenses posteriores, compartían la misma cultura y, entre la aristocracia, un lenguaje común, legado de la conquista normanda. Hacia la época en que llegaron los rehenes, la clase alta empezaba a cambiar la lengua francesa por la que usaban los plebeyos. Antes de la Peste Negra, el francés había sido el habla de la corte, el Parlamento y los tribunales de justicia. Es probable que el propio rey Eduardo no hablara el inglés con fluidez. El idioma francés se continuaba enseñando en las escuelas, lo que despertaba el resentimiento de los burgueses, cuyos hijos, según una queja de 1340, «están obligados a renunciar al uso de su propio idioma, cosa inaudita en las demás naciones». Cuando numerosos clérigos, capaces de enseñar el francés, murieron a consecuencia de la peste, los niños de las escuelas primarias empezaron a estudiar en inglés, con beneficio y pérdida a la vez, en opinión de John de Trevisa. Aprendían la gramática con mayor rapidez que antes, dijo, pero, sin el francés, se hallaban en situación desventajosa cuando «deben cruzar el mar y viajar por tierras extrañas».

A causa de sus ceñidos límites isleños y el más temprano desarrollo del poder parlamentario, Inglaterra era más coherente que Francia y tenía mayor sentimiento nacional, que fomentaba el creciente antagonismo al papado. Entonces, con los rescates de los reyes Juan de Francia y David de Escocia, los triunfos bélicos y las ganancias territoriales, había vuelto las tornas a Guillermo el Conquistador. No obstante, por debajo del orgullo, la gloria y la afluencia de dinero, los efectos de la guerra corroían el país.

Los saqueadores de Francia llevaron a su patria el hábito del bandidaje. Muchos componentes de las fuerzas invasoras habían sido antes forajidos y criminales, que se habían alistado en busca del perdón prometido. Otros se hicieron delincuentes violentos con la práctica tenida en Francia. A la vuelta, algunos formaron compañías a imitación de sus compañeros que se habían quedado en suelo francés. «Equipados como si fueran a la guerra», robaron, asaltaron a los viajeros, hicieron cautivos, retuvieron pueblos por el rescate, mataron, mutilaron y esparcieron el terror. Un estatuto de 1362 ordenó a los ministros de la justicia que acopiaran información «sobre quienes habían sido saqueadores y ladrones al otro lado del mar, y habían vuelto para vagar y no trabajar, como solían hacer antes».

En la primavera de 1361, doce años después de la gran peste, los temidos bultos negros reaparecieron en Francia e Inglaterra, causando «una grandísima cantidad de fallecimientos rápidos». Una de las primeras víctimas fue la reina francesa, segunda mujer de Juan, que murió en septiembre de 1360, anticipándose al rigor de la epidemia. La *pestis secunda,* a veces llamada la «mortandad de niños», se cebó en

especial en los jóvenes, que carecían de la inmunidad de algún modo obtenida en la plaga anterior, y, según John de Reading, «hizo estragos principalmente en los varones». El óbito de personas de edad más tierna, durante la Segunda Peste, frenó la repoblación y amargó a la época con un sentimiento de decadencia. En el afán de procrear, las inglesas, cuenta el *Polychronicum*, «aceptaron cualquier marido, extranjeros, débiles e imbéciles sin distinción, y se aparearon sin rubor con los inferiores».

Como la manifestación neumónica no se produjo, o fue insignificante, el porcentaje de muertes, en conjunto, no llegó al de la epidemia anterior, aun cuando fue muy caprichoso. En París había de setenta a ochenta defunciones diarias; en Argenteuil, pocos kilómetros más allá de la capital, donde el Oise confluye con el Sena, el número de fuegos pasó de mil setecientos a cincuenta. Flandes y Picardía experimentaron graves pérdidas, y las de Aviñón frisaron en lo espectacular. La peste recorrió, como las llamas la paja, los barrios superpoblados e insalubres. Entre marzo y julio de 1360 se dice que murieron «diecisiete mil personas».

La Segunda Peste, bien que menos letal, pesó de forma más terrible que la primera por el mismo hecho de su reaparición. En adelante, se vivió con el justificado miedo de otra recidiva, de la misma suerte que se vivía bajo el terror de la reaparición de los bandidos. En cualquier instante podía presentarse tanto el fantasma que «se alza en medio de nosotros como humo negro» como el jinete cubierto de hierro, con la muerte y la ruina pegada a los talones. La sensación de desastre inminente abrumó la segunda mitad del siglo, y se expresó con vaticinios apocalípticos de perdición.

El más celebrado fue la *Tribulación* de Jean de la Roquetaillade, franciscano encarcelado en Aviñón por predicar contra la corrupción de prelados y príncipes. Como Jean de Venette, simpatizaba con los oprimidos en contra de los primates, seglares y religiosos. En su celda, en 1356, el año de Poitiers, profetizó que Francia sería abatida y que toda la cristiandad sufriría disturbios: la tiranía y los ladrones prevalecerían; los bajos se alzarían contra los altos, a quienes «los plebeyos matarían con crueldad»; muchas mujeres serían «mancilladas y enviudarían» y su «altivez y lujo se marchitarían»; los sarracenos y tártaros invadirían los reinos de los latinos; gobernantes y pueblos, ofendidos por la suntuosidad y la soberbia del clero, se unirían para despojar a la Iglesia de sus bienes; nobles y príncipes serían desposeídos de sus dignidades y estarían expuestos a aflicciones increíbles; el Anticristo comparecería para divulgar falsas doctrinas, y las plagas eliminarían la mayor parte de la humanidad y todos los pecadores empedernidos, en preparación de la palingenesia.

Éstas eran las preocupaciones y corrientes auténticas de la edad. Sin embargo, como muchos jeremías, Roquetaillade vaticinó el desastre como preludio de un mundo mejor. En su visión, la Iglesia, depurada por el sufrimiento, castigo y verdadera pobreza, sería restaurada; un gran reformador se convertiría en papa; el rey de Francia, contra lo acostumbrado, sería electo emperador del Sacro Imperio

Romano Germánico y gobernaría como el monarca más santo desde el principio del tiempo. Él y el pontífice, de consuno, expulsarían a los sarracenos y tártaros de Europa, convertirían a todos los musulmanes, judíos y otros infieles, destruirían la herejía, conquistarían el mundo para la Iglesia universal y, antes de fallecer, establecerían un reino de paz que duraría mil años, hasta el día del Juicio Final y las postrimerías.

Los rehenes no se salvaron de la peste. Una víctima de alcurnia fue el conde Guy de Saint-Pol, caballero de gran virtud, «muy devoto y caritativo con los pobres», que aborrecía la concupiscencia y las corrupciones mundanales, y que había permanecido virgen hasta que consintió en matrimoniar. Los rehenes burgueses de París, Rouen y varias otras ciudades también perecieron. El magnífico duque de Lancaster, probablemente el hombre más rico del reino, no se libró; murió a consecuencia de la plaga y dejó su título y enorme herencia a su yerno, Juan de Gante, tercer hijo del rey Eduardo. No está documentado cómo y dónde se albergaron los rehenes, y si la cortesía caballeresca les permitió huir a retiros campestres. En 1357, un septenio después de la peste, Londres seguía un tercio vacía; pero, aunque la población no estuviera apiñada, su limpieza era lo bastante descuidada para que motivase repetidas ordenanzas que imponían a los ciudadanos el adecentamiento de sus viviendas. Bien que fuera contrario a la ley vaciar los orinales en las calles, su contenido y las basuras de la cocina a menudo salían disparados por las ventanas, más o menos en dirección de los arroyos callejeros, por los que fluía constantemente agua. Los heniles, que acogían a caballos, ganado mayor, cerdos y pollos, estaban tanto dentro de las casas como fuera de ellas, y motivaban frecuentes quejas sobre la acumulación de estiércol. Por entonces los ediles londinenses organizaron un sistema de «rastrilleros» a sueldo, para que se llevasen las porquerías en carros o embarcaciones del Támesis.

Las perspectivas de los rehenes no eran risueñas. Su esperanza de retorno dependía del pago regular de los plazos del rescate regio, que ya se demoraban. La plaga había frenado la colecta de dinero, y, además, costaba obtenerlo de las cenizas que habían dejado las compañías francas. El caso de Buxeaul, población de Borgoña, puede servir de muestra. Según una ordenanza real de 1361, la epidemia y las matanzas habían reducido sus cincuenta o sesenta fuegos a diez, y éstos «habían sido saqueados y arruinados por nuestros enemigos, de manera que poco o nada les queda, por lo cual algunos habitantes la han abandonado y siguen haciéndolo día a día»; y por culpa de estas cosas, los supervivientes, si se les exigía el pago de los impuestos acostumbrados, «tendrían que huir, escapar del lugar y convertirse en míseros pordioseros». Por consiguiente, se ordenaba que la población contribuyera al año con un solo tributo en lugar de dos, y que quedase exenta del que debía al señor feudal por muerte de un arrendador.

La desolación de los templos, que el enemigo había pillado, era motivo de

constantes instancias a los obispos. No se podían encender velas durante la misa, porque las apagaba el viento que soplaba a través de las ventanas sin vidrios; estaban a punto de derruirse por falta de fondos de conservación; los tejados tenían goteras y la lluvia caía en el altar. Los abades y abadesas vagaban en busca de mantenimientos; prelados, que se hubieran ruborizado antes de aparecer en público sin su séquito, sufrían entonces «la humillación de ir a pie, seguidos de un solo monje o criado, y de vivir con una dieta frugal». Las universidades se resentían de la falta de estudiantes y de matrículas. Montpellier se declaró «sin profesores y auditorio, porque en dicho *studium*, al que antaño concurría un millar de estudiantes, a duras penas se cuentan hoy doscientos».

A los consternados ojos de Petrarca, a quien Galeazzo Visconti envió para felicitar al rey por su liberación, Francia era «un montón de ruinas». Petrarca era un quejicoso inveterado que elevaba sus quejas a los límites más extremos, fuese por la iniquidad de los médicos, los hedores aviñoneses o la decadencia del pontificado. Pero, aun teniendo en cuenta una posible exageración, el cuadro que pintó de la Francia de enero de 1361 es trágico. «Por doquier hay soledad, desolación y miseria; los campos han sido abandonados, las casas están en ruinas y vacías, salvo en las ciudades muradas; por todas las partes se aprecia la huella fatal de los ingleses y las aborrecibles llagas aún sangrantes debidas a sus espadas». En el París real, «avergonzado de la devastación que llega a sus puertas…, incluso el Sena se desliza con tristeza, como si sintiera su pesar, y llora, temblando por el sino de todo el país».

Petrarca entregó al rey dos sortijas que le enviaba Galeazzo, una con un enorme rubí, como regalo, y otra, arrancada de la mano de Juan en Poitiers y que el italiano había conseguido recobrar se ignora cómo. Después agasajó a la corte con un sermón en latín sobre el texto bíblico del regreso de Manasés de la corte de Babilonia, con gozosas referencias a las mudanzas de la fortuna, como lo probaba la maravillosa salida de Juan del cautiverio. El monarca y el príncipe, escribió Petrarca en la voluminosa correspondencia, de la que cuidó conservar copias, «fijaron sus ojos en mí» con gran interés, y percibió que sus disquisiciones sobre la fortuna llamaron especialmente la atención al delfín, «joven de ardiente inteligencia».

Sobre las que pesaban en su país, desdichas personales habían afligido al delfín. En octubre de 1360, Jeanne, su hija de tres años, y su hermana Bonne, también niña, habían fallecido con dos semanas de diferencia. No se dice si el óbito se debió a la plaga, como el de la reina. En el doble entierro se vio al príncipe «tan apenado como jamás lo había estado». Él mismo había adolecido de una enfermedad que hizo caer su pelo y uñas, y le dejó «seco como una vara». La murmuración lo atribuyó al veneno de Carlos de Navarra, lo que bien pudo ser, porque los síntomas corresponden al emponzoñamiento con arsénico. El rey navarro había vuelto a su enemistad. En diciembre de 1359, estando los ingleses en Reims, temió tal vez que Eduardo se hiciera con la corona y urdió un atentado por iniciativa propia. Hombres armados entrarían en París por distintas puertas, combinarían sus esfuerzos para tomar el

Louvre, matarían al delfín y sus consejeros, y después se disgregarían por la ciudad para adueñarse de los puntos estratégicos, antes de que los parisienses pudieran congregarse. Como siempre, su verdadero propósito yace en el misterio. La conspiración, denunciada al delfín, rompió sus relaciones y dejó a Carlos de Navarra vagando hostilmente como antes.

No sólo el pago del rescate, sino también las condiciones sobre cesiones territoriales regían el destino de los rehenes. Las soberanías se habían cambiado con demasiada ligereza en Brétigny, como dijo el cronista, sin considerar que los territorios sobre el papel representaban personas sobre el terreno. Algo les había acontecido durante las dos décadas de guerra. Los ciudadanos del puerto de La Rochela imploraron al rey que no los cediese, puesto que preferían que les cobrasen impuestos sobre la mitad de sus bienes cada año a volver bajo la administración de Inglaterra. «Quizá nos sometamos a los ingleses de labios afuera —dijeron—; pero jamás con el corazón». Los habitantes de Cahors se lamentaron llorando de que el soberano los había dejado huérfanos. Los de la pequeña ciudad de Saint-Romain-de-Tarn se negaron a recibir a los representantes de Inglaterra, aun cuando al día siguiente, a regañadientes, enviaron delegados a que prestasen el juramento de homenaje en un lugar vecino.

Si sus compatriotas equiparaban a los ingleses con los bandidos y los odiaban sin esperanza en el secreto de sus pechos, Enguerrand Ringois de Abbéville, el jefe naval de la incursión en Winchelsea, expresó su estado de ánimo con actos. Como ciudadano de una población transferida, se negó férreamente a jurar obediencia al rey de Inglaterra. Como persistiera en ello a pesar de las amenazas, le trasladaron a tierra inglesa, le encarcelaron sin derechos legales y sin visitas de amigos, y por último le llevaron a los acantilados de Dover, donde se le dio a elegir entre jurar o morir estrellado en las peñas que, a sus pies, azotaban el mar. Ringois se arrojó al vacío.

Los términos de Brétigny estaban tan anticuados como las aspiraciones del papa Bonifacio a la supremacía pontificia total. Era demasiado tarde para transferir provincias de Francia como simples feudos; sin advertirlo, sus habitantes habían llegado a sentirse franceses. Existe un largo trecho, lleno de trampas, entre la verificación de un proceso histórico y su reconocimiento por los gobernantes.

El destino de los rehenes se vio envuelto en él. Su destierro se prolongaba más allá de todo horizonte visible por culpa del atraso de los pagos del rescate y de las dificultades dimanantes de los territorios cedidos. No regresaron en las cantidades prefijadas cada seis meses, ni los reemplazaron otros, porque escaseaban los que se hallaban dispuestos a sustituirlos y Eduardo oponía obstáculos a los nombres presentados. En noviembre de 1362, llenos de impaciencia, los cuatro duques reales, que habían esperado la liberación desde hacía un año, negociaron un tratado particular con Eduardo, por el cual se comprometieron a entregar doscientos mil florines en concepto de rescate y ciertos territorios del duque de Orléans a cambio de su libertad y la de otros seis rehenes. Permanecerían en Calais bajo palabra de honor

hasta que el pago se cumpliera. Eduardo, que jamás se mostró contrario a beneficios extraordinarios, aceptó lo propuesto; pero Juan II se negó con testarudez a dar su consentimiento si su primo el conde de Alençon, el conde de Auvernia y el señor de Coucy no eran liberados en lugar de tres caballeros mencionados por los «lises». Como los elegidos eran de categoría superior que los tres precedentes, Eduardo se negó a su vez. Se cambiaron ríos de cartas y los duques reales enviaron demandas urgentes e irritadas, y al fin Juan, que había abandonado su desdichado reino por los atractivos de Aviñón, perdió interés en el regateo y cedió. A consecuencia de ello, Coucy siguió en Inglaterra. Después de la partida de los duques, fue motivo del interés acrecentado de Eduardo y de su hija.

Los sucesos cambiaron de pronto de manera sorprendente cuando Juan II, por quien el país se había sacrificado tanto, regresó voluntariamente al cautiverio inglés. Seiscientos años más tarde no se comprenden los motivos de este singular monarca; sólo resulta comprensible el encadenamiento de los hechos.

Devuelto al trono, su primer esfuerzo para hacer frente a los atormentadores de su reino se convirtió en un Poitiers en miniatura. Para desarraigar a la «gran compañía» de *Tard-Venus* que hacía correrías en la Francia central, alquiló a alguien de su calaña, al «Arcipreste» Arnaut de Cervole, y, además, despachó una pequeña división real de doscientos caballeros y cuatrocientos arqueros al mando del conde de Tancarville, lugarteniente de la región, y del famoso Jacques de Borbón, conde de la Marche, bisnieto de san Luis, que había salvado la vida al rey Felipe en Crécy. Los dos habían sido heridos y capturados en Poitiers, sin que ello disminuyera su apetito de luchas ofensivas. El 6 de abril de 1362, contra el parecer de Arnaut de Cervole, los dos bravos caballeros ordenaron un ataque en Brignais, altura que, cerca de Lyon, dominaban los *Tard-Venus*. Los bandidos soltaron sobre la mesnada real un alud de piedras, que partió cascos y armaduras, derribó caballos y deshizo la embestida, como los arqueros ingleses en Poitiers. Luego, a pie, con las lanzas acortadas, remataron la acción. Jacques de Borbón, su hijo mayor y su sobrino perdieron la vida, y el conde de Tancarville y muchos otros nobles ricos cayeron prisioneros y pendientes de rescate. Los bandoleros no utilizaron su victoria sino para continuar con sus tropelías. Lyon compró artillería, reforzó sus murallas y mantuvo guardias con linternas por las noches. El campo continuó sufriendo como antes.

El rey respondió a lo de Brignais dirigiéndose a Aviñón, donde estaría casi un año. En medio del caos militar y demás aflicciones de su reino, su visita tenía el propósito de reanudar la cruzada que la guerra anglofrancesa había interrumpido veinte años antes. Aunque no lograse proteger su tierra, reunir su rescate ni liberar a los cincuenta o sesenta rehenes que penaban en el exilio en su lugar, sentíase comprometido a cumplir el voto paterno de tomar la cruz. Froissart le atribuye el motivo práctico de buscar la cruzada para sacar de su reino a las compañías francas, pero añade, de manera singular, que «calló para sí mismo este propósito e intención». Quizá Juan consideró en verdad que la cruzada era la función propia del

«cristianísimo rey»; quizá las penalidades francesas eran demasiado para él y buscó una excusa para alejarse de ellas.

El soberano alimentaba también el proyecto de unir a Francia el territorio de Provenza —que incluía Aviñón— casándose con su condesa, Juana, reina de Nápoles, la heredera de vida conyugal más complicada de todo el siglo. En el comedio de una activa carrera matrimonial, había enviudado dos veces, una, como creía la generalidad, por su intervención directa. Como Nápoles era feudo del pontificado, su boda debía ser aprobada por el papa. Siendo francés, se esperaba que Inocencio VI accediera.

El otro proyecto de Juan, la cruzada, era la meta suprema de este pontífice, serio y piadoso, quien, pensando en ella, había tratado de modo persistente de lograr la paz entre Francia e Inglaterra. Minado por diez años de discordia y lucha por someter a los prelados mundanos, y luego por la plaga y los bandoleros, Inocencio falleció en septiembre de 1362, mientras Juan se encaminaba a Aviñón. Urbano V, su sucesor, nativo de Francia, interpretó la absorción de Provenza como una amenaza a la independencia papal y desaprobó el matrimonio. Pero predicó la cruzada, que el rey titular de Jerusalén, y actual de Chipre, Pedro de Lusignan, apoyaba de modo activo, para lo cual se había trasladado a Aviñón.

El reino latino de Jerusalén no era por entonces más que un recuerdo. Los últimos europeos asentados en Siria se habían retirado a Chipre, y Europa visitaba Tierra Santa sólo con fines mercantiles. Cuando florecía el comercio con los musulmanes disminuía la tendencia a combatirlos. La guerra santa había perdido su ímpetu a causa del fraccionamiento de la unidad europea, el uso demasiado frecuente de la cruzada contra los herejes interiores y, en los últimos tiempos, la disminución de la población a consecuencia de la peste. La cristiandad seguía temiendo como una amenaza auténtica tanto al infiel como al hereje. La cruzada tenía aún devotos propagandistas, pero carecía del antiguo ímpetu común. Para la Iglesia se había transformado en un expediente para obtener dinero; en cuanto a los nobles y caballeros, la tradición, que persistía como parte del código caballeresco, había recibido hacía poco nuevo incentivo de la presencia turca en las costas europeas. El obstáculo estribaba en que la cruzada adolecía del mismo inconveniente que el Estado: no se compondría ya de voluntarios que se autofinanciaban, sino que exigiría ejércitos a sueldo, y oro para pagarlos.

Los soberanos de Chipre y Francia estuvieron en Aviñón todo el invierno y la primavera discutiendo las posibilidades con el sumo pontífice. La cruzada se proclamó en viernes santo. Juan recibió el título de capitán general y tomó la cruz con el conde de Tancarville y otros colegas que habían recibido poco antes la paliza de Brignais. Aquello representó la cima del proyecto. Eduardo de Inglaterra, a quien visitó el rey de Chipre, se excusó «graciosamente y con acertada prudencia», y después de no obtener entusiasta respuesta en las demás cortes de Europa, el soberano chipriota tuvo que olvidarse por el momento de la cruzada.

Juan, cuyos proyectos aviñoneses habían fracasado, hubo de hacer frente a los quebraderos de cabeza de la patria. Recorrió su martirizado reino como en un paseo y entró en París en julio de 1363. Allí se enteró de que el regente y el Consejo habían desautorizado el convenio privado de los rehenes de sangre regia con Eduardo, basándose en que el precio era excesivo. Peor aún; el duque de Anjou, faltando a su palabra, huyó. Se había casado poco antes de convertirse en rehén, había ido a Boulogne a reunirse con su mujer, de la que estaba muy enamorado, y se negaba a volver a Calais. Juan consideró que la conducta de su hijo era una «deslealtad» al honor de la corona. Sumándose ello a los pagos atrasados, a la cancelación del tratado de los «rehenes», que había aprobado, y al incumplimiento de otras concesiones, se consideró deshonrado y no tuvo más salida, así lo afirmó, que retornar al cautiverio.

Incluso en el siglo XIV este razonamiento, enfrentado con las realidades políticas, pareció extremoso. El Consejo, los prelados y los barones de Francia «le recomendaron insistentemente lo contrario» y le dijeron que su proyecto era «una gran mentecatez»; pero Juan se obstinó, declarando que, si «la buena fe y el honor habían de desaparecer del resto del mundo, debían encontrarse aún en los corazones y las palabras de los príncipes». Se marchó una semana después de Navidad y cruzó el canal de la Mancha en pleno invierno.

Su partida asombró a los contemporáneos. Jean de Venette, que no estimaba a reyes ni nobles, insinuó que regresó por «*causa joci*» (por razón de placer). Los historiadores le han excusado de muchas maneras: que volvió para atajar la guerra, o, fiándose en sus relaciones personales, para persuadir a Eduardo de que redujera el rescate, o para convencerle de que interrumpiera las hostilidades, renovadas, del rey de Navarra. Si tales fueron sus razones, ninguna se cumplió. Si el honor le devolvía a Inglaterra, ¿qué era de su realeza? ¿Acaso no debía nada a su reino necesitado de un soberano, a los ciudadanos a los que se estrujaba para pagar su rescate, a la memoria de Ringois de Abbéville? ¿Quién puede decir por qué regresó Juan? Tal vez no se trató de una razón medieval, sino de la tragedia del hombre que, comprendiendo su incapacidad para cumplir la función que se le había asignado desde la cuna, buscó la inactividad forzosa del cautiverio.

Llegó a Londres en enero de 1364, fue recibido con festejos y desfiles lujosos, enfermó de una «dolencia ignorada» en marzo y falleció en abril, a la edad de cuarenta y cinco años. Eduardo le dedicó un funeral magnífico en San Pablo, durante el cual se consumieron cuatro mil hachones, de cuatro metros y medio de alto, y tres mil velones, cada uno de los cuales pesaba cuatro kilogramos y medio. Después se envió su cadáver a Francia para que lo sepultasen en la basílica de Saint-Denis. El rey Juan había encontrado la inacción permanente de la tumba.

Se debía aún un millón de florines de su rescate, lo que dejaba a los rehenes en la situación anterior. Algunos utilizaron los salvoconductos concedidos de vez en cuando para no reaparecer, a despecho de las reiteradas advertencias. Otros compraron a Eduardo su libertad con partes de sus dominios. Otros desaparecieron

sencillamente de este o aquel modo. El duque Juan de Berry, hermano menor del de Anjou, se portó con tanta astucia y presentó tantas excusas durante su permiso de ausencia, que conservó la libertad al mismo tiempo que el honor. En cambio, Matthieu de Roye, quizá por culpa de su reputación guerrera, estuvo bien custodiado y fue rehén durante doce años. Enguerrand de Coucy sería liberado en 1365 en circunstancias especiales.

CAPÍTULO 9

ENGUERRAND E ISABELLA

Isabella de Inglaterra, segundo descendiente e hija mayor del rey Eduardo y de la reina Felipa, era la predilecta de su padre. La diplomacia paterna había fracasado cinco veces en el propósito de casarla. Desde la última, cuando tenía diecinueve años, se la había permitido vivir con independencia. Así se convirtió en princesa mimada, testaruda y sumamente extravagante, que, en 1365, contaba treinta y tres años, ocho más que Enguerrand de Coucy.

De niña había ocupado una cuna majestuosa, dorada y coronada, forrada de tafetán y provista de un cobertor de seiscientas setenta pieles, a pesar de que nació en junio. Un sastre especialmente destinado a ella le hizo un traje de seda de Lucca, con cuatro hileras de «guarniciones», orlado de piel, que vistió en las *relevailles* maternas, es decir, en la primera recepción después del parto. En tal ceremonia la reina compareció con un traje de terciopelo rojo y púrpura, bordado de perlas, y recibió a la corte reclinada en un lecho suntuoso, provisto de una gigantesca colcha de terciopelo verde, que medía siete *ells* y medio por ocho,[*] bordada con el diseño, que la cubría por completo, de un tritón y una sirena sosteniendo los escudos de Inglaterra y de Hainault. Todas las damas camareras y el resto del servicio personal, desde el canciller y el tesorero a la última fregona, estrenaron vestidos en aquella ocasión. La ostentación era deber de las soberanas.

Los tres primeros príncipes —Eduardo, Isabella y Joanna— compartían la misma casa y los mismos servidores. Tenían a su disposición capellanes, músicos, un administrador y una ama de llaves nobles, tres doncellas para Isabella y dos para Joanna, escuderos, despensero, sumiller, jefe de cocina, camareros, criados de alcoba, aguadores, veleros, porteros, pajes, etc. Los servían en vajilla de plata, dormían en camas tapizadas de seda y tenían prendas de paño escarlata y gris, orladas de piel y con botones de oro y plata. Sus vestuarios se renovaban durante las fiestas estatales y en Navidad, Pascua y Todos los Santos, cuando estrenaban prendas nuevas los que podían. Si Isabella y Joanna iban a caballo de Londres a Westminster, con un palafrenero junto al bocado, sus limosneros caminaban junto a ellas, distribuyendo dinero a los pobres y los presos de Newgate. Para asistir a un torneo, cuando tenían respectivamente diez y nueve años, dieciocho obreros tardaron nueve días en bordar sus trajes de ceremonia bajo la supervisión del escudero del rey. Se gastaron once onzas de láminas de oro. La vida material del siglo XIV sobrevive en los detallados libros de cuentas, que registran en pergamino los pormenores de la transacción más insignificante.

A la edad de doce años, la ventajosa situación de Isabella queda retratada por el

hecho de que tuviera a su disposición siete damas frente a las tres de Joanna. Las siete, con Isabella, llegaron a Canterbury, según las fuentes, para presenciar un torneo en 1349 durante la Peste Negra, con máscaras, tal vez para impedir el contagio, aunque no impidieron la muerte de la favorita, *lady* de Throxford. Sin amilanarse por la peste, la corte celebró el intrincado ceremonial de la orden de la Jarretera en 1349, a cuyas justas y fiestas acudieron la reina, Isabella y trescientas señoras. Las damas de la Jarretera llevaban la misma indumentaria que los hombres, con ligas bordadas en azul y plata, y el lema de la orden. El tesoro real las proporcionaba anualmente.

Cuando Isabella tenía tres años, el rey propuso su matrimonio con Pedro, hijo del soberano de Castilla; pero las negociaciones fracasaron, quizá por fortuna, porque el novio propuesto cobraría más tarde el nombre amenazador de El Cruel. Joanna, que la sustituyó en la boda con este príncipe, falleció a causa de la peste, cuando se disponía a celebrarla, en Burdeos, en 1348. El segundo enlace proyectado para Isabella con el hijo del duque de Brabante quedó sin efecto por culpa de la consanguinidad; y, mientras el papa reflexionaba la posibilidad de conceder dispensa, fue comprometida al desganado Louis de Flandes. Poco faltó para que llegara al altar antes de la famosa escapatoria. Dos años más tarde Eduardo no logró concertar su matrimonio con Carlos IV de Bohemia, entonces viudo y emperador electo, aunque no consagrado.

Luego se produjo el episodio del desquite de Isabella. En 1351, cuando tenía diecinueve años, el rey anunció su futura boda con Bérard de Albret, hijo de Bernard-Ezi, señor de Albret, gran noble de Gascuña y primer lugarteniente de Eduardo en aquella tierra. Es disputable si la elección se debió al padre o a la hija. Los Albret, aunque no de sangre real, eran un clan amplio y poderoso, que rendía homenaje a Francia e Inglaterra. Eduardo estaba dispuesto a conservar su amistad. En el año de los esponsales concedió a Bernard-Ezi una pensión de mil libras, recordando su leal servicio al resistir «las amenazas y los halagos» del monarca francés.

La unión con los Albret no era un triunfo diplomático para la hija mayor de un soberano; pero resultaba ventajosa en un momento en que Eduardo se desvivía por reforzar su dominio en Guyena. Así lo dijo en el anuncio matrimonial, que expresó su deseo «de estimular en el señor de Albret y su posteridad un apego más íntimo a nuestra casa real y unirlos más estrechamente a nos» —exactamente el mismo motivo aducido en el caso de Coucy—. Al propio tiempo, el soberano parecía reacio a prescindir de Isabella, a la que describió como «nuestra amantísima hija mayor a quien hemos amado con especial afecto». Al destinarle un regalo de cuatro mil marcos y una renta anual de mil libras, agregó la infrecuente condición —casi un incentivo a que cambiase de parecer— de que, si algo impedía la boda, aquellas sumas no pasarían al rey, sino que seguirían perteneciendo a Isabella.

Con el fin de transportar a la princesa y su séquito de caballeros y damas a Burdeos, se aprestaron cinco barcos con el directo método de proporcionar a un funcionario real un escrito de requisa de las embarcaciones más adecuadas que

encontrase en «cualquier puerto y lugar», desde la boca del Támesis hacia el oeste. El ajuar de la novia contenía vestidos de tela de oro y seda de Trípoli, un manto de seda india, forrado de armiño y bordado completamente de hojas, palomas, osos y otros elementos ornamentales de plata y oro. Otro traje de gala de terciopelo carmesí fue recamado a la moda de la época, durante trece días, por veinte hombres y nueve mujeres. Como regalos Isabella llevaba ciento diecinueve rosarios de seda anudada con perlas y rematados con un áureo Agnus Dei sobre una lista de terciopelo verde con flores y hojas. Pero aquellos maravillosos artículos jamás se usarían, o, al menos, no con el fin propuesto. Isabella, al borde del mar, cambió de pensamiento y regresó al palacio. ¿Deseó desquitarse de haber sido plantada? ¿O le disgustó la idea de perder rango? ¿O influyó el recuerdo de la muerte de su hermana en el viaje a Burdeos? ¿O fue todo el asunto una estratagema para adquirir más rentas y ropas nuevas?

Bérard de Albret sintióse tan lastimado por la defección de la novia que, según se cuenta, renunció su herencia en favor de un hermano menor y vistió el tosco hábito de los franciscanos. Sin embargo, ciertas pruebas indican que se casó con la dama de Saint-Bazeille, recibió algunos territorios del rey de Francia en 1370 y adoptó un escudo con la extraña divisa de la cabeza de Midas sostenida por dos leones, lo que apunta a intereses muy distintos de la pobreza franciscana.

Eduardo, sin disgustarse de la indocilidad de su hija, prosiguió donándole feudos, rentas, casas solariegas, castillos, prioratos, tutorías, granjas y costosas joyas. Los gastos de Isabella superaron siempre a los regalos. Para adquirir hebillas de plata, atrasó el pago de su servidumbre y empeñó sus alhajas hasta el valor de mil marcos; pero el rey saldó sus deudas y, en 1358, cuando ella tenía veintiséis años, le asignó un ingreso regular de otros mil marcos anuales, que percibió mientras él gozó de vida. Seis años después le concedió la tutoría de un menor opulento, Edmund Mortimer, conde de Marc, que Isabella vendió a la madre del conde por mil libras esterlinas al año, con la rigurosa condición de que, si se retrasaba un solo día en hacer efectivo uno de los pagos cuatrimestrales, habría de doblar la cantidad.

Se ignora en qué instante del quinquenio de permanencia de Enguerrand de Coucy en Inglaterra, Isabella sintió interés por él; mas, en cuanto a su elección, el cronista Ranulph Higden declaró sin tapujos que «sólo por amor quiso comprometerse». Acaso, tras años de celibato independiente, se enamoró o, por indicación paterna, estuvo dispuesta, incluso contenta, de casarse con un señor francés, joven, atractivo, de antiguo linaje y grandes dominios. Eduardo se manifestó complacido del enlace, y quizá lo instigó. Como tenía una gran cabeza de puente en Francia, junto a la frontera de Picardía, lo lógico era que ansiase poner en manos amigas el territorio más allá de Calais y anular, en caso de que se reanudasen las hostilidades, un fuerte adversario francés. Estaba dispuesto a cortejar la parcialidad de los grandes aristócratas de Francia, tanto más cuanto continuaban encendiéndose disputas sobre la transferencia de tierras francesas. En 1363 había devuelto a

Enguerrand sus posesiones en los condados de York y Lancaster, Westmoreland y Cumberland, heredados de su bisabuela, bien para atraerle, bien porque le apreciaba.

Se desconocen los sentimientos de Enguerrand sobre su matrimonio. Su lealtad no se veía comprometida, puesto que su soberano y su futuro suegro se hallaban en paz. Los lazos de la caballería unían aún a los nobles por encima de las fronteras y se estrechaban en cuanto acababa la enemistad bélica temporal. Las ventajas materiales del enlace, que le librarían de ser rehén y le aportarían poder y dinero, resultaban obvias. Lo que pensó de la dama, que no aparecía como una muchacha virginal y con condiciones para ser una esposa sumisa, era otra cuestión.

La vida de Isabella, mujer independiente en una corte en que reinaba la licencia amorosa, distaría de ser intachable. Las damas cortesanas no eran pudibundas. La condesa viuda Joan de Holland, llamada la Hermosa Doncella de Kent, con quien el Príncipe Negro casó en 1361, y considerada «la más bella dama de todo el reino de Inglaterra» y «la más amorosa», usaba vestidos audaces y extravagantes imitados de los de las «*bonnes amies* de los bandoleros de Languedoc». Grupos de damas discutibles, «las más costosas y encantadoras, si bien no las más virtuosas del reino», vestidas «del modo más maravilloso y diverso a lo varón, como si formaran parte del propio torneo», en los torneos escandalizaban a menudo a los asistentes. Llevaban túnicas partidas en colores, capas cortas y dagas en las escarcelas, montaban magníficos corceles y palafrenes, y hacían gala «de grosera impudicia» que «no temía a Dios ni se avergonzaba del desprecio de la multitud».

Ninguna iniquidad femenina merecía condena más severa que la costumbre de depilarse las cejas y el arranque del cabello para acrecentar la altura de la frente. Por motivos no muy claros, se la consideraba muy inmoral, tal vez porque alteraba la creación divina. En el purgatorio los demonios la castigaban clavando «punzones y agujas candentes» en cada agujero que había dejado el pelo arrancado. Un ermitaño tuvo el sueño espantoso en el que una dama sufría tal martirio pero un ángel le tranquilizó: «Se ha hecho merecedora de este dolor».

Las sátiras que expresa Jean de Meung por la boca de la Dueña, en el *Roman de la Rose*, revelan que las actividades de una dama de los siglos XIII y XIV no fueron típicas de la edad. Usaba escote si su cuello y seno eran bonitos; empleaba a diario cosméticos para mejorar el color de su rostro, pero en secreto para que su amante no lo supiera; si sufría halitosis, no debía hablar muy cerca de los demás; debía reír con lindeza y llorar con gracia, comer y beber poco, y procurar no embriagarse o dormirse en la mesa. Tenía que acudir a la iglesia, bodas y fiestas con sus mejores prendas para que, al ser vista, conquistara fama, levantar una pizca la falda para que se observase su elegante pie, y desplegar su manto como un pavo real con el fin de que se apreciase la hermosa figura que ocultaba. Tenía que echar las redes a todos los hombres para apresar uno, y si capturaba varios, procurar que no coincidiesen. Jamás debía amar a un pobre, porque no obtendría nada de él y tal vez sufriese la tentación de darle algo; ni amar a un extraño, porque pudiera poseer un corazón errático,

siempre y cuando, desde luego, no le ofreciese dinero o joyas. Fingiendo que cedía sólo al amor, tenía que aceptar todos los regalos y animar a que los hicieran a sus criados, doncella, hermana y madre, porque muchas manos obtienen mayor botín y pueden obligar al amante a desempeñar sus vestidos y otras prendas.

El autor tal vez exagere al insistir tanto en el dinero, pero la sátira envuelve un núcleo de realidad. Ciertamente, en el caso de Isabella el dinero era esencial. Se contaba de ella que tenía en su séquito dos o tres orfebres, siete u ocho bordadores, dos o tres cortadores y otros tantos peleteros, atrafagados en satisfacer sus caprichos.

Si Isabella tuvo amoríos a la edad de treinta y tres años, no llegaron a oídos de los murmuradores, pero, juzgando por los ejemplos, no son inimaginables. La joven de alta cuna que sedujo, a los diecisiete años, al maduro y gotoso Guillaume de Machaut sólo por el renombre de haber tenido amores con aquel celebrado poeta y músico, fue, al decir de la gente, Inés de Navarra, hermana de Carlos el Malo. Fuese quien fuere, insistió en que Machaut publicara sus relaciones en cantos y poemas, y en una larga, fresca y embarazosa narración en verso titulada *Livre du voir dit* («Cuento verdadero»). Coqueteó, besó y entregó al poeta la llavecita de oro de la *clavette*, o cinturón de castidad, que custodiaba su «precioso tesoro». Mientras tanto, como Machaut llegó a descubrir, entretenía al círculo de sus amigos con el relato del avance de sus amoríos y se burlaba de su amante, como de Boccaccio se mofó la suya, Fiammetta, hija bastarda del rey de Nápoles.

Las muchachas y los muchachos de la Edad Media se convertían en adultos hacia los catorce años. A esa edad, o algo más tarde, se consumaba el matrimonio, si bien el caso de la gente de prosapia podía concluirse legalmente en la infancia. Otra jovencita, la heroína de quince años del poema «*Suis-je belle?*» de Deschamps, inspirado a todas luces por Inés de Navarra, perdió también el dominio de la llave de su «tesoro», aunque eso representa probablemente más un eco literario del episodio de Inés que una pérdida corriente en la vida. El cinturón de castidad, del que suele hablarse como de algo usual, está apenas documentado en el Medievo y fue tal vez un recurso literario antes que un objeto habitual. Se cree que se derivó de la práctica islámica de la infibulación, que implicaba sujetar un candado a los labios de la vulva, y que llegó a Europa con otros lujos importados por los cruzados. Se conserva un modelo, pero no se tienen documentos sobre él, como, por ejemplo, procesos legales, hasta el Renacimiento y épocas posteriores. El cinturón de castidad afligió menos a las mujeres medievales que a sus sucesoras como instrumento de fanática posesión masculina.

La sensual damisela de Deschamps detalla sus encantos en cada estrofa: dulce boca roja, ojos verdes, cejas delicadas, mentón redondo, garganta blanca, pechos firmes y altos, muslos y pantorrillas bien torneados, bellos lomos y bonito «cul de Paris» (culo parisiense), seguidas todas del estribillo *Suis-je, suis-je, suis-je belle?* («¿Soy, soy, soy hermosa?»). Es el ideal masculino de la amante, pero Inés y Fiammetta fueron reales, aun cuando se conozca a ambas, como a casi todas las

mujeres del Medievo, sólo gracias a la pluma de los hombres. Son raras las manifestaciones debidas al estro femenino. La angustiada Heloísa del siglo XII y la feminista Christine de Pisan en los últimos años del XIV se expresan con amargura; mas eso no sienta de manera necesaria una regla. El contentamiento de los individuos como el de las naciones es silencioso, lo cual propende a desequilibrar la información histórica.

Considerada la promiscuidad de la vida medieval, muy pocos hábitos sexuales se ocultarían a la muchacha soltera, fuese o no noble. Que el caballero de La Tour Landry destinase sus cuentos carnales para escarmiento moral de sus hijas, huérfanas de madre, no debe tomarse como argumento probatorio; pero resulta interesante que la sexualidad le sirviese de pretexto. Su obra abarca lujuria, fornicación y violación, con ejemplos tomados de las hijas de Lot, el incesto de Tamar y sucesos más mediatos, como la dama que, amando a un escudero, logró hallarse a solas con él, diciendo a su marido que había hecho el voto de peregrinar a diferentes lugares, de modo que él le permitió ir adonde le plugiera; o como otra dama a quien dijo un caballero que, si fuera prudente y virtuosa, «no entraría en las alcobas de los varones de noche sin candela ni los besaría a solas en su lecho como hacía». La vida en los castillos era, por lo visto, muy libre. Los señores y las damas se acostaban tarde, entregados al «canto, juego y charla, y alborotando tanto que no hubieran oído tronar», y «cuando uno de los hombres metió la mano en el interior del vestido de una mujer», el marido le partió el brazo.

La diversión no se reducía al relato de sonoras epopeyas de adulterio caballeresco —y tedioso—. La cómica grosería de los *fabliaux*, de rápidos pareados, satíricos, obscenos, a menudo crueles o grotescos, se destinaba a arrancar carcajadas a nobles y burgueses como los chistes verdes de cualquier edad. Compuestos con frecuencia por poetas cortesanos en parodia de las novelas, trataban el sexo más como chacota que como asunto noble, y su recitado o lectura en público eran bien recibidos en los castillos, ciudades, tabernas y —probablemente— claustros.

Isabella pudo conocer los relatos de Jean de Condé, poeta coetáneo en la corte de Hainault, a la que perteneció su madre. Ilustra su estilo una narración del juego de la verdad con que se entretuvieron los cortesanos antes de un torneo. Un caballero, al que preguntó la reina si había engendrado algún hijo, tuvo que confesar que no, y en verdad «no tenía el aspecto de hombre que contentase a su dama cuando la tuviera desnuda entre los brazos. Pues su barba… se parecía más bien a la pelusilla que las señoras tienen en cierto sitio». La reina contestó que no dudaba de su palabra, «pues es fácil juzgar por el estado del heno la eficacia de la horca». A su vez el caballero inquirió: «Señora, responded sin engaño. ¿Hay pelo entre vuestras piernas?». Cuando ella respondió que no, él comentó: «Os creo, porque la hierba no crece en camino muy frecuentado».

La situación básica de los *fabliaux* consiste en los cornudos, con variantes en las que un amante desagradable es engañado o humillado en lugar del marido. Hay

esposos y enamorados de todos los jaeces, desde los simpáticos a los despreciables; en cambio, las mujeres son siempre arteras, inconstantes, poco escrupulosas, camorristas, quejonas, lascivas y desvergonzadas, aunque tales rasgos no coinciden casi nunca en una sola. No embargante sus personas realistas, los *fabliaux* retrataban tan poco la vida como las novelas, mas su antagonismo a las mujeres reflejaba una actitud común a la que la Iglesia daba el tono.

La mujer era la rival de la Iglesia, la tentadora, la desorientadora, el obstáculo para la santidad y el señuelo del diablo. En el *Speculum* («Espejo») de Vincent de Beauvais, el mayor enciclopedista del siglo XIII y favorito de san Luis, el sexo femenino es «la confusión del hombre, bestia insaciable, ansiedad continua, guerra incesante, ruina diaria, recinto de tempestad» y —al fin la clave— «obstáculo a la devoción». Vincent era dominico, severa orden que generó la Inquisición, lo cual acaso explique la pirámide de su exageración; pero los predicadores en general no se quedaban atrás. Denunciaban a las mujeres por ser esclavas de la vanidad y la moda, por sus monstruosos tocados y la «provocación lúbrica y carnal» de sus atavíos, y al propio tiempo por ser demasiado diligentes, ocuparse excesivamente de sus hijos y hogar, y estar tan apegadas a la tierra que no pensaban en las cosas divinas.

Siendo la teología obra de varones, el pecado original se rastreó hasta la hembra. ¿No había sido el consejo de la mujer lo que causó la primera desdicha con la expulsión de Adán del Paraíso? Entre todas las ocurrencias humanas, la ecuación del sexo con el pecado es la que ha producido mayores daños. En el *Génesis*, el pecado original fue la desobediencia a Dios al elegir el conocimiento del bien y el mal, y, como tal, la historia de la caída explicaba el trabajo y el dolor de la estirpe de los hombres. La teología cristiana, a través de san Pablo, confería culpabilidad permanente a la humanidad a la que Jesucristo había ofrecido la redención. San Agustín formuló sobre todo su contexto sexual, y sus luchas espirituales establecieron más tarde el dogma en oposición al instinto más poderoso del hombre. Paradójicamente, su negación se transformó en venero de atracción, y dio a la Iglesia gobierno y superioridad, el paso que sumía a sus seguidores en un dilema perpetuo.

«¡Ay, ay, que incluso el amor sea pecado!», exclamó la Comadre de Bath. ¡Cuántos siglos de ansiedad y vergüenza condensa su sucinta lamentación, aunque quien la profirió no parecía arrepentirse gran cosa de haber pecado! Así, por medio de ella, la más franca loa del sexo se concedió a la mujer. En la Edad Media, mucho más que en tiempos posteriores, se admitió la sexualidad femenina y el débito conyugal se consideró mutuo. Los teólogos aceptaron la sentencia de san Pablo: «Que el marido dé a su mujer lo que le es debido, y asimismo la mujer a su marido», pero hicieron hincapié en que la finalidad debía ser la procreación, no el placer.

Apartar el amor de la procreación, como metiendo una espada flameante entre ambos, fue otro audaz mandamiento contrario a lo humano. La cristiandad, en sus ideas, nunca fue el arte de lo posible. Aceptó el principio de san Agustín de que Dios y la naturaleza habían dado el placer a la copulación «para impeler al hombre al

acto», para la conservación de la especie y mayor veneración del Señor. Emplearla por el placer que encierra, y no por el fin que había dispuesto la naturaleza, era, decretó Agustín, pecado *contra natura* y, por consiguiente, contra Dios, ordenador de la naturaleza. El celibato y la virginidad eran preferidos, porque permitían amar de modo total al Ser Supremo, «el Esposo del alma».

La lucha con lo carnal dejó indemnes a muchos, y torturó a otros durante toda su existencia. No impidió que Aucassin prefiriera el infierno al Paraíso, «si puedo tener conmigo a Nicolette, mi dulce amor». Ni interrumpió la creación del *Roman de la Rose*, la monumental biblia del amor escrita en dos secciones, separadas por cincuenta años, en el siglo XIII. Un autor lo inició dentro de la tradición cortesana, y otro lo amplió extraordinariamente según una versión cínica y mundana. Cuando llegan al final sus veintiún mil setecientos ochenta versos de complicada alegoría, el Amante conquista la Rosa en una diáfana descripción en la que abre el capullo, despliega los pétalos, envía «una pequeña semilla al centro» y «busca las más íntimas profundidades del cáliz».

Petrarca, en cambio, después de gemir literariamente durante veinte años a Laura, mientras engendraba dos hijos ilegítimos, siendo cuarentón, logró, «cuando mis potencias seguían intactas y mis pasiones vigorosas», arrancarse los malos hábitos de un temperamento ardiente que «aborrecía desde los hondones del alma». Aunque presa todavía de «frecuentes tentaciones severas», aprendió a confesar sus transgresiones, rezar siete veces al día y «temer más que a la muerte la sociedad de las mujeres sin las cuales pensé otrora que no podría vivir». Le bastaba recapacitar, escribió a su hermano el monje, en «qué es realmente la mujer» para aventar el deseo y recobrar su ecuanimidad. «Qué es realmente la mujer» se refería a la doctrina clerical de que la belleza femenina era engañosa, pues ocultaba la falsedad y la corrupción física. «Dondequiera que la Belleza muestra su faz —avisaban los predicadores—, acecha mucha basura bajo la piel».

La maldad mujeril se advertía por lo regular al término de la vida, cuando el hombre comenzaba a preocuparse por el infierno, y su deseo sexual, en resolución, declinaba. Deschamps, como poeta, inició con buen humor, y acabó con acritud, el *Miroir des Mariages* («Espejo de matrimonios»), en el que el connubio se presenta como una dolorosa servidumbre de tormento, pena y celos… para el marido. A lo largo de doce mil versos, reitera las acusaciones convencionales de los clérigos contra la mujer: pendenciera, extravagante, caprichosa, malgastadora, contradictoria, charlatana y tan exigente que agota al marido con sus deseos amorosos. Como en otro lugar se describe como hombre casado y a gusto, ese gran montón de lugares comunes representó su expiación, a medida que el fin se acercaba, por haber disfrutado de las mujeres y los placeres de la carne.

La doctrina se había metido en un laberinto frente a las realidades del sexo. Si el sacramento del matrimonio era sagrado, ¿cómo podía resultar pecaminoso el placer sexual dentro de sus límites? Si el goce era pecado venial, ¿en qué punto se convertía

en concupiscencia, o deseo inmoderado, que era pecado mortal? ¿Procrear un hijo fuera del matrimonio era, aunque procreador, más pecaminoso que el coito, sólo por placer, dentro del matrimonio? ¿Era el matrimonio casto o virginal, no procreador, más santo que el procreador? ¿Y si un hombre cohabitaba con su mujer cuando estaba grávida o después de la menopausia en que no era posible procrear? O si, tentado por otra, yacía con su esposa para aplacar el deseo ilícito, ¿se cometía un pecado para evitar otro? ¿O si partía para las cruzadas sin el consentimiento de su esposa, o sin su compañía, lo que era antiprocreador, pero conveniente al interés de la Iglesia? Se trataba de cuestiones que concernían a los dialécticos más que al individuo medio.

El sexo, como la usura, desafiaba la certeza doctrinal, salvo el principio aceptado de que cualquier práctica contraria a las disposiciones y fines «ordenados por la naturaleza» era pecado. El término aceptado, sodomía, no denotaba sólo la homosexualidad, sino cualquier comercio con el sexo propio o contrario en el orificio «inadecuado» o la postura «inadecuada», o derramando el semen como Onán, o emisión autoerótica, o trato carnal con animales. Todos eran sodomía, que pervertía la naturaleza y se rebelaba contra Dios, y, por lo tanto, figuraba como el «peor de los pecados» en la lista de la lascivia.

El matrimonio era la relación entre los sexos que más interesaba. Es el tema que más pesa en la mente de los peregrinos de Canterbury y su tópico dominante consiste en quién manda, el marido o la mujer. En la vida real la cuestión de obediencia también domina el manual de conducta que el Ménagier de París compone para su esposa de quince años. Ha de obedecer a su marido y obrar de modo que le complazca, «porque su placer va antes que el vuestro». No debe ser arrogante, ni replicarle ni contradecirle, sobre todo en público, pues «Dios ha ordenado que las mujeres estén sometidas a los maridos…, y con su obediencia una esposa prudente cobra el amor de su cónyuge y, al fin, consigue de él lo que quiere». Tiene que aconsejarle con sutileza y tacto cuando cometa tonterías, pero nunca zaherirle, «porque el corazón del hombre encuentra duro que le corrija el dominio y el señorío de la esposa».

Ejemplos de la terrible suerte que espera a las mujeres porfiadas y críticas figura en la obra del Ménagier y de La Tour Landry, quien narra cómo un hombre, que había sido reprendido ásperamente y en público por la suya, «irritado de su prepotencia, la derribó de un puñetazo», después le dio una coz en la cara y le rompió la nariz. Así que quedó desfigurada para siempre y «no comparecía avergonzada de su faz». Lo tenía merecido «por su maldad y osado lenguaje al referirse a su marido».

Se insiste tanto en la sumisión y obediencia, que llega a sospecharse que menudeaban las cualidades opuestas. La cólera se asociaba en la Edad Media con el sexo femenino, y el pecado de la Ira se simbolizaba a menudo con una mujer sobre un jabalí; pero el resto de los siete pecados capitales se personificaba con hombres.[*] Si se concebía de ordinario a la mujer como gruñona y maligna, quizá se debía a que sus gruñidos eran su única arma contra la sujeción al hombre, condición codificada,

como todo, por santo Tomás de Aquino. Para el buen orden de la familia humana, argumentó, unos han de ser gobernados por otros «más sabios que ellos»; por ende, la mujer, más débil en cuanto «a vigor de alma y fuerza corporal», estaba «sujeta por naturaleza al hombre, en quien la razón predomina». El padre, sentenció, tenía que ser más amado que la madre y merecía mayor respeto porque su participación en la concepción era «activa», y la de la madre simplemente «pasiva y material». Desde lo alto de su celibato, santo Tomás concedió que los cuidados y la nutrición maternos eran necesarios en la crianza del niño, pero mucho más los del padre «como guía y guardián bajo el cual el chiquillo progresa en bienes tanto internos como externos». No es sorprendente que las mujeres fuesen solapadas en la edad del santo de Aquino.

Honoré Bonet planteó la cuestión de si una reina puede juzgar a un caballero en ausencia del rey. No, decidió, porque «está claro que el varón es mucho más noble que la mujer, y de mayor virtud», y, por consiguiente, una mujer no puede juzgar a un hombre de la misma suerte que «un súbdito no juzga a su señor». No se explica, en vista de las circunstancias, cómo gobernaría la reina.

La apoteosis del sometimiento fue la paciente Griselda, cuya resistencia a las crueles pruebas a que expuso su marido su sumisión conyugal gustó tanto a los autores —varones, claro—, que se relató cuatro veces a mediados del siglo XIV: primero Boccaccio, después Petrarca en latín, luego Chaucer en inglés, en el cuento del Clérigo de Oxford, y en fin, el Ménagier en francés. Sin queja alguna, Griselda acepta que se lleven a sus hijos para matarlos, según le informa su marido, y a continuación su repudio y supuesto divorcio, antes de que le revelen que se ha tratado de una prueba, y se muestre dispuesta a unirse con el aborrecible autor del experimento.

El Ménagier, hombre bueno en el fondo, pensó que la narración «habla de crueldad excesiva (en mi opinión) e irrazonable» y estaba seguro «de que jamás había ocurrido». No obstante, creyó que su esposa debía conocerla para que «supiera hablar de cosas como las demás». Las señoras medievales se entretenían con cuentos, juegos de palabras y acertijos, y una joven esposa bien educada debía estar preparada para hablar de la abyecta Griselda y su espantoso marido. En el último instante, Chaucer se avergonzó del relato y se apresuró a aconsejar en el epílogo a las esposas nobles:

> *No permitáis que la humildad frene vuestra lengua…*
> *No sufráis que el hombre os ofenda…*
> *No le temáis ni le reverenciéis…*
> *¡Sed alegres y ligeras como hoja de tilo,*
> *y dejad que se apure, llore, se retuerza y gima!*

El amor conyugal, a despecho de la fórmula del cortés, continuaba siendo la meta deseable después del matrimonio, mejor que antes de él, el nudo que unía. La tarea

competía a la esposa, que tenía el deber de conquistar el afecto de su marido y «ganar en este mundo la paz que puede haber en el matrimonio» con constantes atenciones y cuidados, afabilidad, docilidad, aquiescencia, paciencia y contención. Todos los sabios consejos del Ménagier en esta materia pueden resumirse en uno: «La mejor manera de encantar a un hombre es darle lo que le complace». Si el Tercer Estado, al que representaba, concedía más importancia al amor conyugal que la nobleza, se debía sin duda a que la mayor proximidad del marido y esposa burgueses hacía deseables las relaciones gratas. El contento matrimonial conquistaba en Inglaterra el *Dunmow Flitch*, una hoja de tocino asado y ahumado que se concedía a cualquier pareja que acudiera a Dunmow (Essex) al año de la boda y jurase que no se había peleado, que no lamentaba haberse casado y que volvería a casarse si la ocasión se le ofreciera.

Mientras que el culto del amor cortés, se suponía, había elevado la situación de las damas nobles, la fervorosa adoración a la Virgen, que se desarrolló en la misma época, se hizo sentir muy poco en el estado de la mujer en general. Se la criticaba por murmuradora y charlatana, por buscar simpatía y por ser coqueta, sentimental, hiperimaginativa y accesible a los estudiantes vagabundos y otros perdularios. Se la regañaba por agitarse en la iglesia, salpicarse una y otra vez con agua bendita, rezar en voz muy alta, arrodillarse en cada capilla y prestar atención a todo lo que no fuera el sermón. De las monjas enclaustradas se decía que eran melancólicas e irritables «como perros que llevan mucho tiempo encadenados». Los conventos servían a algunas de refugio en este mundo, eran el destino de otras cuyas familias las ofrecían a la Iglesia, y acogían a las menos con vocación religiosa; pero en general estaban abiertos sólo a las que podían entregar una dote sustanciosa.

Los registros de capitación y fogaje indican que la mortalidad femenina superaba a la masculina entre los veinte y cuarenta años, acaso por los partos y su mayor propensión a las enfermedades consecuencia de aquéllos. Después de los cuarenta, la situación se invertía, y las mujeres que enviudaban podían decidir por sí mismas si se casarían de nuevo.

En la vida cotidiana tanto las nobles como las plebeyas se hallaban equiparadas por sus funciones, ya que no por su estado, a causa de las circunstancias. Las labradoras podían arrendar tierras y en tal capacidad rendían los mismos servicios que los hombres, aunque cobrasen menos por trabajos idénticos. Los hogares campesinos dependían de sus ganancias. En los gremios tenían el monopolio de ciertos oficios, por lo regular el de los hilados, la elaboración de cerveza y algunos de la rama de la alimentación y de las telas. Ciertas artes excluían las mujeres que no fuesen esposa o hija de un miembro; en otros trabajos laboraban en igualdad con los varones. La dirección del hogar de un mercader —casa en la ciudad, finca campestre y negocios en su ausencia—, además de las obligaciones maternales, no hacían ligera la vida de la burguesa. Supervisaba la costura, los tejidos, la confección de bebidas y de bujías, las compras, las limosnas, los criados y braceros; efectuaba curas médicas

y quirúrgicas sencillas, llevaba las cuentas y podía tener negocio propio como *femme sole*.

Algunas practicaban como profesores y médicos, aunque no se hubieran licenciado. En París, en 1322, una tal Jacoba Felicie sufrió la demanda de la facultad médica de la universidad por ejercer sin haberse graduado y sin licencia del canciller. Un testigo declaró que «había oído decir que era más diestra en el arte de la cirugía y la medicina que el mayor maestro o doctor o cirujano de París». La universidad de Bolonia, en la década de 1360, aceptó a Novella de Andrea, mujer tan hermosa que daba clase velada para que los estudiantes no se distrajeran. Sin embargo, nada se dice de su capacidad profesional.

La *châtelaine* de un castillo tenía con harta frecuencia que administrar sola, cuando su marido se hallaba en otra parte, lo que solía acontecer, porque el sol de la guerra nunca se puso en el siglo XIV. Y si no combatía, o acompañaba al rey, estaba prisionero y en espera del rescate. Sea como fuere, su mujer tenía que reemplazarle, tomar decisiones y dirigir, y hubo muchas aparte Jeanne de Montfort que lo hicieron. Marcia Ordelaffi, que defendía Cesena mientras su fogoso marido (el que había apuñalado a su hijo) capitaneaba otra población contra las fuerzas pontificias, rechazó las negociaciones a pesar de asaltos reiterados, murallas minadas, bombardeos de día y de noche con piedras disparadas desde máquinas de asedio, y súplicas de su padre de que se entregase. Sospechó que su consejero pactaba su rendición en secreto, e hizo que le arrestaran y decapitaran. Sólo cuando los caballeros le comunicaron que la destrucción de la ciudadela no los condenaría a muerte, y que pensaba ceder con su consentimiento o sin él, accedió a negociar siempre y cuando fuese ella quien encabezase las conversaciones. Lo hizo con tanta eficacia que obtuvo salvoconducto para sí, su familia y todos los servidores, dependientes y soldados que la habían apoyado. Se decía que no temía más que la ira de su terrible esposo, y no sin razón porque, a pesar de su decantada *courtoisie*, los caballeros, como los burgueses, maltrataban de obra a sus mujeres. Como ejemplo de brutalidad especial y de altos vuelos se tiene al conde de Armagnac. Se le acusó de romper los huesos a su esposa y tenerla encarcelada para arrancarle sus bienes.

La mujer del siglo XIV tiene representante notable en Christine de Pisan, la única de la Edad Media, hasta donde se sabe, que se ganó la vida con su pluma. Nacida en 1364, era hija de Thomas de Pisano, médico y astrólogo graduado en la universidad de Bolonia. Le llamó a París, en 1365, el nuevo rey, Carlos V, y se quedó a su servicio. Christine aprendió con su padre latín, filosofía y otras ramas de la ciencia, excepcionales en la educación femenina. A los quince años se casó con Étienne Castel de Picardía, secretario real. Un decenio más tarde, quedó sola ante la vida con tres hijos cuando su esposo, «en la flor de la juventud», y su padre murieron a pocos años uno de otro. Sin recursos ni parientes, se dedicó a escribir en busca del mecenazgo que le proporcionaría el sustento. Empezó con la poesía, recordando en baladas y rondeles su dicha como casada y su dolor como viuda. Las formas eran

convencionales, pero el tono personal.

Nadie sabe el trabajo que mi pobre corazón soporta,
para disimular mi angustia cuando piedad no hallo.
Cuanto menos simpatía hay tanto más motivo se tiene para el llanto.
Por ello no me quejo de mi lastimoso duelo,
sino que río cuando preferiría llorar,
y sin rima ni ritmo mis versos compongo
para ocultar mi corazón.

El acento quejumbroso (o quizá más simpatía de la que Christine reconocía) soltó la bolsa de nobles y príncipes —cuya situación social se manifestaba en la protección de las artes—, y la capacitó para emprender estudios destinados a un río de obras didácticas en prosa, muchas adaptadas o vertidas de otros autores, como era costumbre entonces. Nada la arredraba: escribió un extenso volumen sobre el arte de la guerra basado en *De re militari* («Sobre la milicia»), otra clásica de Vegecio; una novela mitológica; un tratado sobre la educación femenina, y una vida de Carlos V, escrito importante y original. Su tono propio y su interés se avivan cuando escribe sobre su sexo, como en *La Cité des dames* («La ciudad de las damas») sobre la biografía de mujeres históricas famosas. Aunque traducida del *De claris mulieris* («Sobre las mujeres célebres») de Boccaccio, Christine la hace suya en el prólogo, donde llora y se avergüenza, preguntándose por qué los hombres «se muestran tan unánimes en atribuir la perversidad a las mujeres» y por qué «hemos de ser peores que los hombres si Dios también nos creó». En una visión cegadora, se le presentan tres figuras coronadas, Justicia, Fe y Caridad, para decirle que las opiniones de los filósofos no son el credo, «sino nieblas del error y de las ilusiones vanas». Menciona las mujeres que sobresalieron en la historia: Ceres, dadora de la agricultura; Aracne, creadora del hilado y el tejido, y heroínas homéricas, del Antiguo Testamento y del martirologio cristiano.

Con apasionado clamor, hacia fines del siglo, Christine pregunta de nuevo en su *Epístola al Dios de amor* la razón de que las mujeres, antes estimadas y honradas en Francia, sean insultadas y atacadas no sólo por los ignorantes y bajos, sino también por los nobles y el clero. La *Epístola* es la réplica directa a la maliciosa sátira del sexo bello contenida en la continuación del *Roman de la Rose*, de Jean de Meung, el libro más popular de la época. Jean de Meung, escritor profesional y bachiller en Artes por la universidad de París, fue el Jonathan Swift de su tiempo, zaheridor de las convenciones artificiales en religión, filosofía y, sobre todo, caballería y su tema central del amor cortés. La naturaleza y el sentimiento natural son sus protagonistas, y Falsa Apariencia (hipocresía) y Abstinencia Forzosa (castidad obligatoria), sus blancos, que personifica en frailes mendicantes. Como los clérigos que culpaban a las

mujeres de los deseos de los hombres, o como la policía que arresta a la prostituta, pero no al cliente, Jean de Meung, como varón, las acusaba de haber desviado a la humanidad de su ideal. Siendo el amor cortés la mendaz glorificación de la mujer, encarna en ella su falsedad e hipocresía. Urdidora, pintada, mercenaria y licenciosa, en la versión de Meung era sencillamente la fantasía masculina del amor cortés al revés. Como Christine señaló, los hombres escribían los libros.

Su protesta provocó un estrepitoso debate entre antagonistas y defensores de Jean de Meung, en una de las grandes controversias intelectuales del fin de siglo. Mientras tanto, la melancólica flauta de Christine sonaba aún en la poesía.

Hoy un mes se cumple
desde que se fue mi amante.
Mi corazón sigue sombrío y silencioso;
hoy se cumple un mes.
«Adiós —dijo—. Me voy».
Desde entonces no me habla.
Hoy un mes se cumple.

La suntuosa encuadernación de los ejemplares conservados de sus obras prueba que los nobles ricos las solicitaban con entusiasmo. Se retiró a un convento a los cincuenta y cuatro años de edad, dolida del estado de Francia. Vivió otros once para componer un poema en loor de la figura que, para la posteridad, sobresale de las restantes de su tiempo: una mujer, Juana de Arco.

Cristalizadas en el tipo que habían concebido los varones, no resultó accidental que las mujeres apareciesen a menudo entre los místicos e histéricos. En el llanto indominable de la inglesa Margery Kempe hay una acrimonia muy elocuente. Comenzó a llorar durante una peregrinación a Jerusalén, en que «tuvo tanta compasión y tan gran dolor al ver el lugar de la pasión de Nuestro Señor». En adelante sus ataques de «lágrimas y rugidos», y de caerse al suelo, duraron muchos años, a veces un mes o semana corrida, a veces a diario o varias ocasiones al día, a veces en la iglesia, la calle, su alcoba o el campo. La visión de un crucifijo la disparaba, «o si veía un hombre o una bestia herida, o si un hombre golpeaba a un niño en su presencia, o azotaba un caballo u otra bestia con un látigo, si lo contemplaba u oía, pensaba que veía a Nuestro Señor maltratado o herido». Intentaba «contenerse cuanto podía, para no molestar a la gente, pues algunos decían que la poseía era un espíritu maligno o que había bebido demasiado vino. Unos la rechazaban y otros deseaban que estuviera en alta mar en una barca desfondada». Margery Kempe era, desde luego, un vecino incómodo, como cuantos no logran ocultar lo doloroso de la vida.

El 27 de julio de 1365, en el castillo de Windsor, Isabella de Inglaterra y Enguerrand de Coucy se casaron en medio de fiestas y magnificencia. Los músicos más diestros del reino tocaron en aquella ocasión. La novia resplandecía de joyas, regalo de bodas de su padre, madre y hermanos, con un costo de dos mil trescientas setenta libras, trece chelines y cuatro peniques. Su dote, considerablemente acrecentada sobre la del matrimonio fallido con de Albret, fue una pensión anual de cuatro mil libras. El regalo del rey a Enguerrand no resultó menos valioso: le concedió la libertad sin pagar rescate.

Cuatro meses después, en noviembre, el soberano dio licencia para que la pareja fuera a tierra francesa, por lo visto con cierta mala gana, pues la carta se refiere a la reiterada petición de «ir a Francia a visitar vuestras tierras, posesiones y dominios». Isabella ya estaba embarazada. La carta regia prometió que todos sus hijos, nacidos en el extranjero, podrían heredar bienes territoriales en Inglaterra y serían considerados «tan plenamente naturales como si hubieran visto la luz en el reino».

Con el habitual toque vigoroso de campanas, con el que se inducía a los santos a que aminoraran los dolores del parto, nació en Coucy, en abril de 1366, una niña a la que se dio el nombre de Marie. Antes de que hubiese transcurrido un mes, Isabella, su marido y la pequeña se dirigían a buen paso a Inglaterra. Una dama de fuste y débil viajaría sin duda en un carro de cuatro ruedas, provisto de toldo y asientos almohadillados, y acompañada de su mobiliario, ropa de cama, vasijas, platos, utensilios de cocina y vino, mientras sus sirvientes se adelantaban a preparar los alojamientos y colgar los tapices y cortinas. A pesar de tales comodidades, el acto de desafiar la travesía del canal de la Mancha y el difícil recorrido por tierra, con sus baches y otros obstáculos, y un recién nacido, delatan una prisa singular y temeraria, o una nostalgia desesperada de la patria. Durante su vida conyugal, Isabella jamás echó raíces en Coucy-le-Château. En cuanto su esposo partía por cualquier motivo, ella se precipitaba a regresar a la corte paterna. O se sentía desdichada en el enorme castillo, o no se acomodaba a Francia, o, lo que parece más lógico, no soportaba la vida lejos de los halagos que encerraba el ambiente real de los primeros tiempos de su existencia.

El interés de Eduardo por ligar a Coucy con la mayor fuerza posible al bando inglés se advirtió así que Enguerrand reapareció con su mujer. El 11 de mayo de 1366, el canciller informó a nobles y plebeyos en el Parlamento, en presencia del soberano, «cómo el rey había casado a su hija Isabella con el señor de Coucy, quien tenía espléndidas posesiones en Inglaterra y otros lugares; y por estar tan próximo a él, era adecuado que el rey le acrecentara y aumentara en honor y nombre, y le hiciera conde; y, por consiguiente, pedía parecer y consentimiento». Los Lores y Comunes consintieron, y dejaron al soberano la elección de las tierras y el título. Enguerrand recibió el condado vacante de Bedford con una renta de trescientos marcos anuales, y como Ingelram,[*] conde de Bedford, aparece en adelante en los documentos ingleses.

Los honores se remataron con su admisión en la orden de la jarretera.

Al propio tiempo, Isabella recibió otras doscientas libras anuales de renta, que desaparecieron al punto en el mar sin fondo de sus gastos. A todas luces fue una de esas personas para quien gastar es un impulso neurótico, porque, a los pocos meses de su retorno, el monarca pagó ciento treinta libras, quince chelines y cuatro peniques para saldar sus deudas con los comerciantes en seda, terciopelo, tafetán, tela de oro, galones y lino, y otras sesenta libras para recuperar un brazalete de piedras preciosas que había empeñado.

Poco antes de la Pascua de 1367, que se celebró el 18 de abril, nació en Inglaterra, al año de la primera, la segunda hija de Coucy. Bautizada con el nombre de Philippa (Felipa), como su abuela la reina, la niña recibió de sus regios abuelos un primoroso servicio de plata de seis tazones sobredorados y cincelados, seis copas, cuatro jarras de agua, cuatro azafatas y veinticuatro platos, y el mismo número de saleros y cucharas, con un valor total de doscientas treinta y nueve libras, dieciocho chelines y tres peniques.

La fortuna de Enguerrand se amplió con la adquisición de un condado en Francia, y en ello intervino la mano, nada desinteresada, de su suegro. Compañero de cautiverio, y vecino suyo en tierra francesa, era Guy de Blois y de Châtillon, conde de Soissons, sobrino de Felipe VI y de Carlos de Blois de Bretaña, el cual, no obstante su preclaro linaje y sus altos lazos de parentesco, hasta entonces no había logrado comprar su libertad. Como pago de su rescate, llegó a un acuerdo por el cual, con la aprobación del rey Carlos de Francia, cedió el condado de Soissons a Eduardo, quien lo entregó a Coucy en vez de las cuatro mil libras de la dote de Isabella. Los grandes dominios de Coucy y Soissons, que abarcaban una porción importante de Picardía, se habían unido en la persona del yerno del soberano inglés. Con un título territorial que desmentía la austeridad orgullosa de la divisa de los Coucys, Enguerrand se había convertido en conde de Soissons, y como tal regresó a Francia con su esposa e hijas en el mes de julio de 1367.

CAPÍTULO 10

HIJOS DE LA INIQUIDAD

Durante los siete años que había durado la ausencia de Coucy, se había convertido en cuestión principal en Europa el estrago causado por las compañías francas en Francia, Saboya, Lombardía y los estados pontificios. Las compañías, que no eran un fenómeno pasajero ni una fuerza externa, se habían transformado en un modo de vida, en una parte de la sociedad que los gobernantes usaban y apoyaban incluso cuando luchaban por librarse de ellas. Devoraban la sociedad desde el interior como Erisictón, «desgarrador de la tierra», que, habiendo talado los árboles del soto sagrado de Deméter, sufrió la maldición divina y sintió desde entonces un apetito insaciable y se devoró a sí mismo para hartar su hambre.

La disciplina y la organización hacían más útiles como cuerpos bélicos a las compañías que a los caballeros, cegados por la gloria e ignorantes del principio de autoridad. Los gobernantes las empleaban, como, por ejemplo, el conde Amadeo VI de Saboya, que contrató a uno de los capitanes más perversos para aplastar a los partidarios de un rival, utilizando el terrorismo en sus mismos dominios. Tanto por encargo como por impulso propio, hacían que el pillaje las compensara. El manejo de la espada quedó subordinado a los medios, y los medios se convirtieron en fin. El ambiente del siglo XIV sucumbió al triunfo brutal de los bandidos.

En Francia, durante la entrega de territorios, contraviniendo las reiteradas órdenes de Eduardo de Inglaterra, muchas bandas se negaron a dispersarse o a ceder sus fortalezas. Sin empleo legal, como abejas de una colmena destrozada, crearon otras más pequeñas en torno a un capitán y se sumaron a los *Tard-Venus*. Como el servicio mercenario y el bandidaje les aprovecharon, se extendieron, atrayendo a sus filas a quienes caen sin dificultad en lo ilegal en cuanto se quebranta el contrato social. Los rangos inferiores procedieron de la hez de las ciudades y los campos, y de los desechos de todos los oficios y profesiones, incluida la Iglesia; sus jefes llegaban de lo alto: señores que no podían resistir la tentación de beneficiarse con el uso de la espada, o caballeros arruinados por las mismas compañías. Incapacitados de vivir adecuadamente de sus desvastados dominios, se juntaron a los mercenarios antes que prescindir del manejo de las armas. «Desenfrenados en toda clase de crueldades», como decía la excomunión del papa de 1364, parecían a los indefensos otra epidemia, atribuible a los planetas o a la ira de Dios.

En Francia los llamaban *écorcheurs* (desolladores) y *routiers* (salteadores), y en Italia *condottieri*, de *condotta*, el contrato que establecía las condiciones de su empleo. Arrancaban de modo sistemático una renta a las poblaciones débiles bajo la forma de *appatis*, o tributo forzoso, para librarse de sus ataques, cuyos términos los

escribanos redactaban. Tenían a su servicio notarios, abogados y banqueros encargados de sus asuntos, así como escribientes, herreros, curtidores, toneleros, carniceros, cirujanos, sacerdotes, sastres, fregonas, prostitutas y a menudo sus mujeres legítimas. Recurrían a agentes comerciales que vendían su botín, salvo las armas o artículos de lujo que deseaban conservar, como joyas, vestidos femeninos o acero para espadas o, en un caso, plumas de avestruz y sombreros de castor. Se habían insertado en la estructura social. Cuando Arnaut de Cervole, el Arcipreste, ocupó Borgoña en 1364, el joven duque Felipe le trató con respeto, le llamó su consejero y compañero, y le cedió un castillo y varios caballeros como rehenes hasta que consiguiera reunir dos mil quinientos francos de oro con que comprar su retirada. Para obtenerla, Felipe recurrió al acostumbrado expediente de hacer tributar a sus súbditos, lo cual les henchía de rencor contra sus señores.

Bertucat de Albret, de la misma familia que el novio plantado por Isabella, fue uno de los grandes aristócratas más *pillard* (ladrón) que señor. Llegado a la ancianidad, suspiraba por los días en «que caíamos sobre los ricos mercaderes de Toulouse, o La Riolle, o Bergerac. Ninguno de ellos dejó de aportar buena presa para nuestro enriquecimiento y alegría». Su amigo y paisano, el gascón Seguin de Badefol, llamado con frecuencia «rey de las compañías», sustituyó los cinco sombreros del blasón paterno con cinco besantes, o monedas de oro, como indicio de su mayor afición. Aimerigot Marcel, que acabaría en el cadalso tras treinta años de bandidaje, se jactó de haberse apoderado de sedas de Bruselas, pieles de los mercados, especias llegadas de Brujas y ricas telas de Damasco y Alejandría. «Todo era nuestro o lo rescataban a nuestro antojo… Los labriegos de Auvernia llevaban a nuestro castillo trigo y harina y pan reciente, heno para los caballos, buen vino, buey y carnero, corderos grasos y aves de corral. Estábamos aprovisionados como reyes. Y cuando cabalgábamos, el país temblaba a nuestro paso».

El odio popular achacaba a las compañías francas todos los crímenes, desde comer carne en cuaresma hasta cometer atrocidades con las mujeres grávidas, que causaban la muerte a nonatos no bautizados. Las tres cuartas partes de Francia eran teatro de sus fechorías, sobre todo las comarcas vinícolas de Borgoña, Normandía, Champaña y Languedoc. Las ciudades amuralladas lograban ofrecer resistencia, rechazando los bandidos al campo, repetidamente asolado, lo que creó una población nómada de labriegos empobrecidos, artesanos en busca de trabajo y clérigos sin parroquia.

Las compañías no respetaban las iglesias. «Insensibles al miedo de Dios —escribió Inocencio VI en una carta pastoral de 1360—, los hijos de iniquidad… invaden y arruinan los templos, y roban los libros, cálices, cruces, reliquias y vasos del ritual divino y los convierten en botín». Las iglesias en las que se derramaba sangre combatiendo se consideraban profanadas, y no podían celebrar los ritos sacramentales hasta que pasaban por un largo proceso burocrático de restauración. Sin embargo, no se interrumpían los tributos pontificios, y los titulares de los

beneficios arruinados se hallaban a menudo en la penuria, y no era extraño que desertasen para unirse a sus perseguidores. «Ved lo grave de la situación —se quejó Inocencio en la misma pastoral—, puesto que los sellados con la gracia divina… participan en la rapiña y la expoliación, y hasta en la efusión de sangre».

Estando el clero y los caballeros incorporados a los hijos de iniquidad, el hombre corriente vivía en un mundo rapaz y era incapaz de dominarlo. «Si Dios fuera soldado, sería ladrón», declaró un caballero inglés llamado Talbot.

Una ligadura persistía: la necesidad de absolución. El miedo a fallecer sin ella estaba tan arraigado, que se creía que los fantasmas eran el alma de los muertos insepultos que volvían a la vida en busca de la remisión de sus pecados. Por mucho que se hubieran distanciado de las demás reglas, los bandoleros insistían en las fórmulas, ya que no en la esencia, del perdón. En teoría, el hombre que moría en una «guerra justa» volaba al cielo, si se había arrepentido de sus transgresiones; pero el caballero culpable del pecado de rapiña tenía que demostrar su arrepentimiento con la devolución de lo robado. Sin molestarse en presumir de que luchaban con justicia, y mucho menos inclinadas a la devolución de sus ganancias, las compañías francas se contentaban con obtener la absolución con la fuerza, como si fuera una bolsa de oro. Cuando negociaban rescates o pagos con sus prisioneros, incluso con los que habían mutilado o torturado, ponían como condición para liberarlos que solicitasen la absolución para ellos o instaran del sumo pontífice que levantase su excomunión.

El sucesor de Inocencio, Urbano V, dio dos bulas de excomunión en 1364, *Cogit Nos* y *Miserabilis Nonullorum*, que suponía tendrían el efecto de prohibir la cooperación en el aprovisionamiento de las compañías, y que ofrecían indulgencias plenarias a cuantos murieran combatiéndolas. Quizá trastornaron a los bandidos, pero no los enmendaron.

El profesional más sobresaliente entre los *Tard-Venus*, y con quien Coucy estaba destinado a enfrentarse en combate, era John Hawkwood, cuyo nombre se cita por vez primera como jefe de una de las compañías que sitiaron a Aviñón en 1361. Su origen fue semejante al de muchos mercenarios. Segundón de un oscuro terrateniente, curtidor de oficio, abandonó su casa cuando su hermano primogénito heredó la finca, diez libras, seis caballos y un carro, y él sólo veinte libras y diez peniques. Estuvo en el ejército inglés de Francia en la década de 1350; siendo «todavía un caballero pobre que no había ganado sino sus espuelas», se incorporó a los *Tard-Venus* después de Brétigny. Tendría entonces treinta y cinco años. En el momento en que el oro pontificio le desvió de Aviñón a Italia, mandaba la Compañía Blanca, compuesta de tres mil quinientos jinetes y dos mil peones, cuyas banderas y sobrevestes albas, y pulidísimas corazas, dieron nombre a la hueste. Su primera acción en Lombardía sembró el terror con su furia y licencia, y a medida que el tiempo avanzaba, «nada espantaba más que oír el nombre de los ingleses». Ganaron reputación de *perfidi e scelleratissimi* (pérfidos y más que perversos), aunque se reconocía que no «asaban ni mutilaban a sus víctimas como los húngaros».

Alquilado por esta o aquella ciudad italiana, durante sus guerras crónicas, Hawkwood no tardó mucho en poder imponer el precio que se le antojase por sus servicios. A pesar de lo despiadado de sus procedimientos —que inspiraron la frase proverbial «un inglés italianizado es el diablo encarnado»—, no malgastó sus esfuerzos en el bandidaje puro, sino que puso su compañía a disposición de quien pagase, fuere cual fuese el bando. Luchó a favor de Pisa contra Florencia y viceversa, de los estados pontificios contra Venecia y viceversa, y, al dejar el servicio de los Viscontis, devolvió puntualmente a Galeazzo los castillos que la Compañía Blanca había conquistado. La guerra era un negocio para Hawkwood, con tal de que los contratos le eximieran de luchar contra el rey de Inglaterra. Cuando murió, luego de pasar treinta y cinco años en Italia, rico en tierras, pensiones y fama, le enterraron en la catedral de Florencia y le conmemoró un fresco ecuestre de Uccello sobre la entrada. El orgullo nacional le reclamó al año de su óbito; por petición personal de Ricardo II, sus restos fueron devueltos a Inglaterra para que descansasen en su población natal.

Las compañías francas se empleaban como ejércitos oficiales en las guerras públicas. En Francia nadie las dominaba. La única fuerza efectiva contra ellas hubiera sido una hueste permanente, lo que no entraba dentro de la visión del Estado ni de su capacidad financiera. La sola estrategia posible en su caso era pagarlas para que se fueran a otra parte. Puesto que el rey de Hungría pedía auxilio contra los turcos, el papa, el emperador y el soberano francés efectuaron, en 1365, un esfuerzo para transformar aquella amenaza en una cruzada.

La persona que nombró el antiguo regente, convertido en Carlos V, como jefe de los cruzados fue un extraño capitán recién aparecido, tan áspero como su nombre bretón, que los franceses vertieron como De Clequin o Kaisquin o Clesquy, hasta que la fama lo cristalizó en Bertrand Du Guesclin. Chato, cetrino, bajo y pesado, «no había nadie tan feo como él desde Rennes a Dinant». Así empieza la epopeya rimada de Cuvelier, destinada a crear un héroe francés que rivalizase con el panegírico del Príncipe Negro de Chandos Herald. «Por lo que sus padres le odiaron tanto que a menudo desearon en lo íntimo de sus corazones que muriese. Bribón, Bufón o Patán le llamaban; tan despreciado era en su infancia por su mala condición que los escuderos y criados se burlaban de él». Sus progenitores pertenecían a la baja nobleza. Su tosco hijo, no echado a perder por los torneos, aprendió a combatir en las guerrillas de Bretaña partidarias de Carlos de Blois, y se hizo maestro en la emboscada y la estratagema, el uso de disfraces, espías, mensajeros secretos, humaredas para ocultar los movimientos, sobornos con dinero y vino, tortura y muerte de prisioneros, y ataques por sorpresa lanzados durante la «tregua de Dios». Era tan intrépido como falto de escrúpulos, valiente con la espada, pero propenso a usar artimañas, duro, trapacero y cruel como cualquier *écorcheur*.

Nacido entre 1315 y 1320, no fue armado caballero hasta después de los treinta y cinco años, cuando había logrado notoriedad en la defensa de Rennes. Su

prominencia en el servicio real principió con su audaz captura de una fortaleza de los navarros, que presenció el regente. Aun cuando no era guerrero, Carlos V combatía con una meta precisa. A lo largo de los años transcurridos desde el Tratado de Brétigny, su único objetivo, silencioso y dominante, consistía en impedir la cesión de territorios que suponía el desmembramiento del reino. No deseaba acaudillar ejércitos en las batallas, pero necesitaba un jefe militar y lo encontró en aquel «cerdo con armadura», el primer adalid militar eficaz, comparable al Príncipe Negro o a John Chandos, del bando francés.

En 1364, año en que se inició el reinado de Carlos, Du Guesclin condujo a los franceses a la victoria y después a la derrota en dos batallas históricas. En la primera, dada en Cocherel (Normandía) contra las fuerzas de Carlos de Navarra, los combatientes fueron pocos, pero el resultado considerable, pues llevó a la eliminación de la amenaza crónica a que el rey navarro sometía a París. Fue aún más notable porque en ella se capturó al primo del rey de Navarra, el *captal* de Buch, a quien Carlos V liberaría sin exigir rescate con la esperanza de atraer aquel centro de turbulencia al lado de Francia. La segunda, luchada cinco meses más tarde en Auray, en la peñascosa costa bretona, resultó decisiva para el conflicto en Bretaña. Murió en ella Carlos de Blois, el candidato francés al ducado, y Du Guesclin quedó prisionero. Fue el último choque de los rivales. Jean de Montfort, candidato inglés, poseyó Bretaña, si bien, a tenor de lo acordado en el Tratado de Brétigny, el ducado continuó siendo feudo de Francia. Carlos V hizo de la derrota fuente de provechos. Convenció a la viuda de Blois, mediante una pensión enorme, de que renunciase a sus aspiraciones, y así logró dar fin al sangriento litigio que desgastaba el vigor de Francia. El monarca pertenecía a quienes renunciaban al uso de las armas cuando podían comprar.

Du Guesclin, una vez rescatado, no perdió el favor del monarca. La astrología y las profecías de Merlín habían vaticinado su encumbramiento, y ello quizá hubiera encantado a Carlos, quien, no embargante su astucia, era tan aficionado a la ciencia judiciaria como Du Guesclin. Éste, además de tener un astrólogo a mano durante sus campañas, se había casado con una dama experta en astrología y famosa por sus poderes ocultos. El interés del soberano era más científico. Como muchos gobernantes, daba empleo a un astrólogo cortesano, que le señalaba los momentos propicios para actuar y se encargaba de misiones confidenciales; pero Carlos fue más allá, porque mandó hacer versiones de obras astrológicas y fundó una escuela de astrología en la universidad de París, a la que dotó de biblioteca, instrumentos y becas.

En 1365 llamó a su corte a Thomas de Pisano, doctor en astrología por la universidad de Bolonia, cuyos talentos imaginativos y bastante arriesgados debieron de contentar el rey, pues le asignó un salario de cien francos mensuales. No es imposible que las perpetuas enfermedades de Carlos se debieran en parte a una medicina que contenía mercurio, y que le preparaba Thomas, por lo cual éste fue muy

reprochado. Sin amilanarse, Thomas siguió adelante con un experimento «único e inefable», cuya finalidad era expulsar a los ingleses de Francia. Fabricó imágenes huecas de hombres desnudos con plomo y estaño, los llenó de tierra recogida del centro y las cuatro esquinas del país francés, grabó en su frente el nombre del rey Eduardo o de uno de sus capitanes, y, cuando las constelaciones fueron propicias, las enterró cara abajo, salmodiando conjuros cuyo efecto sería el de la expulsión, aniquilación y sepultura perpetuas del monarca, capitanes y todos sus adherentes.

Cuando se trató de las compañías francas, se recurrió al método más práctico de la cruzada en Hungría. El emperador Carlos IV, ansioso de rechazar a los turcos, se presentó en Aviñón con el ofrecimiento de sufragar todos los gastos del viaje y pagar a los mercenarios, con la garantía de los ingresos trienales de Bohemia. Su aparición en la misa con Urbano V el día de Pentecostés, cuando se vio sentados al emperador y al papa uno al lado del otro, en paz por vez primera en la memoria de los vivos, puso una aureola de esperanza a la solemnidad. Urbano anunció que los diezmos del clero francés se entregarían al rey de Francia para que financiase su participación en la empresa. A despecho de todo el dinero prometido y del Paraíso —la cruzada levantaría la excomunión—, los mercenarios vieron la aventura húngara con intensísimo disgusto y preguntaron por qué tenían que ir tan lejos a guerrear. Se convenció a algunos por la fuerza del sentimiento que despertaba su partida y el hecho de que Arnaut de Cervole, uno de los suyos, fuese el jefe en lugar de Du Guesclin. Varios cuerpos de combatientes partieron de lugares distintos el verano de 1365 para congregarse en Lorena, dentro del imperio.

Lo demás fue un fracaso. La espantosa reputación de los bandoleros impelió a los alsacianos a una denodada resistencia. A pesar de las seguridades de Arnaut de que no se proponía nada contra el país, y de que sólo deseaba abrevar sus caballos en el Rin, los ciudadanos de Estrasburgo se negaron a dejarles cruzar el puente, y el emperador tuvo que presentarse, obligado por sus súbditos, con un ejército para cerrarles el paso. Lo que hizo volver las espaldas a las compañías fue su propia desgana más que la resistencia del pueblo. Un mes más tarde se hallaban de regreso. Mientras tanto, una nueva empresa se les ofrecía en España.

La guerra anglo-francesa no había concluido realmente en Brétigny; había bajado a España para tomar partido en las luchas por la corona entre Pedro el Cruel, rey de Castilla, cuya tiranía había encendido una revuelta, y su hermano bastardo, don Enrique de Trastámara, el mayor de los diez hijos ilegítimos de su padre y jefe de la oposición. Aquello afectaba al equilibrio de fuerzas que se movían alrededor de Languedoc, Aquitania y Navarra. Pedro tenía el apoyo de los ingleses y, además, había abandonado y, se contaba, asesinado a su esposa, hermana de la reina de Francia. Don Enrique era el protegido de los franceses, y su acceso a trono tan importante significaría el de un aliado. Por eso, la lucha absorbió a los viejos antagonistas. Encima, don Pedro estaba enemistado con el sumo pontífice, quien le había excomulgado por negarse a responder a los avisos de Aviñón de que se

presentase a dilucidar las acusaciones de mala conducta.

La liza española ofrecía, bajo el disfraz de cruzada contra los moros granadinos, un escape ideal de las compañías y quizá la tumba para ellas. Du Guesclin, el adalid designado, había persuadido a los capitanes de las veinticinco más peligrosas, incluidos Hugh de Calveley, Eustache de Aubrecicourt y otros con quienes se había enfrentado en Auray, a que le siguieran a España. Se les prometió soldadas elevadas, pero los hombres que las formaban no tenían la intención de salvar los Pirineos sin llevar un puñado de buenas monedas. El modo como las obtuvieron, narrado con delicia en la epopeya de Cuvelier, equivale a un microcosmos del siglo XIV, aun cuando se haya dicho de este escritor que «la tiranía de la rima le dejó poco ocio para la exactitud».

Las compañías marcharon a Aviñón, en vez de hacerlo directamente a la península ibérica, y acamparon a la vista del palacio pontificio, en Villeneuve, al otro lado del Ródano. El papa envió un cardenal tembloroso a decirles que «Yo, dotado del poder de Dios, todos los santos, ángeles y arcángeles, excomulgaré a toda la hueste si no se aleja de aquí sin dilación». Du Guesclin y el mariscal de Audrehem, veterano de Poitiers y «caballero docto, sabio y prudente», le recibieron cortésmente y preguntaron al cardenal si era portador de dinero, a lo que el prelado respondió con mucho tacto que le habían delegado para que se enterase de qué propósito los llevaba a Aviñón.

«Señor —respondió Audrehem—, tenéis ante vos hombres que han cometido durante diez años toda clase de crímenes en el reino de Francia, y que ahora se dirigen a luchar contra los infieles de Granada». Sus jefes los llevaban allá «para que no regresen a Francia». Antes de irse cada uno suplicaba la absolución; por consiguiente, se rogaba al santo padre que «nos libre de todos nuestros pecados y del castigo de los graves y abrumadores delitos que hemos cometido desde la infancia, y, además, que nos regale doscientos mil francos para el viaje».

«Demudándosele el rostro», el cardenal contestó que, si bien su número era grande, creía que podía prometerles la absolución, pero no el dinero. «Señor, debemos tener cuanto el mariscal ha pedido —intervino rápidamente Bertrand—, pues os digo que hay aquí muchos que se ríen de la absolución, y que prefieren el dinero». Añadió que «los llevamos a donde puedan saquear legítimamente sin perjudicar al pueblo cristiano», y aseveró que, si las demandas no eran satisfechas, no podrían dominar a sus hombres, y que cuanto más esperasen tanto peor sería para Villeneuve.

El cardenal cruzó el puente al vuelo e informó al papa ante todo de la absolución que las compañías solicitaban, diciendo que llevaba la confesión de sus crímenes. «Han… cometido todo el mal que pueda hacerse y más del que pueda contarse. Por lo tanto, piden misericordia y perdón de Dios, y absolución total de vos».

«La tendrán —dijo el papa sin vacilar—, con tal de que abandonen el país». Después se le planteó el asunto adicional de los doscientos mil francos. Desde la

ventana, Urbano podía presenciar cómo los guerreros se apoderaban de ganado, gallinas y gansos, buen pan blanco, y cuanto podían transportar. Convocó un consejo para ver cómo obtendría el dinero y se adoptó la solución de imponer un tributo a los burgueses de Aviñón, «con el fin de que no disminuyan los tesoros de Dios». La cantidad reunida de esta manera fue presentada a Du Guesclin por el preboste de la ciudad, al propio tiempo que las absoluciones firmadas y selladas. Du Guesclin preguntó si el dinero procedía del tesoro pontificio. Al saber que se debía a los plebeyos de Aviñón, el capitán denunció la avaricia de la Santa Iglesia «de manera muy irreverente», y juró que no aceptaría un ochavo si no procedía del clero. Todo el impuesto tenía que ser devuelto al pueblo. «Dios os conceda vida feliz, señor —dijo el preboste—; la gente pobre se alegrará mucho». Se devolvió, pues, al pueblo. Lo sustituyeron doscientos mil francos de los fondos del papado. El sumo pontífice se resarció en seguida decretando un diezmo que afectó al clero francés.

En el bando inglés también se deseaba mejorar la imagen propia. De ello se encargó sobre todo Chandos Herald, que celebraba el gobierno del Príncipe Negro sobre Aquitania como «siete años de alegría, paz y complacencia», cuando de hecho era lo contrario. La arrogancia y los caprichos principescos despertaban en sus súbditos gascones una tempestad de resentimiento y los orientaban hacia Francia. Imbuido de los ideales de la prodigalidad y la nobleza, el príncipe se mostraba indiferente a nivelar los ingresos y los gastos. Colmaba el vacío con tributos que enajenaban la lealtad y la obediencia que, como virrey, debía fomentar. «Desde el nacimiento de Dios jamás hubo casa mantenida con tanto decoro y de modo más honorable». Mantenía «a más de ochenta caballeros y trescientos veinte escuderos» a diario a su mesa, tenía un séquito enorme de escuderos, pajes, criados, camareros, escribientes, halconeros y ojeadores; celebraba banquetes, cacerías y torneos, y no permitía que le sirviese sino un caballero con espuelas de oro. Su mujer, la bella Joanna, sobrepujó a su cuñada Isabella en telas suntuosas, pieles, joyas, oro y esmaltes. El gobierno del príncipe, celebró Chandos Herald con entusiasmo, se señalaba por la «liberalidad, elevado propósito, buen sentido, moderación, rectitud, razón, justicia y contención». Salvo las dos primeras, Eduardo carecía de las cualidades enumeradas.

Los guerreros de Du Guesclin fueron a España y pelearon con tanta eficacia y diligencia, que don Pedro huyó, don Enrique fue coronado y las compañías, que tuvieron escasas bajas, regresaron demasiado pronto a Francia. Sin embargo, los intereses de Inglaterra encendieron de nuevo la lucha. Don Pedro apeló al Príncipe Negro, quien, impulsado por la avidez de guerra y gloria, aceptó su causa. Le movió también la necesidad de romper una alianza francocastellana, que, con la fuerte escuadra de Castilla, amenazase las comunicaciones inglesas con Aquitania y aguzase el miedo persistente de Inglaterra a una invasión. Lo financiero, como siempre, era crucial. Don Pedro juró pagar todo en cuanto recobrase el trono, y el Príncipe Negro,

a quien recomendaron que no se fiase de hombre tan mancillado por las villanías, se negó a prescindir de la lucha. La guerra se reinició en 1367 con Du Guesclin y las compañías en apoyo de don Enrique. El resultado se invirtió en aquella ocasión.

En la batalla de Nájera, en abril de 1367, los ingleses obtuvieron una victoria célebre en los anales del Medievo, y los franceses experimentaron otra de las derrotas que menoscababan no sólo su renombre, sino también su supremacía militar. Du Guesclin y el mariscal de Audrehem habían aconsejado a don Enrique que no trabara batalla campal contra el príncipe y «los mejores combatientes de la tierra», sino que cortase sus suministros y los «matase de hambre sin descargar golpe», exactamente el mismo consejo dado y desoído por los franceses en Poitiers. Pero, por varias razones —terreno y tiempo—, y porque hubiera sido innoble que los seguidores españoles del nuevo soberano la atendieran, la recomendación no era práctica. El resultado fue catastrófico. Don Enrique huyó, don Pedro recobró la corona, y Bertrand Du Guesclin cayó prisionero por segunda vez. Aunque se sentía inclinado a retenerle, el Príncipe Negro, herido en lo vivo por la afirmación de Bertrand de que le apresaba porque le «tenía miedo», permitió que se le rescatara por la gruesa suma de cien mil francos.

Si Francia había perdido la gloria en Nájera, la derrota, como la de Auray, no careció de ventajas, pues sólo volvieron a tierra francesa los maltrechos restos de las compañías francas. A Du Guesclin se atribuyó el mérito de tal consuelo, y, como Deschamps escribiría, todas las oraciones del pueblo común se hicieron por él. Alivio sobre alivio representaron la muerte del jefe de bandidos Seguin de Badefol y del Arcipreste: Carlos de Navarra envenenó a aquél en un banquete para no tener que pagarle, y éste pereció a manos de sus compinches. El respiro, sin embargo, fue corto. Cuando don Pedro, como se preveía, no satisfizo sus deudas, el Príncipe Negro, a quien acosaron sus furiosas tropas, «las animó bajo cuerda» a que se filtrasen en Francia para desquitarse según los procedimientos en ellas usuales. En número reducido, pero endurecidas y formidables, las bandas anglogasconas se encaminaron a Champaña y Picardía, «donde cometieron tanto daño y actos tan reprobables que causaron honda tribulación».

Pronto se le agrió al príncipe la gloria de Nájera. Aquella victoria representó el ápice de su fortuna; en adelante rodaría cuesta abajo. Su soberbia le indispuso con los gascones, pues «no le importaban un comino un caballero, ni un burgués, ni una burguesa, ni los plebeyos». Cuando trasladó el peso de las deudas de don Pedro a los hombros de la gente de Guyena en forma de impuestos de fogaje, en 1367-1368, los señores gascones se rebelaron y reanudaron sus negociaciones con Carlos V para volver al bando de Francia. Una causa y un instrumento para trastocar el Tratado de Brétigny se hallaban así en poder del monarca francés.

CAPÍTULO 11

LA MORTAJA DORADA

Tal era la Francia a la que regresó Coucy en 1367. Sus dominios, si se juzga por el importantísimo paso que dio al año siguiente, adolecían de la falta de mano de obra que afligía a los terratenientes desde la Peste Negra. Picardía, que se hallaba desde el principio en la ruta de penetración inglesa, había sufrido, además de las invasiones, las consecuencias de la jacquerie y los estragos de los anglogascones. Los labriegos huyeron al territorio imperial vecino de Hainault y al otro lado del Mosa, antes que tener que pagar los reiterados impuestos secuela de las derrotas francesas.

Para retener a los labradores, Coucy empleó, tardíamente, el remedio de liberar a los siervos, o campesinos no libres, y aldeanos de sus posesiones. Por «odio a la servidumbre», reconoció su cédula, habían partido para «vivir fuera de nuestras tierras, en ciertos lugares, manumitiéndose sin nuestro permiso y liberándose cuando les plugo». (Se consideraba libre al siervo que escapaba a un territorio ajeno a la jurisdicción de su señor y permanecía un año en él.) Salvo por el privilegio concedido en Coucy-le-Château en 1197, este dominio llegaba tarde a la disolución de la servidumbre, tal vez a consecuencia de su prosperidad anterior. Los labradores libres eran mayoría en Francia con anterioridad a la Peste Negra. La abolición se debía menos al juicio moral de los males de la servidumbre que a ser un modo de obtener dinero con facilidad de los arriendos. Aunque los arrendatarios libres cobraban por su trabajo y los siervos no, el coste se compensaba de sobra con los cánones de arrendamiento, y, además, los primeros no debían ser alimentados, lo que evitaba un gasto importante.

La cédula de Coucy del mes de agosto de 1368 adoptó la forma de concesión colectiva de la libertad a veintidós pueblos y aldeas de su baronía, a cambio de rentas y subsidios precisos en cada caso, concedidos «a perpetuidad a nos y a nuestros sucesores». Las cantidades iban desde las dieciocho libras de Trosly a los veinticuatro sueldos de Fresnes (poblaciones que aún existen, como las más de la lista), y dieciocho blancas por fuego en Courson. La redacción, aunque la superfluidad leguleya hinche cada una de sus líneas, ofrece una imagen clara y precisa de la enfiteusis medieval, a diferencia del complicado laberinto en que se ha convertido desde entonces.

«Por costumbre y uso generales», declara, todas las personas que viven en la baronía de Coucy «son hombres y mujeres nuestros por *morte-main* y *formariage*», salvo los clérigos, nobles u otros «que dependen de nos por juramento y homenaje». Por los muchos que se fueron «nuestra mencionada tierra no se cultivó en gran parte, ni se labró, y se volvió baldía, por lo cual la mencionada tierra ha perdido mucho

valor». En el pasado los habitantes solicitaban la libertad a su progenitor, a cambio de ciertas rentas perpetuas, «sobre lo que nuestro respetado y bien amado padre, cuya alma está con Dios, se aconsejó y halló que le beneficiaría sumamente destruir y hacer nula dicha costumbre, aceptando el provecho que se le ofrecía»; mas falleció antes de que pudiera acceder a la petición. Bien informado de todo ello, y habiendo llegado a la mayoría de edad y al dominio pleno de sus tierras, y puesto que se le había formulado el mismo ruego y ofrecido pagos «más provechosos y honrosos que los mentados *morte-mains* y *formariages* lo son o puedan serlo en el futuro»; y dado que, con la desaparición de la servidumbre, «el pueblo gozará de mayor abundancia y la tierra será cultivada y no se volverá en erial, y, por ende, será más valiosa para nos y nuestros sucesores», sépase que «luego de sesuda reflexión sobre estos asuntos, y de comprobar bien nuestros derechos y ventajas, destruimos y anulamos… y liberamos de todos los *morte-mains* y *formariages* a cada uno de ellos a perpetuidad y para siempre, sean clero o de cualquiera otra clase, sin retener en servidumbre o poder de renovar la servidumbre sobre ninguno de ellos ahora o en lo futuro por nos o nuestros sucesores ni por la persona que fuere». Las rentas y los arriendos recibidos de tales lugares se sumarían «a nuestra heredad y feudo y baronía que tenemos del rey», a quien se pediría que aprobase y confirmase aquel instrumento. La confirmación regia se recibió tres meses más tarde.

Los terratenientes en general, especialmente los menos prósperos, con terrenos arrendados demasiado pequeños para conseguir un margen de beneficio, habían sufrido en lo económico mucho más que los labriegos las consecuencias de los desastres de los veinte años anteriores. El trabajo servil, perdido durante la plaga, no era reemplazable, porque no se podía transformar los hombres libres en siervos. Los molinos, graneros, cervecerías, pajares y otras instalaciones permanentes debían ser reconstruidos a expensas del propietario. Los desembolsos del rescate y la manutención durante el cautiverio, durante dos décadas de batallas, casi siempre perdidas, eran una sangría para las rentas, aunque Coucy, al que la fortuna favoreció de modo constante, no sufrió en este sentido. Además de haberse ahorrado el rescate, recibió en junio de 1368 mil francos con que el rey de Francia compensaba sus gastos como rehén y los daños que la guerra había causado a sus dominios. Carlos V también cortejaba al señor de Coucy y de Soissons.

La cesión a cambio de pago había debilitado los lazos que unían a los nobles y sus dependientes; pero las rentas derivadas de los arriendos dieron a los señores ricos más bienes, comodidades y libertad de residencia. Edificaban grandes *hôtels* en París y adquirían propiedades urbanas. Era entonces centro de atracción la nueva mansión del rey, llamada Saint-Pol, conjunto de casas que había agrupado y convertido en palacio, con siete jardines y un huerto de árboles frutales, situado en el borde oriental de la ciudad, cerca de la actual plaza de la Bastille. Doce galerías relacionaban los edificios y patios; plantas recortadas en figuras fantásticas adornaban los jardines, había leones enjaulados, y ruiseñores y tórtolas en las pajareras.

Carlos reinó en una época de devastaciones, pero de ellas siempre se salvan lugares llenos de belleza, juegos, música, danza, amor y trabajo. Mientras las humaredas oscurecen el día y las llamas señalan de noche las ciudades incendiadas, el firmamento está claro en un sitio no lejano; mientras se oyen en un lugar los alaridos de los torturados, en otro los banqueros cuentan monedas y los labriegos aran con plácidos bueyes. Los estragos de un período no afectan a todas las personas, y aunque el efecto es acumulativo, la decadencia que arrastran consigo tarda bastante tiempo en percibirse.

Los hombres y mujeres como Coucy cazaban con halcones y jaurías, y llevaban a su azor favorito, encapuchado, en la muñeca, a dondequiera que fuesen, bajo techado y al aire libre, a la iglesia, el tribunal y el banquete. A veces se servían grandes pasteles de los que escapaban pájaros vivos, para caer en las garras de los halcones soltados en el comedor. En el torreón del castillo, donde ondeaba la bandera señorial, un centinela tocaba el cuerno en cuanto se acercaban personas extrañas. Lo tocaba asimismo al amanecer, tras lo cual el capellán contaba maitines y decía misa en la capilla. Los músicos tañían por la noche laúdes, arpas, flautas, gaitas, trompetas, tambores y címbalos. Cuando floreció el arte de la música secular en el siglo XIV, llegaron a usarse treinta y seis instrumentos distintos. Si no había, después de la cena, concierto o representación histriónica, los presentes se entretenían con cantos, charlas, comentarios de los episodios cinegéticos del día, «cuestiones gentiles» sobre las convenciones del amor y juegos verbales. Un pasatiempo consistía en componer versos, más o menos atrevidos, en rollitos de pergamino, que se pasaban unos a otros y que, cuando se leían en voz alta, se daba por supuesto que revelaban el carácter del lector.

En tales veladas agradaba a los grandes señores respetar la antigua costumbre de que los criados sostuvieran las antorchas de la iluminación, en lugar de colocarlas en los antorcheros, porque halagaba su sentido de la grandeza. Construyeron «locuras». Las más complicadas fueron las mecánicas que ingenió el conde Robert de Artois en el castillo de Hesdin. Algunas estatuas de su jardín chorreaban agua sobre los visitantes que pasaban junto a ellas o les dirigían palabras como si fuesen loros; una trampa hacía caer al que la pisaba en un colchón de plumas; la puerta de una habitación producía al abrirse lluvia, nieve o truenos; unos conductos, al ser oprimidos de cierta manera, «mojaban a las damas por abajo». Cuando el castillo se convirtió en posesión de Felipe de Borgoña, un artífice se encargó de mantener en buen uso aquellos entretenimientos.

En Picardía, para diversión de alcance más general, se celebraba en julio y agosto la fiesta de los cisnes. En ella los tres Estados se unían en la caza de los cisnes jóvenes, que aún no volaban, criados en estanques y canales locales. Dirigidos por el clero, los nobles, burgueses y plebeyos, por este orden, salían en botes con acompañamiento de música e iluminaciones. Los participantes tenían prohibido dar muerte a sus presas. La caza, entremezclada de festejos, duraba varios días.

Siendo la vida colectiva, resultaba intensamente social y dependía de la etiqueta, de ahí la importancia que se daba al comportamiento cortés y a las uñas limpias. Las manos se lavaban antes y después de las comidas, a pesar de que se usaban cuchillos y cucharas, y los tenedores, si bien no muy abundantes, no se desconocían. Se presentaba al señor una jofaina individual y, a la entrada de la sala de banquetes, había un lavabo en el que varias personas podían adecentar sus manos al mismo tiempo en chorritos de agua y secarlas con una toalla. Para el baño frecuente del señor y la señora se llenaba de agua caliente una tina de madera en la alcoba, en la que la persona se sentaba y mojaba. Un ilustre caballero se bañaba en el jardín con inefable aspecto de dignidad, ayudado por tres amables damas. Solía disponerse cerca de la cocina una habitación como baño común de personas de menor empaque.

Acostumbraba haber dos comidas al día para todos: el almuerzo a las diez de la mañana y la cena a la puesta de sol. No se conocía el desayuno, salvo un mendrugo de pan y una copa de vino, e incluso así se consideraba un lujo. La indumentaria elegante no lograba suprimirse a pesar de las leyes suntuarias continuamente renovadas, que intentaban ante todo y sobre todo proscribir los zapatos puntiagudos. Las *poulaines*, aunque sus puntas se rellenasen para que se encorvaran hacia arriba, o se atasen a la rodilla con cadenas de oro o plata, obligaban a andar con aire remilgado, que resultaba ridículo y afeado de decadente. Sin embargo, la clase alta fue presa de esta frivolidad especial. A veces eran de terciopelo sembrado de perlas, o de cuero estampado en oro, o de diferente color en cada pie. Los gabanes que las damas empleaban en las cacerías estaban adornados de campanillas. Éstas colgaban también de los cinturones, que eran importante artículo de vestuario, porque admitían escarcela, llaves, devocionario, rosario, relicario, guantes, pomo, tijeras y estuche de costura. Se usaban camisetas y bragas de lienzo fino; las pieles de abrigo se hallaban por doquier. En el ajuar de Blanca de Borbón, que tuvo la desdicha de casar con Pedro el Cruel, se usaron once mil setecientas noventa y cuatro pieles de ardilla, la mayor parte importadas de Escandinavia.

Los nobles salían de la iglesia en cuanto acababa la misa, «apenas sin decir un padrenuestro entre los muros del templo». Los más piadosos llevaban en sus viajes altares portátiles y daban las limosnas que su confesor les imponía como penitencia, aunque la suma de ellas distaba mucho de lo que gastaban en un vestido o una caza. Devotos o no, todos poseían y portaban libros de horas, objeto religioso elegante característico del noble del siglo XIV. Eran obras de encargo, en las que oraciones personales se sumaban a las devociones del día y los salmos penitenciales, provistas de maravillosas ilustraciones, y no sólo sobre episodios bíblicos y hagiográficos. La noción de lo cómico, la fantasía y la sátira de la Edad Media rebosaban en los márgenes. Bufones y diablos se curvan y retuercen entre tallos floridos, conejos pelean con soldados, perros adiestrados hacen gala de sus habilidades, textos sagrados se pierden en criaturas imaginarias de largas colas, monjes de traseros desnudos se encaraman en torres, y cabezas tonsuradas arrancan de cuerpos de

dragones. Sacerdotes de patas de chivo, simios, músicos, flores, pájaros, castillos, demonios lascivos y bestias irreales se entretejen en las páginas en sorprendente fusión con la santidad de la plegaria.

Lo sagrado y lo profano se mezclaban a menudo en la observancia religiosa. Un obispo se quejaba de que, en las misas, los gobernantes dieran audiencia, «dedicándose a otras cosas y sin prestar atención al servicio ni decir sus oraciones». El sacramento de la eucaristía celebrado en la misa, en que el comulgante, al consumir la sangre y el cuerpo de Cristo, comparte el sacrificio redentor de la cruz y la gracia salvífica de Dios, es el rito central del cristianismo y el requisito de la salvación. Envuelto en la metafísica de la transubstanciación, el seglar ordinario apenas lo entendía, salvo en lo referente a los poderes mágicos que achacaba a la oblea consagrada. Si se colocaba en el huerto sobre las hojas de una col, ahuyentaba los insectos destructores; y si se ponía en una colmena para dominar el enjambre, inducía a las piadosas abejas, conforme se contaba, a construir alrededor de él una capilla completa de cera con ventanales, arcos, campanario y un altar en el que depositaban los fragmentos sacrosantos.

La confesión y comunión, que debían observarse cada domingo y día festivo, se cumplían por lo general, según los mandamientos de la Iglesia, una sola vez al año, por Pascua. Un sencillo caballero, a quien preguntaron por qué no asistía a misa, tan importante para la salvación del alma, respondió: «No lo sabía; es más, creía que los sacerdotes la decían sólo por los donativos». Se ha calculado que, en el norte de Francia, alrededor de un diez por ciento de la población era fiel observante, otro diez por ciento indiferente, y el resto oscilaba entre la observancia y la inobservancia.

No obstante, la gente no corría albures en el instante de la muerte. Se confesaba, restituía lo debido, encargaba oraciones perpetuas por su alma y, con frecuencia, desposeía a su familia con mandas para altares, capillas, conventos, ermitas y pagos de peregrinaciones vicarias.

El rey Carlos, según su biógrafa y admiradora Christine de Pisan, hija del astrólogo Thomas, celaba su piedad. Se santiguaba al despertarse y dirigía sus primeras palabras a Dios en sus oraciones. Una vez peinado y vestido, le entregaban el breviario, recitaba las horas canónicas con su capellán, asistía a misa a las ocho de la mañana en su capilla interpretada con «cánticos melodiosos», y a continuación la ordinaria en su oratorio. Después concedía audiencia a «todo género de personas, ricas y pobres, damas y damiselas, viudas y otras». En días fijos presidía el Consejo en la discusión de asuntos estatales. Vivía conscientemente con «majestuosa regularidad», para mostrar que la dignidad de la corona se mantenía con el orden solemne. Después del almuerzo, al mediodía, escuchaba música «para alegrar su espíritu», y luego, durante dos horas, recibía a embajadores, príncipes y caballeros, en ocasiones en tal cantidad, que «apenas podía uno volverse en sus grandes salas». Escuchaba informes de batallas y aventuras, y noticias de otros países, firmaba cartas y documentos, asignaba misiones, y le entregaban —y daba— regalos. Tras descansar

una hora, estaba con la reina y sus hijos —su heredero nació en 1368, y le siguieron otro varón y dos niñas—, recorría los jardines en verano y estudiaba en invierno, hablaba con sus íntimos hasta la cena y, después de los pasatiempos nocturnos, se retiraba. Ayunaba un día a la semana y leía la Biblia todo el año.

Fuese quien fuere su verdadero padre, Carlos poseía por completo la pasión de los Valois por las adquisiciones y el lujo. Reconstruía Vicennes como palacio estival y no tardaría en edificar o comprar otros tres o cuatro. Empleó al famoso cocinero Taillevent, que servía cisnes y pavos reales asados con sus plumas, picos y patas dorados, sobre un paisaje adecuado como fondo hecho de azúcar hilado y pastas pintadas. Coleccionaba objetos preciosos y relicarios cuajados de gemas para guardar un fragmento de la vara de Moisés, la coronilla de san Juan Bautista, el frasco de leche de la Virgen, los pañales de Jesucristo, y pizcas y pedazos de distintos instrumentos de la crucifixión, entre ellos la corona de espinas y un trozo de la vera cruz, pertenecientes todos a la capilla real. A su muerte tendría cuarenta y siete coronas de oro y piedras preciosas, y sesenta y tres juegos completos de avíos de capilla, incluidos vestuarios, retablos, cálices, libros litúrgicos y crucifijos áureos.

En 1368 contaba treinta años, dos más que Enguerrand de Coucy. Era delgado, pálido y grave, de nariz larga, sinuosa y prominente, ojos agudos, labios delgados y apretados, pelo rufo y sentimientos contenidos. Había aprendido en dura escuela a esconder sus pensamientos, y por ello se le acusaba de ser sutil y reservado. Se había recobrado de los fuertes dolores de cabeza y muelas, dispepsia y otros achaques que le afligieron durante la regencia; pero sufría aún una dolencia —quizá gota— en la mano o brazo derecho, y una fístula y absceso misteriosos en el brazo izquierdo, debidos probablemente a la tuberculosis, pero atribuido al intento de Carlos de Navarra de envenenarle en 1358. Un sabio médico de Praga, que le envió su tío el emperador, trató el veneno, pero le dijo que, si alguna vez el absceso dejaba de supurar, Carlos moriría quince días después, durante los cuales tendría tiempo para ordenar sus asuntos y atender a su alma. Por consiguiente, no sorprende que el soberano viviera envuelto en una sensación de urgencia.

Su mente inquisitiva, interesada en la causa y el efecto, y en filosofía, ciencia y literatura, le hizo crear una de las grandes bibliotecas de su siglo, que instaló en el Louvre, al que consideraba su segunda residencia. Las habitaciones de la biblioteca tenían paneles de ciprés tallado, ventanas de vidrios de colores protegidas con alambres de hierro, «contra las aves y otras bestias», y una lámpara de plata que se mantenía encendida la noche entera para que él pudiera leer en cualquier momento. No sólo le preocupaba el conocimiento, sino también su difusión. Encargó a Nicolás Oresme, consejero erudito, de inteligencia progresiva y científica, que explicase la teoría de la moneda estable en lenguaje comprensible. A esta clase de preocupaciones debió el título de Carlos el Sabio. Ordenó que se vertiesen al francés las obras de Tito Livio y Aristóteles, y la *Ciudad de Dios* de san Agustín, «para la utilidad tanto pública como de la cristiandad», y poseyó muchos otros escritos clásicos y de los

Padres de la Iglesia, y tratados científicos árabes traducidos al francés. La biblioteca era ecléctica, pues contenía desde Euclides, Ovidio, Séneca y Josefo a John de Salisbury, el *Roman de la Rose*, y el *best-seller* de entonces, los *Viajes* de John Mandeville. Albergaba también las distintas enciclopedias de sabiduría universal del siglo XIII, una colección de obras sobre las cruzadas, astrología y astronomía, bastantes novelas del ciclo de Arturo, códigos, comentarios, gramáticas, libros de filosofía y teología, poesía contemporánea y sátira; en conjunto, según un inventario de 1373, más de mil volúmenes, núcleo de la Biblioteca Nacional de Francia. Cuando le reprocharon que dedicase tanto tiempo a los libros y hombres de letras, Carlos respondió: «Este país prosperará mientras honre al conocimiento».

Sus tres hermanos fueron patológicamente codiciosos: Luis de Anjou, el mayor de los tres, de dinero y un reino; Juan de Berry, de arte; Felipe de Borgoña, de poder. Alto, robusto y rubio como su padre, Anjou era testarudo, vano y corroído por una ambición insaciable. Berry, sensual y amante del placer, supremo coleccionista, tenía la cara cuadrada, nariz chata y respingona, y cuerpo compacto, lo cual casaba de modo extraño con su afición al arte. Borgoña poseía las toscas y pesadas facciones del anterior, pero mayor inteligencia y un orgullo insoportable. Todos colocaban sus intereses por encima de los del reino, todos gastaban de modo ostentoso para adornar y exhibir su prestigio, y todos con su mecenazgo producirían obras de arte sin rival en su género: los tapices de la serie del *Apocalipsis* urdidos para Anjou, las *Très Riches Heures* y *Belles Heures* que los hermanos Limbourg ejecutaron para Berry, y las estatuas del *Pozo de Moisés* y los *Pleurants* (Llorosos) que Claus Sluter esculpió para Borgoña.

Jamás la magnificencia principesca se manifestó de manera más perceptible que en dos ocasiones, en 1368-1369, en las que Coucy intervino. Su cuñado, el duque Lionel de Clarence, padre y viudo a los veintinueve años, entró en París en abril de 1368, cuando se dirigía a Milán para casarse con Violante Visconti, de trece años de edad, hija de Galeazzo.[*] Acompañado de un cortejo de cuatrocientas cincuenta y siete personas, y con mil doscientos ochenta caballos (quizá los sobrantes se destinaban a regalos), se alojó en una serie de habitaciones del Louvre especialmente decoradas para él. Su hermana, la señora de Coucy, y Enguerrand se encontraron con él en París, con el fin de intervenir en las fiestas y agasajos con que el rey y sus hermanos abrumaron durante dos días a su antiguo enemigo.

Otro huésped conspicuo fue Amadeo VI de Saboya, primo de Enguerrand y tío de la novia, llamado el «Conde Verde», porque, armado caballero a los diecinueve años, apareció en una porción de torneos con plumas, sobreveste de seda y jaeces de su montura de dicho color, y escoltado por once caballeros ataviados de verde, cuyos caballos llevaban de la brida, con un cordón verde, sendas damas con vestidos verdes. Amadeo no cedía a nadie en ostentación. En su estancia en París, donde las tiendas exponían sus mejores mercancías aprovechando la ocasión, se entregó a una orgía de compras de collares de piedras preciosas, cuchillos de mesa, botas, zapatos, plumas,

espuelas y sombreros de paja. Donó al monarca una «capilla» de rubíes y perlas grandes tasada en mil florines, y dio tres francos de oro al poeta Guillaume de Mauchaut por dedicarle una novela. Llevó a su mujer cuatro piezas de paño de Reims, que costaban sesenta francos, y una *jaquette* forrada con la piel de mil doscientas ardillas.

Llenaron la visita de Clarence comidas, cenas, bailes y juegos en Saint-Pol y el Louvre, entre ellos un banquete rebuscado que costó mil quinientas cincuenta y seis libras al duque de Borgoña. Estuvieron al alcance de los comensales todas las abundantes especies de caza, peces y aves que llenaban entonces los bosques y ríos, así como animales domésticos cebados. Las recetas de la época registraban cuarenta platos de pescado y treinta de carne. El soberano regaló a Clarence y a su cortejo, en el momento de la partida, objetos por valor de «veinte mil florines», como parte de la rutina de hacer presentes, que, además de revelar la categoría del donante, resultaba útil para quien los recibía, puesto que podía convertirlos en dinero contante con sólo empeñarlos.

El apogeo de la ostentación aguardaba en Milán. Haber comprado una hija del rey de Francia, y entonces un hijo del rey de Inglaterra, para sus retoños era un triunfo para Galeazzo Visconti y otra maravilla de las Víboras de Milán, como se llamaba a la familia por su blasón, en el que aparecía una serpiente tragando un ser humano, supuesto sarraceno, que se debatía. Dos Viscontis gobernaban Lombardía: Galeazzo y su hermano Bernabò, más temible aún que él. Asesinato, crueldad, avaricia, administración efectiva alternando con salvaje despotismo, respeto al saber, fomento de las artes, y lujuria que frisaba en la manía sexual, caracterizaban a la estirpe. Lucchino, su predecesor inmediato, había perdido la vida por obra de su esposa, quien, después de una desenfrenada orgía en una embarcación fluvial, en la que atendió a varios amantes a la vez, entre ellos al dux de Venecia y a su propio sobrino Galeazzo, decidió eliminar a su marido para anticiparse a las intenciones de éste en el mismo sentido. El desenfreno de Matteo, hermano mayor de Bernabò y Galeazzo, fue tal, que puso el régimen en peligro y los obligó a eliminarle en 1355, al año siguiente de conseguir el mando, y murió «como un perro, sin confesión».

La guerra contra la Santa Sede, a la que arrebataron Bolonia y otros feudos, fue la principal actividad de los Viscontis. Cuando, en el curso de ella, el papa le excomulgó, Bernabò obligó al legado portador de la bula a que la tragase, sin olvidar el cordón de seda y los sellos de plomo. Se dijo que había quemado a cuatro monjas y asado vivo a un fraile agustino en una jaula de hierro sin razón justificante, como no fuera por malignidad contra la Iglesia.

Codicioso, astuto, cruel y feroz, propenso a paroxismos de furia y humor macabro, Bernabò era el epítome del aristócrata violento. Si uno de sus quinientos perros no se hallaba en buen estado, mandaba ahorcar a todos los guardabosques y cazadores furtivos. La *Quaresima*, un programa de torturas de cuarenta días, atribuido a Bernabò y a su hermano, y anunciado en un edicto, como se contaba, en su

encumbramiento, era un catálogo tan espeluznante, que es de esperar que se usase para asustar y no de manera auténtica. El *strappado*, rueda, potro, azotes, vaciado de ojos, amputación de órganos faciales y extremidades una tras otra, y un día de tormento y otro de descanso, terminaban con la muerte de los «traidores» y enemigos convictos.

En sus hábitos personales, Bernabò sobresalía «por un asombroso grado del vicio de la lujuria, de suerte que su casa más parecía al serrallo de un sultán que la morada de un príncipe cristiano». Tuvo diecisiete hijos de su esposa, Regina, de la que se aseguraba que era la única persona que podía acercarse a él en sus arrebatos de mal humor, y un número superior de vástagos ilegítimos de sus amantes. Los ciudadanos tenían que doblar la rodilla cuando pasaba por la calle; decía a menudo que era Dios en la tierra, y papa y emperador en sus dominios.

Bernabò gobernaba Milán y Galeazzo la antigua ciudad de Pavía, a treinta y dos kilómetros de distancia. Más de un centenar de torres oscurecían las estrechas calles pavianas como testimonio de las luchas incesantes en las poblaciones de Italia. El gran castillo cuadrado de Galeazzo, terminado en 1365, se edificó en la muralla septentrional de la ciudad, dominando huertos y campos fértiles. Llamado con orgullo patriótico por el cronista Corio «el primer palacio del universo», y por un admirador posterior «la mansión más hermosa de Europa», se construyó con ladrillo de arcilla lombarda, de color rojizo. Cien ventanas rodeaban un patio espléndido. Petrarca, que fue durante ocho años el ornato de la corte de los Viscontis, describió su corona de torres, que «se alzaban hasta las nubes» y desde las cuales «se contemplaban, en una dirección, las cumbres nevadas de los Alpes y, en otra, los boscosos Apeninos». La familia cenaba en verano en un balcón que sobresalía sobre el foso, refrescado con la visión del agua, los jardines y el mimado parque, rico en caza.

Galeazzo, tirano menos aparatoso que su hermano, tenía costumbres sobrias y amaba a su mujer, la «buena y apacible» Blanca de Saboya. Llevaba largo su pelo cobrizo, trenzado o suelto, o «a veces descansando en los hombros, dentro de una red de seda o enguirnaldado con flores». Le atormentaba la gota, «la enfermedad de los ricos», como la describió el conde de Flandes, que también la padecía.

La boda de Lionel de Inglaterra y Violante Visconti se celebraría en Milán, metrópoli de Lombardía y rival no marinera de Venecia y Génova. Había dominado el norte de Italia, durante un millar de años, como centro del comercio transalpino. Sus maravillas, contadas por un fraile del siglo anterior, incluían seis mil fuentes de agua potable, trescientos hornos públicos, diez hospitales, el más grande de los cuales albergaba a mil pacientes —dos por cama—, mil quinientos abogados, cuarenta copistas de documentos, diez mil monjes de todas las órdenes y cien fabricantes de las famosas armaduras milanesas. A mediados del siglo XIV se veía sometida a descripciones en las que se deploraba, como es costumbre inmemorial, su decadencia en comparación con el tiempo pasado, más decoroso y sencillo. Se reprochaba la extravagante indumentaria masculina, sobre todo la de procedencia extranjera:

vestidos ceñidos «al estilo español», espuelas tan monstruosas como las de los tártaros, y adornos de perlas a la moda francesa. Se reprochaba el pelo rizado de las mujeres, y los escotes de sus trajes, que enseñaban los pechos. Había tantas prostitutas que, se dijo, bastó que Bernabò las hiciera tributar para mantener las murallas en buen estado de conservación.

Lionel llegó a Milán acompañado no sólo de su séquito, sino de mil quinientos mercenarios de la Compañía Blanca, que se habían pasado del servicio del papa al de los Viscontis. Ochenta damas vestidas del mismo modo —se acostumbraba hacerlo para acrecentar el aparato en las ocasiones solemnes—, con túnicas escarlatas recamadas en oro, mangas blancas y cinturones áureos, y sesenta caballeros y escuderos montados, también con indumentaria uniforme, formaban parte de la comitiva con la que Galeazzo salió a recibirle. Éste, además de la dote de su hija, tan cuantiosa que se tardó dos años en negociarla, pagó diez mil florines mensuales durante cinco meses y medio para hacer frente a los gastos del novio y su séquito.

El asombroso banquete nupcial, dado al aire libre en junio, dejó atónito a todo el mundo. Su propósito evidente fue testimoniar «la generosidad del duque Galeazzo, su entrañable contento por el enlace y lo repleto de sus cofres». Treinta platos dobles de carne y pescado se alternaron con regalos después de cada uno de ellos. Bajo la dirección del hermano de la novia, Gian Galeazzo el joven, de diecisiete años de edad y padre de una niña de dos, los presentes se distribuyeron entre los acompañantes de Lionel de acuerdo con su rango. Consistieron en magníficas cotas de malla, yelmos con plumas y cimeras, armaduras para los caballos, sobrevestes bordadas con gemas, galgos con collares de terciopelo, halcones con campanillas de plata, botellas etiquetadas de vinos selectos, piezas de púrpura y oro, capas orladas de armiño y perlas, setenta y seis corceles, de ellos seis bellísimos, pequeños palafrenes, con gualdrapas de terciopelo verde y borlas carmesíes, seis enormes bridones guarnecidos de terciopelo encarnado con rosetas de oro, y otros dos de excelentísima sangre llamados León y Abad; seis fieros y vigorosos *alaunts* (alanos), perros de guerra, que se empleaban en ocasiones para transportar contra el enemigo calderas de pez ardiendo sujetas al dorso, y doce bueyes de espléndida grosura.

Las carnes y pescados, todos dorados,[*] aparearon lechones con cangrejos, liebres con lucios, un ternero completo con truchas, codornices y perdices asimismo con truchas, patos y grullas con carpas, buey y capones con esturión, ternera y capones con carpas en salsa de limón, pasteles de buey y queso con empanada de anguilas, gelatina de carne y de pescado, galantina de carne con lamprea, lechal asado, caza, pavos reales con col, habas con encurtido de lengua de buey, manjar de leche, cuajo y azúcar con queso, cerezas y otras frutas. La comida sobrante, pudo alimentar, según se contó, que se retiraba de la mesa y que consumía la servidumbre, a un millar de personas. Entre los invitados estaban Petrarca, sentado a la mesa principal, y Froissart y Chaucer. Es dudoso que estos jóvenes desconocidos fueran presentados al laureado y famoso talento italiano.

Jamás la rueda de la fortuna volteó con tanto fragor; jamás la vanagloria sufrió tal quiebra. Cuatro meses después, estando aún en Italia, el duque de Clarence falleció de una «fiebre» no diagnosticada, que motivó, casi de modo natural, la sospecha de envenenamiento; pero, si se considera la alianza influyente que Galeazzo había comprado con desembolsos tan enormes, la causa más probable fue sin duda el efecto retardado de manjares tan exquisitos en el calor del estío lombardo. No tuvo Violante destino más venturoso. Casó a continuación con un sádico medio loco, el marqués de Montferrat, de diecisiete años, dado a estrangular a su servidumbre con sus propias manos. Cuando éste murió violentamente, contrajo matrimonio con uno de sus primos, hijo de Bernabò, que pereció asesinado por el hermano de Violante. La triple viuda abandonó este mundo a los treinta y un años.

Enguerrand de Coucy, doce meses después de la boda descrita, fue enviado por el monarca a otra de mayor importancia política y de esplendidez equiparable. Carlos V había sido más hábil que el rey de Inglaterra en obtener para su hermano Felipe de Borgoña la heredera que el inglés deseaba para su hijo Edmund. Se trataba de Marguerite de Flandes, hija y sucesora de Louis de Male, conde de los flamencos y novio huidizo de Isabella. Eduardo negoció durante cinco años la consecución de su mano y llegando al extremo de ofrecer Calais y ciento setenta mil libras a su padre. Mas se requería una dispensa pontificia, porque los jóvenes en cuestión eran consanguíneos en cuarto grado, como casi todas las parejas reales de Europa. Decidido a mantener separados Inglaterra y Flandes, Carlos se aprovechó de la existencia de un papa francés. Urbano V negó la dispensa a Edmund y Marguerite, y, tras una pausa decorosa, la concedió a Felipe y la muchacha disputada, que estaban emparentados en el mismo grado. La unión de Borgoña y Flandes, tan importante para Francia, llevó en sí el germen de un nacimiento monstruoso, pues creó un Estado que contendería con el francés y proporcionaría la venganza a Inglaterra en el siglo siguiente, en el período más sombrío de la guerra.

El duque de Borgoña, para saciar la pasión de Marguerite por las joyas, mandó buscar en toda Europa diamantes, rubíes y esmeraldas, y compró por once mil libras, como flor de la colección, un collar de perlas a Enguerrand de Coucy.

Tres enormes cofres de objetos preciosos precedieron la llegada de Felipe a Gante para la boda. El duque se desvivió para conquistar a los flamencos y causarles impresión con regalos y fiestas para los nobles y burgueses, cabalgatas, torneos, escolta y recepción de invitados, y libreas confeccionadas a propósito. Su ostentación tuvo fines políticos, como parte del proceso de edificar un estado a fuerza de prestigio. Siempre iba suntuosamente vestido. Usaba un sombrero con plumas de avestruz, faisán y «ave de la India», y otro de cintas de oro y damasco importado de Italia. Siendo hombre de temperamento activo, cazaba durante días enteros, dormía con frecuencia al aire libre en los bosques, jugaba al tenis con vigor y era el viajero más incansable de la época, pues se trasladaba no menos de cien veces al año de un lugar a otro. Muchos de sus viajes eran peregrinaciones, y en ellos llevaba relicario y

rosario. Asistía a misa casi con tanta asiduidad como Carlos V, meditaba a solas como él en un oratorio particular y procuraba que no pasasen inadvertidas sus ofrendas religiosas. Después de su boda, donó a la Virgen de la catedral de Tournai una túnica y un manto de tela de oro, forrados de piel blanca con pintas y con esplendorosos bordados de su blasón y el de su esposa.

La nobleza se congregó en Gante para la boda en séquitos llenos de color y campanillas, sobre caballos de ricas gualdrapas. «Sobre todo, compareció el buen señor de Coucy —escribió Froissart—, que era el más magnífico galardón en una fiesta y sabía perfectamente cómo comportarse, por lo cual el rey le envió». Poco a poco las piezas se ensamblaban en un notable personaje, que sobresalía en conducta y apariencia entre sus pares.

Resultan inexplicables las sumas que los ricos dispendiaban en ocasiones como aquélla en un período desastroso, no tanto por el motivo como en cuanto a los medios. ¿De dónde salía el dinero que permitía tales lujos en medio de la ruina, la decadencia y las menguadas rentas procedentes de los dominios y ciudades despoblados? Por un lado, la moneda no era vulnerable a la plaga como la vida humana. No desaparecía y volvía a la circulación si los bandidos la robaban. En una población disminuida, la cantidad de dinero contante era, proporcionalmente, mucho mayor. Por otro lado, es probable que no se hubiese reducido la capacidad de producir bienes y servicios, a pesar de la peste, porque al principio del siglo había superpoblación. En relación con los ricos supervivientes, tal vez aumentaron los bienes y servicios.

Era costumbre tradicional del príncipe utilizar la ostentación y la pompa para realzar su imagen sobre sus iguales y excitar la admiración y el respeto del populacho. En la segunda mitad del siglo XIV llegó a extremos que parecían desafiar la creciente incertidumbre de la existencia. El consumo se transformó en exceso frenético, en mortaja dorada que cubría la Peste Negra y batallas perdidas, en desesperado deseo de mostrarse afortunado en un tiempo de infortunio acumulativo.

La sensación de que se vivía en tiempo de aflicción se expresó en el arte, insistiendo en el drama y la emoción humanos. Los dolores de la Virgen se hicieron más amargos; en el retablo de Narbona, pintado entonces, se representa desmayada en brazos de sus acompañantes. En otra versión, la del Maestro de Rohan, todo el sufrimiento desconcertado de la humanidad se concentra en el rostro del apóstol Juan, quien, sosteniendo a la Madre desvanecida al pie de la cruz, levanta sus ojos llenos de dolor hacia Dios, como si preguntase «¿Por qué has permitido que esto ocurriera?».

Boccaccio, notando que las sombras se adensaban, abandonó el buen humor y el amor a la vida del *Decamerón*, y escribió una acre sátira de las mujeres, el *Corbaccio*. La protagonista, delicia de sus primeras obras, aparece como una arpía ávida, preocupada sólo de sus vestidos y amantes, pronta a compartir su lujuria con

un criado o un etíope negro. A continuación del Corbaccio, eligió otro tema pesimista, el de la caída de las grandes figuras históricas, que, a consecuencia de su orgullo e imprudencia, fueron de la dicha y el esplendor a la miseria.

«Así son, amigo mío, los tiempos a los que hemos descendido», convino Petrarca en una carta de 1366 dirigida a Boccaccio. La tierra, en su opinión, «tal vez se haya despoblado de hombres verdaderos, pero jamás estuvo más densamente poblada de pecado y criaturas viciosas».

El pesimismo era el tono normal de la Edad Media, porque el hombre consideraba que había nacido condenado y necesitaba la salvación; pero se intensificó. Las especulaciones sobre la aparición del Anticristo se reiteraron en la segunda mitad del siglo. Se creía que había *speculatores*, observadores, que vigilaban las señales del advenimiento de las «postrimerías». El fin se aguardaba con temor y esperanza, pues el Anticristo sufriría la derrota definitiva en el Armagedón, abriendo las puertas del reinado de Cristo y de una nueva edad.

CAPÍTULO 12

LEALTAD DOBLE

Enguerrand, a medida que los hechos se encaminaban a la reanudación de las hostilidades entre Francia e Inglaterra, quedó prendido en las redes de una lealtad doble. No podía empuñar las armas contra su suegro, a quien debía fidelidad por sus dominios ingleses, ni luchar contra su señor natural, el monarca francés.

Carlos V presionaba en el asunto de la soberanía que habían suscitado los señores gascones. Con el fin de preparar una justificación aceptable de la continuación de la contienda, consultó la opinión de eminentes juristas de las universidades de Bolonia, Montpellier, Toulouse y Orléans, que dieron respuestas favorables, como era de esperar. Cubierto por la ley, Carlos convocó al Príncipe Negro en París para que contestara a las quejas que pesaban sobre él. «Mirando con fiereza» a los mensajeros, el príncipe replicó muy a propósito que iría gustoso, «pero os aseguro que será con un casco en la cabeza y acompañado de sesenta mil hombres». Ante ello, Carlos le denunció inmediatamente como vasallo desleal, declaró nulo el Tratado de Brétigny y anunció la guerra en mayo de 1369.

Mientras se producía esta situación, los nobles que tenían tierras de los dos soberanos «se hallaban con las mentes alteradas…, y en especial el señor de Coucy, pues le concernía grandemente». En la embarazosa situación de la doble lealtad a dos monarcas en guerra, el vasallo, según Bonet, debía servir al que hubiese prestado juramento en primer lugar, y enviar un sustituto que luchase al lado del otro. La solución era ingeniosa, pero cara. Eduardo no podía hacer que Coucy luchase contra su señor feudal; pero era patente que sus bienes como conde de Bedford, y posiblemente los de Isabella, serían confiscados si combatía a favor de Francia.

Su primer proyecto fue partir para reclamar una heredad materna, situada allende el Jura, en la parte suiza de Alsacia, que ostentaban sus primos Alberto III y Leopoldo III, duques de Austria. Aunque sus pretensiones se han discutido y las circunstancias resultan confusas, Coucy no alimentaba la menor duda sobre sus derechos. Su sello de 1369 aparece cuartelado con las armas de Austria, de la misma manera que Eduardo había cuartelado su blasón con las de Francia, para denotar sus derechos a tal corona. Sin rostro, y apenas de cinco centímetros de altura, la figurilla del sello tenía una apostura que convenía al altivo lema de los Coucys. A distinción del típico de los nobles, que mostraba un caballero galopando con la espada enarbolada, la figura del de Coucy aparece erguida, cubierta de malla, con la celada baja, austera y rigurosa, sosteniendo con la mano derecha una lanza plantada en el suelo, y con el escudo a la izquierda. Esa imagen, usada pocas veces, implicaba regencia o linaje real, y apareció en aquella época en los blasones de los duques de

Anjou, Berry y Borbón. Con aquella apariencia u otra, en ocasiones con un penacho que llegaba hasta los hombros, la figura, inmóvil y erecta, persistió en los sellos de Coucy durante toda su vida.

Con un pequeño cuerpo de caballeros y hombres de armas picardos, bretones y normandos, Enguerrand penetró en el territorio alsaciano imperial en septiembre de 1369. Por aquel entonces Isabella regresó a Inglaterra con sus hijas, bien para proteger sus rentas, bien porque su madre agonizaba en Windsor, bien por ambas cosas. El fallecimiento de la reina Felipa, en agosto de 1369, tuvo la consecuencia de que Froissart regresase a Francia en busca de mecenas franceses —Coucy sería uno —, y adoptase un punto de vista francés en el desarrollo de su crónica.

En Alsacia, Enguerrand contrató contra los Habsburgos la ayuda del conde de Montbéliard por veintiún mil francos. En un manifiesto a las ciudades de Estrasburgo y Colmar, expresó que no le movía la hostilidad a ellas y expresó lo relativo a su herencia. A continuación sólo resulta evidente, pues la documentación se hace vaga, que su proyecto abortó. Se afirma que los duques de Austria reclutaron un poderoso enemigo de Montbéliard, para inmovilizar sus fuerzas; o que un mensaje urgente de Carlos V reclamó, el 30 de septiembre, los servicios de Coucy en su conflicto con Inglaterra. Obligado a tomar una decisión, debió de convencer de su neutralidad al rey, porque se desvanece en aquel punto y, durante dos años, salvo una simple referencia, la historia no habla de él.

Dicha referencia le sitúa en Praga, donde fechó un documento legal el 14 de enero de 1370, concediendo a su senescal, el canónigo de Robersart, una anualidad de cuarenta marcos deducida de sus rentas inglesas. El viaje a Praga pudo obedecer al intento de lograr que el emperador influyera sobre los Habsburgo en el caso de su herencia. Froissart diría posteriormente que Coucy se había quejado «con frecuencia» de la lesión de sus derechos al emperador, quien los reconoció y, al mismo tiempo, confesó su incapacidad para «obligar a los de Austria, porque en su país eran poderosos y tenía muchos buenos hombres de guerra».

Después de una laguna documental de veintidós meses, Coucy reaparece en Saboya, donde desde noviembre de 1371 colaboró con el Conde Verde en sus luchas contra su inagotable turbamulta de enemigos. Entre 1372 y 1375 los dos pelearon en Italia al servicio del papa contra los Viscontis.

Desde la caída del Imperio romano, el poder había abandonado Italia, imponiendo un caos político en un país de gran riqueza cultural. Sus ciudades prosperaban en el arte y el comercio, su agricultura disponía de mayores adelantos que en otros lugares, y sus banqueros habían acumulado capital y monopolizado las finanzas europeas; pero la lucha incesante de las facciones y la contienda desgarradora del papado y el Imperio, los güelfos y gibelinos, introdujeron la edad de los déspotas, fruto del anhelo de orden. Las ciudades-Estado, antaño progenitoras de la autonomía republicana,

sucumbieron a los Can Grandes, Malatestas y Viscontis, que gobernaban con la fuerza, no con el prestigio. Sierva de los tiranos —excepto en Venecia, que conservaba su oligarquía independiente, y en Florencia, con su Señoría—, fue comparada por Dante a una esclava y un burdel. Nadie hablaba más de unidad y de nacionalidad, y tenía menos, que los italianos.

Los *condottieri* foráneos asentaron el pie con facilidad en la península itálica gracias, en parte, a esta situación. No estaban ligados por lealtades, les atraía la ganancia y no la fidelidad, atizaban las guerras y las prolongaban cuanto podían, mientras las poblaciones indefensas sufrían los efectos. Los mercaderes y peregrinos habían de alquilar escoltas. Las puertas de las ciudades se cerraban al anochecer. El prior de un monasterio cercano a Siena llevó dos o tres veces en un año sus posesiones al amparo de sus murallas «por miedo a estas compañías». Un comerciante florentino pasó por una aldea montañesa, donde los bandidos le asaltaron, y por más que gritó, ningún aldeano se atrevió a socorrerle, a pesar de que todos le oyeron.

Sin embargo, la vida posee la misma tenacidad que las hierbas y sigue su curso, a pesar de que los asaltos y la ilegalidad hagan su agosto en los caminos. Las grandes repúblicas marineras de Venecia y Génova seguían trayendo a Europa cargamentos del Oriente, la red italiana de banca y crédito vibraba de negocios invisibles, y los tejedores florentinos, los armeros milaneses y los sopladores venecianos de cristal continuaban trabajando bajo tejados encarnados.

A mediados del siglo XIV, el hecho político central de Italia era el desesperado esfuerzo del papa aviñonés por retener los estados pontificios. Era imposible gobernar desde el extranjero aquella amplia banda del territorio central de la península. El intento se resolvía en una cadena de guerras feroces, sangre y mortandad, impuestos abrumadores, administradores forasteros odiados y hostilidad creciente al papado en la tierra que lo había visto nacer.

Fue inevitable que el propósito de reconquistar los estados pontificios chocase con la expansión de Milán bajo los Viscontis, quienes se habían apoderado de Bolonia, feudo del papa, en 1350, y amenazaban con convertirse en el poder dominante en Italia. Cuando las tropas del sumo pontífice lograron reconquistar Bolonia, Bernabò Visconti, en un épico arranque de rabia, obligó a un sacerdote a pronunciar el anatema contra el papa desde lo alto de una torre. Rechazando, al propio tiempo, la autoridad pontificia, forzó al arzobispo de Milán a arrodillarse ante él, prohibió que sus súbditos pagasen diezmos a la Iglesia, solicitaran indulgencias, o tuvieran cualquier trato con la curia, se negó a aceptar a quienes habían recibido beneficios papales en sus dominios, y rompió y pisoteó las misivas de Aviñón. Cuando hizo oídos sordos a las órdenes aviñonesas de que se presentara para escuchar su condena por su libertinaje, crueldades y «odio diabólico» a la Iglesia, Urbano V le excomulgó por herético en 1363 y, en uno de los gestos más fútiles del siglo, predicó una cruzada contra él. Los italianos, enemigos del pontificado de

Aviñón por su mundanería, rapacidad y su misma existencia en la esfera francesa, le consideraban instrumento de Francia y no le prestaron atención.

Urbano, llamado Guillaume de Grimoard en el siglo, descendía de nobles de Languedoc. Era sinceramente devoto, un antiguo monje benedictino que ansiaba restaurar la fe en la Iglesia y resucitar el prestigio del sumo pontífice. Redujo mucho los beneficios, elevó el nivel de la educación de los sacerdotes, atacó con enérgicas medidas la usura, la simonía y el concubinato de los eclesiásticos, prohibió en la curia el uso de zapatos puntiagudos y no se hizo querer por el colegio cardenalicio. No era cardenal, sino abad de Saint-Victor de Marsella en el momento de su elección. Su encumbramiento sobre los príncipes de la Iglesia, incluido el ambicioso Talleyrand de Périgord, se debió sólo a la incapacidad de los cardenales para designar a uno de su número; la gente atribuyó a la inspiración divina aquel desvío de la costumbre establecida. Según Petrarca, insistiendo en su tema predilecto, únicamente el Espíritu Santo pudo conseguir que hombres como ellos refrenaran sus rivalidades y ambiciones, y abrieran camino a un papa que devolvería el pontificado a Roma.

Precisamente era lo que Urbano se proponía hacer así que dominara con firmeza el patrimonio de san Pedro. Entre los devotos de todos los países, el afán de regresar a Roma expresaba el deseo de los fieles de que la Iglesia se purificase. El papa compartía aquel sentimiento. Comprendía que el regreso significaba el único modo de dirigir su parte temporal, y asimismo que era necesario poner fin a lo que el resto de Europa consideraba su vasallaje a Francia. Resultaba evidente que cuanto más tiempo estuviera el papado en Aviñón, tanto más se debilitaría su autoridad y menor sería su prestigio en Italia e Inglaterra. A pesar de la enérgica oposición de los cardenales, y la resistencia del monarca francés, Urbano estaba decidido a volver a Roma.

En Italia, Bernabò no era el único enemigo del clero. Francesco Ordelaffi, déspota de Forlì, respondió a la excomunión haciendo quemar en la plaza del mercado efigies de paja de los cardenales. Incluso Florencia, aliada inconstante del pontificado para resistir a Milán, tenía espíritu anticlerical y antipapal. El cronista florentino Franco Sacchetti justificó la rabiosa mutilación de un sacerdote por obra de Ordelaffi, basándose en que no la había motivado el pecado de la codicia, y agregó que sería bueno para la sociedad que se tratase a todos los sacerdotes de la misma forma.

ALPES
N
Milano
Chambéry
Paso del Mont-Cenis
SABOYA
Turín
LOMBARDÍA
Milán
PIAMONTE
Pavía
Asti
Saluzzo
Montichiari
Verona
Vicenza
Mantua
Venecia
Padua
Savona
Génova
Po
a Marsella
Módena
Ferrara
Bolonia
Sena
ROMAGNA
Ravena
Lucca
Pisa
Florencia
Cesena
Liorna
Arno
LAS MARCAS
TOSCANA
Siena
Arezzo
Ancona
Perusa
CÓRCEGA
ESTADOS
PONTIFICIOS
MAR ADRIÁTICO
Tíber
Roma
APENINOS
Agnani
Fondi
CERDEÑA
Nápoles
Barletta
MAR
TIRRENO
Bari
R. DE
NÁPOLES
Tarento
Brindisi
Palermo
CALABRIA
Mesina
Túnez
SICILIA
Catania
Kilómetros
0
75
150
Mahdía
MALTA
ITALIA
EN 1360

En Inglaterra se sentenciaba: «El papa se ha hecho francés y Jesús inglés», porque sus naturales se resentían cada vez más de que el pontífice nombrase extranjeros para los beneficios ingleses, lo cual implicaba la fuga de la riqueza patria a otras tierras. Su creciente ánimo de independencia los conducía, sin que se dieran cuenta, a una Iglesia anglicana.

Urbano, en abril de 1367, cumplió el gran cambio. Se hizo a la vela en Marsella en medio de los gemidos de los cardenales, a quienes se presenta chillando a pleno pulmón: «¡Oh, papa perverso! ¡Oh, hermano sin Dios! ¿Adónde arrastra a sus hijos?», como si los llevara al exilio en vez de volverlos de él. Reacios a abandonar los lujos de Aviñón por la inseguridad y la decadencia de Roma, sólo le acompañó al pronto uno de cada cinco cardenales. La mayor parte de la colosal estructura administrativa siguió en Aviñón.

El pontífice tocó tierra ante todo en Liorna, donde Giovanni Agnello, dux de Pisa, gobernante «odioso y dominante», le recibió con la escolta de John Hawkwood y un millar de sus soldados, cubiertos de rutilantes armaduras. Urbano tembló al verlos y se negó a desembarcar. No era buen augurio para su regreso a la Ciudad Eterna.

El espíritu maligno del siglo XIV rigió su vuelta. El papa no logró entrar en la capital de la cristiandad hasta que hubo reunido un ejército y un cortejo imponente de nobles italianos. Roma estaba desastrada. Dependiente de los inmensos negocios de la corte pontificia, carecía de comercio próspero como Florencia, o Venecia. Falta del papado, se había hundido en la pobreza y el desorden crónico; su población de cincuenta mil almas, antes de la Peste Negra, se había reducido a veinte mil; se robaban las piedras de los monumentos clásicos, que había derruido el terremoto o la incuria; el ganado se recogía en iglesias abandonadas y las calles estaban llenas de charcos verdosos y sembradas de basuras. Carecía de poetas como Dante y Petrarca, de «doctor invencible» como Ockham, de universidad como París y Bolonia, y de florecientes estudios de pintura y escultura. No tenía una figura santa tan notable como Brígida de Suecia, amable y dulce con todas las criaturas, pero censora apasionada de la corrupción de la jerarquía.

Hubo un momento de optimismo cuando, en 1368, llegó el emperador a Lombardía a hacer causa común con el pontífice contra los Viscontis. Pero el resultado fue parvo, y las enemistades y rivalidades continuaron. En 1369 pareció casi palparse la antigua meta de la unión con la Iglesia oriental, cuando el bizantino Juan V Paleólogo se presentó a Urbano en una magnífica ceremonia en el templo de San Pedro. Esperaba obtener la ayuda occidental contra los turcos a cambio de su vuelta a la Iglesia romana; pero este proyecto fracasó también, porque las denominaciones interesadas no se pusieron de acuerdo en detalles del rito.

Urbano llegó a hurtadillas a Aviñón en septiembre de 1370, trastornado por una sublevación en los estados pontificios, amenazado por las tropas que Bernabò acumulaba en Toscana, y derrotado y desilusionado. Brígida de Suecia predijo en la

Roma abandonada su muerte inminente por haber traicionado a la Madre de las Iglesias. En efecto, falleció dos meses después a consecuencia de una enfermedad ignorada, como el rey Juan. Quizá se llamase desesperación.

Los cardenales, en la elección de su sucesor, quisieron tener garantías de seguridad y votaron a un francés por los cuatro costados: el cardenal Pierre-Roger de Beaufort, que se entronizó con el nombre de Gregorio XI. Era un hombre piadoso y modesto de cuarenta y un años. Sufría una dolencia debilitadora que le «causaba mucho dolor», por lo cual se creyó que no tendría ánimos para enfrentarse con los peligros de Roma. Aunque era sobrino del soberbio Clemente VI, que le había hecho cardenal a los diecinueve años, Gregorio no compartía las actitudes señoriales de su tío, ni su prestigio, ni cualquier rasgo visible de carácter enérgico. No obstante, los cardenales habían olvidado los efectos transformadores de los cargos supremos.

Gregorio, una vez entronizado, sintió como su predecesor la llamada de Roma en los gritos de los religiosos y en la necesidad de salir de Aviñón para devolver el papado a su cuna. Hubiera preferido la vida apacible, conveniente a su carácter desganado e indeciso, pero como sumo pontífice tenía una misión. No obstante, no podía trasladarse a Italia hasta que los estados pontificios se hallasen a salvo de los Viscontis. Urbano había organizado una liga con varias potencias para que declarasen la guerra a Milán y Gregorio la heredó. En 1371, cuando Bernabò se apoderó de otros feudos de la Santa Sede, se vio obligado a actuar.

En el mismo año, Amadeo de Saboya, el Conde Verde, entró en Piamonte, cuyo territorio estaba contiguo al de Milán, para luchar contra uno de sus vasallos. Le acompañaba su primo Enguerrand de Coucy, al que había nombrado su lugarteniente en tierras piamontesas.

Enguerrand cruzó los Alpes nevados, con cien lanzas, entre noviembre y marzo del invierno de 1371-1372. Considerados intransitables en el siglo XX, durante la estación invernal, los viajeros medievales salvaban sus pasos en cualquier fecha del año bajo la guía de montañeses saboyanos. Los monjes de las hospederías y los lugareños, exentos de tributos por tal razón, marcaban los senderos y tendían cuerdas en las cimas. Dirigían las recuas de acémilas y arrastraban a los caminantes en la *ramasse*, tosco lecho de ramas cuyos extremos se ligaban con una cuerda. Los viajeros llevaban anteojos contra la nieve, o sombreros y capuchas cortados como máscaras sobre el rostro. La comitiva de un cardenal, con ciento veinte caballos, los cruzó en noviembre. La nieve helada fusionó los párpados de los animales. Los guías recogían en primavera los cadáveres de las personas sorprendidas por una tempestad, o que no habían llegado al hospicio antes de que la noche cerrase.

Los condes de Saboya dominaban los puertos con gran efectividad desde su nido transalpino. Amadeo VI, el Conde Verde, era príncipe emprendedor y de férrea voluntad. Su padre y la abuela materna de Coucy habían sido hermanos. Amadeo, el decimoséptimo de su dinastía, cuñado de la reina de Francia, fundador de dos órdenes de caballería y jefe de la cruzada que había expulsado a los turcos de Gallípoli en

1365 y devuelto el trono al emperador de Bizancio, despreciaba a los mercenarios por «bribones» y «desdeñables», lo cual no obstaba a que los contratase. Llegado el caso, no vacilaba en sobornarlos para que rompiesen sus compromisos anteriores. Con destino a las operaciones en Piamonte contra el marqués de Saluzzo, alquiló en 1371 al temido y brutal Anachino Baumgarten, al que obedecía una compañía germanohúngara de mil doscientas lanzas, seiscientos *briganti* y trescientos arqueros. A la vista de aquella amenaza, Saluzzo recurrió al apoyo de Bernabò Visconti, quien le envió refuerzos.

En este punto Coucy entró en Piamonte como jefe de la campaña saboyana. Según la costumbre, «devastó» el territorio de Saluzzo y solicitó más hombres a Amadeo para despojar al país con mayor eficacia. Esta táctica, cuyo fin era lograr la rendición, tuvo éxito rápido. La conquista de tres ciudades y el asedio de una cuarta provocó la contraofensiva de Bernabò en favor de su aliado. Amadeo reaccionó incorporándose a la liga pontificia contra los Viscontis, con grave disgusto de su hermana Blanca, casada con Galeazzo. El papa le nombró capitán general de las fuerzas aliadas en la Lombardía occidental, en reconocimiento de las mil lanzas que Amadeo prometió alquilar de su propio peculio.

Las partes combatientes estaban relacionadas intrincadamente, de modo mucho más importante para ellas que para la posteridad. Vinculados con lazos de vasallaje, conyugales o tratados, los beligerantes entraban y salían de sus alianzas y enemistades como piezas comprometidas en un juego gigantesco, lo que tal vez explique la naturaleza extrañamente insustancial de la lucha. La guerra se complicó más con el empleo de mercenarios, que, no sintiendo lealtad a nadie, cambiaban de bando con más facilidad aún que sus contratadores. El señor de Mantua empezó como miembro de la liga y abandonó al papa para apoyar a Bernabò. John Hawkwood, a quien pagaba éste, le dejó para sumarse a los coaligados. El marqués de Montferrat, a quien Galeazzo sitió con rigor, se casó más tarde con su hija, la viuda Violante. Amadeo y Galeazzo, enemigos a disgusto y unidos por su amor común a Blanca, se consideraban más amenazados por Bernabò que el uno por el otro, y llegaron al fin a un entendimiento privado. La guerra que retuvo a Enguerrand de Coucy durante dos años en Lombardía era un nido de víboras lleno de fragmentos agitados.

En Asti, foco de la campaña saboyana, Coucy se encontró en agosto de 1372 frente a la Compañía Blanca de John Hawkwood, entonces a sueldo de los Viscontis. Cada hombre de Hawkwood, describe Villani, tenía a su servicio uno o dos pajes, que pulían tanto su armadura que «brillaba como un espejo y les daba una apariencia aún más aterradora». Los pajes retenían los caballos durante los combates, mientras los jinetes peleaban a pie en un cuerpo compacto y redondo, en el que dos hombres sostenían una sola lanza a baja altura. «Avanzaban despacio contra el enemigo, con temerosos gritos, y era muy difícil romper su formación o disgregarlos». No obstante, añade Villani, se portaban mejor en las incursiones nocturnas a los pueblos, y sus

victorias «se debían más a la cobardía de los nuestros» que al valor o la entereza moral de la compañía.

Galeazzo, a quien atormentaba la gota y desagradaban los enfrentamientos personales, había enviado a su hijo de veintiún años como jefe nominal del asedio de Asti. Llamado conde de Vertu, título adquirido en su matrimonio infantil con Isabelle de Francia, Gian Galeazzo era alto y bien proporcionado, y tenía el pelo rojizo y las bellas facciones de su padre. No obstante, la mayor parte de los observadores hacían resaltar más sus cualidades intelectuales que las físicas. Único hijo varón de padres amantísimos, educado en el arte de la política y bisoño en la guerra, el joven Visconti, que tenía ya tres descendientes, llevaba dos guardianes, a quienes sus progenitores habían ordenado que le salvasen de la muerte o el cautiverio, lo que, comentaron, «era frecuente en los hechos bélicos». Cumpliendo con exceso su deber, los guardianes impidieron que Hawkwood llevara a cabo su propósito de atacar de frente, lo que exasperó al mercenario hasta el punto de que levantó sus tiendas y abandonó el campo. A consecuencia de ello, los saboyanos pudieron liberar la ciudad. Bernabò castigó a Hawkwood restándole la mitad de la paga, y el defraudado se pasó a las fuerzas pontificias. Poco más tarde, Baumgarten, a sueldo de Saboya, desertó a los Viscontis.

El triunfo de Asti no fue una victoria sonada, pero abrió a los saboyanos el camino hacia Milán. Gian Galeazzo, que volvió sin gloria de su primera acción militar, regresó a Pavía a tiempo de asistir a la muerte de su esposa Isabelle de Francia, de veintitrés años. Murió al nacer su cuarto hijo, que la sobrevivió sólo siete meses.

La intervención de Enguerrand en Asti, sobre la que no hay documentación, debió de ser notable y quizá decisiva en algún sentido, por cuanto el papa autorizó inmediatamente a su legado, el cardenal de Saint-Eustache, «a contratar y convenir tratados, alianzas y acuerdos con Enguerrand, señor de Coucy, en representación de la Iglesia», con el objeto de encargarle el mando de las fuerzas pontificias que el cardenal llevaba a Lombardía. Se autorizó un primer pago a Coucy de cinco mil ochocientos noventa y tres florines a través de un banquero de Florencia, «para que lo recibiese en mano propia», con la condición de que, si no respetaba estrictamente las cláusulas de su contrato con el cardenal, tendría que reembolsar al tesoro de la Iglesia la cantidad de seis mil florines.

A veinte florines mensuales por lanza, sueldo corriente de los mercenarios, la suma indica que la fuerza asignada a Enguerrand debió de ascender a trescientas lanzas, en vez del millar que el pontífice había prometido en un principio. Aquel número de hombres respondía en los contratos de la época a una compañía normal, cuyo contingente iba de sesenta o setenta a mil lanzas, consistente cada una en tres hombres montados, más arqueros a caballo, peones y servidores.

El papa nombró a Coucy oficialmente, en diciembre, capitán general de la compañía que operaba en Lombardía contra los «hijos de la condenación». El cargo

denota la impaciencia de Gregorio ante la conducta de Amadeo, que había aceptado avanzar hacia Milán desde el oeste, pero que seguía en Piamonte, defendiendo su propio territorio contra las tropas de los Viscontis. La misión de Coucy consistía en enlazar con Hawkwood, entonces al servicio del sumo pontífice. Se había retirado a Bolonia al cambiar de bando, y marchaba hacia el occidente con el fin de cumplir el ansiado cerco de Milán. Coucy tenía que ir con él hasta establecer contacto con Amadeo, con lo que culminaría el movimiento envolvente.

Amadeo entró por fin, en febrero de 1373, en el territorio milanés, después de haber acordado un pacto de neutralidad con Galeazzo. Blanca intervino, a todas luces, activamente para acabar con una desdichada situación familiar, en la que las tierras de su marido sufrían los estragos ordenados por su hermano. En su acuerdo Amadeo prometió no molestar a Galeazzo, siempre y cuando éste no ayudara a Bernabò. Así Galeazzo se salió a medias del conflicto, dejando a su cuñado en libertad para atacar a Bernabò sin que le molestaran por la retaguardia.

En enero de 1373 Coucy se había unido a Hawkwood en algún lugar al este de Parma, desde el cual siguieron progresando hacia Milán. El 26 de febrero, cuando estaban próximos al objetivo, el papa, en una asombrosa mutación, ordenó a Coucy que proporcionase un salvoconducto a los hermanos Viscontis para que apareciesen en Aviñón antes de fines de marzo.

Gregorio había caído en la trampa de un ofrecimiento de negociaciones, que Bernabò había ingeniado para tener tiempo de juntar tropas. El pontífice, que se regocijaba de la sumisión inesperada de sus enemigos, escribió a Coucy elogiándole por actuar «con bravura y energía para que prosperen los intereses de la Iglesia en Italia», y agradeciéndole algo tan infrecuente, su «lealtad incompartida». Dos días después, al descubrir el engaño de los Viscontis, el papa expresó su dolor y asombro de que Coucy hubiese «mantenido conversaciones de paz con los enemigos de la Iglesia». Le ordenó que no escuchara más proposiciones de aquel género, y que llevara a cabo su cometido en la seguridad de que el pontífice estaba resuelto a «jamás negociar». Gregorio, en cartas a todos sus colaboradores, les pedía una actividad más enérgica para que se verificase el enlace de las fuerzas.

Coucy y Hawkwood cruzaron el Po en abril y llegaron a la población de Montichiari, emplazada en las colinas, a unos sesenta y cuatro kilómetros al este de Milán. Mientras tanto, Amadeo había ceñido esta ciudad por el norte, y tras una larga pausa, atribuida a que los agentes de Bernabò envenenaron sus víveres, avanzó hasta un punto que distaba ochenta kilómetros de Coucy y Hawkwood. Allí hizo alto, por lo visto con el fin de preparar su defensa contra las mil lanzas, al mando del yerno de Bernabò, el duque de Baviera, que avanzaban contra él.

Bernabò había construido diques en el río Oglio, entre los dos brazos del ejército pontificio, y podía abrirlos para inundar el llano e impedir el paso del enemigo. Pidió refuerzos a Galeazzo con el propósito de contener el movimiento envolvente y «pagar con la misma moneda» al señor de Coucy y Giovanni Acuto, como los italianos

llamaban a Hawkwood. Galeazzo consideró que el compromiso de no guerrear contra su cuñado no le eximía de pelear contra el otro brazo del ejército, el de Enguerrand y el *condottiero*. Despachó a su hijo con una hueste de lombardos y los mercenarios de Baumgarten, en total más de mil lanzas, sin contar a los arqueros y numerosos infantes. Gian Galeazzo, a quien el señor de Mantua informó del número de enemigos y el camino que seguían, avanzó confiando en su superioridad numérica.

La fuerza pontificia de Montichiari constaba de seiscientas lanzas, setecientos arqueros y algunos *provisionati*, o peones labradores, reunidos apresuradamente. Se refiere que Coucy, al ver que su número era tan inferior, entregó el bastón de mando a Hawkwood, de mayor experiencia y conocimiento de la guerra en Italia; pero el curso de los acontecimientos manifiesta algo bastante distinto: se lanzó al ataque con la *furia francesca* (furia francesa) por la que se habían hecho famosos sus compatriotas. Los adversarios chocaron y «se confundieron tanto unos con otros que maravillaba contemplarlo». Coucy hubiera sido abrumado de no mediar Hawkwood, quien, según Froissart, «fue en su auxilio con quinientos soldados, porque el señor de Coucy estaba casado con la hija del rey de Inglaterra y no por otra razón». Consiguieron retirarse, aunque con graves pérdidas, a la cima de una colina, mientras los mercenarios de los Viscontis, persuadidos de que habían triunfado, se dispersaron como de costumbre en busca de botín. Los hombres de las compañías planteaban siempre problemas de disciplina. Gian Galeazzo era inexperto y Baumgarten no se opuso o no estaba presente. Las versiones de la batalla no le mencionan.

Coucy y Hawkwood aprovecharon la ocasión para reunir sus fuerzas maltrechas y cargaron contra Gian Galeazzo. Desmontado, con la lanza arrancada de la mano y el yelmo de la cabeza, le salvó sólo la valentía con que pugnaron los milaneses, cubriendo su huida del campo; pero fueron derrotados antes de que los mercenarios pudieran congregarse. En un cambio tan asombroso como un Poitiers en miniatura, el ejército papal, muy inferior, se impuso. Se apoderó de las banderas de los Viscontis y de doscientos combatientes, entre ellos treinta nobles lombardos de alto rango, que prometían sustanciosos rescates. El papa declaró que la victoria era un milagro, y su eco, que llegó pronto a Francia, cubrió a Coucy de fama repentina. En el pequeño mundo de la época, la celebridad se lograba fácilmente; más importancia tuvo lo que aprendió. Enguerrand jamás cedió en adelante al impulsivo e imprudente modo de atacar favorito de la caballería francesa.

Desde el punto de vista militar, Montichiari apenas tuvo consecuencias. No consiguió la unión con el Conde Verde, porque la tropa de Coucy-Hawkwood, ensangrentada y diezmada, consideró temerario intentar abrirse paso y se retiró a Bolonia, con grave desencanto del sumo pontífice. Insistió éste en que se efectuase el enlace con Saboya para aplastar a Bernabò, el «hijo de Belial». Prometió a Hawkwood que pronto le pagaría los sueldos atrasados, y abrumó a Coucy de cumplidos por «su buen juicio, leal y acertado, notable honradez y notoria prudencia». Reconociendo «con la prueba de la experiencia vuestra gran decisión y

cautela», el papa renovó su cargo de capitán general en junio. Hawkwood, cuya compañía era el principal sostén del ejército, no tenía la debilidad de actuar sin cobrar, y sus hombres se mostraban levantiscos. En su paso por Mantua hicieron objeto a los ciudadanos de múltiples robos y vejaciones, y el señor de la ciudad se quejó al papa, quien suplicó a Enguerrand que refrenara «las fuerzas de la Iglesia». Comenzaba a evidenciarse el peligro, sino la ironía, de emplear bandoleros en la restauración de la autoridad pontificia.

El conde de Saboya, en un duro combate, logró forzar un estrecho paso y se unió a Coucy y Hawkwood en Bolonia, desde donde partieron juntos hacia el oeste en julio. Los mercenarios provocaron en Módena la furia de los pobladores, y el papa, casi llorando, rogó a Coucy que impusiera la disciplina, tanto más cuanto que Módena pertenecía a la liga. Las tropas del papado sitiaron Piacenza en agosto de 1373; pero la empresa fracasó cuando Amadeo cayó enfermo. Desde aquel momento la ofensiva se eclipsó por culpa de las riadas que provocaron las intensas lluvias, los ataques de la gente de Bernabò y la falta de entusiasmo.

Coucy, jefe de una hueste totalmente desorganizada y en situación comprometida, pensó que la causa del papa estaba perdida. Con el pretexto de que hacía mucho tiempo que no estaba con su esposa e hijas, y que debía atender a los asuntos de sus dominios en su patria, también martirizada por la guerra, pidió licencia para regresar a Francia. Gregorio se la concedió el 23 de enero de 1374, con renovados elogios de su fidelidad, entrega, decisión, «gran honradez» y otras virtudes «que os otorgó el Todopoderoso». Teniendo en cuenta que, en realidad, Coucy desertaba, las abrumadoras alabanzas quizá pretendían compensar la falta de dinero, pues el tesoro pontificio no le pagó el que le adeudaba hasta muchos años después.

Acaso pesara en su decisión de marcharse la reaparición, en 1373-1374, de la Peste Negra en Italia y el sur de Francia. El resurgimiento de la peste agotó poco a poco la actividad bélica de Gregorio. Amadeo, a quien la enfermedad había desanimado, pactó por separado con Galeazzo y abandonó al pontífice una vez quedaron a salvo sus intereses en Piamonte. Por su parte, Galeazzo, temiendo que la política de Bernabò le llevase a la destrucción, estaba dispuesto a apartarse de su hermano, a quien, según los rumores, enfureció tanto su reconciliación con el Conde Verde, que intentó asesinar a su cuñada Blanca por haber mediado. Obligado por de pronto a concertar la paz con el papa, Bernabò se aseguró de que le beneficiasen las condiciones del tratado de junio de 1374, sobornando a los consejeros de la Santa Sede. Las facciones no habían ganado nada en el conflicto, porque ninguna, salvo el papa —que no podía imponer su voluntad—, había luchado por algo fundamental, y la guerra resulta demasiado desagradable y costosa para que aproveche a los contendientes que carecen de motivos básicos.

Gian Galeazzo escarmentó con su segunda derrota, jamás volvió a mandar soldados en una batalla. Su maestría como estadista llevaría el poder de los Viscontis al apogeo. Fue hombre melancólico al que quizá entristeció la imposibilidad de

gobernar sin recurrir a los ardides y la violencia, y al que acibaron las tragedias familiares. Tras la pérdida de su esposa e hijo menor, su primogénito murió a los diez años y su segundón a los trece. Sólo le restó una hija a la que adoraba y que tampoco se libraría de un destino aciago.

Durante la tercera aparición de la pestilencia, el contagio se combatió de manera más efectiva, aunque siguió sin comprenderse. Mientras azotaba Milán, Bernabò ordenó que se sacaran los enfermos al campo para que fallecieran, o se repusieran, en él. Cuantos habían tenido un pariente apestado fueron sometidos a un aislamiento estricto de diez días; los párrocos tenían que examinar a sus feligreses, en busca de los temidos síntomas, e informar a una comisión especial bajo pena de muerte; cualquiera que hubiese llevado la peste a la ciudad era ajusticiado y sus bienes confiscados. Venecia prohibió la entrada a todos los barcos sospechosos, pero, como no pudo vedarla a las pulgas y ratas, las precauciones, a pesar de orientarse en la dirección acertada, no lograron detener los vectores. En Piacenza, donde había concluido la campaña de Coucy, pereció la mitad de la población. La plaga persistió dos años en Pisa, y se aseguró que en ella habían muerto las cuatro quintas partes de los niños. El óbito más sonado, aunque no debido a la pestilencia, fue el de Petrarca: abandonó apaciblemente esta existencia a los setenta años, sentado y con los brazos apoyados en un rimero de libros. Su viejo amigo Boccaccio, agriado y valetudinario, le siguió un año más tarde.

En Renania, libre de la plaga, se desencadenó una manifestación de histerismo que se expresaba como una manía danzadora. Se ignora si se originó del misterio y el abandono a que obligaron las grandes crecidas del Rin en aquel año, o si fue el síntoma espontáneo de las perturbaciones de la época; pero los sujetos a ella no dudaron de que el demonio los había poseído. Formaban corros en las calles e iglesias, bailaban horas enteras con saltos y gritos, llamaban a los diablos por su nombre para que cesaran de atormentarlos, o vociferaban que tenían visiones de Cristo, la Virgen y los cielos abiertos. Caían agotados al suelo y rodaban por él, con resuellos propios de agonizantes. La manía se extendió a Holanda y Flandes. Los danzantes aparecían con guirnaldas en el pelo y se trasladaban de un lugar a otro en grupos, como los flagelantes. Los más eran pobres: campesinos, artesanos, sirvientes y mendigos, con predominio de mujeres, en especial de las solteras. A menudo el baile acababa en orgía, pero la preocupación dominante consistía en exorcizar los demonios. En las aflicciones extremas del período, la gente percibía una presencia demoníaca, y en sus mentes nada denotaba más la labor de Satanás en la sociedad que la moda de los zapatos puntiagudos, que tantas veces había oído condenar en los sermones. La sombra de locura que contenía calzado tan molesto y frívolo, se convertía en la marca del diablo en el espíritu del vulgo.

La hostilidad al clero caracterizó a los danzantes, igual que a los flagelantes. Los

sacerdotes, en su ansiedad de atajar una chifladura que los amenazaba, ejecutaron públicamente todos los exorcismos que pudieron, y así compartieron la presencia de los demonios. Se celebraron procesiones y misas a favor de los afectados. El frenesí se calmó en un año, pero reaparecería de tarde en tarde en los dos siglos siguientes. Fuese cual fuere su causa, testimonió una sumisión creciente a lo sobrenatural, de lo que el papa tomó buena nota. Anunció en agosto de 1374 el derecho de la Inquisición a intervenir en los juicios por brujería, hasta entonces considerada un crimen civil. Gregorio sostuvo que entraba dentro de la jurisdicción eclesiástica, porque recibía ayuda de los diablos.

Coucy, al regresar, halló a su patria poseedora de la superioridad bélica por primera vez en treinta años. Francia tenía entonces un monarca que, si no sobresalía en lo militar, era un jefe decidido, con una meta bien definida: la recuperación de los territorios cedidos. Durante la ausencia de Coucy en Italia, Inglaterra había perdido la mayor parte de sus adquisiciones territoriales, y a tres de sus soldados más grandes: *sir* John Chandos, el *captal* de Buch y el Príncipe Negro. Si hubiera estado presente y activo durante este período de recuperación de su país, en lugar de encontrarse neutralizado por su matrimonio inglés, Enguerrand tal vez hubiera desempeñado la función destacada que correspondió a Du Guesclin. Carlos V, que se dedicaba con constancia a ganar el apoyo de los grandes barones de quienes dependía, llevó a cabo un intento especial para atraerle. El título de señor de Coucy, conforme a una expresión de la época, era para la generalidad «tan alto como el de rey o príncipe».

El soberano llamó inmediatamente a Enguerrand en cuanto llegó, le agasajó y le pidió noticias de la guerra papal. De París Coucy fue a reunirse con su mujer, «y si celebraron con alborozo su encuentro, tuvieron motivos más que suficientes —explicó Froissart—, pues hacía mucho que no se habían visto». En noviembre de 1374, el rey le confirió el notable honor de nombrarle mariscal de Francia, cuya insignia le envió por medio de un caballero portador de la bandera real. Obligado por su doble lealtad, Coucy se sintió inducido a renunciar al bastón. El monarca le asignó una pensión anual de seis mil francos el 4 de agosto del mismo año, de la cual recibió un primer pago de mil en noviembre.

En vez de empañar su nombre, la salida de Coucy de Francia para no intervenir en la guerra, y su constante neutralidad, se tuvieron por el epítome del honor en ambos bandos, y le sirvieron de protección contra los ataques ingleses. Durante la incursión de Knollys en Picardía, en 1370, «la tierra del señor de Coucy estuvo en paz, y ni hombre ni mujer sufrieron pérdidas por insignificantes que fueran si dijeron que pertenecían al señor de Coucy». Cuando les robaban antes de que se identificasen, les recompensaban con el doble de lo perdido. Un francés, el caballero de Chin, se aprovechó anticaballerescamente de ello, llevando un estandarte con las armas de los Coucys durante una furiosa escaramuza en Picardía en 1373. La aparición de la bandera sorprendió mucho a los ingleses, que dijeron: «¿Cómo envía el señor de Coucy a sus hombres contra nosotros, cuando debiera ser nuestro

amigo?». Sin embargo, confiaban tanto en su honor que no prestaron crédito a la bandera, ni tomaron represalias en sus tierras, pues no las «quemaron ni asolaron».

La estrategia de Carlos se fundaba en evitar las batallas campales. Llevaba a cabo acciones militares en todos los puntos vulnerables, concentrándose sobre todo en Aquitania. Para recobrar la alianza de Castilla, envió a Du Guesclin a España en 1369 con resultado singular. Don Enrique y don Pedro, cerca de Toledo, «en combate maravilloso por lo grande y fiero», con hachazos tremendos, lucharon cuerpo a cuerpo, «gritando uno y otro», hasta que Pedro fue vencido y apresado. Froissart prefiere la versión «noble», pero, según un cronista español, seguramente mejor informado, la captura se verificó de forma menos honrosa. Sitiado en un castillo, Pedro hizo llegar a Du Guesclin la oferta de seis feudos y doscientas mil doblas de oro si le ponía a salvo, Bertrand fingió que aceptaba, sacó al rey en secreto y lo entregó a Enrique. Al ver a su hermano, el traicionado «echó la mano a su puñal y le hubiera matado sin remedio», si el vigilante caballero francés no le hubiera derribado tirándole de una pierna. Enrique le asesinó entonces con un envite de su daga y se hizo con la corona.

Aquello significó para Francia la valiosa contribución de la potencia naval castellana, y para Inglaterra el miedo renovado a las invasiones, que frenaba sus proyectos ultramarinos. Desde aquel momento menudearon los infortunios sobre los ingleses. El Príncipe Negro enfermó de la disentería contagiosa que abrumaba a los anglogascones, y que, en su caso, por cruel azar, abrió el camino a la hidropesía. Con los miembros hinchados, estaba «tan apesadumbrado por la dolencia que a duras penas conseguía sentarse en su caballo». Se abotargó y debilitó hasta el extremo de que no podía cabalgar y hubo de guardar cama. Para el héroe, hombre de acción de orgullo insoportable, hallarse incapacitado a los treinta y ocho años, a causa de un padecimiento humillante, era enloquecedor, en especial porque se maleaban los asuntos que corrían a su cargo. Se volvió iracundo y malhumorado. La desdicha siguiente aconteció antes de que sus pasiones llegasen a una tensión trágica.

Los nobles franceses, a quienes arrastraba el viento del patriotismo, respondían a la llamada del rey, devolvían los castillos transferidos y recobraban las poblaciones y baluartes situados en los territorios cedidos, formando pequeñas compañías de veinte, cincuenta y cien hombres, armados de pies a cabeza. En unas refriegas a principios de 1370, en Lussac, entre Poitiers y Limoges, John Chandos, senescal de la región, se enfrentó con sus trescientos hombres a los franceses en un puente arqueado que salvaba el río Vienne. Desmontó y se dirigió hacia el enemigo «con la bandera ante él, la tropa a su alrededor, su escudo de armas delante…, y su espada en la mano». Resbaló por culpa del rocío que mojaba el suelo, cayó y un enemigo le hirió por el lado de su ojo tuerto, de suerte que no pudo prevenirse. La espada penetró entre la nariz y la frente, y llegó al cerebro. Se ignora por qué no había bajado su visera. Convertidos en fieras, sus guerreros rechazaron al adversario y, después de los tajos y el derramamiento de sangre, rompieron a llorar con la fácil emoción de los

medievales. Rodearon el cuerpo inerte de su jefe y derramaron lágrimas desconsolados…, se retorcieron las manos y se arrancaron el cabello, gritando: «¡Ay, *sir* John Chandos, flor de la caballería, infortunada sea la espada que así os ha herido y puesto en poder de la muerte!».

El célebre guerrero falleció al día siguiente sin recobrar el conocimiento. Los ingleses de Guyena dijeron que «habían perdido cuanto tenían a aquel lado del mar». Como arquitecto y táctico de las victorias inglesas de Crécy, Poitiers y Nájera, Chandos era el principal capitán inglés y quizá de los dos campos. Los franceses se alborozaron de la desaparición de su enemigo, pero hubo «caballeros nobles y valientes» que pensaron que también los afectaba, y ello por una razón interesante. Chandos fue «tan sabio e imaginativo», y tan amado del rey de Inglaterra, que hubiera encontrado un medio «del cual hubiese resultado la paz entre ambos reinos». Incluso los caballeros anhelaban la tranquilidad.

Pocos meses más tarde, el Príncipe Negro llevó a cabo su último acto bélico. El duque de Anjou, lugarteniente real en Languedoc, y Bertrand Du Guesclin le arrebatan los territorios. Carlos, conforme a su política de negociaciones particulares con ciudades y aristócratas, recuperó Limoges en agosto de 1370. El obispo lemosino, que había prestado juramento de fidelidad al Príncipe Negro, apenas resistió al duque de Berry, lugarteniente en la región central, cuando éste le compró. Los magistrados y ciudadanos de Limoges estuvieron de acuerdo en ello, a cambio de que se les eximiera de tributos durante un decenio. Pusieron la flor de lis sobre las puertas ciudadanas. Berry se fue después de las ceremonias de rigor, dejando una guarnición de cien lanzas, demasiado exigua como no tardó en probarse.

El Príncipe Negro, exasperado por la «traición», se dispuso a dar un escarmiento que cortase nuevas defecciones. Capitaneó desde una litera la numerosa tropa, entre la que iban dos de sus hermanos y los caballeros más excelentes, encargada de conquistar Limoges. Los zapadores minaron las murallas y las aguantaron con postes de madera. Los lienzos de las defensas se desplomaron al prender fuego a los sostenes. Los ingleses entraron por las brechas, interceptaron las salidas y pasaron a los habitantes a cuchillo sin respetar edad ni sexo. La gente, que gritaba aterrorizada, se postró de hinojos al pie de la litera, suplicando al príncipe que se apiadase, pero «estaba tan inflamado de cólera que no prestó atención». Desobedeciendo la orden de no conceder perdón, se apresaron algunos personajes notables y rescatables, entre ellos al obispo, a quien el Príncipe Negro lanzó «una mirada fiera y salvaje», asegurando que le decapitaría. No obstante, cerró un trato con Juan de Gante, y el prelado pudo escapar a Aviñón y relatar la tragedia ocurrida.

Los caballeros asistentes o actores en la carnicería no eran de índole distinta de los que habían llorado tan lastimeramente a Chandos; pero, en el siglo XIV, a la emoción fácil se contraponía la insensibilidad general al dolor y la muerte. Plañieron a Chandos porque era uno de los suyos; las víctimas de Limoges no pertenecían a la caballería. Por otra parte, ¿qué valor tenía la vida, si el cuerpo no era más que

carroña, y la existencia terrena, sólo un alto en el camino de la eternidad?

El castigo se completó con el saqueo y el arrasamiento de las fortificaciones lemosinas. La narración del sangriento suceso recorrió Francia y debilitó sin duda el espíritu de resistencia, aunque solamente de manera temporal; a la larga abonó el odio a los ingleses que llevaría, medio siglo más tarde, a Juana de Arco a Orléans.

La carrera heroica del Príncipe Negro terminó con la sañuda represalia de Limoges. Como la grave enfermedad le impedía gobernar, cedió la administración de Aquitania a Juan de Gante, y, al unísono, sufrió la muerte de su primogénito Eduardo, de seis años de edad. Partió de Burdeos para siempre en enero de 1371, con su esposa y su segundón Ricardo. Una vez en Inglaterra, pasó inválido el sexenio que le restaba de vida.

Teniendo Francia la iniciativa, la estrategia inglesa se decantó a lo negativo. El objeto de la bárbara incursión de Robert Knollys en el septentrión francés, en 1370, fue causar el mayor daño posible para debilitar el esfuerzo bélico del enemigo y desviarlo de Aquitania. Sus soldados pillaban poblaciones y quemaban mieses maduras, pero no lograban tomar plazas fuertes o provocar una batalla campal. Sus caballeros, faltos de rescates y de gloria, fueron desanimándose a medida que se aproximaban a París. A la alarma que causó su presencia se debió el nombramiento de Du Guesclin como condestable en el mes de octubre.

Bertrand había sido hecho prisionero en cuatro ocasiones, lo que parecía revelar temeridad o ineptitud. En realidad, no era un guerrero precipitado y fogoso como Raoul de Coucy, sino cauto, artero y partidario de agotar al enemigo con privaciones y operaciones de desgaste. Así, pues, lo primero que hizo fue pactar personalmente con un formidable paisano suyo, el tuerto Olivier de Clisson, apodado «el Carnicero» por su costumbre de cortar brazos y piernas en los combates. El equipo bretón y sus secuaces hostilizaron y acosaron a Knollys, y cuando su hueste se fragmentó por la defección de los caballeros descontentos, le derrotaron en un combate dado en el Loira inferior. Las fuerzas de Du Guesclin liberaron, palmo a palmo, los territorios transferidos amenazando y luchando en unos sitios, y comprando a los jefes ingleses de posición casi inexpugnable en otros.

Una ventaja crucial se logró en el mar, en junio de 1372, cuando los castellanos vencieron a un convoy inglés en aguas de La Rochela. Los barcos de Inglaterra transportaban a Aquitania hombres, caballos y —más importante aún— veinte mil libras de soldada, suficientes para pagar tres mil soldados durante un año. Los espías informaron de la expedición y Carlos recurrió a su alianza con el rey Enrique. Los galeones castellanos, de doscientas toneladas y ciento ochenta bogadores libres —no criminales encadenados—, eran mucho más marineros que los mercantes ingleses, de velas cuadradas, incapaces de dar bordadas y que sólo navegaban con el viento en popa. Mandaba a los españoles un almirante profesional, Ambrosio Boccanegra, cuyo padre había tenido el mismo cargo con don Pedro, pero, con aguda visión de las mudanzas de la fortuna, había cambiado de parcialidad en el instante oportuno. El

jefe inglés, el conde de Pembroke, de veinticinco años y yerno del rey Eduardo, tenía mala reputación moral y, al parecer, nula experiencia náutica. Al entrar en la bahía sus barcos soportaron el abordaje de los castellanos, que rociaron sus aparejos y cubiertas con aceite, y luego les prendieron fuego con flechas encendidas. Desde las elevadas popas, o «castillos», más altos que los del adversario, apedrearon a los arqueros ingleses. En un combate de dos días, las embarcaciones de Inglaterra se quemaron, deshicieron y hundieron. Entre otros se fue a pique el barco portador del dinero.

Esto último debilitó el dominio inglés en Aquitania, pues dependía del pago de las tropas. La supremacía marina castellana dificultó las comunicaciones con Burdeos y, peor aún, permitió las incursiones de Francia en la costa de Inglaterra. Pensando en ello, Carlos desarrollaba por entonces una base naval y unos astilleros en Rouen, desde donde las embarcaciones más grandes podían remontar el Sena con ayuda de la marea. Antes de que le atacasen en sus posesiones, juró Eduardo, que ya contaba sesenta años, se trasladaría al otro lado del canal de la Mancha «con tantas fuerzas que sería capaz de presentar batalla a todo el poder de Francia».

Allegó otra escuadra con el procedimiento usual de «arrestar» todos los barcos mercantes con sus capitanes y tripulaciones, y se llevó consigo al achacoso Príncipe Negro y a Juan de Gante. Zarpó con muchos hombres a fines de agosto de 1372, dispuesto a desafiar a los castellanos, pero el tiempo le derrotó. Los vientos contrarios, que duraron nueve semanas, rechazaron la flota o la retuvieron en los puertos hasta que la estación hubo avanzado demasiado para arrostrar el mar. El soberano tuvo que renunciar a su proyecto con enormes dispendios en provisiones, equipos, paga y manutención de marineros y soldados, interrupción del comercio naval, pérdidas de los propietarios de las embarcaciones, y, en definitiva, creciente descontento contra la guerra.

La técnica medieval erigía maravillas arquitectónicas de sesenta metros de altura, concebía el funcionamiento de un telar capaz de tejer telas con adornos, e ingeniaba un mecanismo que obligaba al aire impalpable a mover una pesada piedra de molino; sin embargo, no ideó aparejos y botalones que adaptaran las velas a la dirección del viento. Pero la guerra, el comercio y la historia se configuran con tales fallos de la inventiva humana.

El fracaso naval llevó indirectamente al trágico sino del tercer gran soldado inglés, el *captal* de Buch. Mientras la flota de Eduardo daba tumbos a la vista de la costa, los franceses recobraron La Rochela y su territorio, y Buch fue capturado durante los combates. Lo apresó una noche un grupo de desembarco francocastellano al mando de Owen de Gales, protegido de Francia, que afirmaba ser el legítimo príncipe de Gales. Contrariando la costumbre caballeresca, el soberano le encarceló en el Temple de París sin el privilegio de ser rescatado. El hado del *captal* se transformó en el asombro y el desengaño de la caballería.

Importaba a Carlos V más la política que el culto caballeresco. Jamás perdonó la

defección del prisionero tras la batalla de Cocherel, en 1364, cuando el *captal*, respondiendo a la concesión de grandes rentas por el monarca francés, se pasó a su bando y luego desertó. Pertenecía de corazón a su compañero de armas, el Príncipe Negro, y cuando se renovó el conflicto en 1369, se desdijo de su homenaje al rey de Francia, devolvió sus propiedades y se unió a los ingleses. Por consiguiente, Carlos estaba decidido a mantenerle apartado de los acontecimientos.

Eduardo ofreció cambiarlo por tres o cuatro caballeros franceses, cuyos rescates se tasaban en cien mil francos, pero su enemigo se negó a escucharle, a pesar de que el intrépido gascón había salvado a su esposa y su familia en Meaux. Los nobles de Francia pidieron a su rey que no dejara que el bravo caballero muriera en prisión, en la que languidecía; pero Carlos repuso que era un guerrero muy capaz y que, si recobraba la libertad, conquistaría muchas plazas. Por lo tanto, le libertaría sólo en el caso de que se «volviera francés», a lo que el *captal* se negaba. Cuando otro grupo, del que Coucy fue el portavoz, insistió, el soberano meditó un rato y preguntó qué debía hacer. Coucy dijo: «Sire, podríais liberarle si lograseis que jurase no tomar nunca más las armas contra los franceses, y eso os honraría». «Lo haremos así si él accede», afirmó el rey. Pero el flaco y débil gascón contestó que «jamás pronunciaría aquel juramento, aunque hubiera de morir encarcelado». Decidido a no usar la espada y el caballo, y a no ser libre, le dominó el desaliento, no quiso comer ni beber, perdió su vigor y falleció en 1376, a los cuatro años de prisión.

Tras la abortada expedición de Eduardo, los ingleses realizaron otro esfuerzo. Juntaron un nuevo ejército de cuatro o cinco mil hombres, y no los «diez mil» o «quince mil» de los cronistas. Lo capitaneó el duque de Lancaster, sin la compañía de su padre y su hermano mayor, ambos ineptos para la guerra. La hueste arribó a Calais en julio de 1373, con el propósito de acudir en auxilio de Aquitania. Fue la marcha más larga y extraña de la guerra.

Si bien se suponía que buscaba una batalla decisiva, en la que los ingleses solían imponerse, Lancaster no se encaminó directamente al sur, donde hubiera encontrado las fuerzas de Du Guesclin en el camino. Dio un largo rodeo por detrás de París, en una amplia incursión de pillaje que le llevó por Champaña y Borgoña, las alturas centrales de Auvernia y al fin, después de andar cinco meses y casi mil seiscientos kilómetros, a Aquitania. Probablemente la intención de la famosa ofensiva indirecta fue causar estragos como Knollys y distraer a los franceses de una posible invasión de Inglaterra. Tal vez Lancaster quiso sencillamente aprovechar la ocasión para realizar una aventura caballeresca y, al propio tiempo, recoger el botín que compensase los gastos que el Estado no podía cubrir.

Marchando de doce a quince kilómetros diarios en las tres líneas de rigor, el orden más adecuado para explotar el país y cobrar botín, el ejército infligió gran daño con el propósito de provocar, en respuesta de las quejas de los habitantes, el choque con los caballeros de Francia. Pero la táctica fracasó, porque Carlos había prohibido la lucha campal y porque los habitantes se acogieron a las ciudades fortificadas. El

avance de Lancaster se prolongó bajo el frío y las lluvias otoñales. Los víveres escasearon, los caballos murieron de hambre y las incomodidades se convirtieron en penalidades, y las penalidades en privaciones. Los hombres del duque de Borgoña, que iban a su zaga, eliminaban a los retrasados. La resistencia local acrecentó las pérdidas y Du Guesclin, ya en el sur, tendió emboscadas. Noviembre pilló a los ingleses en la ventosa y desnuda meseta de Auvernia. Los caballeros sin montura siguieron adelante a pie, algunos se libraron de su armadura herrumbrosa y se vio a otros, cuando entraron en Aquitania, mendigar un pedazo de pan. La mitad de los hombres y casi todos los caballos habían perecido cuando la hueste llegó a Burdeos en Navidad.

Había bastantes para defender Aquitania, ya reducida a sus límites originales, pero no los suficientes para recobrar lo perdido. En 1374 el Tratado de Brétigny quedó sin vigencia de hecho y de derecho. Inglaterra, descontada Calais, no tenía más posesiones que antes de Crécy. No había forma alguna de que conservase los territorios, pues no poseía los medios financieros para sostener un ejército en el extranjero ni, una vez declarada la guerra, para retener las regiones cedidas cuya población le era hostil. La superioridad militar de nada servía contra un enemigo que rehusaba las batallas decisivas. Eduardo declaró en agosto de 1374 que estaba pronto a concluir una tregua.

Carlos V, con su inteligencia, y Du Guesclin, con sus tácticas heterodoxas, habían creado una estrategia basada en la admisión de sus posibilidades, antítesis directa del combate por el honor, principio central de la caballería. Si los cronistas y panegiristas contemporáneos intentaron transformar a Du Guesclin en el «Décimo de la Fama» y el Perfecto Caballero, y Christine de Pisan, biógrafa de Carlos, se empeñó en elogiar a éste por todo salvo por su verdadera contribución, lo cierto es que las cualidades anticaballerescas de uno y otro sacaron a Francia de la ruina. Carlos había cumplido su fin bélico, pero a costa de que sus dominios se viesen asolados y agotados. Después de algunas dilaciones, consintió en enviar representantes a las conversaciones de paz en Brujas.

CAPÍTULO 13

LA GUERRA DE COUCY

No se llegó a ningún acuerdo en Brujas porque los ingleses estaban empeñados en conservar sus antiguas posesiones francesas, y Carlos V se había determinado a recobrar la soberanía de Guyena cedida en Brétigny. Sus abogados argumentaron que la cesión había sido anulada porque el enemigo violó el sagrado juramento de homenaje. Así pues, el Príncipe Negro y el rey Eduardo eran culpables de una rebelión comparable a la de Lucifer contra Dios. Esto satisfizo la preocupación de Carlos, tan larga como su vida, de atenerse a la legalidad —o legalismo—, pero no impresionó a los ingleses. Para evitar que las conversaciones no llegasen a parte alguna, cuando ya se habían celebrado con grandes gastos y rivalidad en magnificencia por los duques de Borgoña y Lancaster (Borgoña recibía cinco mil francos mensuales de dietas), se acordó un año de tregua que empezaría en junio de 1375, más el compromiso de reanudar las negociaciones en noviembre.

Sin empleo por culpa de la tregua, las compañías se consagraron a robar a la gente que habían liberado. Hacía más de un año, en enero de 1374, que el gobierno real había intentado someterlas a su autoridad con una ordenanza. Proponía ésta un sistema de compañías a sueldo fijo bajo capitanes designados por el soberano, los cuales se comprometían a evitar el pillaje y eran responsables, bajo penas prefijadas, de la conducta de sus hombres. Se trató de un esfuerzo bienintencionado, pero las compañías francas formaban parte demasiado sólida del sistema militar para que se las desarraigase o domeñase. Prosiguieron sus actos de bandolerismo.

«Muy turbado» por la situación, el rey pidió parecer a sus consejeros. «Pensaron en el señor de Coucy». Sería el nuevo Flautista que se llevase a los bandidos a una guerra extranjera, una propia.

Se conocía su pleito con los duques de Austria y su decisión de resolverlo. Con ello serviría a Francia, porque las circunstancias no le ligaban a Inglaterra. Bureau de la Rivière y Jean le Mercier, chambelán y tesorero reales, se comprometieron, si tomaba a su servicio las compañías de veinticinco capitanes de distintas partes de Francia, y las conducía contra los duques de Habsburgo, al entregarle de parte del rey sesenta mil libras para pagarlas y hacer frente a los gastos. En especial había de llevarse a los curtidos bretones, seguidores de Du Guesclin y Clisson, que cometían terribles atropellos desde el fin de la guerra.

La experiencia que Coucy tenía de los mercenarios de Lombardía le revelaba los peligros y azares de aquella jefatura, aunque se ofreciese una ayuda extraordinaria a sus fines personales. Tenía entonces treinta y cinco años, y era lo suficientemente rico para prestar dinero al duque de Berry, pero no para financiar una campaña contra los

Habsburgos. Aceptó la misión.

Entre los capitanes que reclutó se hallaba el hermano del condestable, Olivier Du Guesclin, que había ocupado las tierras del duque de Berry y las desvastaba, y su primo Sylvestre Budes, jefe de una compañía bretona, que había sido la ruina del papa y el azote de Aviñón, donde robó incluso el trigo que envió el rey en 1375 para aliviar el hambre. El pontífice había suplicado, negociado, pagado y excomulgado en vano. Entregó entonces cinco mil francos a los bretones y accedió a revocar la excomunión si partían con Coucy. «Gran terror» se esparció por Borgoña cuando avanzaron hacia el norte, a lo largo de la ribera izquierda del Ródano; los correos informaron de su progreso, y las ciudades y pueblos despacharon heraldos para reclutar socorros. Los bretones y otras compañías, como insaciables langostas estivales, barrieron Champaña en julio, llegaron a Lorena en agosto y entraron en Alsacia, que pertenecía a los Habsburgos, dentro del Imperio, en septiembre.

Caballeros de Picardía, Artois, Vermandois y Hainault comparecieron con sus escuderos y hombres de armas para «anticiparse en honor» en la empresa de Coucy. «Honor» en el léxico de la caballería significaba lucha contra otros caballeros, en este caso contra los austriacos. La elasticidad del espíritu humano permitía que el honor no se resintiese de la asociación con mercenarios y bandidos. Entre los reclutados figuraban Raoul de Coucy, tío de Enguerrand, los vizcondes de Meaux y Aunay, y otros señores, entre los que descollaba el célebre y atareado guerrero Owen de Gales. Cuando el rey de Inglaterra ejecutó a su padre, se educó en la corte de Felipe VI. Retratado como jovial, altivo, osado y belicoso, Owen había combatido en Poitiers, en las guerras lombardas de la década de 1360, en favor y en contra de los duques de Bar en Lorena, como soldado independiente en España, y con Du Guesclin en las campañas de los años de 1370, durante las cuales había regresado para llevar a cabo una incursión en las islas del canal de la Mancha y capturar al *captal* de Buch.

En 1375 salía del victorioso asedio de Saint-Sauveur-le-Vicomte, en la costa normanda, donde por primera vez el cañón se usó con efecto notable. Cuarenta «ingenios», grandes y pequeños, que disparaban balas de hierro, cuero y piedra, no consiguieron derribar las murallas, pero hostigaron a los sitiados hasta el punto de que no pudieron defenderse. «Los ingenios los cubrían tanto que no se atrevían a entrar en la ciudad o salir del castillo, y se quedaban en las torres». Incluso un proyectil penetró en la habitación en la que estaba postrado un capitán inglés enfermo, y rebotó varias veces en las paredes, «como si el rayo hubiese entrado en la cámara», convenciéndole de que había llegado su última hora, antes de que atravesase el suelo y cayese en la habitación inferior.

Según su contrato con Coucy, fechado en 14 de octubre de 1375, el prodigioso Owen dirigiría cuatrocientos hombres por una mensualidad de cuatrocientos francos, más cien más para su lugarteniente Owen ap Rhys. No admitiría otro capitán y no concertaría ninguna alianza más hasta que le licenciaran; Coucy, por su parte, no aceptaría la paz si Owen no la aprobaba. Cualquier ciudad o fortaleza que tomara

pasaría a Coucy, quien le cedería el botín y los prisioneros, cuyo rescate valiese menos de doscientos francos. De los de precio superior, Coucy percibiría una sexta parte, y en el caso de que capturase un duque de Austria, lo entregaría a Coucy a cambio de una recompensa de diez mil francos.

La empresa se convirtió en imán de espadas inquietas. Apartó de su deporte prusiano anual a cien caballeros de la orden teutónica. Apenas se había secado la tinta de la tregua de Brujas, cuando también acudieron caballeros ingleses, atraídos por la jefatura del yerno del soberano de Inglaterra. Bien armados, con bellos caballos de bridas de plata, corazas y cascos destellantes y espléndidas sobrevestes largas, los ingleses, unos «seis mil», proyectaron su temible reputación sobre todo el ejército de Enguerrand, con el resultado de que los adversarios acabaron llamando *Engländer* a todos.

El número total, aunque impreciso, motivó temerosos cálculos que frisaban en cuarenta, cincuenta, sesenta o cien mil. Si se atiende a la cifra de capitanes, se acercaría a diez mil, cantidad comparable al ejército que Du Guesclin llevó a España. Una crónica alsaciana menciona dieciséis mil caballeros «con yelmos y capuchas». Todos los observadores repararon en los yelmos puntiagudos y las capuchas, semejantes a cogullas, de las pesadas capas con que se abrigaban del frío. Las capuchas, llamadas *Gügler* en suizoalemán, dieron nombre a la guerra.

Antes de partir, Coucy cuidó del futuro de su alma por si moría. Con la munificencia debida a su rango, fundó, en la abadía de Nogent-sous-Coucy, dos misas «cada día y a perpetuidad» para sí mismo, sus antepasados y sus sucesores. Sus instrucciones, como las más de aquel género, eran precisas, específicas, y evitaban las improvisaciones. Las oraciones se harían frente a la imagen de Nuestra Señora de la capilla que se reservaba para su tumba y la de su esposa. Cien libras anuales se destinaron al mantenimiento de los monjes y al aumento del servicio divino. El dinero procedería de las rentas «perpetuas» y de la *taille* que debían a Coucy ciertas poblaciones, todo especificado hasta el último céntimo: cincuenta libras de una, cuarenta y cinco libras y diez *sous* de otra, y cuatro libras y diez *sous* de la tercera. Como sus contemporáneos, Coucy imaginaba que su «perpetuidad» era inmutable. Además, cedió a los frailes de Nogent, para su uso exclusivo, los derechos de pesca en el río Ailette, desde la calle de Brasse al puente de Saint-Mard.

El legado, sólido y duradero, no traslucía las prisas de otros donantes. El *captal* de Buch, en un testamento de 1369, año en que se desdijo de su lealtad a Francia, sintió a todas luces el temor a una sanción inmediata: dejó cuarenta mil escudos de oro para cincuenta mil misas que se dirían dentro del año de su muerte, más lámparas perpetuas y legados piadosos adicionales.

Estas donaciones, durante períodos de treinta o cincuenta años, o para siempre, y que por lo regular abarcaban a los parientes del legador, daban ocupación al clero e ingresos a las iglesias. Los sacerdotes ordinarios sin beneficios podían vivir de tales comisiones y llevar, como suponía el pueblo, una vida de holganza y disolución. La

princesa de Gales mantenía a tres curas que no tenían más obligación que rezar por su primer marido difunto.

Coucy no había tomado aún el mando, cuando sus fuerzas saquearon Alsacia durante seis semanas, desde octubre a noviembre. Su retraso es el primer enigma de los muchos indescifrables de aquella guerra invernal, consecuencia de las lagunas y contradicciones de la documentación. ¿Lo hizo deliberadamente para dar ocasión a que las compañías se redujeran con las penalidades del invierno? Presupone intención el hecho de que Du Guesclin, en 1365, no empezara la travesía de los Pirineos hasta el mes de diciembre. Pero Coucy estaba claramente decidido a combatir a Leopoldo, primo de su madre, y no a llevar a las compañías al Jura para perderlas en las montañas nevadas.

A fines de septiembre había escrito al duque de Brabante, vicario imperial en Alsacia, informándole de su intención de reclamar Brisgovia, Sundgau y el pequeño condado de Ferrette, y había recibido seguridades de que el Imperio no se opondría a sus esfuerzos por obtener justicia. Además, para afirmar lo justo de su empresa y distinguirse de un capitán de mercenarios, Enguerrand escribió asimismo a las ciudades alsacianas de Estrasburgo y Colmar, les expuso su pleito con su primo, las animó a que no se alarmaran y que le ayudaran en sus proyectos, y se ofreció a explicarles el caso más por extenso si lo deseaban. No obtuvo respuesta, porque las compañías ya causaban estragos.

Según las crónicas locales, en las que vibra el horror, jamás hubo peor carnicería que la de Alsacia. Cuarenta pueblos del Sundgau sufrieron robos y ruinas, cien habitantes de Wattwiller murieron sin piedad, hombres y mujeres pasaron a servir a los bandoleros, el monasterio franciscano de Thann fue quemado de raíz, y el convento de Schönensteinbach quedó tan destrozado que se abandonó y sus tierras no se cultivaron hasta veinte años después. Las compañías extorsionaban su tributo usual, que los ricos pagaban con dinero, caballos y telas finas, y los pobres con calzado, herraduras y clavos. Preguntados sobre cuál era el propósito de la campaña, algunos capitanes respondieron, al parecer, que iban en busca de «sesenta mil florines, sesenta garañones de guerra y sesenta vestidos de paño de oro». El obispo y los magistrados de Estrasburgo entregaron tres mil florines para librar la población del ataque. Un lugar en que una partida de aldeanos combativos logró matar a veinte enemigos alojados entre ellos, fue sometido a tales crueldades que la audacia cedió a la desesperación y los pobladores huyeron de sus casas.

Al pronto, los capitanes a sueldo de Coucy trataron de mantener la disciplina. Algunos ahorcaron casi todos los días a los culpables para conservar el orden. Pero el castigo violento no logró frenar la violencia de hombres acostumbrados a abusar sin tasa de sus fuerzas.

Leopoldo, frente a la invasión, adoptó la misma estrategia que Carlos V: mandó a

los alsacianos que destruyeran cuanto pudiera ayudar, albergar o alimentar al adversario, y retirarse con sus bienes y provisiones a las ciudades amuralladas y los castillos. Como Carlos, ordenó fortificar las poblaciones y plazas capaces de defenderse, arrasar las restantes e incendiar las aldeas circunvecinas. En teoría, tales órdenes se cumplen sin dificultad; en la práctica, debió de ser un martirio para el campesino destruir o ver cómo destruían el producto de su trabajo, el sutil margen de vida para salvar otro año. Por ello, resulta arduo averiguar hasta qué punto se cumplieron medidas tan drásticas.

Careciendo de tropas suficientes para enfrentarse con Coucy, Leopoldo retrocedió a la fortaleza de Breisach, al otro lado del Rin, y confió en despertar la resistencia de los suizos, tan seguros de sí mismos. Sabía por dolorosa experiencia cuán grande era la capacidad de lucha de aquellos súbditos.

El desafío, auténtico o legendario, de Guillermo Tell al austriaco Gessler, a principios del siglo, personificaba la lucha contra la tiranía de los Habsburgos. En los últimos sesenta años, los suizos humillaron dos veces a la caballería habsburguesa. Habían entrado en la historia militar las victorias en Morgarten y Laupen en 1315 y 1339 del hombre apegado al suelo sobre el jinete aristocrático. En el primer lugar, perteneciente al cantón de Schwyz, los suizos, escondidos en un paso montañés, arrojaron peñascos y troncos de árboles a los caballeros que pasaban por el estrecho desfiladero, y después acometieron a la masa intrincada y los mataron «como ovejas en la cerca». No dieron cuartel porque no esperaban rescates, y triunfaron porque ellos, y no el enemigo, habían elegido el sitio del combate. Los caballeros achacaron su derrota al terreno. Ciertamente, la desventaja de la caballería en los montes, en los que no podía cargar, era un elemento sumado a otro, el espíritu retador de los cantones en busca de su independencia.

No se pudo culpar al terreno de la derrota de Laupen, pues estaba en una ladera despejada. Los voluntarios de Berna, con la ayuda de los montañeses de los cantones montañosos, avanzaron a las órdenes de un caballero suizo y se apostaron en una colina. Los jinetes habsburgueses habrían de subir hasta ellos. En el choque, los suizos, aunque rodeados, formaron una falange «en erizo» que no cedió un palmo y contuvo los intentos de penetración. Mientras peleaban cuerpo a cuerpo con los caballeros, causándoles terribles heridas con sus alabardas —combinación de pica y hacha—, su reserva cayó sobre ellos por la espalda y los aplastó. Se recogieron en el campo setenta yelmos con cimera y veintisiete estandartes aristocráticos. Aunque había pasado una generación desde entonces, los *Gügler* hubieran debido mostrarse cautos.

Los suizos respondieron con frialdad a las peticiones de ayuda de Leopoldo contra Coucy. Odiaban a los Habsburgos mucho más que temían a los invasores. Los tres cantones centrales se negaron a intervenir. Dirigidos por el de Schwyz, el más audaz de los tres y que daría su nombre a la futura nación, dijeron que no les interesaba sacrificarse para proteger el dominio de Leopoldo contra el señor de

Coucy, que jamás los había ofendido. Serían «espectadores de aquella guerra», salvo para defenderse si el vencedor llegaba demasiado lejos. Sin embargo, Zurich, Berna, Lucerna y Solothurn aceptaron defender la Argovia, región contigua a Alsacia a lo largo del río Aar, porque tocaba sus fronteras y era su «paseo».

El 11 de noviembre, día de San Martín, o en sus alrededores, llegó Coucy a Alsacia con mil quinientos hombres para hacerse cargo del mando. Por entonces, aproximándose ya el invierno, la comarca había sido saqueada hasta el extremo de que no se encontraba ni comida ni forraje. En aquella coyuntura aparece en las fuentes una desconcertante distorsión de los sucesos, que resulta inexplicable viniendo de Froissart, quien conoció buena parte de la historia de Coucy de los propios labios de éste. Los capitanes levantiscos, según Froissart, convocaron a una reunión para acusar a Enguerrand de engaño. «¿Qué acaece? —exclamaron—. ¿Es así el ducado de Austria? El señor de Coucy nos dijo que era una de las tierras más pingües del mundo y la hallamos pobre. Nos ha burlado ruinmente. Si estuviéramos allende el Rin, jamás regresaríamos; antes bien estaríamos muertos o seríamos prisioneros de nuestros enemigos los alemanes, que son despiadados. ¡Volvamos a Francia y maldito sea quien dé otro paso!».

Sospechando que estaban a punto de traicionarle, Coucy les habló con suavidad: «Señores, aceptasteis mi dinero y mi oro, por el que estoy en fuerte deuda con el soberano de Francia, y os halláis obligados por juramento y fe a portaros con lealtad en esta empresa. De otra suerte, seré el hombre más deshonrado de la tierra». Pero las compañías se negaron a avanzar, gruñendo que el Rin era demasiado ancho para cruzarlo sin barcas, que no conocían los caminos del otro lado del río y que «nadie debe sacar a hombres de armas de un buen país como vos lo habéis hecho».

No había necesidad de cruzar el Rin, que dobla en ángulo recto en Basilea, para entrar en la Argovia; pero se agigantaba, imprecisamente situado, en la mente del vulgo. Para el mercenario el mundo que recorría tenía contornos tan vagos como el propósito político que le arrastraba hasta allí. Coucy quiso persuadirles, sin conseguirlo, de que encontrarían campos magníficos allende los oscuros montes que tenían delante. En aquel momento un mensaje de Leopoldo ofreció ceder a Coucy uno de los territorios que demandaba, el condado de Ferrette, justipreciado en veinte mil francos anuales; pero Enguerrand y sus consejeros lo desdeñaron por estimarlo en exceso pequeño.

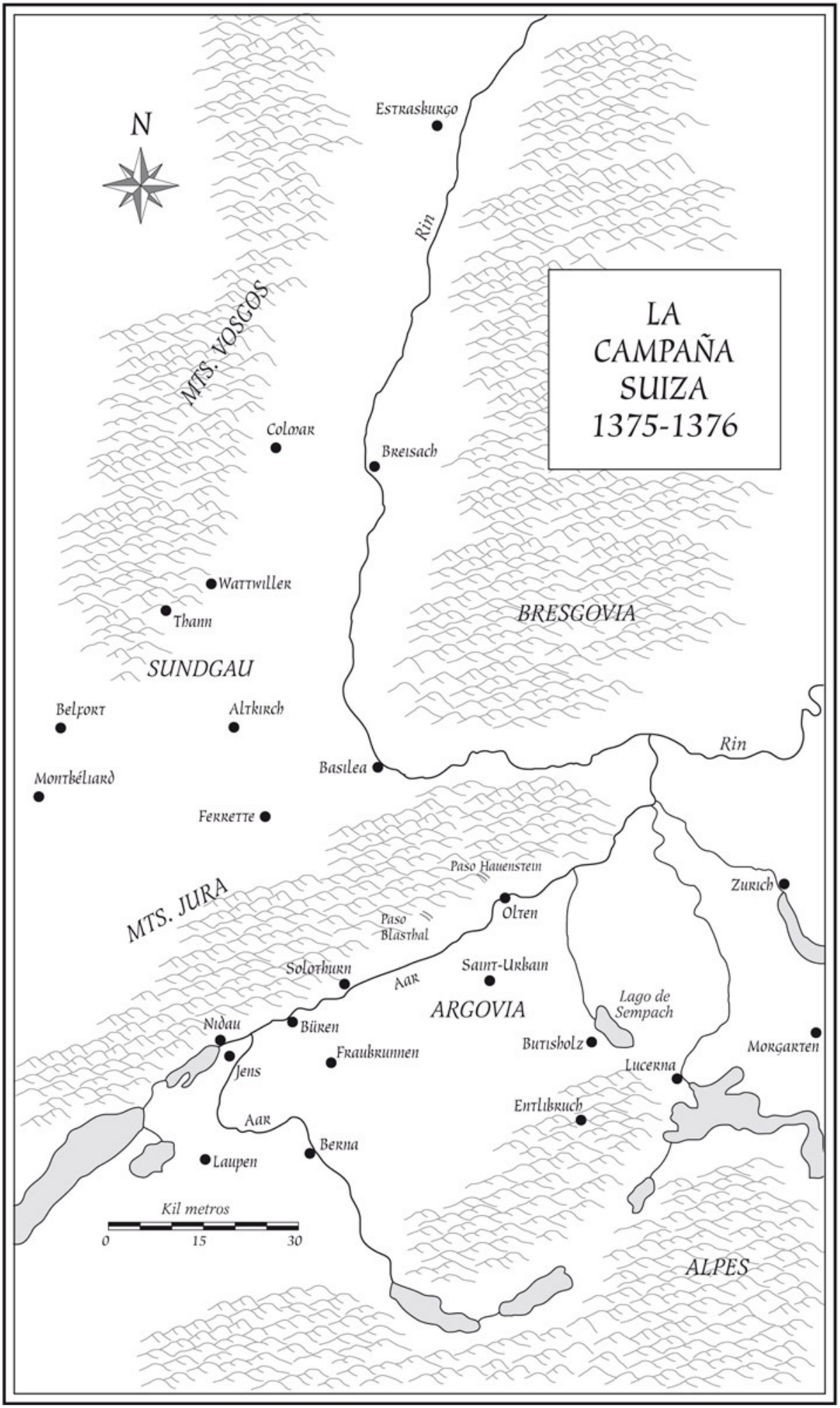
En la versión de Froissart, al descubrir que sus hombres no querían avanzar, Coucy «sintió grave melancolía» y, «consultando consigo mismo, como caballero sabio y previsor», concluyó que tal vez los mercenarios le vendiesen al duque de Austria en compensación de las soldadas prometidas, «y que nunca recobraría la libertad si le entregaban a los alemanes». Consultó con sus amigos y decidió que sería mejor que volviese a Francia. Con sólo dos compañeros, se marchó en secreto de noche, «disfrazado», y estaba a dos jornadas del peligro cuando sus más íntimos asociados descubrieron su partida. Llegado a Francia, el rey y sus hermanos sufrieron

«gran asombro, porque le creían en Austria y se les antojó contemplar a tres fantasmas». Se le exigió una explicación y no tuvo dificultad en aclarar el asunto, «porque era orador elocuente y tenía una excusa cierta». Narró al soberano y los duques lo sucedido «para que se viese que él estaba en lo justo y que las compañías eran culpables».

Ilustra la veracidad de la documentación medieval la circunstancia de que no ocurrió nada de lo anterior. Coucy y las compañías se encaminaron a Argovia, saliendo de Alsacia el 25 de noviembre, día de Santa Catalina. Fueron a Basilea, y desfilaron alrededor de ella durante tres días haciendo alarde de su fuerza, sin duda para atajar cualquier intentona de impedir su marcha hacia el Jura. El obispo de la ciudad les dejó pasar, según se dijo, por odio a Berna.

Visto de cerca, el sombrío color del Jura se transformó en pinos que cubrían una cadena montañosa apenas más alta que las copas de los árboles. Los jinetes cruzaron un riachuelo que se precipitaba en sentido contrario, hacia Francia, salvaron la cima, forzaron los pasos de Hauenstein y Blasthal, anduvieron entre los caseríos de los valles, robando y destruyendo, y llegaron junto al Aar, amplio tributario del Rin que marcaba la frontera de Argovia. Encontraron escasa resistencia, porque los señores de la región habían ido a refugiarse al lado de Leopoldo, y se apoderaron de los castillos y el viejo puente de madera de Olten.

Los berneses, a quienes Leopoldo había convocado con premura, habían salido al encuentro del enemigo, pero se retiraron disgustados al advertir que los nobles abandonaban el territorio. Toda Argovia renunció espantada a las armas y se acogió al amparo de las ciudades, dejando a los Gügler dueños de la comarca. Leopoldo, rabioso por la desobediencia de los berneses, asoló la tierra frente al enemigo. Sus agentes quemaron campos y cosechas, talaron árboles y dejaron tal rastro de miseria que las aldehuelas sufrieron apuros aquel invierno para rechazar los lobos que salían del bosque. La gente amargada se mofaba de los austriacos, que «estaban a la otra parte del Rin, seguros como dentro de un cofre». Acusó al conde Rudolph de Nidau y a otros señores locales de abrir las compuertas del torrente que devastaría los cantones.


N
LA CAMPAÑA SUIZA 1375-1376
Estrasburgo
Rin
MTS. VOSGOS
Colmar
Breisach
Wattwiller
Thann
SUNDGAU
BRESGOVIA
Belfort
Altkirch
Basilea
Rin
Montbéliard
Ferrette
Paso Hauenstein
Zurich
MTS. JURA
Olten
Paso Blasthal
Solothurn
Aar
Saint-Urbain
ARGOVIA
Lago de Sempach
Nidau
Büren
Butisholz
Morgarten
Fraubrunnen
Jens
Lucerna
Entlibruch
Aar
Berna
Laupen
Kil metros
0
15
30
ALPES

Los guerreros de Coucy se apoderaron de cuanto encontraban. Se dividieron en tres grupos que se diseminaron cada vez más por Argovia bajo el apremio del hambre y el saqueo. Coucy estableció sus cuarteles a menos de nueve kilómetros al este del río, en la abadía de San Urbano, que daba por la parte posterior a una curva de colinas piníferas y miraba por la delantera a una dilatada extensión de prados. Según los documentos abaciales, permaneció allí dieciocho días. Las ciudades más importantes de Argovia habían sido convertidas en prenda de la porción impagada de la dote de su madre. La toma de aquellas poblaciones hubiera significado la consecución de su objetivo, pero lo estorbaron la dispersión de sus contingentes y las poderosas murallas ciudadanas. Se hallaba en la misma situación que Eduardo en Francia. Incluso la pequeña ciudad de Büren, en el valle del Aar, sostuvo con éxito el asedio que él dirigió personalmente; su señor, el conde de Nidau, recibió la recompensa merecida por su doble juego, cuando le mató una flecha al sacar la cabeza por una ventana.

En medio del frío decembrino, las compañías, que cazaban en pequeñas bandas para ampliar su ámbito de acción, cruzaron las fronteras de Zurich y Lucerna. Su disgregación las había hecho vulnerables y sus crímenes habían excitado el enojo de los suizos. En Schwyz, cerca del lago de Sempach, que se halla en el distrito montañoso de Entlibuch, se reunieron varios centenares de fornidos campesinos, orgullosos de sus antiguos privilegios. Los jóvenes de Lucerna, siguiendo su ejemplo, y en desobediencia de las autoridades municipales, se descolgaron de noche por las murallas para reunirse con ellos, y lo mismo hicieron los de las poblaciones de los aledaños. El 19 de diciembre unos seiscientos rodearon la población de Buttisholz, en la que se albergaban «tres mil» Gügler. Los suizos atacaron, mataron trescientos y abrasaron vivos a otros en la iglesia en que se habían refugiado. El resto echó a correr. Los hombres de Entlibuch volvieron a sus montes triunfalmente, con las armas y los trofeos tomados. Al verlos pasar, un noble, que no había combatido, gritó burlón desde su castillo a un montañés montado en un caballo de guerra y cubierto del yelmo y la coraza de un caballero muerto: «Noble señor de noble sangre, ¿deben los villanos llevar armas como ésas?». Y el de Entlibuch respondió: «Señor, hoy hemos mezclado tanto la sangre de nobles y corceles que no se distingue una de otra». En el lugar del encuentro se erigió un monumento conmemorativo de la *Niederlage der Gügler* («derrota de los Gügler»).

Berna, la ciudad del Oso, se inflamó con las noticias. En el término de seis días una hueste de berneses y habitantes de las ciudades circundantes, incluidas Nidau y Laupen, se congregó a las órdenes del primer magistrado de Berna. La noche de Navidad sorprendieron en Jens, a unos veinticuatro kilómetros de distancia, una compañía de bretones y dejaron sin vida a otros trescientos Gügler, evidentemente sin graves pérdidas propias, pues volvieron a salir a la noche siguiente.

Su objetivo en aquella ocasión era la abadía de Fraubrunnen, donde se había

acuartelado nada menos que Owen de Gales con tropas nutridas. Los suizos, enarbolando la bandera del Oso, anduvieron toda la noche del día 26, envueltos en el frío glacial, y rodearon la abadía antes de la aurora. Prendieron fuego a los edificios en medio de gritos ensordecedores y dieron sobre los «ingleses», matando a muchos antes de que se despertaran. Los demás corrieron a sus armas para defenderse con desesperación. El lugar, acostumbrado al silencio religioso, resonó de chillidos y choques metálicos, los contendientes cambiaron «estocada por estocada y tajo por tajo», el humo y las llamas llenaron la abadía, Owen blandió su espada con «rabia salvaje», y el jefe bernés, Hannes Rieder, perdió la vida. Sus hombres, sin embargo, pusieron en fuga a los Gügler. «Y los que huyeron recibieron muerte y los que se quedaron fueron quemados». Owen escapó, pero ochocientos de sus hombres quedaron en el campo. Los suizos sufrieron también graves pérdidas, mas los supervivientes regresaron con gloria a Berna. Entre las banderas apresadas que aún exhibe la ciudad hay una roja y blanca, manchada y desgarrada, de la que se dice que perteneció a Coucy.[*] ¿Estuvo en Fraubrunnen? Se ignora, pero cabe en lo posible.

Berna decretó en acción de gracias una distribución anual de limosnas. Las canciones y crónicas celebraron el triunfo sobre las temidas compañías que habían abusado de la cristiandad durante tanto tiempo. Las baladas narraron que el «Caballero de Cussin se dispuso a conquistar castillo y ciudad», con «cuarenta mil lanzas, de sombreros puntiagudos»; que «creyó que toda la tierra era suya y llegó con sus parientes de Inglaterra para que le ayudasen con su cuerpo y bienes»; que el «duque Yfo de Gales acudió con su yelmo áureo»; que el obispo de Basilea cometió la felonía de prometer que serviría a los Gügler, y que, por fin, cuando el duque Yfo compareció en Fraubrunnen,

El Oso rugió: «¡No te librarás de mí!
Te mataré, acuchillaré y quemaré».
En Inglaterra y Francia todas las viudas gimieron
«¡Ay, qué dolor!
Contra Berna nadie marchará jamás».

La intervención de Coucy se legó a la posteridad de manera más sobria, bien que inexacta, en la inscripción latina de un pilar de piedra erigido en Fraubrunnen:

Demandando de nuevo la dote de la mujer amada
que el hermano austriaco había dado, Coucy, el adalid inglés,
guió a través del mar los estandartes de las fuertes cohortes:
caballero que atacó tierras extrañas a lo largo y ancho.
En este lugar, sobre la serranía, la gente de Berna
destruyó el campamento enemigo y mató muchos hombres

en esta injusta guerra. ¡Quiera Dios Todopoderoso
proteger al Oso de los [ataques] abiertos y ocultas estratagemas del contrario!

El acento del orgullo y la confianza excitados suenan en estos cantos y monumentos bélicos. Los encuentros de Buttisholz, Jens y Fraubrunnen, en la semana navideña de 1375, no destruyeron a los Gügler y tuvieron más nombradía que importancia real. Infundieron vigor a la lucha de los suizos contra los Habsburgos y lo orientaron hacia la decisiva batalla de Sempach, en Schwyz, ocurrida once años después, en la cual murió Leopoldo y se quebrantó el dominio habsburgués sobre los cantones; sin embargo, habría de pasar un siglo antes de que la confederación ganase la independencia total. Como catalizador, la expedición de Coucy tuvo intervención, desdichada, en el crecimiento de una nación, no muy distinta de la matanza ejecutada por el Príncipe Negro en Limoges. Los choques militares que motivó confirmaron la capacidad combativa de los plebeyos en defensa de su causa; pero la lección no se aprendió fuera de Suiza y, hasta cierto punto, de Flandes. En las repetidas contiendas civiles del siglo XIV fueron aplastadas tentativas como la de la jacquerie.

Coucy se vio forzado a regresar a Francia después de lo de Fraubrunnen. No podía recobrar su herencia, porque Leopoldo se negaba a combatir; tampoco podía mantener las compañías en un país esquilmado y vacío, señoreado por un frío glacial y con la moral humillada por las derrotas a manos del populacho. Como Eduardo, como Lancaster, como todos los invasores de la época, había partido para vivir a expensas de la tierra invadida, sin establecer una red de suministros, y había conseguido idéntico resultado. Las sombrías reiteraciones históricas nunca fueron más aparentes que en la guerra de los Gügler. La fuerza de la costumbre se impone con especial tenacidad cuando, como en la Edad Media, el ritmo del cambio es lento.

El hambre y el frío entorpecieron el retorno en enero a través de Alsacia. Los hombres se desplomaron en el camino o desertaron, los caballos famélicos fueron abandonados a la muerte y los arneses y armaduras quedaron atrás. Los que estaban fuertes continuaron pillando. Las ciudades cerraron las puertas a los saqueadores y en un caso, con el auxilio de la Virgen María, les impusieron la humillación de otra derrota. Los habitantes de Altkirch, resueltos a enfrentarse con una compañía que se preparaba a asaltarles, estaban apostados en las murallas a la espera de que empezase el combate, cuando el firmamento nocturno se iluminó de repente con luces de colores semejantes a los de la aurora boreal. Convencidos de que su protectora, la Santa Virgen, les manifestaba su apoyo, los ciudadanos envalentonados se lanzaron a la ofensiva. Con efecto igual, pero opuesto, la intervención celestial consternó a los Gügler y los puso en fuga.

Más allá, en Wattwiller, a una jornada a caballo del castillo de Leopoldo en Breisach, Coucy y los duques de Austria firmaron un tratado el 13 de enero, por el cual los segundos cedían al primero el feudo del difunto conde de Nidau, incluida la ciudad de Büren, con tal de que renunciara a sus demás pretensiones. Se desconoce si Coucy, en su retirada, representaba aún una amenaza capaz de extorsionar aquel arreglo, o si se había estipulado antes como precio de su partida. De todas suertes, no regresó con las manos vacías.[*] Las compañías merodearon en el viaje de retorno, durante enero y febrero. Por lo tanto, Enguerrand había logrado mantenerlas lejos de Francia durante casi seis meses, mucho más tiempo que Du Guesclin cuando las trasladó a España en 1365.

Casi inmediatamente, en el mes de febrero, el rey Carlos le encargó, con el mariscal Sancerre, Olivier de Clisson y varios caballeros que habían servido en las filas de los Gügler, el mando de las operaciones contra sus antiguos auxiliares, que habían reanudado sus atropellos en Champaña. El señor de Coucy, «caballero portaestandarte, dos caballeros inferiores y siete escuderos de su casa», y el mariscal Sancerre dispondrían de sendas compañías de doscientos hombres de armas, y Clisson una de cien, a sueldo del monarca, para dirigirlas «contra algunas compañías que habían vuelto de los confines de Alemania». Por lo visto, su actuación fue contundente. En marzo, las compañías bretonas reaparecieron a lo largo del Ródano, y en mayo el papa las alquiló con destino a la guerra renovada en Italia.

La conferencia de paz anglo-francesa de Brujas, de nuevo reunida en diciembre de 1375, con la presencia de duques, cardenales, el condestable Du Guesclin y otros grandes personajes, se consagró a detalles legalistas, exhibiciones, justas, fiestas y banquetes, y atrajo aún más gente que en la ocasión precedente, hasta que una epidemia imprecisa aguó aquellas delicias. La discusión sobre los territorios y la soberanía se complicó con la demanda de Carlos de que Eduardo pagara reparaciones por los daños que la guerra había causado. No se acordó nada más que una tregua por otro año. Otra vez Carlos V, ansiando una «buena paz», se acordó del señor de Coucy, cuyos vínculos ingleses le hacían «muy adecuado para tratar del concierto de ambos monarcas».

Durante la expedición de su marido contra los de Austria, la inquieta Isabella se había trasladado como siempre a Inglaterra. Conservaba su ascendiente sobre su padre, si se consideran los regalos, concesiones y subsidios que Eduardo le otorgó. Éste, en plena chochez, era cautivo de los encantos de una amante hermosa y vulgar, Alice Perrers, a quien donó los vestidos y joyas de la difunta reina, y a la que paseó a lo largo de Londres, en un carro triunfal, camino de un torneo, con el título de «Señora del Sol». Isabella, en su anterior visita, no había residido en la corte al mismo tiempo que la sustituta de su madre; pero entonces sus escrúpulos fueron acallados por el cariño filial, o tal vez porque esperaba más concesiones. El soberano

pagó sus deudas, gastos y sueldos de su servidumbre, y perdonó la vida a tres criminales no relacionados por los que ella intercedió, entre ellos uno condenado por «quebrantamiento de la paz» al matar al criado de otro hombre. Las fuentes no dicen a qué se debió el interés de Isabella. «El rey personalmente» le entregó un traje de paño escarlata con capucha, cortado al modo de los de la Jarretera, «con la capucha y mangas forradas de armiño, y con vueltas de la misma piel»; otro igual el día de San Jorge; y en Navidad, un vestido de terciopelo orlado de armiño para ella y su hija Philippa. (Marie, heredera del dominio de Coucy, permaneció en Francia.)

Philippa, de ocho años de edad, gozaba ya de prominencia. Había sido dada en matrimonio a los cuatro a Robert de Vere, noveno conde de Oxford, que entonces contaba diez. A causa de esta alianza tenía el título de condesa de Oxford y compartía con su madre la prodigalidad del caduco monarca. A fines de año, Eduardo dio a Isabella un ajuar completo de capilla y dos sillas de montar, una de terciopelo rojo bordado con violetas de oro y otra decorada con soles de oro y cobre. Isabella cazó en Windsor, participó con doce damas en una competición de tiro con arco, a cada una de las cuales el rey donó uno ornamental, y, sin duda con algún pesar, regresó a Francia en enero de 1376, cuando Coucy volvió de Argovia. En abril se dispuso a reaparecer en tierra inglesa. En el mismo mes, Coucy pidió licencia al rey de Francia para visitar Inglaterra con su esposa.

Desde su regreso, los amigos le habían instado que se hiciera plenamente francés. Argumentaban, según Froissart, que no perdería sus posesiones inglesas si lo hacía, porque el soberano de Inglaterra no esperaría que renunciase a su dominio en Francia, mucho más extenso, sobre todo teniendo en cuenta que era francés «por nombre, sangre, armas y extracción». Como sabía que Carlos V le apreciaba, y le estaba agradecido por haber financiado su aventura austriaca, e indudablemente también porque no deseaba, en caso de que se renovase la guerra, permanecer una vez más sometido a una neutralidad obligada y difícil, Enguerrand se acercaba a una decisión. Pero antes esperaba, evidentemente, resolver el asunto de sus bienes y rentas ingleses en la visita proyectada. Con entera seguridad, su esposa, aferrada a su apego a su patria, se opondría enérgicamente a que renunciase a Inglaterra. Sin embargo, algo tenía que decidir.

«Y viendo que se le tenía por uno de los nobles más sagaces y prudentes…, del que no se podía exigir más bondad y lealtad, se le dijo: “Señor de Coucy, es intención del rey y de su Consejo que nos pertenezcáis en Francia, y que nos ayudéis y orientéis en nuestros tratos con los ingleses. Por tanto, os rogamos que hagáis este viaje de modo encubierto y cauteloso, como vos sabéis, y que descubráis a través del rey de Inglaterra y de su Consejo en qué términos puede fraguarse la paz entre ellos y nosotros”. Y de esta manera él apresuró el viaje».

CAPÍTULO 14

LA INQUIETUD INGLESA

Coucy llegó a Inglaterra en abril de 1367, precisamente en el momento en que el disgusto nacional cristalizó en la primera demanda parlamentaria de que los ministros reales rindieran cuentas de la situación. En la histórica sesión denominada el «Buen Parlamento», la monarquía descubrió que había apurado la copa de la confianza pública con un gobierno que ni ganaba la guerra ni le ponía fin.

El fracaso en concluir la paz en Brujas había llevado al colmo el resentimiento general contra los funcionarios corruptos, el inútil conflicto, la incompetencia militar y el derroche o el robo del dinero de los impuestos. Eran, pues, los mismos males que, veinte años antes, habían generado en Francia el enfrentamiento del Tercer Estado con la monarquía. Y hubo idéntica oportunidad de manifestarlo cuando la corona inglesa necesitó un nuevo subsidio para estar preparada cuando la tregua acabase un año más tarde. El Parlamento se convocó en abril. Al acudir sus miembros, Londres resonó con el «gran murmullo del pueblo».

Los señores de Coucy, a quienes la corte había recibido «gozosamente», se encontraron en el centro de la cólera y la crisis que rodeaba a la familia regia, y que se concentraba en el hermano de Isabella, Juan de Gante, también conocido por el duque de Lancaster. Ocupando el lugar del príncipe de Gales, enfermo, y del rey, senil, se había convertido en la figura clave del gobierno y, por ende, en el blanco de las acusaciones.

Setenta y cuatro caballeros de los condados y sesenta burgueses urbanos formaban los Comunes del Buen Parlamento. Contando hasta cierto punto con el apoyo de los Lores, pidiendo la enmienda de ciento cuarenta y seis agravios antes de consentir en la aprobación del nuevo subsidio. Su primera demanda fue la destitución de los ministros venales y de la amante del rey, a quien la generalidad afeaba de codiciosa y bruja. Además, reclamaban Parlamentos anuales, elecciones antes que designación de los miembros, y una larga lista de restricciones de prácticas arbitrarias y mala administración. Dos de sus protestas más vigorosas se enderezaban, no contra el gobierno, sino contra los abusos de una jerarquía eclesiástica extranjera y las peticiones de una clase trabajadora cada vez más desobediente y anárquica. Estas dos últimas cuestiones tenían mucha trascendencia: una acarrearía con el tiempo la ruptura con Roma y otra, en plazo mucho más corto, la rebelión de los campesinos.

Así pues, la Inglaterra fuerte y jubilosa que Coucy había conocido tras Poitiers estaba triste y disgustada. El orgullo de la victoria y la riqueza de los rescates se habían disipado como humo, la energía y la confianza rebosantes se habían trocado en disputas y frivolidad, el imperio dilatado se había empequeñecido, las flotas

inglesas eran barridas con ignominia del canal de la Mancha y los belicosos escoceses, a los que Eduardo llevaba combatiendo tantos años como a los franceses, seguían tan insumisos como de costumbre en las fronteras. Los héroes de Inglaterra —Henry de Lancaster, Chandos y el príncipe de Gales— habían muerto o agonizaban, y la buena reina había sido reemplazada por una meretriz que dominaba el rey, según se creía, gracias a haberle devuelto la potencia sexual con los encantamientos de un fraile diestro en la magia negra. Eduardo, el monarca exuberante que había contemplado el triunfo desde un molino en Crécy, era entonces un viejo chocho, «cuya mente no superaba a la de un arrapiezo de ocho años». La pleamar del éxito se había retirado y dejaba pérdidas que pagaban el comercio quebrantado y los impuestos reiterados. Un reinado de cincuenta años de luchas incesantes se cerraba con la sensación creciente de esfuerzo malgastado y de desgobierno.

Inglaterra se había contagiado del desorden que la guerra había sembrado en el continente. Los soldados, que regresaban con el hábito del pillaje, pero no con sus frutos, formaron partidas reducidas que vivían del latrocinio, o como dependientes de nobles y caballeros que, al retornar, encontraron sus dominios empobrecidos por obra de la Peste Negra. Toda una generación, desde el saco de Calais, en el primer desembarco de Eduardo, a la incursión de Argovia, se había acostumbrado al bandidaje y recurría a él sin dificultad en la madre patria. Conforme a una queja oída en el Parlamento, compañía de armados y arqueros, a veces al mando de un caballero, «cabalgan en grandes turbas en distintas partes de Inglaterra», apoderándose de casas solariegas y campos, y raptando mujeres y doncellas para llevarlas a condados apartados; «golpean, mutilan y matan a los hombres para apoderarse de sus esposas y bienes», los apresan con vistas a su rescate, y «en ocasiones comparecen a las sesiones de la administración de la justicia de tal modo y con tanta prepotencia, que los jueces los temen y apenas cumplen la ley». Incurren en tumultos y «ofensas horribles», por los cuales el reino se siente lastimado, «con gran daño y agravio del pueblo». La justicia no los reprimía enérgicamente, porque el rey dependía en lo militar de los nobles responsables de los desafueros.

La descomposición de la justicia era uno de los motivos principales del enojo de los Comunes. En la *Visión de Piers Plowman*, publicada en 1377, la Paz demanda a la Injusticia, en la persona de un funcionario real, que la priva de sus caballos y grano, y deja en pago un vale contra la Hacienda del rey, con la queja de que no puede llevarlo ante el tribunal, porque «mantiene a sus hombres para asesinar a los míos». La ilegalidad particular estaba asimismo en alza. «Decidme, ¿por qué en Inglaterra permanecen impunes tantos crímenes cuando en otros países los homicidas y ladrones suelen acabar en la horca?», preguntó el obispo de Rochester, simpatizante de los Comunes. «Inglaterra está inundada de asesinatos y los pies de los hombres los llevan ágilmente a verter sangre».

El número de los labradores proscritos había crecido porque su petición de

salarios más altos, consecuencia del despoblamiento, los hacía chocar de manera continua con la ley. El Estatuto de los Trabajadores se atenía, en un mundo que creía en condiciones fijas, a los jornales anteriores a la pestilencia, cerrando los ojos a la realidad de la oferta y la demanda. Las normas que prohibían abandonar un empleo por otro mejor no se podían imponer, y las penas se aumentaban constantemente. Quienes las violaban y no eran habidos merecían el dictado de forajidos, veredicto que los transformaba en proscritos. Los campesinos libres adoptaron la vida nómada, dejando el domicilio estable para que el Estatuto no pesara sobre ellos, y vagaron de un sitio a otro en busca de una jornada de trabajo bien remunerada, o, cuando no lo conseguían, rompían el vínculo social para vivir enfrentados con la autoridad a la manera clásica de Robin Hood en relación con el alguacil mayor de Nottingham.

Fue entonces cuando la leyenda de Robin Hood conquistó enorme popularidad entre los plebeyos, ya que no con los hidalgos rurales y los mercaderes acomodados de los Comunes. Estos últimos se quejaban acremente de que sus trabajadores y sirvientes los abandonaban a voluntad «por su gran malicia», y de que «si sus amos les riñen por sus pésimos servicios, o les ofrecen sueldos acordes con los estatutos, huyen de improviso de su lado y de la comarca…, y viven de forma perversa y roban a los pobres en los pueblecitos en grupos de dos o tres».

Con el fin de retenerlos, los señores hicieron muchas concesiones. Las ciudades recibieron a los itinerantes que llenarían las ralas filas de los artesanos, todo lo cual los hizo agresivos e independientes. Se mostraban más irritables, sediciosos y quisquillosos en cuanto a los alimentos, si prosperaban. Al decir de Langland: «Desdeñan comer las verduras de la víspera…, no les basta la cerveza ordinaria, ni un pedazo de tocino», sino carne recién guisada y pescado frito, «muy caliente para su barriga helada». Su unión con los villanos y artesanos les aleccionó en la táctica de la asociación y la huelga, se confabularon contra sus patronos, entregaron dinero para la «defensa mutua» y se reunieron «en turbas numerosas y se coaligaron para que todos ayudaran a uno a resistirse por la fuerza a sus señores». Se moldeaba una generación pronta a sublevarse contra la opresión.

La reaparición de la Peste Negra en 1374-1375, durante la misma epidemia que había apresurado la marcha de Coucy a Lombardía, redujo la cantidad de fuegos y, por consiguiente, los ingresos de los impuestos. La reiteración de la plaga empezó a tener efecto acumulativo en el declinar de la población lo mismo que en el ánimo del siglo. Cuatro aldeas del condado de Gloucester no pagaron capitación por falta de habitantes en 1379; en Norfolk (seiscientos años después), cinco pequeñas iglesias, a un día de distancia una de otra, se elevaban en el silencio de los pueblos abandonados en el siglo XIV. Pero, como antes, la mortalidad tuvo una trayectoria caprichosa y no faltaron hijos menores y parientes pobres ansiosos de tierras, ni labriegos desposeídos dispuestos a adueñarse de los campos abandonados para cultivarlos.

La intranquilidad religiosa también afectaba a la opinión pública y encontró su portavoz en John Wyclif, teólogo y predicador de Oxford. Visto con el catalejo de la historia, fue el inglés más significativo de la época. El materialismo de la Iglesia y la mundanalidad de sus representantes eran causa de queja común en toda Europa; en el suelo inglés se intensificaron con el antagonismo al papado foráneo. Como en todos los países europeos, existía el hondo anhelo de destemporalizar la Iglesia y limpiar el camino de Dios del dinero, diezmos, donativos y oblaciones que lo obstruían. Las tensiones políticas y espirituales del protestantismo inglés coincidieron en Wyclif y se fundieron en una filosofía y un programa.

Maestro de Balliol a los treinta y seis años, estimuló el anticlericalismo y llamó la atención con sus sermones. En la cuestión del enfrentamiento de la autoridad secular con la espiritual, llevó más lejos los peligrosos pensamientos de Marsilio de Padua y de Ockham, y pasó a ser el campeón de la lucha inglesa contra la supremacía de la ley pontificia en los tribunales del rey y contra el pago de diezmos al papado. Siendo capellán real en la década de 1360, formuló ideas muy atractivas para el gobierno acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. En 1374 representó al soberano en el esfuerzo por llegar a un acuerdo con el sumo pontífice.

En el año de la visita de Coucy, Wyclif clavó metafóricamente sus tesis en la puerta en forma de un tratado, *De civili dominio* («Sobre la autoridad civil»), en el que propuso nada menos que la expropiación de la propiedad temporal de la Iglesia y la exclusión del clero del gobierno. Toda autoridad, afirmó, procedía de Dios, y en cuestiones terrenales correspondía sólo a los poderes civiles. Por lógica progresión, y en una áspera polémica henchida de referencias a las «apestosas órdenes» de los frailes y a los «demonios cornudos» de la jerarquía, sus conclusiones no tardarían en llevarle a la proposición radical de que se debía prescindir del clero como mediador necesario entre el hombre y el Ser Supremo.

El acierto de Wyclif fue expresar al unísono el interés nacional y el sentimiento popular. Hacía décadas que el Parlamento se quejaba con rencor de las rentas que obtenían de Inglaterra los poseedores extranjeros de pingües beneficios, tales como el altivo cardenal Tayllerand de Périgord. Se decía que doblaban las de la corona; las posesiones eclesiásticas se estimaban en un tercio de la superficie del reino. La venta de cartas pontificias de autoridad por impostores era un abuso muy común, que se ampliaba con un negocio corriente de sellos papales falsificados. Otra razón de resentimiento consistía en la inmunidad de los clérigos ante la justicia civil, pues dejaba sin enderezar muchas quejas. Por encima de todo, el pueblo protestaba de los sacerdotes. Si uno de ellos podía comprar a la autoridad diocesana el permiso de mantener una concubina, ¿cómo tendría más acceso a Dios que el pecador ordinario? La susceptibilidad sacerdotal era tan grande que, cuando un hombre se acusaba de adulterio, el confesor tenía prohibido preguntarle el nombre de la adúltera para que

no se sintiera tentado de aprovecharse de su fragilidad.

La venalidad, y hasta la lujuria, de los párrocos se derivaba por lo regular de sus escasos emolumentos, que los impulsaban a vender sus servicios; incluso la eucaristía era retenida si el comulgante no entregaba un donativo, lo que convertía en burla el sacramento. Judas, se repetía, vendió el cuerpo de Jesucristo por treinta monedas de plata; entonces los sacerdotes le vendían a diario por un penique. Otra queja se basaba en la frivolidad: los obispos regañaban a los vicarios por arrojar gotas de cera desde el coro a las cabezas de los fieles, situados en la nave, o de ejecutar «detestables» parodias del servicio divino «con el propósito de promover risas y quizá con el de engendrar discordias». Los clérigos mundanos merecían censura en 1367 por sus jubones dobles y estrechos, de mangas largas forradas de piel o de seda, sortijas y ceñidores costosos, escarcelas bordadas, dagas semejantes a espadas, botas de color y, lo que era peor, la marca de Satán de los zapatos acuchillados, de largas puntas encorvadas.

Los prelados de linaje aristocrático eran tan señoriales como sus colegas seglares. Sus cortejos vestían uniformes. Viajaban con escuderos, escribanos, halconeros, caballerizos, mensajeros, pajes, pinches, carreteros y mozos. La caridad los había abandonado, escribió Langland; los obispos de la Santa Iglesia distribuyeron otrora el patrimonio de Cristo entre los desheredados y menesterosos, «pero ahora Avaricia retiene la llave»; Caridad se encontraba antaño «dentro del hábito del fraile, pero hay que retroceder para ello al tiempo de san Francisco». El poeta John Gower, hablando en nombre «de todos los cristianos», denunció a los sacerdotes y obispos absentistas, que engrosaban sus espléndidas rentas aceptando sobornos de los adúlteros ricos, y a los cardenales arrogantes de rojos capelos, «semejantes a una rosa escarlata que se abriera al sol; pero el encarnado es el color del orgullo culpable».

Cuando, después de denunciar a tales eclesiásticos, Wyclif pasó a negar la validez del sacerdocio como necesario para la salvación, asestó un golpe a los cimientos de la Iglesia y a su interpretación de la misión de Cristo. Desde este punto, avanzó inevitablemente hasta la herejía de negar la transubstanciación, pues, sin facultad milagrosa, el sacerdote no podía transformar el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Nuestro Señor. El resto dimanó de ello: la innecesidad del papa y rechazo de la excomunión, confesión, peregrinaciones, dulía de reliquias y santos, indulgencias y tesoro de mérito. Todo aquello tenía que ser barrido por la escoba de Wyclif.

A cambio presentó la Biblia traducida al inglés por sus discípulos, para que la religión llegara al pueblo en forma inteligible sin necesidad del clérigo y su incomprensible jerga latina. Ningún otro acto de reforma religiosa haría más mella en la milenaria Iglesia; pero éste se anticipó a la ocasión. Preparaba entonces el camino para ello el movimiento disidente de los lolardos, palabra que significaba «murmurador», aplicada a místicos flamencos. Los lolardos, con muchos seguidores entre el vulgo y el clero bajo, llegaron a conquistar a caballeros y algunos grandes señores, a quienes disgustaba la fuerza política del sacerdocio. El conde de Salisbury

retiró todas las imágenes de santos de su capilla, lo que le mereció el título de «iconoclasta y mofador de sacramentos», y hubo otros nobles, llamados «caballeros ensombrerados», que se negaban a destocarse cuando pasaba el viático por la calle.

Las ideas de Wyclif y las necesidades del trono encajaban tan bien como la espalda y la vaina, lo cual explica el hecho de que Juan de Gante le protegiera. Su teoría de la expropiación, que sostenía que la nobleza podía recobrar las tierras legadas a la Iglesia por sus antepasados, dio base doctrinal al deseo de Gante de saquear las riquezas eclesiásticas. Se propuso en 1376 lo que Enrique VIII consiguió llevar a cabo un siglo y medio después. Las pérdidas territoriales en Francia, de las que se hizo responsable al canciller William de Wykeham, obispo de Winchester, y a sus colegas clericales en la administración, sirvieron para expulsarlos del gobierno. En el Parlamento, los Lores resolvieron en 1371 que nadie más que los seglares, «que podían responder de sus transgresiones ante los tribunales del rey», tendrían en adelante los cargos de canciller, tesorero, barones de la Hacienda y oficiales del Consejo Privado.

El cambio no contuvo la marea adversa en Francia. Los mercaderes e hidalgos rurales se irritaban al ver que el dinero de los impuestos se disipaba en «los gastos horribles e increíbles» del duque de Lancaster y su séquito en Brujas. Los embajadores pasaban el tiempo —según Thomas Walsingham, monje de Saint Albans, que aborrecía a Lancaster por su política anticlerical— en «orgías…, francachelas y danzas» con un coste de veinte mil libras. El *Chronicon Angliae* («Cronicón de Inglaterra») de Walsingham, sospechoso por su intención, resulta inapreciable por la información que proporciona sobre una época difícil.

Minaba, además, la lealtad popular los abusos del abastecimiento, o sea, el derecho del rey a ordenar en sus viajes la entrega de víveres a las gentes situadas a un número dado de kilómetros a ambos lados del camino, y también para el aprovisionamiento del ejército. Los abastecedores «se apoderaban de hombres y caballos en los mismos campos de labranza…, de los bueyes uncidos al arado», de modo que los campesinos «se apenaban y murmuraban». Lo que había sido perjuicio se convirtió en tiranía en tiempos de guerra. Los nobles encargados de la organización militar se aprovechaban de los contratos bélicos, y otro tanto hacían los intendentes y escribanos que pagaban con fondos de la Hacienda. Las ciudades costeras sufrían por culpa del alojamiento de las tropas que esperaban ser conducidas a las naves. El comercio declinó con la falta de transportes marítimos. Los rescates no manaban ya como ríos de oro para sustentar la economía; y la corona retenía los que se cobraban para pagar a los soldados y obtener la libertad de prisioneros ingleses. Los plazos pagados del rescate del rey Juan ascendían sólo a tres quintos del total, cuando Carlos V interrumpió su entrega al reanudarse el conflicto, y, encima, exigió su devolución a título de reparaciones. Inglaterra, en aquel período, se había empobrecido en lugar de enriquecerse con la guerra.

Al reunirse el Parlamento en 1376, los Comunes, que existían sólo como institución *ad hoc* para consentir en los impuestos, se dispusieron a emprender una acción política. Ante todo, buscaron refuerzos asociándose con los Lores, los cuales representaban el Parlamento permanente y contenían una vigorosa facción antilancasteriana apercibida a oponerse al duque. Un consejo de doce personas, cuatro obispos, cuatro condes y cuatro barones fue designado en los Lores para obrar de consuno con los Comunes. El jefe seglar del grupo era el antiguo pupilo de Coucy, el joven conde de March, casado con Philippa, hija del hermano mayor de Lancaster, el difunto duque de Clarence. Ocupaba el tercer puesto en la sucesión al trono, tras el moribundo Príncipe Negro y su hijo Ricardo, de nueve años de edad. Por consiguiente, su marido imaginaba que tenía razones para temer al duque de Lancaster, a quien la voz del pueblo atribuía designios perversos, en su calidad de tío, para conquistar la corona.

Lancaster había puesto, ciertamente, los ojos en una corona, pero se trataba de la de Castilla por derechos contraídos en su matrimonio con una hija de Pedro el Cruel. Ya se llamaba rey de Castilla —o *Monsieur d'Espagne*—, y probablemente no tenía la intención de usurpar los de su sobrino. Deseaba, eso sí, terminar la guerra de Francia para movilizar la tropas inglesas y conquistar con ellas la realeza castellana. Como presidente del Consejo Real se hallaba de hecho al frente del gobierno; dominaba a su padre, el soberano, mediante su connivencia con Alice Perrers y se le afeaba su condición de libertino, ya que tenía a ojos de todos una amante, Katherine Swynford, viuda de un caballero muerto en Aquitania, con quien casó más tarde y fundó el linaje de los Tudores. Vivía en el espléndido palacio del Savoy a orillas del Támesis y disfrutaba de sus terrazas, rosaledas, magnífica colección de joyas y demás herencia del padre de su primera mujer, el primer duque de Lancaster; poseía, en suma, todos los atributos de poder y riqueza imprescindibles para suscitar la impopularidad. Todo el mundo le consideraba un rufián. Su reputación, como la de su hermano mayor, arquetipo de la caballería, se exageró con toda probabilidad.

Al reunirse el Parlamento, la excitación del pueblo creció con la llegada del príncipe de Gales, que se hizo llevar a Westminster desde su hacienda rural. Tenía el propósito, mientras le velaba la sombra de la muerte, de obtener la lealtad de los Lores y Comunes para su hijo; mas el público imaginó que comparecía para apoyar a los comunes contra el duque, su hermano, cuyas ambiciones temía, según se contaba. En realidad, la arrogancia del príncipe no hubiera admitido intromisiones en la monarquía, pero lo que importa no es tanto el hecho, sino cómo lo interpreta la gente. Los miembros del Parlamento, convencidos de que el Príncipe Negro los apoyaría, lograron confianza y fuerza de su presencia.

La tumultuosa asamblea se celebró en Westminster, los Comunes en la sala capitular de la abadía y los Lores en la Cámara Blanca del palacio vecino. Coucy, siendo conde de Bedford, tenía derecho a sentarse entre los Lores en la ceremonia inaugural del 28 de abril, pero no hay pruebas de que lo hiciera.

Los Comunes, por vez primera en su historia, eligieron un portavoz, Peter de la Mare, caballero del condado de Hereford y senescal del conde de March. Por consiguiente, la designación no fue accidental. Los momentos críticos producen a menudo hombres capaces de hacer frente a las circunstancias, y Peter de la Mare resultó ser valeroso, perseverante y, como lo describe Walsingham —nada imparcialmente—, de «espíritu sublimado por Dios». En representación de los miembros, presentó acusaciones de malversación contra dos ministros, Latimer, el chambelán, y Richard Lyons, rico mercader y sujeto del Consejo Real, que actuaba como principal representante de Eduardo en la comunidad mercantil; y también contra Alice Perrers, de quien dijo «cobra tres mil libras anuales de los cofres del monarca. El reino se beneficiaría mucho con su alejamiento».

Latimer era un gran aristócrata, caballero de la Jarretera, veterano de Crécy, Auray y la larga marcha de Lancaster, antiguo condestable de Dover y gobernador de los Cinco Puertos. El portavoz acusó a él y a Lyons de amasar fortunas inmensas con estratagemas y fraudes, con los que timaban los ingresos nacionales, entre ellos la aceptación de veinte mil libras que el rey les había dado en pago de un préstamo de veinte mil marcos, siendo así que el marco equivalía a dos tercios de la libra.

Los miembros de los Comunes hablaron uno tras otro desde un facistol puesto en el centro de la sala, y agregaron cargos y quejas. Los consejeros del rey, expusieron, se habían enriquecido a costa del empobrecimiento de la nación; habían engañado al monarca y malgastado sus rentas, lo cual originó reiteradas demandas de nuevos subsidios. El pueblo era mísero e incapaz de soportar más impuestos. Así pues, el Parlamento tenía que discutir cómo el rey debía mantener la guerra con sus propios recursos.

Furioso de la presunción de quienes tildó de «ruines caballeros de barbecho», Lancaster amenazó en privado con «espantarlos tanto que no me provocarán de nuevo». Un consejero le avisó de que los Comunes «disponen del amparo del príncipe, vuestro hermano» y del apoyo de los londinenses, que no consentirían que los tocasen. Para ganar tiempo, el duque visitó los Comunes al día siguiente con tan gracioso talante, que los miembros le contemplaron asombrados; pero no desistieron de seguir presentando acusaciones contra Latimer y Lyons. Convocaron como testigos a dos antiguos tesoreros y funcionarios, les pidieron que examinaran las cuentas públicas y procedieron como si se tratase de un juicio formal. Una vez oídas todas las pruebas, los Comunes gritaron en una sola voz: «¡Señor duque! ¡Habéis visto y oído que lord Latimer y Richard Lyons han obrado con falsía en provecho propio, por lo cual demandamos remedio y desagravio!».

Latimer exigió saber por quién y con qué autoridad se le procesaba, y Peter de la Mare le dio la histórica respuesta de que los Comunes como cuerpo mantendrían los cargos en común. Así, de golpe, creó el medio constitucional de procesamiento y destitución de ministros. Lyons pensó quitarse el clavo enviando al Príncipe Negro un soborno de mil libras oculto en un casco de esturión, que le fue devuelto. El rey, con

cinismo más acomodaticio, aceptó un regalo similar diciendo que recobraba lo que era suyo.

El Parlamento consideró probadas las acusaciones. Los dos ministros y cuatro subordinados, uno de ellos lord Nevill, yerno de Latimer y mayordomo de la casa real, fueron condenados, destituidos y sentenciados a multas y cárcel (Latimer no tardó en recobrar la libertad gracias a la fianza entregada por un grupo de amigos). Alice Perrers sufrió la condena a exilio por entremeterse en la administración de la justicia, puesto que se sentaba al lado de los jueces y los obligaba a decidir en favor de sus amistades. El rey hubo de aceptar, de mala gana, su extrañamiento de la corte.

Juan de Gante aceptó las peticiones de reforma en nombre del soberano, porque por entonces carecía del apoyo necesario en los Lores para obrar de otra suerte. Además de Parlamentos anuales, los Comunes reclamaron que las «mejores personas» eligiesen a los miembros en lugar de que el alguacil los designase. La petición de que se aplicara con energía el Estatuto de los Trabajadores, mediante el arresto y el castigo de los violadores, reflejó el creciente antagonismo entre el patrón y el asalariado. Asimismo, la constante hostilidad contra el pontificado se expresó en la demanda de que se excluyera a los perceptores pontificios de impuestos y se prohibiera la salida de dinero del país. No se hizo moción alguna sobre la paz, probablemente porque los Comunes supusieron que los recientes reveses bélicos se debían a los jefes incompetentes y corrompidos que estaban deponiendo.

Para contener a Juan de Gante —o, como en la fábula de Langland, para «refrenar al gato con el cascabel»—, y mantener las reformas cuando el Parlamento se dispersase, se nombró un Consejo de nueve lores y prelados, entre ellos al excanciller William de Wykeham y el arzobispo de Canterbury, Simon de Sudbury, individuo pedestre, que no pertenecía a la nobleza. La juventud de los consejeros fue expresiva de la corta edad a que los hombres ejercían el poder. Descontados Wykeham y Sudbury, seis de los siete miembros restantes tenían menos de treinta y cuatro años, dos menos de treinta y uno, el conde de March, veinticinco. Su adversario, el gran duque de Lancaster, contaba treinta y seis, como Coucy.

Precisamente cuando los parlamentarios llegaban a la cima de sus consecuciones, el Príncipe Negro entró en la fase fatal de su enfermedad, que se complicó con disentería. Tal fue su debilidad que se desmayó varias veces y se le dio por muerto. Sus habitaciones se llenaron de médicos, cirujanos, llanto y gemido de sus deudos, y visitantes de la familia real. Su hermana Isabella y el señor de Coucy acudieron junto a su lecho a sumar sus lágrimas a las que se derramaban. Juan de Gante compareció, lo mismo que los dos hermanos menores, Edmundo de Langley, futuro duque de York, un cero a la izquierda, y Thomas de Woodstock, desagradable, violento y malaventurado. Con la tristeza del padre que sobrevive, apareció el rey en medio de «intensos lamentos» y «nadie logró retener el llanto en la gran desolación de las circunstancias y de la pena del monarca al despedirse de su hijo para siempre», el quinto de sus descendientes adultos que le precedía en el más allá.[*]

Las puertas de la alcoba del Príncipe se abrieron a sus viejos camaradas y cuantos le habían servido asistieron a la agonía, «y todos sollozaron de corazón y lloraron muy tiernamente», y él les dijo: «Os encomiendo mi hijo, que es muy niño y pequeño, y os suplico que le sirváis con tanta lealtad como a mí». Pidió al rey y a Lancaster que jurasen que le apoyarían, y ellos lo hicieron sin reservas, y todos los condes, barones y caballeros pronunciaron el juramento. Y «hubo gran ruido de lamentaciones y suspiros, de fuertes sollozos y plañidos».

El príncipe ultimó su testamento, el día antes de su fallecimiento, completando las minuciosas disposiciones que contenía. Aunque la muerte significaba la evasión del alma de su cárcel corporal, solía acompañarse de la atención más estricta a las mandas, funerales, lápida sepulcral y demás aspectos de pervivencia en la memoria terrenal, como si la ansiedad del tránsito endureciese la resistencia a abandonar el mundo. Las instrucciones del príncipe fueron anormalmente detalladas: las ropas de su lecho, incluidas las colgaduras bordadas con las hazañas de Saladino, pasarían a su hijo; su caballo de guerra fue legado con precisión; el séquito funerario se organizó hasta la última trompeta; y su estatua yacente, por orden suya, debía retratarle, con singular ambivalencia, «armado de pies a cabeza en la gloria de la batalla…, con nuestra faz mansa y nuestro yelmo del leopardo colocado debajo de la cabeza».

Los obispos asistentes apremiaron al agonizante a que pidiera perdón a Dios y a cuantos había hecho daño. Se negó en un postrer arrebato de arrogancia; pero después, estando ya próximo el fin, juntó las manos y solicitó el perdón divino y humano. Su mansedumbre no podía durar mucho. Cuando *sir* Richard Stury, caballero lolardo a quien el Buen Parlamento había incluido entre los depuestos, y que, por lo visto, había incurrido en alguna ocasión en el desagrado del moribundo, se presentó para «darle la paz», el príncipe exclamó con amargura: «Entrad, Richard; pasad y contemplad lo que tanto tiempo deseasteis». Cuando Stury hizo protestas de su buena voluntad, el príncipe respondió: «Dios os pague según vuestros méritos. Marchaos, y que no vea jamás vuestro rostro». Los confesores le rogaron que no muriese sin perdonar; estuvo un rato silencioso y sólo tras muchas instancias murmuró al fin: «Lo haré». Unas horas después falleció a la edad de cuarenta y seis años. Era el 8 de junio de 1376.

Coucy, conde de Bedford y miembro de la familia, cabalgó en la procesión funeral, de un kilómetro y medio de longitud, detrás del carro fúnebre tirado por doce caballos, junto al rey y los hermanos del difunto. En el monumento de Canterbury, donde el príncipe quiso que le enterrasen, se grabaron versos en francés sobre el tema tradicional de la fugacidad de lo terreno: en su vida, el muerto había disfrutado de prosapia, tierras, casas, tesoros, y oro y plata, pero entonces, desprovisto de todo, sin belleza ni carne, yacía a solas, recordando al viandante:

Como tú eres ahora, antaño fui;
como yo ahora soy, tú serás.

La efigie, cubierta de armadura, expresa algo muy distinto. Lo poco que se ve de la cara, bajo el bigote caído y el yelmo, no revela el menor atisbo de humildad cristiana.

Entre un monarca caduco y un sucesor infantil, sin nadie más que el odiado Lancaster al timón, los ingleses se entregaron a un dolor que el miedo exageró. En una época en que las derrotas navales habían atizado el temor a una invasión francesa, sentíanse huérfanos de protector, pues, «mientras él vivió —escribió Walsingham—, no les arredraron las incursiones de enemigo alguno, ni ningún encuentro belicoso». Si el Príncipe Negro hubiera vivido con plena salud, hubiese frenado las turbulencias que asediarían al rey niño, pero no la intranquilidad social y el reflujo de la victoria. Aunque Walsingham reprochó a la «inoportuna Muerte ansiosa», quizá no lo fue tanto, pues, a diferencia de su padre, Eduardo falleció cuando se le tenía aún por héroe. Froissart le adjetivó de «flor de la caballería del mundo entero», y el cronista de los *Quatre Premiers Valois* le reconoció por «uno de los más grandes caballeros de la Tierra, de renombre superior al de los demás varones». Carlos V celebró por él una misa de réquiem en la Sainte-Chapelle, a la que asistió con representantes de la nobleza francesa.

¿Qué poseyó el Príncipe Negro para despertar la admiración general? Sus camaradas de caballería se enorgullecieron de él, porque encarnó la imagen que tenían de sí mismos; la carnicería de Limoges careció de importancia para ellos. El pueblo de Inglaterra le lloró, porque su asombrosa captura de un rey en Poitiers y sus restantes conquistas habían enaltecido a los ingleses. Su famosa victoria en España había sido efímera, su imperio en Aquitania se había derrumbado y sus proezas se disiparon en la enfermedad, pero representaba la elección emocional de un pueblo afanoso de tener un jefe.

La muerte del príncipe favoreció a Juan de Gante. El Parlamento, todavía reunido, tomó la precaución de que el pequeño Ricardo le fuera presentado para que lo confirmase como heredero. Después de ello, sus actividades cesaron el 10 de julio, tras setenta y cuatro días de reuniones, el período parlamentario más largo conocido hasta entonces. Sus espectaculares logros se anularon en cuanto los miembros se dispersaron. Sin organización permanente ni medios autónomos de convocatoria, los Comunes dejaban de existir como institución así que sus componentes regresaban a sus hogares. Sus reformas no se habían establecido como estatutos y, como las de la gran ordenanza francesa, las anuló la mano que recobró el poder efectivo. Lancaster ganó o neutralizó con favores y amenazas a los principales lores de la oposición, excepto al conde de March, que hubo de dimitir de su puesto de mariscal. Ocupó el cargo su antiguo aliado Henry Percy, que se pasó al duque.

La clave del colapso fue la ausencia total de principio político en los lores. Lancaster declaró inválida toda sesión parlamentaria, repuso a Latimer y sus asociados, despidió al Consejo nuevo y llamó al antiguo, apresó y encarceló sin juicio previo a Peter de la Mare cuando intentó protestar, expulsó al obispo William de

Wykeham y se apoderó de sus bienes temporales. Cuando, como broche de su recuperación, llamó a Alice Perrers para que reanudase el embrujamiento del rey, los prelados que habían intervenido en los Comunes «fueron como perros mudos incapaces de ladrar».

Aparte la posibilidad de acusación pública de magistrados de conducta dudosa, la obra del Buen Parlamento apenas dejó huellas constitucionales. Con todo, por su enérgica protesta, efectiva sólo durante un breve lapso, en nombre de la clase media, la función de los Comunes causó fuerte impresión en los ingleses y les proporcionó una experiencia de acción política que arraigó.

Después de presenciar la situación de Inglaterra, Coucy volvió a Francia en el verano u otoño de 1376. Es improbable que, por la crisis habida durante su visita, hubiese obtenido conocimiento claro de los términos de paz que los ingleses aceptarían; en cambio, regresaría con informes precisos sobre aquella nación desgarrada y vulnerable. Según Froissart, aconsejó a Carlos V que no esperase a que el soberano de Inglaterra le declarase la guerra al terminarse la tregua, sino que le combatiese en su territorio, pues «los ingleses jamás son tan débiles o fáciles de vencer como en su propio suelo».

Antes de la partida de Coucy, el rey Eduardo cayó gravemente enfermo y «todos sus médicos desesperaron y no supieron cómo cuidarle o qué medicinas darle». Se recobró por medios propios, mas era evidente que el fin de su reinado se acercaba y con él el instante de que Enguerrand tomara una decisión. No se sabe si Isabella retornó con él a Francia, o se quedó al lado del provecto autor de sus días. Por respeto a su suegro, Coucy no se decidió abiertamente, pero, a poco de su regreso, aceptó una misión diplomática junto al conde de Flandes, en la que los intereses de Francia se enfrentaban con los de Inglaterra. Coucy ya era miembro del Consejo Real, pues Carlos V confiaba en su perspicacia y sentido diplomático. Las preocupaciones del soberano habían aumentado con la enfermedad de la reina Juana, que, en 1373, «perdió la mente y la memoria». Su marido rezó y peregrinó, no en balde la amaba, y ella recobró la salud y la cordura, y fue nombrada tutora del delfín en caso de que el rey muriera. La asistiría un consejo de regencia de cincuenta individuos, prelados, ministros de la corona, parlamentarios y diez de los burgueses «más notables y suficientes» de París. Doce consejeros estarían al servicio constante de la soberana. Como miembro del consejo, Coucy recibió al año un estipendio de mil francos, aparte los quinientos mensuales de su pensión anual de seis mil. Más o menos por entonces, su hija Marie, heredera de sus dominios, se incorporó a la casa de la reina, que se encargó de educarla con el delfín y sus hermanos. Los documentos revelan que, en abril de 1377, se entregaron a Coucy dos mil francos, deducibles de su pensión, para guarnecer de ballestas varios de sus castillos, anticipándose a la posible renovación de la guerra.

Para evitarla, Carlos hizo que Coucy reiniciase las negociaciones con Inglaterra, entonces sin la mediación de los duques, para evitar su costosa presencia. En los seis meses siguientes, de enero a junio de 1377, las conversaciones se celebraron en Boulogne, Calais y Montreuil, junto a la costa, a medio camino entre las dos primeras poblaciones. Coucy, único noble seglar en el grupo de ministros, tuvo como colega principal al chambelán Bureau de la Rivière, más los obispos de Laon y Bayeux, y varios individuos del Consejo.

Los delegados ingleses, partidarios tanto de Lancaster como del Príncipe Negro, eran hombres a quienes Coucy conocería por sus visitas a Inglaterra. Variaron de una reunión a otra. Estuvo entre ellos el tutor del heredero del trono, Guichard de Angle, gascón valiente y admirado, que había combatido durante mucho tiempo al lado del príncipe difunto; el caballero lolardo Richard Stury, a quien Lancaster había devuelto el cargo; Thomas Percy, veterano de las guerras francesas y hermano de Henry Percy; el conde de Salisbury, y un hombre de confianza de la corte, relacionado con la esfera de Lancaster: Geoffrey Chaucer.

Encargado hacía poco del puesto, importante y bien pagado, de interventor de los aranceles de la lana en el puerto de Londres, Chaucer era un exitoso funcionario público, cuya vida como poeta había florecido en sorprendente contraste con su otra actividad: en 1369 escribió un largo poema de amor cortesano, *El libro de la duquesa*, no en francés, idioma adecuado a sus personajes y público, sino en inglés, lengua vulgar y todavía vacilante. Aunque conocía bien el habla francesa, de la que había vertido el *Roman de la Rose*, algo en el ambiente de su época le indujo a escribir en el mismo lenguaje que su contemporáneo, delgado y menesteroso, el callejero Langland, que se daba el apodo de «Will el Largo».

Con suerte muy distinta de la de Langland, Chaucer disfrutaba de la concesión regia de una jarra diaria de vino y estaba casado con Philippa, hermana de Katherine Swynford, parentesco que los introdujo en la casa del duque de Lancaster. *El libro de la duquesa* era una elegante elegía dedicada a Blanche, primera esposa de Juan de Gante, dama admirable y amada que había muerto a los veintisiete años, después de tener siete hijos. Se consideró peculiar la elección del idioma, pero no menoscabó el favor que el autor merecía. En 1373, Chaucer fue enviado en misión diplomática a Italia para negociar un tratado comercial con el dux de Génova, y encargarse de un «asunto secreto» en Florencia. En aquel año Boccaccio daba conferencias sobre Dante en la ciudad del Arno. Chaucer regresó rebosante de nuevo material, pero su poema épico *Troilo y Cressida*, adaptación de Boccaccio, hubo de esperar, cuando le despacharon para que interviniese en el tratado de paz con Francia.

Los poetas y escritores servían a menudo de embajadores, porque sus cualidades retóricas conferían distinción a los refinados discursos implícitos en tal menester. Petrarca había sido representante de los Viscontis, o por lo menos su figurón, en tales misiones. Boccaccio negoció con el papa en nombre de Florencia, y el poeta Deschamps actuó con el mismo fin bajo Carlos V y su sucesor. La diplomacia era un

procedimiento ceremonial y gárrulo, que prestaba gran atención a los detalles jurídicos y de la negra honrilla, lo cual quizá fue uno de los motivos por los que con tanta frecuencia no se llegaba a un acuerdo.

Las prolongadas conversaciones de 1377 pusieron a Coucy al corriente de todos los resortes de las complicadas relaciones de Inglaterra y Francia. Se discutieron ofertas, contraofertas y laberínticas propuestas sobre Escocia, Castilla, Calais, y una nueva dinastía en Aquitania, fundada por un hijo de Eduardo III, que renunciaría a sus vínculos ingleses, o de lo contrario, un reparto, o un cambio de feudos, tan complicado como una partida de ajedrez. Como siempre desde que la guerra había empezado, los nuncios del papa se esforzaron en mediar. Los franceses llevaban la voz cantante, y los ingleses, débiles e indecisos, no optaban por ningún arreglo, ni siquiera por la boda del príncipe Ricardo con Marie, hija de Carlos V, de siete años de edad.

Las primeras conversaciones se interrumpieron sin que se hubiese progresado. Se reiniciaron un mes más tarde. En dos ocasiones la tregua, que terminaba el 1 de abril, se prolongó durante treinta días para que los tratos siguieran. Los enviados trabajaron en serio durante largas horas. ¿Qué hizo Coucy? ¿Qué hizo Chaucer? Sus palabras se han esfumado; no se conservan documentos, porque las discusiones, en especial las relativas al matrimonio, se mantuvieron en secreto. Las instrucciones de Carlos a sus representantes habían sido que «el rey no desea insinuar la boda, pero si los ingleses la mencionan, escuchad lo que dicen e informad al rey».

Los franceses hicieron muchas propuestas, incluido el derecho a doce ciudades de Aquitania (que los ingleses retenían), si Eduardo devolvía Calais y todo lo que había conquistado en Picardía; o eso, dijeron, «o nada». Los ingleses se negaron con pertinacia, convencidos de que, mientras tuvieran bases en el norte de Francia, podrían regresar y recobrar lo perdido.

La situación interior de Inglaterra estalló en una nueva crisis durante las conversaciones. Lancaster había suprimido, pero no calmado, a los descontentos. Un Parlamento nuevo, lo bastante apañado por el duque para que eligiera a su mayordomo como portavoz, aprobó sumiso los subsidios en enero. Los obispos eran menos mansos y apuntaban a Wyclif. Todavía no había expresado sus doctrinas sobre la eucaristía y el sacerdocio, pero bastaba como herejía su declaración sobre la autoridad civil y los bienes eclesiásticos. Su petición de reforma de los abusos clericales y sus ideas antipapistas tenían partidarios entre el clero. Los prelados no iban a quedarse con los brazos cruzados. El arzobispo Sudbury y el obispo Courtenay de Londres convocaron a Wyclif en febrero para que respondiera de sus prédicas heterodoxas. La lucha secular entre la monarquía y la Iglesia se combatió entonces, con estrépito, en la catedral de Saint Paul.

Lancaster esperaba desacreditar a los obispos. Nombró a cuatro maestros en teología para la defensa de Wyclif y, acompañado del mariscal Henry Percy y de sus hombres armados, se dirigió a la catedral. La llenaba una multitud de ciudadanos

irritados por los rumores de que el duque se proponía extender la jurisdicción del mariscal sobre la ciudad, contrariando su derecho tradicional a mantener el orden público. El obispo Courtenay gozaba de la popularidad londinense, y Lancaster, no. La cólera aumentó cuando la guardia apartó a los presentes para que pasasen el duque y el mariscal. Siguió una disputa vociferante en la que Courtenay se negó a la demanda de Lancaster de un asiento para Wyclif. El obispo, joven y vigoroso, hijo de un conde y descendiente de Eduardo I, no aceptaba órdenes en su terreno propio.

«Os doblegaré, y también al resto de los obispos», gruñó Lancaster. La muchedumbre se movió con gritos ominosos, el duque amenazó con detener a los alborotadores y Courtenay dijo que, si lo hacía dentro de la catedral, le excomulgaría. «Continuad por este camino, y haré que os saquen del templo tirándoos del pelo», se oyó murmurar a Lancaster. La furia de la gente reventó, y el duque y el mariscal juzgaron prudente retirarse antes de que Wyclif hubiera hablado. Lancaster logró interrumpir el proceso, como pretendía, mas a costa de aumentar el enojo popular contra él, y no contra los prelados.

Londres hervía. Dio un estallido al difundirse la especie de que Percy había apresado a un ciudadano por hablar mal del duque. El gentío corrió con intenciones asesinas al palacio del Savoy, y en el camino ultimó a golpes a un sacerdote que mencionó de modo insultante a Peter de la Mare, de la misma forma que las turbas de Marcel, veinte años antes, habían matado a otro hombre. Lancaster y Percy recibieron aviso de lo que les esperaba mientras cenaban ostras, y escaparon en barca Támesis abajo hasta la honorable morada de la princesa de Gales y de su hijo, donde nadie osaría atacarlos. Mientras tanto, el obispo Courtenay, enterado de lo que acontecía, y temiendo un desastre del que tal vez se le haría culpable, se precipitó al Savoy y logró serenar a la turba.

Lancaster, tras la fuga y la humillación, exigió que se restaurase su autoridad con excusas formales de la ciudad. La princesa suplicó a los ciudadanos que se reconciliasen con el duque por el amor de ella; se invocó la soberanía del rey; los magistrados de Londres lograron la liberación de Peter de la Mare como precio de sus excusas; y el clero recobró los cargos de canciller y tesorero. El asunto había separado más aún las facciones y pervertido la situación del Estado.

Wyclif no había sido sometido a prueba a consecuencia de las pasiones de San Pablo. Los prelados ingleses, entre la espada de sus intereses y la pared del sentimiento nacional, quizá hubieran olvidado la cuestión; pero el papado no estaba dispuesto a ello. Gregorio XI emanó cinco bulas destinadas al episcopado inglés, el rey y la universidad de Oxford, en las que condenaba los errores de Wyclif y exigía su arresto. Debía impedirse cualquier discusión sobre sus doctrinas y destituir de sus cargos a cuantos las apoyasen. Por lo tanto, se agregó un nuevo riesgo a las numerosas fuentes de conflictos. El nuevo Parlamento era decididamente antipapista; el rey moría balbuciendo comentarios sobre halcones y cacerías, y no atendía a las urgentes necesidades de su alma. De momento, en tanto Inglaterra esperaba

intranquila el cambio de reinado, los obispos mantuvieron en suspenso el proceso contra Wyclif.

En Francia, los negociadores celebraron en mayo una reunión final en Montreuil, en el antiguo castillo cuyos baluartes occidentales se orientaban hacia el mar. Intervinieron los cancilleres de los dos países, el francés Pierre d'Orgement y el obispo inglés de Saint Davis. Las cláusulas se discutieron con prolijidad en una sesión abierta, a petición de Carlos, para que su oferta final fuese oída formalmente y recibiese una respuesta concluyente. No la consiguió. Se mostraba generoso con lo que quedaba en manos inglesas, pero recababa la soberanía del resto de Francia y, en especial, sobre Calais. Ocultando la negativa con evasivas, los representantes de Inglaterra aseveraron que carecían de autoridad de decisión y que tendrían que consultar con el rey. Como pronto resultaría evidente, los franceses hubieran debido empezar en aquel punto los preparativos de guerra. Mientras las conversaciones se enmudecían, la princesita Marie murió en París, eliminando el matrimonio proyectado. Los representantes se separaron sin convenir tiempo y lugar para una nueva reunión, y sin prolongar la tregua.

Los delegados ingleses llegaron a su patria cuando Eduardo también había fallecido —el 23 de junio—, en el penúltimo día de la tregua. El año de jubileo de su reinado había pasado inadvertido y su muerte no despertó más atención. Murió olvidado de sus privados. Se dice que Alice Perrers arrancó las sortijas de los dedos del cadáver antes de marcharse. Un niño de diez años ocupó el trono, y así principió la época que esparciría sus ruinas hasta el siglo siguiente y confirmaría el aviso de Langland, tomado de las Sagradas Escrituras: «¡Ay de la tierra que tiene rey joven!».

Isabella de Coucy, que en abril recibió en Francia emisarios que la llamaban a causa de «asuntos de urgencia extrema»,[*] estuvo junto al lecho de muerte de su padre. Poco antes del fallecimiento, despachó mensajeros a Coucy indicándole que habían de resolverse nuevas e «importantes cuestiones». El 26 de junio, con anterioridad al entierro paterno, solicitó —y recibió— permiso para regresar a Francia, sin duda con apremiantes asuntos que tratar.

El problema de Enguerrand excedía del de la simple lealtad; lo agravaban ricos ingresos, lazos de parentesco, muy importantes entonces, y el juramento de fidelidad de la orden de la Jarretera. Repudiar la lealtad, parentesco y confraternidad no era cosa leve. Otros señores, como el *captal* de Buch y Clisson, habían ido de un bando a otro, pero solían ser gascones, bretones o naturales de Hainault, que no se sentían franceses ni ingleses de modo radical. El propio senescal de Coucy, el valiente canónigo de Robersart, se había hecho inglés durante su estancia en Inglaterra con Enguerrand en los años de 1360. Juró homenaje a Eduardo III y desembarcó con el ejército de Lancaster para asolar Picardía, que poco tiempo antes defendió con tanto ardor. Sin embargo, había nacido en Hainault.[*]

Coucy, desde luego, no podía mediar de manera destacada en los asuntos de su patria, si seguía neutral. No sólo necesitaba aceptar una parcialidad, sino que lo deseaba. El sentimiento nacional había crecido durante el robustecimiento de Francia. Los escritores cantaban las muchas ciudades que Carlos V había recobrado en Picardía, Normandía y Aquitania, El caballero del *Songe du Vergier* («Sueño del vergel») exclama: «¡Ni Roldán, ni Arturo ni Oliveros, jamás cumplieron hechos de armas como los que lograste con tu sabiduría, tu poder y tus oraciones!» (y el autor pudo agregar: con el persuasivo uso del dinero de Carlos)… «Cuando llegasteis al trono, los cuernos y el orgullo de vuestros enemigos llegaban al cielo. Gracias a Dios, habéis quebrantado sus cuernos y los habéis humillado hasta lo profundo».

De la guerra brotó la noción de nacionalidad francesa contra el adversario de Inglaterra. En el diálogo entre un soldado francés y otro inglés, que escribió hacia 1370 el futuro cardenal Pierre de Ailly, el segundo declara que por lo menos Normandía debiera pertenecer a Inglaterra, la cual tiene derechos sobre ella. «¡Alto ahí! —exclama el francés—. Eso no es verdad. No retendréis nada a este lado del mar, como no sea con la tiranía; el mar es y debe ser vuestro confín». Se trataba de una idea nueva. El homenaje y los matrimonios dinásticos continuaban siendo la base de la lealtad, pero el suelo comenzaba a imponerse. Un noble francés como Harcourt no podía ya unirse sin culpabilidad a los ingleses y guiarlos en la invasión de su tierra natal. Coucy ya no podía tener lealmente un pie en cada lado del canal de la Mancha.

A los dos meses de la muerte del rey Eduardo, Coucy dirigió a Ricardo II la renuncia en toda regla a «todo lo que tengo de vos por fe y homenaje». Fechado en el 26 de agosto de 1377, y presentado al joven monarca por varios señores y escuderos, que Enguerrand enviaba para que atestiguasen la entrega, el documento recordaba la «alianza» que había tenido con «mi muy honrado y fuerte señor y padre el rey ha poco fallecido (descanse en paz)», y proseguía:

> Ha acontecido que la guerra se ha interpuesto entre mi natural y soberano señor, de un lado, y vos, en el otro, lo cual me duele más que cualquiera otra cosa en este mundo, y deseo que se remedie; pero mi señor me ha ordenado y requerido que le sirva y cumpla mi deber, como estoy obligado; no debo desobedecer a quien vos conocéis tan bien; por consiguiente, le serviré lo mejor que pueda, como me corresponde.
>
> Por ende, mi muy honorable y poderoso señor, para que nadie pueda hablar o decir nada contra mí, o contra mi honor, os informo de lo susodicho y os devuelvo todo lo que tenga de vos por fe u homenaje.
>
> Y asimismo, honorabilísimo señor, mi muy honrado soberano y padre arriba mencionado se sirvió situarme y colocarme en la muy noble compañía y orden de la Jarretera; ruego, por ello, a vuestra nobilísima y poderosísima señoría que conceda mi puesto a cualquiera que bien os parezca, y me excuséis de él en adelante.

La doble lealtad quedaba deshecha. Coucy, al convertirse en «francés bueno y auténtico», había elegido una nacionalidad, bien que entonces no existiera tal palabra. Su decisión contuvo algo notable: que se separase de su mujer al mismo tiempo que de sus posesiones y lealtad inglesas. Se ha dicho por lo general que hubo de hacerlo para tener la libertad de decidirse por Francia, pero eso sólo habría sido necesario en

el caso de que Isabella se negase a perder sus bienes en Inglaterra. Al renunciar a la lealtad, sus propiedades serían confiscadas. Todo lo que se sabe de Isabella induce a creer que éste fue el factor determinante. Su extravagancia, su neurótico apego a su tierra y a la indulgencia paterna —que tal vez pensase trasladar a sus hermanos y sobrino—, y su inseguridad en Francia, parecen apuntar a que fue ella quien decidió la separación, estuviera o no de acuerdo con su esposo.

Se ignora lo que Coucy sintió por su mujer vana, mimada, egoísta y mandona, fuese amor, aversión o indiferencia. Si se juzga por lo que se sabe de su temperamento, no era una Plantagenet que despertase cariño, y la historia registra pocos miembros de esa familia capaces de despertar tal afecto. Sea como fuere, regresó a Inglaterra y permaneció en ella al lado de Philippa, su hija menor, con la que siempre había vivido. Todas las posesiones inglesas de su marido, «casas solariegas, aldeas, honores, dominios, ciudades, campos, tenencias, animales, provisiones de forraje y grano, y bienes muebles», fueron embargados por la corona y entregados a Isabella cautamente, es decir, bajo la curatela del arzobispo de York, dos obispos y cuatro otros curadores. Como las mujeres tenían derecho personal a la propiedad, el arreglo indica que sus hermanos desconfiaban de sus hábitos. Se dispuso que los curadores le pagarían las rentas «mientras permanezca en Inglaterra».

El estado civil indeterminado de Isabella, ni viuda ni casada, duró sólo dos años. Falleció en abril de 1379, en circunstancias desconocidas, a la edad de cuarenta y siete años. Todas las antiguas posesiones inglesas de Coucy pasaron con el tiempo a su hija Philippa.

Los franceses se mostraron beligerantes así que concluyó la tregua. En combinación con la escuadra castellana, llevaron a cabo una serie de incursiones en la costa meridional de Inglaterra, incluso antes de conocer la muerte del rey Eduardo. Con el objeto de impedir que se enterasen del suceso previamente a la transferencia del poder, los ingleses habían «detenido incontinente las salidas del reino, impidiendo que nadie partiera de él». La organización que se requería para ello era considerable, pero resultó inútil, porque Francia ya se había puesto en marcha.

Bajo las órdenes del almirante Jean de Vienne, franceses y castellanos desembarcaron en Rye, frente por frente de Boulogne, el 29 de julio y la sometieron a veinticuatro horas de barbarie: incendios, saqueos, asesinatos de mujeres, hombres y niños, y secuestro de muchachas, en imitación deliberada del salvaje comportamiento inglés en las ciudades de Francia. Las llamas destruyeron, según Walsingham, una iglesia «de hermosura maravillosa». El almirante desoyó el ruego insistente del grupo de caballeros que quería retener Rye como base permanente, una especie de Calais en Inglaterra. La ocupación no era su objetivo, sino sembrar la destrucción y el terror de modo que obligasen a los ingleses a un tratado de paz, y, además, impedir el paso de refuerzos a Calais, que los franceses proyectaban atacar.

Al topar con escasa resistencia, recorrieron el litoral del mediodía, acometiendo a Folkestone, Portsmouth, Weymouth, Plymouth y Dartmouth, y se internaron dieciséis

kilómetros para quemar Lewes, donde diezmaron y dispersaron una tropa de doscientos defensores, que capitaneaban el prior local y dos caballeros. Se convirtió en realidad espantosa el miedo que rondaba a los ingleses, producto del pavor atávico a las algaras danesas y los conquistadores normandos.

La debilidad defensiva no se debía a un falso sentido de seguridad. Las mismas ciudades habían sufrido los ataques franceses en fechas anteriores. Además, en los últimos seis meses, a medida que la tregua se extinguía, los decretos reales habían suscitado los más lóbregos espectros de invasión; pero el desorden del período hizo que se tomaran contadas medidas prácticas. El sino de las ciudades, cuando lo temido se cumplió, apenas estimuló la intervención protectora de los nobles. John Arundel, caballero de posterior notoriedad infamante, defendió Hampton con éxito, ayudado por cuatrocientas lanzas, aunque no antes de que los ciudadanos le pagasen en buena moneda el dinero que por ello demandaba.

Cuando el castillo de Pevensey, en la costa de Sussex, se halló en peligro, el duque de Lancaster, a quien pertenecía, se negó, según Walsingham, siempre hostil a la nobleza, a enviar defensores y comentó: «Que lo quemen los franceses. Soy lo bastante rico para reconstruirlo». La frase parece una invención y respira la misma malicia contra los nobles que animaba a otro clérigo cronista, Jean de Venette, y por idéntica razón: el fracaso de los caballeros en defender la tierra y el pueblo de sus enemigos. No por casualidad la revuelta de los campesinos sobrevendría en Kent y Sussex, los condados devastados.

CAPÍTULO 15

EL EMPERADOR EN PARÍS

La ocasión más espectacular, ya que no la más significativa del decenio, fue la visita a París de Carlos IV, soberano del Sacro Imperio Romano Germánico, entre diciembre de 1377 y enero de 1378. La notable categoría social de Coucy se requirió, como había ocurrido en la boda del duque de Borgoña, para contribuir con su excelencia y lustre al esplendor de la escolta aristocrática del emperador. El reinado de Carlos V llegó entonces al cenit. El pueblo asistió atónito a las deslumbrantes ceremonias, y el valor propagandístico que el suceso tuvo para el prestigio de los Valois igualó probablemente la enormidad de los gastos.

Aunque representaba la tercera generación de los Valois que ocupaba el trono, Carlos V no se hallaba del todo libre de cierto resquemor sobre la legalidad de su título, ante todo por culpa de las dudas que se tenían acerca de su filiación legítima. Por motivos individuales y estatales procuraba constantemente acrecentar la dignidad de la corona. Su fin político en aquella visita era aislar a Inglaterra estrechando los lazos con su tío el emperador, y tratar de paso con él de cuestiones territoriales y matrimoniales. Desde el punto de vista sentimental, el parentesco le atraía mucho, aunque sabía que su pariente era calculador y resbaladizo cuando se lo proponía o la cuestión le interesaba. Por encima de todo, le daría ocasión para exhibir la magnificencia tan cara a los gobernantes medievales.

En teoría, el jefe del Sacro Imperio Romano Germánico ejercía sobre la comunidad cristiana una autoridad comparable a la espiritual del papa. Pero, aun cuando conservaba restos del prestigio imperial, ni la doctrina ni el título correspondían ya a la realidad. Su soberanía apenas pasaba de la ficción en Italia; se debilitaba en la orla occidental del imperio —Hainault, Holanda y Luxemburgo—, y decaía en el este ante el florecimiento del nacionalismo en Bohemia, Hungría y Polonia. Formaba su núcleo una heterogénea federación de principados, ducados, ciudades, ligas, margravatos, arzobispados y condados germánicos, expuestos a constantes cambios y a colusiones de intereses. Los Habsburgos, Luxemburgos, Hohenstaufens, Hohenzollerns, Wittelsbachs y Wettins se despojaban mutuamente en guerras interminables; el *Ritter*, o caballero, vivía de robar al mercader; cada ciudad imaginaba que su prosperidad dependía de la ruina de la rival; dentro de ellas, los mercaderes y los gremios contendían por el dominio; y los campesinos explotados tascaban el freno y se sublevaban de modo periódico. El Sacro Imperio no poseía cohesión, ni capital única, ni leyes comunes, ni hacienda general, ni magistrados universales. Era la reliquia de un ideal muerto.

El jefe laico teórico de la cristiandad era elegido por lo regular entre los

Luxemburgos de Bohemia. Los lazos familiares de Carlos IV con Francia, hogar favorito de su padre, Juan el Ciego, eran firmes. Se había educado en la corte francesa desde los siete años, se había casado con una hermana de Felipe VI, y su propia hermana Bonne había contraído matrimonio con Juan II, hijo de Felipe. Aunque algo jorobado y de cutis cetrino, había sido bello en su juventud, de pelo y barba largos y negros, y negros ojos lustrosos. Entonces, a los sesenta y un años, había enviudado tres veces, y casado cuatro, y unido en matrimonio a seis o siete de sus retoños con una red intrincada de dinastías húngaras, bávaras y habsburguesas. En apariencia afable y manso, era rápido y firme en sus decisiones, inquieto y móvil. Le gustaba descortezar ramas de sauce con la daga, mientras escuchaba con distracción aparente a los solicitantes y consejeros, a los que luego daba una respuesta «llena de sabiduría». Hablaba y escribía con soltura en checo, francés, italiano, alemán y latín. Se parecía en lo cerebral y sagaz a su sobrino Carlos V, y los dos eran lo opuesto a sus padres apasionados e irreflexivos.

Carlos IV tenía bastante inteligencia para reconocer que el Sacro Imperio no era el de Carlomagno. Su preocupación se centraba en el reino de Bohemia, cuyo mejoramiento territorial y cultural persiguió con un empeño que le mereció el título de «Padre» de su país. Así pues, él mismo representaba las tendencias nacionalistas que hacían obsoleto su título imperial.

Mientras se hacían los preparativos para acoger al emperador, Coucy guerreó contra Inglaterra, no en su territorio de Picardía, sino contra los gascones de Languedoc, a las órdenes del duque de Anjou, gobernador del territorio. Como Lancaster, también hermano de rey, Anjou sentía la imperiosa ambición de conquistar una corona. Al servir a su lado, Coucy estableció una relación que algunos años más tarde le arrastraría en la desventurada aspiración de Anjou al trono de Nápoles.

Tras un par de meses de asedios y escaramuzas en Gascuña, Enguerrand volvió a París para escoltar al emperador. Entre quienes le recibirían, en Cambrai, junto a la frontera de Hainault, trescientos jinetes resplandecientes en total se encontraban, además de Coucy, los dos principales consejeros del rey, Rivière y Mercier, aparte de nobles, caballeros y escuderos. El 22 de diciembre salieron a una legua de la ciudad para acoger a los invitados. Doscientos habitantes y clérigos notables de Cambrai, encabezados por el obispo, cabalgaron con ellos entre hileras de arqueros y plebeyos. El emperador, abrigado con una capa invernal de piel gris y montado en un corcel también gris, y su hijo primogénito Wenceslao, rey de los Romanos, entró en la población y desmontó con alguna dificultad, debida a la gota. Después acompañó al obispo a rezar en el templo.

El principal objeto de su viaje, dijo después en un banquete a los señores franceses, era visitar a Carlos, su esposa y los príncipes, quienes deseaba ver «más que a cualesquiera otras criaturas del mundo». Una vez hubiera cumplido su deseo y

les hubiese presentado su hijo, podría morir con tranquilidad, cuando Dios quisiera llamarle junto a Él. En efecto, estaba en el último año de su existencia y quizá presintiéndolo, como hacía la gente en una época de pocos remedios o curas, se arriesgó a aquel incómodo viaje más por el ansia de visitar París, donde había transcurrido parte de su juventud, que pensando en la política.

En cada ciudad, en tanto avanzaba a través de Picardía y la Île-de-France, le recibían delegaciones. Le ofrecían regalos de carne, pescado, pan, vino y carretadas de heno y cebada, que había pagado Carlos V. En cada caso el emperador tenía la prudencia de expresar que era huésped en una ciudad del rey de Francia, mientras quienes le acogían tenían prohibido doblar las campanas y efectuar otras demostraciones que pudieran interpretarse como el reconocimiento de la supremacía imperial. El emperador había elegido un caballo gris para aquellas entradas para distinguirlas de las que realizaba en su imperio, caballero en un corcel blanco. El hincapié que hace en estos pormenores la crónica oficial francesa revela lo mucho que importaban al monarca de Francia, quien pretendía convertir aquella visita en apoyo para sus aspiraciones a una «guerra justa», sin que su pueblo se hiciera ilusiones de que el emperador era el monarca universal. Las complicadas ceremonias y los grandes festejos sirvieron de rasero para medir el gran alcance que dio a la ocasión. La crónica semioficial de su reinado dedica al menos ochenta páginas a describirla.

El duque de Borbón, hermano de la reina, con un séquito vestido de libreas nuevas, blancas y azules a partes iguales, saludó al emperador en Compiègne, cerca de París. En Senlis quienes le recibieron fueron los duques de Berry y Borgoña, y el arzobispo de Sens, con un cortejo de quinientas personas vestidas todas de gris y negro, los caballeros de terciopelo y los escuderos de seda de los mismos colores. Quien admiró aquel espectáculo comentaría su grandeza, pero su desventurado protagonista, cuya gota empeoró, hubo de renunciar al banquete ofrecido y realizar el resto del viaje en la litera del delfín, que transportaban dos mulas y dos caballos.

En la abadía de Saint-Denis, tres arzobispos, diez obispos y todo el Consejo Real aguardaban al emperador para su visita al mausoleo regio. Hubieron de llevarle en brazos desde la litera a la iglesia, en la que rezó con fervor ante la tumba de san Luis. Indicando que estaba «locamente deseoso» de contemplar el famoso tesoro y las reliquias de san Denis (Dionisio), le mostraron el cuerpo incorrupto del santo, quien, habiendo sufrido el martirio de la decapitación en la colina de Montmartre (de aquí su nombre), echó a andar con la cabeza en las manos hasta aquel sitio, donde depositó la parte mutilada de su cuerpo y fundó la abadía. El emperador contempló durante largo tiempo las reliquias, la corona de san Luis y las tumbas regias, sobre todo la de su cuñado Felipe VI.

Su entrada en París, para la cual el monarca había alimentado la intención de regalarle un caballo negro de guerra, hubo de efectuarla en la litera de la reina. Esperaban para escoltarle hasta su encuentro con el rey la guardia del preboste y dos

mil comerciantes, magistrados y parisienses, todos montados y con vestido talar uniforme de dos colores, blanco y violeta. A despecho de la gota, como se trataba de una ceremonia ecuestre, el emperador hizo que le alzaran hasta la silla y, acompañado de su hijo, aguardó al séquito que iba hacia ellos desde el viejo palacio de la Île-de-la-Cité. Hacía una generación que París no había presenciado desfile tan majestuoso. Se había procurado que pudiera verlo cada individuo de la densa multitud. En cada travesía había un guardia con maza y espada. Los pregoneros habían anunciado la víspera la prohibición de que nadie atravesase la calle de Saint-Denis. Se colocaron barreras y los sargentos recibieron órdenes precisas sobre dónde y cuándo los peatones y jinetes podían atravesar el recorrido.

Apareció ante todo el mariscal Sancerre y su guardia, cada uno con dos espadas y sombreros rizados, seguidos de los trompeteros del rey, de cuyos instrumentos de plata pendían gallardetes de colores vivos. Los cuatro duques —Berry, Borgoña, Borbón y el de Bar, cuñado del monarca y futuro suegro de Marie de Coucy— cabalgaban emparejados; luego iban doce condes, entre ellos Enguerrand que lo era de Soissons, y por último, la interminable caterva de prelados, nobles, jueces, consejeros y cargos de la casa real, cada categoría trajeada de modo uniforme y acorde con sus funciones: los chambelanes, de seda o terciopelo de dos matices del carmesí; los mayordomos, de terciopelo azul celeste y leonado; los armígeros reales, de damasco azul; los ujieres, de azul y rojo; los despenseros, de satén blanco y leonado; los jefes y escuderos de cocina, con sobrevestes de seda, forradas de piel y con botones de perlas; los camareros, de negro listado de blanco y gris, y los credencieros, de encarnado con bandas pardas.

En último término compareció el soberano, flaco y de larga nariz, sobre un palafrén albo, cubierto con un manto escarlata forrado de piel y un sombrero picudo, «a la antigua manera». Por su longitud la procesión tardó media hora en salir del palacio, y mucho más tiempo transcurrió debido a las apreturas y los mirones, antes de que los dos monarcas se hallaran frente a frente. Los dos se destocaron al verse. Procurando no rozar la pierna dolorida de su tío, Carlos se situó entre él y Wenceslao, y así alineados recorrieron la ciudad hasta el palacio.

El emperador, sentado en una silla cubierta con tela de oro, en el lugar en que el preboste Marcel arrojó antaño los cadáveres de los mariscales asesinados, escuchó el discurso de bienvenida de su huésped, y después, ya en sus habitaciones, «se quitaron el sombrero y charlaron con gran amistad y alegría de hallarse juntos». Los días siguientes se dedicaron a banquetes, conferencias, recepción de magníficos regalos de los hábiles orfebres parisienses, servicios religiosos especiales y visitas a las reliquias de la Sainte-Chapelle, tan ricamente adornada e iluminada que «maravillaba verla». Entre una cosa y otra, los monarcas tuvieron conversaciones privadas, una de tres horas, a la que «ni siquiera asistió el canciller», como cuidó hacer notar el cronista de éste, «y nadie sabe lo que se dijeron».

Los banquetes oficiales echaron mano de todos los recursos del siglo XIV para

delicia, asombro y glotonería de los asistentes. Hubo tantos portadores de antorchas, adosados como bujías vivientes a los pilares de la gran sala pétrea, que «se veía como si fuera de día». Y hubo tantos servicios y platos que «se resistieron a la enumeración». Ciertamente fueron demasiados para la delicada salud del invitado de honor. El rey había encargado cuatro servicios de diez pares de platos cada uno; pero tuvo la delicadeza de retirar un servicio para que el emperador no estuviera tanto tiempo a la mesa. De todas formas, hubo de compartir treinta pares de platos tales como perdices y capones asados, *civet* de liebre, gelatinas de carne y pescado, pasteles de alondra y *rissoles* de tuétano de hueso de buey, budines y salchichas, lampreas y arroz con ajedrea, entremés de cisne, pavo real, alcaravanes y garza, pasteles de caza y pajaritos, pescado de agua dulce y salada con una salsa de sábalo del «color de la flor del melocotón», puerros tiernos con avefrías, pato con despojos asados, cerdos rellenos, anguilas rebozadas, legumbres asadas…, y, finalmente, barquillos de fruta, peras, confites, nísperos, nueces descascaradas y vino especiado.

El servicio fue espléndido, hasta el punto de que los ochocientos invitados al festín del seis de enero fueron todos atendidos al unísono, tanto en la mesa de respeto como en las demás, con los mismos manjares y la misma vajilla de oro y plata. Las testas coronadas y los comensales de rango más alto ocupaban cinco mesas dispuestas sobre plataforma, cada uno bajo dosel de tela de oro. La del emperador, el rey y el arzobispo de Reims, colocada en el centro, era de mármol. Tejido de oro, adornado con lises, servía de mantel y festoneaba las columnas y las ventanas. Las paredes se hallaban cubiertas de tapices. Coucy estaba con el duque de Borbón en la mesa del delfín, de nueve años de edad, «para acompañarle y vigilarle entre tan gran multitud». La niña Marie de Coucy atendía a la reina entre las «grandes damas». Después de la música, como postrer refresco, el duque de Berry y su hermano el de Borgoña escanciaron vino especiado al emperador y el rey, pero el agotado cronista no informa si lo hicieron a caballo como acostumbraban los grandes nobles en aquellos menesteres. En una visita anterior del emperador al conde de Saboya, en 1365, jinetes aristocráticos habían ofrecido fuentes de comida en el extremo de lanzas provistas de sujetadores especiales. Los caballeros, cualesquiera que fuesen sus limitaciones morales, estaban dotados de brazo nervudo.

Como colmo y remate de la fiesta, los ochocientos invitados se trasladaron al edificio del Parlamento. El espectáculo que les presentaron en él —la toma de Jerusalén en la primera cruzada— fue un triunfo de la escenografía, en lo que el siglo XIV descollaba. Chaucer, en el cuento del Terraniente, indica que los artífices podían llevar a los comedores, durante los banquetes, masas de agua, y hacer que los esquifes bogaran en ellas, conseguir que aparecieran leones amenazadores, que brotasen flores en los prados, que creciesen parras y que se desvaneciese un castillo, edificado aparentemente de piedra, «o así se le antojó a cada hombre que lo presenció». En un festín que un tal Vidame de Chartres ofreció en la época de Enguerrand, el techo, pintado en remedo del firmamento, se abrió para que

descendiesen los manjares en ingenios semejantes a nubes, que también retiraron los platos vacíos. Una tormenta artificial, de media hora de duración, acompañó los postres y dejó caer lluvia de agua perfumada y granizo de pasteles.

El realismo era el efecto buscado en los *milagros* y *misterios* que se presentaban al vulgo. Un sistema de pesos y poleas sacaba a Jesús en la Resurrección y le alzaba hasta un cúmulo de nubes. Ángeles y diablos aparecían mágicamente mediante trampas; el infierno abría y cerraba su boca monstruosa, y el diluvio de Noé inundaba el escenario con toneles de agua volcados entre bastidores, mientras barriles llenos de piedras, y volteados con manivelas, retumbaban como el trueno. Cuando san Juan Bautista era decapitado, el actor era sustituido con tanta destreza por un cuerpo y una cabeza falsos, que vomitaban sangre, que los espectadores chillaban emocionados. Los actores que representaban a Jesucristo permanecían a veces atados durante tres horas, mientras recitaban tiradas de versos.

El escenario reflejaba la vida medieval más completamente que cualquiera otra cosa. Tras su nacimiento con las piezas litúrgicas que se representaban en los atrios de las iglesias, el drama abandonó los templos por la calle. Los gremios y las *confréries* actuaban en plataformas provistas de ruedas, sobre las que se presentaba la sucesión de las escenas. Las obras teatrales iban de ciudad en ciudad, y atraían a todos los estamentos sociales: campesinos, burgueses, monjes, estudiantes, caballeros y damas, y al señor local sentado en primer término. Los pregoneros anunciaban las representaciones importantes con un día de anticipación. El tema era religioso, pero el estilo, destinado a divertir, secular. Cada misterio de la historia del cristianismo, y el central de la salvación gracias al nacimiento y la muerte de Cristo, se convertía en físico y concreto, puesto que se presentaba con el tenor de la existencia diaria, y en ocasiones se volvía irreverente, cruento e impúdico. Los pastores desvelados en la noche se transformaban en abigeos; el sentido trágico del sacrificio de Isaac casi se convertía en tragedia auténtica. El alivio cómico favorito era la presencia del asno en el episodio de Balaam, o como montura de la Virgen en la huida a Egipto, o como transporte de los tres Reyes Magos en lugar de camellos. El rebuzno del actor oculto en el cuerpo asnal y los excrementos que soltaba levantando la cola arrancaban carcajadas estruendosas, aun cuando la bestia transportara a Jesús a Jerusalén.

Se paladeaba el sexo y el sadismo del rapto de Diana, la exposición de la desnudez de Noé embriagado, los pecados de los habitantes de Sodoma, la oculta y cautelosa observación de los ancianos durante el baño de Susana y la infinita variedad de tormentos de los mártires. Las escenas de tortura de realismo repelente eran tópico teatral, como si la violencia del siglo se gozara en ellas. El crimen de Nerón, al abrir el vientre materno para observar dónde había sido concebido, recibía el apoyo de entrañas sanguinolentas, proporcionadas por el carnicero local, que se desparramaban en el cuerpo de la víctima. La *Schadenfreude* (alegría del mal ajeno) no fue privativa de la Edad Media más que como tétrica variedad de sí misma. Medrando en la peste y múltiples calamidades, se expresaba en las horrendas escenas de la tortura en la cruz,

en las que los soldados escupían al Redentor de la humanidad.

En una era angustiada, los *Milagros de Nuestra Señora*, obras teatrales de la segunda mitad del siglo, proporcionaban el consuelo de la fe en la omnipotencia divina. Ningún desdichado por pobre o malo que fuese, ninguna miseria o injusticia, dejaban de ser ayudados o remediados gracias a la intervención milagrosa de la Virgen. La figura central solía ser la persona más indefensa de la sociedad, la mujer engañada, seducida y abandonada, o acusada en falso de un delito. En una pieza, una mujer, estéril durante mucho tiempo, y cuyas oraciones a la Virgen le dan un hijo, queda agotada por los trabajos y dolores del parto, y se duerme mientras baña al pequeñuelo. El niño perece ahogado y la madre, acusada de infanticidio, es condenada a la hoguera. En respuesta de las súplicas de su marido, Nuestra Señora desciende del cielo para consolarle, y cuando la madre, que está a punto de ser quemada, pide que le dejen ver a su hijo por última vez, éste recobra la vida en sus brazos.

Formaban las tramas pasiones culpables, esposas infieles, agonías del alumbramiento, monjas frágiles, abadesas preñadas, reinas adúlteras y crueles muertes infantiles. Toda la humanidad proporcionaba los personajes: altivos cardenales y mendigos, las mujeres del alguacil y del carnicero, jueces, venteros, estudiantes alborotadores, caballeros, leñadores, comadronas y tontos pueblerinos. La Virgen amaba y perdonaba a todos, incluso a la madre de un papa, tan orgullosa que se creía más importante que la de Dios. También recibía el perdón, tras el oportuno castigo.

Dios, en las piezas, aparecía representado con túnica blanca y peluca, barba y rostro dorados; también eran doradas las alas de los ángeles. Herodes llevaba barba negra y vestido de sarraceno, y los diablos, máscaras espantosas, cuernos, colas bifurcadas y disfraces erizados de crines. A menudo se abalanzaban sobre los espectadores, y los pellizcaban y asustaban.

Lo apocalíptico, jamás olvidado, se presentaba en el día del Juicio Final y el descenso de Cristo al infierno para sacar a Adán y los profetas, y llevarlos al paraíso. El Anticristo comparecía en el instante fijado, que la tradición solía señalar en tres años y medio antes del Juicio Final. Nacido de una mujer de Babilonia a quien sedujo Satanás, y docto en todas las artes demoníacas, alcanzaba tanto poder que los reyes y cardenales le rendían homenaje; pero resultaba vencido en el Armagedón, en el que el bien triunfaba del mal. Se separaba a los salvados de los condenados, y los ángeles vaciaban el cáliz de la ira divina.

Un predicador lolardo inglés, en justificación del teatro del siglo XIV, dijo que los hombres y mujeres eran movidos a la «compasión y devoción, a verter lágrimas amargas y a no desdeñar a Dios, sino a adorarle», al ver la pasión de Cristo y de sus santos. Contemplando cómo el diablo tentaba a la gente con la lujuria y el orgullo, y la esclavizaba para arrastrarla al infierno, se sentirían inducidos a «vivir en el bien»; por consiguiente, la representación de los *milagros* «encamina a los hombres a la

creencia y no los pervierte». Acaso no muy convencido de sus propios argumentos, agregó que los hombres debían tener distracciones, y que resultaba preferible, o menos malo, en el peor de los casos, que se aficionaran a aquellas funciones en vez de a otras distracciones.

El asedio de Jerusalén que presenció el emperador se apartó de lo común, pues ofreció por vez primera un hecho histórico. Dejaron sin aliento las maravillas técnicas y el realismo de la batalla. La nave de los cruzados, con mástil, vela y banderas al viento entró en la sala con «ligereza y suavidad», como si se deslizara por el agua. Los caballeros, cuyos blasones eran los correctos, pero no la indumentaria que habían llevado tres siglos antes, brincaron a la playa para asaltar las defensas hierosolimitanas. En un alminar pintado un almuédano cantó la convocatoria a la oración musulmana. Los sarracenos, con turbantes, manejaron afiladas cimitarras, los cruzados fueron derribados de las escalas de asedio, lo cual los presentes contemplaron atónitos y se sintieron conmovidos y excitados a emprender una nueva cruzada, como se proponía la representación teatral. El rey admiraba mucho a Philippe de Mézières, principal propagandista de la cruzada, y le había nombrado miembro del Consejo Real y tutor de su hijo.

Otra maravilla les esperaba al día siguiente. Una embarcación especialmente construida como una morada, con salas, cámaras, hogares, chimeneas y un lecho, llevó a la regia partida, durante ochocientos metros, por el Sena hasta el nuevo palacio del Louvre. El emperador estaba a todas luces impresionado. Carlos le mostró los retoques con que había convertido la antigua fortaleza en «auténtico palacio real»: ventanas, amplias escaleras, capillas, jardines, frescos, paneles y la armería original, donde se fabricaban las flechas, que grupos de mujeres emplumaban. Después del banquete, se presentaron al emperador las facultades universitarias, y respondió en latín al saludo del canciller de la universidad.

El verdadero propósito de Carlos, la apoteosis de sus quejas contra Inglaterra, se cumplió al día siguiente en una asamblea a la que asistieron cincuenta miembros del cortejo imperial y más o menos el mismo número de notables franceses: duques reales, prelados, pares —entre ellos Coucy—, caballeros y consejeros del rey. Según el cronista, el monarca se había decidido a aquello por «las mentiras que los ingleses propalaban en Alemania», pero pareció, fundamentalmente, querer justificarse, presentando a su tío, quizá concebido como una figura paternal, las concesiones que había ofrecido en bien de la paz para que juzgase si eran suficientes.

Carlos habló durante dos horas, revisando la discordia desde Leonor de Aquitania hasta el Tratado de Brétigny, y exponiendo los intrincados argumentos jurídicos que habían anulado el tratado y renovado la guerra en 1369. Si el discurso fue una obra maestra legal e histórica, la contestación del emperador fue un prodigio retórico. Se refirió a la lealtad y al parentesco, y a la profundidad del afecto propio, de su hijo y de sus súbditos, que les permitía considerarse defensores del honor del rey y del reino, hermanos e hijos, y, si se terciaba, hasta «aliados». Sin embargo, la esencia de

aquellas palabras fue vaga. Si, al final, el discurso —y toda la visita— no fructificó en una alianza palpable, tal vez Carlos de Francia había buscado en el fondo sólo el efecto resonante de la oratoria.

No se mostró tacaño en nuevos agasajos y regalos. Cambió con el emperador vasos esmaltados y dagas incrustadas de rubíes, diamantes, zafiros y perlas. La magnificencia real se manifestaba sobre todo, en opinión de Carlos, en la entrega de joyas, tapices y obras de orfebrería. Su tío no se avergonzó de pedirle un exquisito libro de horas, y cuando el rey colocó frente a él dos, uno grande y otro pequeño, para que eligiera, el emperador se ahorró el esfuerzo quedándose con ambos. La sensibilidad tuvo desahogo en su visita a la reina y su madre, la duquesa viuda de Borbón, cuya hermana Beatriz había sido su primera esposa. Lloraron sin cortapisas su memoria, a pesar de que Beatriz llevaba muerta treinta años, y tres mujeres sucesivas habían llenado el vacío. Pasaron el último día en el bucólico ambiente de Vicennes, donde el rey había construido junto al río su mansión campestre favorita, llamada Beuté-sur-Marne. Amueblada con lujo y comodidad, cubierta de hermosos tapices, con un órgano flamenco y tórtolas zureando en el patio, el poeta Deschamps la elogió:

Entre todos los lugares, placentera y agradable,
alegre y encantadora para vivir jocundamente.

Coucy y otros nobles escoltaron al emperador, en el viaje de regreso, a través de Reims, hasta las fronteras del reino. Pudiera ser que el esfuerzo que le exigieran tantas ceremonias apremiase la muerte de Carlos IV, pues falleció diez meses más tarde, en noviembre de 1378.

La memorable visita, aunque no dio frutos palpables, honró y sublimó el trono de Francia. Los poderes reales eran difusos, la autoridad del consejo imprecisa y las instituciones gubernamentales en constante flujo y reflujo. Carlos V tenía noción clara de la función de la corona: la realeza dependía de la voluntad del soberano. Éste no estaba por encima de la ley, sino que tenía el deber de mantenerla, porque Dios negaba a los tiranos la entrada en el paraíso. La sanción se derivaba, en teoría, del consentimiento de los gobernados, pues los reyes y príncipes, como el gran teólogo Jean Gerson recordaría a su sucesor, «fueron creados en el origen por el consentimiento de todos». Como Carlos bien sabía, el culto a la monarquía era la base del consenso popular, y nutría aquel culto de manera deliberada, mientras, al unísono, era el primero en probar que la jefatura podía ejercerse «entre paredes», con independencia del caudillaje personal en las batallas.

Francia no estaba exenta de sinsabores en el brillante apogeo de 1378. La guerra

había reaparecido en Bretaña y Normandía; Carlos de Navarra, tan ponzoñoso como dos décadas antes, volvió a aliarse con los ingleses; y la herejía y la brujería aumentaron, lo que atestiguaba la existencia de necesidades que la Iglesia no satisfacía.

Jamás hubo época en que la Iglesia, a pesar de su autoridad, no tuviera que hacer frente a alguna disidencia. En el perturbado siglo XIV, en que Dios parecía hostil al hombre, o estar oculto detrás de los contadores eclesiásticos de moneda y la venta de beneficios, había una creciente necesidad de comunicarse con Él, que tampoco satisfacían sus representantes en la tierra. No la atendía una Iglesia absorta en las guerras de Lombardía, en las rentas de Aviñón y en el deseo mundano de conservar su prestigio. Los movimientos de los frailes habían sido el último esfuerzo de renovación interna, y, cuando ellos también sucumbieron a la tentación de la riqueza, los sedientos de consuelo espiritual lo buscaron en sectas místicas externas al ámbito eclesial.

Los begardos, o Hermanos del Espíritu Libre, que pretendían hallarse en estado de gracia sin la mediación de sacerdotes y de sacramentos, esparcieron no sólo el desorden doctrinal, sino también el civil. Eran una de las sectas entregadas a la pobreza que aparecían periódicamente contra los intereses constituidos. Habían florecido durante más de un siglo en Alemania, los Países Bajos y el norte de Francia, con eclipses ocasionales o expuestos a la persecución. Pero los estimuló en el XIV la mundanalidad de Aviñón y de las órdenes mendicantes. Los Hermanos del Espíritu Libre creían que Dios habitaba en ellos, no en la Iglesia, y que vivían en estado de perfección, libre del pecado; por consiguiente, se hallaban convencidos de que les era lícito hacer aquello que se vedaba a los hombres corrientes. El sexo y los bienes encabezaban la lista. Practicaban el amor libre y el adulterio, y se los acusaba de orgías sexuales promiscuas en sus residencias. Estimulaban el nudismo como demostración de ausencia de pecado y pudor. Como «mendigos santos», los Hermanos aseguraban tener derecho a usar y apoderarse de lo que se les antojara, ya los pollos de una campesina en el mercado, ya la comida en un figón. Este derecho se ampliaba, a causa de la inmanencia divina, al de matar a quien quisiera oponerse por la fuerza.

Las costumbres de los begardos se hicieron menos puras que sus propósitos, los cuales, no obstante, eran de índole religiosa. Buscaban la salvación personal, no la justicia social. Las herejías medievales concernían a Dios, no al hombre. La pobreza se aceptaba en imitación de Cristo y los apóstoles, y, al propio tiempo, en contraste deliberado con la codicia que corrompía a los individuos acomodados. Carecer de bienes equivalía a carecer de pecado. Los disidentes, en lugar de renegar de la religión, adolecían de un exceso de piedad que los arrastraba a la búsqueda de un cristianismo más puro. Se convirtieron en herejes por definición de la Iglesia, que reconocía en la renuncia mística a la propiedad la misma amenaza que en la expropiación de Wyclif.

Cubiertos de hábitos deliberadamente andrajosos, los Hermanos del Espíritu Libre comparecían en las ciudades como gorriones, predicaban, mendigaban, interrumpían los servicios litúrgicos y escarnecían a monjes y sacerdotes. Procedentes de las filas de letrados, estudiantes, clérigos disidentes y clases ricas, sobre todo las mujeres, sabían los más expresarse, leer y escribir. Entre ellos se destacaba el sexo femenino, frustrado y anhelante de éxtasis. Tenían expresión paralela en las beguinas, orden seglar que se atenía a las reglas de las buenas obras y que, cuando los conventos no las acogían, admitían a solteras y viudas, o, como escribió un obispo en son de crítica, les proporcionaban un retiro de la «coerción de los vínculos conyugales». Ingresaban en las beguinas jurando dedicarse a Dios en presencia de un párroco u otro clérigo, pero la Iglesia jamás aprobó del todo su actividad. En las reuniones callejeras, las beguinas leían la Biblia traducida al francés.

Los Hermanos del Espíritu Libre admitían a ambos sexos. Sus dos evangelios fueron escritos o expresados por mujeres, una de personalidad oscura, llamada *Schwester* (hermana) Katrei, y otra, Marguerite Porete, que compuso *El espejo de las almas libres*, y fue excomulgada y condenada a la hoguera con su libro en 1310. Siguiendo sus pasos, la hija de un rico mercader de Bruselas, que respondía al nombre de Bloemardine, atrajo con su predicación a discípulos fervorosos. La Inquisición condenó el movimiento en 1372, sus escritos se quemaron en la plaza de Grève en París, y una directora del grupo francés, Jeanne Dabenton, sufrió el castigo del fuego con el cadáver de un compañero, muerto en la cárcel. Como la herejía de los franciscanos espirituales, la de los begardos persistió y proliferó a despecho de los rigores inquisitoriales.

Reinaba un ambiente apocalíptico. El duque de Anjou, en 1376, al autorizar que un cuerpo fuera diseccionado, como ocurría una vez al año, en la facultad de medicina de Montpellier, comentó que la población se había reducido tanto con las epidemias y las guerras, que «acaso disminuya más aún y el mundo se convierta en nada». Bajo el influjo de acontecimientos malignos y caprichosos, las mentes impresionables recurrieron a la magia y lo sobrenatural. Gregorio XI autorizó al inquisidor de Francia, que le consultó en 1374 si debía combatir la brujería, a que obrara con vigor. Desde el principio del siglo el papado había ido tomando una actitud cada vez más combativa ante lo sobrenatural, en especial durante el hiperactivo reinado de Juan XII. En una serie de bulas dada en la década de 1320, Juan había equiparado a los brujos con los herejes, y aprobado su castigo porque habían «pactado con el infierno», cambiando a Dios por el demonio. Ordenó que se recogiesen sus obras de ciencia mágica y se quemaran. No embargante su alarma, hubo pocos condenados hasta la segunda mitad de la centuria, cuando la brujería y sus lazos con la demonología recibieron nuevo impulso y exigieron mayor represión. El concilio de Chartres de 1366 ordenó que se pronunciara en las parroquias cada domingo el anatema contra los brujos.

La demonología y la necromancia eran lo opuesto a la herejía, impías, puesto que

buscaban la unión con el diablo y no con Dios. Los adeptos adoraban en sus ritos a Lucifer como rey del cielo y creían que él y otros ángeles caídos reconquistarían el paraíso celestial, y que el arcángel Miguel y sus compañeros ocuparían sus lugares en el infierno. Pactar con el demonio ofrecía placeres sin penitencia, y disfrute de la sexualidad, riquezas y ambiciones terrenas. Si el precio era el fuego eterno, muchos podrían esperar el mismo castigo el día del Juicio Final. Antigua y arraigada, la demonología nunca pasó de ser una aberración, pero, como ofrecía otra respuesta, la Iglesia la consideraba peligrosa.

El problema estribaba en distinguir los poderes mágicos diabólicos de los legítimos. Los brujos respetables aseguraban que la fuerza de sus imágenes de cera o plomo procedía del bautismo y el exorcismo, que sus misterios se consagraban con la celebración de la misa, que se invocaba al señor para obtener la sumisión de los diablos y que Dios intervenía en sus artes, como lo probaba el cumplimiento de los deseos. Los teólogos combatían estas pretensiones. Incluso si lo hacían con la finalidad de recobrar un amante infiel o una vaca perdida, los brujos proporcionaban una ayuda ajena a la oración, el clero y los santos. A medida que los tiempos se ensombrecieron, toda la magia y la brujería se interpretaron como el resultado de un contrato implícito con Satanás.

Las mujeres se dieron a la brujería por la misma razón que se entregaron al misticismo. En 1390 se juzgó en París a una que quiso vengarse de su amante con la ayuda de los poderes mágicos de otra. Las dos acabaron en la hoguera. En los años siguientes otras dos sufrieron condena, acusadas de *maleficiam*, o hacer el mal. En los juicios por brujería la confesión se obtenía con el tormento y, por ello, tendía a reflejar las obras del poder diabólico tal como las concebían los tribunales, tanto más cuanto que las reas propendían a ser fanáticas o desequilibradas, dispuestas a admitir sin vacilación los poderes que se les atribuían. Reconocían su consorcio con los demonios y pactos con el Diablo por lujuria o venganza, ritos diabólicos y vuelos nocturnos para copular con Satanás, que adoptaba la forma de monstruoso gato negro, chivo de ojos llameantes u hombre gigantesco de piel oscura, falo enorme y ojos brillantes como brasas. El Diablo era un sátiro gótico, cornudo, patihendido, de dientes y garras tremendos, olor sulfuroso y, en ocasiones, orejas de asno. Estas nociones brotaron de la mente de los acusadores y de las alucinaciones de las acusadas, y entre unos y otras pusieron los cimientos de la furiosa hostilidad a la brujería que estallaría en el siglo siguiente.

La clara voz del sentido común habló por boca del consejero real en filosofía, Nicolas Oresme, que despreciaba la astrología y la magia. Hombre de intelecto científico y obispo, se dedicó a las matemáticas y la astronomía, y tradujo la *Política* y las *Éticas* de Aristóteles. Una de sus obras empezaba con la frase de «La Tierra es redonda como una bola», y postulaba una teoría sobre la rotación terrestre. Rechazando las potencias que se atribuían a los brujos, negó que pudieran invocar a los demonios, cuya existencia, sin embargo, no negaba. Todas las cosas, escribió, no

pueden explicarse mediante causas naturales; algunos prodigios o azares extraordinarios de la suerte deben de ser obra de ángeles o diablos, pero él prefería buscar una explicación más natural y lógica. Los magos, indicó, se inclinaban a utilizar procedimientos que atizaban las ilusiones: oscuridad, espejos, drogas o gases y humos, de los que podían motivarse visiones raras. La base de las ilusiones debía de consistir en un anormal estado de ánimo, fruto del ayuno o de fenómenos impresionantes. Oresme, anticipándose a su época, propuso que el origen de aquellos demonios y espectros tal vez fuese la enfermedad de la melancolía. También advirtió que las pruebas acusatorias arrancaban confesiones logradas bajo tormento, y que también el clero montaba numerosos milagros fraudulentos para que aumentasen los donativos a sus iglesias.

Oresme prueba la fragilidad de la generalización. Era muy estimado por el rey, cuyo astrólogo, Thomas de Pisano, había fabricado imágenes de cera para destruir a los ingleses.

El espíritu científico no logró disipar la sensación de que una influencia maligna pesaba sobre aquella edad. Cuando llegó el último cuarto del siglo, se hizo común la creencia en la realidad y el poder de los demonios y brujas. La facultad de teología de la universidad de París, en una reunión solemne, celebrada a fines de la centuria, declaró que resucitaban con renovado vigor los antiguos errores y males, casi olvidados, para infectar a la sociedad. Redactó una declaración de veintiocho artículos para desaprobar, no el poder de la nigromancia, sino su legalidad. Con energía parigual, rechazó la incredulidad de quienes cuestionaban la existencia y la actividad de los demonios.

Como siempre, la heterodoxia tuvo resonancia desproporcionada. La herejía y la brujería, aunque se intensificaban de modo significativo, no eran la norma. En 1378 el auténtico peligro para la Iglesia surgió en su mismo seno.

CAPÍTULO 16

EL CISMA PONTIFICIO

La lucha en Italia por la posesión de los estados pontificios se renovó en 1375. Durante la paz efímera, había crecido el odio de los italianos a los mercenarios del pontífice y a los legados de Francia. Los agentes del papa francés administraban a los indígenas con el desprecio propio de gobernadores coloniales. El sobrino del abad de Montmayeur, legado en Perusa, encendido por el deseo de la esposa de un caballero de la ciudad, irrumpió en su alcoba con el ánimo de forzarla y la dama, que escapó por una ventana hacia la casa vecina, perdió el pie, cayó a la calle y falleció. Contestando a una delegación de ciudadanos indignados, que exigía el cumplimiento de la justicia contra su sobrino, el abad exclamó con indiferencia: «*Quoi donc!* (¿Cómo?) ¿Pensasteis que los franceses son eunucos?». La respuesta y el hecho fue de población en población, alimentando un antagonismo del que Florencia se hizo la representante.

Los florentinos veían el establecimiento de un estado pontificio fuerte en sus fronteras como una amenaza, en especial a consecuencia de la incursión que Hawkwood había efectuado en Toscana al no recibir lo que el papa le adeudaba. Obligados a comprarle por la enorme suma de ciento treinta mil florines, los habitantes de Florencia creyeron que el papa le había animado a atacarlos. El antipapismo penetró en la política florentina en un súbito recrudecimiento de la enemistad perpetua de los güelfos y gibelinos. La antigua discordia tenía soliviantados a los italianos, herederos de una animosidad necia, que describió exasperado, en fecha posterior, un gobernador francés de Génova.

> Sin que medie disputa de tierra o señorío, basta que uno diga: «Vos sois güelfo y yo gibelino; debemos odiarnos». Por esta única y exclusiva razón, se matan y hieren a diario como perros, los hijos igual que los padres, y así año sobre año la malignidad continúa y no hay justicia que la remedie… Y de ello proceden los déspotas de este país, a los que elige la voz del pueblo, sin razón o derecho legal. Pues en cuanto un bando prevalece y es el más fuerte, quienes se ven encumbrados gritan «¡Viva Fulano de Tal!» y «¡Muera Fulano de Tal!», y escogen a uno de los suyos y matan a su adversario, si no escapa. Y cuando el otro bando se rehace, se porta de igual modo y en la furia del pueblo, de la cual Dios nos proteja, todo queda destrozado.

Hasta entonces, la enemiga popular contra el partido pontificio que los güelfos representaban no se había encendido hasta el extremo de empuñar las armas contra la Iglesia. Mas las pasiones llegaron a la beligerancia cuando los legados papales embargaron la exportación de grano de los estados pontificios a Florencia, durante la carestía de 1374-1375. Con el lema *Libertas* bordado en oro en una bandera roja, Florencia organizó una sublevación en los dominios de la Iglesia y constituyó una

liga contra el pontificado con Milán, Bolonia, Perusa, Pisa, Lucca, Génova y todos los potentados que ambicionaban los territorios de la Santa Sede.

Un cronista opinó que las cosas ocurrían «como si estos tiempos estuvieran bajo la influencia de un planeta que suscite disensión y pelea». En un monasterio agustino próximo a Siena, anotó, «los monjes asesinaron al prior con un cuchillo», y en una abadía vecina, después de combatir paredes adentro, «seis frailes fueron expulsados». Por riñas habidas entre los cartujos, el general de la orden intervino y los trasladó a otras casas. «No era mejor la situación entre parientes… Todo el mundo luchaba. Nadie cumplía su palabra en Siena, el pueblo no estaba de acuerdo con sus jefes, ni con nadie, y la tierra entera era un valle de sombras».

El ánimo levantisco introdujo un personaje que sería el catalizador de una nueva calamidad. Robert de Ginebra, legado pontificio en Italia, cardenal de treinta y cuatro años, no se arredró ante nada para recobrar el dominio del patrimonio pontificio. Era hermano del conde de Ginebra, descendiente de Luis VII, primo de Carlos V y pariente de los condes de Saboya y de la mitad de las testas coronadas de Europa, y compartía la falta de inhibiciones propia de numerosísimos príncipes. Era cojo y bizco, y retratado como rechoncho o bello y bien formado, lo que depende de la parcialidad en el cisma venidero. Imponente y autocrático, tenía la voz sonora y elocuencia con la lengua y la pluma, y era culto, polígloto, refinado y lleno de recursos en el manejo de los hombres.

Recomendó a Gregorio XI que, para recobrar los estados pontificios, contratase a los bretones, los mercenarios de peor fama, con el beneficio subsidiario de alejarlos de los aledaños de Aviñón. Penetraron en Lombardía a través de los Alpes en mayo de 1376 y sembraron el espanto en Italia con espadas que había bendecido y consagrado el cardenal legado. Sin embargo, fracasaron en la reconquista de Bolonia, clave de los territorios del papado, y los florentinos los derrotaron en varias ocasiones, con gran ira de quien los había alquilado. Con la furia del conquistador contrariado, el cardenal Robert se decidió a dar un escarmiento atroz. La oportunidad se le ofreció en Cesena, población de la costa oriental, colocada entre Ravena y Rímini. Los bretones, acuartelados en ella, provocaron la sublevación de los pobladores al apoderarse de víveres sin pago previo. Jurando por su capelo que se mostraría clemente, el cardenal persuadió a los ceseneses de que depusieran las armas, y ganó su confianza con la prueba de buena voluntad de libertar en seguida a los cincuenta rehenes que había pedido. Llamó después a los mercenarios, entre ellos a Hawkwood, que se hallaban en una ciudad de las inmediaciones, y les ordenó una matanza general «para ejercer justicia». Como encontrase cierta oposición, insistió gritando: «*Sangue e sangue!*» (¡Sangre y más sangre!), interpretación de lo que él entendía por equidad.

Le obedecieron. Durante tres días y noches, a contar del 3 de febrero, los soldados cerraron las puertas ciudadanas y se dedicaron a matar. «Todas las plazas estaban llenas de muertos». Centenares de personas se ahogaron en los fosos al intentar

escapar, repelidas por las espadas infatigables. Las mujeres fueron apresadas y violadas, se impuso un rescate por los niños, el saqueo siguió a los homicidios, se destrozaron obras de arte y de artesanía, «y quemaron lo que no pudieron llevarse, lo estropearon o esparcieron por el suelo». Los muertos se cifraron entre dos mil quinientos y cinco mil. Ocho mil ceseneses huyeron de la ciudad pillada a Rímini a pedir limosna. Una generación más tarde el gran predicador Bernardino de Siena aún hacía temblar a su auditorio con el relato de aquellos horrores.

«Para que no le cubriera la infamia por completo», Hawkwood, según se dijo, envió mil mujeres a la seguridad de Rímini y permitió que escaparan algunos hombres. Poniendo en práctica el juicio salomónico, se cuenta que rajó por la mitad una monja por la que dos guerreros peleaban. En conjunto le satisfacía más el dinero que la muerte, y poco después de la barbarie de Cesena abandonó el servicio del papa, en el que la paga se retrasaba, por los contratos más lucrativos que le ofrecieron Florencia y Milán. Para asegurarse permanentemente su colaboración, Bernabò Visconti le dio en matrimonio una de las hijas ilegítimas que había tenido con una amante favorita, más una dote de diez mil florines. Eran inagotables los recursos políticos de un príncipe que contaba con treinta y seis retoños vivos.

Durante los veinte años que le restaban de vida, Hawkwood vivió rico y respetado, fue elegido capitán de Florencia, y pagaron sus servicios, o su inmunidad, casi todas las ciudades-Estado del centro y el norte de Italia. Legó a la península un ejemplo de rapiña exitosa que inspiró a los *condottieri* italianos —Jacopo del Verme, Malatesta, Colleoni y Sforza—, los cuales no tardarían en reemplazar a los capitanes extranjeros.

Robert de Ginebra, a quien los italianos apodaron el «Hombre de la Sangre» y el «Carnicero de Cesena», jamás intentó excusar o explicar su acción. Desde su punto de vista, los ceseneses eran tan rebeldes como los lemosinos para el Príncipe Negro. Su utilización del terror, que resonó en Italia entera, no acrecentó la autoridad pontificia. «La gente no creía ya en el papa o los cardenales —escribió un cronista boloñés sobre la matanza—, porque ésas son cosas que apagan la fe».

Mientras tanto, el sumo pontífice excomulgó a Florencia e invitó a los no florentinos a esquilmar el comercio de la ciudad: podían asaltar sus caravanas, no pagar sus deudas y no cumplir los contratos. Florencia se desquitó expropiando las propiedades eclesiásticas y obligando al clero local a tener los templos abiertos a pesar del castigo. El pueblo estaba tan irritado que el consejo de los Ocho, director de la estrategia, recibió el nombre de los Ocho Santos, y el conflicto con el papado llegó a ser conocido en los anales italianos como la guerra de los Ocho Santos.

A aquellas alturas los dos bandos tenían motivos para desear el fin de las hostilidades. Aparte el efecto penoso sobre el comercio florentino, la excomunión había tenido efecto en la liga. Era imposible mantener la cohesión de las ciudades italianas, enfrentadas en múltiples rivalidades. En cuanto al papado, le resultaba asimismo imposible conservar el dominio de los estados pontificios desde Aviñón, y

un nuevo peligro amaneció cuando Florencia tentó a Roma para que se sumara a los coaligados. Resultó, pues, aparente a Gregorio, como lo había sido a su predecesor, que la necesidad llamaba al papa a su centro natural. Una voz clamorosa añadía su fuerza a la llamada.

Desde junio de 1376, Catalina de Siena, que sería canonizada al siglo de su muerte, y se convertiría en santa patrona de Italia junto a Francisco de Asís, había estado en Aviñón exhortando al papa que iniciara la reforma de la Iglesia con el retorno a la Santa Sede. A los veintinueve años, con su voz insistente y su ardor, era reverenciada por sus trances, raptos y afirmación de que había recibido, estando en éxtasis después de la comunión, los cinco estigmas de Cristo en los pies, manos y corazón. Sólo ella podía verlos, pero su gran nombradía indujo a Florencia a elegirla por embajador con el fin de negociar su reconciliación con el papa y el perdón del entredicho. Catalina creía que su principal misión era el apostolado destinado a toda la humanidad y ejercido por medio de su total incorporación a Dios y Jesús, y la purificación y renovación de la Iglesia. Su autoridad descansaba en la voz del Señor que le hablaba directamente, conservada en los *Diálogos* que dictó a sus discípulos, quienes creían que los había dado «en persona Dios Padre al hablar al espíritu de la gloriosísima y santa virgen Catalina de Siena…, que estuvo mientras tanto en trance y oyó en verdad lo que Dios hablaba en su interior».

Detrás de aquellos arrebatos había austeridades extremas de ayuno, vigilia e incomodidad. Cuanto mayores eran tales prácticas tanto más se apartaba una persona de la vida material. (Según La Tour Landry, «Comer una vez al día es la vida de un ángel; hacerlo dos veces, la justa de hombres y mujeres; y pasar de ello, la de una bestia».) Catalina no se alimentaba más que con un poco de lechuga cruda, y si se la forzaba a comer, volvía la cabeza para escupir lo que había masticado o se obligaba a vomitar para que no quedase en su estómago alimento o líquido. Se consagraba al ascetismo desde los siete años, en que tuvo la primera visión, lo cual quizá se relacionase con el hecho de ser la menor de veintitrés hijos. Posteriormente, evitó con tenacidad el escándalo mundano de una familia numerosa en el hogar de un tintorero y dedicó su doncellez a Cristo.

Los éxtasis de la unión eran muy reales para Catalina, como para muchas mujeres que eludían el vínculo matrimonial consagrándose a la vida religiosa. Cristo confirmó sus esponsales, escribió Catalina, «no con un anillo de plata, sino con un anillo de su santa carne, que quitaron de su cuerpo sagrado el circuncidarle». Una dominica de noble cuna le había enseñado a leer a la edad de veinte años. Catalina releía sin respiro el *Cantar de los cantares* y repetía en sus oraciones la exclamación de la Esposa: «¡Oh, si me besara con besos de su boca!». La recompensó, finalmente, la aparición de Jesús, que le dio «un beso que la llenó de dulzura inexpresable». Tras sus constantes súplicas para fijarse «en fe perfecta» y convertirse en instrumento de

salvación de las almas extraviadas, Jesucristo la aceptó como esposa en una ceremonia realizada por su Santa Madre, asistida de san Juan, san Pablo y santo Domingo, y acompañada de la música del arpa de David.

Catalina, terciaria, es decir, miembro exclaustrado de la orden de los dominicos, se entregó al cuidado de la humanidad, buscó presos, pobres y enfermos, y cuidó a los apestados de 1374, entre los que murieron dos de sus hermanos de leche y ocho sobrinos de ambos sexos. En un episodio impresionante chupó el pus de la llaga cancerosa de un hospitalizado, obedeciendo a la insistencia de los místicos en el contacto directo con las heridas de Cristo como fuente de experiencia espiritual.

En palabras del místico alemán Johannes Tauler, contemporáneo de la santa, «era menester oprimir con la propia boca las llagas del crucificado». Obsesionaban a los religiosos fanáticos la sangre que manaba de las heridas, las espinas y la flagelación. Era el baño sagrado en que se borraba el pecado. Beberla, lavar el alma con ella, significaba la salvación. Tauler meditó tanto tiempo sobre el tema, que le pareció haber presenciado el martirio. Calculó el número de los latigazos y supo que habían atado a Jesús con la fuerza necesaria para que la sangre brotase de sus uñas; que le habían flagelado primero en la espalda y luego en el pecho hasta que su tórax fue carne viva. Santa Brígida, en sus revelaciones, vio sus huellas sanguinolentas cuando andaba y que, al ser coronado con espinas, «sus ojos, orejas y barba desbordaron sangre; su mandíbula cedió, su boca se abrió y su lengua se hinchó sanguinolenta. Su estómago se hundió tanto que tocó la columna vertebral, como si ya no tuviera entrañas».

Raras veces hablaba Catalina de Cristo, su Novio, sin mencionar el líquido vital: «sangre del Cordero», «las llaves de la sangre», «sangre pletórica de divinidad eterna» o «bebiendo la sangre del corazón de Jesús». *Sangue* figuraba en todas sus frases; *sangue* y *dolce* (sangre y dulce) eran sus vocablos predilectos. Las palabras irrumpían en ella en un torrente que no daba cabida a la actividad de la pluma. Incluso su devoto confesor, Raimondo de Capua, noble culto y futuro general de la orden de los dominicos, se dormía a veces en medio de aquella marea abrumadora. Que se conserven tantas pláticas de Catalina se debe a la asombrosa capacidad de los escribas medievales de registrar al pie de la letra la garrulería de la época. Los discursos solían estar empedrados de repeticiones para que el auditorio tuviera tiempo de absorber lo que se decía. La información y los conocimientos se adquirían aún sobre todo al escuchar a los heraldos, pregoneros, sermones, alocuciones y lecturas en voz alta, y por tal causa los escribas, antes de la invención de la imprenta, estaban mejor adiestrados para anotar la palabra viva que en las edades posteriores.

La gente acudió a ver a Catalina en sus trances, cuando se divulgaron sus visiones y ayunos. Entre éxtasis y éxtasis, arreglaba discordias y llevaba a bribones notorios a la penitencia y la fe con sentido común cordial y terreno. Adquirió fama y discípulos que la adoraban, por quienes sentía lo que una madre y a los que llamaba, como ella misma dijo, «como la madre llama a su hijo a su seno». Ellos le daban el nombre de

Mamma. Desde 1370 intervino cada vez más en la vida pública, exhortando a los gobernantes, prelados, ayuntamientos e individuos con efusivas cartas llenas de consejos políticos y espirituales.

Su influencia se debía a su absoluta convicción de que la voluntad divina y la suya eran una. «¡Haced la voluntad de Dios y la mía!», escribió a Carlos V en una epístola, instándole a la cruzada, y al papa, en el mismo tono: «Exijo… que partáis a luchar contra los infieles». Después de la reforma, su tema predilecto, incesante, consistía en la «santa y dulce cruzada». Gregorio, en todas las cartas de su pontificado, abogó también en pro de ella, no sólo como guerra defensiva contra los turcos, sino también como medio de reconciliar a Francia e Inglaterra, y sacar a los mercenarios del suelo francés. Mientras argüía en favor de la paz doméstica, exclamando: «¡Ay, ay, paz, paz, por el amor de Dios…!», imploraba no menos cordialmente a todos los potentados que dirigieran sus esfuerzos bélicos contra los infieles. Para ella la cruzada poseía por sí misma sublime valor religioso. Era la obra cristiana para mayor gloria de Dios, y sus abogados más constantes, como Catalina y Philippe de Mézières, ardían en sus apremios bélicos.

«¡Sé viril, Padre, y álzate!… ¡No te descuides!», aguijó la santa al pontífice. Dirigió a Hawkwood palabras que le animaban a levantarse contra los enemigos de Jesús en vez de sumir a Italia en la pobreza y la ruina. En una carta a «*Messer Giovanni condottiere*», que entregó al padre Raimondo, escribió: «Por lo tanto, os ruego con dulzura, puesto que tanto os complacéis en guerrear y pelear, que no luchéis más contra los cristianos, pues eso ofende a Dios». Más le valía combatir a los turcos, para que, «de ser el siervo y soldado del Demonio, os transforméis en caballero viril y verdadero».

La admonición favorita de Catalina era «¡Sed viril!». En sus devociones, la Virgen aparecía raras veces. Toda su pasión se centraba en ser absorbida por el Hijo. En cambio, en los asuntos mundanos, recurría a menudo a la influencia femenina. Escribió no a Bernabò Visconti, sino a su esposa Regina, de carácter fuerte; no al rey de Hungría, sino a Isabel de Polonia, su madre dominante. Pidió al duque de Anjou, a quien imaginaba como jefe de la cruzada, nada menos que desdeñase los placeres y vanidades de este mundo y se uniese a la cruz y la pasión de Jesús en la guerra santa. Cuando le visitó, el duque, que entre otras ambiciones se sentía dispuesto a capitanear a los cruzados, aceptó la misión.

En Aviñón la oprimió el ambiente de sensualidad y el «hedor del pecado», y la curiosidad de las grandes damas que la empujaban y pellizcaban para comprobar sus arrobos después de la comunión, e incluso le atravesaron el pie con una aguja larga. Al papa, a quien se refería como Santo, Amado o Dulce Padre (*dolce babbo*), presentó todos sus tópicos en cartas interminables y en audiencias públicas y privadas, en las que Raimondo de Capua sirvió de intérprete, pues Catalina hablaba en toscano y el pontífice en latín. Debía comenzar la reforma con el nombramiento de sacerdotes dignos, indicó; debía pacificar Italia no con las armas, sino con la

misericordia y el perdón, y debía volver a Roma sin guardias armados ni espadas, antes bien con la cruz en la mano, como el Cordero Bienaventurado, «pues paréceme que la bondad divina va a cambiar los lobos furiosos en corderos… Y yo os los traeré para que se humillen en vuestro seno… ¡Oh, padre, paz por el amor de Dios!».

Todo el sufrimiento causado por los «lobos furiosos» se expresaba con su voz, así como todos los deseos de reforma religiosa. Para la mayor parte del pueblo la reforma significaba liberarse de las extorsiones eclesiásticas. En Alemania, en 1372, los cobradores pontificios de impuestos fueron capturados, mutilados y encarcelados —algunos estrangulados—, y el clero de Colonia, Bonn y Maguncia se comprometió a no pagar el diezmo que exigía Gregorio XI. En las parroquias que los mercenarios habían devastado, los diezmos redujeron a los párrocos a la penuria. Muchos desaparecieron, dejando a los pueblos sin sacramentos y las iglesias vacías, condenadas a la ruina o a servir de graneros. Algunos sacerdotes aumentaron sus flacos emolumentos ocupándose como taberneros, tratantes de caballos u otras profesiones *inhonestas* en su caso.

En cambio, los prelados se hallaban absorbidos en la obtención de bienes y cargos, olvidados de sus diócesis. La Iglesia podía ofrecer a los ambiciosos poder y riqueza, y por ello muchos sacerdotes se preocupaban más de las recompensas materiales que de las espirituales. «Se prescinde del temor de Dios —lamentóse Brígida en Roma—, y en su lugar hay una insondable bolsa de dinero». Los diez mandamientos, dijo, se habían reducido a uno: «Trae el oro aquí».

La Iglesia, con conciencia de sus fallos, dio un río de órdenes que reprobaban la indumentaria profana, el concubinato y la falta de celo; pero estaba ligada a las cosas del césar, y no podía reformar de veras sin destruir sus intereses. Dependía del sistema financiero establecido en el destierro aviñonés, y aunque todos reconocían la necesidad de reformas, la jerarquía, por la fuerza de las cosas, se veía obligada a resistirse a ella. Catalina, en un momento de clarividencia, comprendió que la actividad reformadora no vendría de la jerarquía eclesiástica. «No lloréis ahora —dijo al padre Raimondo, que sollozó al enterarse de un nuevo escándalo eclesiástico—; más razón tendréis para llorar en adelante», cuando no sólo los seglares, sino los clérigos se alzasen contra la Iglesia. En cuanto el papa intentara reformar, aseguró, los prelados se resistirían, y la Iglesia «se dividirá como por una pestilencia herética».

Catalina jamás fue hereje, jamás desilusionó, jamás desobedeció. La Iglesia, el papado, el sacerdocio y la orden de los dominicos fueron su hogar, y su santidad, su cimiento. Regañó, pero dentro del redil. El desencanto del propio clero produjo los grandes herejes, Wyclif y, en la generación siguiente, Jan Hus.

Las instancias de Catalina dieron a Gregorio XI el vigor necesario para resistir la presión del rey de Francia y los cardenales, contrarios a que el pontificado volviera a Roma. Carlos V insistió en que «Roma se halla donde esté el papa», y envió a sus

hermanos, los duques de Anjou y Borgoña, para que disuadiesen al sumo pontífice. Con idéntica intención, los cardenales se opusieron al regreso, porque los soberanos de Francia e Inglaterra, «tanto tiempo divididos por una guerra que destruye el mundo entero», celebraban conversaciones de paz que requerían su mediación. Gregorio no mudó de parecer. A pesar de sus presentimientos sombríos, creía que sólo su presencia retendría a Roma para el papado, y cuando la Ciudad Eterna prometió someterse si retornaba, le fue imposible dilatar su regreso.

Desoyendo su origen francés y su delicada salud, zarpó el mes de septiembre de 1376 en medio de una espantosa tempestad que, como si le avisase, maltrató sus barcos. En el postrer momento su anciano padre, el conde Guillaume de Beaufort, con el expresivo gesto de su tiempo, se arrojó a sus pies suplicándole que se quedase. Gregorio salvó su cuerpo de una zancada, y murmuró muy poco filialmente el texto de los Salmos: «Está escrito que “andarás sobre el áspid y el basilisco”». Un obispo, que viajaba por tierra, escribió: «¡Dios mío! ¡Ojalá las montañas se movieran y nos cerraran el paso!».

La inseguridad de la región hizo que no entrase en Roma hasta enero de 1377. Quince meses después, en marzo de 1378, Gregorio falleció. En el ínterin se había debatido, con tanta impotencia como su predecesor, Urbano V, en el torbellino de la política italiana. Estrechado por las dificultades e importunado sin tregua por los cardenales franceses para que volviera a Aviñón, se dijo que accedió a regresar; pero, presintiendo que su muerte se acercaba, esperó deliberadamente hasta fallecer en Roma, para que la elección del nuevo pontífice se verificase en ella y dejase al papado en el lugar que le correspondía. Su buena intención precipitó la crisis que perjudicaría a la Iglesia medieval más allá de lo expresable.

El cisma no tuvo relación con cuestiones doctrinales. Al cónclave romano asistieron dieciséis cardenales: uno español, cuatro italianos y once franceses, divididos en los partidos hostiles de lemosines y galicanos. Como ninguno de los dos estaba dispuesto a elegir un papa del bando opuesto, se efectuó una trabajosa obtención de votos que Robert de Ginebra, jefe de los galicanos, emprendió antes de la muerte de Gregorio. Puesto que no se lograba la mayoría de dos tercios para cualquier cardenal, se buscó alguien no comprometido y que asegurase que ningún francés triunfaría. Se reparó en Bartolomeo Prignano, arzobispo de Bari y vicecanciller de la curia, napolitano de cuna plebeya, bajo, corpulento, cetrino, muy trabajador y nada atrevido en apariencia. Los dos grupos franceses le consideraron manejable dados sus largos servicios en Aviñón. Aunque enemigo decidido de la simonía y la corrupción, con el temperamento excitable de los italianos meridionales, los cardenales, teniendo en cuenta su inferior extracción social, supusieron que le podrían gobernar y, sobre todo, convencerle del regreso al ámbito aviñonés.

Muerto Gregorio, los romanos, vislumbrando la última oportunidad de poner fin

al reinado de los papas franceses, enviaron una delegación de ciudadanos próceres al Vaticano para urgir la elección de «un hombre digno de la nación italiana», y más específicamente, nacido en Roma. En el colegio cardenalicio había dos romanos, el cardenal Tebaldeschi de San Pedro, «hombre bueno y santo», pero de edad y enfermo, y el cardenal Orsini, al que se tenía por demasiado joven e inexperto. Sus colegas los desechaban por la precisa razón de ser romanos.

Como estaban seguros de topar con dificultades, los franceses trasladaron sus casas con todos sus bienes, plata, joyas, dinero y libros, más el tesoro pontificio, al Castel Sant'Angelo, y exigieron que la ciudad tomase medidas que asegurasen el orden público y les protegiesen de la violencia y los insultos. Como mayor garantía, Robert de Ginebra vistió una cota de malla; y el español Pedro de Luna dictó su testamento. El colegio no prometió elegir a un romano, y se extendió el rumor de que un pontífice dominado por los franceses significaría el retorno del papado a Aviñón. Creció la excitación popular. Se reunió un gentío amenazador mientras los príncipes de la Iglesia, rodeados de «muchos soldados fuertes y nobles belicosos» entraron en el Vaticano para celebrar el cónclave. Oían al pie de las ventanas las gargantas del populacho gritando: «Romano lo volemo! (¡Queremos que sea romano!) ¡Romano! ¡Romano!». Compareció el espectro del fin de Cola di Rienzi y Jacob van Artevelde a manos de las turbas.

Temiendo por sus vidas, los cardenales pusieron la mitra y la capa pluvial al tembloroso y reacio Tebaldeschi para que apareciera en el trono como papa electo, con el objeto de tener tiempo de escapar a las plazas fuertes externas a la ciudad. Las campanas de San Pedro repicaron en medio del estruendo y confusión, y corrió la voz que delataba el engaño. Los aullidos de la multitud se convirtieron en «Non le volemo!» (¡No le queremos!) y «¡Mueran los cardenales!». Las espadas salieron de las vainas y quienes se habían emborrachado en las bodegas papales se mostraron cada vez más vociferantes e intratables.

Al día siguiente, 9 de abril, se anunció la elección del arzobispo de Bari como Urbano VI y, bajo nutrida guardia, le escoltaron sobre un palafrén blanco, en medio «de caras iracundas», durante el traslado tradicional a Letrán. La noticia de la elección y de la entronización se transmitió a los seis cardenales que permanecían en Aviñón, sin aludir para nada a la posibilidad de invalidar el nombramiento, obra de la intimidación. Al contrario, durante las primeras semanas del pontificado de Urbano, sus antiguos colegas se portaron como si lo diesen por bueno y le abrumaron con las peticiones usuales de beneficios y promociones para sus parientes.

El poder pontificio, que le elevaba por encima de los cardenales aristocráticos, embriagó a Urbano. El funcionario humilde y oscuro, por completo impreparado para el trono papal, se transformó de la noche a la mañana en implacable azote de la simonía. Le movía menos el celo religioso que el odio y los celos a los privilegiados. Riñó en público a los cardenales por su absentismo, lujo y vida lasciva, les prohibió retener o vender beneficios plurales, les vedó que aceptasen pensiones, dádivas de

dinero y otros gajes de origen secular, y ordenó al tesorero pontificio que no les pagase la mitad acostumbrada de las rentas de los beneficios, sino que la dedicase a la restauración de las iglesias romanas. Peor aún, les mandó que redujeran sus comidas a un solo plato.

Los zahirió sin tacto ni dignidad, mientras su cara se enrojecía y se le enronquecía la voz con la rabia. Los interrumpía con rudas invectivas y gritos de «¡Mentecateces!» y «¡Cerrad la boca!». Llamó *sotus* (majadero) al cardenal Orsini y quiso golpear al de Limoges, pero le contuvo Robert de Ginebra, que exclamó: «¡Santo Padre! ¡Santo Padre! ¿Qué hacéis?». Acusó al de Amiens, que había mediado entre Francia e Inglaterra, de recibir dinero de los dos países y prolongar la discordia para llenar su bolsa, lo que hizo que el cardenal se pusiera de pie y, con «altivez indescriptible», le llamara «embustero».

Arrastrado por el afán de imponerse, Urbano se entremetió en los asuntos laicos de Nápoles. Anunció que el reino estaba mal gobernado porque lo regía una mujer, Juana, y amenazó con meterla en un convento o deponerla por no haber pagado a la Santa Sede los tributos que Nápoles debía por ser feudo pontificio. En esta camorra gratuita, a la que se entregó con saña, se fundaron sus enemigos.

Cuesta describir de modo adecuado los sentimientos que Urbano despertó en quienes le habían alzado por encima de sí mismos. Alguno pensó que la embriaguez del poder le había convertido en *furiosus et melancholicus*, más claramente, le había enloquecido. Hubieran soportado sus iras e injurias, pero no su intromisión en sus rentas y privilegios. La crisis se declaró cuando Urbano se opuso a regresar a Aviñón, como habían convenido. En lugar de intentar, como se hizo antaño con un papa turbulento, la medida tibia de que firmase «capitulaciones» de su autoridad, los cardenales optaron por la fatal de deponerle. Como no existía procedimiento que permitiera zafarse de un pontífice incapaz, proyectaron anular la elección con el pretexto de que se había efectuado por miedo a la violencia del populacho. Innegablemente, estuvieron espantados en el momento de elegir a Urbano, pero también era cierto que habían decidido entronizarle antes de que sonara la más mínima amenaza.

Los primeros indicios de lo que se disponían a hacer se manifestaron en julio de 1378. Comenzaron a reunir apoyo militar con la ayuda del duque de Fondi, aristócrata napolitano. Mientras tanto, los romanos y sus tropas se congregaron en torno de Urbano, que había conquistado su simpatía al negarse a volver a Aviñón. Reforzó su situación concluyendo la paz con Florencia y levantando el entredicho, lo que alborozó al pueblo. Su mensajero, portador de la rama de olivo, hizo por una vez popular el pontificado entre los florentinos. La situación se precisaba. Los cardenales abandonaron Roma hacia la residencia pontificia veraniega de Agnani, con la escolta de los mercenarios bretones de Sylvestre Budes, que había estado en Suiza con Coucy. Desde ella, el 9 de agosto, publicaron una declaración a toda la cristiandad en la que anulaban la elección de Urbano, atendiendo que se había efectuado por «miedo

de sus vidas» y en medio del estrépito de «voces tumultuosas y horribles». Habiendo declarado vacante la Santa Sede, rechazaron por adelantado cualquier arbitraje de un concilio ecuménico, ya que sólo el papa podía convocarlo. En un manifiesto posterior, anatematizaron a Urbano como «Anticristo, diablo, apóstata, tirano, simulador e impuesto a la fuerza».

La deposición de un papa era acto de tan graves consecuencias que no resulta concebible que los cardenales desearan un cisma. Más bien actuaron con la convicción de que, al retirarse de la curia como un solo cuerpo, obligarían a Urbano a abdicar, o, en el caso peor, tendrían que deponerle con las armas. La compañía de Budes, como su brazo militar, ya había derrotado en julio en un tanteo de fuerza a otra de los partidarios romanos del papa.

La primera acción de los cardenales fue asegurarse el apoyo de Carlos V. Toda la información que había recibido el rey de Francia condenaba a Urbano, y sus intereses políticos se orientaban en la misma dirección. Convocó un consejo de prelados y doctores en derecho y teología el 11 de septiembre para que escuchasen a los enviados cardenalicios. Tras deliberar dos días, el consejo recomendó sobriamente al monarca que se abstuviera de una decisión precipitada en uno u otro sentido en «asunto tan elevado, peligroso y confuso». Se trató quizá de un efugio, pero también de una opinión prudente que Carlos no siguió. Nada hizo a la luz del día; no obstante, los acontecimientos posteriores delataron que prometería sin duda su apoyo a los cardenales. Fue el mayor error de su vida política.

Tras nuevos preparativos legales y esfuerzos para obtener la aprobación de la universidad de París, que no recibió al colegio cardenalicio, éste se retiró a Fondi, en el territorio de Nápoles, y en un cónclave del 20 de septiembre eligió papa a uno de ellos. En busca de un hombre enérgico y eficiente para hacer frente a las circunstancias, su designación resultó increíble. El escogido, entronizado y coronado, todo en un solo día, como Clemente VII fue nada menos que Robert de Ginebra, el «Carnicero de Cesena».

La elección de un antipapa se arriesgaba a introducir la división en el orbe cristiano, y los intereses del papado imponían que la designación fuese lo más bienquista posible de los italianos. Elegir al hombre temido y odiado en toda Italia denotó una embriaguez de poder casi tan demente como la conducta de Urbano. Tal vez, a aquellas alturas, el siglo XIV estuviera desquiciado. Si la defensa cuerda de los intereses propios sirve de criterio de juicio sano, «ninguna época estuvo más loca», sentencia Michelet. El colegio cardenalicio, dominado por los franceses, se despreocupó tanto de los sentimientos de Italia y atendió tanto al peligro que corrían sus ingresos en nombre de la reforma, que incluso los tres[*] cardenales italianos dieron su consentimiento tácito a la elección. Tal fue el fruto del exilio aviñonés. Sólo un materialismo y un cinismo radicales permitieron que Robert de Ginebra ocupase la cátedra de San Pedro. Las quejas de los reformadores no pudieron lograr motivo más elocuente.

«¡Oh, hombres desdichados! —exclamó Catalina, expresando la reacción de Italia —. Vosotros que debisteis alimentaros a los pechos de la Iglesia, ser las flores de su jardín, emitir dulce perfume, convertiros en los pilares de soporte del Vicario de Cristo y su barca, lámparas que alumbrasen el mundo y difundieran la fe…, vosotros que erais ángeles en la tierra, habéis elegido el camino de los demonios… ¿Por qué causa? El veneno del egoísmo destruye el mundo». Si su expresión fue algo confusa, sirvió también de medida de la reverencia en que se tenía a los grandes de la Iglesia y la sensación paralela de haber sido traicionados. Con su congénito sentido común, que a menudo se traslucía en sus cataratas verbales, Catalina no prestó fe a la afirmación de que los cardenales habían elegido a Urbano por coacción.

Urbano no abdicó, sino hizo lo contrario. Creó un nuevo colegio cardenalicio en una semana y alquiló una compañía mercenaria al mando del primer *condottiere* italiano, Alberigo da Barbiano, para que le defendiese. La guerra contra los cismáticos proporcionó una causa más a Catalina. «Llegó el tiempo de los nuevos mártires —animó a Urbano—. Vos seréis el primero que ha dado su sangre. ¡Qué gran fruto recibiréis!». Y así fue, al principio. Las fuerzas de Urbano triunfaron en una batalla contra las de su rival, mandadas por Sylvestre Budes y el conde de Montjoie, sobrino de Clemente. Recuperaron el Castel Sant'Angelo y apresaron a los dos capitanes enemigos, con el resultado de que Clemente hubo de huir de Roma y buscar refugio junto a Juana de Nápoles. Sin embargo, los napolitanos se mostraron hostiles con gritos de «¡Muera el Anticristo! ¡Mueran Clemente y sus cardenales! ¡Muera la reina si los protege!». Por ende, hubo de partir. No estando seguro en Italia, regresó con sus cardenales a Aviñón en abril de 1379.

El cisma se había convertido en hecho espantoso e incontrovertible, pues había un papa y un colegio cardenalicio en Roma y otro papa y otro colegio cardenalicio en Aviñón. Sería el cuarto azote de un siglo atormentado, tras la guerra, la peste y las compañías francas. Desde la elección de Fondi, todos los poderes soberanos habían tomado partido, a menudo estableciendo la desunión entre el gobernante y el clero, o entre el clero y el pueblo. Carlos V reconoció oficialmente a Clemente en noviembre de 1378 y dictó una proclama que prohibía la obediencia a Urbano, fuese de sacerdote o seglar, dentro de su reino. Rechazó una componenda por medio de un concilio ecuménico, que propuso la Universidad de París, porque no deseaba soluciones que fuesen contrarias a los intereses de Francia. La universidad, con hondo trastorno, hubo de someterse.

Inglaterra, en lógica oposición a Francia y al papa francés, permaneció leal a Urbano; Escocia, desde luego, aceptó el otro bando. Flandes, no obstante ser feudo de Francia, fue urbanista sobre todo porque el conde de Flandes seguía una política anglófila en la guerra. El emperador Carlos IV murió en el momento oportuno para ahorrarse una decisión, pero su hijo y sucesor, Wenceslao, a quien hacía poco París había agasajado con tanta prodigalidad, apoyó a Urbano y arrastró a casi todo el Imperio, excepto en áreas como Hainault y Brabante, muy unidas a Francia. La

actitud del nuevo emperador, que imitaron Hungría, Polonia y Escandinavia, representó un duro desengaño para Carlos V. Había imaginado que su opción sería compartida por otros soberanos y aislaría a Urbano, obligándole a abdicar.

Su antiguo aliado Enrique de Castilla murió antes de decidirse, y su hijo Juan I, al que Carlos apremió en favor de Clemente, prefirió mantenerse neutral, porque, aun siendo fiel a la alianza francesa, no podía obrar contra la conciencia de sus súbditos. Los plebeyos, nobles, clérigos y hombres cultos, escribió, eran urbanistas. «¿Qué gobierno, oh sabio príncipe, ha logrado triunfar de la conciencia pública apoyada en la razón? —preguntó sutilmente a Carlos—. ¿Qué castigos existen para someter el alma libre?». Durante su mando, en el que Castilla y León sufrieron no poca anarquía, Juan I dio a veces muestras de haber reflexionado sobre las relaciones del gobernante y los súbditos. Por desdicha, Carlos ya demostraba que era capaz de frustrar «la conciencia pública apoyada en la razón». La neutralidad durante el cisma, que Pedro IV de Aragón intentó también adoptar, resultó ilusoria. La presión política forzó a los dos reyes españoles, y asimismo a Portugal, a decantarse por Clemente.

Los actos de Urbano, después de haber sido repudiado, se hicieron más salvajes, irracionales e imprevistos. Excomulgó a Juana de Nápoles por haber socorrido a Clemente y la depuso en favor de uno de sus numerosos parientes, hambrientos de corona, Carlos de Durazzo. Sumió su papado en cruel conflicto. Riñó con Catalina de Siena por su tratamiento de Nápoles, y cuando ella falleció poco después, en 1380, a causa de las privaciones que se había impuesto, perdió la voz que más cálidamente le sostenía. Maquinó infinitas estratagemas para beneficiar a un sobrino indigno, Francesco Prignano, y recurrió a las armas cuando Carlos de Durazzo rehusó conceder ciertos favores a Francesco. Cuando aquél le sitió, el papa subió cuatro veces en un día para excomulgar a los asediadores desde las almenas. Si no estuvo loco antes, la desobediencia de los cardenales le había desquiciado por entonces.

Cada vez le aislaron más sus despropósitos y anhelo de venganza. Dos cardenales se pasaron a Clemente, pero los más comprendieron que debían permanecer con Urbano antes que someterse a los franceses. Proyectaron crear una especie de consejo de regencia para gobernar en lugar del papa demente, al que retendrían en custodia protectiva; pero el pontífice descubrió la conjura y apresó a los seis cardenales culpables. Un observador cuenta que, mientras los torturaban para que confesasen, Urbano se paseó junto a la ventana leyendo el breviario en alta voz, aunque prestando atención a los alaridos de las víctimas. Cinco fueron ejecutados por conspiración. El sexto, el inglés Adam Easton, se libró gracias a la intervención de Ricardo II y sobrevivió para atestiguar lo que había presenciado. A medida que los años transcurrieron, Urbano llegó a ser tan aborrecido y vilipendiado como su rival. Existiendo dos hombres semejantes, que se disputaban la jefatura de la Santa Iglesia, parecía que Dios tenía motivo suficiente para arrepentirse de haber establecido su Casa en la tierra.

De todos los «males extraños y adversidades» que se habían profetizado para

aquel siglo, el efecto del cisma en la opinión pública fue el más perjudicial. ¿Quién estaría seguro de salvarse, cuando un papa excomulgaba a los seguidores del otro? Cada cristiano se hallaba expuesto a condenarse, pues no había forma de saber a ciencia cierta cuál era el legítimo. Podía decirse al pueblo que los sacramentos administrados por sus sacerdotes carecían de validez, porque los había ordenado el «otro pontífice», o que el óleo bautismal no santificaba porque un obispo «cismático» lo había bendecido. En las diócesis controvertidas había dos obispos diciendo misa y proclamando que la del otro era sacrílega. Las mismas órdenes religiosas dividían su lealtad en diferentes países, con monasterios sometidos a priores adversarios y abadías desgarradas por las discusiones. En Flandes, por ejemplo, las rivalidades políticas y económicas de una ciudad, que se había aliado con los franceses en favor de Clemente, hicieron que los urbanistas, temerosos de vivir bajo el Anticristo, abandonaran sus hogares, tiendas y comercios para trasladarse a una diócesis de creencias «verdaderas».

Aunque el cisma no se debió a principios religiosos, así que pasó a ser un hecho ineluctable, los partidarios de uno y otro papa se sintieron separados por el mismo odio que caracterizó las posteriores guerras de religión. Para Honoré Bonet en Francia, Urbano aparecía como la estrella a quien se daba la llave del «abismo insondable» en el *Apocalipsis* de san Juan. El «humo de un gran horno» que surgía del abismo y oscurecía el sol era el cisma que entenebrecía el papado. Las langostas y escorpiones que lo acompañaban eran los «traidores romanos» que, al aterrorizar a los miembros del cónclave, habían impuesto una elección falsa.

El efecto financiero del cisma fue catastrófico, porque redujo a la mitad los ingresos pontificios. Con el fin de evitar la bancarrota, se redobló la simonía, se vendieron bajo presión los beneficios y promociones, se aumentaron los precios de las dispensas espirituales de todo género y se acrecentaron las tasas de los documentos que se solicitaban a la curia. Adquirió importancia económica la venta de indulgencias, germen de la Reforma. En vez de disminuir, los abusos se multiplicaron y minaron más aún la fe. Cuando moría un obispo o abad francés, según el Monje de Saint-Denis, autor de la *Crónica del reinado de Carlos VI*, los perceptores de impuestos de Aviñón se precipitaban como buitres para adueñarse de sus bienes y ajuar, con el pretexto de cobrar los diezmos eclesiásticos atrasados. «Por doquier se descuidó el servicio de Dios, disminuyó la devoción de los fieles, se estrujó al reino por su dinero, y los clérigos anduvieron de acá para allá bajo el peso abrumador de la miseria».

Los legados de cada papa no se desvivían ya por establecer la paz entre Francia e Inglaterra, sino que actuaban abiertamente en favor de una u otra en busca de apoyo militar que eliminase a su rival. Mientras tanto, la cristiandad se degradaba con los vituperios recíprocos y la vergonzosa lucha por el cuerpo de la Iglesia. La zarandeaban de un lado a otro, se apenó el Monje de Saint-Denis, «como una prostituta en el escenario de una orgía». Se convirtió en «tema de sátira y objeto de

risa para todos los pueblos del mundo, y se compusieron canciones al respecto todos los días».

Carlos V fue más responsable que nadie de que el cisma tomara cuerpo, porque Clemente hubiera estado perdido sin su asistencia. Éste reconoció su deuda en cuanto llegó a papa, concediendo al rey un tercio de los impuestos sobre el clero francés. Al final, Carlos nublaría cuanto había hecho para que Francia se recuperase. Pensando sólo en poner de nuevo el papado bajo la influencia francesa, supuso que podía imponer su candidato. Su sobrenombre de «el Prudente» no le inmunizó de la enfermedad profesional de los gobernantes: la excesiva confianza en su capacidad de dominar los hechos.

Nadie fue clementista más ardiente que Anjou, aunque por motivos personales. En cuanto se enteró de la elección de Clemente, el duque hizo que se proclamase en las calles de Toulouse, que se dijese una misa en la catedral y que se cantase un tedéum. Hablando del nuevo pontífice como de un «pariente próximo, de la estirpe, como yo, de la casa de Francia», ordenó que Languedoc le obedeciera, envió dinero a los cardenales y despachó representantes para conseguir el respaldo de Florencia, Milán y Nápoles. Clemente, cuando le derrotaron las tropas de Urbano y perdió Italia, pidió auxilio militar a Anjou. El precio de éste era un reino.

Por acuerdo confirmado con la bula del 17 de abril de 1379, Anjou reconquistaría los estados pontificios y se reservaría la mayor parte de ellos (con la excepción de Roma y Nápoles), con el nombre de reino de Adria, así llamado por el Adriático, a lo largo de cuyas riberas se extendería. A horcajadas sobre los Apeninos, incluiría Ferrara, Bolonia, Ravena, la Romagna, la marca de Ancona y el ducado de Spoleto. Sería feudo de la Santa Sede, a la que pagaría una cantidad anual de cuarenta mil francos. Anjou, cada tres años, regalaría al papa un palafrén blanco en prueba de vasallaje. La bula especificó que Adria y Nápoles jamás se unirían bajo un solo señor. Se concedió a Anjou un plazo de dos años para que juntase dinero y soldados; pero el acuerdo se anularía si dos meses después del término previsto no había dirigido una expedición a Italia o enviado un «general capaz» en su nombre.

Adria era un reino quimérico. Si las huestes pontificias, a pesar de las batallas, no habían logrado reconquistar el patrimonio de la Iglesia, no había razón para suponer que triunfase un príncipe francés donde ellas habían fracasado. Pero la desmesurada opinión de la potencia propia influiría cada vez más en la política de Francia a partir de aquel momento; y así se apartó de la realidad. Anjou era necesario para mantener a la reina Juana en el trono de Nápoles, única base de Clemente en Italia. Para que se interesase más en acudir en su defensa, se nombró a Anjou, primo lejano suyo, heredero de la soberana, que carecía de hijos. Pero, al nombrar a la misma persona futuro rey de Nápoles y monarca putativo de Adria, Clemente forjaba precisamente la monarquía unida que eliminaba en su acuerdo. Tal vez nunca esperó que Anjou cumpliera los dos propósitos. El destino del duque se hallaba en Italia, puesto que Nápoles le llamaba. No tardaría en recurrir a Coucy.

La política real, ya comprometida con él, necesitaba algo más que la expresión de su voluntad para convencer a los franceses de que defendieran la causa de Clemente. Se celebraron asambleas públicas en París, en abril y mayo de 1379, con el fin de demostrar a los notables y ciudadanos la invalidez de la elección de Urbano. El cardenal de Limoges, que había estado a punto de ser golpeado, compareció para relatar lo acontecido y jurar, con la mano en el pecho, poniendo a Dios, ángeles y santos por testigos de su veracidad, que los cardenales habían votado a Urbano «por miedo a la muerte». En cambio, declaró, Clemente había sido elegido según derecho y en las condiciones precisas para la designación de un pontífice legítimo. A continuación, Carlos V dijo que todos los escrúpulos de conciencia en cuanto a aceptar a Clemente quedaban satisfechos, pues resultaba claro que un hombre del prestigio y la sabiduría del cardenal de Limoges no «condenaría su alma por amor u odio a una persona viva». En reuniones siguientes, otros cardenales confirmaron la versión, con juramentos solemnes de que habían sido coaccionados.

Se obtuvo el asentimiento formal de un grupo impresionante congregado, el 7 de mayo, en el castillo de Vicennes, en presencia del rey, Anjou y el señor de Coucy, entre otros nobles principales, ministros, prelados y doctores en teología. Después de que cada cardenal declaró por turno a las preguntas del monarca cuanto sabía de las circunstancias, con el fin de iluminar a los vacilantes y «fortalecer su fe», la asamblea, con el corazón angustiado en muchos casos, votó unánimemente en favor del nuevo papa. Una semana más tarde, en beneficio del público, se celebró una gran ceremonia en la plaza de Notre-Dame, donde, en un estrado erigido para aquella ocasión, los cuatro cardenales, con la asistencia del duque de Anjou, proclamaron la entronización de Clemente VII y declararon cismático a cualquiera que le negase obediencia.

La universidad de París no dio su brazo a torcer. Los doctores en teología, menos obligados por el compromiso de los cargos públicos, no cedieron tan fácilmente como los obispos. La sucesión de san Pedro era asunto serio para ellos. Aceptaron a Clemente el 30 de mayo, obedeciendo a las exigencias imperiosas del soberano, pero de mala gana, de modo que distó de ser unánime y que presagió quebraderos de cabeza. Dos años después, tras la muerte de Carlos V, las cuatro facultades se resolvieron a favor de un concilio ecuménico que acabase con el cisma y recurrieron a la corona para que lo convocase. Bien que la autoridad para convocarlos pecaba de incierta, se habían celebrado hasta entonces quince concilios de aquella naturaleza con el objeto de solventar graves cuestiones doctrinales. La petición de la universidad, en 1381, presentada por el teólogo Jean Rousse, se dirigió al hostil duque de Anjou, entonces regente. Como advertencia amedrentadora de que aquellas charlas debían enmudecer, hizo que encarcelaran a Rousse en el Châtelet. El agravio al clero y la universidad suscitó escándalo, que no se acalló siquiera cuando Rousse fue liberado a cambio de una orden de Anjou que prohibía cualquier discusión sobre el concilio o la elección pontificia.

Ofendidos y desencantados, prominentes doctores en teología huyeron a Roma al lado de Urbano. No fueron los únicos que partieron. Los estudiantes y las facultades urbanistas, negándose a aceptar a los clementistas, se encaminaron a las universidades italianas, imperiales y de Oxford. «El sol del conocimiento ha sufrido un eclipse» en Francia, comentó uno de los profesores tránsfugas. Se inició en aquel período la decadencia de la universidad parisiense como gran centro cosmopolita.

En Inglaterra, el cisma guió a Wyclif a la esquina que doblaba hacia el protestantismo. Al principio aplaudió a Urbano como reformador; pero, al hacerse más flagrantes los abusos financieros de los dos papas, consideró a ambos como Anticristos y el cisma como el lógico fin de la corrupción pontificia. Creía que los resultados serían malos, puesto que la Iglesia permitía cambiar la penitencia por dinero. Desesperando de que la reforma desde el interior fuese posible después del cisma, llegó en 1379 a una conclusión radical: la Iglesia, incapaz de reformarse por voluntad propia, debía quedar sometida a la supervisión seglar. Veía entonces al rey como vicario de Dios en este mundo, del cual procedía la autoridad de los obispos, y a través del cual el Estado, custodio de la Iglesia, podía imponer la reforma. Pasando de los abusos eclesiásticos a atacar la teoría, Wyclif estaba ya preparado a barrer toda la superestructura eclesial: pontificado, jerarquía y órdenes. Había llegado a rechazar la autoridad divina de la Iglesia, y concluyó entonces por rechazar su esencia: el poder de los sacramentos, en especial el de la eucaristía.

Culminando su herejía, transfirió la salvación desde la mediación de la Iglesia al individuo: «Pues cada hombre que se condene lo hará por su culpabilidad, y cada hombre que se salve lo conseguirá por sus propios méritos». Inadvertido, nacía así el mundo moderno.

Wyclif tuvo amigos poderosos cuando predicó la expropiación de los bienes temporales de la Iglesia, pero los perdió, temerosos de la herejía y de las fauces del infierno, cuando rechazó el sistema sacerdotal. En 1381 un consejo de doce doctores de la universidad de Oxford declaró heterodoxas ocho de sus tesis y catorce heréticas, y le prohibió que siguiera dando clases o que predicase. Se silenció su voz, pero su obra se propagó al extenderse la lectura de la Biblia en inglés. Wiclif y sus discípulos lolardos tradujeron todas las Escrituras del latín en el arriesgado intento de abrir un camino directo a Dios, esquivando a los sacerdotes. En la fiera reacción futura, luego de la revolución de los campesinos, cuando se acosó a los lolardos como hermanos de la subversión, y la simple posesión de una Biblia inglesa podía condenar a un hombre como hereje, multiplicar las copias de las Biblias manuscritas fue trabajo arriesgado y corajudo. Si se tienen en cuenta las ciento setenta y cinco que se conservan, y el número de las que se destruyeron durante la persecución y se perdieron en el decurso de los siglos, manifiesta que centenares de ellas se escribieron laboriosamente en secreto. Wyclif murió en 1384. La corriente de protesta, a medida que se intensificó la represión, se hundió en el subsuelo. Cuando el concilio de Constanza condenó a Jan Hus, en 1415, a la hoguera como hereje, se desenterraron los huesos de Wyclif y

se quemaron al mismo tiempo. La Iglesia, a pesar del cisma, continuó dominando. La quiebra de las estructuras antiguas y famosas es lenta e interior, y la fachada la oculta.

Europa se dividió entre dos pontificados, y la Iglesia se politizó en busca de apoyo secular durante la lucha de los rivales. Por ello resultó cada vez más difícil atajar el cisma a medida que los años transcurrían. Todos los hombres ilustrados reconocieron que perjudicaba a la sociedad y procuraron descubrir los medios de recuperar la unidad; pero en el cisma, como en la guerra, los enemigos interesados mantenían abierta la brecha. La solución lógica era el concilio ecuménico que propugnaban la universidad de París y muchos individuos. Sin embargo, los dos papas lo rechazaron porque significaba un reto a su supremacía. El aborrecible abismo que partía la cristiandad en dos duraría cuarenta años. Según el dicho popular, que arraigó a fines del siglo, nadie había entrado en el paraíso desde el principio del cisma.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 17

EL ASCENSO DE COUCY

Coucy, ya por entero francés, fue el brazo derecho del soberano hasta el fin del reinado. Carlos V, aunque tenía cuarenta y un años, sentía el apremio del tiempo. Su esposa, Juana de Borbón, de su misma edad, falleció de fiebres puerperales en febrero de 1378 después del nacimiento de Catalina. Tres semanas más tarde murió la última de sus cinco hijas mayores, de modo que de sus ocho descendientes sólo quedaron dos varones y la recién nacida. El rey se apenó mucho de la pérdida de su mujer, «y lo mismo hizo mucha buena gente, pues los monarcas se amaban tanto como el mejor de los matrimonios». Un mes más tarde se produjo el óbito —causa del cisma— del papa Gregorio XI, con quien Carlos había estado estrechamente asociado, a lo que siguió la desaparición de su tío el emperador y poco más tarde la de su constante aliado Enrique de Castilla. Todas estas defunciones debieron de presentarle una visión de lo limitado de la vida, y de paso el deseo de dejar su reino íntegro y en paz antes de que le llegara la muerte.

Con tal fin tenía que cerrar las tres puertas de peligro que representaban las constantes traiciones de Carlos de Navarra, la alianza del duque de Bretaña con Inglaterra, y la guerra persistente con este país. El estratégico dominio de Coucy, sus talentos militar y diplomático, y la evidente honradez y lealtad que Gregorio XI había podido comprobar en él, le convirtieron en el fulcro del esfuerzo real. Su primera misión fue la de dirigir una campaña que eliminase a Carlos de Navarra de Normandía de una vez para siempre.

Enterado de que el navarro negociaba de nuevo en secreto para facilitar otra vez la entrada de los ingleses en el territorio normando, Carlos V juró expulsar a su desleal vasallo de todas las ciudades y los castillos que tenía en él. El pretexto legal se lo ofrecían los dos hijos del traidor, en nombre de los cuales podían recuperarse los feudos del de Navarra en Normandía. Su madre, hermana del rey, había fallecido, y Carlos se hallaba, por lo tanto, en situación de exigir su custodia con un argumento indiscutible: que ambos se hallaban bajo sus cuidados en la corte francesa en aquel período. No se ha aclarado por qué su padre permitió que aquello sucediera, a menos que le sirviera de tapadillo para sus tratos con Inglaterra.

Se consiguió la prueba de su traición cuando su chambelán, Jacque de Rue, llegó a París con cartas para los dos hijos. Al ser interrogado, Rue atestiguó con entera libertad —sin ser atormentado, como el rey procuró que constara en la crónica oficial — que el navarro proyectaba envenenar al monarca de Francia después de Pascua por mediación de un sobrestante de la panadería regia. Luego, aprovechándose del desconcierto que crearía la sucesión de un menor, rompería las hostilidades

apoderándose de las fortalezas francesas situadas a lo largo del Sena, mientras los ingleses desembarcaban en Normandía.

Era algo fácilmente creíble en un príncipe que ya había atentado contra la vida de su otro cuñado, el conde de Foix, en un melodrama que resume la idiosincrasia del siglo XIV. Foix se había casado con la coqueta Inés, hermana del de Navarra; pero, siendo hombre de pasiones impetuosas, no cesó en sus galanteos, con el resultado de que Inés fue a rumiar su despecho al lado de Carlos. Los cuñados ya estaban enemistados por una cuestión de dinero. Gastón, muchacho de quince años, hijo de Inés, acudió a suplicar a su madre que regresara, cosa a la que ella no accedió, porque, exigía la petición debía partir de su marido. Carlos de Navarra entregó a su sobrino una bolsa conteniendo ciertos polvos, diciéndole que despertaría en su padre el deseo de reconciliarse, pero que había de mantenerse en secreto para que surtiera efecto. Vuelto Gastón a Foix, su hermano bastardo Yvain descubrió la bolsa de polvos y la mostró al conde. El perro que comió parte del contenido murió en medio de convulsiones espantosas.

El conde, a quien se impidió que matase a su heredero y único hijo legítimo allí mismo, le encarceló e interrogó a cuantos habían ido con él a Navarra. Quince de ellos fueron ejecutados. Gastón, desesperado al comprender que su tío había intentado que cometiese parricidio, se negó a comer. Foix, a quien informaron de ello, mientras se arreglaba las uñas con un cuchillo, se precipitó a la celda de su hijo, le cogió del cuello exclamando «¡Ah, traidor! ¿Por qué no comes?», y le cortó involuntariamente la yugular. El muchacho se tumbó de lado sin decir una palabra y murió aquel mismo día. Otro pecado mortal se sumó a la sobrecargada conciencia del navarro.

Se tuvo la corroboración de los crímenes y traiciones de Carlos de Navarra contra el rey de Francia, cuando se encontró el código de su correspondencia cifrada en la persona de un segundo consejero, también detenido, llamado Pierre du Tertre. Las pruebas reunidas y las confesiones firmadas de los dos consejeros se hicieron públicas en su juicio, que se celebró con extraordinaria solemnidad ante una asamblea de magistrados, clérigos, notarios, mercaderes y visitantes de París. Los reos fueron condenados a muerte y ejecutados. Sus cadáveres descabezados se colgaron de la picota y sus miembros amputados en las cuatro puertas principales de la capital. De esta manera se justificó públicamente la transferencia de la lealtad de los súbditos normandos de Carlos de Navarra a sus hijos.

La campaña de Normandía ya estaba en marcha. Al primer indicio de traición de Navarra, el rey había reunido un ejército en Rouen y convocado con urgencia a los señores de Coucy y Rivière, a quienes entregó el mando, bajo la jefatura nominal del duque de Borgoña. Temiendo los desembarcos ingleses, les instruyó que conquistasen los castillos y ciudades de su enemigo, sobre todo los próximos a la costa, con tanta rapidez como les fuera posible, bien con las armas, bien por medio de negociaciones. Bureau de la Rivière, chambelán real, con quien Coucy estaría muy unido en aquella

campaña y en lo futuro, pertenecía al grupo de consejeros de extracción burguesa a quienes los hermanos del rey llamaban con zumba «Monitos», aludiendo a las grotescas figurillas de piedra que atisbaban desde las cornisas y pilares de las iglesias. Era un magistrado cortés y gentil, a quien Carlos V tenía mucha estima. Le había dado poder decisorio en el consejo de regencia que había establecido por si moría durante la minoridad del delfín.

La colaboración de Coucy y Rivière reflejó la estrategia militar y política que se emplearía. El asedio de poblaciones amuralladas era lento y caro. Las conquistas rápidas se obtendrían mediante la rendición negociada, lo cual únicamente era factible con una persuasiva exhibición de fuerza y, en muchos casos, con un combate inicial. Para aumentar su eficacia, los hijos de Carlos de Navarra acompañaban a las tropas, en prueba, evidente para todo el país, de que se luchaba por la herencia de aquellos muchachitos.

Bayeux, ciudad bella y fuerte, en la base de la península del Cotentin, en la que podía esperarse un desembarco inglés (a dieciséis kilómetros de un lugar que se llamaría playa de Omaha), fue el primer objetivo importante. Juntando sus huestes al pie de las murallas, y mostrando a los jóvenes herederos como señores legítimos, Coucy y Rivière comunicaron con léxico impresionante a los ciudadanos que, si la población era tomada al asalto, serían acuchillados y la ciudad se repoblaría con otras gentes. El problema en todas las circunstancias consistió en que los capitanes de las guarniciones navarras, a quienes se acusaría de traición o quedarían deshonrados si no se defendían, no tenían los mismos motivos para ceder que los habitantes. Y como las guarniciones solían encerrarse en la ciudadela si los asediadores irrumpían, librándose así de la muerte y el saqueo que estragaban a los pobladores, preferían sostener el cerco antes que entregarse.

Nada pudo hacer la guarnición de Bayeux. Los ciudadanos, influidos por los derechos de los hijos del de Navarra y la oratoria del obispo, solicitaron una tregua de tres días para discutir las condiciones, asunto siempre espinoso y que demandaba la redacción, firma y sellado de los ejemplares del trato que recibirían ambas partes. Cumplidos estos requisitos, Coucy y Rivière entraron en la ciudad y tomaron posesión de ella en nombre del rey de Francia. Sustituyeron los magistrados por los que ellos designaron, dejaron una guarnición para sofocar rebeldías y continuaron península adelante hacia otra plaza fuerte. Castillos y poblaciones, atacados con armas y palabras, se tomaron sin grave pérdida de tiempo, aunque no sin medidas activas de asedio, murallas minadas y choques bélicos con heridos y muertos en los dos bandos. En beneficio de la rapidez, Coucy y Rivière concedieron sin dificultad condiciones favorables y permitieron que ciertos partidarios de Navarra fuesen adonde se les antojase. En efectiva unión con Rivière, Enguerrand exhibió la capacidad, que compartía con el soberano, de buscar con frialdad el éxito de sus fines políticos, con la diferencia a su favor de que era al unísono hombre de acción.

Carlos de Navarra no estaba presente, porque en el sur le atacaba el rey de

Castilla, y pocos de sus aliados ingleses comparecieron por culpa de los vientos contrarios. Un grupo logró ocupar Cherburgo, pero lo paralizó el asedio de los franceses. En otras partes, los capitanes navarros se hallaban en un aprieto: si se resistían recibirían escasa ayuda; si se rendían, el rey de Navarra perdería sus posesiones normandas. Evreux, corazón de ellas, de fuerte guarnición y población leal, presentó duro combate a Coucy y Rivière. Dieron un asalto diario, y estrecharon el cerco con tanto rigor que capituló. La caída de Evreux entusiasmó al soberano, que fue a felicitar a sus capturadores. Sólo Cherburgo, que los ingleses podían pertrechar desde el mar, sostuvo los sitios prolongados que mandaron, ora Du Guesclin, ora Coucy, y permaneció en poder de Inglaterra.

Con tal excepción, Carlos de Navarra había perdido todos sus dominios normandos a fines de 1378. Se arrasaron las murallas y fortificaciones de sus plazas fuertes para que no las utilizasen más los enemigos de Francia. En el sur, el señorío de Montpellier, su última posesión francesa, pasó al duque de Anjou. Arrinconado por último, tras treinta años de conjuras incansables, el rey de Navarra hubo de vivir durante una década, miserable y solitario, en su reino montañés, demasiado angosto para sus ambiciones. Fue como si Satanás hubiese sido encerrado en un aprisco.

Famosos caballeros, que serían compañeros de Coucy en futuras aventuras, participaron en episodios de la campaña normanda, entre ellos el hermano de la reina difunta, el duque Louis de Borbón, hombre de buen carácter y mediocre; el enérgico nuevo almirante, Jean de Vienne; y, lo que fue más notable, el tuerto Olivier de Clisson, que corrió con una compañía al auxilio de Coucy en el cerco de Evreux. Estas personalidades tan diferentes se unieron, entonces u en otra ocasión, en la especial camaradería de la hermandad de las armas, acuerdo formal en el que los compañeros redactaban los términos de ayuda mutua y división a partes iguales de los beneficios y rescates.

Clisson procedía de una familia turbulenta comprometida en los bandos de Bretaña. Felipe VI ordenó decapitar a su padre, al averiguarse sus tratos con Eduardo III: le hizo apresar durante un torneo, le arrojó a la mazmorra y le arrastró casi desnudo, y sin juicio previo, al tajo. La esposa de la víctima, se dijo, llevó la cabeza de su marido desde París a Bretaña, la mostró a su hijo de siete años y le arrancó el juramento de venganza y odio eterno a Francia. Después, en una embarcación sin cubierta, zarandeada por la tormenta, llegaron medio muertos de hambre a Inglaterra, donde Eduardo, que procuraba captar la lealtad de los bretones, los colmó de favores y bienes.

Olivier se educó en la corte inglesa junto a Jean de Montfort, su duque, cuyos celos y antipatía eran recíprocos. Clisson hacía gala de altivas maneras aristocráticas, basadas en una elevadísima opinión de sí mismo, pero se le llegó a llamar «el Patán» por la grosería de su lenguaje. En cumplimiento de la venganza que había jurado,

peleó contra los franceses con increíble ferocidad en Reims, Auray y Cocherel, y en la española Nájera. Manejaba su hacha con tanta fuerza, que, se decía, quien recibía un golpe de ella jamás volvía a levantarse; no obstante, no consiguió desviar el hacha enemiga que le partió el yelmo y le vació un ojo. Durante la guerra en Bretaña, Montfort le encolerizó agasajando a John Chandos, y cuando premió al inglés con una población y un castillo, Clisson denunció al duque por desleal, atacó y arrasó la fortaleza donada y usó sus piedras para reconstruir la de su propiedad.

Carlos V le devolvió las tierras confiscadas por su padre y le hizo dones, incluso enviándole caza como a un amigo. Fuesen estos argumentos materiales o, como aseguraba, que no podía soportar más tiempo la arrogancia de los ingleses con los franceses, Olivier se incorporó a los leales de Francia en 1369 y aplicó su ferocidad contra sus antiguos aliados. Llegó al paroxismo cuando supo que su escudero, herido y capturado por los soldados de Inglaterra, había sido asesinado, porque supieron que era el suyo. Olivier hizo voto colérico «por la Madre de Dios, durante todo este año, por la mañana y por la noche, no dar cuartel a los ingleses…». Al día siguiente, aunque falto de máquinas de sitio, atacó una fortaleza enemiga con rabia y la conquistó haciendo una carnicería. Sólo supervivieron quince defensores. Después de encerrarlos en una torre, mandó que los dejaran salir de uno en uno, y cuando cruzaron la puerta, los fue decapitando de un solo tajo de su hacha descomunal. Así, con quince cabezas a los pies, vengó a su escudero.

El sereno Coucy y el salvaje bretón debieron complementarse, porque los dos poderosos barones, según el biógrafo de Clisson, vivieron siempre en perfecta armonía. Por entonces, Enguerrand perdió en circunstancias dolorosas a Owen de Gales, su camarada de la campaña suiza. Mientras él estaba en Normandía, Owen dirigió el asedio de Mortagne, en la costa atlántica, junto a la desembocadura del Garona. Madrugó una bella y clara mañana, y sentado en un tocón, en camisa y con capa, contempló el castillo y el paisaje, como era su costumbre, mientras su escudero galés, James Lambe, le peinaba. Aquel hombre hacía poco que había entrado en su servicio, como paisano que le traía noticias del terruño. Le había asegurado que todo Gales se alegraría de tenerle por señor. Situado detrás de él, en la mañana tranquila, antes de que los demás se hubieran levantado, James Lambe hundió una daga española en su cuerpo, «atravesándole con tal limpieza que se desplomó muerto».

Los ingleses habían comprado al asesino, tal vez para eliminar un foco de agitación en la frontera galesa, o, como creyeron los contemporáneos, para castigar la muerte miserable en la cárcel del *captal* de Buch, a quien Owen había capturado. Fue una villanía cometida en un hombre desarmado, como reconoció el capitán inglés de Mortagne, sometida a cerco, cuando Lambe le informó de lo que había hecho. «Meneó la cabeza, le miró con ferocidad y exclamó: “Ah, le has asesinado… Pero tu crimen nos aprovecha…, y por eso nos acusarán más que nos ensalzarán”». Carlos V, aunque muy airado, no lamentó tampoco la desaparición de Owen, saqueador que había cometido muchos hechos nefandos. Su asesinato expresó un género de

animosidad nacido de la guerra. Los homicidios pagados, dentro de la cofradía de los caballeros, fue una innovación del siglo XIV.

En el comedio de la campaña de Normandía, Coucy hubo de trasladarse para defender la tierra lindante con la frontera flamenca. El conde de Flandes, cuya juvenil lealtad a Francia había sido tan ardiente cuando huyó de Isabella, hacía tiempo que se había inclinado a favorecer a los ingleses por motivos económicos. Se presentó como una amenaza cuando concedió asilo al duque de Bretaña, que había repudiado el vasallaje francés para unirse a Inglaterra. El rey Carlos decidió acabar de golpe con el problema bretón, confiscando el ducado a Montfort en vista de que era felón a su soberano. Convencido de que la mayor parte de los nobles de Bretaña era francófila, proyectó unir el ducado a la corona de Francia por medio de Jeanne de Penthièvre, rival de Montfort; pero en lugar de eliminar aquel avispero no hizo más que irritarlo.

En diciembre de 1378, en un ceremonioso tribunal de justicia, en presencia del monarca, Montfort fue juzgado *in absentia* —no respondió a la convocatoria— ante sus iguales. Los doce pares seglares y los doce eclesiásticos de Francia constituían un cuerpo elástico en que generaciones de barones de Coucy figuraron unas veces y otras no. Froissart menciona específicamente a Enguerrand VII con tal título; en aquella ocasión fue uno de los cuatro barones sentados «en la flor de lis», entre los pares de sangre real y una superabundancia de dieciocho prelados, incluidos cuatro abades mitrados. El ujier real, después de convocar a Montfort tres veces en voz alta —en la entrada de la cámara, en la Mesa de Mármol del patio, y en la puerta del palacio—, informó de que no era habido. El procurador leyó entonces la acusación, citando las traiciones, crímenes, injurias y vejaciones del duque, amén del asesinato del sacerdote que le habían mandado para requerir su asistencia. (Al estilo de los Viscontis, Montfort había ahogado al emisario en el río con la convocatoria ligada al cuello.) Tras una interminable exposición jurídica de los derechos y pretensiones al ducado, el título del felón se declaró nulo y el rey anunció la incorporación de Bretaña a la corona.

El error de Carlos se evidenció inmediatamente. Hubo un estallido de rebeldía en el ducado independentista, incluso en las filas francófilas. Se resucitó la inacabable disputa. Como Montfort estaba en connivencia con Flandes y los dos con Inglaterra, el monarca temió una invasión en la frontera septentrional. El dominio de Coucy era necesario para la defensa de aquellos lugares.

En febrero de 1379 Carlos V envió a su tesorero, Jean le Mercier, y a un funcionario, con el título de visitante general de la propiedad real, para que inspeccionasen la baronía de Coucy con instrucciones de «mirar, aconsejar e informar sobre el dominio de dicho señor». En marzo, recibido el informe de Mercier, el propio rey estuvo durante una semana en Coucy-le-Château y otros castillos y poblaciones de Enguerrand. A causa de su salud, el soberano asistió desde una litera a

una cacería de ciervos organizada en su honor. Ningún documento indica que Coucy recibiera al monarca, lo cual hace presumir que se hallaría en el norte reclutando gente para la defensa, o en Normandía, en el cerco de Cherburgo.

Acompañaba a Carlos el poeta áulico Eustache Deschamps, quien compuso en seguida una balada sobre los atractivos de la baronía. Maestro en la acrobacia verbal del verso francés de su tiempo, y realista y satírico en el fondo, Deschamps se retrató a sí mismo como el «rey de la fealdad», con piel de oso y cara de simio. Hombre de origen humilde, había ingresado en el servicio del soberano como mensajero, ascendió a macero, baile y *châtelain* de las propiedades reales y, en el reinado siguiente, ocupó el cargo de sobrestante de aguas y bosques, y, en fin, el de *Général des finances*. Pronto a poetizar en cualquier ocasión —compuso un total de mil seiscientas ochenta y cinco baladas, seiscientos sesenta y un rondeles, ochenta virolaes, catorce layes y obras misceláneas—, describió en verso los «baluartes para hombres valerosos» de los castillos de Saint-Gobain, Saint-Lambert y La Fère, los parques de Folembray, la encantadora casa solariega de Saint-Aubin, la caza de grullas con halcones y el famoso *donjon*:

> *Quien ansíe conocer una tierra deliciosa,*
> *en la que palpita el corazón del reino de Francia,*
> *con fortalezas de poder magnífico,*
> *altos bosques y lagos de dulce aspecto,*
> *debe encaminarse a Coucy.*
> *Allí hallará lo que no tiene igual,*
> *donde nació el grito* Coucy à la merveille!

Se ha conjeturado que Carlos pensaba comprar Coucy, para que fuese la corona quien poseyera la mayor plaza fuerte del septentrión. La adquisición de grandes feudos tenía precedentes. Enguerrand había obtenido de aquel modo Soissons, bien que de forma indirecta. No obstante, no se ha explicado cómo le hubieran compensado adecuadamente por un dominio tan vasto, ni por qué hubiera accedido a los deseos del monarca. Pero se ha pensado en que sólo tenía una hija capaz de heredar, porque la otra era irrevocablemente inglesa.

Se negociaba entonces el matrimonio de Marie de Coucy. A los trece años era una de las candidatas al enlace con el hijo, recién enviudado, del rey de Aragón,[*] siendo las otras Yolande (Violante) de Bar, sobrina del rey, y Catherine de Ginebra, hermana del papa Clemente. Vacíos como aquél no duraban mucho. A los ocho días del óbito de su mujer, el príncipe aragonés envió representantes a Coucy, al duque de Anjou, tío de Yolande, y al conde de Ginebra, con el encargo de arreglar cuanto antes el asunto con cualquiera de los tres. Yolande fue la elegida. Marie se casó con Henri de Bar, hermano de la reina aragonesa, hijo primogénito del duque de Bar y Marie de

Francia, hermana de Carlos V. El matrimonio con el heredero de un gran ducado en la frontera lorenesa mantuvo la tradición de los importantes parentescos por lazos conyugales de los Coucys.

Tal vez incitado por aquel éxito matrimonial, que le unía a la realeza, u orgulloso de sus éxitos normandos, Enguerrand creó en aquel tiempo una orden de caballería, a la que dio el nombre altisonante de orden de la Corona. Como expuso Deschamps, que celebró el instituto en un poema, la Corona simbolizó la grandeza, el poder, la dignidad, la virtud y el refinado comportamiento que rodeaban al rey. Sus puntas eran las «doce flores de la autoridad»: Fe, Virtud, Moderación, Amor de Dios, Prudencia, Verdad, Honor, Fuerza, Misericordia, Caridad, Lealtad y Generosidad, que «brillaban sobre los inferiores». Después de 1379, el sello de Coucy muestra un fondo de coronitas y una figura erecta sosteniendo una corona —con significado ahora desconocido— invertida. Por sublime que fuera su nombre, la orden tenía espíritu democrático: acogía a damas, damiselas y escuderos.

La muerte de Isabella en Inglaterra en 1379 dejó a Enguerrand en libertad para casarse de nuevo. Menos precipitado que el príncipe de Aragón, o muy ocupado en negocios urgentes, tardó siete años en hacerlo. Nada resultó de la visita real a la baronía, pero el soberano no la olvidaba.

El joven monarca no dio más suerte a los ingleses en la guerra. Se había perdido el dominio indisputado de Eduardo III sobre el canal de la Mancha, gracias a la continua alianza de Carlos con la potencia naval castellana y a su programa de construcción de barcos. Cuando una fuerza, al mando del duque de Lancaster, logró desembarcar cerca de la población bretona de Saint-Malo, ya se había invertido la situación de Cherburgo. La ciudad, que los franceses defendían, no sólo sostuvo el asedio, sino también hostigó tanto al duque, que hubo de retirarse abrumado por el fracaso. Los plebeyos de Inglaterra, dicen los cronistas, murmuraron de los nobles que no habían realizado nada en aquella ocasión. Los fracasos produjeron algo más que murmuraciones. Mientras Lancaster estaba atollado en Bretaña, los franceses y los piratas escoceses capturaban los barcos ingleses. A las quejas de los mercaderes, los aristócratas y prelados del consejo real se limitaron a responder que la defensa competía a Lancaster y su escuadra.

Ante ello, John Philpot, regidor acomodado, superior de la Compañía de Abarroteros y futuro alcalde de Londres, reunió una flota privada, con una tripulación de mil marineros y soldados, y partió para combatir a los piratas, a varios de los cuales prendió con sus naves. Cuando, después de su triunfal acogida en Londres, el consejo le convocó para que justificase su acción, que el soberano no había autorizado, resumió en su acalorada réplica la creciente exasperación del Tercer Estado ante la ineficacia del Segundo. Había gastado su dinero y arriesgado sus hombres, dijo, no para humillar a los nobles, ni para cobrar fama caballeresca, sino

«apiadado de la miseria del pueblo y del país, que de ser un reino distinguido y dominador de naciones, ha sido expuesto por vuestra negligencia a los desafueros de la raza más vil. Puesto que no movisteis la mano en su defensa, expuse mi persona y mi propiedad por la seguridad y la liberación de nuestra patria». Incluso si Philpot y sus colegas se preocuparon ante todo de la «seguridad y liberación» de sus negocios, no por eso careció de validez su queja contra los protectores de la nación.

Los dos contendientes, a los que el éxito no asistía en la guerra, ansiaban la paz. La reanudación de las hostilidades en Bretaña había equilibrado el triunfo francés en Normandía, y el cisma había intensificado el ambiente de enemistad en todas partes. Consciente de su decadencia física, Carlos V no quería que pesasen sobre su hijo las luchas con Bretaña e Inglaterra. Las conversaciones anteriores a la muerte de Eduardo habían concluido sin fruto, dejando tensiones evidentes. Para evitar debates irritantes, se propuso una «reunión» por separado: los ingleses pararían en Calais y los franceses en Saint-Omer, a treinta y seis kilómetros de distancia, mientras el obispo de Rouen oficiaría de intermediario. El proyecto, pospuesto a causa del cisma, se adoptó para llevar a cabo otro intento de concierto en septiembre de 1379.

Coucy, Rivière y Mercier, y un par de personas más, fueron los plenipotenciarios de Francia en las conversaciones, y, además, los delegados de un encuentro con el conde de Flandes, al que se esperaba persuadir para que mediase en un acuerdo con el duque de Bretaña. Pero el conde se encontró con una insurrección local, que, sobreponiéndose a la represión e involucrando a todas las facciones, sumiría a Flandes en una ruinosa guerra civil.

La sublevación de los habitantes de Gante no tuvo relación con la de los obreros que dominaron Florencia en el año anterior. Los sucesos de las dos ciudades textiles, aunque independientes y espontáneos, iniciaron un torbellino de luchas de clases en el quinquenio siguiente. Las revueltas se debieron a la miseria de los trabajadores y a la fuerza que les prestaron las alteraciones de la sociedad tras la Peste Negra. En Florencia, Flandes, Languedoc, París e Inglaterra, de nuevo en Flandes y el norte de Francia, se sucedieron una a otra sin vínculo visible, salvo en la última fase. Unas fueron rurales y otras urbanas; unas brotaron de la desesperación y otras del vigor; pero el mismo factor precipitó todas: los impuestos insoportables.

En Gante, donde los tejedores disponían de muchísima fuerza, el conde puso la situación en el disparadero cuando estableció un tributo sobre la ciudad para financiar un torneo. Los ciudadanos se negaron a pagar al grito de un mercader encolerizado de que el dinero que tributaban no debía despilfarrarse en las locuras de los príncipes, ni en el mantenimiento de histriones y bufones. El conde, echando mano de la rivalidad de las poblaciones mercantiles, se aseguró el apoyo de Brujas con la promesa de que construiría un canal que la enlazase con el mar, con provecho de su comercio y detrimento de los ganteses. Cuando quinientos zapadores empezaron la obra que desviaría el río Lys, Gante envió una milicia al ataque, y desde aquel instante el conflicto se desarrolló como una célula se multiplica por mitosis. Froissart escribió

sobre las graves tribulaciones que empezaban en Flandes: «¿Qué dirá quien esto lea u oiga leer sino que fue obra del diablo?».

Al propio tiempo se declaró la revuelta en el extremo opuesto, en Francia, en Languedoc, donde el hambre, la opresión, la guerra y los impuestos habían dejado un surco de pobreza bajo el riguroso gobierno del duque de Anjou. Éste, impaciente, temerario y habituado a forzar los acontecimientos, ejercía en la práctica poder soberano sobre una región que era parte del reino. Devoraba sus ingresos de un bocado, sin distinguir lo que invertía en su uso personal de lo que dedicaba a la defensa de Languedoc o de Francia. Para compensar la reducción de los fuegos, consecuencia de la peste, elevó cada año los fogajes, sin compensar al pueblo con una mejora de la protección debida. Las compañías francas penetraban aún en los valles y obligaban a las aldeas a pagar para zafarse del pillaje. En 1378 se sumaron nuevos impuestos sobre los alimentos a los que pesaban sobre las ventas, y cuando los recaudadores de tasas, como agentes de la Inquisición, emprendieron el registro de las casas, fue como si lloviera sobre mojado.

«¿Cómo viviremos así? —protestaron los grupos, reuniéndose ante la imagen de la Virgen para implorar su ayuda—. ¿Cómo alimentaremos a nuestros hijos y a nosotros mismos, si ya no podemos pagar los enormes tributos que los ricos nos ponen en su beneficio?». Los tumultos y desórdenes se propagaron, hasta transformarse en revueltas en 1379, cuando el consejo de Anjou estableció un impuesto gravosísimo de doce francos por fuego, sin convocar los Estados y pidiendo simplemente la aprobación de los ayuntamientos. El duque estaba entonces en Bretaña, dirigiendo la guerra. La ira de los súbditos oprimidos reventó con violencia extraordinaria contra cuantos mandaban: funcionarios, nobles y alta burguesía municipal, a quien el vulgo cargaba la culpa del nuevo tributo. «¡Matad! ¡Matad a los ricos!» fue la voz, como relató más tarde el señor de Clermont. Y añadió: «Caballeros y otra buena gente del campo y la ciudad temieron por sus vidas». A ello se agregó otro temor que infunden las asonadas, el de que, «si no se suprimía con rigor la infame insolencia del populacho, ocurrirían cosas peores».

En Le Puy, Nîmes, Clermont y otras poblaciones surgieron chusmas armadas, saquearon las moradas de los pudientes y perpetraron actos salvajes, incluso, se informó, «abrieron los cadáveres en canal con sus cuchillos y comieron como fieras la carne de hombres bautizados». En octubre la conmoción llegó al colmo en Montpellier, donde mataron a cinco consejeros de Anjou y otros ochenta fueron destrozados, según se rumoreó. Los insurgentes enviaron emisarios para provocar una revuelta general; pero, careciendo de la sólida base industrial y de las tradiciones flamencas de lucha, lo suyo no fue más que una llamarada pronto suprimida. Clemente VII, que dependía de la autoridad de Anjou en Languedoc, mandó al punto al cardenal Albano, nativo de la región, para que sosegase al pueblo y le avisara de lo terrible del castigo del crimen de lesa majestad. Los jefes de la rebelión, a los que amedrentaba lo hecho, se dejaron convencer y se sometieron a la generosidad del rey.

El sino de Montpellier se dramatizó deliberadamente con fines de escarmiento. En el día del regreso del duque de Anjou, en enero, una enorme procesión de ciudadanos de más de catorce años cruzó la puerta de la población tras el cardenal, los funcionarios supervivientes, clérigos, monjes, y el claustro y los estudiantes de la universidad. Alineados a los lados de la carretera, se postraron de hinojos gritando «¡Piedad!», a medida que el duque y sus soldados armados de punta en blanco pasaban entre ellos. A lo largo del recorrido hubo magistrados con la indumentaria de su cargo, pero sin manto, mujeres vestidas con sobriedad, hombres con dogales al cuello y todos los menores de catorce años. Los grupos caían por turno de rodillas pidiendo misericordia. Se rindieron humildemente las llaves de las puertas y el badajo de la gran campana. Durante los días siguientes, por orden de Anjou, se entregaron todas las armas y los principales edificios a sus guerreros.

Luego, en una plataforma alzada en la plaza mayor, el duque anunció el feroz castigo. Condenó a muerte a seiscientos individuos, un tercio de los cuales sería ahorcado, otro decapitado y otro quemado; se decomisarían sus bienes y sus hijos sufrirían servidumbre perpetua; se confiscarían la mitad de las propiedades de todos los ciudadanos, se impondría una multa de seis mil francos y se pagarían los gastos que la insurrección había acarreado al duque; se arrasarían las murallas y puertas de la población, y la universidad perdería sus derechos, pertenencias y archivos.

Un fuerte lamento acogió la sentencia, el cardenal y los prelados rogaron encarecidamente, la universidad lloró y las mujeres y los niños se arrodillaron y gimieron. Al día siguiente se publicó que se perdonaban casi todos los castigos. Había sido una ficción. Una carta de Carlos V al cardenal, fechada dos meses antes, había indicado su intención de ser misericordioso, pero había que mostrar el poder que la corona tenía para castigar.

Los sucesos de Languedoc tuvieron a largo plazo determinado efecto: se clavaron en la conciencia del rey, ya que habían revelado la desesperación de sus súbditos, lo que, dada la concepción medieval, tal vez tuviera graves consecuencias en el instante de su muerte. De momento, conociendo la avaricia, los abusos de su hermano y la sombra de impopularidad que proyectaban sobre el trono, Carlos redujo el fogaje y retiró a Anjou del cargo de gobernador de Languedoc. Por desdicha, quien le sustituyó, después de un intermedio bajo Du Guesclin, fue el duque de Berry, cuya administración rapaz, no compensada con el tacto político, resultó, aunque pareciese imposible, peor que la de su antecesor.

En abril de 1379, Coucy y Rivière, con varios colegas nuevos, acudieron a unas conversaciones de paz sostenidas en Boulogne. Tenían poderes para hacer más concesiones territoriales y de soberanía, y para ofrecer una vez más un matrimonio, el de Catherine, hija menor de Carlos, con Ricardo II. En las seis negociaciones de los últimos seis años, el espejismo de la paz había burlado a quienes lo perseguían. En el

mismo período, descontado el éxito francés en Normandía, la continuación de la guerra no había concedido la ventaja a ninguno de los dos bandos; en cambio, a causa del antagonismo y la suspicacia crecientes, había complicado la situación.

Los ingleses se presentaron con dos propósitos: obtener algo con la diplomacia y alargar los tratos mientras preparaban otro ataque. La rebelión de Montfort les proporcionaba la ocasión de penetrar en Francia y recobrar los dominios que consideraban suyos. Desde que Carlos había repudiado el Tratado de Brétigny y los reveses siguientes, odiaban a los franceses por haberlos desposeído, en su criterio, con falsedad y artería de sus territorios. No cumplían sino con tibieza el deber de proteger a sus compatriotas, pero los combates ultramarinos, que les ofrecían botín, no se llevaban a cabo por falta de entusiasmo, sino de dinero. Habiendo agotado los demás procedimientos, los fondos para la expedición a Bretaña se obtuvieron en 1379 con un impuesto de capitación gradual, que incluía a sacerdotes y labradores de niveles más bajos que los anteriores. Calculado, con la vaguedad corriente acerca el número de habitantes, en cincuenta mil libras, produjo sólo veinte mil, todas las cuales se invirtieron en una flota mandada por John Arundel.

Éste, a quien detuvieron hasta el invierno la falta de vientos y la amenaza de un desembarco francés, llevó parte de su ejército a Southampton para impedir un ataque enemigo, y desde allí se portó de modo que apenas se distinguió del de un adversario. Además de saquear el campo, acuarteló a sus soldados y arqueros en un convento, y les permitió que violasen a su antojo a las monjas y cierto número de viudas pobres que se albergaban en él, y que las llevasen con ellos a los buques cuando pudieron zarpar. Arundel era quien había pedido tocar el dinero antes de defender las ciudades litorales de los franceses en una ocasión anterior. Si se presta crédito a Walsingham, lo empleó en una ostentación tan extremada como su brutalidad. Se cuenta que embarcó con cincuenta y dos trajes bordados en oro, y caballos y equipo evaluados en siete mil libras.

El convoy zarpó en diciembre. Le sorprendió un recio temporal, durante el que ordenó que los barcos se aligerasen lanzando al mar las mujeres secuestradas, maltrató a la tripulación y, habiendo golpeado al piloto, sufrió el justo castigo de estrellarse en las rocas de la costa irlandesa. Se perdieron veinticinco embarcaciones con todo los pertrechos y sólo hubo siete supervivientes. Las olas arrojaron a tierra, tres días más tarde, el cadáver de Arundel. Rechazada por el temporal, el resto de la flota no logró cruzar a Francia y se perdió el dinero de los impuestos.

Ya en 1378 los Comunes se habían quejado de la sangría económica de una guerra en la que ya no percibían interés nacional alguno. El conflicto proporcionaba negocios y medios de vida a mucha gente, además de los nobles, cierto; pero los Comunes protestaron que aquello era competencia del rey y que había gastado cuarenta y seis mil libras en mantener Calais, Cherburgo, Brest y otros lugares, de los cuales ellos no eran responsables. El gobierno contestó que el buen mantenimiento de aquellas «barbacanas» ultramarinas era la salvaguarda del reino, «de lo contrario no

tendríamos descanso ni paz, pues el enemigo encendería la guerra en los umbrales de nuestras casas, lo que Dios no quiera». La argumentación no debió de convencer a las poblaciones del litoral del mediodía, en cuyos umbrales encendían la guerra las despiadadas incursiones de franceses y castellanos. En agosto de 1380 incluso Londres tembló cuando una audaz fuerza de Castilla subió veinticuatro kilómetros por el Támesis para saquear Gravesend y dejarla envuelta en llamas.

Respondiendo a los Comunes, el consejo real aseguró que las cabezas de puente en Francia daban al soberano puertas y entradas para apurar al enemigo cuando estuviera a punto para actuar. Fue una declaración reveladora de las intenciones de los partidarios de la guerra, que encabezaba el tío menor del rey, el conde de Buckingham. Este orgulloso, fiero e intolerante hombre de veinticinco años era una versión tardía del Bertrand de Born, del siglo XII, que había exhortado con tanto entusiasmo a sus iguales, los caballeros, a no renunciar a la lucha.

Los ingleses renovaron en marzo de 1380 sus promesas de ayuda a Montfort, pero las pospusieron mientras se llevaban a cabo los intentos de paz en Boulogne. Coucy y sus compañeros ofrecieron nuevos ajustes y cesiones, y todo el condado de Angulema como dote de Catherine, sin calmar la suspicacia de los ingleses, quienes imaginaban que todo aquello era una astucia para impedir que ayudasen a Montfort. Pero, en lo básico, su resistencia a trabar la paz era el deseo de continuar peleando, entonces reforzado por el cisma.

El papa Urbano, que aún no había perdido el juicio, ejercía cuanta presión podía para impedir el matrimonio de Ricardo con una princesa francesa, y defendía el enlace con la hermana de Wenceslao, Ana de Bohemia, que uniría Inglaterra y el Imperio en un eje urbanista. Inglaterra, antipapista cuando sólo había un pontífice, tenía que decantarse por uno cuando existían dos. Los consejeros de Ricardo rechazaron la boda francesa, se rompieron las negociaciones y dos años más tarde el soberano inglés y Ana de Bohemia se unieron. Debió de abrumar a Carlos la ironía de que fuese el cisma, del que era responsable, lo que hubiese frustrado sus ansias de paz. «Todo el ingenio de este mundo», escribió Langland a modo de epitafio,

> *no puede conferir paz entre el papa y sus enemigos;*
> *ni entre dos reyes cristianos imponerla,*
> *de modo que beneficie a sus pueblos.*

Tampoco iban mejor las cosas a Carlos en Bretaña. Coucy y otros intervinieron en varias misiones en busca de una fórmula de arreglo, y la asamblea bretona de los Tres Estados suplicó de manera emocionante que se perdonase a su duque. Pero Carlos desconfiaba en exceso de Montfort para restaurarle, y Montfort no quería saber nada del soberano que había confiscado su ducado. Para otros, en particular para Du Guesclin, la situación era un brete de lealtades contrapuestas. Le desagradaba

combatir contra sus paisanos bretones, y sus enemigos en la corte propalaban bulos sobre él. Por consiguiente, partió de Bretaña para dirigir una campaña contra las compañías francas de Auvernia. Estaba sitiando un castillo cuando se sintió enfermo y murió en julio de 1380. Mientras se celebraba su entierro en el mausoleo real de Saint-Denis, con los mismos honores que si hubiese sido hijo del rey, otra expedición inglesa, al mando de Buckingham, se había puesto en marcha. Francia se hallaba sin condestable en el momento en que el enemigo se acercaba, y cuando la guerra o la intranquilidad dominaban Bretaña y Flandes.

En los urgentes consejos habidos para elegir el sucesor de Du Guesclin, Coucy y Clisson eran los principales candidatos. Se ofreció al primero el cargo más alto y lucrativo del reino por la «gran reputación» que había ganado en Normandía y el aprecio que el rey le tenía.

Como primer jefe militar, el condestable era superior a los príncipes reales; los ataques contra su persona se consideraban crímenes de lesa majestad. Era responsable de la cohesión de las fuerzas armadas, y del mando táctico cuando el rey no intervenía en las campañas. Con la dirección del reclutamiento, alistamiento, aprovisionamiento y demás medidas bélicas, tenía inmensas posibilidades de enriquecerse. Si el monarca no acaudillaba, su bandera ondeaba sobre las ciudades tomadas; le pertenecía en teoría todo el botín, salvo el dinero y prisioneros reservados para el rey y la artillería, que correspondía al jefe de los ballesteros. Además de un salario fijo de dos mil francos mensuales, tanto en paz como en guerra, recibía al emprender una campaña una cantidad igual a la paga de un día de todos los mercenarios contratados. Incluso si eso se destinaba a gastos militares, ofrecía al recipiendario una infinidad de ocasiones apetecibles. Y, prescindiendo de los beneficios del cargo, el condestable se había convertido, al dilatarse la guerra, en un personaje que frisaba en la dignidad real.

Coucy declinó el nombramiento por razones que se ignoran. Explicó al rey que, para retener Bretaña, el condestable debía ser alguien bien conocido de los bretones y familiarizado con ellos, alguien como Clisson cuyo nombramiento aconsejaba. La excusa no resultaba muy convincente. Desde luego, la cuestión de Bretaña era crucial; sin embargo, si había de llegarse a un acuerdo con Montfort, la persona más idónea era Coucy, antiguo cuñado suyo, y no Clisson, su enemigo mortal. Coucy y Montfort habían estado casados con hijas de Eduardo III, y aunque sus mujeres habían fallecido, el vínculo establecía una relación importante en la Edad Media, y de hecho determinaba la elección de Coucy como mediador.

Algo falla en la explicación de Coucy. Resulta improbable que, como el papa de Dante, renunciara porque se creyese inadecuado para la función propuesta. La modestia no era un rasgo típico de los Coucys, y Enguerrand VII, si se juzga por sus sellos y la orden de la Corona, se estimaba en mucho. Aceptó sin dudar todo lo que le propusieron —guerra, diplomacia, misiones secretas, campañas en el extranjero, administración interior—, incluyendo la misión que le costaría la vida. La

complicación creciente de los asuntos públicos le transformó en estadista, y no fue simplemente un espadachín montado en un caballo. Su rango, proezas e importancia territorial hubieran atraído en todos los casos sobre él los cargos militares, pero sus restantes cualidades le hacían indispensable para el trono. Inteligencia, tacto, destreza retórica y evidente sensatez se iban haciendo más útiles que la tradicional impetuosidad irreflexiva del caballero envuelto en el capullo de hierro.

Entonces, ¿por qué rehusó el cargo? La circunstancia de que el mariscal Sancerre, a quien se ofreció a continuación, hiciera lo mismo, indica la existencia de un motivo común a ambos, tal vez ligado a la mala salud del monarca. Carlos V moriría dos meses más tarde, y tal vez su fin fuese visible. El delfín era menor. La idea de que los tres hermanos del rey, rapaces, ambiciosos y hostiles entre sí, lucharían por dominar durante la regencia, debió de hacer políticamente peligroso el puesto de condestable. Coucy tenía más cosas que perder que ganar con él. A diferencia de Clisson, que lo aceptaría, evitaba buscarse enemigos, y, con sus grandes posesiones y antiguo linaje, no necesitaba el cargo para satisfacer el ansia de poder y categoría.

El rey le nombró entonces capitán general de Picardía y le concedió la ciudad, el castillo y el señorío de Mortaigne en la frontera septentrional, entre Tournai y Velenciennes, para asegurarse de que aquella avanzada se hallaba en manos firmes. También le designó miembro del consejo de regencia del delfín, por quien Carlos se sentía cada vez más preocupado desde la muerte de la reina. El cargo de condestable continuó vacante debido a la resistencia de los duques reales a que lo ocupase Clisson.

El 19 de julio de 1380, día en que Coucy tomó el mando de Picardía, el conde de Buckingham desembarcó en Calais y, con una fuerza que las cuentas del pagador fijan en cinco mil sesenta hombres, inició una marcha de devastación y saqueo en la región de la que Coucy era responsable. Para costear la expedición, el monarca inglés había recurrido a imponer un diezmo al clero y un tributo sobre la exportación de lana y cueros; pero como no se tenían aún los réditos, el rey tuvo que pignorar las joyas de la corona por diez mil libras, sólo suficientes de momento. En adelante, los mercenarios cobrarían gracias a los productos del pillaje. Como las pérdidas navales habían reducido el número de embarcaciones, la fuerza expedicionaria tuvo que cruzar poco a poco, y tardó dos semanas en efectuar el viaje de un par de días por el estrecho del canal que lleva a Calais. Fue imposible navegar directamente a Bretaña.

La incursión de Buckingham sería en la práctica una copia exacta de la de Lancaster, llevada a cabo siete años antes: una elección consciente de las privaciones, hambre e inutilidad. El objetivo estratégico consistía en proporcionar apoyo a Montfort, en Bretaña, y recobrar las bases que Inglaterra había tenido en la región. No obstante, Buckingham, como Lancaster, en lugar de dirigirse sin dilación hacia su meta, dio un largo rodeo hacia el este, a través de Champaña y Borgoña, en busca de combate y botín. La misma táctica produjo los mismos resultados, y hay que preguntarse por qué se incurrió en aquella demente persistencia.

Thomas de Buckingham es parte de la respuesta. Agresivo y despiadado por temperamento, y tan altivo y dominante como su hermano el Príncipe Negro, le irritaba la absorción del poder por Lancaster y se veía como sucesor del valor y la gloria de su padre y su hermano mayor. Los de Inglaterra creían que vivían aún en el período triunfal de Poitiers y Nájera. «Los ingleses están tan contentos de sí mismos y han conocido días tan buenos [en la guerra], que imaginan que no pueden perder», comentó Clisson al desertar de ellos.

El soldado más experto de Inglaterra, Robert Knollys, y otros caballeros famosos, como Thomas Percy y Hugh Calveley, acompañaron a Buckingham a Francia. Los atraía, lo mismo que a hombres más jóvenes, el deseo personal de medir sus armas, de buscar reputación y beneficios, y el daño que pudieran inferir a los franceses. Para los caballeros pobres, escuderos y hacendados, la guerra era un medio de vida. Como dijo Buckingham: «Viven mejor en campaña que en la paz, pues no hay beneficio en vivir quieto». Muchos caballeros combatían para «prosperar», como decían. No pensaban en la estrategia nacional, y Bretaña apenas pasaba de ser un pretexto.

Con una fuerza compuesta a partes iguales de hombres de armas y arqueros, los ingleses recorrieron Artois y Picardía en orden cerrado, por si los franceses atacaban. «¡Habrán de batallar como desean antes de que terminen su marcha!», dijo Coucy a los caballeros que le informaron de la ruta del enemigo, aunque sabía muy bien que el rey no gustaba de los choques militares. Carlos V no se desviaba de su criterio sobre la guerra. Como no le gustaba luchar físicamente, el orgullo personal no le impedía aprovechar las lecciones de la experiencia, ni vacilaba en herir el de la caballería con alusiones a las derrotas sufridas. Le había marcado permanentemente su iniciación bélica en el día espantoso de Poitiers. Su psicología era contraria a la mítica inglesa del éxito y su convicción de que no podía perder. De los principales encuentros de la primera parte del conflicto había concluido que una hueste no podía ser dirigida de manera digna de confianza, y que los resultados tenían demasiada importancia para dejarlos al azar de la lucha.

Coucy, en el cuartel general de Péronne, junto al Somme, convocó a todos los caballeros y escuderos de Artois y Picardía. Los documentos le muestran yendo de un lugar a otro, a Hesdin, Arras, Abbéville y Saint-Quentin, pasando revistas y desplegando unidades en defensa de las ciudades, pues anhelaba evitar pérdidas debidas a un descuido. Se ignora hasta qué punto, siendo hombre de espada, compartió la política del rey; cumplió las órdenes de eludir la batalla, mientras seguía la marcha de Buckingham, incluso cuando dejó un rastro de pueblos quemados en sus dominios; pero algunos de sus actos revelan que compartía la impaciencia de los caballeros por librarse del freno atormentador de la contención.

Partidas de nobles franceses se mantenían próximas a la hueste inglesa para contener sus merodeos, y aquella inmediación presentó tentadoras ocasiones de combatir. Aunque una fuente describe a los franceses como *immobilis quasi lapis* (inmóviles como piedras), las escaramuzas resultaban casi inevitables y, en conjunto,

no les favorecieron. En una ocasión, tras una enconada lucha a caballo y a pie, de una hora de duración, los ingleses apresaron a dieciocho hombres de una partida de treinta; en otra, los franceses advirtieron que el adversario era más fuerte, tocaron a retirada y huyeron. «Los caballos notaron el estímulo de las espuelas y muy oportunamente aquellos señores encontraron las barreras [de la ciudad] abiertas», pero no antes de que quince fuesen capturados. Un escuadrón de treinta ingleses, ansioso de ejecutar una hazaña, partió al amanecer con los forrajeadores, pero se vieron frustrados en su propósito principal cuando un grupo de importantes señores franceses escapó ante ellos. «¡Dios! —exclamaron—. ¡Qué fortuna hubiera sido la nuestra si los hubiésemos capturado, pues nos habrían pagado cuarenta mil francos!».

Una vez estragado el campo, los invasores exigieron provisiones a las ciudades que atacaban. Cuando Reims, de fuertes murallas, se las negó, se desquitaron prendiendo fuego en una semana a sesenta pueblos de los alrededores. Al descubrir varios miles de corderos apacentados en zanjas externas a las murallas de la ciudad, enviaron hombres cubiertos por los arqueros. Éstos dispararon con tanta puntería, que los de Reims no se atrevieron a hacer una salida ni a comparecer en los baluartes. Los ciudadanos, al oír la amenaza de que incendiarían las mieses ya maduras, les entregaron dieciséis cargas de pan y vino.

De esta suerte, Buckingham entró en Borgoña, donde dos mil caballeros y escuderos de Francia se habían reunido con talante de desobedecer las indicaciones del rey y luchar. Los principales nobles del reino: Borbón, Coucy, el duque de Bar, Eu y el almirante Jean de Vienne, se hallaban presentes a las órdenes de Felipe el Atrevido, duque de Borgoña. Armado de pies a cabeza, con el hacha en la mano, el duque revisó sus fuerzas con ánimo belicoso. Los heraldos se destacaron de los ejércitos con desafíos y retos. Con todo, el soberano prohibió desde su habitación que se combatiese a menos que los franceses tuvieran superioridad decisiva. Borgoña no osó desobedecerle, pero los frenos se rompieron cuando un caballero inglés murió en una pelea. En respuesta del reto del enemigo, un grupo de caballeros, entre ellos Coucy, se enzarzó en dura pelea con los invasores ante las mismas puertas de Troyes. El resultado fue indeciso, Buckingham se retiró, los franceses le siguieron, suplicando al rey que no dejara escapar al adversario. Carlos contestó: «Dejadlos. Se destruirán a sí mismos».

Los franceses tuvieron ventaja numérica en el Loira. Coucy y sus camaradas estaban dispuestos a pelear, con la aquiescencia del rey o sin ella, antes de que los ingleses cruzaran el Sarthe y entraran en Bretaña. Mientras tanto, Carlos, que había seguido negociando, consiguió que Nantes, clave de Bretaña y profrancesa, no recibiera al enemigo y declarase su lealtad a Francia sin hacer referencia a Montfort. Los ingleses cruzaron el Sarthe en la primera semana de septiembre, y en la misma Carlos enfermó de manera fatal. El absceso de su brazo se había secado, anunciando la muerte, y los médicos y el paciente aceptaron la señal. Llevado en litera a su castillo favorito de Beauté, junto al Marne, el monarca hizo llamar a sus hermanos y

cuñado —pero no a Anjou, a quien esperaba mantener lejos del tesoro real—, y tomó disposiciones para el viaje de su alma.

Felipe el Atrevido corrió a París, y lo mismo hizo Coucy por su responsabilidad de miembro del consejo de regencia. Anjou, cuyos partidarios parisienses le avisaron, salió a uña de caballo de Languedoc, fuese o no fuese bienquisto.

El rey sufrió mucho físicamente en sus últimos días, pero su angustia mental fue incluso peor. Dos cosas gravitaban sobre su conciencia: su intervención en el cisma y la legalidad discutible de sus impuestos. Había dilatado las concesiones temporales de los Estados en un decenio de tributos continuos, y aunque los había usado en defensa del reino y la «prosperidad pública», había henchido sus arcas personales al propio tiempo y comprado la fidelidad de la aristocracia con el dinero del pueblo. ¿Qué diría Dios? Había levantado a Francia de un montón de ruinas; había anulado, salvo en Calais, las conquistas de los ingleses en tiempos de su abuelo y su padre; había expulsado a Navarra para siempre de Normandía; y si la paz se le había escapado, con su firmeza de propósito en bien de la nación, había justificado la lealtad de cuantos se habían sentido franceses en el momento de elegir.

Pero había conseguido todo aquello a costa de empobrecer al pueblo. La sublevación de Languedoc había revelado que aquél era el precio, y Carlos sabía, por los informes de los cobradores de impuestos, los amenazadores murmullos que sonaban acerca de él. La opresión de sus súbditos tenía efecto sobre el destino de su alma, pues los tributos ilegales de un soberano despertaban la ira divina, y las quejas de quienes había abusado le seguirían hasta su juicio celestial. En su época el autor anónimo de la alegoría *Songe du Vergier* («Sueño del leñador») tildaba de tiranos a todos los príncipes que abrumaban a sus súbditos con impuestos insoportables, y los teólogos advertían a los gobernantes que, si esperaban salvarse, debían anular todas las exacciones y restituir lo debido a grandes y pequeños. Esta esperanza dictó el último acto del rey.

Pocas horas antes de su muerte, vestido por completo y reclinado en un lecho, ante un contristado grupo de prelados, señores y consejeros representantes de los tres estamentos, el rey, con voz débil, habló ante todo del cisma. Insistió, en apología turbada y divagante, que había buscado en aquello y lo demás el camino más seguro, que, si alguna vez se dijera que los cardenales habían obrado por inspiración del demonio, «podéis estar seguros de que mi elección no se debió a motivos de parentesco, sino a las declaraciones de dichos cardenales y al consejo de prelados, clérigos y consejeros»; y, finalmente, que obedecería la decisión del concilio ecuménico de la Iglesia y que «Dios no puede reprocharme si, en mi ignorancia, obré en contra de lo que sentencie la Iglesia en lo futuro». Fue la declaración de un hombre muy preocupado.

En la Edad Media, el viajero que se acercaba al umbral de la muerte se sentía impelido, muy a menudo, a repudiar lo que había hecho en su existencia. En lo tocante a los impuestos, el soberano más escrupuloso de su tiempo repudió el

ejercicio de su autoridad. Anunció los términos de una ordenanza que abatiría y demolería los fogajes «de aquí en adelante, porque es nuestro placer, deseo y orden con estos mismos escritos, que no sean corrientes en nuestro reino y que a partir de ahora nuestro pueblo y súbditos no hayan de pagarlos, sino que queden libres y descargados de ellos».

Existían otros tributos indirectos, pero el del fogaje era el básico en que descansaba el sistema financiero. Decretar que ya no sería corriente equivalía a engañar al pueblo y privar a sus sucesores —en el supuesto que el decreto se cumpliera— de los medios de gobernar. El acto de Carlos no fue una aberración. Habían existido antes de él monarcas que anularon impuestos y devolvieron las rentas fraudulentamente obtenidas, y agonizantes que llevaban a cabo restituciones y establecían legados que, si se hubiesen cumplido, hubieran llevado a sus familias a la bancarrota. Carlos había amasado una enorme fortuna para su hijo, pero, en 1380, la teoría de que el rey debía vivir de sus dominios era una ficción maltrecha. Como bien sabía Carlos, para gobernar se necesitaba un fundamento económico constante y regular; pero, en el frío de la muerte, antepuso a ello las exigencias de su alma.

El rey recibió la extremaunción, recomendó su hijo de doce años a sus hermanos y los acosó hasta su último aliento para que anulasen los impuestos: «Quitadlos tan pronto como podáis». Bureau de la Rivière, arrodillado junto al lecho, besó al soberano. Hicieron salir de la cámara a los llorosos asistentes para que gozara de paz en sus últimos momentos. Murió el 16 de septiembre de 1380, y su última ordenanza se proclamó al día siguiente. Se creó una situación explosiva entre el regocijado público y los sentimientos encontrados de los hermanos del soberano difunto.

En el mismo mes, Buckingham tuvo en Bretaña una acogida ambigua. Montfort era un maquinador consumado que pasó toda su vida sopesando enemigos y aliados, intrigando, discutiendo, peleando y pactando con todo el mundo. Muerto Carlos, estaba dispuesto a hacer las paces con el nuevo rey. Inició las negociaciones con los franceses, al mismo tiempo que firmaba un compromiso, lleno de juramentos, de colaborar con Buckingham en el asedio de Nantes. Pero la desgana de los nobles bretones en apoyar un ataque contra sus mismos paisanos decidió a su señor a inclinarse por Francia. Coucy, que defendía con calor la reconciliación con Bretaña, fue uno de los negociadores que concluyeron un tratado con Montfort en enero de 1381. Buckingham, a quien su aliado no informó, halló que las ciudades y los castillos le cerraban sus puertas, y que las provisiones desaparecían detrás de las murallas. Durante los meses invernales su agotado ejército fue de un lugar a otro, sin comida ni cobijo. Por último, cuando Montfort le dijo que debía retirarse, se embarcó hacia Inglaterra en marzo de 1381. Excepto los ascensos individuales, rescates y desmedrado botín reunido en la campaña, Buckingham y los suyos no habían logrado ningún objetivo militar, «con gran desencanto suyo y molestia de toda la nación inglesa».

Los dos países, con reyes menores de edad, sufrieron el mando de tíos ambiciosos

y enfrentados, quienes, careciendo de corona, ejercieron el poder sin responsabilidad alguna. La guerra se amortiguó; en cambio, las tensiones internas llegaron al punto de ebullición.

CAPÍTULO 18

LOS GUSANOS DE LA TIERRA CONTRA LOS LEONES

«¡Que el diablo se lo lleve! ¡Ha vivido demasiado! —gritó un obrero al enterarse de la muerte del rey—. ¡Hubiéramos salido ganando si hubiera muerto hace diez años!». Al cabo de unos meses del óbito del monarca, Francia experimentó el estallido de la clase trabajadora que ya había sacudido a Florencia y Flandes. Aparte los impuestos sofocantes, proporcionaron el impulso el creciente rencor de los pobres contra los ricos y la demanda consciente de los ínfimos de mayores derechos dentro del sistema. La concentración de la riqueza se agudizó en el siglo XIV, multiplicando el número de pobres, mientras que las catástrofes reducían a multitudes de individuos a la miseria y la carestía. Los desheredados habían sido tratables mientras la caridad les aseguró la subsistencia mínima; pero la situación se alteró cuando la población urbana aumentó con quienes huían de la guerra y la peste, y mostró una agresividad desconocida a consecuencia de los efectos de la epidemia.

A medida que los amos se enriquecían, los trabajadores se hundían sin perspectiva de mejora. Se impidió que ingresaran en los gremios los jornaleros ordinarios, y la calidad de miembros se reservó, con complicados requisitos y matrículas, para los hijos y parientes de la clase dirigente. En muchos oficios, el trabajo se entregaba a los obreros en sus propias casas, a menudo con salarios inferiores para sus mujeres y prole, cuyo empleo vedaban los gremios. Las fiestas religiosas obligatorias, que iban de ciento veinte a ciento cincuenta al año, apenas permitían ganar jornales. Aunque se prohibían las huelgas y, en algunas ciudades, las reuniones, los obreros formaron asociaciones propias para imponer sueldos más elevados. Tenían derechos, cajas y relaciones a través de las fronteras, por medio de los cuales se aseguraban ocupación y alojamiento a los asociados, y que indudablemente servían de canales para la agitación.

La conciencia de una clase, la del «pueblo», prosperaba. Cristo se representaba a menudo como un hombre del pueblo, y aparecía en frescos y tallas rodeado de las herramientas del artesano o el campesino —martillo, cuchillo, hacha y carda— en lugar de los instrumentos de la crucifixión. En Florencia, los trabajadores se llamaban *il popolo di Dio* (el pueblo de Dios). *Viva il popolo!* fue el grito insurgente de los cardadores en 1378. Florencia, el mayor centro industrial de la época, era el sitio lógico para que principiase la insurrección.

Los cardadores (*ciompi*) era la clase más baja de los obreros no afiliados a un gremio; pero, si bien la revuelta recibió su nombre, artesanos de todos los niveles y grados, no pertenecientes a los gremios más importantes, intervinieron en el levantamiento. Trabajaban a sueldo fijo, a menudo impropio para subsistir, de

dieciséis a dieciocho horas diarias, y sus sueldos se podían retener para cubrir el malgasto o el daño que sufría la materia prima. La alianza de la Iglesia con los próceres quedó de manifiesto en una carta pastoral de un obispo que declaraba que los hilanderos podían ser excomulgados si desperdiciaban la lana. Los obreros eran azotados, encarcelados, borrados de la lista de empleos o castigados con la amputación de una mano si se resistían a sus patronos. Los agitadores que pedían el derecho a organizarse podían ser ahorcados, y en 1345 diez cardadores habían sido ejecutados con tal motivo.

En el motín de 1378, después que una tempestad de violencia estremeció la ciudad, los trabajadores se encaminaron a la escalinata del palacio de la Señoría a presentar sus demandas. Querían tener acceso a los gremios, el derecho de organizar sus asociaciones, la reforma del sistema de multas y castigos, y, lo que era más significativo, participar en el gobierno de la ciudad. Las turbas inspiraban terror en un tiempo en que no había armas de fuego ni gases lacrimógenos. Aunque el ayuntamiento estaba bien provisto de medios defensivos, sus ocupantes se aterraron y capitularon. Los obreros instalaron un nuevo gobierno basado en la representación gremial. Durante cuarenta y un días; después comenzó a desmoronarse por las tensiones internas y la contraofensiva de los magnates. Las reformas que habían conquistado se erosionaron paulatinamente, y en 1382 los gremios más importantes habían repuesto su autoridad, aun cuando no su confianza. En adelante, el miedo a otro movimiento proletario contribuyó al ocaso del gobierno republicano y a la aparición de los Médicis como dinastía dominante.

Los tejedores de Gante tenían más resistencia. El conde de Flandes había suprimido la asonada con tremendas represalias de horca y hoguera. Pero los ganteses, a través de asedios, treguas, traiciones y brutales desquites de ambos bandos, se habían mantenido en pie de guerra a pesar del bloqueo y del hambre. La lucha de Gante no era en el fondo de clases, bien que se llegase a interpretar en tal sentido. Fue, en realidad, la testaruda defensa de la autonomía de la ciudad contra el conde, complicada por el enfrentamiento de facciones sociales y religiosas. Fue un cúmulo de rivalidades interurbanas, entre comercios y entre las diferentes categorías de una misma actividad. Los tejedores abusaban de la clase inferior de los bataneros con tanto entusiasmo como combatían al conde.

En Francia, la promesa que el rey expresó en su lecho de muerte de abolir los impuestos levantó una fiebre de impaciencia en espera de que se llevase a cabo. El enojo que causaban los que se percibían continuamente en nombre de la guerra contra los ingleses se convirtió en furor cuando Buckingham asoló las tierras sin estorbo, y el pueblo vio que su dinero desaparecía sin resultado, en apariencia. A decir verdad, los fondos que Carlos V había gastado en mejorar las defensas y fortalecer las ciudades y castillos permitieron contener al enemigo mucho mejor que en los lúgubres días de Poitiers. Pero aquello no alivió la situación de los desheredados, ni tampoco el resentimiento de las poblaciones independientes que tenían que pagar lo

que, a su juicio, competía por completo al rey. Por creerlo así Lyon se negó a abrir las puertas a Coucy, como capitán general de Picardía, y también a enviarle los treinta arqueros que solicitaba. Las ciudades picardas se hicieron sordas a nuevas peticiones de dinero. En Saint-Quentin y Compiègne la gente se amotinó, quemó las oficinas de impuestos, asaltó a quienes los cobraban y los expulsó.

En París, el gobierno estaba semiparalizado a consecuencia de la lucha por el poder. Anjou, como tío mayor, tenía el título de regente, y lo empleaba para adueñarse de cuanto podía del tesoro con el propósito de obtener el reino que le llamaba desde Italia. Conocedor de las costumbres rapaces de sus hermanos, Carlos V había dispuesto que la regencia terminase cuando su hijo cumpliera catorce años; pero había fallecido dos años demasiado pronto. Había nombrado a su hermano, el duque de Borgoña, y a su cuñado Borbón tutores del menor. Anjou, como regente, debía gobernar con la ayuda del consejo de los Doce. Borbón, que carecía de ambiciones y que se alejaba de los trapicheos, recibió el apodo del «buen duque», en clara distinción de los tíos paternos; pero tenía menos influencia que ellos, porque no pertenecía a la sangre real.

Separados por sus intereses individuales —Borgoña en Flandes, Anjou en Italia y Berry sumido en su pasión de coleccionista—, los tíos paternos no sentían el común de la integridad del reino. Lo único que los cohesionaba era el deseo de apartar a los antiguos ministros de los resortes de la autoridad. Mientras tanto, entre discordias, tuvieron tiempo suficiente para repartirse la magnífica biblioteca de un millar de volúmenes. Anjou se hizo con treinta y dos libros, escogidos con cuidado, de encuadernaciones de seda y esmaltes, y cierres de oro, entre los más bellos del conjunto, incluido uno titulado *El gobierno del príncipe*.

Clisson fue nombrado condestable. Se apresuró la coronación para robustecer la autoridad del régimen, Una desagradable escena estropeó la sagrada ceremonia el 4 de noviembre. En la mesa del banquete, Anjou y Borgoña, que se detestaban, emprendieron una competición física por sentarse en el asiento de honor junto al rey. En medio del tumulto de los partidarios y la decepción de los prelados, se celebró un consejo precipitado que decidió en favor de Borgoña como primer par de Francia, a lo cual Anjou se sentó en el lugar disputado como si tal cosa, hasta que Felipe el Atrevido le expulsó y ocupó su lugar. Así empezó el reinado, con tal lamentable demostración de egoísmo.

El soberano, Carlos VI, de doce años de edad, era bello, bien constituido, alto y rubio como su abuelo, pero de rostro inexpresivo, espejo de su alma vacía. «Las armas brillantes y pulimentadas le agradaban más que todas las joyas del mundo», y adoraba los ritos de la caballería. Éstos jamás fueron más adecuadamente exhibidos que en el banquete de la coronación, cuando Coucy, Clisson y el almirante de Vienne, sobre soberbios caballos con gualdrapas de tela de oro que llegaban hasta el suelo, sirvieron al rey desde la silla. Para que se recibiera al monarca con el debido esplendor en París, se dieron atractivas fiestas durante tres días con música en las

plazas, decoradas con tapices. Nuevas maravillas, en forma de fuentes artificiales, que manaban leche, vino y agua clara, se construyeron para asombro del pueblo.

Pero no bastaron. La convocatoria de los Estados Generales el 14 de noviembre, para que se aprobase un sucedáneo del fogaje, intensificó la ansiedad pública, temerosa de una nueva exacción. Corros de artesanos excitados discutieron sus agravios en las calles, se celebraron de noche reuniones secretas y hubo asambleas para acusar al gobierno. El pueblo estaba inflamado por el deseo ardiente de disfrutar de la libertad y sacudirse el yugo de los subsidios.

Cuando el canciller Miles de Dormans, obispo de Beauvais, informó a los Estados que el rey necesitaba fondos, sobrevino el estallido que era de esperar. Una turbamulta de plebeyos interrumpió una junta de mercaderes, que, bien que opuestos a la ayuda económica, no estaban preparados a forzar la situación.

«¡Sabed, ciudadanos, cuánto sois despreciados!», gritó un zapatero remendón en arranque apasionado a sus seguidores. La amargura de los pequeños contra los grandes se manifestó en su denuncia de la insaciable codicia de los señores que «os arrancarían todo si pudieran, incluso la luz del día». Aplastan al pueblo con sus depredaciones, cada vez más a medida que pasan los años. «No quieren que respiremos, ni hablemos, ni tengamos aspecto humano, ni que nos mezclemos con ellos en los lugares públicos… Esos hombres a quienes rendimos homenaje forzoso y que alimentamos con el tuétano de nuestros huesos no tienen más pensamiento que deslumbrar con oro y joyas, edificar soberbios palacios e inventar nuevos impuestos que abruman a la ciudad». Vertió su desprecio sobre la cobardía de los mercaderes, y citó en comparación a los recios ciudadanos de Gante, quienes en aquel instante empuñaban las armas contra su conde por culpa de los tributos.

Si la elocuencia del zapatero se debió en buena parte al embellecimiento del Monje de Saint-Denis, que registró el discurso, eso sirve para indicar cuánto simpatizaban muchos cronistas monásticos con las penas del pueblo. En su famosa profecía, fray Jean de Roquetaillade había visto llegar el día en que «los gusanos de la tierra devorarán con saña los leones, leopardos y lobos…, y el pueblecito común destruirá a todos los tiranos y traidores».

Aquel día había llegado para el remendón y trescientos camaradas. Chillando, con cuchillos en la mano, obligaron al preboste de los mercaderes a presentar a Anjou y el canciller su petición de que se abolieran los impuestos. En la Mesa de Mármol, en el patio del palacio, el preboste impetró que se retirara aquel intolerable peso. Con alaridos espantosos, la muchedumbre confirmó lo que decía, jurando que no pagaría y que preferían morir a millares antes que sufrir «aquel deshonor y aquella vergüenza». Estas palabras inesperadas aparecen con frecuencia en las protestas, como si se aprovechara la dignidad de la fórmula caballeresca. Los pobres como los grandes necesitaban sentir que obraban con nobleza.

Anjou, con frases suaves y acariciantes de piedad para los miserables, prometió que obtendría del rey al día siguiente la abolición de los impuestos. Durante la noche

los plebeyos escucharon peligrosos consejos acerca de desafiar la soberanía de los nobles y eclesiásticos. Creían, según el cronista de Saint-Denis, que ellos gobernarían mejor que los aristócratas. Si este sentimiento revolucionario bullía en la mente popular, o si sólo fue un temor del cronista, no se sabe; pero el comentario expresa que se hallaba en el ambiente.

Cuando el gobierno asustado confirmó la abolición al día siguiente, la transición al alivio fue demasiado rápida. En el frenesí del triunfo y de la cólera inconsumida, las turbas se lanzaron a robar a los judíos, única parte de la sociedad en que los pobres podían saciar sus instintos agresivos. Se dijo que el asalto se debió a la instigación de ciertos nobles, mezclados con el populacho, los cuales la emplearon para lograr borrar sus deudas impagadas. Mientras una porción del gentío recorrió la ciudad para prender a los publicanos y destrozar los registros, la masa, acompañada de nobles, invadió el barrio judío con gritos de *Noël! Noël!* (con referencia al nacimiento de Cristo). Reventaron puertas, saquearon bienes y documentos, arrebataron cosas de valor, acosaron a los judíos para arrojar al río a los que cogían y se apoderaron de los niños para bautizarlos a la fuerza. Los desventurados se refugiaron en los calabozos del Châtelet, pero se recogieron más tarde diez cadáveres, entre ellos el de un rabino. Los pogromos se extendieron a Chartres, Senlis y otras poblaciones. Como síntoma de la alteración social, las persecuciones se repitieron con intermitencias hasta la década siguiente, y la corona tuvo que decretar, al fin, otra expulsión de los judíos en 1394.

De momento, necesitando dinero, el rey, por mediación de Hugues Aubriot, preboste de París, tomó a los judíos bajo su protección. Aubriot, figura discutida y libertino notorio, hizo que los heraldos exigieran la restitución de todo lo robado, así como de los niños secuestrados. Muy pocos obedecieron la orden, y el hecho de que hubiera querido privar a unas almas del bautismo se tuvo en cuenta en la inminente caída del preboste.

El edicto del 16 de noviembre anuló, como se había prometido, «de aquí en adelante y para siempre todos los tributos, diezmos, *gabelles* (gabelas), que tanto apenan a nuestros súbditos, quitando y remitiendo todas las ayudas y subsidios que han sido impuestos a causa de las guerras mencionadas desde nuestro predecesor, el rey Felipe, hasta el día de hoy». Este suicidio financiero reflejó espanto momentáneo más que reflexión. Carlos V aparte, casi todos los gobernantes del siglo XIV regían obedeciendo a sus emociones.

En busca de dinero, el gobierno apeló inmediatamente a los Estados provinciales en busca de ayuda, por lo general con resultados flacos. En los de Normandía, cuando un miembro propuso votar un subsidio, la asamblea gritó a una «¡Nada! ¡Nada!». En Rouen y Amiens el pueblo se opuso. «¡Por la sangre de Dios, jamás se aprobará!», vociferó un orador burgués, en una asamblea de protesta en el mercado porcino de Sens. La generalidad opinaba que el tesoro real bastaba para cubrir las necesidades del monarca y que más dinero no serviría sino para aumentar la extravagancia de los

nobles. Si algunos distritos concedieron la ayuda, los más de los Estados provinciales alimentaron la excitación y atizaron la resistencia.

La división de intereses del Tercer Estado complicó la lucha. La baja burguesía procuraba arrebatar el dominio a la oligarquía de los mercaderes y jefes gremiales, y los dos bandos solían agitar a la clase trabajadora con vista a sus propios fines. Tenían combustible muy inflamable en las desdichadas filas de los campesinos no calificados y empobrecidos, que las guerras habían empujado a las ciudades, en las que creaban un fondo de irritación y miseria.

La estructura ministerial del rey difunto, lo mismo que la financiera, no tardó en ser destruida por los esfuerzos de sus hermanos para alejar a sus consejeros. Bureau de la Rivière, a quien Carlos V había amado hasta el punto de desear que le enterrasen a sus pies, fue acusado de traición por un portavoz de los duques, pero le salvó Clisson, que se descalzó el guante en presencia de toda la corte y nadie se atrevió a aceptar el terrible desafío. Por miedo a las represalias, Rivière abandonó su puesto, Orgement y Mercier perdieron el suyo, y otro antiguo consejero, Jean de La Grange, cardenal de Amiens, encontró un buen pretexto para retirarse.

El joven soberano detestaba a La Grange, cuyos enemigos le habían convencido de que poseía un demonio familiar. En una ocasión, cuando tenía diez años, Carlos se había santiguado al acercarse el cardenal, exclamando: «¡Huye del diablo! ¡Espanta al diablo!», con no poco disgusto de aquel príncipe de la Iglesia. Al enterarse de que el jovencísimo rey, al ser coronado, había dicho a un amigo: «Ha llegado la hora de desquitarnos de nuestro sacerdote», La Grange puso a salvo su tesoro, huyó a Aviñón y jamás reapareció.

La sensacional caída del preboste de París acrecentó la sensación del desmoronamiento de la autoridad. Hugues Aubriot, sesentón, había conquistado el favor de Felipe de Borgoña con banquetes y dádivas extravagantes, y el de los burgueses con la construcción de las primeras alcantarillas y la vigorosa reparación de murallas y puentes. Pero el clero le había condenado, al ser insultado por él, lo mismo que la universidad, a la que llamaba desdeñosamente «criadero de curas», combatía sus privilegios y arrestaba a sus miembros con el menor pretexto. Se contaba que reservaba dos calabozos del Châtelet especialmente para eruditos y clérigos. En el funeral de Carlos V, cuando se negó a que la universidad tuviera precedencia en el cortejo, hubo un alboroto entre los maceros del preboste y los universitarios, que concluyó con muchos heridos de estos últimos y treinta y seis en la cárcel. «¡Bah con esa purria! —exclamó Aubriot—. Siento que no les haya ocurrido nada más malo».

La intervención del preboste en el caso de los judíos proporcionó a la universidad el asidero que buscaba. Acusado de herejía, sodomía y falso cristianismo, y, específicamente, de profanar la santidad del bautismo al recobrar los niños judíos, hubo de presentarse a juicio ante el obispo de París en mayo de 1381. Además de los cargos de desprecio de la eucaristía, incumplimiento del precepto pascual e irrespeto

público con el clero, se le denunció por descuidar a una esposa modélica, comprar vírgenes y recurrir a la brujería para que la pasión triunfase, encarcelar a esposos para tener campo libre con sus mujeres, cohabitar de manera bestial, contra la naturaleza, con el sexo opuesto y tener relaciones carnales con judías.

Convicto, pero libertado de la sentencia capital gracias a la intervención de Borgoña, se le expuso en una plataforma de madera delante de la catedral, donde, de rodillas y sin sombrero, se le obligó a pedir la absolución y a comprometerse a una ofrenda de velas a cambio de los judíos bautizados que había devuelto a sus padres. Absuelto por el obispo y el rector de la universidad, fue condenado a penitencia perpetua de pan y agua en la cárcel. Su deposición, que contribuyó a minar el gobierno, dejó al pueblo parisiense más dispuesto que nunca a amotinarse.

Coucy, durante estos sucesos intranquilizadores, continuó en el Consejo real en buenas relaciones con los duques, cada uno de los cuales buscaba su apoyo. Uno de los primeros actos de Anjou como regente, el 27 de septiembre, había sido confirmarle en la posesión vitalicia de Mortaigne, junto al canal de la Mancha, que le había otorgado Carlos V. Además de grandes dominios, Coucy tenía evidente poder personal de atracción y la virtud de no hacer enemigos. En el importante juego político, siempre fue capaz de colaborar con quien tenía el poder, quizá por mérito de la experiencia obtenida de sus circunstancias matrimoniales. Después de cerrar el tratado de paz con el duque de Bretaña en enero de 1381, se le designó embajador junto a los ingleses en Montreuil, para negociar una discusión sobre las cláusulas de la tregua. Más entrado el año, los documentos le presentan pagando espías en Calais, Guînes y otras plazas fuertes de Inglaterra. Durante su cargo de la defensa de la frontera, compareció en mayo en París para aconsejar a Anjou en sus proyectos sobre Italia.

Anjou, ansioso de un reino, necesitaba dinero. Informado del tesoro que Carlos V había acumulado en Melun para su hijo, el duque se adueñó de él con el directo expediente de amenazar con la ejecución al guardián si no se lo entregaba. Sin embargo, el Monje de Saint-Denis no avala esa explicación, «porque nadie sabe la verdad de las cosas que ocurren en la sombra». Si lo obtuvo, Anjou necesitó más. Continuó urgiendo la concesión de ayudas durante 1381 y consiguió unas cuantas acá y allá, pero en general no logró más que una terca y sombría oposición.

Mientras en Francia sólo palpitaba, la revuelta auténtica se declaró en Inglaterra en junio de 1381, pero no entre las clases urbanas, sino entre las rurales. En un país cuya economía era predominantemente agrícola, los labradores tenían gran importancia social. La precipitó la tercera capitación en tres años, que pesó sobre cuantos pasaban de la edad de quince. La votó en noviembre de 1380 un Parlamento sumiso para financiar las ambiciones de Lancaster sobre España. No obtuvo más que dos tercios de la cantidad esperada, entre otras causas porque los encargados de los impuestos

permitían que los sobornasen y olvidaban familias o falsificaban el número de sus miembros. Fue necesaria una segunda vuelta de cobros, que se hubiera podido prever como incitación a la insurgencia, si los lores, prelados y tíos reales de Ricardo, que formaban el gobierno, hubieran atendido a las quejas constantes de la insubordinación de los campesinos. Como no lo hicieron, se acarrearon la situación más temible del siglo.

A fines de mayo, las aldeas de Essex, en la costa oriental, algo por encima de Londres, se negaron a pagar; la resistencia se extendió, con algunos indicios de que había sido proyectada, y llegó con violencia al condado vecino de Kent, al sur del Támesis. Los labriegos y antiguos combatientes de las guerras francesas se pertrecharon de espadas herrumbrosas, guadañas, hachas y arcos ennegrecidos por el tiempo, y tomaron al asalto un castillo en el que estaba encarcelado un villano fugitivo. Eligieron por jefe a Wat Tyler, elocuente demagogo y veterano de las campañas en Francia, se apoderaron de Canterbury, obligaron al alcalde a jurar fidelidad al rey Ricardo y los Comunes y liberaron de la prisión episcopal a John Ball, el ideólogo del movimiento. Éste era un sacerdote itinerante, erudito y fanático, que llevaba dos décadas recorriendo la nación y había sido arrestado con frecuencia por profetizar contra la Iglesia y el Estado, y predicar doctrinas radicales de igualdad.

La capitación fue sólo la chispa del agravio básico que significaban los lazos de servidumbre y la falta de derechos legales y políticos. Los villanos no podían pleitear contra su señor, nadie hablaba en pro de ellos en el Parlamento y estaban aherrojados por deberes de vasallaje de los que únicamente podían liberarse mediante un cambio de las normas. Tal fue el objetivo de la insurrección y de la marcha sobre la capital que empezó en Canterbury.

Mientras los hombres de Kent se encaminaban a Londres, cubriendo ciento veinte kilómetros en dos días, los rebeldes de Essex bajaron hacia el sur para unirse con ellos. Las abadías y monasterios que encontraron en el camino fueron objeto especial de su animosidad, porque sus inquilinos eran quienes más se resistían a la desaparición del trabajo servil. En las poblaciones, los artesanos y pequeños comerciantes, que compartían el encono del ínfimo contra el grande, les dieron ayuda y alimento. Los motines y tumultos se ampliaron cuando se tuvo noticia en otros condados de lo que estaba sucediendo.

La furiosa muchedumbre abrió en su marcha prisiones, pilló casas señoriales y quemó archivos. Algunos terratenientes y oficiales perdieron la vida en sus manos y sus cabezas se exhibieron clavadas en pértigas. Otros, temiendo la muerte, se escondieron en los mismos bosques en que los villanos forajidos se ocultaban a menudo de ellos. Los rebeldes obligaron a algunos señores a acompañarlos, bien para que les proporcionasen elementos directivos, bien para que pareciera que la nobleza estaba de acuerdo con su acción.

Al propio tiempo, los portavoces de los labradores juraron matar a todos los abogados y servidores del rey que encontrasen. Aparte el monarca, su campeón

imaginario, todos los cargos y funcionarios eran sus enemigos —alguaciles, guardabosques, publicanos, jueces, abades, lores, obispos y duques—, pero especialmente los hombres de leyes, pues la ley equivalía a la trampa del villano. No fue, por lo tanto, casual que el ministro de Justicia, John Cavendish, estuviese entre sus primeras víctimas, seguido de muchos escribanos y jurados. Se contó que destruyeron todas las casas de los abogados que encontraron a su paso.

La jacquerie, veintitrés años antes, había sido un estallido social carente de programa, pero la revolución de los campesinos nació de la idea germinante de la libertad. Libres en teoría, los villanos querían anular los antiguos vínculos, deseaban el derecho de cambiar los servicios por dinero y librarse de todas las restricciones acumuladas en el Estatuto de los Trabajadores durante las tres décadas anteriores con la intención de fijar la mano de obra en un lugar predeterminado. Habían escuchado a los sacerdotes lolardos, los predicadores seglares conmovidos por los males de la edad y las doctrinas de John Ball sobre la igualdad. Su tema favorito era: «Nada andará bien en Inglaterra hasta que todas las cosas se tengan en común; hasta que no haya vasallos ni señores; hasta que los señores no sean más dueños que nosotros mismos… ¿Acaso no descendemos todos de los mismos padres, Adán y Eva?».

El espíritu de Wyclif, que había osado negar la autoridad más absorbente de su tiempo, se había contagiado. Lo que había acontecido en los treinta años anteriores, la epidemia, la guerra, la opresión y la incompetencia, se había resumido en una reacia admisión del sistema, la desconfianza al gobierno y los gobernantes, seculares y eclesiásticos, y la naciente percepción de que podía desafiarse la autoridad, de que el cambio era posible de hecho. La autoridad moral no tiene más fuerza que esta noción. Siendo los funcionarios venales —incluso los pobres percibían la posibilidad de sobornar a los perceptores de impuestos—, los guerreros una maldición y la Iglesia una tiranía, se incrementó el impulso de establecer un cambio.

Lo robustecían las frases de los predicadores sobre los poderosos. «Los torneos de los ricos son los tormentos de los pobres», decían. Denunciaban con insistencia los «malos príncipes», «los falsos ejecutores que aumentan el dolor de las viudas», «los eclesiásticos perversos que dan tan mal ejemplo al pueblo» y, sobre todo, los nobles que vaciaban la bolsa del necesitado para satisfacer su extravagancia, y los desdeñaban «por su sangre plebeya o fealdad del cuerpo», por sus deformidades, por su torpeza mental y artesana, y no se rebajaban a hablarles, y que estaban ahítos de orgullo —orgullosos de su linaje, fortuna, gentileza, posesiones, poder, decoro, vigor, hijos y tesoros—, «orgullosos de aspecto, orgullosos de palabra…, orgullosos al andar, ponerse en pie y sentarse». Los diablos arrastrarían a todos al infierno el día del Juicio Final.

En el día de la ira, dijo el dominico John Bromyard, con expresiones que iban directamente al corazón del labriego, los ricos llevarían colgados del cuello los bueyes, ovejas y bestias del campo que habían cogido sin pagar. El pobre justo, prometió un franciscano, «se levantará contra el rico cruel en el día del Juicio, y le

acusará de sus obras y severidad en la tierra. “¡Oh, oh!”, dirán los demás, helados de horror. “Éstos son los que desdeñábamos. Ved cómo se les honra. ¡Están entre los hijos de Dios! ¿De qué nos sirven la riqueza y la pompa ahora cuando somos humillados?”».

Si los mansos eran en verdad los hijos de Dios (a pesar de que a veces los predicadores los regañaban por su avidez, trampas e irreverencia), ¿por qué habían de esperar al día del juicio para lograr sus derechos? Si todos los hombres tenían origen común en Adán y Eva, ¿por qué algunos se hallaban sometidos a servidumbre hereditaria? Si la muerte igualaba a todos, como se insistía en el Medievo, ¿no resultaba posible que las desigualdades terrenas contrariasen la voluntad divina?

En el instante culminante, en las afueras de Londres, la revolución campesina estuvo a punto de vencer al gobierno. No se habían tomado medidas para contener a la horda que avanzaba, en parte por desdén a los Pedros, Juanes y Pablos, de botas claveteadas, y, en parte, por la mediocridad de las autoridades y la falta de recursos. Lancaster se hallaba en la frontera escocesa, Buckingham se encontraba en Gales, y el único ejército organizado se embarcaba en Plymouth con destino a España, bajo el mando del tercer hermano, Edmund de Cambridge. La corona no tenía a su disposición más policía o milicia que los quinientos o seiscientos hombres de armas del séquito real. Había que desconfiar de los londinenses, pues muchos simpatizaban con los rebeldes y algunos los socorrían de manera activa.

Veinte mil campesinos acamparon extramuros exigiendo hablar con el rey. Le prometieron que estaría a salvo entre ellos, pero pidieron a gritos las cabezas del arzobispo Sudbury y Robert Hailes, el canciller y el tesorero, a quienes hacían responsables de la capitación, y la del architraidor Juan de Gante, símbolo del desgobierno y de los fracasos militares. John Ball los arengó con fiereza para que echaran de sí el yugo que habían llevado durante tanto tiempo, para que exterminaran a todos los grandes señores, jueces y abogados, y para que conquistaran libertad, rango y poder iguales.

En agitada sesión el gobierno no encontró otro efugio que negociar. Ricardo II, esbelto muchacho rubio de catorce años, acompañado de sus caballeros, cabalgó al encuentro de los insurgentes y escuchó sus peticiones: abolición de la capitación y de todas las cadenas del estado servil, conmutación a un precio de cuatro peniques por cada cuarenta y cuatro áreas y media, libre disfrute de los bosques, y anulación de todas las leyes sobre la caza, todo ello confirmado por cédulas y cartas que llevasen el sello real. Las demandas fueron concedidas con la esperanza de que los rebeldes volverían a sus casas.

Mientras tanto, sus partidarios habían abierto las puertas y puentes londinenses a un grupo que capitaneaba Wat Tyler, el cual se apoderó de la Torre de Londres y asesinó al arzobispo Sudbury y Robert Hailes. Se abalanzó sobre el palacio del

Savoy, propiedad de Lancaster, y lo destrozó en una orgía de fuego y golpes. Por orden de Wat Tyler, no debía ser saqueado, sino destruido. Los barriles de pólvora hallados en los almacenes cayeron sobre las llamas, se desgarraron los tapices y se fragmentaron joyas preciosas a hachazos. Igual suerte corrió el Temple, centro de la ley, con todas sus actas, registros y archivos. Siguió la matanza. Se buscó y asesinó a lombardos y flamencos (porque eran extranjeros), magnates, funcionarios y «traidores» notorios, como el rico mercader Richard Lyons, puesto en entredicho por el Buen Parlamento y restaurado por Lancaster.

En la febril sucesión de hechos, sólo Ricardo se movió en el círculo mágico de reverencia que despertaba la persona del rey. Montado en un alto caballo de guerra en presencia de los campesinos, muchacho encantador, vestido de púrpura con los leopardos reales bordados en oro, con la corona y un bastón áureo, gracioso, sonriente y cada vez más convencido de su encanto sobre la muchedumbre, concedió cédulas y cartas, escritas y distribuidas allí mismo por treinta escribanos. A causa de ello muchos grupos de labriegos se fueron convencidos de que el monarca era su protector.

En el ínterin, Robert Knollys, jefe de la guerra, reunía tropas sin pérdida de tiempo. Y Wat Tyler, beodo de sangre y conquista, excitaba a los suyos a que acuchillasen a la clase alta y se adueñasen de la ciudad. No se daba por contento con las cédulas y cartas, cuya inutilidad sospechaba, y sabía que jamás le alcanzaría perdón alguno. Sólo podía seguir adelante en la toma del poder. Según Walsingham, alardeó de que en cuatro días todas las leyes de Inglaterra saldrían de su boca.

Regresó a su campamento, en Smithfield, para entrevistarse con el rey, al que expuso exigencias tan desorbitadas que hizo pensar que tenía el propósito de que las rechazasen y le diesen el pretexto de apoderarse de Ricardo: todas las desigualdades de rango y posición se anularían, todos los hombres serían iguales debajo del soberano, la Iglesia sería expropiada y sus propiedades repartidas entre los plebeyos, e Inglaterra tendría un solo obispo y el resto de la jerarquía eclesiástica sería eliminada. El rey prometió todo lo que fuese conforme a la dignidad de su corona. Lo que aconteció en los momentos siguientes ha sido tan deformado por las pasiones de entonces, que permanecerá siempre a oscuras. Al parecer, Tyler buscó camorra a un escudero del cortejo del monarca y empuñó una daga. Un instante después le abatió la espada corta de William Walworth, alcalde de Londres.

Hubo confusión y frenesí. Los campesinos tendieron sus arcos y algunas flechas volaron. Ricardo, con extraordinaria sangre fría, ordenó que nadie le siguiera, cabalgó al frente a solas y dijo a los rebeldes: «Señores, ¿qué necesitáis? Soy vuestro capitán, vuestro rey. Calmaos». Mientras hablaba, la tropa de Knollys llegó y rodeó el campamento de hierro y acero, con las celadas bajadas y las armas relampagueantes. Desanimados y sin jefe, los labriegos estuvieron perdidos. La cabeza de Wat Tyler, clavada en la lanza, completaba el desastre, como la de Jacques en la muerte de Guillaume Cale.

Se les ordenó que depusieran las armas, se les prometió el perdón para estimular su partida y se les envió a sus lugares. Los jefes, incluido John Ball, fueron ahorcados. La revuelta se suprimió en el resto de Inglaterra con brutalidad suficiente, sin llegar a los extremos de Francia cuando fue vencida la jacquerie. Excepto algunos castigos aislados, la sublevación de los labriegos ingleses había finalizado al cabo de un mes, vencida más con el engaño que con la fuerza. Los perdones reales se revocaron sin rubor y las cédulas y cartas se declararon nulas en un Parlamento de terratenientes, con el pretexto de que se habían obtenido bajo coacción. A una delegación de Essex que fue a recordarle su promesa de poner fin a la servidumbre, Ricardo contestó: «Villanos sois y villanos seguiréis siendo».

Las concepciones de los autócratas suelen hallarse temporalmente rezagadas. Las fuerzas económicas ya fomentaban el ocaso de la servidumbre, y la conmutación prosiguió, a despecho de la supresión de la revuelta, hasta que el siervo de la gleba fue desapareciendo poco a poco. Se ignora si la revuelta apresuró o dilató el proceso, pero el resultado inmediato aumentó la complacencia de la clase gobernante, desde el rey abajo. Tal vez embriagado por el éxito, Ricardo poseyó todos los instintos del absolutismo, menos la dureza necesaria para enmudecer a sus oponentes. Acabaría siendo la víctima de uno de ellos. Los militares no vieron la necesidad de reformas; la Iglesia se opuso a ellas. La clase privilegiada se alarmó de las doctrinas igualitarias de los lolardos y se volvió contra ellos. En las *Corrupciones de la edad*, el poeta Gowen los denunció como instigadores de la separación de la Iglesia y el Estado en este mundo por obra de Satán. Los lolardos se escondieron y así se pospuso durante largo tiempo la división del protestantismo.

En aquellos «días de cólera y angustia, días de calamidad y miseria», la insurgencia de los trabajadores pareció a muchos otra tribulación que, como la Peste Negra, denotaba la ira de Dios. Un poeta anónimo, asociando el alzamiento de los campesinos con el terremoto de 1382 y la pestilencia, concluyó que los tres eran

> *Prueba de gran venganza y ruina,*
> *que sobrevendrán por culpa del pecado.*

Incluso las incursiones francesas en las costas debían ser interpretadas, en opinión del monje Walsingham, como la llamada del Señor «al arrepentimiento humano por medio de aquellos terrores». Así concebida, la revuelta no encerró significado político. «El hombre no puede cambiar aquello que Dios, por nuestros pecados, ha dispuesto», escribió un florentino de entonces.

No puede decirse qué impacto tuvo la insurrección inglesa en el sentimiento revolucionario de otros países. Con ella o sin ella, la guerra y su secuela, los

impuestos, hubieran echado leña al fuego del descontento. No obstante, la guerra hubo de dar sin duda puestos de trabajo y hacer circular el dinero. Los armeros, transportistas, tratantes en granos, panaderos, criadores de caballos y muchos otros oficios, además de los arqueros, peones y servidores del ejército, de algún modo se beneficiarían con ella. Los contemporáneos no trataron de la guerra como estímulo económico; en cambio, no se mordieron la lengua en cuanto a su incidencia injusta sobre el pobre. «Debiera ser un principio admitido el de que la bolsa de los desvalidos no pagasen los conflictos bélicos, sino la de aquellos a quienes corresponde el poder», reflexionó Villani.

El duque de Anjou no reconoció tal principio. Su sed de dinero provocó una ola de insurrección en Francia, que empezó en febrero de 1382. Su proyecto de heredar el reino de Nápoles fracasó cuando un rival destronó a la reina Juana. Contrariando la recomendación de Coucy, a quien llamó de nuevo a Picardía, Anjou era partidario de guiar un ejército hasta Italia. Aparentemente, en una reunión con el preboste de los mercaderes y los principales burgueses, celebrada en enero de 1382, arrancó el consentimiento para imponer un tributo sobre la venta de vino, sal y otros abastos. Temiendo la reacción popular, el edicto se dictó en secreto y la subasta del lucrativo puesto de perceptor de impuestos se verificó en el Châtelet a puerta cerrada. Muchos acudieron a ella, pero dudaron en publicarla. Con igual aprensión, la corte se alojó en Vincennes, fuera del alcance de los parisienses.

Cuando los comerciantes y viajeros propalaron la nueva del tributo, la colérica negativa se expresó en tumultos en Laon, Amiens, Reims, Orléans, Rouen y París. Como representante de los burgueses de la capital, Jean de Marès, abogado anciano, respetado y elocuente, que había servido a la monarquía desde Felipe VI, trató en vano de que Anjou revocase el edicto. Los tenderos cerraron sus establecimientos cuando los publicanos comparecieron para tasar sus mercancías; y los ciudadanos empuñaron las armas, tocaron a rebato y alborotaron en las oficinas de tributación. Fue creencia común que la agitación había sido abonada por el ejemplo inglés e incluso por cartas y mensajes de los flamencos. Pero la acción concertada fue menos un hecho que un temor de los próceres.

Los disturbios se transformaron en violencia a fines de febrero en Rouen, capital de Normandía. Allí el impuesto sobre el vino perjudicaba a importantes vinateros, deseosos de fomentar la resistencia popular sin comprometerse. Dirigieron la palabra a los artesanos y míseros obreros del gremio del paño sobre la vergüenza de someterse al tributo, mientras distribuían vino gratis entre ellos. Al grito de *Haro!* contra el gobierno y *Haro!* contra los publicanos (la interjección tiene oscuro significado, pero encierra la idea de rebelión), un tropel de trescientos pañeros embriagados se dirigió al ayuntamiento para tocar a rebato. Así empezó la famosa *Harelle*.

Los pañeros, con la adición de adherentes, saquearon las casas de los ricos, reventaron cofres, lanzaron mobiliarios a la calle, destrozaron ventanas y partieron

toneles dejando que su vino —el que no pudieron acabar— se escapase. Atacaron a sacerdotes, prestamistas, judíos y las viviendas de todos los alcaldes anteriores. El tañido de la campana no cesó en toda la noche. Los ricos se refugiaron en los monasterios; murieron algunos funcionarios y cobradores de impuestos. El jefe del gremio de los pañeros, individuo de escasas luces, llamado por su obesidad Jean le Gras (Gordo), fue arrastrado, aunque le pesara, a la jefatura de la turba, que le paseó en trono por las calles, de modo que la alta burguesía quedó comprometida a pesar de sus esfuerzos por permanecer en la sombra.

En un asalto significativo, los insurrectos, con el auxilio de gentes de clase más elevada, acometieron la abadía de Saint-Ouen, a la que se odiaba por sus grandes tierras y los privilegios que tenía a expensas de la ciudad. Se quebraron sus puertas con hachas, los registros y cartas de concesiones ardieron, y el abad tuvo que firmar la exoneración de todas las deudas de Rouen. La circunstancia de que los documentos arrancados utilizasen el lenguaje legal adecuado testimonia la intervención de los altos burgueses en el asunto. Después, en una asamblea solemne, aunque no muy sobria, tenida en la plaza del mercado, la muchedumbre pidió a su «rey» gordinflón que los declarase exentos del yugo de los impuestos, en tanto que algunos reían y meneaban la cabeza.

Los burgueses ricos, temerosos del castigo real, enviaron delegados a Vincennes para impetrar perdón. El consejo del rey, por miedo a que la rebelión se propagase a otras ciudades, recomendó al juvenil monarca que disimulase su furia y apaciguase al pueblo, que estaba muy levantisco. Carlos VI, con la adecuada aureola sagrada de la realeza, fue enviado a Rouen, cuyos jefes, amedrentados de la agitación que habían promovido, prometieron dinero a cambio del perdón del soberano. Bajo aquella tapadera, la lucha no se había resuelto y la rabia de los dos bandos sólo esperaba otra ocasión para manifestarse.

En cuanto Rouen se hubo tranquilizado, París estalló. Nadie se había aventurado todavía a pregonar al público la nueva tasa hasta que un heraldo, a quien se ofreció la debida recompensa, entró a caballo en la plaza del mercado. Habiendo recabado la atención general con el anuncio de una recompensa a quien devolviera una azafata de oro robada del palacio, proclamó el impuesto, picó espuelas y se alejó al galope. Cuando la noticia se propaló, la gente formó corros iracundos, jurando que jamás pagaría y organizando la resistencia. La detención de los agitadores congregó a porteros, latoneros, fabricantes de bujías, amasadores, afiladores y capucheros, es decir, comerciantes menores, artesanos y servidores de París. A la mañana siguiente, 1 de marzo, un publicano exigió el pago a una vendedora de berros en Les Halles. Los vendedores se abalanzaron sobre él y le dieron muerte.

Poco después París era un enjambre furioso. Los parisienses recorrieron los *quartiers* llamando a los vecinos para que se armasen por «la libertad del país», y excitándolos con amenazas y chillidos fieros. «¡Si no te armas con nosotros, te mataremos ahí, en tu propia casa!», gritó uno. A continuación, en terrible tumulto, la

muchedumbre irrumpió en el Hôtel-de-Ville (Ayuntamiento), en la plaza de Grève, donde se apoderó de tres mil mazas, de astil largo, que usaba normalmente la policía. Provistos de cabezas cilíndricas de plomo, se manejaban con las dos manos. Las había almacenado Hugues Aubriot para utilizarlas en caso de necesidad contra los ingleses. Entonces dieron nombre a los insurgentes: los *maillotins*.

Armados de tal guisa, inspiraron aún más terror. Se entretuvieron en cometer tropelías en la orilla derecha del Sena, mientras los nobles, prelados y funcionarios escapaban a Vincennes en carros precipitadamente cargados de objetos valiosos. Demasiado tarde los maillotins cerraron las puertas, echaron las cadenas de las calles y apostaron centinelas para evitar el éxodo de los ricos, a algunos de los cuales atraparon. Cazaron a notarios, juristas y cuantos se relacionaban de algún modo con los impuestos, invadieron las iglesias para sacar a los cobradores de impuestos del santuario eclesiástico, y arrancaron a uno del altar de Saint-Jacques, donde se abrazaba aterrorizado a la imagen de la Virgen, y le degollaron. Por doquier quemaron archivos y registros. Como siempre el barrio judío fue saqueado. «¡Hazte cristiana o te matamos!», ordenaron a una judía. «Dijo que prefería morir —atestiguó un espectador—, de modo que la asesinaron y robaron». Los judíos buscaron de nuevo amparo en el Châtelet, pero los carceleros los rechazaron por miedo a los maillotins. De alrededor de treinta personas que perdieron la vida, la mitad fueron judíos.

La alta burguesía ansiaba dominar la sublevación y, al unísono, emplearla para conseguir concesiones de la corona. Organizó rápidamente una milicia que resistiese tanto a los rebeldes como la intervención armada del rey. Se estacionaron pelotones en los cruces de calles y se apostaron vigías en los campanarios, para descubrir la aproximación de los soldados. «En poco tiempo tuvieron tanta fuerza», escribió Buonaccorso Pitti, banquero florentino establecido en París, que los maillotins los obedecieron, con el resultado de que los burgueses pudieron usar a los insurgentes en su propia lucha contra el trono.

Como había seguido tan de cerca los acontecimientos de Rouen, la sublevación parisiense ahondó el temor de una conjura revolucionaria. La corte decidió parlamentar. Coucy, de persuasión y tacto conocidos, fue con el duque de Borgoña y el canciller a la puerta de Saint-Antoine para escuchar las peticiones de los rebeldes. Jean de Marès actuó de mediador. Los parisienses insistieron en la abolición de todas las exacciones dictadas desde la coronación, la amnistía de todos los actos violentos y la liberación de cuatro burgueses encarcelados por haber condenado los impuestos de Anjou. Los negociadores reales, ansiando regresar con una contestación, concedieron la libertad de los cuatro presos como gesto de apaciguamiento…, con resultados contradictorios. Sin querer enterarse de más cosas, el gentío penetró en el Châtelet y otras cárceles, abrió todas las celdas y mazmorras, y soltó a sus ocupantes, tan enfermos o débiles que hubieron de ser llevados a las hospitalarias salas del Hôtel-de-Dieu. Los legajos de juicios y sentencias acabaron en el fuego.

Hugues Aubriot, el preso más célebre de París, figuró entre los liberados. Montado en un caballito, el antiguo preboste fue trasladado a su casa, con la escolta de los maillotins, quienes le rogaron que fuese su jefe. En todas las sublevaciones se sentía la misma necesidad y se hacía el mismo esfuerzo por persuadir u obligar a alguien de la clase dirigente a que tomase el mando. Aubriot se negó. Durante la noche, mientras los amotinados comían, bebían y jaraneaban, logró salir de París. A la mañana siguiente, cuando descubrieron que se había ido, gritaron que la ciudad había sido traicionada.

Los burgueses apremiaron. Deseaban una solución antes de que la demente imprudencia del populacho se volviera en detrimento suyo. Dispuestos a recuperar París por cualquier medio, los magnates accedieron a todo, menos a perdonar a los culpables de haber entrado en el Châtelet; pero sus intenciones no fueron más honradas que las de Ricardo II. Los jefes burgueses, al recibir las cartas reales que confirmaban lo convenido, advirtieron la ambigüedad de su vocabulario y que, en vez de haber sido selladas con cera verde sobre seda, lo habían sido en rojo sobre pergamino, lo que negaba la calidad de perpetuo.

La corte continuaba endureciéndose, a pesar de la cólera popular ante su duplicidad. En otras ciudades, en que también habían estallado protestas, se descubrió que no actuaban de modo concertado, sino independiente, lo que las exponía al castigo local. Las fuerzas armadas se congregaron en Vincennes. El temor al futuro se contagió en la capital. Los próceres consiguieron que los jefes parisienses les entregaran cuarenta fomentadores de la sublevación, catorce de los cuales fueron ejecutados en público con intensa indignación del populacho. Según el Monje de Saint-Denis, se ahogó en secreto a otros en el río por orden del rey. Sintiéndose más seguros, los duques enviaron el monarca a Rouen el 29 de marzo para tomar el desquite hasta entonces diferido. En una penosa exhibición de alegría, al saber que el soberano llegaba, el pueblo, con vestidos de fiesta azules y verdes, se alineó para pedir clemencia, con el grito de *Noël, Noël, vive le Roi!*, lo que no convenía al duque de Borgoña. Para producir un estado de ánimo que justificara la imposición de multas abrumadoras, hizo que sus hombres de armas cabalgaran entre la gente con las espadas desenvainadas, ordenando que solicitaran perdón con la *hart au col* (con el dogal al cuello), símbolo de que competía al monarca ahorcar o perdonar.

Para hacer un regalo en moneda al rey y al duque, se vendieron las vajillas de oro y plata, los candelabros y los incensarios de todas las *confréries*. La realeza no se ablandó. No obstante el perdón original, se ejecutó a doce sublevados, se retiró la campana de rebato, se quitaron las cadenas de las calles, se impusieron multas, se revocó la carta de privilegios de Rouen y se transfirió su administración de los gremios independientes a un alcalde regio. Escarmentados con aquel ejemplo, los Estados de Normandía votaron impuestos sobre las ventas, la sal y los ingresos. Al suprimir la revuelta, la monarquía hallaba el medio de henchir sus arcas y, lo que tenía más importancia, la oportunidad de anular privilegios municipales y acrecentar

su poder.

La cólera de París andaba lejos de haberse aplacado. Los peligrosos hechos de Gante aumentaron el miedo a una sublevación general, quizá no mancomunada, pero que podía llegar a serlo. El grito de solidaridad *Vive Gant! Vive Paris!* se escuchaba en las poblaciones existentes entre la frontera flamenca y el Loira.

En Gante reaparecieron los «capuchas blancas» de la época de Jacob van Artevelde. Se organizó una milicia popular, que tuvo su capitán en Philip, hijo de Artevelde, hombre pequeño, de ojos penetrantes, energía agresiva y elocuencia insinuante, elegido sobre todo por la aureola de su apellido. Forzado por las circunstancias, ya que no por vocación, a depender del vulgo, ordenó que se oyese en el consejo a todas las clases, «tanto a los pobres como a los ricos», y que todo el mundo recibiese los mismos alimentos. Treinta mil personas llevaban dos semanas sin comer pan. Obligó a las abadías a que distribuyeran el grano que tenían almacenado, y a los comerciantes a vender a precio fijo. Tradicionalmente las turbulencias habían dividido en Flandes al conde, la nobleza, los magnates urbanos y los gremios en grupos cambiantes y enfrentados entre sí; pero en aquella ocasión los privilegiados empezaron a ver en la persistente sublevación gantesa los rojos síntomas de la revolución y apretaron filas alrededor del conde para suprimirla.

La ciudad, reducida por el hambre, decidió negociar en abril de 1382. El conde, confiando en su superioridad, exigió que todos los ganteses de edades comprendidas entre quince y sesenta años fueran descubiertos, en camisa y con dogales al cuello, a medio camino de Brujas, donde él decidiría a cuántos perdonaba y a cuántos daba muerte. Los delegados comunicaron estas condiciones, en la plaza del mercado, a los hambrientos habitantes, y les propusieron tres decisiones: someterse, morir o luchar. Se eligió la tercera: se movilizó un ejército de cinco mil hombres, los más aptos para combatir, que marchó sobre Brujas, cuartel del partido condal. El resultado fue uno de los motivos de asombro del siglo.

La milicia de Brujas, no menos segura de su superioridad que el conde, se refociló toda la noche y partió arrastrando los pies la mañana del 5 de mayo, vociferando y cantando, con el desorden propio de los ebrios. El conde y sus caballeros procuraron en vano retenerla para que avanzase ordenadamente. Una descarga de balas de piedra y hierro de los cañones, seguida de un ataque de los ganteses, los segó como trigo maduro. El pánico y la huida fueron incontenibles, y al parecer arrastraron con facilidad a los caballeros flamencos. El conde Louis de Male perdió el caballo, se esforzó por reunir sus fuerzas de noche, a la luz de una linterna, y logró escapar porque cambió su indumentaria con la de su criado. Llegó a pie a la pobre cabaña de una mujer. «¿Me conoces?», le preguntó. «Oh, sí, monseñor. He mendigado a menudo a vuestras puertas», respondió la mujer. Le encontró un caballero, pidió un caballo y tuvo que someterse a la humillación de cabalgar en la jaca de un campesino, y a pelo, hasta Lille, viaje mucho menos feliz que aquel de otra época, cuando huyó al galope del matrimonio con Isabella.

Gante recibió provisiones. Otras ciudades se sumaron a su triunfo al grito de *Tout un!* (Todos uno). Tras apoderarse de Brujas y de quinientos burgueses más notables como rehenes, Philip van Artevelde se declaró regente de Flandes. Todas las poblaciones le aceptaron, nombró nuevos alcaldes y concejales, e hizo nuevas leyes. Adoptó los jaeces del mando: las trompetas anunciaban su llegada, un pendón con tres sombreros de plata le precedía en las calles y los músicos tocaban a su puerta. Vestía trajes escarlata orlados de ardilla siberiana, y comía en la vajilla de plata del conde, que había tomado como botín.

De nuevo, como en los días de su padre, andaban en juego los intereses de Inglaterra y Francia. Louis de Male apeló a la ayuda francesa a través de su yerno y heredero, el duque de Borgoña. Artevelde ofreció su alianza a los ingleses. Los Comunes se mostraron favorables a ella, teniendo en cuenta el comercio de la lana y el hecho de que los flamencos, como ellos, eran urbanistas. El papa Urbano declaró que una expedición en socorro de Flandes sería cruzada, lo que suponía que los diezmos eclesiásticos podrían usarse para saldar los gastos bélicos. A pesar de todas estas ventajas, la aristocracia inglesa vaciló en unirse con los rebeldes, y mientras vacilaba, pasó su oportunidad.

El duque de Anjou había partido en abril a Italia. Había amasado por todos los medios dinero suficiente para reclutar nueve mil hombres y pertrecharse a sí mismo con todos los pabellones y el equipo más suntuoso que jamás poseyera un noble. La corona había tenido menos éxito en sus peticiones de subsidios a París. El rey, mientras tanto, se hallaba en Meaux, junto al Marne. Con la esperanza de que se llegaría a un acuerdo, si se aplacaba a los parisienses con su presencia, el consejo decidió enviar a Coucy para que negociase con la capital, pues sabía mejor que nadie cómo hacerlo.

Sin más compañía que la de gentes de su casa, Coucy entró en la ciudad hostil, donde parece que obtuvo buena acogida. Se dirigió a su nueva residencia, recientemente adquirida, un *hôtel* llamado Cloître-Saint-Jean, junto a la plaza de Grève.[*] Convocó a algunos jefes a una conferencia y les reprochó con suavidad su maldad al matar funcionarios reales y abrir las prisiones. Por ello, el rey, si quisiera, les podía castigar con rigor, pero no deseaba hacerlo, porque amaba París, su ciudad natal, y porque, siendo la capital del reino, le disgustaba «destruir a sus bienintencionados habitantes». Dijo que estaba allí para componer la disputa entre el monarca y sus súbditos, y que suplicaría al soberano y a sus tíos que les perdonasen sus malas acciones.

Los ciudadanos contestaron que no pretendían guerrear contra el rey, pero que los impuestos debían desaparecer, al menos en París. Cuando quedasen exentos de ellos, estarían prontos a auxiliar al monarca de cualquier otra forma. Coucy preguntó en seguida de cuál. Respondieron que entregarían ciertas cantidades a una persona escogida cada semana para la manutención de los soldados. Al preguntarles a cuánto ascenderían, los parisienses replicaron: «Depende de lo que convengamos».

Coucy, con bellas y mansas palabras, logró obtener una oferta preliminar de doce mil francos a cambio del perdón. El rey la aceptó, pero las condiciones para que regresara a París atestiguaron el nerviosismo de la corte: el pueblo renunciaría a las armas, abriría las puertas, no pondría cadenas en las calles por las noches, mientras el monarca estuviera en París, y enviaría seis o siete notables a Meaux como rehenes. Las condiciones, sometidas a una asamblea, fueron coléricamente rechazadas por los maillotins, que pidieron con amenazas y reniegos que los mercaderes se juntaran a su opinión. De muy mala gana, seis burgueses llevaron esta decisión a Meaux, bajo la presión, dijeron, de la desenfrenada furia del pueblo. El gobierno optó por utilizar la fuerza. Unos hombres de armas ocuparon los puentes, río arriba, para cortar el suministro de víveres a la ciudad, y otros pillaron los *faubourgs*, cometiendo los mismos excesos que si de enemigos se tratara. Preparándose para atacar París, los nobles buscaron carros, «para llevarse el botín de dicha ciudad si la ocasión se les presentaba». Los parisienses tendieron las cadenas callejeras, distribuyeron armas y montaron guardia en las murallas.

Los moderados de ambos bandos, dirigidos por Coucy en nombre de la monarquía y Jean de Marès en el de la ciudad, continuaron buscando un arreglo. Su elocuencia e influencia combinadas lograron el consentimiento popular acerca de un tributo de ochenta mil francos, que el mismo pueblo percibiría y entregaría directamente a las tropas en servicio activo, sin que los tocasen los tíos del rey o los tesoreros. París recibiría a cambio el perdón general y la promesa escrita del soberano de que aquel subsidio no se transformaría en precedente de otros impuestos, y de que no guardaría rencor a París. Si se confiaba aún en perdón real, debíase a la calidad sagrada del monarca ungido y a la necesidad fundamental de ver en él —en oposición a los nobles— al protector del pueblo.

En aquel momento se supo la victoria de los ganteses sobre el conde de Flandes, lo cual espantó a la clase rica y dio a la corte razones apremiantes para llegar a un arreglo con París. Anjou se había ido a Italia, Berry había sido designado gobernador de Languedoc y el duque de Borgoña, que tenía el mando, alimentaba el propósito especial de emplear el poder francés para reconquistar su herencia en Flandes. Por lo tanto, los tratos con los parisienses se cerraron en un abrir y cerrar de ojos.

El rey volvió a la capital y estuvo en ella un solo día, con gran contrariedad de los ciudadanos. Rouen había estallado nuevamente cuando los perceptores de impuestos colocaron sus mesas en la Casa de los Pañeros; pero el gobernador suprimió en seguida la llamarada con la colaboración de una galera armada que había en el río. El mediodía de Francia también se hallaba alterado con la presencia de partidas de labriegos desposeídos y de míseros vagabundos. El Monje de Saint-Denis los llamó los *désespérés* y *crève-de-faim* (desesperados y muertos de hambre), pero en la región recibían el nombre de *tuchins*. Unos dicen que procede de *tue-chien* (mataperro), lo que denota gentes reducidas a tal miseria que habían de comer perros en los períodos de carestía; otros lo hacen derivar de *touche*, vocablo que, en la jerga local, se refería

al *maquis*, o terreno de matorrales, en el que buscaban refugio.

En las tierras altas de Auvernia y en el sur, los tuchins, en partidas de veinte, sesenta o cien individuos, organizaron una lucha de guerrillas contra la sociedad constituida. Se cebaban en el clero —al que se aborrecía por estar exento de tributos —, emboscaban a los viajeros, capturaban señores por el rescate y atacaban, se dijo, a cuantos no tuvieran las manos encallecidas. Como la mafia siciliana, nacieron de la pobreza para castigo de los ricos, pero, al organizarse, los ricos los utilizaron en sus luchas particulares y en el bandidaje. Las ciudades y los señores que los alquilaban para combatir a los representantes del rey, que eran llamados «devoradores». El desasosiego en Languedoc cobraría fuerza de insurrección en el año siguiente.

En medio de todas estas anomalías, la clase alta notaba la pleamar de la subversión. Los insurgentes de Béziers, en Languedoc, según se contó, conspiraron para asesinar a todos los ciudadanos que tuvieran más de cien libras, y cuarenta de los conjurados proyectaron matar a sus mujeres para casarse con las viudas más ricas y bellas de sus víctimas. Los campesinos ingleses parecieron a un cronista «canes rabiosos… bacantes que danzaban a través del país». Los ciompi eran «rufianes, malhechores, ladrones…, hombres inútiles de baja condición…, sucios y andrajosos», y los maillotins merecían el mismo juicio. Se atribuía a los tejedores ganteses la intención de exterminar a todas las personas buenas de edad superior a los seis años.

La fuente de todas las subversiones, el foco de peligro, se diagnosticó en Gante.

Conscientes de todo lo que se hallaba en juego, los franceses se prepararon para llevar a cabo una poderosa ofensiva en Flandes. Intervenía en ello la rebelión de la clase baja contra la alta, el peligro de una alianza inglesa con Artevelde y el apoyo flamenco a la causa de Urbano. Coucy figuró entre los primeros nombrados para aquel ejército, al que se incorporó con un acompañamiento de tres abanderados, diez caballeros, treinta y siete escuderos y diez arqueros, que luego se aumentaron a sesenta y tres escuderos y treinta arqueros. Su primo Raoul, el Bastardo de Coucy, hijo de su tío Aubert, aunque alistado como escudero, fue su lugarteniente. En un ambiente lúgubre, se tardó seis meses en congregar una hueste adecuada y bien equipada. Llegó noviembre antes de que se emprendiese la marcha. Muchos desaconsejaron que se comenzase al filo del invierno, pero la ansiedad de anticiparse a los ingleses empujó a la empresa en días lluviosos y de frío glacial.

La fuerza del ejército, sobre la que las fuentes mencionan cifras muy dispares y fantásticas, hasta la de cincuenta mil, se compondría de unos doce mil hombres. Era lo bastante grande para que los peones, como a menudo sucedía, ampliasen la línea de marcha cortando setos y árboles.

El rey, que ya tenía catorce años, fue con el ejército acompañado de sus tíos Borgoña, Borbón y Berry, y de los principales nobles de Francia —Clisson, Sancerre, Coucy, almirante de Vienne y los condes de la Marche, Eu, Blois y Harcourt—, y

muchos señores y escuderos notables. La oriflama escarlata, que se reservaba para los momentos de apuro o contra el infiel, se exhibió por primera vez desde Poitiers para hacer resaltar la índole de guerra santa, lo cual resultaba embarazoso por el hecho de que, si el enemigo era urbanista, también lo era el aliado del rey, Louis de Flandes. Éste, impopular, a pesar de todo, por su alianza con los ingleses, fue tratado con frialdad durante toda la campaña.

La hostilidad quedaba en la retaguardia del ejército. Las ciudades y el pueblo francés, simpatizando con Gante, retenían o dificultaban los suministros, y continuaban resistiéndose a pagar los subsidios. El duque de Borgoña, si no el rey, era criticado en voz alta. En París, los maillotins juraron sobre sus mazas que se opondrían colectivamente a los perceptores de impuestos. Forjaron yelmos y armas por la noche, y proyectaron apoderarse del Louvre y de los grandes *hôtels*, para que no se usasen como baluartes contra ellos. Sin embargo, los retuvo de entrar en acción el consejo de Nicolas de Flament, mercader pañero que había estado asociado con Étienne Marcel en el asesinato de los dos mariscales en 1358. Recomendó esperar hasta ver si los ganteses triunfaban; entonces, habría llegado el instante. Los plebeyos se sublevaron en Orléans, Blois, Châlons, Reims y Rouen, expresando sentimientos tales que «parecía que el diablo había entrado en sus cabezas para hacer que matasen a todos los nobles».

Al llegar al río Lys, en la frontera de Flandes, el ejército real descubrió que el enemigo había destruido el puente que llevaba a Comines y retirado todas las embarcaciones. Las riberas pantanosas estaban llenas de barro. Novecientos flamencos esperaban en la orilla opuesta al mando de Peter van de Bossche, lugarteniente de Artevelde, que aguardaba con un hacha en la mano. Coucy había aconsejado efectuar el cruce más hacia el este, en Tournai, para tener acceso a los víveres de Hainault, pero Clisson, que había insistido en una ruta más directa, en aquel momento estaba vejado, y admitía que debía haber seguido el parecer de Coucy.

Mientras buscaban troncos y tablas con que reparar el puente, los forrajeadores llevaron a un grupo de caballeros a tres barcas hundidas, que fueron sacadas y enlazadas con cuerdas a las dos riberas en un lugar que no veían los flamencos. Por este medio, nueve por turno, temerarios caballeros y escuderos pasaron al otro lado, en tanto que la fuerza principal distraía al enemigo con arcos y tiros de bombardas, pequeños cañones transportables. Aunque temían ser descubiertos, los osados aventureros, ya decididos a cobrar reputación de valientes, con el mariscal Sancerre, continuaron cruzando hasta que hubo unos cuatrocientos hombres en la orilla opuesta. No se permitió que los pajes los acompañaran.

Decididos a tomar Comines al punto, se aseguraron la armadura, enarbolaron sus banderas y salieron a campo abierto en formación de batalla, con ansiedad extrema del condestable, que los observaba con la sangre helada en las venas. «¡Ah, por san Ivo, por san Jorge, por Nuestra Señora! ¿A quién veo allí? ¡Oh, Rohan! ¡Oh,

Beaumanoir! ¡Oh, Rochefort, Malestroit y Lavalle!», exclamó Clisson al reconocer cada pendón. «¿Qué veo? ¡La flor de nuestro ejército superada en número! Ojalá hubiera muerto antes que contemplar esto… ¿Por qué soy condestable de Francia si os puse en tal extremo? Si perdéis, se me achacará la culpa y se dirá que fui yo quien os envió ahí». Pregonó que cuantos quisieran tenían licencia para trasladarse a la otra orilla y dio órdenes frenéticas para que se apresurase la reparación del puente. Cerraba la noche. El eje flamenco mandó a los suyos que no atacaran, y por la misma causa se abstuvieron de hacerlo los franceses. Expuestos al viento frío, con los pies en el lodo y la lluvia corriendo por sus yelmos, pasaron armados la noche entera y conservaron la moral manteniéndose alerta.

Los adversarios avanzaron al amanecer. Los franceses lanzaron los gritos de guerra de muchos señores ausentes para simular que su número era más grande. De nuevo Clisson sufrió las insoportables agonías de la ansiedad, maldiciendo su impotencia para cruzar con toda su hueste. En el choque, las lanzas francesas, con moharras de Burdeos, fueron más largas que las flamencas, atravesaron sus delgadas cotas de malla y se impusieron. Peter van den Bossche cayó herido en la cabeza y el hombro, pero le pusieron a salvo. Se reparó el puente, mientras los flamencos combatían a la desesperada y las campanas aldeanas sonaban en petición de ayuda. Los hombres de Clisson atronaron en el puente, deshicieron a los defensores y completaron la toma de Comines. Se persiguió y mató a los flamencos en las calles y los campos, en molinos y monasterios en que se habían refugiado, y en las poblaciones vecinas. Poco más tarde los saqueadores recorrían la comarca. Encontraron rico botín, porque, confiando en el Lys, los rebeldes no habían resguardado sus bienes y ganado en las ciudades amuralladas.

Al entrar el rey en Comines, la alta burguesía de Ypres y otras ciudades aledañas derribó a los gobernadores de Artevelde y envió delegados a los franceses con propuestas de rendición. De rodillas ante Carlos VI, doce notables ricos de Ypres ofrecieron entregarle la ciudad permanentemente a cambio de una ocupación pacífica. El soberano se alegró de aceptar el compromiso por una prenda de cuarenta mil francos, que en seguida le prometieron. Malinas, Cassel, Dunkerque y otras nueve poblaciones siguieron el ejemplo con un pago de sesenta mil francos. Las condiciones de la rendición daban por sentado que las poblaciones se librarían del pillaje, pero fue imposible contener a los bretones. Más que embarazarse con pieles, telas y vasijas, prefirieron vender su botín a precio barato a los habitantes de Lille y Tournai, pues sólo les interesaban el oro y la plata. Los negocios, como un buitre, volaban en pos de los guerreros.

En Gante, a unos ochenta kilómetros más al norte, Philip van Artevelde reclutó a todos los hombres de las inmediaciones capaces de empuñar las armas, asegurándoles que derrotarían al soberano francés y conquistarían la independencia total. Hacía meses que sus embajadores apremiaban a los ingleses, y aunque había llegado un heraldo con las cláusulas de un tratado, no le siguieron buques repletos de soldados.

Con todo, tenía otro aliado: el invierno inminente. Si hubiese fortificado sus posiciones y se hubiese mantenido a la defensiva, el invierno y la falta de víveres se hubieran encargado de derrotar a los invasores. Pero la amenaza de un alzamiento interior del partido del conde, que podía entregar Brujas a los de Francia, le obligó a actuar, a pesar de que conservaba a los ciudadanos principales de Brujas como rehenes. Quizá obró no por temor, sino por exceso de confianza y llevó a cabo un cálculo equivocado.

Armados de porras y estacas de puntas férreas, con largos cuchillos en el cinto y capacetes de hierro, una hueste formidable de «cuarenta» o «cincuenta mil» flamencos (en realidad, probablemente, menos de veinte mil) se congregó tras los nueve mil ganteses, en los que Philip confiaba mucho más. Llevando las banderas ciudadanas y gremiales, se dirigieron al sur al encuentro del enemigo. Los exploradores informaron de su avance a los franceses, que tomaron posiciones entre la colina y la ciudad de Roosebeke, a unos cuantos kilómetros de Passchendaele, donde la historia presenciaría nueva efusión de sangre en 1916. El ejército de Francia obligó al urbanista Louis de Male a retirar su hueste del orden de batalla, a fin de no tener que pelear junto a un hereje y cismático. Los franceses, en medio de la lluvia y el frío, aguardaron impacientes el conflicto, «pues estaban muy contrariados de hallarse al aire libre en aquel mal tiempo».

En el último consejo de guerra, en la víspera del combate, se tomó una determinación extraordinaria: Clisson debía renunciar a su cargo en aquel encuentro para estar junto al rey, y Coucy le sustituiría en el cargo de condestable. Clisson, muy agitado, diciendo que la hueste le tomaría por un cobarde, rogó al soberano que no se efectuase aquello. El desconcertado chiquillo, tras largo silencio, consintió, «pues vos veis más allá en este negocio que yo o quienes lo han propuesto».

Las crónicas no hablan de qué hubo detrás de la proposición. El único indicio es el arrebato de ansiedad de Clisson en el Lys. En un hombre capaz de cortar quince cabezas sin pestañear, delató una tensión infrecuente y debió de convencer a sus colegas, igualmente tensos, de recurrir a Coucy y cambiar de condestable en medio del río. Ganar o perder, en lucha contra otros caballeros, no alteraba lo fundamental; pero, en aquella ocasión, los nobles sentían que peligraba su mismo orden. Froissart, con muchas variantes, reflejó idéntico sentimiento en su declaración de que, si el rey francés y su noble caballería hubiesen perdido en Flandes, la nobleza entera hubiera muerto y desaparecido en Francia, y los plebeyos se hubiesen rebelado en distintos países para destruirla.

Artevelde, el día antes del encuentro, se decantó por situarse a la defensiva y recomendó esperar al enemigo. Tenía la ventaja de haber ocupado una buena posición en la colina, y creyó que la impaciencia y las incomodidades harían cometer a los franceses una temeridad, los llevaría a descuidarse e incluso los obligarían a irse. Pero topó con la oposición de hombres que se enorgullecían de su anterior victoria sobre el conde en Brujas y que ansiaban combatir. Aceptando la voz de la mayoría,

Artevelde ordenó que su ejército no diese cuartel y que no tomara más prisioneros que el rey, «porque no es más que un niño al que mandan. Le llevaremos a Gante y le enseñaremos a hablar en flamenco». En cuanto a la táctica, dispuso que los suyos formasen siempre un cuerpo compacto, para que nadie rompiera por ellos y, para mayor solidaridad, que aguantasen las armas con los brazos enlazados. Confundirían al enemigo con las andanadas de las ballestas y bombardas que habían utilizado en Brujas, y luego, adelantándose hombro contra hombro, desharían la línea adversaria con el peso y la solidez de sus filas.

En la tensión de la noche precedente al combate, los centinelas flamencos denunciaron gritos y entrechocar de aceros en el campamento francés, como si el enemigo preparara un ataque nocturno. Otros pensaron que «los diablos del infierno corrían y bailaban en el sitio de la batalla por las muchas presas que esperaban».

En la mañana del 29 de noviembre de 1382, las dos mitades hostiles de la sociedad se encaminaron contra la otra en medio de una niebla tan espesa que casi parecía de noche. Con los caballos en la zaga, los franceses se adelantaron a pie y, contra su costumbre, en silencio, sin gritos de guerra y con los ojos fijos en la oscura masa que tenían enfrente. Al bajar de la colina, en orden cerrado, con las estacas en alto, los flamencos parecían un bosque en movimiento. Dispararon densas descargas de ballestas y bombardas, y cargaron con las estacas bajas y la energía de jabalíes furiosos. El plan de Francia era que el batallón del rey, al mando del condestable, se mantuviera en el centro, mientras las alas, más fuertes, una a las órdenes de Borbón y Coucy, se cerraban por ambos lados alrededor del enemigo. El centro cedió bajo la carga flamenca, y en el desconcierto siguiente las alas quedaron bloqueadas.

Según su biógrafo, contemporáneo suyo, Borbón gritó: «Ved, buen primo, que no podemos atacar más que a través de las filas del condestable». Coucy, a quien se da el crédito de haber ideado instantáneamente un proyecto, respondió: «Decís verdad, monseñor. Y se me antoja que, si avanzásemos como una ala del batallón del rey y tomásemos la colina, tendríamos una buena pelea, si Dios quisiera». «Noble primo, ése es un buen parecer», reconoció Borbón. Así ascendieron por la colina y cogieron al enemigo por detrás con terribles lanzazos, hachazos y mandobles, y «cualquiera que vio al señor de Coucy lanzarse adelante, cortar y hender a los flamencos, recordará para siempre a un bravo caballero». La maniobra concedió un respiro al batallón del condestable, que se recobró y se lanzó con la otra ala al combate. Las pesadas hachas de guerra y las mazas partieron los yelmos flamencos con un ruido «tan fuerte como el de todos los armeros de París y Bruselas trabajando juntos». Más apretados aún por el ataque de los franceses, los rebeldes se apretujaron tanto que los del interior no podían mover los brazos. Tuvieron incluso dificultad en respirar, y así quedaron inmóviles y mudos.

Las lanzas y hachas de Francia maltrataron aquel bloque compacto de cuerpos, muchos de los cuales no llevaban yelmo ni coraza, y los cadáveres se amontonaron. Los peones franceses, deslizándose entre los guerreros con armadura, remataron a los

caídos con los cuchillos, «con tan poca piedad como si fuesen perros». La retaguardia flamenca, al recibir la embestida del ala de Borbón y Coucy, echó a correr arrojando las armas. Philip van Artevelde, que combatía en las primeras líneas, intentó contenerla, pero su posición le impedía ejercer el mando efectivo. Carecía del aplomo del Príncipe Negro en Poitiers para dirigir la batalla desde la cima de una colina. Empujado hacia atrás, cuando se disgregó la masa de sus hombres, fue pisoteado y perdió la vida bajo los pies de los suyos, lo mismo que su abanderado, una mujer llamada la Gran Margot.

Borbón y Coucy, montando en sus caballos, capitanearon el batallón durante el acoso del enemigo, y en una salvaje refriega derrotaron a tres mil flamencos reunidos en un bosque para defenderse a la desesperada. El desastre fue total. Mientras su batallón acosaba y mataba incluso hasta la distante Courtrai, Coucy y Borbón volvieron a Roosebeke, donde el rey «los recibió con alborozo y dio gracias a Dios por la victoria que, gracias a su esfuerzo, les había concedido». La batalla acabó en dos horas. Se encontraron muchos cadáveres de flamencos sin una herida: los había aplastado la presión de sus camaradas; pero millares de ellos habían sido víctimas de los franceses y «el terreno estaba inundado de sangre». El número de bajas de los «descreídos» se calculó hasta cifras fantásticas, pero hubo acuerdo en que habían sobrevivido pocos del ejército de Flandes. Buenos sólo para alimentar «perros y cuervos», no se enterró a los muertos, de manera que durante muchos días fue insoportable el hedor.

Mientras se desarmaba en su pabellón escarlata, el rey expresó el deseo de ver a Artevelde vivo o muerto. Animados por una recompensa de cien francos, los buscadores acabaron por encontrar su cadáver. Los vencedores lo contemplaron un rato en silencio. Luego el rey le dio un leve puntapié, «tratándole como villano». Se lo llevaron y lo colgaron de un árbol. La figura de Artevelde apareció más tarde en un tapiz sobre la batalla, encargo del duque de Borgoña, el cual lo usó como alfombra, porque le gustaba andar sobre los plebeyos que habían querido trastocar el orden existente.

El saqueo de Courtrai fue despiadado, en desquite de la derrota de la batalla de las Espuelas, acontecida ochenta años antes. Los ciudadanos intentaron esconderse en las bodegas y las iglesias, pero los soldados los arrastraron a las calles y los mataron. Louis de Male pidió de rodillas que se compadeciesen de la ciudad, pero no le hicieron caso. Todas las casas sufrieron saqueo e incluso los aristócratas y sus hijos fueron apresados para obtener su rescate. El duque de Borgoña, con la buena vista de los Valois para lo precioso, desmontó el reloj de la catedral, el más bello de Flandes, y lo mandó en carreta de bueyes a Dijon (donde aún sigue). Al partir, el rey ordenó que se incendiase Courtrai, «para que se supiera que el monarca de Francia había estado allí». Clisson, que había recobrado su acostumbrada ferocidad, parece que intervino en aquella decisión.

Lo completo del triunfo tuvo una excepción, Gante, el principal objetivo, jamás

fue conquistada. El pueblo quedó aturdido y desesperado al conocer la derrota de su ejército. Si se hubieran presentado a sus puertas, varios días después de la batalla, los franceses «habrían entrado sin resistencia». Pero la guerra medieval tendía siempre a quedarse a un palmo de distancia de los fines políticos. Hartos de frío y lluvia, entregados al botín y la venganza, tras lo de Roosebeke, y confiando en que Gante se rendiría en cuanto lo pidiesen, los hombres de Francia no se dirigieron al norte.

Peter van den Bossche, a pesar de sus heridas, hizo que le llevaran a la ciudad y levantó sus ánimos con la afirmación de que la guerra no había concluido, que los franceses no se presentarían en invierno y que, con nuevos hombres en otra estación, harían mucho más que antes, incluso sin la ayuda inglesa. Inglaterra, así que se enteró de la derrota, rompió las negociaciones con los flamencos, sin sentirse disgustada de aquel resultado. De haber ocurrido de otra suerte, habrían temido que el «gran orgullo de los plebeyos» animase otra sublevación en suelo inglés.

Después, cuando los franceses trataron de negociar, Gante, tan «dura y altanera» como si hubiese vencido, se negó en redondo a ceder al conde de Flandes. Sólo lo haría a la soberanía directa del rey de Francia. El conde, y más especialmente Felipe de Borgoña, heredero aparente, se negaron a ello. Pero, estando ya a fines de diciembre, era demasiado tarde para emprender un sitio. Habiendo restablecido la autoridad en el resto de Flandes, pero sin conseguir que se pasara al papa Clemente, los franceses ansiaban regresar. Tenían que arreglar las cosas de París.

En la primera semana de enero de 1383 el ejército real se detuvo ante París y llamó al preboste y los magistrados para asegurarse de la sumisión de la capital. Con la hueste junto a ella, y robustecida por la victoria de Roosebeke, la monarquía tenía más poder que el año anterior y estaba dispuesta a emplearlo. Las compañías normandas y bretonas se desplegaron en semicírculo en el exterior de la ciudad, y acamparon entregándose al pillaje disimulado. Enorme número de parisienses, en desesperada exhibición de fuerza largo tiempo preparada, salió armado de ballestas, escudos y mazas, y se ordenó en formación de combate más allá de Montmartre. La corona, llena de cautela, envió una delegación en la que figuraban el condestable y Coucy, con el fin de calcular su fuerza y preguntaran por qué comparecían con ánimo tan belicoso. Los plebeyos respondieron que deseaban que el rey contemplara su fuerza, la cual, por ser tan joven, nunca había visto. Se les ordenó con severidad que se volvieran y depusieran sus armas, si querían que el soberano entrase en la ciudad. Desde Roosebeke su espíritu no estaba a la altura de lo que alardeaban, y por ello se retiraron con mansedumbre. Sin embargo, el ejército recibió la orden de presentarse preparado para la guerra, es decir, con armadura, no para la paz, en la entrada de París.

Se envió a Coucy y al mariscal Sancerre con el encargo de abrir la ciudad, lo que hicieron arrancando las hojas sólidas de los goznes y las cadenas de las calles.

Arrojaron las puertas al pavimento con el objeto de que el rey cabalgara sobre ellas, «hollando el orgullo de la ciudad», como reconoció con tristeza el Monje de Saint-Denis. Brotaron la alarma y la iracundia entre los parisienses, que pusieron guardias de noche y dijeron: «Por ahora no habrá paz. El rey ha destruido y saqueado la tierra de Flandes, y hará lo mismo con París». Para cortar alborotos, los heraldos pregonaron que no sufrirían saco ni daño. El día del ingreso regio, los burgueses, representados por el preboste de los mercaderes, los magistrados y quinientos notables, avanzaron con indumentaria de fiesta en la súplica ritual de perdón. Cuando se arrodillaron, el monarca y los nobles, Coucy entre ellos, flanqueados de hombres de armas con las lanzas en ristre, cruzaron, entre ellos, sobre las puertas rotas de la ciudad.

Inmediatamente se situaron soldados en todos los puentes y plazas en los que el pueblo acostumbraba reunirse. Las casas que dieron alojamiento al ejército hubieron de tener las entradas abiertas. Cuantos poseían armas debían llevarlas en un saco al Louvre, desde donde se transportarían a Vincennes.

Las detenciones empezaron inmediatamente, centrándose sobre todo en los burgueses notables, en quienes la corona identificó sus verdaderos adversarios. Entre los trescientos ciudadanos importantes arrestados se encontraron Jean de Marès y Nicolas de Flament. Se ejecutó sin pérdida de tiempo a un pañero y un orfebre, y a otros trece en una semana. Nicolas de Flament, que se había salvado en 1358, fue al tajo. Todos los burgueses que habían servido en la milicia ciudadana comparecieron uno tras otro ante el consejo, que los condenó a fuertes multas. Con libertad para desquitarse, el gobierno impuso durante seis semanas castigos, multas y ejecuciones. El Ménagier de París recordó que decapitaron a la vez a tres y cuatro individuos, hasta un total de más de cien, sin contar a los sentenciados a muerte en otras poblaciones.

El broche de la conquista fue la restauración de un impuesto sobre las ventas de doce céntimos por libra de todas las mercancías, más uno extraordinario sobre la sal y el vino, el mismo que había provocado la revuelta de los maillotins y que los parisienses se habían negado a pagar durante todo el año anterior. Una semana más tarde, ante una asamblea plenaria de la clase gobernante de la capital, se leyó una ordenanza del soberano que revocaba todos los privilegios y franquicias de París. Los derechos de autogobierno y las libertades, que las ciudades habían ganado con tanto sacrificio durante la Alta Edad Media, desaparecían absorbidas por un gobierno centralizado. Los gremios principales perdieron su autonomía, como en Rouen, y quedaron sujetos en adelante a los supervisores que designaba el preboste de París. Se abolieron los pelotones de policía, que mantenía el preboste de los mercaderes, y la defensa de la ciudad correspondió al rey. Se prohibieron las reuniones de las *confréries*, como gérmenes posibles de disturbios, así como todas las públicas, salvo la asistencia a la iglesia. Quienes participaran en encuentros ilegales serían tratados como rebeldes y díscolos, sujetos a la pena de muerte y a la confiscación de sus

propiedades.

Siguió el juicio de Jean de Marès. El Monje de Saint-Denis recuerda que no había abandonado París como otros notables, sino que durante más de un año había contenido y moderado la furia del pueblo, y servido de mediador entre él y la corte. Por ello fue el blanco del odio de los duques. Una caterva de delatores compareció en prueba de que había aconsejado a los rebeldes que empuñasen las armas. Se le halló convicto, se le condenó a la pena capital, se le despojó de la toga y el birrete, y se le llevó en una carreta, con otras doce personas, a Les Halles, lugar de la ejecución. Le colocaron por encima de los demás en el vehículo, para que todos le vieran, y desde aquella posición gritó al gentío de las calles: «¿Dónde están quienes me han condenado? Que se presenten para justificar mi sentencia, si pueden». El pueblo se apenó por él, pero nadie osó hablar.

Cuando el verdugo le dijo que si pedía el perdón del rey quizá se salvase, Marès replicó que no había hecho nada que mereciera ser perdonado. «Sólo a Dios solicitaré piedad y rogaré humildemente que me exonere de mis pecados». Después de unas frases de despedida al pueblo, que lloraba, se encaró con la muerte.

La corona convocó una asamblea colosal en el patio de la Mesa de Mármol el 1 de marzo, aniversario de la sublevación de los maillotins. Tenía que asistir, sin nada en la cabeza, una persona por cada casa de París. Carlos VI, acompañado de sus tíos y el consejo, se sentó en una plataforma, y Pierre d'Orgement, su canciller, leyó en su nombre una áspera acusación de todos los crímenes que habían cometido los parisienses desde el fallecimiento de Carlos V. Tras referirse a las ejecuciones, gritó con acento terrible: «¡Aún no han terminado!». Los asistentes sabían qué debían hacer. De ellos partieron gemidos de espanto. Con los vestidos en desorden y desgreñadas, las esposas de los prisioneros alargaron los brazos hacia el monarca e imploraron llorosas que se apiadase. Sus altivos tíos y el hermano menor del rey, Louis, se arrodillaron en petición de que aplicase el castigo civil en vez del criminal (el civil equivalía a multas). Orgement anunció que el soberano, obedeciendo a su bondad natural y las súplicas de sus parientes, consentía en el perdón general, que sería revocado si en alguna ocasión los ciudadanos reincidían en su mala conducta. Los condenados saldrían de las cárceles y se librarían de la muerte, pero no del pago de multas. Las de algunos hombres muy acomodados equivalieron a cuanto dinero, casas y tierras poseían, lo cual los precipitó en la ruina.

Medidas punitivas similares se adoptaron en Amiens, cuya antigua carta de privilegios se revocó, en Laon, Beauvais, Orléans y otras poblaciones. Las inmensas sumas acopiadas con las multas se elevaron a cuatrocientos mil francos en París y una cifra comparable en las provincias. Gran parte de ellas engrosó la bolsa de los tíos, pagó los salarios que se debían desde hacía dos años al condestable y otros funcionarios reales, y reembolsó los gastos de los nobles, como Coucy, en la campaña de Flandes. Enguerrand recibió trece mil doscientos francos y una garantía del tercio de los subsidios sacados de sus dominios para fortificar sus poblaciones y castillos.

A pesar de haber arrancado las puertas ciudadanas, Coucy era bienquisto de los parisienses. Se decía entre el pueblo, según las fuentes, que «el señor de Coucy no había temido reconvenir al rey, asegurándole que, si destrozaba su propio país, se vería obligado a empuñar la pala del trabajador». El vaticinio que presentaba al rey trabajando como un campesino prendió en la mente del pueblo y tuvo vida larga y singular.

Los leones habían restablecido su autoridad. París tardó treinta años en tener un preboste de los mercaderes; Rouen jamás recobró las libertades que había poseído antes de la *Harelle*. La revuelta había vencido de momento sólo en aquellos lugares en que no existían fuerzas públicas organizadas y prontas a intervenir. El Estado carecía de medios para hacer frente a la revolución, si bien, en contraste, la función de suprimirla se hallaba tan reglamentada como un rito.

Salvo en Gante, la insurrección no podía cuajar, porque no estaba apercibida para ello y sus miembros se encontraban divididos. Los menesterosos, que proporcionaban la fuerza explosiva, se convertían en instrumentos de los comerciantes, que no tenían los mismos intereses que ellos. Las ciudades fracasaban en sus propósitos porque estaban enemistadas entre sí. Gante resistió otros dos años hasta que, a la muerte de Louis de Male, el duque de Borgoña, para consolidar su herencia, le devolvió sus libertades. Éstas y la autonomía municipal se perdieron, o se acortaron, en otros lugares. Continuaba interviniendo el proceso que había operado en la revuelta de Étienne Marcel: la monarquía ganaba en la misma proporción que las ciudades perdían, y con su potencia financiera conseguía cada vez más el apoyo de la nobleza.

A consecuencia de aquella tempestad, la clase baja se tuvo por más peligrosa, por más sospechosa. Se la reconoció como una sección más dinámica que pasiva de la sociedad, a la que unos temían y con la que otros simpatizaban. «Por consiguiente, los inocentes deben morir de hambre, pues estos grandes lobos se llenan el estómago a diario con ellos —escribió Deschamps—. ¿Qué es este grano, este trigo, sino la sangre y los huesos de la pobre gente que han arado la tierra? Por ello su espíritu clama a Dios para que la vengue. ¡Ay de los señores, los consejeros y cuantos así nos rigen! ¡Ay de todos los que son de su bando, pues nadie se cuida sino de llenar la bolsa!».

La oleada de levantamientos pasó sin que apenas cambiase la situación de la clase obrera. En la balanza de la historia la inercia pesa más que el cambio. Habrían de transcurrir cuatrocientos años antes de que los descendientes de los maillotins tomasen la Bastilla.

CAPÍTULO 19

EL SEÑUELO DE ITALIA

La tentación de tener una base en Italia dominaba tanto a los franceses como la de poseer una en Francia a los ingleses. Desde el instante en que el duque cruzó los Alpes en 1382, la aspiración angevina al reino de Nápoles arrastró a Francia hacia el sur y creó un hábito de intervención que persistiría con intermitencias durante medio milenio. Su esquema se fijó desde el principio, cuando la expedición de Anjou topó casi inmediatamente con la desgracia y pidió repetidas veces, en 1383, refuerzos al mando del señor de Coucy.

Los angevinos habían regido el reino de Nápoles y Sicilia[*] desde que la influencia pontificia había sentado en su trono a Carlos de Anjou, hermano menor de san Luis, en 1266. Aragón absorbió Sicilia a fines del siglo, pero la dinastía angevina retuvo la parte continental, que abarcaba la mitad baja de la península desde el mediodía de Roma. Era el dominio más extenso de Italia. En él florecieron el comercio y la cultura, y se disfrutó del civilizado gobierno del rey Roberto, el «nuevo Salomón», cuya aprobación literaria fue Petrarca a buscar. Boccaccio le siguió, pues prefería residir en «el dichoso, pacífico, generoso y espléndido Nápoles, con un monarca», a hacerlo en su natal Florencia republicana, «devorada por innúmeras preocupaciones». Roberto edificó su palacio, el Castel Nuovo, al borde del mar, frente a la incomparable bahía napolitana, en la que recalaban naves genovesas, españolas y provenzales. Los nobles y mercaderes dispusieron sus palacios junto a él, y contrataron a artistas toscanos para que los llenasen de frescos y esculturas. Por sus leyes justas, moneda estable, caminos seguros, hosterías para los comerciantes viajeros, fiestas, torneos, música y poesía, el gobierno de Roberto, que concluyó en 1343, era «semejante al paraíso». Los ciudadanos podían recorrer Calabria y Apulia sin otras armas «que un palo para defenderse de los perros».

El infortunio del siglo XIV se abatió sobre Nápoles a la muerte de aquel magnífico soberano. Su talento desapareció en su nieta y sucesora, Juana, cuyos cuatro malaventurados esfuerzos para mantener la sucesión con el matrimonio produjeron agitaciones que culminaron en el cisma. El conflicto de los papas transformó Nápoles en campo de batalla. Cuando Juana aceptó a Clemente y, a instigaciones suyas, nombró heredero suyo a Anjou, Urbano anunció furioso su deposición por hereje y cismática, y coronó a otro descendiente angevino, el duque Carlos de Durazzo, como legítimo soberano de Nápoles. Este príncipe, elevado desde un oscuro principado albanés al trono de un gran reino mediterráneo, ocupó el trono con el nombre de Carlos III.

Este hombre, pequeño y rubio, del que se dijo que se parecía a Roberto en valor,

cordialidad y amor al saber, no permitió que su buena índole le coartara en su lucha contra Juana. En dos meses derrotó sus huestes, se estableció en el Castel Nuovo y encarceló a la reina con la esperanza de obligarla a que le nombrase su heredero, con lo que legitimaría su conquista. Actos como el suyo tienen siempre la necesidad de revestirse de legalidad. Carlos no vaciló cuando Juana se negó a ello y Anjou entró en Italia para ayudarla: ordenó que estrangularan a la reina y que su cadáver estuviera expuesto en la catedral durante seis días, para que no existiese la menor duda de su muerte.

Anjou pasó por Aviñón, donde, a su vez, fue coronado rey de Nápoles y Sicilia, Jerusalén y Provenza, por el papa Clemente, al tiempo que su rival, Carlos de Durazzo, era excomulgado. No obstante sus artes persuasivas, Anjou había sido incapaz de reunir, durante las insurrecciones de Francia, bastantes fondos para que le llevasen hasta Nápoles, y había intentado estérilmente convencer al consejo del rey de que financiase su aventura como una guerra nacional. Entonces, como soberano de Provenza acuñó enormes cantidades de dinero y enriqueció sus tropas consintiendo que saqueasen a sus nuevos súbditos con el pretexto de castigar su reciente rebeldía. Recibió más dinero y fuerzas del papa Clemente, y se le unió en la empresa el enérgico aristócrata Amadeo de Saboya, el Conde Verde, que contribuyó con mil cien lanzas, que costaron a Anjou veinte mil ducados mensuales.

Reaprovisionado y al frente de un ejército de quince mil hombres, ahítos de botín, Anjou llegó a Lombardía, seguido de trescientas acémilas e incontables carros de bagaje. El equipo del Conde Verde incluía una colosal tienda de campaña verde, ornada con doce escudos que mostraban las armas de los Saboyas en rojo y blanco, una sobreveste de seda color de esmeralda con la divisa roja y blanca bordada, doce juegos de sillas de montar y jaeces verdes, otros cuatro adornados con «nudos de cinta húngara», para sus servidores más inmediatos, y zapatos, capuchas y túnicas verdes para sus pajes. Antes de partir, algunos de sus barones pusieron con varios motivos obstáculos a aquella expedición y él los enmudeció diciendo, con trágica clarividencia: «Cumpliré lo que he prometido aunque muera en el empeño». Muchos nobles distinguidos se alistaron bajo su bandera por respeto a sus hazañas y liberalidad.

Visconti, en Milán, proporcionó a Anjou una gran parte de sus fondos, como había suministrado la parte más considerable del rescate de su padre, a cambio de la misma mercancía. Se ofreció en matrimonio a Louis, de siete años de edad, hijo del francés, a Lucía, hija de Bernabò. Ante la perspectiva de que su hija fuese reina de Nápoles, Bernabò entregó cincuenta mil florines —que equivalían de modo amplio a la renta anual de unas cien familias burguesas—,[*] más una cantidad adicional de mano de Gian Galeazzo. Anjou usaba de todos los medios para acopiar los recursos propios de la magnificencia de un soberano camino de su reino.

Con yelmos emplumados y pompa suntuosa, cargados de regalos y honores, él y Amadeo salieron de Milán, escoltados por tantos hombres y carros que «parecía el

ejército de Jerjes». Se encaminaron al este, por la difícil ruta de la costa adriática, porque Florencia, opuesta a Anjou y Durazzo, quiso evitarse las molestias —y el saqueo— de su tránsito, y para ello repartió seis mil hombres en la carretera que recorría Toscana. Según el Monje de Saint-Denis, quien, como su hermano en religión Walsingham, no veía con agrado a los duques merodeadores, Anjou y sus nobles se jactaron de que con ellos los lises de Francia esparcirían muy lejos «el dulce perfume de la gloria». Mientras cabalgaban, celebraban su empresa con cantos, versos y narraciones fabulosas de la valentía francesa.

Aun cuando había proclamado su intención de «socorrer el destino de la Iglesia con la fuerza de la caballería» —o sea, la de las armas—, Anjou no la utilizó contra Urbano. Apartándose del litoral en Acona para cruzar los Apeninos, a principios de septiembre, dejó atrás el camino de Roma, a pesar de que, con cierta osadía, pudiera haberse apoderado de la Ciudad Eterna. Los agentes le habían informado de que la Compañía Blanca de Hawkwood, comprometida en la defensa de Urbano, había sido retenida por Florencia con la intención de utilizarla para protegerse. En cambio, contra el parecer de Amadeo de Saboya, Anjou echó a andar por la carretera de Nápoles, y cuando la hueste caminaba a través de desfiladeros y gargantas, entre picos que «tocaban el cielo», ocurrió el desastre. Los bandoleros de las tierras altas, manejados por Nápoles, atacaron el tren de los bagajes y la guardia zaguera que escoltaba el tesoro, con el resultado de que Anjou llegó a Caserta, que estaba a un día de marcha de la metrópoli napolitana, mucho más pobre que cuando había emprendido el camino. Explorar el terreno por anticipado no formaba parte de la táctica medieval, porque no tenía lugar en los torneos. Lo esencial eran la embestida y el choque.

Entretanto, se había presentado noviembre. Una vez en territorio napolitano, Anjou se demoró una semana en Aquila para intervenir en los festejos de los partidarios de su causa. El retraso dio tiempo a que Hawkwood, a quien Florencia había licenciado, acudiese en apoyo de su rival. Necesitando entonces un resultado rápido, Anjou envió el desafío tradicional a Durazzo, en el que pidió tiempo y lugar de combate. Carlos III se mostró escurridizo. Dentro del Castel Nuovo, esperaba superar a Anjou agotando sus recursos, hasta que se le pudiera batir con facilidad y reconquistar los territorios de que se había apoderado. Simulando alborozarse de aceptar el reto, tuvo a Anjou en constante movimiento y le forzó a incurrir en gastos y hacer marchas hacia el campo de una batalla que se desvanecía siempre.

En las inmediaciones de Navidad, dominado por el ansia, Anjou testó y Amadeo, renunciando al triunfo, le propuso negociar la paz. Anjou renunciaría a sus pretensiones sobre Nápoles si Carlos de Durazzo prescindía de las suyas sobre Provenza y le dejaba el camino libre hasta la costa para regresar a Francia. Carlos III rehusó. Entonces se acordó un desafío entre diez campeones por bando, pero, como siempre que las apuestas eran importantes, no se celebró.

En febrero de 1382 se declaró una epidemia en el ejército acampado en los

montes que ciñen Nápoles. Causó muchísimas muertes, entre ellas la de Amadeo de Saboya, a la edad de cuarenta y nueve años. El 1 de marzo, después de haber estado alejado de las nieves saboyanas durante un año fatigoso, concluyó la espléndida carrera verde. En respuesta de un aviso urgente, Anjou llegó y derramó lágrimas estériles junto a su lecho de muerte.

Frustradas y hambrientas, las huestes angevinas se retiraron al tacón de Italia. Se utilizó el resto del tesoro en la compra de provisiones. La vajilla de oro y plata de Anjou aportó poco dinero y hubo de vender la corona nupcial, con la que había querido entronizarse. La resplandeciente sobreveste bordada de oro también desapareció. La sustituyó una de tela ordinaria con lises amarillos pintados. En lugar de los delicados manjares y pasteles a que estaba acostumbrado, comió estofado de conejo y pan de cebada. A medida que transcurrían los meses, las acémilas no se movían a causa del hambre, y los bridones, «en vez de piafar y relinchar con orgullo, languidecían con la cabeza gacha como pencos macilentos».

Anjou, desde que salió de París, atosigó al consejo con cartas y emisarios, exigiendo que cumpliese la promesa de financiar una campaña complementaria contra Nápoles, al mando de Enguerrand de Coucy. Mientras estuvo en Aviñón, apremió a Pierre Gérard, su agente en París, con el fin de que contratase a Coucy. No se le pagaría nada hasta que se hubiese comprometido por escrito a unirse a Anjou, pero se instruyó a Gérard que «procediese siempre con este señor con la mayor gentileza posible». El papa Clemente recomendó las peticiones de Anjou a la corona, comunicando ofertas «soberbias» que había recibido de varias partes de Italia con promesas de éxito, y expresando su hondo pesar de que el consejo francés se resistiera a intervenir en una empresa de la que dependía la salud de la Iglesia. Anjou estuvo en la maroma durante el año de Roosebeke. Hasta la sumisión de París, cuando las multas abarrotaron el tesoro del rey, la monarquía no se mostró dispuesta a cumplir su compromiso. Entonces Amadeo había fallecido y el «ejército de Jerjes» se hundía en la miseria en Bari.

Coucy estaba dispuesto y deseoso de acudir en socorro de Anjou. Consultó constantemente con el canciller del duque, el obispo Jean le Fèvre, y preguntó con insistencia si éste había recibido respuesta afirmativa del rey. Por fin, en abril de 1383, el consejo convino en dar a Anjou ciento noventa mil francos, ochenta mil de los cuales representaban subsidios obtenidos de sus propios dominios. En aquel instante preciso, Inglaterra, adoleciendo de enfermedad bélica, se lanzó a otra invasión. Todas las energías se concentraron en hacerle frente, y el duque de Borgoña prohibió que saliera un solo hombre de armas del país. La expedición de Coucy se redujo a nada. Se organizó, desde luego, un ejército, pero no para Italia, sino una vez más destinado a Flandes, donde los ingleses se habían apoderado de Dunkerque.

A las órdenes de Henry Despenser, obispo de Norwich, la incursión inglesa era fruto de la voluntad de Urbano, anhelante de una «cruzada» contra la cismática Francia. El perjuicio moral que los métodos empleados para financiar la «cruzada» infirieron a la sumisión inglesa al pontífice sobrepasaron cuanto el papado hubiera podido ganar, incluso con el triunfo. Los frailes, como agentes pontificios, fueron provistos de «maravillosas indulgencias» y facultades extraordinarias para venderlas o, peor aún, para negar la absolución, «a menos que la gente diera de acuerdo con sus posibilidades y situación». Se llegó a negar los sacramentos a los feligreses que se oponían a entregar limosnas para la cruzada. Se recogió oro, plata, joyas y dinero, sobre todo, según Knighton, «de las damas y otras mujeres… Así, se agotó el tesoro secreto del reino, que se hallaba en manos femeninas». La protesta recobró su vigor y se recordó uno de los últimos opúsculos de Wyclif, *Contra las guerras clericales*. Los predicadores lolardos arremetieron contra los «prelados mundanos…, primeros capitanes y ordenadores de las mesnadas de Satán, para desterrar la vida decorosa y la caridad». Por culpa, dijeron, de la índole falsa de las absoluciones, «ninguna lengua puede expresar cuántas almas irán al infierno por inducción de estos malditos capitanes y de las jurisdicciones y censuras del Anticristo».

Norwich era un prelado no sólo marcial, sino activamente belicoso. A pesar de ser obispo, Walsingham le describió como «joven, desenfrenado e insolente…, desprovisto de ciencia y discreción, e inexperto en conservar la amistad y en despertarla». Cuando hubo reunido fondos suficientes, y una hueste de unos cinco mil hombres, sus supuestos aliados de Gante se hallaban ya sometidos. Sin embargo, consiguió, desembarcando en Calais, capturar rápidamente Gravelinas, Dunkerque y Bourbourg en la costa flamenca. Luego de sitiar Ypres en vano, dirigió su atención a Picardía, que defendía Coucy como capitán general. Norwich se retiró sin luchar cuando la mitad de su ejército, bajo la jefatura de Hugh Calveley, se negó a seguir adelante. Una fuerza francesa muy superior se había presentado. Norwich se apresuró a ampararse en Bourbourg, mientras Calveley iba hacia Calais. El veterano capitán exclamó disgustado: «A fe mía, hemos llevado a cabo una campaña vergonzosísima; jamás salió de Inglaterra una más mezquina o disparatada». Tal resultaba, agregó, de creer a «este obispo de Norwich, que quiso volar antes de tener alas».

Un gran ejército francés principió en agosto el asedio de Bourbourg. Los nobles se agasajaron unos a otros y a los caballeros extranjeros existentes con justas y fiestas que rivalizaban en esplendor y en hazañas de bravura, para «fomentar la celebridad de su antiguo linaje». En estas actividades Coucy se destacó, ante todo, con su arte ecuestre. Montado en un hermoso caballo, y llevando otros con gualdrapas que exhibían las armas heráldicas de su casa, «cabalgó de un lado a otro con suma habilidad y delicia de cuantos le veían, y todos le loaron y honraron por su porte distinguido y bella presencia». Cuatro meses placenteros transcurrieron frente a Bourbourg, de modo muy distinto de la lucha contra los plebeyos en el año anterior. Los franceses se desinteresaron de atacar la población cercada y, al avecinarse el

invierno, permitieron que la situación concluyese con la intervención astuta del duque de Bretaña. Se compró a Norwich, que se retiró a su país a hacer frente el déficit y la desgracia. La reputación militar de Inglaterra, que decaía desde hacía una década, bajó más aún, proporcionando a los moralistas materia contra las injusticias y abusos de los guerreros. «La mano de Dios está contra ellos —dijo Thomas Brinton, obispo de Rochester—, porque su mano está contra Dios».

Los beligerantes no podían saber que la invasión de Norwich estaba destinada a ser la última del siglo, aunque no de la guerra. La lucha se esfumó sin aportar acuerdo entre Inglaterra y Francia. Como de costumbre, se emprendieron conversaciones después del sitio de Bourbourg, pero no resultó de ellas más que una tregua de nueve meses, que se firmó en enero de 1384. Coucy no participó en las negociaciones, pues estaba comprometido en una guerra particular en favor de un futuro pariente, el duque de Bar, suegro previsto de su hija, el cual le pagó en seguida dos mil francos por los gastos. El matrimonio de Marie con Henry de Bar se celebró después, en noviembre.

Durante estos episodios, la duquesa de Anjou y el canciller de su marido, Jean le Fèvre, imploraban al consejo que entregara la ayuda prometida. La situación de Anjou era más lastimosa que antes, porque uno de sus nobles le había robado de ochenta mil a cien mil francos que su esposa había conseguido para él (o, conforme a otras versiones, le habían prestado los Viscontis). El ladrón, que diez años más tarde cometería otro crimen de consecuencias históricas, era Pierre de Craon, sujeto de noble cuna y extensos dominios, que había acompañado al duque a Italia. Anjou le envió en busca del dinero y Craon regresó por Venecia, donde disipó casi todo en fiestas extravagantes, juego y desenfreno, con el supuesto deseo de aparecer digno de la grandeza del soberano que representaba. Se quedó con el sobrante y no volvió al lado del duque.

Delito tan sorprendente sólo resulta creíble si hubiese inducido a Craon alguien interesado en que Anjou fracasase y lo bastante poderoso para salvarle de la acusación ante los tribunales. Y tal alguien no pudo ser más que el duque de Borgoña, pero qué ganaba con arruinar a su hermano no entra dentro de lo verosímil. Sin embargo, cuando regresó a Francia, Craon se libró del castigo gracias a la protección de Borgoña, con cuya mujer estaba emparentado.

El honor de Francia, en opinión del rey y del consejo, no admitía que Anjou se consumiera en el fracaso, ni tampoco que con ello el papa Urbano se saliera con la suya. En la primavera de 1384, después de concluir la tregua con Inglaterra, y después que Borgoña, a la muerte de su suegro, poseyera Flandes, se preparó al fin la campaña de rescate de Coucy. Era ya tarde para salvar a Anjou, pero Enguerrand no era capitán que volase antes de tener alas. En el duelo de armas e ingenio que sostuvo en el corazón de Italia, se mostró diestro, responsable y dotado de la facultad mágica de salir invencible del desastre circunstante.

En mayo, antes de partir, fundó, como en su aventura en Suiza, una misa

cotidiana perpetua para él y sus sucesores, en esta ocasión en la abadía de Saint-Médard, cercana a Soissons, y de esta suerte estuvo espiritualmente cubierto por partida doble. En cuanto al costo de su expedición, el monarca proporcionó setenta y ocho mil francos, ocho mil de los cuales pagaría el papa. Se dieron a Coucy cuatro mil en compensación de los socorros prometidos, pero no recibidos, el año precedente. Congregó una tropa que se calcula en mil quinientas lanzas, y que, con los peones y arqueros, supuso un total de unos nueve mil hombres. Miles de Dormans, el antiguo canciller, que había ansiado ir doce meses antes, se le incorporó con doscientas lanzas. El grueso de la fuerza se compuso, evidentemente, de mercenarios, reclutados en parte en Aviñón, donde estuvo Coucy para consultar con Clemente.

En julio cruzó los Alpes por el Mont Cenis, con la autorización de concluir el matrimonio por poderes entre el hijo de Anjou y la hija de Bernabò. Un mensaje de éste le invitó a entrar en Milán con doscientos de sus compañeros de mayor alcurnia, número que Enguerrand, por cautela o pompa, subió a seiscientos. Recibido con mucho placer por Bernabò en el exterior de la ciudad, entraron juntos en ella, pero tal fue el peso de los muchos hombres que rompieron el puente. Éste parece haber sido el único paso en falso de Coucy y no impidió la celebración de ceremonias opulentas y la entrega diaria de regalos durante una visita que duró dos semanas.

Dos semanas no eran mucho para proyectar un itinerario a través de las laberínticas enemistades y rivalidades italianas. Mudaban sin tregua las relaciones de Venecia, Génova, Milán, Piamonte, Florencia y una pléyade de déspotas y municipios. Tan pronto como una potencia se unía a otra en contra de una tercera, para aprovechar una ventaja ocasional, todas las alianzas y disputas cambiaban de pareja como en una complicada danza del *Trecento*. Venecia se enfrentaba con Génova; Milán se servía de una contra otra y se enfrentaba con Florencia y varios principados de Piamonte; y Florencia se encaraba con sus vecinas, Siena, Pisa y Lucca, y formaba distintas ligas contra Milán. La política pontificia mantenía en continuo temblor aquella masa de intereses.

Coucy tenía muy cerca el primer riesgo. Se trataba de los celos existentes entre Bernabò y su melancólico sobrino Gian Galeazzo, que gobernaba Pavía desde la muerte de su padre en 1387. Sutil, reservado y engañosamente suave, Gian Galeazzo cultivaba una reputación pública de timidez, y escondía una voluntad tan fuerte y carente de escrúpulos como la de Bernabò. Años después, cuando se le conoció mejor, Francesco Carrara de Padua dijo de él: «Sé cómo es Gian Galeazzo. Ni el honor, ni la piedad, ni la palabra dada, le han inclinado jamás a cumplir un acto desinteresado. Si busca lo bueno, es porque conviene a sus intereses, ya que no tiene sentido moral. La bondad, como el odio o la ira, es para él cuestión de cálculo». La opinión de Carrara, enemigo suyo, era lógicamente hostil, pero eso no la invalida. El carácter que atribuyó a Gian Galeazzo se anticipó más de un siglo al *Príncipe* de Maquiavelo.

Gian Galeazzo se indignaba y temía la intromisión de su tío en sus relaciones prioritarias con la familia real francesa. «Bernabò se alía con Francia —le avisó su madre—. Si se emparenta con ella, se apoderará de tus dominios». Con un solo hijo frente a los abundantes de Bernabò, no podía competir con él en materia conyugal. Si no podía igualarle en aquello, podía eliminarle, fría decisión que desde aquel momento —como se reconoció posteriormente— comenzó a formarse en su cerebro.

Mientras tanto, pagó sin chistar su parte del subsidio destinado a Anjou y preparó la recepción de Coucy. Habían pasado diez años desde su encuentro en Montichiari, que confirmó tan en serio su repugnancia a la guerra que jamás pisó de nuevo un campo de batalla. Pero Coucy no se presentó en Pavía para resucitar aquel episodio, probablemente porque Bernabò no quiso que su sobrino y el enviado francés se encontrasen.

La noticia de la llegada de Coucy atizó la agitación en la Italia septentrional. Siena mandó en secreto embajadores a Milán, para negociar su colaboración contra Florencia. Florencia despachó representantes para alejarle de Toscana con palabras elegantes y protestas de amistad. Dirigía la diplomacia florentina el canciller Coluccio Salutati, erudito capaz de redactar la correspondencia extranjera en retórica latina tan donosa que acrecentaba el crédito de la república. La continuidad en su cargo, que venía a ser el de jefe de la administración, le daba gran influencia, y el hecho de que se le nombrase sin falta para aquella función durante un período de treinta años prueba —considerada la turbulencia política de Florencia— que era hombre de notable habilidad y no menor ecuanimidad. Su vocación eran la literatura y el nuevo humanismo, pero en la dirección de los asuntos oficiales se mostraba eficaz, diligente, sabio y talentoso, admirado por su integridad y estilo. Al decir de Gian Galeazzo, un documento oficial que llevase su firma tenía en la balanza política el peso de mil caballeros. Así era el oponente de Coucy.

En la contestación a la salutación florentina, Enguerrand se mostró incomparablemente gentil. «Nos encontramos —declara el informe, probablemente escrito por Salutati— con alegres abrazos y saludos, y habló de modo tranquilizador y pacífico para nosotros. Nos llamó no amigos y hermanos, sino padres y maestros… No sólo prometió no mostrarse hostil con nosotros, sino que se comprometió a auxiliarnos con su ejército en los asuntos que nos concerniesen». Coucy había aprendido el estilo italiano. Aseguró a los florentinos que sus temores se debían a la imaginación y se comprometió a seguir en su marcha un camino limitado de manera estricta. Se aceptaron las seguridades que dio, quizá menos porque confiasen en él que porque, estando Hawkwood en Nápoles, no tenían fuerza capaz de cerrarle el paso. Neutrales, bien que suspicaces, alistaron a cuatro mil campesinos y plebeyos para que custodiasen el itinerario.

Coucy salvó los Apeninos en agosto y entró en la tierra del «milagro toscano». Los cipreses se recortaban en el azul profundo del firmamento, y los viñedos y plateados olivares se encaramaban por las laderas. Entre las colinas, coronadas de

castillos o aldeas, lentos bueyes blancos se movían en un paisaje mimado durante dos mil años. El ejército francés penetró con una aspereza que no era la mansa conducta que Coucy había prometido. Con *stupor et dolor*, como luego se quejaron con amargura al rey de Francia, los florentinos descubrieron que «no era el mismo para nosotros en lo íntimo de su corazón que fingía en lo externo». En parte para intimidar a Florencia, con el fin de que permaneciera neutral, y, en parte, para pagar y aprovisionar a sus mercenarios, Coucy cobró tributos de las ciudades, saqueó pueblos e, incluso, se apoderó de castillos. Los florentinos mandaron nuevos embajadores suplicando la paz, y ofreciendo ricos regalos y renovadas promesas de neutralidad, si abandonaba su territorio. Coucy respondió con amabilidad, pero la fuerza, una vez empleada, se transforma pronto en violencia y rapiña, difíciles de refrenar.

«No sólo robaron ocas y gallinas, sino también palomas, ovejas, carneros y ganado mayor —se lamentaron los de Florencia—. Asaltaron nuestras murallas indefensas y nuestros hogares inermes como si estuvieran en guerra con nosotros. Cogieron gentes, las torturaron y las obligaron a pagar rescate. Mataron a hombres y mujeres de manera cruel, y prendieron fuego a sus casas vacías».

Durante el avance francés, Florencia supo con desaliento que Coucy estaba en comunicación con los señores desterrados de Arezzo, antigua e importante ciudad montañesa, a sesenta y cuatro kilómetros al sureste, que hacía mucho tiempo que los florentinos codiciaban y que se preparaban a anexar. Su historia se remontaba a los etruscos, y su famosa cerámica roja vidriada a los romanos; desde su racimo de torres, con belvederes y galerías, el san Francisco de los frescos de Giotto exorcizó demonios voladores. En la lucha de güelfos y gibelinos, la familia gobernante, los Tarlatis, señores de Pietramala, había sido derribada en 1380, y el bando triunfador, demasiado débil para mantenerse, pidió auxilio a Carlos de Durazzo. Él o sus agentes trataron Arezzo como ciudad conquistada y la sometieron al saqueo y las multas usuales, por lo que sus habitantes miraron a Florencia de manera más favorable. Luego de complicadas negociaciones, los florentinos estaban a punto de comprar la ciudad a Durazzo, cuando Coucy intervino y puso en peligro sus esperanzas. Se enteraron de que los señores de Pietramala le habían ofrecido su asistencia para tomar la población, y de que había concluido un tratado con ellos en tal sentido. El objeto de Enguerrand consistía en lograr una base para la causa angevina y una plaza desde la cual pudiera ejercer presión sobre Florencia para conseguir víveres. Los adversarios de Anjou se debilitarían si atraía hacia sí la compañía de Hawkwood desde Nápoles.

Empezó un tira y afloja entre Coucy y Florencia. El primero, más próximo a su meta, hacía peticiones más rigurosas y daba menos seguridades. Respondiendo a la reiterada protesta de los florentinos contra los saqueos de sus soldados, echó la culpa a la resistencia de los habitantes y, con fría arrogancia, pidió un tributo de veinticinco mil florines a Florencia y de veinte mil a Siena. La Señoría se congregó llena de angustia; unos deseaban pagar, otros se negaban, y algunos se mostraban partidarios

de adelantar una cantidad como prenda con el fin de mantener la apariencia de amistad y evitar el ataque de los franceses. Mientras enviaba embajadores con distintas propuestas, Florencia apercibió a Jacopo Carraciolo, gobernador de Arezzo que estaba a sueldo suyo, de que robusteciese las defensas, se preparase a aprovisionar a los refuerzos florentinos cuando aparecieran y esperase un asalto el 18 de septiembre. Las generosas cantidades de dinero, aprontadas por los magnates burgueses, consintieron reclutar soldados.

Durante una semana, mientras aguardaba el resultado de sus peticiones, Coucy no se movió. Siena le entregó siete mil florines; Florencia, sin negarse explícitamente al pago, no dio nada. Como si se diera por contento, Enguerrand avanzó, pero por la carretera del mediodía, hacia Cortona, en lugar de dirigirse a Arezzo. Era un movimiento de diversión para distraer la vigilancia de Carraciolo. En la noche de 28 al 29 de septiembre, Coucy volvió a Arezzo y dividió sus fuerzas en dos batallones. Lanzó uno al ataque con griterío y estrépito. Él capitaneó el más fuerte, con sus mejores caballeros, en silencio hacia la puerta de San Clemente, que estaba en el lado opuesto. Los franceses la derribaron vociferando: «¡Vivan el rey Louis y el señor de Coucy! ¡Mueran los güelfos y el duque de Durazzo!». Los hombres de armas de Carraciolo les salieron al encuentro, los gritos de guerra y los choques de armas llenaron la población y el combate inundó todas las calles y rodeó el antiguo anfiteatro romano, hasta que los defensores, vencidos por la superioridad numérica, se refugiaron en la ciudadela. Los señores de Pietramala regresaron triunfantes a sus hogares, Arezzo sufrió de nuevo violaciones y pillajes, y Coucy tomó posesión de la ciudad en nombre del rey Louis de Nápoles, Sicilia y Jerusalén.

En aquel instante hacía nueve días que Anjou había muerto. Durante un año y medio había vegetado en el tacón de Italia, sin más realeza que el título, al paso que su ejército se desmoralizaba, dispersaba y quienes podían volvían a Francia en barco. Dominando Bari y otras poblaciones del litoral adriático, debieron de aprovisionarle por mar y no pasó sin duda los apuros que describen los cronistas monásticos, aficionados a agrandar el tema de la caída de los vanagloriosos. Pero le paralizó la falta de numerario. Sus caballeros empobrecidos montaban en burros o iban a pie en busca de lucha, y no lograban trabar más que algunas escaramuzas de tarde en tarde. En septiembre de 1384 Anjou se resfrió durante el castigo de los saqueadores de su hueste, le creció la fiebre y, como su hermano Carlos V, advirtiendo la proximidad de la muerte, redactó su testamento en el momento oportuno. Los moribundos de entonces parecían saber cuándo fallecerían, tal vez porque no esperaban sanar y la presencia de ciertos síntomas se reconocía como fatal. Cuesta, sin embargo, explicar cómo lograban en aquel trance dictar su última voluntad o los codicilos, a no ser que el hecho de morir se organizase como algo ritual con asistencia de muchas personas.

Anjou, cuya pasión de conquista no se había extinguido, pidió al papa Clemente en su testamento que asegurase a su hijo, Louis II, la sucesión del reino de Nápoles, y a Carlos VI que «blandiese la espada de su poder incomparable» para vengar a la

reina Juana. Nombró a Coucy virrey para llevar adelante la campaña, con la indicación de que no podía ser destituido sino por orden de la duquesa y con la confirmación del rey, Borgoña y Berry. Falleció el 20 de septiembre en Bari, en una cámara que dominaba el mar. Su cadáver se envió a Francia en un ataúd de plomo, sus tropas se dispersaron y Carlos de Durazzo celebró funerales en su honor, adecuados a su rango, e hizo que su corte se vistiera de luto.

Su fallecimiento se ignoraba en el Arno, cuando Florencia se consternó al saber que Coucy había tomado Arezzo. Se reunió sin perder un segundo la Balia o consejo de los Diez, designado en períodos críticos. Se despacharon cartas y embajadores a Génova, Bolonia, Padua, Perusa, Verona, Nápoles e incluso a Milán, excitando a todos a unirse a Florencia en una liga contra el invasor, cuya presencia, decían, ponía en peligro a toda Italia. Se llamó a la compañía de Hawkwood, que estaba en Nápoles, y se solicitó del papa Urbano la imposición de un diezmo especial al clero con el objeto de conseguir fondos para expulsar a los «cismáticos» de la península y contrarrestar el triunfo del antipapa. En medio de aquel hervidero, llegaron desde Venecia las noticias de la muerte del aspirante francés. Florencia se regocijó y activó sus preparativos para cercar a Enguerrand en Arezzo.

Desconociendo la tormenta que se suscitaba a su alrededor y el óbito de Anjou, Coucy se complació en informar a la Señoría de su conquista de Arezzo, puesto que no dudaba de que se alegraría de suceso tan fausto para los partidarios del rey Luis. Con placer aún mayor, la Señoría respondió «al ilustre señor y queridísimo amigo», informándole «con una gran punzada de pesar» que Anjou había muerto y que varios de sus principales compañeros estaban ya en Venecia, de vuelta a su patria. Coucy no creyó la nueva, que atribuyó a una estratagema florentina para desanimarle.

Con el propósito de impresionar a los habitantes, hizo alarde de suntuosidad y buscó partidarios para los angevinos, sentando a su mesa y recibiendo con magnanimidad a cuantos se confesaban leales a su causa. Pero, durante el asedio de la ciudadela, descubrió que le cercaban, por decir que le cercaban, una hueste florentina por el norte y su antiguo compañero de armas, John Hawkwood, por el sur. Entonces, confirmada la muerte de Anjou, el propósito de su campaña se fue al traste.

Coucy se encontró, por lo tanto, aislado en el centro de Italia sin esperanza de socorro y sin motivo para resistir. Ciertamente, el problema consistía en partir de allí. Lo correcto, pero suicida, hubiera sido aferrarse a Arezzo por amor a la causa angevina y en obediencia del testamento de Anjou. Un núcleo de seguidores de éste le apremiaban a que entrase en el reino de Nápoles y se erigiera en gobernador; pero Coucy no pertenecía al tipo de caballero que incurría en la heroica necedad de lanzarse de cabeza al desastre o lo aceptaba con desatentado valor cuando le amenazaba. Se proponía utilizar Arezzo para salir del aprieto sin desdoro de la causa angevina…, y recobrando de paso las cantidades invertidas en la aventura.

Siena, que se había negado a incorporarse a la liga florentina, le sirvió de palanca. Ofreció Arezzo a los sieneses a cambio de veinte mil florines, sabiendo que la

rivalidad obligaría a Florencia a ofrecer un precio superior, y un salvoconducto para cruzar Toscana. Los florentinos no habían tenido mucho apoyo en la formación de la liga, pues los otros estados temían que la emplease en provecho propio. Bernabò, atento a los intereses de Francia, su aliada, había aconsejado reconquistar Arezzo con dinero en vez de con las armas, y avisó a Florencia de que quizá el rey francés y sus tíos tomasen represalias en los mercaderes y banqueros florentinos, si se atacaba a Coucy.

Florencia también sabía usar la inteligencia antes que el valor. Gracias a Coucy, había recobrado la posibilidad de reconquistar Arezzo. Se hicieron avances para que Carraciolo, el gobernador de la ciudad, se rindiera, y la oferta de pagar los salarios retrasados de sus hombres de armas. La perspectiva de cobrar un dinero que ya daban por perdido hizo que los soldados de Carraciolo comunicaran a éste que estaban decididos a abandonar una resistencia inútil. Por consiguiente, el gobernador aceptó entregarse, siempre y cuando Florencia le compensase los daños que había sufrido en la defensa de la población. La ley de la edad de la caballería era no combatir si no había oro por en medio.

Florencia, que había estado dispuesta a recurrir a la fuerza contra Coucy, contradiciendo su promesa de neutralidad, temía que Francia se desquitase. Para evitarlo, la Señoría envió a Carlos VI un voluminoso informe sobre las fechorías de Coucy: el saqueo, los daños, la exigencia de impuestos y el trato con rebeldes (los Pietramalas) en territorio florentino. Apesadumbrada, la carta exponía que Coucy, después de simular intenciones pacíficas, había obrado como enemigo hostil; que «nosotros, aunque inexpertos en palabras engañosas, vimos lo que se proponía», y se entristecieron de que «hombre tan noble y de espíritu exquisito, especialmente de sangre gala, cuya cualidad propia y natural es la magnanimidad, se inclinase a inventar mentiras y tender trampas»; que, convencidos de que con tal conducta no representaba al soberano de Francia, «preparamos un ejército para responder a la fuerza con la fuerza»; y que, en fin, «escribimos esto con pena y amargura, para que sepáis que nuestras acciones tuvieron justificación».

Sentadas aquellas premisas, la república llegó a acuerdo amigable con Coucy en dos tratados separados, hábilmente redactados, en el día 5 de noviembre. En el primero, Enguerrand de Coucy, ansioso de reconocer y recompensar el afecto, devoción y respeto que la República de Florencia siempre había mostrado a la casa real de Francia, cedía Arezzo con sus murallas, baluartes, edificios, bienes, inmuebles, habitantes, derechos y privilegios, a perpetuidad a los florentinos. Nada se hizo para indicar que el tratado era simplemente un acto político de Coucy a favor de los intereses angevinos en contra de Durazzo. Puso la condición de que los Pietramalas recobraran sus propiedades, que Florencia permaneciera neutral en la cuestión de Nápoles, que los enviados y mensajeros franceses a Nápoles tuvieran paso libre y derecho a comprar provisiones, y que él y sus hombres merecieran igual trato en su viaje de regreso a Francia.

La suma concertada en el segundo tratado dobló la que había pedido a Siena. Considerando los grandes dispendios del señor de Coucy en la toma de Arezzo, y considerando que había atravesado el territorio florentino sin causar daños (Florencia era muy flexible en cuestiones como aquélla), y que se proponía partir de la misma manera, la república pactó entregarle cuarenta mil florines de oro, tres cuartos de ellos inmediatamente antes de la cesión, y el cuarto restante en Bolonia, Pisa o Florencia, como él dispusiera, dentro de las dos semanas de su evacuación de Arezzo. Mostrando su liberalidad al disponer de los bienes de los ciudadanos, los franceses podrían llevarse cuanto pudieran el día de su marcha.

Como respetó las apariencias y logró los fines apetecidos, el acuerdo fue obra maestra de la diplomacia. Los perdedores fueron Durazzo, que tuvo que aceptar lo inevitable; los Pietramalas, furiosos en su desilusión de no recobrar el poder; y el pueblo de Arezzo, al que nadie compensó. Los Pietramalas se vengaron tendiendo una emboscada a una partida de forrajeadores franceses, y persuadiendo a otros que comieran con ellos y matándolos. Coucy exigió al punto a Florencia una acción de castigo, que probase que aquellas hostilidades la habían disgustado, y que su amistad con él seguía firme. Los florentinos expresaron su dolor y, en lugar de represalias, presentaron una artística denuncia de los «detestables» Pietramalas. Su apellido, Tarlati, dijeron, procedía de un vocablo que significaba «madera podrida roída por insectos xilófagos», y el nombre de Pietramala, derivado de *pietra* (piedra), les iba que ni pintado, «pues son insensibles e implacables en sus crímenes». Con estos comentarios llenos de color, pero estériles, terminó el duelo entre Florencia y Coucy.

Se cumplieron las obligaciones mutuas. Florencia pagó treinta mil florines el 15 y el 17 de noviembre, Carraciolo se rindió el 18 y Coucy evacuó Arezzo el 20. Evitando la hostilidad de la población que pudieran encontrar a su paso, salvó los montes y regresó a Bolonia por la vertiente oriental. Apostó unidades en la retaguardia durante el camino para fingir que regresaba victorioso. En Bolonia, el día de Navidad, recibió el pago final. Reapareció en Aviñón en enero de 1385, habiendo pasado los Alpes en pleno invierno sin la menor dificultad, lo que fue de por sí asombroso.

El mérito de Coucy, infrecuente en su época, estribaba en reconocer la realidad de las cosas, como se echa de ver en la diferencia entre su campaña y la de Anjou. La aspiración a la corona de Nápoles —aunque muy criticada después— no estaba necesariamente destinada a transformarse en catástrofe. Anjou había tenido ocasión y derechos mejores que los de su rival. Le habían derrotado su partida tardía, su impericia militar y su derroche de tiempo y recursos en la representación de la realeza que aún no tenía en sus manos. El resultado hubiera sido diferente si hubiera avanzado con rapidez y talante espartano, y aplicando a su objetivo todas sus energías y medios materiales. Pero es una cuestión teórica, concebida desde el punto de vista

moderno, no desde el medieval.

El perjuicio social no residía en el fracaso, sino en los preparativos, que eran costosísimos. El precio de la guerra fue el veneno que infectó todo el siglo XIV. Los fondos que habían proporcionado la corona y Anjou, sin mencionar la suma robada por Pierre de Craon, se exprimían del pueblo francés para efectuar algo que, ni en el presente ni en el futuro, le beneficiaría. Así lo advirtió la gente con disgusto. Al enterarse del fallecimiento de Anjou, un sastre orleanés, llamado Guillaume le Jupponnier (el Enagüero), dominado por el vino, como se dijo, soltó una catilinaria en la que se oye la voz de su clase, raras veces registrada: «¿Por qué fue ese duque de Anjou a ese sitio? Ha saqueado, robado y llevado dinero a Italia para conquistar otra tierra. Ha muerto y condenado sea vea, y el rey san Luis también, como los demás. ¡Porquería y más porquería de reyes! No tenemos reyes, sino Dios. ¿Creéis que han obtenido honradamente lo que poseen? Me ponen impuesto sobre impuesto, y se desesperan cuando no logran todo lo que tenemos. ¿Por qué han de quitarme lo que gano con la aguja? Preferiría que el rey y todos los reyes muriesen antes de que mi hijito se lastimara el meñique».

El atestado del juicio del sastre indica que sus palabras expresaron «lo que otros no se atrevían a decir». El gobernador de Orléans le perdonó después de tenerle en la cárcel.

La viuda de Anjou, Marie de Bretaña, hija del santo y despiadado Carlos de Blois y de su indomable esposa, luchó por la corona de Nápoles para su hijo Louis II con la misma tenaz pertinacia con que sus padres habían aspirado al ducado de Bretaña, y con resultados semejantes. Durante un enfrentamiento vitalicio con Carlos de Durazzo y su hijo, Louis II no tuvo más éxito que su progenitor. Nápoles pasó al poder de Aragón y luego al de los Borbones españoles; mas los angevinos perseveraron en sus pretensiones durante dos siglos con la persistencia indesmayable de la realeza que busca una corona esquiva.

El otro propósito francés en Italia —imponer a Clemente con la fuerza—, del que Anjou no se había cuidado, no se abandonó. Incluso se convirtió en obsesión creciente. Mientras tanto, la locura cegó al papa Urbano, que discutió para su desdicha con Carlos de Durazzo y fue expulsado de Nápoles. Con soldados a sueldo, recorrió Italia en incesantes peleas, sitiado y sitiador, prisionero y rescatado, farfullando anatemas y excomuniones, y arrastrando tras sí a seis cardenales cautivos, a quienes acusaba de haber conspirado para someterle. Cuando el caballo de uno quedó ronco, Urbano hizo ejecutar al infeliz prelado que lo montaba y abandonó su cadáver insepulto en el camino. Después ordenó que se matara a cuatro de los cinco supervivientes. Así desacreditó a la Iglesia de Roma.

Pierre de Craon compareció en Francia, muerto Anjou, con evidentes riquezas. Sus compañeros de los restos del ejército ducal marchaban por Italia, pidiendo casi limosna; pero él se presentó con magnífico cortejo en la corte, lo cual despertó la indignación. El duque de Berry, al verle entrar en el consejo, gritó: «¡Ah, falso,

traidor, perverso y desleal! ¡Merecéis la muerte! Sois el culpable de la de mi hermano. ¡Apresadle y que se haga justicia!». Nadie osó cumplir la orden por miedo a la relación de Craon con Borgoña. El desaprensivo siguió adornando el palacio con su presencia y logró evitar durante largo tiempo las consecuencias del pleito que la duquesa de Anjou y su hijo entablaron contra él, si bien le obligaron finalmente a devolver cien mil francos.

Fue irónico que Coucy saliese ileso de la aventura italiana y sufriese una caída del caballo en Aviñón, en la que se lastimó seriamente la pierna. Se trató quizá de una fractura múltiple, pues estuvo guardando cama casi durante cuatro meses. Siendo virrey de Anjou, se hizo responsable de los andrajosos veteranos que regresaban de Bari, con distribución de fondos y arreglo de disputas. Visitó unas cuantas veces (en litera, es de suponer) a la viuda de Anjou, que fue a Provenza para plantear las reclamaciones de su hijo, la aconsejó en el asunto de Pierre de Craon y la «consoló lo mejor que supo». Entonces tal vez conoció y habló con el autor de uno de los grandes comentarios sobre el siglo XIV.

Honoré Bonet, benedictino y prior de Salon, en Provenza, dependió en cierto modo de la casa de Anjou y vivió en Aviñón durante los años 1382-1386, escribiendo observaciones sobre la clase de hechos en que Coucy intervino. *El árbol de las batallas* examinó las leyes y costumbres bélicas, y, de rechazo, sus efectos sociales y morales. Bonet declaró que el fin de su obra era intentar responder al porqué de «las grandes conmociones y fierísimas malas acciones» de su época. Su conclusión fue rotunda, y se expresó en forma de pregunta —«¿Este mundo puede, por su naturaleza, vivir sin conflicto y en paz?»—, a la cual respondió: «No, no puede».

«Hago un Árbol de Aflicción al principio de mi libro», escribió, en el que resultaban visibles tres cosas: la «tribulación tal como jamás existió» del cisma; la «gran disensión» entre príncipes y reyes cristianos; y los «agravios y discordias indescriptibles» entre las comunidades. Bonet estudió muchas cuestiones prácticas y morales: si el garantizador de un hombre capturado, a pesar de tener salvoconducto, ha de rescatarle con su peculio; si ha de preferirse la muerte a huir del combate; cuáles derechos posee un caballero a la paga, incluso estando enfermo o con licencia; cuáles son las normas del saqueo, etc. En todos los extremos, su idea básica consistía en que la guerra no debía perjudicar a los no combatientes; pero todo mostraba lo contrario en su tiempo. Le «dolía el corazón ver y oír la miseria impuesta a los trabajadores pobres…, a costa de los cuales, en presencia de Dios, el papa, los soberanos y todos los señores del mundo comen, beben y se visten». En contestación del problema de si era lícito apresar a los «mercaderes, labradores y pastores» del enemigo, decía que no: «Todos los viñadores y aradores con sus bueyes, estando dedicados a su trabajo, y todo asno, mula o caballo uncido a un arado, deben gozar de inmunidad a causa de la labor que ejecutan». El motivo era esencial: la seguridad del agricultor y de sus bestias beneficia a todos porque trabajan para todos.

Bonet reflejó el creciente desánimo que causaba la violación cotidiana de este

principio. Monjes como él y poetas como Deschamps deploraron abiertamente el ejercicio de la guerra, no porque fueran más sensitivos que los demás, sino porque tenían el don de la expresión y la costumbre de poner sus ideas por escrito. Sin hacerse ilusiones sobre la caballería, Bonet dijo que movía a unos caballeros el deseo de gloria, a otros el miedo y a otros «la sed de riquezas y nada más». No hubo de arrepentirse de aquellas verdades, cuando *El árbol de las batallas*, dedicado a Carlos VI, apareció en 1387. Al contrario, le invitaron a la corte y le concedieron pensiones y cargos. Como otros profetas, su sino era que le honrasen… y le ignorasen.

CAPÍTULO 20

UNA SEGUNDA CONQUISTA NORMANDA

Coucy se hallaba aún en Aviñón, cuando se asignó a su talento diplomático la delicada tarea de informar al papa Clemente de la proyectada alianza matrimonial del rey de Francia con la representante de una dinastía partidaria de Urbano. La novia en cuestión era Isabel de Baviera —o Isabeau, como la llamaron los franceses—, miembro del linaje de los Wittelsbachs y nieta de Bernabò Visconti. Baviera, como todos los estados alemanes, había permanecido fiel a Urbano, con grave desencanto de Carlos V. Sin embargo, aquel enlace tenía suma importancia para contraponerse a Inglaterra, sobre todo porque Ricardo II negociaba su boda con Ana de Bohemia, hija del emperador difunto.

Baviera era el estado alemán más poderoso y floreciente de entonces, y los Wittelsbachs la familia más rica de las tres —las otras dos se llamaban Habsburgo y Luxemburgo— que ocuparon en diferentes tiempos el trono imperial. Tan deseable resultaba la unión con ella, que Bernabò Visconti casó hasta cuatro de sus hijos con descendientes de aquella casa. Taddea, la segunda de ellos, con una dote de cien mil ducados de oro, contrajo matrimonio con el duque Esteban III de Baviera, quien, si bien gobernaba con sus hermanos, poseía hasta la exageración los rasgos propios de un autócrata. Temerario, pródigo, ostentoso, enamoradizo e inquieto si no intervenía en torneos o en guerras, era idóneo para una Visconti. Cuando Taddea falleció a los doce años de matrimonio, ocupó su lugar su hermana Maddalena, con otra dote de cien mil ducados. Isabeau, fruto de la primera unión, era en 1385 una linda y gordezuela muchacha alemana de quince años, sentenciada a un singular futuro.

Su unión con Carlos VI se abordó por primera vez cuando su tío, el duque Federico, compartió los placeres de la caballería francesa en el asedio de Bourbourg. Se enteró de que una condición del enlace consistía en que las damas de la corte examinaran a la aspirante por completo desnuda, con el fin de cerciorarse de si estaba convenientemente formada para tener hijos. Su excitable hermano rechazó la propuesta. ¿Y si la devolvían por incapaz?, preguntó el duque Esteban, y apartó de su mente el trono ofrecido. No obstante, con mucho tacto, siguieron adelante con el proyecto su tío Alberto de Baviera, gobernante de Hainault-Holanda, y el duque de Borgoña, con ocasión del célebre matrimonio doble de sus hijos e hijas. Se logró el consentimiento de Esteban con la ficción de que Isabeau iría a Francia con el pretexto de una peregrinación, pero advirtió a su hermano, encargado de escoltarla, que, si la rechazaba, «no tendrás peor enemigo en el mundo que yo».

El rumor de la boda en cierne llegó a Milán y provocó el golpe de estado más sensacional de la época: Gian Galeazzo, tranquilo en apariencia y reservado, depuso a

su tío Bernabò. La política matrimonial de éste llevaba cierto tiempo interfiriéndose en la soberanía de Gian Galeazzo, pues acostumbraba entregar como dotes territorios y rentas a los que su sobrino tenía idéntico derecho, y encima sin consultarle. La visión de una nieta de Bernabò en el trono de Francia y la reiterada perspectiva de Lucia, su prima, en el de Nápoles, amenazaban menoscabar el apoyo francés que recibía Gian Galeazzo. Lucia reapareció cuando la duquesa de Anjou, que jamás cesó de importunar a sus parientes de Francia para llevar a cabo otro intento de ocupación del reino napolitano, logró obtener una promesa en aquel sentido, y mandó celebrar por representación el matrimonio de la joven con su hijo. Este cúmulo de circunstancias impulsaron a actuar a Gian Galeazzo.

En mayo de 1385 comunicó a su tío que estaba a punto de peregrinar a la Madonna del Monte, cerca del lago Mayor, y que le alegraría verle en las afueras de Milán. El pretexto resultaba lógico, porque Gian Galeazzo, «de intelecto sutil y experto en las cosas del mundo», era muy devoto, llevaba rosario y monjes dondequiera que fuese, y se preocupaba mucho de la penitencia y las peregrinaciones. También se fiaba de los astrólogos en la elección de los momentos propicios para sus decisiones, y en una ocasión renunció a discutir un asunto diplomático, porque, como escribió a su corresponsal: «Me atengo a la astrología en todas mis cosas». Estas aficiones y el miedo aparente a su tío, que le impulsó a doblar su guardia personal y hacer que catasen todos sus alimentos, despertó el desprecio de Bernabò. Éste, a quien un cortesano aconsejó que desconfiara de todo aquello, se rió: «Sois necio. Os digo que conozco a mi sobrino». A la edad de setenta y seis años, después de una vida de violencia y bravuconería, estaba muy seguro de sí mismo, tanto que se descuidó. Precisamente, la maquinación de Gian Galeazzo dependía de aquello.

Con dos de sus hijos, y sin escolta, Bernabò acudió a caballo a la cita. Gian Galeazzo, acompañado de numerosos guardias de corps, desmontó, abrazó a su tío y, en tanto que lo sujetaba con fuerza, dio una orden en alemán. Entonces uno de sus generales, el *condottiere* Jacopo del Verme, cortó el tahalí de Bernabò, y otro, diciendo «¡Daos preso!», le arrebató el bastón de mando y le arrestó. Inmediatamente los tropas de Gian Galeazzo galoparon por las calles milanesas y ocuparon los puntos neurálgicos de la ciudad. El pueblo, sabedor que administraba Pavía con sensatez, le recibió como liberador y le aplaudió con gritos de «Viva il Conte!», seguidos de otros que expresaban el pensamiento primero y más vital de la deposición del tirano: «¡Abajo con los impuestos!». Gian Galeazzo facilitó la transición permitiendo que la chusma saquease el palacio de Bernabò y quemase sus archivos. Una de sus medidas inmediatas fue la reducción de los tributos, hueco que compensó con el oro que había acumulado su tío. Obtuvo la legitimación de su acto, o, al menos, la apariencia de ello, de un gran consejo que le cedió el dominio, y envió a todos los estados y gobernantes un documento legal sobre los crímenes de Bernabò.

El dominio milanés quedó en manos de una sola persona, que cobraría cada vez mayor importancia. Neutralizó a los hijos de Bernabò de diferentes modos: condenó a

uno a cadena perpetua, abandonó a otro a su propia insignificancia, y concedió a los restantes una pensión vitalicia. Las ciudades de Lombardía se sometieron sin protesta. Se confinó al tirano en la fortaleza de Trezzo, donde murió en diciembre de aquel mismo año, envenenado al parecer por orden del usurpador. Le enterraron en Milán con grandes honores, pero sin el bastón de mando, y su estatua ecuestre, que ya había sido diseñada, se erigió como había deseado.

La caída del moderno Tarquino asombró al mundo. Sus ecos resonaron en los *Cuentos de Canterbury*, en los que el Monje dice: «El hijo de tu hermano… te dio muerte en una mazmorra». Una de las consecuencias nada desdeñable fue implantar en el trivial, pero implacable, corazón de Isabeau de Baviera el acuciante deseo de vengarse de Gian Galeazzo, que había depuesto, y quizá asesinado, al abuelo que posiblemente jamás había conocido. El resultado de ello sería grave y de largo alcance, porque el usurpador se convertiría en una de las principales figuras de Europa e Isabeau en reina de Francia.

Carlos VI, a los diecisiete años, era un muchacho fogoso e inconstante, que había corrido nueve lanzas en los torneos celebrados en honor del doble matrimonio de Borgoña. Sus tíos habían estimulado su afición marcial pensando que la guerra los beneficiaría. En lo físico se dijo que la naturaleza se había mostrado generosa con él. De estatura superior a la media, robusto con el pelo rubio hasta los hombros, era franco, dinámico, atractivo, descuidado, generoso en exceso, pues regalaba a todos y cada uno sin pensar en el contenido de su tesoro, y carente de firmeza de propósito y de seriedad. En una cacería, cuando tenía trece años, se dijo que habían capturado un ciervo con un collar de oro, que, en «caracteres antiguos», rezaba: *Caesar hoc mihi donavit* (César me dio esto). Cuando le explicaron que aquel animal debía de estar en los bosques desde el tiempo de Julio César «o de otro emperador», el niño rey quedó tan contento que ordenó que su vajilla y todo su ajuar llevasen grabado un ciervo con un collar en forma de corona. No menos inflamable en lo amoroso, según el Monje de Saint-Denis, era presa de apetitos carnales, de los que pronto se aburría. La inestabilidad mental yacía bajo su salud aparente. Su madre, Juana, había sufrido un período de desequilibrio en 1373, él había recibido la herencia de una red de matrimonios entre parientes, y todas sus hermanas menos una fallecieron antes de alcanzar la madurez.

Sus tías y tíos hicieron hincapié en el encanto de Isabeau y las delicias conyugales durante la espléndida boda doble de un hijo y una hija de Borgoña en Cambrai, en abril de 1385. Felipe, como príncipe de grandes pretensiones, deseó que la ceremonia eclipsase todo lo conocido. Pidió prestadas a Carlos VI las joyas de la corona, transportó tapices y caballos de justa especiales desde París, ordenó que se hicieran libreas de terciopelo encarnado y verde (los dos colores más caros), proporcionó a todas las damas vestidos de tela de oro y regaló un millar de lanzas para el torneo.

Gastó en total ciento doce mil libras, suma equivalente a un cuarto de las rentas de los dominios flamenco y borgoñón, en un tiempo de gran intranquilidad social y de grave penuria.

Isabeau llegó a Francia en julio, después de haber sido aleccionada durante cuatro semanas, en la corte de sus parientes Wittelsbachs en Hainault, sobre indumentaria, etiqueta y coqueteo franceses. Su encuentro con Carlos ocurrió en Amiens, donde la corte de Francia estaba a consecuencia de la renovación de la guerra en Flandes. El rey, muy excitado, llegó el 13 de julio, el mismo día en que Coucy compareció desde Aviñón con noticias muy urgentes del papa, de las que nada se sabe. Insomne y agitado, Carlos repetía: «¿Cuándo la veré?», y cuando la vio quedó fulminantemente enamorado de la muchachita alemana, a la que contemplaba con admiración y ardor. Preguntado si sería reina de Francia, declaró con fuerza: «¡A fe mía que sí!».

Isabeau no entendía nada de lo que se decía, porque sus lecciones no habían incluido, obviamente, el idioma francés, y sólo sabía unas cuantas palabras que pronunciaba con tremendo acento alemán. Pero sus maneras eran seductoras. La impaciencia de Carlos era tal, que la boda se verificó con apremios el 17 de julio, acompañada de numerosos chistes y bromas sobre la apasionada pareja. «Y bien puede creerse que pasaron juntos una noche deliciosa», dijo Froissart. Jamás matrimonio tan ansiado descendió a honduras tan tristes de locura, desenfreno y odio.

Marte después de Venus. Antes de que expirara la tregua con Inglaterra, los escoceses enviaron embajadores pidiendo que un ejército francés se uniera a ellos para «hacer un agujero tan grande en Inglaterra que nunca se recobre de él». El orgullo de Francia recibió bien la ocasión de mostrar que era capaz no sólo de rechazar los ataques, sino también de emprender la ofensiva. Los ingleses debían aprender que no serían siempre los agresores: debían «acostumbrarse a ser atacados» en su propia tierra, como Coucy había propuesto a Carlos V. Felipe el Atrevido, que dominaba el gobierno, hizo que el almirante de Vienne «caballero de valor probado y apasionado de la gloria», llevase una fuerza expedicionaria a Escocia y preparase el camino al ejército mayor que le seguiría, y que capitanearían Clisson, Sancerre y Coucy. Después, en compañía de los escoceses, «atravesarían con audacia» la frontera.

Al frente de ochenta caballeros y una fuerza total de mil quinientos hombres, que habían cobrado por anticipado la soldada de seis meses, Vienne cruzó el canal a principio del verano de 1385, portador de un regalo de cincuenta mil francos de oro para el rey de Escocia, y cincuenta armaduras completas, con lanzas y escudos, para sus nobles. Los embajadores escoceses habían pedido que los franceses llevaran equipo para armar a mil compatriotas suyos, lo que hubiera debido servir de advertencia; pero la verdad sobre Escocia encerró una sorpresa desagradable. Los castillos estaban desnudos y en desastrosas condiciones de comodidad en un clima desagradable. Las húmedas cabañas de piedra de los jefes de los clanes eran peores. Carecían de ventanas y chimeneas, y se llenaban de humo de turba y de olor de bosta

de caballo. Sus habitantes se consagraban a interminables venganzas de abigeato organizado, secuestro de mujeres, traición y homicidios. No poseían hierro para herrar a los corceles, ni cuero para las sillas y bridas, que antes se importaron de Flandes.

Acostumbrados «a salas tapizadas, buenos castillos y lechos blandos», los caballeros franceses se preguntaron: «¿Por qué vinimos? Hasta ahora no supimos qué es la pobreza». Sus huéspedes no estaban más contentos que ellos. Despreciando a los franceses, muelles y amantes del lujo, los recibieron con frialdad. En lugar de marchar al combate con las banderas al viento, se retiraron al saber que avanzaba un gran ejército inglés.

La hueste francesa de refuerzo no llegó, distraída por una nueva rebelión en Flandes. Durante su obligado ocio, el frustrado ardor marcial del almirante de Vienne se convirtió en amor; se comprometió en relaciones culpables con una prima del rey de Escocia, lo que irritó tanto a su anfitrión que el almirante estuvo en peligro de muerte. Si la disputa final tuvo este motivo, o el de que los escoceses insistieron en que sus aliados pagaran los gastos de su visita, Vienne decidió responsabilizarse de ellos, fletó velozmente unos barcos y zarpó.

Mientras tanto, el partido de Gante que dirigía Francis Ackerman, sucesor de Artevelde, se había apoderado de Damme, el puerto de Brujas en la desembocadura del Escalda, donde habían de embarcar para Escocia los refuerzos franceses. Los ingleses promovieron el ataque, pues sufrían el miedo acostumbrado a una posible invasión de Francia. Una hueste francesa, que dirigía el rey recién levantado del lecho conyugal, sitió Damme y, aunque la hicieron sufrir mucho el calor, los arqueros de Inglaterra y un conato de epidemia la reconquistó en el término de seis semanas.

El castigo fue salvaje, y en él sobresalieron los borgoñeses, que quemaron y destruyeron hasta las puertas de Gante. Muchos prisioneros, destinados a ser rescatados, fueron ejecutados para que su fin sirviera de escarmiento. Uno de ellos, en el tajo, avisó a sus enemigos de que «el rey puede matar hombres de corazón fuerte, pero, aunque extermine a todos los flamencos, sus huesos se levantarán para luchar de nuevo contra él». El duque de Borgoña comprendió que no le interesaba indisponerse con sus súbditos. Se acordó una paz, sin más sevicias ni multas, en Tournai en el mes de diciembre, y luego se procuró reanimar el arruinado comercio flamenco. Pero no podía deshacerse el perjuicio causado por decenios de combates. La era de prosperidad de Flandes había concluido.

Tal vez inducido por tantas bodas, Coucy se casó en febrero de 1386 a los cuarenta y seis años con una jovencita a la que llevaba treinta. La novia era Isabelle, hija del duque de Lorena, «hermosísima damisela de la noble y distinguida casa de Blois». Había sido tenido en cuenta como posible esposa del rey durante el intervalo en que Esteban de Baviera se mostró reacio, y se la describía como «de la edad del soberano,

más o menos», lo que la fijaría entre los dieciséis y los dieciocho años. Carlos había estado a punto de aceptarla, cuando se reanimó la propuesta bávara.

Poco se sabe de la segunda Isabelle de Coucy, salvo que Enguerrand, tras el enlace, emprendió amplias reformas en el castillo, de lo que es posible, aunque no obligado, deducir que lo hizo para complacer a su joven y bella esposa.

Después de la ceremonia nupcial, se añadió al castillo, en el noroeste, un ala de escala casi tan grandiosa como el renombrado *donjon*, y otras mejoras domésticas.[*] La nueva ala albergó un amplio comedor, de quince por sesenta metros, llamado Salle des Preux (Salón de los Esforzados), refiriéndose a los nueve héroes más admirados en la Edad Media: tres antiguos (Héctor de Troya, Alejandro Magno y Julio César), tres bíblicos (Josué, David y Judas Macabeo) y tres cristianos (el rey Arturo, Carlomagno y el cruzado Godofredo de Bouillon). Una sala adyacente, de nueve por dieciocho metros, se dedicó a mujeres distinguidas, Hipólita, Semíramis, Pentesilea y otras reinas legendarias. Ambas estancias tenían en un extremo una chimenea inmensa, techo alto y abovedado, y amplias ventanas arqueadas, que, a diferencia de las angostas anteriores, dejaban entrar el sol a raudales. Se construyó en la Salle des Preux una tribuna elevada, desde la que los grandes personajes y las damas, separados del gentío, podrían contemplar las danzas y diversiones. En el fondo de ella aparecía la hilera de los nueve héroes en bajorrelieve, «esculpido con tal primor —escribió un admirador—, que si no lo hubiera visto, no hubiese creído posible que se pudieran arrancar de la dura piedra con tanta perfección hojas, frutas, racimos y más cosas delicadas».

Entre otras mejoras hubo un lar y una chimenea para el tocador de la dama, dispuesto en el ángulo que formaban el ala nueva y la antigua; una cancha de tenis bajo techo de madera tallada; parapetos que se extendían a lo largo de las terrazas; un espacio abovedado, debajo de la terraza, para guardar leña; una perrera con letrinas «para que *Bonniface* y *Guedon* tuvieran sitio en que tumbarse»; y un depósito de agua, de un metro y ochenta centímetros de alto, dos metros y cuarenta centímetros de ancho, y cinco metros de profundidad, para proporcionar agua a la cocina por medio de cuatro grandes conductos de piedra. Se instalaron en el *donjon* techumbres nuevas de madera, se renovaron los tejados de todo el castillo, se limpiaron las gárgolas y canalones, y se repararon las ventanas de la cámara superior, «que había estropeado el mono de la señora de Coucy».

Se contrataron artesanos de todas clases: un carretero para que acortase el vehículo que la señora de Coucy había traído de Lorena, demasiado ancho para las puertas, y que hubo de reducirse treinta centímetros; tallistas para ejecutar los techos de la cámara del Águila, el oratorio y la habitación de vestirse de Enguerrand, y ampliar los extremos de la mesa de la sala de banquetes; herreros para que cambiasen las llaves, cerraduras, cerrojos y goznes, y en particular el cierre del cofre del oratorio de Coucy; fontaneros para unir y estañar los sumideros de la cocina y las cañerías de desagüe; y pintores de París para que decorasen las paredes y «rehicieran las

caperuzas blancas y rojas de la librea de los Coucys con nueva disposición».

En las cuentas se advierte que muchas tierras no arrendadas eran viñedos, que exigían notables gastos de plantación, cultivo y recolección, y producían considerables beneficios. Otros gastos eran los sueldos de los alguaciles y publicanos, donativos a los capellanes de las dos capillas, emolumentos por curar pescado, cuidar del ganado, cortar leña, segar y recoger heno, y proporcionar vestidos al señor y su cortejo. Los viajes de Coucy a Soissons y otros lugares suelen mostrarle asistido de unos ochenta caballeros, escuderos y criados montados, y un astrónomo, *Maître* Guillaume de Verdun, encargado de «satisfacer ciertas necesidades» de Enguerrand.

El segundo matrimonio, como el primero, no fue prolífico, lo que revela algo sobre las relaciones maritales de Enguerrand o sobre sus prolongadas ausencias. No tuvo varón que prolongase la dinastía y heredase la gran baronía. Sólo le nació una hija, llamada Isabelle como su madre, que casó con el segundón del duque de Borgoña. En fecha desconocida, probablemente años después, Enguerrand tuvo el hijo ansiado… fuera del matrimonio. Recibió el nombre de Perceval y se le conoció por Bastardo de Coucy; el hecho de que se casara en 1419 propone un nacimiento tardío. Se ignora quién fue la madre. Pudo ser rival de la esposa de Coucy o su sustituta durante su estancia posterior en el sur como lugarteniente general de Guyena. Debió de significar algo en la vida de Coucy, o él sintió orgullo de su hijo, o ambas cosas a la vez, porque confesó su paternidad y entregó a Perceval el señorío de Aubermont, feudo de La Fère. El Bastardo pudo llamarse en adelante señor de Coucy y de Aubermont.

En 1385-1386, año de bodas, Coucy asistió en Dijon a la de su pariente y reciente enemigo, duque Alberto III de Habsburgo, con una hija de Felipe el Atrevido. Ocurrió en el año de la histórica victoria de Sempach, en la que los suizos derrotaron a los Habsburgos, y pudiera ser que su presencia en Dijon estuviera relacionada con el deseo habsburgués de obtener su apoyo. Si así fuere, habría desaparecido su desacuerdo con la familia de su madre. «Acababan siempre por hacer las paces», comenta una fuente documental.

El fracaso escocés no desanimó a los franceses en sus proyectos ofensivos, antes bien los amplió a una invasión en toda regla de Inglaterra, una penetración auténtica, quizá una segunda conquista normanda. Era corriente la noción de que sólo la victoria militar de Francia acabaría la guerra y aseguraría la supremacía del papa francés. Por otra parte, sabíase que Inglaterra se hallaba hundida en la discordia, y que la nobleza andaba lejos de estar unida en el apoyo del rey. El duque de Borgoña fue el promotor del plan de invasión, que el consejo real aprobó unánimemente en abril de 1386. Muchos de sus miembros habían servido a Carlos V, pero el dominio de éste del arte de lo posible se había extinguido. Carlos había aprendido del «montón de ruinas» siguiente a Poitiers la disciplina de acomodar la ambición a las posibilidades, y el

reinado de su hijo la olvidaba con vertiginosa rapidez. Una *folie de grandeur* (una locura de grandeza), o las fantasías de omnipotencia que definen la megalomanía, se adueñó de los franceses mientras el baqueteado siglo se encaminaba a su fin.

«Sois el rey más grande con el mayor número de súbditos —dijo Borgoña a su sobrino—. Y me he preguntado muchas veces por qué no cruzamos a Inglaterra para aplastar el orgullo de sus naturales… y convertimos esa magna empresa en motivo de gloria eterna». Cuando poco después de Pascua el duque de Lancaster partió de su patria con doscientos barcos para conquistar el trono de Castilla, la oportunidad se ofreció a los franceses. Se tenían informes de los movimientos mutuos gracias a los pescadores de las dos naciones, quienes, sin atenerse a las hostilidades, se ayudaban unos a otros en el mar y cambiaban capturas, manteniendo abiertas las comunicaciones del canal de la Mancha.

Se preparó la escuadra francesa para que fuese la mayor «desde que Dios creó el mundo». El ejército invasor sería el que Clisson y Coucy debieron acaudillar en Escocia, hinchado hasta proporciones consternantes. Los cronistas se refieren a cuarenta mil caballeros y escuderos, cincuenta mil caballos y sesenta mil peones, cifras destinadas a ser más impresionante que exactas. Los preparativos para trasladarse a Escocia estaban muy avanzados cuando sobrevino la interrupción flamenca; después se renovaron en un colosal estallido de actividad. El dinero, como siempre, fue lo primero. Se había impuesto un tributo del cinco por ciento a las ventas, más uno del veinticinco por ciento a las bebidas, en todo el reino, con miras a la campaña escocesa, lo que permitió acopiar doscientas dos mil libras. Se renovó entonces, y se repitió más tarde, sin que jamás aportara lo suficiente.

Se alquilaron o compraron barcos en toda Europa, desde Prusia a Castilla, y los astilleros franceses trabajaron día y noche. De esta manera se doblaron con exceso los seiscientos congregados el año anterior, y su visión en la boca del Escalda fue «la más impresionante jamás contemplada». Buonaccorso Pitti, el florentino ubicuo, observó mil doscientos buques, de los cuales seiscientos eran de combate, provistos de «castillos» para los arqueros. Los nobles franceses, que esperaban resarcirse con el botín y los rescates de Inglaterra, no escatimaron nada en la competencia de proas doradas, mástiles plateados y velas listadas de oro y seda. El almirante de Vienne encargó al artista flamenco Pierre de Lis que pintase de rojo su barco, y lo adornase con su blasón. La nave negra de Felipe de Borgoña se ornó con los escudos de todas sus posesiones y enarboló banderas sedeñas con su audaz divisa «*Il me tarde*» (Se me hace tarde), que se repitió en oro en la vela mayor. El navío de Coucy, «uno de los más suntuosos de la flota…, muy grande y ricamente decorado» tuvo infeliz destino en el Sena, donde estaba anclado. Un almirante portugués, aliado del duque de Lancaster, se apoderó de él con otros dos barcos durante una incursión. Coucy no estaba inmunizado contra la pasión del momento. Su sello, que aparece en un recibo de octubre de 1386 sobre pagos efectuados en relación con aquella escuadra, presenta sus armas combinadas con el leopardo real de Inglaterra. Tal vez se sintió con

derecho a una pretensión permanente, ya que su hija Philippa era prima carnal del soberano inglés. Su contingente personal en la hueste invasora ascendía a cinco caballeros, sesenta y cuatro escuderos y treinta arqueros.

Las bahías y los estuarios dilatados del Escalda proporcionaban un puerto de reunión, amplio y abrigado, para la armada, y comunicaba con Brujas por tierra, mar y los canales. Día tras día llegaban los aprovisionamientos: dos mil barriles para las galletas, madera para construir carros, molinos manuales para moler trigo, balas de hierro y piedra de Reims, cuerdas, bujías, linternas, colchones, jergones, orinales, bacías, barreños de colada, planchas para embarcar los caballos, palas, zapapicos y martillos. Los escribientes redactaron una inagotable retahíla de órdenes, y agentes de compras exploraron Normandía, Picardía, Holanda y Zelanda, incluso Alemania y España, en busca de provisiones: trigo para elaborar dos mil toneladas de galletas, tocino y cerdo salados, caballa ahumada, salmón, anguilas, arenque seco, guisantes y habas secas, cebollas, sal, mil barriles (cuatro millones de litros) de vino francés y ochocientos cincuenta y siete toneles de vino de Grecia, Portugal, Lepanto y Rumania. El duque de Borgoña encargó ciento un bueyes, cuatrocientos cuarenta y siete corderos, doscientos veinticuatro jamones, quinientas gallinas, capones y ocas, jengibre, pimienta, azafrán, canela y clavo, novecientas libras de almendras, doscientas de azúcar, cuatrocientas de arroz, trescientas de cebada, noventa y cuatro cascos de aceite de oliva, y cuatrocientos quesos de Brie y ciento cuarenta y cuatro de Chauny.

Se reunieron lanzas, espadas, alabardas, armaduras, yelmos «con celadas modernas», escudos, banderas, pendones, doscientas mil flechas, mil libras de pólvora, ciento treinta y ocho balas de piedra, quinientos espolones para los barcos, catapultas y lanzallamas. Los armeros martillearon y pulieron, los bordadores hicieron banderas y los panaderos prepararon galletas de barco. Los suministros se contaron a la entrega, se empaquetaron, cargaron y almacenaron en las bodegas de las naves. Había buques de carga, carracas, lanchones, galeras y galeones.

El preparativo más estupendo fue la ciudad transportable de madera que debía proteger y acoger a los invasores cuando desembarcasen, enorme campamento con cabida para cada capitán y su compañía. Era un verdadero Calais artificial, que se remolcaría al otro lado del canal. Sus dimensiones eran el epítome de la fantasía de la omnipotencia. Debía tener catorce kilómetros y medio de circunferencia, y una superficie de cuatrocientas cuatro hectáreas, rodeada de un vallar de seis metros de alto, reforzado con torres a intervalos de diez y veinte metros. Las casas, barracas, establos y mercados, a los que las compañías irían a buscar los víveres, se dispondrían en calles y plazas prefijadas. Trescientos años antes Guillermo el Conquistador había llevado un fuerte desmontable de madera a Inglaterra, y se habían utilizado muchas veces construcciones como aquélla, pero jamás se concibieron con tanta audacia de concepto y tamaño. Se prefabricaría en Normandía con el trabajo de cinco mil leñadores y carpinteros, bajo la supervisión de un grupo de arquitectos, y se

empaquetaría y se embarcaría según secciones numeradas, de modo que se pudiera montar en la cabeza de puente en el increíble lapso de tres horas. Para sus fines beligerantes, el siglo XIV, como el XV, tenía a su disposición una técnica más refinada que la capacidad mental y moral que la ponía en juego.

El puerto de Escalda rebosaba de nobles, funcionarios, artesanos y servidores de todo rango, los cuales necesitaban albergue y sueldo. La falta del brillante conde de Saboya se compensó con la asistencia de su hijo Amadeo VII, llamado el Conde Rojo, que daba su hospitalidad a todos, fuesen humildes, burgueses o grandes, y no consentía que nadie se alejara de su mesa sin haber comido. Eustache Deschamps también se hallaba presente como poeta laureado, y escribió lleno de confianza:

Vuestra será la tierra de Inglaterra;
donde antaño hubo una conquista normanda,
los corazones valientes tornarán a combatir.

Todos los señores notables de Francia estaban presentes, exceptuando el duque de Berry, cuyo retraso daba que pensar.

Crecía la impaciencia por embarcarse. Los nobles permanecían en Brujas, «para estar más a sus anchas», y cada dos o tres días cabalgaban hasta Sluys, donde residía el rey, para enterarse de si se había fijado la fecha de partida. La respuesta siempre era que al día siguiente, la semana próxima, cuando se disipase la niebla o a la llegada del duque de Berry. El cúmulo de hombres concentrados se desasosegaba e indisciplinaba. Muchos, incluyendo a los caballeros y escuderos pobres, no cobraban, y el costo de la vida aumentaba a medida que la población subía los precios. Se quejaban de no poder comprar con cuatro francos lo que antes costaba uno. Los flamencos estaban sombríos y quisquillosos, «pues la gente común conservaba el agravio de la batalla de Roosebeke». Se decían: «¿Por qué diablos el rey de Francia no pasa a Inglaterra? ¿No somos ya lo bastante pobres?», aunque admitían que los franceses no los empobrecían.

Todos los pretextos de retraso se convirtieron en uno: la espera del duque de Berry. Su ausencia probaba que no era unánime el espíritu que llevaba a la invasión, que dudas e intereses contrapuestos luchaban entre bastidores, y que los partidarios de la paz, representados por Berry, se oponían a los de la guerra.

Berry estaba demasiado absorto en sus colecciones y en el arte para sentirse atraído por las hazañas militares. Vivía para poseer, no para cubrirse de gloria. Tenía dos residencias en París, el Hôtel de Nesle y otra cerca del Temple, y había edificado o comprado diecisiete castillos en sus ducados de Berry y Auvernia. Los llenó de relojes, monedas, esmaltes, mosaicos, marquetería, libros iluminados, instrumentos músicos, tapices, estatuas, trípticos con brillantes imágenes sobre fondo de oro reluciente bordeado de gemas, vasijas y cucharas áureas, cruces y relicarios

enjoyados, reliquias y curiosidades. Era propietario de un diente de Carlomagno, un trozo del manto de Elías, el cáliz de Cristo en la última cena, gotas de la leche de la Virgen, suficientes cabellos y dientes de María para distribuirlos como regalo, tierra de varios lugares bíblicos, un colmillo de narval, púas de erizo, la muela de un gigante, y prendas rituales, orladas de oro, en cantidad bastante para vestir a los canónigos de tres catedrales al mismo tiempo. Sus agentes le mantenían al corriente de hallazgos curiosos, y cuando uno le notificó que se habían desenterrado «huesos de gigante» cerca de Lyon en 1378, le autorizó al punto a comprarlos. Tenía cisnes y osos vivos que representaban su divisa, un bestiario con monos y dromedarios, y árboles frutales exóticos en su jardín. Comía fresas con punzones de cristal montados en plata y oro, y leía a la luz de seis candelabros de marfil tallado.

Como los más de los señores ricos, tenía una excelente biblioteca de autores clásicos y contemporáneos, encargaba traducciones del latín, compraba relatos a los libreros parisienses, y encuadernaba sus libros con lujo, algunos en terciopelo rojo con broches de oro. Ordenó a los iluminadores de renombre que ejecutaran, al menos, veinte libros de horas, entre ellos dos exquisitas obras maestras, las *Grandes Heures* y las *Très Riches Heures*. Se complacía en ver ilustradas sus escenas favoritas y los retratos, entre ellos el suyo propio. Sus breviarios se hallaban decorados con ciudades y castillos de múltiples torres, trabajos agrícolas, caballeros y damas en los jardines, cacerías y salas de banquetes, todos vestidos con prendas de insuperable elegancia. El propio duque acostumbraba aparecer con indumentaria azul celeste, cuyo pigmento era tan valioso, que dos botes de él se inventariaron entre sus «tesoros».

Berry introdujo en las iglesias un órgano de pedal recién inventado y gastó cuatro libras en un jubón para que su corneta, que tan bien tocaba, interpretara un solo delante de Carlos V. Molió oro y perlas como laxante, y durante la inactividad forzosa de las sangrías con que contrarrestaba los efectos de su gula y su tendencia apoplética, jugaba a los dados, su pasatiempo favorito. En una partida con sus caballerescos compinches apostó su rosario de coral contra cuarenta francos. Con sus cisnes, osos y tapices iba de continuo de un castillo a otro, llevando las obras inconclusas de los artistas de un lugar para que las terminaran los de otro, participando en procesiones locales y peregrinaciones, visitando monasterios y enviando a la duquesa, en cierta ocasión, guisantes en junio, cerezas y setenta y ocho peras maduras. Coleccionaba perros y buscaba más por muchos que tuviera. Una vez se enteró de que en Escocia había una raza de galgos poco común y obtuvo de Ricardo II un salvoconducto para que cuatro emisarios a caballo hicieran el viaje para traerle un par.

El dinero con que contentaba sus gustos procedía del pueblo de Auvernia, y de Languedoc cuando fue su gobernador, con los impuestos más abrumadores de Francia, que sembraron odio y miseria, y motivaron la insurrección de Montpellier y su destitución. Su oportunidad más lucrativa fue el alzamiento de los tuchins, en 1383, cuando gobernaba de nuevo en lugar de Anjou. No sentenció a muerte a los

jefes, sino que vendió su perdón e impuso a los plebeyos la enorme multa de ochocientos mil francos, cuatro veces más que lo que Languedoc había logrado reunir para el rescate de Juan II. Se pagaría con el inusitado tributo de veinticuatro francos por fuego. Sin escarmentar, inalterable, Berry seguiría gastando durante treinta años más, hasta que arruinó sus dominios y murió insolvente en 1416 a la edad de setenta y seis años.

Tenía cuarenta y seis cuando le aguardaban en el Escalda. Era vano, sediento de placeres, obstinado, presa de parásitos, de mente y espíritu mediocres, y redimido de la vulgaridad sólo por su amor a la belleza y el entusiasmo con que la fomentaba. Tal vez su pasión fuese la réplica a sus facciones feas y burdas, que se complacía perversamente en poner de manifiesto; su faz achatada aparece en bandejas, sellos, camafeos, tapices, tablas de altares, vidrios coloreados de ventanales y libros de horas. Según un verso popular, el duque sólo quería ver chatos en su corte.

Berry no se presentó en el Escalda hasta el 14 de octubre. Entonces los días se acortaban y se hacían más fríos, y el canal de la Mancha se enfurecía. A mediados de septiembre el desastre se precipitó sobre la ciudad portátil. Cargada en setenta y dos barcos, se dirigía de Rouen al puerto de destino, cuando el convoy fue atacado por naves inglesas salidas de Calais, que capturaron tres buques franceses y al maestro carpintero encargado de la construcción. Dos de las naves, demasiado grandes para entrar en Calais, se remolcaron a Inglaterra. Se exhibieron en Londres las partes de la ciudad que contenían, con pasmo y regocijo de los ingleses. Para los franceses la pérdida fue un portento.

El Monje de Saint-Denis, que jamás desperdicia la ocasión de mencionar augurios, informó de que nubes de cuervos habían depositado brasas en las techumbres vegetales de graneros, y de que una de las terribles tempestades, que aparecen con regularidad en los pasajes sombríos de su crónica, arrancó de cuajo los árboles más corpulentos y destruyó una iglesia con un rayo. Al día siguiente de la llegada de Berry, los elementos, «como si estuvieran irritados de su dilación», encresparon el mar y suscitaron olas «como montes» que destrozaron las embarcaciones. Hubo, además, lluvias tan intensas que hicieron pensar que Dios enviaba un nuevo diluvio. Se perdieron muchos pertrechos, aún no cargados.

Transcurrieron tres semanas en plena indecisión. En noviembre los capitanes de ciento cincuenta naves invasoras entregaron una lista de las razones por las cuales era imposible embarcarse: «En verdad, la mar está maldita; item, las noches son muy largas; item, demasiado lóbregas —y a lo largo de una interminable ristra de *items*—, demasiado frías, lluviosas y *fresques*. Item, necesitamos la luna llena; item, necesitamos viento. Item, las costas de Inglaterra son peligrosas y los puertos también; tenemos demasiados barcos viejos, demasiadas embarcaciones pequeñas, tememos que los barcos pequeños sean embestidos por los grandes…». Todas estas negativas suenan a justificación de una decisión ya tomada.

La inmensa empresa, con todas sus inversiones en buques, armas, hombres,

dinero y provisiones, se detuvo, al menos durante el invierno. El gran ejército se deshizo y fuese; los suministros perecederos fueron vendidos a los flamencos a precio inferior al de costo, y los restos de la ciudad portátil fueron regalados por el rey al duque de Borgoña, que los usó en construcciones de sus propios dominios. Los ingleses se alborozaron al otro lado del canal.

Se reconoció entonces que Berry no deseaba ir a Inglaterra, ni quería que la expedición lo hiciese. Crecía en los dos países el anhelo de una paz negociada, a la que se oponía en ambos un partido belicista. Especialmente la clase mercantil ansiaba que terminase aquella «guerra inútil», y muchos, que confesaban que no llevaba a ninguna parte, proponían la paz como un paso hacia el final del cisma y la unión de los dos grandes reyes cristianos contra los turcos. Estuviese o no de acuerdo con este parecer, Berry, preocupado por el dinero que absorbía el conflicto, se había puesto en relación con el duque de Lancaster, a quien hubiera agradado la paz con Francia para tener las manos libres en sus ambiciones sobre Castilla. Con el pretexto de una conversación de paz, Berry y Lancaster se habían reunido al principio de aquel año, y se habían separado con aspecto satisfecho. Doce meses después el viudo Berry negoció su matrimonio con la hija de Lancaster, aun cuando el asunto acabó en agua de borrajas.

Felipe el Atrevido, arriesgándose a dejar el reino bajo el control de su hermano, hubiera zarpado sin él, si su voluntad hubiese estado a la altura del lema que ondeaba en sus mástiles. Pero temía que Flandes se sublevase si partía. Arrió, pues, la bandera comprometedora y esperó. Al unísono, el consejo real sintió también dudas acerca del éxito militar. Mucho antes de los prodigios de cuervos incendiarios de graneros y tempestades desgajadoras de árboles, un informe de Aviñón mencionó «el gran debate sobre si el rey invadirá».

La verdadera causa determinante fue quizá la desgana que se experimentó al estar al borde del mar. La travesía del canal de la Mancha, en el mejor de los casos, resultaba siempre incierta, y empeoraba con el «espantoso viento de occidente» de fines de año. Sobre todo descollaba, en la otra ribera, una cabeza de puente hostil. Los invasores en potencia, ante los azares, han retrocedido después de efectuar preparativos tan aparatosos como los de 1386: Napoleón fue uno, e Hitler otro. Durante la guerra del siglo XIV, los ingleses tuvieron amistosos lugares de desembarco en Flandes, Normandía y Bretaña, y en sus puertos de Calais y Burdeos. Los franceses, faltos de esa ventaja, se habían limitado a efectuar incursiones de castigo, sin la pretensión de retener base alguna. En ninguno de los dos sentidos se llevó a cabo con éxito un desembarco entre 1066 y 1944.

No se reconoció que el miedo fuese una de las causas del fracaso. Se dijo que la invasión había sido sólo retrasada hasta el año siguiente, cuando una versión reducida, al mando del condestable y de Coucy, la intentó. Carlos VI, en marzo de 1387, verificó una visita de cumplido a Coucy-le-Château, en parte para discutir el proyecto, según indica un documento referente al aprovisionamiento del «ejército»

que el señor de Coucy «llevaría a Inglaterra». Indudablemente la regia visita expresaba el interés de la corona en el dominio de Enguerrand. En aquella ocasión ningún poeta áulico proporcionó informes; pero un delito cometido durante la visita motivó una de las cartas regias de perdón que abren ventanas de observación sobre la vida de los desheredados.

Cierto Baudet Lefèvre, «pobre con muchos hijos», robó del castillo dos fuentes de estaño utilizadas en la comida del rey, las ocultó debajo de su jubón y fuese a una posada de la población, donde le vio un sargento de «nuestro bienamado primo el señor de Coucy», el cual le preguntó: «¿Qué haces aquí?». Baudet contestó: «Me caliento». Mientras hablaban el sargento descubrió las bandejas y le detuvo. Le llevó a la prisión del castillo, donde se averiguó que había cogido asimismo una bandeja con baño de plata, que llevaba el sello del rey. «Hubiera muerto en la mazmorra si no hubiese suplicado con humildad nuestra gracia y perdón, y como el susodicho Baudet siempre ha sido hombre de buena vida y honesto lenguaje, sin otras fechorías en su haber, nos complace concederle nuestra gracia y perdón», y librar, remitir y perdonar al suplicante, entonces y en adelante, «con nuestra gracia especial y real autoridad», de todo delito, multa y castigo civil y criminal que pesaren sobre él, y de volver a él y a su buena esposa todos sus bienes, y hacerlo saber a todos los funcionarios de justicia de la región y a sus lugartenientes y sucesores entonces y en adelante.

Que todo aquello fuese necesario en nombre del soberano por el robo de tres bandejas —y el documento no utiliza la palabra *robo*—, denota, prescindiendo de la prolijidad, con qué cuidado el rey procuraba presentarse como protector de los pobres.

En mayo, dos meses después de la visita del monarca, Coucy asistió a una sesión del consejo real con el almirante de Vienne, Guy de la Tremoille en representación de Borgoña, Jean le Mercier, ministro del soberano, y otras personas, con el fin de conferenciar sobre la invasión de Inglaterra. Informa el Monje de Saint-Denis de que la «vergonzosa» retirada de Carlos VI y sus nobles en el Escalda había causado dolorosa impresión a todos los franceses, con el resultado de que se creía obligatorio borrarla mediante un golpe poderoso que cometiera en Inglaterra «todos los excesos del enemigo contra el enemigo». Evidentemente, el proyecto de conquista se había ido reduciendo a algo muy semejante a una incursión.

La expedición se dividiría en dos partes: una, mandada por el condestable, zarparía de Bretaña, y otra, al mando del almirante, Coucy y el conde Waleran de Saint-Pol, partiría de Harfleur, en Normandía. Dover era su objetivo. Llevarían seis mil hombres de armas, dos mil ballesteros y otros seis mil combatientes, y provisiones bastantes para tres meses, incluido el heno y la cebada para los caballos, y armamento en buenas condiciones. Las intenciones eran firmes, pues en junio una nave del señor de Coucy fue cargada en Soissons, junto al Aisne, de víveres, vajilla,

utensilios de cocina, tela, armas y tiendas, que se entregarían en Rouen. Enguerrand, Vienne y los demás se hallaban entonces en Harfleur. Las algaras costeras de Calais, dirigidas por el belicoso Harry Percy, apodado el «Violento», no consiguieron estorbar los preparativos, porque Percy atacó en dirección equivocada, es decir, hacia el norte. Se fijó el día de la partida. Los pertrechos estaban en los barcos y se había pagado a cada hombre la soldada de quince días. «El viaje estaba tan adelantado que se creyó que nada lo impediría».

Haciendo lo posible para impedirlo, los ingleses encontraron entonces su cebo en el conspirador crónico Jean de Montfort, duque de Bretaña. Se hubieran necesitado las artes de un brujo para decidir cuál era la posición de Montfort en un momento preciso, mientras trataba de conservar su equilibrio entre Francia e Inglaterra. Dado que había partidos políticos contrapuestos en cada país, su problema se complicaba y sus tratos se hacían cada vez más laberínticos. No sorprende, pues, que tuviera la reputación de llorar con facilidad.

Una constante de sus sentimientos era su odio a su paisano y súbdito Olivier de Clisson, condestable de Francia. Aquella pasión, que era recíproca, no impidió que el duque firmase con él un tratado en 1381 en el que «en consideración al amor y afinidad perfectos que tenemos a nuestro estimado y bienamado primo y vasallo, Olivier, señor de Clisson, condestable de Francia…, prometemos ser señor bueno, leal y benéfico para él…, y guardar bien su honor y el estado de su persona». Olivier prometió fidelidad recíproca de vasallo. El amor y la afinidad de Montfort se convirtieron en rabia candente cuando Clisson arregló el matrimonio de su hija con Jean de Penthièvre, hijo de Carlos de Blois, difunto rival de Montfort, y heredero del ducado, pues el duque no tenía entonces descendientes varones.

Inglaterra, con presiones y ofertas, insistía en que Montfort hiciese algo para interrumpir la invasión francesa. Al propio tiempo tenía que ver con Borgoña y Berry. Siendo primo de la duquesa de Borgoña, estaba unido a su marido con el intenso sentido de parcialidad que, en la Edad Media, acompañaba el parentesco nacido del matrimonio. El 1 de mayo de 1387 concluyó un tratado particular con el duque de Berry. Al menos compartía una cosa con los dos hermanos: la hostilidad al condestable.

Como Coucy había previsto, el cargo suscitaba enemigos, entre los cuales los tíos del rey ocupaban, casi de modo lógico, la primera fila. Quien lo desempeñaba se convertía en alguien capaz de rivalizar en poder con ellos, y la personalidad de Clisson despertaba el antagonismo, tanto más cuanto que era muy rico. Por ser condestable cobraba veinticuatro mil francos anuales, compró feudos, edificó un palacio en París y prestó dinero a todo el mundo: al rey, la duquesa de Anjou, Berry y Bureau de la Rivière, y siete mil quinientos florines al papa en 1384. Cuando los deudores se atrasaban en la devolución, lo que era corriente, podía ampliar los préstamos y obtener más grandes beneficios de los intereses y prendas mucho mayores que les imponía.

En junio de 1387 el guerrero tuerto quedó en manos de Montfort con un acto tan sensacional como el de la deposición de Bernabò, aunque su ejecución fue mucho más tosca. Montfort convocó un Parlamento en Vannes, al que estaban obligados a acudir todos los nobles bretones. Mientras se celebraba, trató a Clisson con suma amabilidad, y después le agasajó con un banquete y le invitó a visitar con su séquito su nuevo castillo de Hermine, en las inmediaciones de Vannes. Les mostró el edificio, los llevó a las bodegas para que catasen el vino y, llegados a la entrada del *donjon*, dijo: «Mi señor Olivier, no conozco aquende el mar nadie que sepa más que vos de fortificaciones. Os ruego que subáis la escalera y me deis vuestra opinión sobre la construcción de la torre, y si encierra faltas, haré que las enmienden conforme a vuestro consejo». Clisson contestó: «Soy vuestro servidor, monseñor. Os seguiré». «No señor, precededme», respondió el duque, explicando que, mientras el condestable inspeccionaba, conversaría con el señor de Laval, cuñado de Clisson.

El condestable no tenía razones para fiarse de su anfitrión, pero se fió de su condición de huésped. Subió al primer piso, donde unos soldados se apoderaron de él y le echaron encima tres pesadas cadenas, mientras el castillo resonaba de los portazos con que otros hombres cerraban las salidas. «Tembló la sangre» de Laval al oírlos, clavó sus ojos en el duque, que «se había puesto verde como una hoja», y gritó: «¡Por el amor de Dios, monseñor! ¿Qué hacéis? ¡No hagáis mal alguno a mi cuñado el condestable!». Montfort le replicó: «Subid a vuestro caballo y alejaos». Laval se negó a irse sin Clisson.

En aquel instante otra persona de la comitiva del condestable, Jean de Beaumanoir, acudió lleno de ansiedad. Montfort, que también le odiaba, empuñó la daga y corrió hacia él chillando como un poseso: «Beaumanoir, ¿queréis ser como vuestro señor?». El recién llegado contestó que le honraría mucho. «¿Queréis? ¿Queréis ser como él?», insistió el duque furioso, y al oír la respuesta afirmativa, gritó: «¡De acuerdo! ¡Os sacaré un ojo!». Con mano temblorosa, sujetó la daga cerca del rostro de Beaumanoir, pero no se resolvió a clavarle. «¡Salid de aquí! —exclamó con voz ronca—. ¡No seréis ni mejor ni peor que él!». Ordenó que llevaran a Beaumanoir a un calabozo y que le cargaran también de cadenas.

Laval pasó toda la noche junto al duque, acosándole con súplicas y razonamientos para que no matase a Clisson. Montfort dio tres veces la orden de que le decapitasen o le arrojasen al agua dentro de un saco, y los soldados retiraron las cadenas de Clisson para cumplirla. En todas aquellas ocasiones, Laval, de rodillas, logró disuadir al atormentado duque, recordándole que él y Clisson se habían criado juntos, que Clisson había luchado por su causa en Auray y que, si le mataban entonces, tras haberle invitado a comer y a su castillo como huésped, «ningún príncipe quedará más deshonrado que vos…, reprochado y aborrecido en el mundo entero». En cambio, si retenía al condestable para que le rescatasen, conseguiría grandes sumas de dinero, ciudades y castillos, que él mismo, Laval, le garantizaba.

Montfort reaccionó al fin a la última propuesta. No quería prenda ni garantizante,

sino cien mil francos y la entrega a sus representantes de dos poblaciones y tres castillos, entre ellos el de Josselin, hogar de Clisson, antes de liberarle. El condestable tuvo que aceptar las condiciones y seguir encarcelado mientras Beaumanoir iba a reunir el dinero. «Y si os dijera que ocurrieron tales cosas y no relatara abiertamente todo el asunto —escribió Froissart—, haría crónica, no historia».

La alarma que produjo la desaparición del condestable cundió rápidamente. La generalidad creyó que le habían matado, y se pensó que el ataque a Inglaterra había quedado deshecho. En Harfleur, Coucy, Vienne y Saint-Pol no pensaban en seguir adelante con la expedición sin él, incluso después que se supo que vivía. La terrible acción del duque absorbió las mentes y el insulto al rey que representaba la captura de su condestable tuvo precedencia a cualquier ataque contra Inglaterra. Se renunció a él, con todos sus barcos, provisiones y soldados, como en la anterior ocasión, con tanta presteza que induce a pensar si no se alegrarían de la interrupción. Si se había propuesto aquello, el atentado fue un éxito total, pero no para Montfort, que carecía de la granítica voluntad de Gian Galeazzo.

Como el cisma de la Iglesia, el bandolerismo de los caballeros y la mundanidad de los frailes, la acción de Montfort destruía principios básicos. Causó consternación. Los caballeros y escuderos, en sus conversaciones, se decían con ansiedad: «Nadie se fiará de los príncipes, puesto que el duque ha engañado a esos nobles». ¿Qué diría el rey de Francia? Desde luego, nunca había acontecido cosa más vergonzosa en Bretaña y fuera de ella. Si el culpable hubiera sido un caballero pobre se hubiera deshonrado para siempre. «¿De quién puede fiarse un hombre sino de su señor? Y el señor debe sustentarle y hacerle justicia».

Clisson, recobrada la libertad, galopó con dos pajes hasta París con tal cólera y ansiedad de obtener una satisfacción, que se contó que había cubierto ciento ochenta kilómetros en un día y que llegó a la capital en cuarenta y ocho horas. El monarca, sintiendo que su honor estaba ligado al del condestable, ansiaba desquitarse, pero no tanto sus tíos, que aún le dominaban. Les dejaron indiferentes las pérdidas de Clisson, le dijeron que hizo mal en aceptar la invitación de Montfort, sobre todo en la víspera de embarcarse para Inglaterra, y apagaron todas las sugerencias de emprender el castigo bélico del duque. El gobierno se dividió entonces en dos bandos: uno, el de los tíos, y otro, el del condestable —apoyado por Coucy, Vienne, Rivière, Mercier y Louis, el hermano menor del monarca—. Coucy insistió en que el soberano debía darse por enterado y exigir que Montfort restituyera lo habido. Los tíos, celosos de la influencia de Clisson sobre el rey y de sus íntimas relaciones con Coucy y Rivière, no deseaban que se llevara a cabo algo que aumentara su prestigio. En plena discusión, sobrevino otra crisis.

El duque de Güeldres, joven exhibicionista descarado, envió un heraldo con un asombroso e insolente reto a Carlos VI, en el que se declaraba aliado de Ricardo II y, por consiguiente, enemigo presto a desafiar «a vos que os tituláis rey de Francia». Su carta se dirigía escuetamente a Carlos de Valois. Esta baladronada de un oscuro

príncipe alemán, señor de un estrecho territorio situado entre el Mosa y el Rin, consternó a la corte, a pesar de que tenía una explicación. El duque de Güeldres hacía poco que había cobrado por declararse vasallo del monarca inglés, y su reto al rey francés era un quebradero de cabeza inspirado evidentemente por Inglaterra.

Carlos se mostró encantado de la caballeresca oportunidad que se le brindaba. Cubrió de regalos al heraldo y esperó con anhelo la ocasión de ampliar la gloria de su nombre en un combate personal y «ver países nuevos y distantes». Enfrentado con dos desafíos simultáneos, el de Bretaña en el oeste y el de Güeldres en el este, el consejo debatió largo y tendido qué debía hacerse. Algunos pensaron que el gesto de Güeldres debía tratarse como una «fanfarronada» e ignorarlo, pero Coucy aludió a la dignidad no tanto de la corona como de los nobles. Argumentó que si el rey admitía que aquellos insultos pasaran sin castigo, los países extranjeros despreciarían a los nobles franceses, puesto que eran los consejeros del soberano y habían jurado defender su honor. Quizá se le ocurrió también que Francia debía hacer algo después de renunciar por dos veces al ataque de Inglaterra. Sus argumentos impresionaron a sus compañeros, los cuales confesaron que él «entendía a los alemanes mejor que nadie por sus disputas con los duques de Austria».

En aquella ocasión Coucy tuvo un aliado en Felipe el Atrevido, que apoyó con energía, en beneficio propio, una campaña contra Güeldres. Entre Flandes y Güeldres se hallaba el ducado de Brabante, en cuyos asuntos Felipe, pensando en la expansión, estaba muy complicado. Atizando el entusiasmo del rey, comprometió a Francia en una guerra contra Güeldres, pero el consejo insistió en que antes debía solventarse el caso de Bretaña, pues, si el rey y los nobles partían en guerra hacia el este, Montfort tal vez abriera la puerta a los ingleses.

Rivière y el almirante de Vienne, a quienes se envió para negociar, encontraron a Montfort obstinadamente reacio a ceder. El duque declaró que sólo se arrepentía de una cosa en su lance con el condestable: haberle dejado escapar vivo. No se excusaba de haber traicionado a un huésped, «porque un hombre ha de apoderarse de su enemigo donde pueda». Transcurrieron varios meses en aquella situación, mientras Coucy apremiaba a cada dilación que se presentaba. La situación continuó por el estilo a medida que el año concluía, llevándose con él el supremo espíritu de discordia, a la reseca víbora llamada Carlos de Navarra.

Después de un postrer intento de envenenamiento —en esta ocasión el de Borgoña y Berry—, Navarra falleció en circunstancias horribles. Enfermo y prematuramente anciano a los cincuenta y seis años, le atormentaron fríos y temblores. Los médicos le ordenaron que se envolviese por las noches en paños empapados en licor para calentarse y sudar. Para que no se le desprendiera, el envoltorio se cosía a diario como una mortaja. Un criado le prendió fuego una noche con una bujía al inclinarse para descoser un punto. El paño mojado en licor llameó alrededor del rey, que gritaba con desesperación. Vivió durante dos semanas sin que los médicos consiguieran aliviar su intensa agonía.

El consejo, en el nuevo año, decidió enviar a Coucy como antiguo cuñado de Montfort, en el esfuerzo de reducirle a la sensatez. Con nadie, dijeron, estaría más accesible el duque y nadie tendría más peso cerca de él. Le acompañarían Rivière y Vienne, de modo que sería una embajada de «tres señores muy inteligentes». Montfort, enterado de ello, comprendió la importancia del caso dada la presencia de Coucy. Le saludó con cariño, le ofreció llevarle de montería y a cazar con halcones, y le escoltó a su habitación, «bromeando y charlando de cosas insignificantes como hacen los señores que no se han visto en bastante tiempo». Al principio, en el momento de tratar del asunto, ni siquiera la capacidad de persuasión de Coucy, reconocida por todos, ni sus «hermosas y elegantes palabras», le ablandaron. Estuvo largo rato mirando por la ventana en silencio; luego se volvió y dijo: «¿Cómo habrá amor cuando no existe más que odio?», y repitió que no se arrepentía más que de no haber matado a Clisson.

Se necesitaron dos visitas y los argumentos más elocuentes y las insinuaciones más delicadas de Coucy, para debilitar a Montfort —que tenía escaso apoyo entre sus súbditos— y lograr el cometido. Después de persuadirle de que devolviera los castillos de Clisson, Enguerrand fue enviado para conseguir la devolución de todo el dinero y, más difícil aún, para inducirle, animarle y arrastrarle a su juicio en París. Montfort, que deseaba desesperadamente esquivar a Clisson, pretextó mil excusas, pero con la intervención de Borgoña, entonces ansioso de un arreglo, se vio abrumado. Coucy, en respuesta a su argumento de que temía que le asesinaran, le convenció de que fuera hasta Blois, donde le esperarían los tíos del soberano. Con un salvoconducto real, reforzado con una escolta de mil doscientos hombres, el duque se aventuró a remontar el Loira en una flotilla de seis embarcaciones, y llegó por fin en junio de 1388 a la entrada del Louvre en París. La devolución de los bienes de Clisson y el perdón del rey se sellaron con la usual fórmula de reconciliación, por la que el duque y el condestable juraron ser «buen y leal» soberano y vasallo respectivamente, y, matándose con los ojos, bebieron en la misma copa en prueba de «amor y paz».

El monarca regaló a Coucy, en señal de estima, una Biblia francesa, y la historia, a través de Froissart, un tributo más perdurable. «Y conocí cuatro señores que superaban a los demás como anfitriones, a saber, el duque de Brabante, el conde de Foix, el conde de Saboya y, en especial, el señor de Coucy, pues fue el noble más gracioso y persuasivo de toda la cristiandad…, el más versado en cualquier costumbre. Tal reputación tenía entre los señores y damas en Francia, Inglaterra, Alemania, Lombardía y en todos los sitios en que se le conocía, pues había viajado mucho y visto mucha tierra, y, además, se inclinaba por índole natural a ser cortés».

Con esas prendas Coucy había logrado llevar al redil al vasallo más turbulento después de Carlos de Navarra.

CAPÍTULO 21

LA FICCIÓN SE RESQUEBRAJA

El fracaso por partida doble de la invasión francesa de Inglaterra y, en cuanto a ésta, los desastres de las incursiones de Buckingham y Norwich, delataban lo huero de las pretensiones caballerescas. Para mayor ignominia, los plebeyos suizos, en 1385, destrozaron a los caballeros austriacos en Sempach, en una batalla que fue el envés de la moneda de Roosebeke.

Los austriacos, dispuestos a calcar la matanza francesa de «infieles» de clase no guerrera, desmontaron para luchar a pie como los caballeros de Francia en Flandes. Pero los suizos se habían adiestrado para ser flexibles y gozar de rapidez de movimientos, precisamente lo contrario de la línea compacta que había producido la derrota flamenca. Cuando el reflujo del combate se volvió contra los austriacos, sus reservas montadas huyeron del campo sin pelear, como el batallón de Orléans en Poitiers. Quedaron en el campo casi setecientos cadáveres, incluido el del duque Leopoldo, de los novecientos componentes de la vanguardia.

Los caballeros, en el ocaso del siglo XIV, no carecían más que de sentido de innovación. Apegados a las formas tradicionales, apenas pensaban en la táctica, o no la estudiaban. Si todos los de noble cuna eran guerreros por función, el profesionalismo lógicamente no se tenía en cuenta.

La caballería no se percataba de su decadencia, o si la advertía, se aferraba con mayor pasión a lo externo, a los rituales brillantes, para convencerse de que la ficción seguía siendo la realidad. Sin embargo, arreciaba la crítica de los observadores desapasionados conscientes de lo implausible de aquel mundo. Habían transcurrido cincuenta años desde el comienzo del conflicto con Inglaterra, y medio siglo de guerra tenía que disminuir el prestigio de una clase militar que ni vencía ni lograba la paz, antes bien amontonaba sin descanso males y pobreza sobre el pueblo.

Deschamps se burló a las claras de la aventura de Escocia en una larga balada, cuyo estribillo era «Ya no estáis en el Grand Pont de París».

Vosotros pergeñados como novios,
vosotros que tan suelta tenéis la palabra en Francia
sobre las grandes hazañas que efectuaréis,
no vais a recobrar sino lo que perdisteis.
¿Qué es? El renombre que durante tanto tiempo
fue la honra de vuestra patria.
Si pensáis reconquistarlo en la batalla,

mostrad vuestros corazones, no vestidos elegantes…
Ya no estáis en el Grand Pont de París.

Mézières, al escribir su *Songe du Vieil Pélérin* («Sueño del viejo peregrino»), en 1388, no frenó su desprecio como Honoré Bonet no había contenido sus reproches. Porque los caballeros triunfaron «por la mano de Dios en Roosebeke sobre una caterva de bataneros y tejedores, se llenan de vanagloria y se creen iguales a sus predecesores, el rey Arturo, Carlomagno y Godofredo de Bouillon. La caballería francesa no respeta una décima parte de las reglas de guerra que dictaron los asirios, judíos, romanos, griegos y todos los cristianos, y, con todo, piensa que no hay en el mundo otra que rivalice con ella».

Los elegantes trajes de los nobles, sus costumbres lujosas, sus dormitorios privados, en los que se encerraban hasta el mediodía, sus lechos muelles, sus baños perfumados y sus comodidades en las campañas, se mencionaban como prueba de que la caballería se había ablandado. Los romanos antiguos, como Jean Gerson, canciller de la universidad, comentaría con sarcasmo unos años después, «no arrastraban en pos de sí tres o cuatro acémilas y carros cargados de vestidos, joyas, alfombras, botas, caperuzas y tiendas dobles. No llevaban hornillos de hierro o bronce para hacer pastelitos».

Más que los lechos muelles y la vanidad, esparcía la desilusión el fracaso moral de la caballería. En lugar de trovadores glorificadores del caballero y el amor ideales en epopeyas novelescas, los moralistas deploraban entonces en sátiras, alegorías y tratados didácticos aquello en que se había convertido el noble: un saqueador y agresor en lugar de campeón de la justicia. Las *chansons de geste* no se componían ya en la segunda mitad del siglo, pero, como los lozanos *fabliaux* desaparecieron en la misma época, no debe colegirse que la causa de ello fuese tanto la quiebra del ideal como una misteriosa evolución del espíritu literario. Los vicios, locuras y extraños desórdenes del período demandaban una crítica; pero persiste la imagen de la caballería que Froissart celebra.

La queja en Italia tenía fuente distinta: la caballería era independiente de la nobleza. «Pocos años atrás, panaderos, cardadores, usureros, cambistas y matones se transformaron en caballeros —se quejó Franco Sacchetti a fines del siglo—. ¿Para qué necesita un magistrado ser caballero cuando va a gobernar una ciudad provinciana…? ¡Cuánto te hundiste, desdichada dignidad! De toda la larga lista de deberes caballerescos, ¿cuál, uno solo, cumple uno de esos individuos? Deseo hablar de estas cosas para que el lector comprenda que la caballería ha muerto».

El lúgubre acento de Sacchetti era generalmente compartido. Con las cortes de Francia e Inglaterra regidas por menores y presas de facciones; con el nuevo emperador Wenceslao, borracho y brutal, y con la Iglesia escindida por dos papas, uno y otro tan alejados de la santidad como fuese posible imaginar, el brillo de la

clase dirigente no conseguía disimular el desdoro. Coucy acertó en su percepción de la reducción del prestigio, aun considerando que el remedio que propuso no hizo más que empeorar las cosas.

La campaña de Güeldres, en septiembre y octubre de 1388, demostró que el alto secreto militar era imprescindible mucho antes de que el concepto se creara y se definiera. La expedición se aprestó con dimensiones desproporcionadas al reducido objetivo o a los beneficios que pudiera rendir. Coucy, por sus parientes de Bar y Lorena, que estaban en el camino, y su conocimiento del terreno, fue designado para que reclutase señores en aquella área y proyectase la campaña. La ruta preferible pasaba por Brabante, pero las ciudades y los nobles avisaron que nunca permitirían el tránsito de un ejército francés, porque causaría más daño al país que «si el enemigo estuviera en él».

Por consiguiente, se optó obligatoriamente por marchar a través de los sombríos y amenazadores bosques de las Ardenas, que, Froissart comenta con inexactitud respetuosa, «nadie había hollado antes». Aquello reclamaba el envío de exploradores para encontrar un camino, seguidos de dos mil quinientos hombres para que abriesen una calzada, tarea no menos extraordinaria que una ciudad portátil. Los gastos se pagaron con un triple impuesto sobre la sal y las ventas, y ello con una finalidad difícil de justificar como defensa del reino. Tal vez por esa razón se pidió a Coucy que reclutase gente en nombre propio, como si se dirigiera contra los Habsburgos, más que en el del rey.

Al mando de Coucy, una vanguardia de mil lanzas inició la marcha, y tras ella anduvieron el soberano y el cuerpo principal de «doce mil» carros de bagaje, sin contar los animales de carga. Durante el viaje, Coucy fue enviado a Aviñón con una misión desconocida, pero probablemente relacionada con el obsesivo proyecto francés de conquistar Roma para Clemente. Regresó —«con gran alegría de todo el ejército»— un mes después, lo cual, considerando que hubo de cubrir ochocientos kilómetros, fue una proeza.

Poca lucha y ninguna gloria se encontraron en Güeldres. La campaña se hundió en negociaciones. Las tiendas estaban húmedas luego de un verano de lluvias recias, el agua corrompía las provisiones y la comida escaseaba, a pesar de que estaban en un país rico. El regreso con el honor a salvo, gracias a una excusa, muy debatida, que firmó el duque de Güeldres, se efectuó bajo nuevas lluvias copiosas. El suelo era barro, los caballos trastabillaban sobre troncos y rocas resbaladizos, se ahogaban hombres al vadear los ríos crecidos, y los carros del botín desaparecían río abajo. Caballeros, escuderos y próceres llegaron a sus casas sin orgullo ni beneficio, muchos de ellos enfermos o agotados, y echando la culpa al duque de Borgoña, a cuyas ambiciones sobre Brabante hicieron responsables, dando en el blanco. Parece que Coucy, como durante la insurrección de París, no fue objeto de acusaciones. Desde el principio del reinado, el gobierno de los tíos había arrastrado a la nación a gastos extraordinarios por una serie de proyectos grandiosos que habían terminado de modo

calamitoso. Su crédito se agotó en Güeldres.

La conciencia del mal gobierno se trasluce en los augurios e incidentes que registra un cronista tan censor como el Monje de Saint-Denis. Relata que, mientras se congregaba el ejército de Güeldres, un ermitaño anduvo desde Provenza para decir al rey y sus tíos que un ángel le encargaba pedirles que tratasen con más suavidad a sus súbditos y aligerasen el peso de los impuestos. Los nobles cortesanos se burlaron de la pobreza del ermitaño y se hicieron los sordos a su consejo, y aunque el joven rey se condujo con bondad con él y estuvo dispuesto a escucharle, los tíos le expulsaron y establecieron el impuesto triple.

La sátira de Deschamps se hizo más cáustica después de la campaña de Güeldres, en la que había participado y enfermado como otros de un «flujo intestinal». Un corresponsal de guerra con disentería no es el mejor amigo de los militares. En muchas baladas el tema favorito de este poeta es la comparación desventajosa con los caballeros pretéritos, que se habían endurecido con el largo aprendizaje y el adiestramiento, cabalgado durante jornadas interminables, practicado la lucha y el tiro de la piedra, escalado fuertes, y combatido con escudo y espada. Pero entonces los jóvenes desdeñaban el adiestramiento y tildaban de cobardes a quienes deseaban instruirlos. Pasaban su juventud comiendo, bebiendo, gastando, pidiendo préstamos y «puliéndose como si fueran blanco marfil…, y cada uno un paladín»; dormían hasta tarde entre sábanas albas, pedían vino al despertarse, devoraban perdices y capones grasos, se peinaban de manera perfecta, no sabían administrar sus dominios y sólo se molestaban en hacer dinero. Eran arrogantes, irreligiosos, debilitados por la glotonería y la licencia, e inaptos para la profesión de las armas, «la más dura del mundo».

Si los denuncia, por un lado, a causa de su blandura e indolencia, Deschamps los amonesta, por otro, a causa de su temeridad, precipitación y mal juicio. En su *Lay de Vaillance* («Lay del brío marcial»), no conservan el orden, no montan guardias nocturnas, no tienen escuchas o exploradores, no protegen a los forrajeadores y permiten que capturen sus carros y provisiones. «Cuando el pan falta un solo día, o llueve por la mañana, gritan: “¡El ejército morirá de hambre!”», y «cuando dejan que los víveres se estropeen en el suelo, desean regresar a sus casas». Emprenden la marcha en invierno, atacan sin pensar en las consecuencias y en la ocasión, jamás piden consejo a los mayores, hasta que el peligro los amenaza, se quejan en voz alta cuando se hallan en apuros y se entregan a la derrota. «Por su insensato descuido, hay que despreciar esos ejércitos».

Deschamps fustiga, pero no aboga por un cambio fundamental ni porque se infunda nueva sangre en la nobleza. Por sus simpatías es burgués, deplora las injusticias que sufre el campesino, y escribe baladas en elogio de los Robin y Margot rurales que aman tanto a Francia; pero denuncia a los labradores que intentan convertirse en escuderos y se apartan del cultivo de la tierra. «Debieran llevar a esos rufianes ante la justicia y obligarlos a seguir en su clase».

Mézières encuentra en su *Songe du Vieil Pélérin* que toda la sociedad se ha corrompido. Como la *Vision de Piers Plowman*, de Langland, sirve de guía alegórica de las turbaciones de la edad y, además, de alegato a la «reforma de todo el mundo, de toda la cristiandad y principalmente del reino de Francia». El peregrino Deseo Ardiente y su hermana Buena Esperanza recorren el mundo con el fin de comprobar la aptitud de la humanidad para el retorno de la Reina de la Verdad y sus ayudantes Paz, Piedad y Justicia, largo tiempo ausentes de la tierra. El mensaje de Mézières era urgente, su noción de la iniquidad honda y su diagnóstico sombrío.

Como respondiéndole, Carlos VI, a los veinte años, despidió a sus tíos y se hizo cargo de la soberanía plena inmediatamente después de regresar de Güeldres, en 1388. El cardenal de Laon, prelado de categoría, presentó la moción en una reunión del consejo. Pocos días más tarde enfermó y falleció, «libre de la furia y el odio de los tíos del rey». La mayor parte de la gente creyó que los duques le habían envenenado.

Clisson se jactó posteriormente ante un embajador inglés de haber sido él quien hizo a Carlos VI «monarca y señor del reino, y retiró el gobierno de manos de sus tíos». Aparte la enemistad personal del condestable, Coucy y otros miembros del consejo ansiaban librar a las corona y a sí mismos del tremendo peso de la impopularidad de los duques. Sin embargo, la persona más interesada fue el hermano menor del rey, más inteligente y dinámico, y, de momento, su heredero aparente, el duque Louis de Turena, que pronto sería conocido por su título más familiar de duque de Orléans.

En 1389, Louis de Orléans sustituyó al de Borgoña en el consejo real y durante el resto de su corta y agitada vida, cuya mitad casi ya había agotado, tendría intervención importante en los asuntos franceses, y especial relación con Coucy. Hermoso, aficionado a los placeres, «siervo devoto de Venus» y aficionado a la compañía de «bailarines, aduladores y gente de mal vivir», era asimismo piadoso, y acostumbraba retirarse dos o tres días seguidos al monasterio celestino, cuya residencia en París (en el actual Quai des Célestins) había establecido su padre en 1363. Orden penitencial, predilecta también de Philippe de Mézières, que había sido ayo de los príncipes reales, los celestinos observaban rigurosas normas de abstinencia destinadas a promover la concentración en la eternidad y la desaparición del cuerpo. Louis se hallaba muy influido por Mézières, a quien nombró albacea suyo. Había aprendido de él mucho más que su hermano, pues se decía que era el único componente de la familia real capaz de leer el latín diplomático. Erudito para gente de su alcurnia, era incansable jugador de ajedrez, tenis, dados y naipes. Jugaba con su mayordomo, copero y trinchador, y en las partidas de tenis con los nobles perdía hasta dos mil francos.

Tan rapaz y ambicioso de poder como los tíos, a quienes había expulsado para caber él, inició una enemistad que terminaría diecinueve años después con su asesinato, ejecutado por su primo Jean, hijo y sucesor del duque de Borgoña,

separaría a franceses y borgoñones, y abriría una vez más el camino a los ingleses. Hacia el fin de su vida adoptó una divisa de extraño significado, el *camal,* manto clerical o caballeresco con caperuza, que se dijo entonces que representaba *Ca-mal,* o *Combien de mal,* cuánto mal se hacía en aquellos días. Louis, nacido dentro de la última generación de la centuria, a pesar de su propensión a los placeres, tenía una concepción sombría del mundo. Un poema de la época le retrata como

Apenado, hasta triste, pero hermoso;
parecía en exceso melancólico
quien tenía el corazón duro como el acero.

Coucy, aunque intervino sin duda en la deposición de los duques, recibió a Felipe el Atrevido y a su hijo, el conde de Nevers, casi a renglón seguido. Las cuentas de Borgoña muestran que él y Nevers cenaron y durmieron en el castillo el 8 de diciembre «a expensas de monseñor de Coucy», y que durante la visita regaló a la señora de Coucy una sortija de diamantes, y a su hijita un broche de zafiros y perlas. Valía la pena cultivar a Enguerrand.

El consejo reorganizado llevó a cabo un esfuerzo serio para concluir con la autocracia de los duques y reinstaurar el sistema administrativo de Carlos V. Los Marmosets —Rivière, Mercier y otros— recobraron la autoridad, la burocracia se purgó de los hombres de los tíos, y cinco delegados de reformas se encargaron de descubrir los peores abusos, despedir a los funcionarios corrompidos y sustituirlos con «hombres buenos». Como avance para reconciliarse con los burgueses de París, se restauraron el preboste y algunos, que no todos, de los cargos y privilegios municipales anteriores. Se tomaron medidas, o al menos se expresaron, para mejorar la eliminación de aguas negras y reducir el número de mendigos profesionales, cuyas muletas, ojos tapados con parches, llagas espantosas y muñones desaparecían cada noche en el distrito denominado, a causa de las transformaciones que sucedían en él, *Cour des Miracles* (Corte de los milagros).

El problema central de la financiación del gobierno se reconoció con una serie de ordenanzas concernientes a reformas económicas y judiciales. La anulación de la exención tributaria de la universidad fue medida que intentaron Rivière y Mercier con mal resultado, pues les conquistó la temible enemistad universitaria, que se sumó a la de los duques.

En Inglaterra, simultáneamente, se representaba una tragedia más letal: la del rey contra sus tíos y otros contrarios. El personaje central fue el marido de Philippa de Coucy, Robert de Vere, noveno conde de Oxford y consejero y amigo íntimo de Ricardo II. Llegado a la corte siendo un muchacho, a causa de su matrimonio con

Philippa, Oxford ejerció enorme influencia sobre Ricardo, cinco años menor que él y huérfano. «Manejaba al rey a su sabor» y «si hubiese dicho que lo negro era blanco, Ricardo no le hubiera desmentido… Por él se hacía todo; sin él no se hacía nada».

El soberano, a los veintiún años, esbelto, rubio, pálido y de piel que se ruborizaba con facilidad, era «de palabra brusca y tartamudeante», de lujo exagerado en el vestir, adverso a la guerra, malhumorado con la servidumbre, arrogante y caprichoso. Su orgullo de Plantagenet, combinado con la influencia de Oxford, le modelaron en un monarca inconstante y obstinado, que imponía tributos abusivos para pagar sus caprichos. Antes de su caída, que cerró la dinastía de los Plantagenets, inventó el pañuelo, anotado en sus documentos domésticos como «pedacitos de (tela) hechos para que el rey los lleve en la mano con el fin de sonarse y limpiarse la nariz».

Los gobiernos de los privados se inclinan al abuso del poder, lo cual, en el caso de Ricardo, era una tendencia ingénita. Había nombrado a Oxford caballero de la Jarretera, y a los veintiún años, miembro del consejo privado, y proyectado sobre él un diluvio de favores —tierras, castillos, tutorías, señoríos y rentas—, y una alguacilía hereditaria que pertenecía a la familia de la esposa de Buckingham. Fue una imprudencia, pero si los aristócratas se portaran siempre prudentemente la historia carecería de moraleja. El despiadado Buckingham, entonces duque de Gloucester, no necesitaba muchas provocaciones para aborrecer a su sobrino, a quien despreciaba por su desgana en proseguir la guerra. Recurriendo a los enemigos de Oxford, Gloucester se convirtió en el centro del partido de la oposición, decidido a combatir el poder del favorito real.

La lucha llegó al apogeo cuando Ricardo, habiéndose declarado una rebelión en Irlanda, creó para Oxford el título sin precedentes de marqués de Dublín y luego el de duque de Irlanda, con precedencia sobre los demás condes. Le concedió poderes regios para sofocar la insurrección, pero, en lugar de trasladarse a Irlanda, lo que hubiera dado a sus enemigos por lo menos la satisfacción de que desapareciera del escenario, Oxford se enamoró de una camarera bohemia de la soberana. Tal fue su pasión que decidió divorciarse de Philippa para casarse con la bohemia, lo cual enfureció a los tíos de Philippa, los duques de Lancaster, Gloucester y York. A pesar del insulto que había inferido a la familia real, Ricardo estaba tan hipnotizado por su favorito que «consintió indecorosa y pecaminosamente», e incluso asistió al repudio de su prima. Oxford apeló a Roma para obtener el divorcio basándose en «falso testimonio», Ricardo instó al papa Urbano para que fuese favorable a él, y el pontífice no sintió la menor compunción en acceder, pues Philippa era de linaje clementista.

Froissart dijo que el trato que dio Oxford a su esposa fue «lo principal que le privó de su honor». Hasta su madre se sumó a la condena general y lo probó llevando a Philippa a vivir con ella. Probablemente lo que excitó la desaprobación, más que la indignación moral, fue la sangre real de la divorciada y la impopularidad personal del valido. El matrimonio era un sacramento, pero el divorcio, sabiendo pulsar los

resortes oportunos, se obtenía con facilidad. *Piers Plowman* dice que todos los abogados «hacen y deshacen matrimonios por dinero», y los predicadores se quejaban de que un hombre podía librarse de su mujer regalando una capa de piel al juez. El divorcio no existía en teoría; sin embargo, los litigios conyugales llenaban los tribunales de la Edad Media. El divorcio era un hecho, un elemento permanente de la tajante discrepancia entre la teoría y la práctica medievales.

Un grupo de nobles, conocidos a causa de su acto con el nombre de «Lores Apelantes», presentó en noviembre de 1387 un recurso formal contra Oxford y cuatro consejeros más del partido del rey. Cuando se designó una comisión de gobierno, encabezada por Gloucester, con poderes como regente, Ricardo y su favorito reunieron un ejército para imponer la soberanía del primero con la fuerza de las armas. El conflicto se ventiló en la batalla del Puente de Radcot. Oxford, enfrentado con fuerzas superiores, se escapó arrojándose con el caballo al río, después de zafarse de una parte de su armadura, y galopó por la orilla opuesta hasta el crepúsculo vespertino. Se embarcó para Flandes, pues había tenido la precaución de depositar grandes cantidades de dinero a recaudo de los banqueros lombardos de Brujas.

Un mes más tarde, en febrero de 1388, los lores, en una sesión llamada «Parlamento despiadado», acusó de traición a Oxford y al canciller, Michael de la Pole, conde de Suffolk, que también había huido: habían intentado dominar al rey con exclusión de sus consejeros, asesinar al duque de Gloucester, empobrecer la corona con concesiones a sí mismos y a sus parientes, enmudecer al Parlamento y devolver Calais al soberano francés, a cambio de su ayuda contra sus adversarios. Oxford y Suffolk fueron condenados en ausencia a la horca como traidores. Se ejecutó a tres que no habían escapado: el ministro de Justicia, el alcalde de Londres y Simon Burley, antiguo ayo del monarca. Ricardo quedó humillado y desprovisto de amigos que jamás volvería a ver. Pero rebajar a un rey y dejarle en el trono es arriesgado. Ricardo se vengaría.

Contra el furioso parecer de Coucy, se invitó en 1388 a Oxford a que fuera a Francia, basándose en que resultaría ventajoso saber de su boca las disputas inglesas. Pudiera ser también que el antiguo privado hubiera hecho insinuaciones acerca de Calais. Aunque le «odiaba con todo su corazón», Enguerrand hubo de asentir. Oxford acudió, fue recibido en la corte y agasajado; pero Coucy no descansó hasta que, con el apoyo de Clisson, Rivière y Mercier, logró que el rey expulsara al deshonrador de su hija del territorio francés. Se encontró para él una residencia en Brabante, donde, en 1392, murió en una cacería de jabalíes a la edad de treinta años. Ricardo II hizo trasladar su cadáver a Inglaterra para darle sepultura, y en una ceremonia refinada y solitaria, contempló con pesar el rostro embalsamado del gran perturbador y puso un anillo en su dedo inerte. Mientras tanto, el divorcio fue anulado y Philippa continuó siendo la legítima condesa de Oxford.

Una donación real que entonces se hizo a Coucy atestiguó las cicatrices que la peste y la guerra habían dejado en las últimas décadas. En noviembre de 1388 fue nombrado *Grand Bouteiller* (gran despensero) de Francia, cargo equivalente al primer senescal o mayordomo de la corona. Al mismo tiempo se le concedió el privilegio de celebrar dos ferias anuales, de tres días cada una, con la venta de todas las mercancías libres de impuestos. El documento de concesión declara que la ciudad de Coucy había sufrido tres veces «los fuegos del mal, que sobrevinieron en dicha población por culpa de la falta de trabajadores muertos durante la gran pestilencia. Y asimismo, debido a las guerras precedentes, los habitantes y la comunidad de dicha ciudad, castillo y tierras de Coucy quedaron tan empobrecidos, disminuidos y reducidos en gente, casas, granjas, rentas, ingresos y todos los demás bienes inmuebles y muebles, que dicha ciudad corría el peligro de quedar desierta e inhabitada, y los viñedos, campos y otros cultivos abandonados».

El propósito del privilegio, que siguió a una inspección de la baronía cuando la visitó el rey el año anterior, resultaba harto claro: quería devolver la salud a un dominio neurálgico tanto en beneficio del soberano como en el de Coucy. El documento la describe como «llave y frontera» del reino, con límites que llegaban a Flandes y el imperio, y el castillo como «uno de los más notables y hermosos de Francia». La «deserción y abandono de la ciudad y el castillo mencionados, en caso de que acontecieran, supondrían grandes peligros, perjuicios e inconvenientes irreparables». No fue, desde luego, una casualidad que la concesión se hiciera inmediatamente después de la toma del poder por el grupo que dominaban los Marmosets, Clisson y el propio Coucy.

Desde aquella fecha en adelante, Enguerrand fue el primer presidente laico de la cámara de cuentas, puesto asociado con el cargo de despensero, que originalmente se encargó de las rentas y contaduría del monarca. No parece que cobrase emolumentos por aquella magistratura, pero continuó recibiendo del trono una pensión anual. Su dominio, muy engrandecido con sus numerosas adquisiciones, y que entonces abarcaba ciento cincuenta ciudades y aldeas, poseyó por lo visto la extensión suficiente para superar la decadencia de terratenientes menos importantes.

Picardía, su región natal, tantas veces asolada por las invasiones, estaba «azotada y castigada», describió Mézières, que también era picardo, «y hoy día ya no florece». Los últimos labradores habían huido de su miseria a otras regiones, de modo que entonces, según un escrito de 1388, «no se encuentran labriegos que trabajen o cultiven el suelo». Las señales de un siglo desastroso —descenso de la población, débil comercio, aldeas vacías, abadías arruinadas— se encontraban por doquier en Francia, Ciertas comunidades normandas quedaron reducidas a dos o tres hogares; en la diócesis de Bayeux varias ciudades habían sido abandonadas desde 1370, y otro tanto había acontecido con algunas parroquias bretonas. El comercio en Châlons,

cabe el Marne, se redujo de treinta mil piezas de paño anuales a ochocientas. En la región de París, según una ordenanza de 1388, «muchas calzadas reales, puentes, caminos y carreteras antiguos y notables» habían decaído: surcados por arroyos, con los setos crecidos en exceso, lo mismo que los zarzales y árboles, y algunos, llegando a ser intransitables, habían sido abandonados. Los mismos ejemplos podrían multiplicarse en lo que atañe al sur.

El cisma había causado daño material y espiritual. Una abadía benedictina, que las compañías habían incendiado dos veces, se quedó sin las rentas de sus posesiones flamencas, y gastó tanto dinero en abogados en distintos litigios, que el papa hubo de reducir su diezmo de doscientas libras a cuarenta durante un período de veinticinco años. Otros monasterios, saqueados por las compañías o despoblados por la peste, cayeron en la indisciplina y el desorden, y en algunos casos en desuso, por lo que sus tierras se volvieron en erial. La disminución de los ingresos y el aumento de los costos empobrecieron a muchos terratenientes, haciendo que impusieran nuevos arriendos e inventaran nuevos impuestos. Esta conducta aceleró el abandono del campo. Los nobles trataron de contenerlo con la confiscación de bienes y otras penas que intensificaron la hostilidad campesina.

Vistos en conjunto, los hechos de la decadencia causan una exagerada sensación de solidez. La vida de todas las edades es un claroscuro. A fines de siglo el famoso caballero español don Pero Niño visitó Francia y dejó una descripción de la existencia aristocrática tan encantadora y bucólica como solían presentarla los tapices y libros de horas. El castillo de Serifontaine, en el que estuvo, se hallaba en Normandía, a orillas de un río, amueblado con tanta riqueza «como si estuviera en la ciudad de París». Lo rodeaban huertos y elegantes jardines, y había un vivero murado de peces del que cada día, abriendo las esclusas, podía obtenerse pescado suficiente para alimentar a trescientas personas. Su huésped, el anciano, enfermizo y complaciente Reynaud de Trie, sucesor de Vienne como almirante de Francia, poseía cuarenta o cincuenta perros, veinte caballos de todas las castas para su uso personal, bosques llenos de caza mayor y menor, halcones para la altanería cerca del río y por esposa «la dama más bella entonces de Francia». Por lo visto, fue muy privilegiada.

La señora en cuestión «tenía su noble morada separada de la del almirante», aunque relacionada con ella por medio de un puente levadizo. La atendían diez damiselas, aristocráticas y ricamente vestidas, sin más obligación que la de divertirse con su señora, que contaba asimismo con numerosas camareras. Por la mañana iba con las damiselas a un soto, cada una con su libro de horas y rosario, y decían sus oraciones por separado y sin conversar hasta que habían terminado. De regreso al castillo, recogían violetas y otras flores al hacer el camino, oían misa en la capilla, y comían alondras y pollos asados en una bandeja de plata, acompañándolos con vino. Después, en monturas de elegantes sillas, con caballeros y escuderos, se paseaban por la comarca, hacían guirnaldas de flores y cantaban «layes, virolaes, rondeles, *complaintes*, baladas y canciones de toda especie que los franceses componen»,

armonizados con voces «diversas y bien acordadas».

En la complicada comida principal del día, en la sala del castillo, cada caballero se sentaba junto a una dama. Y «todo hombre, con la mesura y la cortesía debidas, podía hablar de armas y amor… y era seguro que sería escuchado y contestado como desease». Los músicos tocaban durante el yantar y para que los caballeros y damas danzasen después de ella, lo cual terminaba al cabo de una hora con un beso. Se servían especias y vino, seguía una siesta y luego los presentes iban a cazar grullas con halcones junto al río. Allí «hubierais visto gran actividad, perros que nadaban, tambores que redoblaban, señuelos que tremolaban y damas y caballeros que disfrutaban de delicias indescriptibles». Desmontaban en un prado y les servían perdices, fiambres y frutas, y, mientras comían y bebían, tejían rosarios de flores; luego regresaban al castillo cantando.

Cenaban al anochecer, jugaban a los bolos o bailaban a la luz de las antorchas «hasta bien entrada la noche», o en ocasiones la señora, quizá aburrida de aquellos placeres cíclicos, «iba a pie en busca de solaz en el campo». Después de más frutas y vino, la compañía se acostaba. En la decadencia de Roma debieron de existir también remansos de riqueza y placer, y días serenos, que las preocupaciones jamás alteraban.

París era distinto. Deschamps describe una bronca diversión nocturna, en fecha no manifestada, que empezó con una cena en el Hôtel de Nesle, residencia de Berry, y continuó con una partida de dados en una taberna. Los participantes fueron Coucy y los tres duques —Berry, Borgoña y Borbón—, varios «buenos lombardos», caballeros y escuderos, cuyas libaciones y diversiones en un ambiente plebeyo inspiraron al poeta un largo y soñoliento tratado contra el juego.

Coucy figura también en una lamentación más vivaz sobre el tema de la calvicie, en la cual Deschamps defiende la reaparición en la corte de sombreros y gorros para ahorrar apuros a los pelones, entre los que menciona, además de su propia persona, a doce magnates, uno de los cuales es el señor de Coucy. Que la calvicie sea uno de los pocos datos físicos de su persona que llegó a la posteridad, es una pesada jugarreta de la historia, aunque tuviera buenos compañeros en ella: el conde de Saint-Pol, Guillaume de Bordes, señor de Hangest, portador de la oriflama en Bourbourg y otros grandes caballeros y servidores distinguidos del rey anterior. Menos afortunados eran los *cheveux reboursés*, es decir, los poseedores de cabellos ralos, que llevaban peines y espejos para mantener sus escasas hebras pilosas en los lugares estratégicos. Sorprende que fuesen destocados, signo de vergüenza, aunque bien pudo ser una afectación, una especie de antielegancia de los petimetres de la época, en su afán, que condenó el predicador John Bromyard, «de inventar alguna especie de afectación que obligue al prójimo a contemplarnos con renovado asombro».

Deschamps se ocupaba de los hombres tal como eran, no como debieran ser. Pueblan sus versos rufianes, brujos, monjes, individuos de mal carácter, abogados, publicanos, prostitutas, prelados, bribones, celestinas y una plétora de vejanconas repugnantes. A medida que envejecía, su concepción se agriaba, quizá por culpa de

sus muchos achaques, en especial el dolor de muelas, «el sufrimiento más cruel». Para conservar la buena salud aconsejó consumir vino rojo ligero mezclado con agua corriente, abstenerse de las bebidas especiadas, comer col, platos sencillos, frutas, castañas, mantequilla y nata, y salsas de cebolla y ajo, abrigarse en invierno y vestir ligeramente en verano, hacer ejercicio, y jamás dormir sobre el estómago.

Bien que no dejara de indignarse ante la injusticia social, Deschamps contemplaba con mirada satírica la especie humana, que, dotada de razón, prefería la locura. Los pecados que más condenó fueron la impiedad causa de la desobediencia de Dios, el orgullo que engendra los restantes vicios, la sodomía por ser antinatural, la brujería y el amor al dinero. En el reinado nuevo, si bien tenía el puesto de *maître d'hôtel* de Louis de Orléans, sentíase desplazado en la corte por jóvenes frívolos y emperifollados, de valor dudoso, hábitos equívocos y fe incierta. Su queja de la existencia cortesana fue la misma que se ha formulado contra el gobierno en cualquier edad: se componía de hipocresía, adulación, mentira, soborno y traición; en ella regían la calumnia y la codicia, faltaba el sentido común, la verdad no osaba aparecer y, para sobrevivir, había que ser sordo, ciego y mudo.

El motivo de la guerra se había esfumado al cabo de cincuenta años y pocos podían recordarlo. Aunque eran tan belicosos como siempre, el duque de Gloucester y los «jabalíes» de Inglaterra no podían reunir fondos para otra invasión. En Francia, la abortada expedición al país enemigo había agotado los impuestos agresivos. Crecía el sentimiento antibelicista, incluso si, como Mézières, se quería orientar la hostilidad contra los infieles. «Toda la cristiandad se ha visto alterada durante medio siglo por vuestra ambición de conquistar un palmo de terreno. Los bienes y los males de la cuestión hace tiempo que se oscurecieron, y todos los cristianos deben considerarse responsables de haber vertido tanta sangre cristiana». Reunir la cristiandad en una cruzada no era para un hombre como Mézières una guerra, sino empuñar la espada para la gloria de Dios.

Después de negociar durante seis meses, se convino una tregua de tres años, no un arreglo definitivo, en junio de 1389, con intrincadas medidas de precaución en la discusión de cada transferencia territorial o de soberanía. Restauradas las comunicaciones, Coucy pudo enviar un mensajero a Philippa «en su gran deseo de saber con certeza cómo estaba». Le nombraron capitán de Guyena para que supervisase la tregua en el sur, y guardase y defendiese el país desde Dordogne al mar, incluidos Auvernia y Limousin.

La noticia de la paz fue recibida por la gente común, en un caso por lo menos, con escepticismo y la repetición de la profecía, atribuida antaño a Coucy, sobre el rey y la azada. Los habitantes de Bois-Gribaut, en el Limousin, se pusieron a comentar la tregua de la que se habían enterado por un paisano burgués regresado de París. Algunos, nada impresionados, aseguraron que no tardarían en reunirse contra

Inglaterra. Un pastor, pobre y necio, llamado Marcial le Vérit, del que se decía que los ingleses habían hecho pasar enormes privaciones en la cárcel, expresó una opinión mucho más subversiva que acarreó su encarcelamiento posterior. «No lo creáis. Jamás veréis la paz. Yo no lo creo, porque el rey ha destruido y saqueado Flandes como hizo con París. Y más aún, el señor de Coucy le trajo una azada y le dijo que, cuando hubiera arruinado el país, tendría que usarla».

Coucy apareció como símbolo de otra clase en el desafío que le envió, antes de la firma de la tregua, Thomas Mowbray, conde de Nottingham y futuro duque de Norfolk, uno de los «Lores Apelantes», a quien Ricardo cortejaba y había nombrado conde mariscal de Inglaterra vitalicio. Para este joven de veintitrés años Coucy representaba el epítome de la caballería; encontrarse con él en la liza sería una hazaña que le honraría. Faltando la piedad y la virtud, supuestos resortes del comportamiento caballeresco, se buscaba con ansiedad la capa del honor y la valentía. Los seres humanos han necesitado en todas las edades significarse; los malos momentos históricos ocurren cuando no lo consiguen.

Nottingham retó a Coucy «como hombre de honor comprobado, valeroso, caballeresco y de gran fama, como se sabe en muchos lugares honorables», y le rogó que mencionase día y sitio para una justa de tres lanzas, tres espadas, tres dagas y tres hachas a pie. Debía enviar, refrendado con su sello, «un salvoconducto bueno y leal» de su rey, y si Calais era el lugar elegido, Nottingham se encargaría de hacerle llegar uno de su soberano. Proponía que el combate se verificase ante «tantas personas como vos y yo estemos dispuestos a proporcionar salvoconducto y alojamiento». No se tiene noticias de que hubiese respuesta o que la justa se celebrase. No interesó a Coucy, o no estuvo dispuesto a luchar en tanto que la tregua no se hubiese resuelto.

Anhelante de gloria, Nottingham aceptó el famoso desafío de Saint-Ingelbert al año siguiente, cuando el audaz Boucicaut y dos compañeros, irritados por las jactancias de los ingleses posteriores a la tregua, ofrecieron defender el campo contra todos los que se presentasen, en cualquier forma de combate, durante treinta días. Se aconsejó no entablar pendencia tan poco tiempo después del acuerdo de la tregua por el capricho de «jóvenes caballeros alborotados», y los amigos indicaron a los tres que se exponían a graves consecuencias. Boucicaut no era de los que escuchaban la voz de la prudencia. A los dieciséis años había combatido por primera vez en la batalla de Roosebeke, donde un flamenco enorme, burlándose de su edad y pequeño tamaño, le recomendó que volviera a los brazos maternos. Boucicaut le hundió la daga en el costado, diciendo: «¿Juegan los niños de tu tierra de este modo?». Él y sus compañeros defendieron el campo en Saint-Ingelbert con gran valentía. Boucicaut llegaría a ser mariscal de Francia y compartiría la última aventura de Coucy.

La belicosidad de Nottingham tendría peor fin. Diez años más tarde le llevó, siendo duque de Norfolk, al histórico duelo con Bolingbroke que precipitaría la caída de Ricardo II. Desterrado con su adversario en el momento del duelo, Nottingham fallecería un año después en el destierro.

Yendo de un sitio a otro, en visitas, investigaciones e interrogatorios, Jean Froissart llegó a París en el mes en que se firmaría la tregua, para saludar «al gentil señor de Coucy…, uno de mis protectores y mecenas». Durante los veinte años discurridos desde la muerte de su primer patrono, la reina Felipa de Inglaterra, Froissart había recibido cierto apoyo del emperador Wenceslao y obtenido el pan con un cargo de escribano gracias a la protección de Guy de Châtillon, conde de Blois, sin más obligación que proseguir su historia. Al arruinarse Guy de Blois, Coucy le había presentado para un puesto de canónigo en Lille, que hasta entonces no se había materializado. Mientras tanto,

> *El buen señor de Coucy,*
> *a menudo rellenó mi puño*
> *con [una bolsa] de florines sellados de rojo.*[*]

Sabido es que los destinatarios del favor de los mecenas suelen mostrarse generosos con las alabanzas, pero la admiración de Froissart en lo que a Coucy se refiere parece haber sido algo más que convencional. Le distingue como individuo. «Gentil», era el vocablo tópico que se aplicaba a cualquier noble importante y de consideración, significando sólo que él o ella eran de cuna aristocrática; pero Coucy es, además, «sutil», «prudente» y sobre todo «imaginatif» o «fort-imaginatif», en la acepción de inteligente, reflexivo y previsor, y «sage» o «très sage», que equivalía a discreto, sensato, astuto, razonable, sabio, juicioso, frío, sobrio, firme, bien educado, estable y virtuoso, todo a la vez o sólo en una acepción. Se le describe también como «cointe», o sea, de maneras e indumentaria elegantes, gracioso, cortés y valiente, el compendio de los atributos caballerescos.

El libro primero de las *Crónicas* de Froissart, a quien la caballería reconoció inmediatamente como un apologista, había aparecido en 1370, y al punto tuvo gran demanda. La copia manuscrita más antigua que existe de él, conservada en la Biblioteca Real de Bélgica, lleva el blasón de Coucy.

La multiplicación por copia de los manuscritos no era ya monopolio de monjes encerrados en sus celdas, sino actividad propia de escribanos que se reunían en gremios. Licenciados por la universidad de París, sin duda para garantizar la exactitud de los textos, los escribanos eran el tormento de los autores vivos, que se quejaban acremente de sus retrasos y errores. El «martirio y el desánimo» que sufría un escritor, gimió Petrarca, eran indescriptibles. A tanto llegaban la «ignorancia, pereza y soberbia de estos individuos», que cuando el autor les entregaba su obra jamás sabía qué cambios introducirían antes de devolvérsela.

El ascenso de los burgueses en el siglo XIV, y la creciente fabricación de papel,

creaban un público lector mucho más amplio que el de los nobles, que habían conocido la literatura gracias a declamaciones o lecturas en voz alta en sus castillos. La clase mercantil, familiarizada con la lectura y la escritura por obra de sus menesteres, se hallaba dispuesta a devorar libros de todo género: poemas, historia, novelas, viajes, relatos atrevidos, alegorías y volúmenes de religión. Poseer libros se había convertido en sello distintivo del hombre culto. Como los magnates y los nuevos ricos imitaban las costumbres, ideales y vestuario de la nobleza, las crónicas caballerescas estaban de moda.

No se sabe qué libros poseyó Enguerrand VII, aparte las *Crónicas* de Froissart y los registrados en los archivos reales como regalo. Además de la Biblia francesa, desde el *Génesis* a los *Salmos*, con que se premió su éxito en la sumisión del duque de Bretaña, recibió en 1390 la novela *El rey Pipino y su esposa Bertha Pie Grande*, y las *Gestas de Carlomagno*, obra rimada y «bien compuesta a tres columnas por página en un volumen muy grande», que había pertenecido a la reina y que «el soberano tomó de ella y entregó al señor de Coucy».

Froissart llegó a París desde el sur, donde había visitado a otro mecenas suyo, el conde de Foix, y había sido recibido por el papa en Aviñón. Asistió también a la boda del duque de Berry con una niña de doce años, que suscitó muchos comentarios escabrosos. Deseoso de enterarse de aquello de primera mano, Coucy invitó a Froissart a que le acompañase en un viaje a su feudo de Mortagne, durante el cual cambiaron noticias. Coucy contó al cronista lo que sabía acerca de las conversaciones de la tregua, y Froissart relató infinidad de anécdotas sobre el brillante Foix. Al parecer éste, tutor de la prometida de Berry, se aprovechó del ardor del duque, alargando las negociaciones matrimoniales hasta que el tío del rey se impacientó y se comprometió a entregar treinta mil francos por los gastos de su futura mujer durante la tutoría de Foix.

Tenaces investigaciones habían conseguido que Froissart arrancara al conde de Foix una opinión contemporánea sobre el siglo XIV, concebida desde una posición privilegiada. La historia de su tiempo, dijo Gastón, interesaría más que la de otros, porque «en estos cincuenta años ha habido más hechos de armas y más maravillas que en los trescientos anteriores». Para él resultaba excitante la conmoción de la época, y no temía sus frutos. Los hechos vividos acortan la perspectiva.

No tener recelos sobre la caballería influyó en que se celebrase con auténtico frenesí el acto de armar caballero a Louis II de Anjou, a los doce años, y a su hermano de diez. Durante la ceremonia hubo cuatro días de fiestas mundanas en la abadía de Saint-Denis, en las que la Francia del siglo XIV revivió la decadencia de Roma. Ciertamente armar caballeros a unos niños no distaba mucho del gesto del emperador que nombró cónsul a su caballo. La deslumbrante pompa y la elección de Saint-Denis como escenario se destinaban a encender el entusiasmo en favor de la recuperación angevina del reino de Nápoles. En la abadía se efectuaron modificaciones radicales para dar cabida a torneos, bailes y banquetes. Los servicios

religiosos cedieron el puesto al tableteo de los martillazos y las idas y venidas de los obreros y los materiales. En la ceremonia, después de los baños y oraciones rituales, los principitos, vestidos con mantos de seda roja doble forrada de piel, que les llegaban a los pies, fueron escoltados hasta el altar por escuderos que sujetaban por la punta las espadas desenvainadas, con espuelas de oro colgadas de las empuñaduras. Entusiasmado por la caballería, Carlos VI resucitó antiguos ritos que habían caído en desuso en vida de su padre y que eran ya tan desconocidos que los espectadores «los tuvieron por raros y extraordinarios» y preguntaron qué significaban.

La misma nostalgia intervino en el torneo del día siguiente, cuando los caballeros, de armadura acicalada, entraron en la liza conducidos por nobles damas, «para imitar el espíritu heroico de los antiguos campeones». Cada dama sacó por turno de su seno una cinta de seda coloreada que dio graciosamente a su caballero. Luego de las justas y alardes diarios, los participantes «hacían de la noche día» con danzas, mascaradas, banquetes, embriaguez y, según el indignado Monje de Saint-Denis, «libertinaje y adulterio». La caballería, que representaban los dos minúsculos protagonistas medio olvidados, no salía muy beneficiada.

Los gastos gubernamentales siguieron creciendo durante el año de 1389 hasta cifras tan extravagantes como las de los tíos reales, si bien con fines civiles antes que militares. Llegaron al apogeo con la entrada ceremonial en París de Isabeau de Baviera para su coronación como reina, suceso de esplendor espectacular y sin paralelo en maravillosas diversiones públicas. Aunque los costos desmintieron las buenas intenciones del nuevo gobierno, su celebración era en sí una forma de gobernar en el mismo sentido que el circo romano. ¿Qué es el gobierno más que una convención por la que los más aceptan la autoridad de los menos? Circos y ceremonias se enderezan a espolear esa aceptación. O tienen éxito, o, costando mucho, logran lo opuesto de lo que se proponen.

Valentina Visconti, nueva esposa de Louis de Orléans, llegada a tiempo, hizo sombra a la reina. Casada por poderes con Orléans en 1387, Gian Galeazzo, su padre, había necesitado dos años para amasar la inverosímil dote de medio millón de francos de oro, más Asti y otros territorios piamonteses. Valentina era la única superviviente de su prole, y la amaba tanto que se fue de Pavía para no verla partir, «y eso porque le era imposible despedirse de ella sin llorar». Hija de su esposa difunta, Isabelle de Francia —y, por lo tanto, prima carnal de Louis de Orléans—, Valentina había crecido en un palacio que su padre había convertido en «puerto de famosos, de hombres diestros en todas las ciencias y artes, a quienes honraba muy de veras». Hablaba latín, francés y alemán con soltura, y llevó consigo sus libros y arpa a Francia. Mil trescientos caballeros la escoltaron a través de los Alpes, y basta para tener una idea de cuál era su ajuar con la descripción de un vestido de ceremonia bordado con dos mil quinientas perlas y cuajado de diamantes. Su futuro hogar estaba alfombrado de cuero de Aragón y tapizado de terciopelo bermellón, recamado de rosas y ballestas. Sus cuentas domésticas se refieren a sábanas de seda, tasadas en

cuatrocientos francos, como regalos de Año Nuevo. Pero aquel lujo no evitó que la melancolía se adueñara del matrimonio.

En el gran día de la entrada de la reina, la procesión avanzó a lo largo de la calle de Saint-Denis, el principal bulevar que llevaba al Châtelet y al Grand Pont. La celebración pertenecía a las mujeres. Las duquesas y grandes señoras ocupaban literas ricamente ornadas, que escoltaban a ambos lados nobles jinetes. Coucy acompañó a su hija Marie y a su suegra, la duquesa de Bar, mientras que su esposa avanzaba en otra litera. Los vestidos y alhajas femeninos eran obras maestras de los bordadores y joyeros, pues el rey quiso que todas las ceremonias anteriores se superasen. Había ordenado examinar los archivos de Saint-Denis sobre los detalles de la coronación de las soberanas antiguas. El duque de Borgoña, aficionado a descollar por su elegancia, no necesitó orden alguna: llevaba un jubón de terciopelo recamado con cuarenta ovejas y cuarenta cisnes, todos con una perla al cuello a modo de cencerro.

Mil doscientos burgueses al mando del preboste estaban alineados a lo largo del trayecto, los de un lado con trajes verdes y los del otro con trajes carmesíes. Se había reunido tanta gente que «pareció que el mundo entero estaba allí». Las casas y ventanas de la calle de Saint-Denis exhibían colgaduras de seda y tapices, y la calzada estaba alfombrada de telas finas «en tanta cantidad como si no costasen nada».

Al entrar en la ciudad por la puerta de Saint-Denis, el cortejo anduvo por debajo de un cielo de paño tendido sobre la entrada, lleno de estrellas, debajo de las cuales cantaban armoniosamente niños vestidos de ángel. Más allá había una fuente de vino blanco y rojo, que servían en copas de oro doncellas que también cantaban con dulzura; seguía un tablado, ante la iglesia de la Sainte-Trinité, en el que se representaba el *Pas Saladin*, drama sobre la tercera cruzada; luego otro firmamento estrellado «con la imagen de Dios sentado en la plenitud de su majestad»; después «una puerta del Paraíso», de la que descendieron dos ángeles con una corona de oro y piedras preciosas, la cual colocaron en la cabeza de la reina, acompañados de cantos apropiados; y, en fin, un recinto formado por colgaduras, delante de Saint-Jacques, dentro del cual sonaba música de órgano. En el Châtelet se había erigido un castillo y una arboleda, tan maravillosos como fingidos, como escenario de una pieza teatral sobre el «Lecho de la Justicia». Su asunto era la creencia popular entrañable de que el soberano había recibido la realeza para mantener la justicia contra los grandes en favor de los pequeños. En medio de un torbellino de aves y bestias, doce doncellas defendían con espadas el Ciervo Blanco de los ataques del León y el Águila.

Hubo tantos prodigios que ver y admirar que la noche cerró antes de que el cortejo cruzara el puente que llevaba a Notre-Dame y a la culminación definitiva. Un funámbulo, con dos velas encendidas en las manos, esperaba en una maroma tendida desde la torre de Notre-Dame al edificio más alto del puente de Saint-Michel. «Subió cantando por la cuerda a lo largo de la amplia calle y cuantos le vieron se preguntaron

cómo podía hacerlo». Con las velas aún encendidas, se le contempló desde todo París a tres kilómetros a la redonda. Quinientas antorchas alumbraron el paso del cortejo cuando retornó de la catedral.

La coronación y otros festejos hicieron gala de damascos, armiños, terciopelos, sedas, diademas, alhajas y todos los adornos imprescindibles para deslumbrar a los mirones. Se celebró un banquete en el mismo salón en que Carlos V lo había ofrecido al emperador, seguido de una representación teatral (que pudo emplear las mismas tramoyas) sobre la Caída de Troya, con castillos y barcos que se movían sobre ruedas. En la mesa elevada, con los reyes, había sólo prelados y ocho damas, incluyendo a la señora de Coucy y la duquesa de Bar. El soberano llevaba corona y una sobreveste de púrpura forrada de armiño, que, considerando que estaban en agosto, hacía pensar en el consejo de Deschamps de vestir ropa ligera en verano. Había tanto gentío y hacía tanto calor en el salón que la reina, que estaba preñada de siete meses cuando soportó aquellos cinco días de continua ceremonia, estuvo a punto de desmayarse, la señora de Coucy se desvaneció y la presión de la gente derribó una de las mesas reservadas a las damas. Se abrieron las ventanas con violencia para que entrase el aire y la reina y muchas señoras se retiraron a sus habitaciones.

El calor afectó a los torneos. Los cascos de los caballos levantaron tanto polvo que los caballeros se quejaron, aunque el señor de Coucy se destacó como siempre. El rey ordenó que se vertiesen doscientos barriles de agua, «pero al día siguiente había polvo suficiente para molestar».

Cuarenta burgueses principales de París regalaron a los soberanos joyas y vasijas de oro con la esperanza de que levantasen los impuestos. Transportados por dos hombres disfrazados de sabios antiguos, los regalos iban en una angarilla cubierta de gasa de seda, a través de la cual brillaban y chispeaban. La ingeniosa presentación resultó menos persuasiva de lo que se esperaba. Dos meses después, cuando el rey se fue al sur a hacer gala de su soberanía y aliviarle de las opresiones, se impusieron, en cuanto dio la espalda, tributos a París para pagar la entrada de la reina y los gastos del nuevo viaje, tan suntuoso que aumentó los impuestos en vez de reducirlos. Con la intención de facilitar su recogida, se prohibió en París la circulación de piezas de plata de cuatro y doce céntimos, moneda corriente entre el pueblo, lo que privó a los pobres de los medios necesarios para comprar comida. Tal vez dos semanas de hambre y cólera pesaron en los ánimos más que la prodigiosa visión del funámbulo en la maroma y las fuentes que manaban vino.

CAPÍTULO 22

EL SITIO DE BERBERÍA

Coucy cumplió cincuenta años en 1390. Aparte el hermano del rey y el tío materno, era el noble más notable de la corte, al que se confiaban misiones políticas y militares. Tenía el cargo oficial de capitán general de Auvernia y Guyena, y de miembro del consejo real; pero los hechos le llevaron entonces más allá de tales magistraturas.

En septiembre de 1390 Carlos VI fue con su hermano Louis y su tío Borbón para conferenciar con el papa en Aviñón, y alardear su autoridad en Languedoc, y Coucy mandó la escolta regia. Interesaba estudiar con Clemente el medio de reducir a uno el pontificado, y a continuación, calmar los ánimos languedocianos muy alterados con los desafueros del duque de Berry. Delegados del sur, de rodillas y llorando, habían contado al monarca la «aplastante tiranía» y las «intolerables exacciones» de los representantes de Berry. Si el rey no mediaba, dijeron, seguirían muchas más personas de Languedoc a las cuarenta mil que habían huido a Aragón.

Habiendo tregua con Inglaterra, Rivière y Mercier recomendaron al soberano que cumpliera el viaje para saber cómo se gobernaba a sus súbditos y hacerse más querido de ellos, por mor de subsidios, «de los que estaba muy necesitado». A los veintidós años, edad en que su padre había sido gobernante maduro y experto, Carlos VI era un joven superficial que gastaba a manos llenas lo que no tenía. Los esfuerzos de los funcionarios de la hacienda para detener aquella sangría, que consistían en escribir junto al nombre de los beneficiarios de su generosidad frases como «Ha recibido demasiado» o «Tendría que devolverlo», resultaron inútiles.

Borgoña y Berry se sintieron gravemente vejados cuando el rey les informó que no le acompañarían y que habrían de permanecer en sus dominios. Sabiendo que la orden se había originado en Rivière y Mercier, y que el monarca investigaría la conducta de quienes habían administrado Languedoc, decidieron, tras consultarse, «disimular la afrenta», pero dijeron que llegaría el momento «en que se arrepintiesen quienes la habían recomendado». Mientras estuviesen unidos, dijeron, «nadie puede perjudicarnos, pues somos los personajes más grandes de Francia». «Así era el lenguaje de los dos duques», declara Froissart.

Desde Lyon, el rey y los suyos bajaron por el Ródano hasta Aviñón, manera de viajar mucho más cómoda que a lomos de caballo. En tales desplazamientos el cortejo real llenaba varias embarcaciones, entre las que había una con una cámara y dos chimeneas, para el soberano, y otras con cocinas, alacenas y un recaudo de vajilla y alhajas que se empeñaban en caso de necesidad. El trayecto de Carlos en el caudaloso y precipitado Ródano debió de incluir muchas paradas para que le

conocieran las ciudades de la ruta, pues duró ocho días. Una bienvenida organizada de entonces no difería mucho de las actuales. Hasta un millar de niños vestidos con los colores regios ocupaban plataformas de madera, agitaban banderitas y «lanzaban, al paso del rey, estrepitosas aclamaciones».

En el 30 de octubre, cubierto de escarlata y armiño, Carlos entró en el palacio papal, donde le esperaban Clemente y veintiséis cardenales. Asistió con su cortejo a un banquete espléndido. Regaló al pontífice una capa pluvial de terciopelo azul en la que perlas dibujaban ángeles, lises y estrellas. A pesar de su bolsa vacía, «estaba empeñado en que se hablase de su magnificencia hasta en los países extranjeros».

El pontificado de Clemente se hubiera desvanecido como el humo sin el apoyo —único— de Francia. El ruinoso cisma hubiera acabado si los franceses hubiesen estado interesados en ello. Pero no lo estaban. Es difícil que los individuos admitan sus errores, pero inaudito en los estados. Éstos se rigen atendiendo solamente el poder o la ambición personal de quienes mandan, los cuales llevan siempre anteojeras. Jamás había sido factible imponer a Clemente en Italia con la fuerza política o la de las armas. Urbano de Roma, no obstante su demencia, y su sucesor fueron quienes disfrutaron del apoyo popular como papas legítimos. Prescindiendo de lo evidente, y de la disparidad existente entre su meta y sus medios, los franceses persiguieron su objetivo con ciega persistencia que frisaba en frivolidad.

En sus conferencias con Clemente, el rey y sus consejeros propusieron abrirle el paso hasta Roma y ayudarle a dominar Italia, estableciendo a Louis de Orléans en el nebuloso y redivivo reino de Adria, en el norte, y a Louis II de Anjou en el no menos esquivo reino de Nápoles y Sicilia, en el sur. Para ello, Louis II, a quien su infatigable madre había llevado a Aviñón, fue coronado con prosopopeya rey de Nápoles y Sicilia (y de Jerusalén). Coucy, elegido una vez más para decoro de la ocasión, verificó la ceremonia del servir al pequeño soberano a caballo, acompañado del conde de Ginebra, hermano del papa Clemente.

Apenas se hubieron tomado estas disposiciones, cuando se recibieron noticias de que el pontífice romano, Urbano el Terrible, llevaba muerto tres semanas y que su sede se había llenado, con urgencia y sigilo, mediante la elección de un cardenal napolitano, Piero Tomacelli, que tomó el nombre de Bonifacio IX. Tampoco Roma estaba dispuesta a renunciar a sus pretensiones a cambio de una solución negociada. Como no habían podido aprovecharse del fallecimiento de Urbano, los franceses y Clemente abordaron el problema de eliminar a Bonifacio. Carlos VI prometió que, en cuanto volviera a Francia, no «concedería atención a otra cosa hasta que restaurase la unidad de la Iglesia».

Mientras estos asuntos se resolvían, el rey, su hermano Louis y Amadeo de Saboya, hijo del difunto Conde Verde, «siendo jóvenes y atolondrados», pasaron las noches cantando y bailando con las damas aviñonesas, que elogiaban al soberano por los muchos y magníficos regalos que les hacía. El hermano del papa servía de director de francachelas. Lo más memorable fue un certamen literario sobre materia

de amor cortés: si la fidelidad o la inconstancia acarrean mayor satisfacción. El resultado se reunió en las *Cent Ballades* («Cien baladas»). Sus promotores fueron cuatro caballeros, jóvenes y fogosos —dos eran Boucicaut y el conde d'Eu—, que se habían reunido en una aventura reciente en Tierra Santa. Prisioneros temporales en Damasco, los cuatro se habían divertido con un debate en verso y, regresando por Venecia a tiempo de participar en la visita a Aviñón, pidieron la colaboración de nobles y príncipes.

Contribuyeron con sendas baladas Louis de Orléans, Guy de Tremoille, Jean de Bucy, seguidor de Enguerrand, y otro bastardo de Coucy, llamado Aubert. Había sido escudero de Enguerrand y era primo suyo por parte de padre, Carlos VI le legitimizó al morir Coucy. No se sabe de él más que Deschamps le enumera como uno de sus «persecutores» en una pandilla de individuos superaficionados al vino. Enguerrand no intervino en la competición, lo que quizá sea un indicio, aunque mínimo, sobre otro rasgo de su personalidad.

Antes de la invención de la imprenta, la literatura se disfrutaba en grupos, como la música de cámara. El auditorio de las *Cent Ballades* oyó defender la fidelidad a un caballero anciano que representó a Hutin de Vermeilles, personaje histórico famoso por su lealtad en el amor y su respeto a las mujeres. La argumentación de Hutin es la tradicional de que el amor fiel excede de la mera «delectación del cuerpo», porque mejora al amante, produce cortesía con todas las mujeres por veneración a una, y estimula las proezas de guerrero en su deseo de regocijar el corazón de la amada. El amor le hace más valiente en los asedios, incursiones, emboscadas, en la vanguardia o en la defensa, en la peregrinación a Jerusalén o en la cruzada contra los turcos. Se defendió la Falsedad en nombre de una mujer llamada La Guignarde, que abultó los goces de la promiscuidad y los peligros de un lazo serio. Entonces se llamó a «todos los amantes» para que den su opinión.

La mayor parte de los nobles versificadores se inclinan al bando de Hutin y la Lealtad, pero hay algunos ambiguos. El duque de Berry, que acababa de casarse con una chiquilla de doce años, se felicita de haber «eludido el amor» y recomienda hablar de Fidelidad y practicar la Falsedad. El mismo tono adopta el Bastardo de Coucy, que respira devoción apasionada y amor eterno en cada estrofa, y las acaba siempre con el estribillo de

> *Aussi dist on, mais il n'en sera rien.*
> (Así dicen, pero no lo cumplen.)

Es una balada de gran cinismo. Los demás se presentan unos cándidos, otros satíricos, otros indecisos y algunos serios, pero ninguno expresa un sentimiento auténtico, como lo hubieran hecho si el tema hubiese sido la caballería. El amor cortés era un juego, no un ideal estimulante, al que el hombre se aferrase con

desesperación y por el cual, como los caballeros del paso de Saint-Ingelbert, hubieran dado la vida.

Ya en Languedoc, Carlos VI y sus cortesanos fueron de ceremonia en ceremonia a Nîmes, Montpellier, Narbona y Toulouse. Las calles estaban tan ricamente adornadas «que maravillaba verlas». Desfiles de todos los gremios y clases sociales, cada uno con su indumentaria peculiar, intervinieron en la recepción. Se sirvieron mesas para que la gente comiera y bebiera. Los súbditos llenaron la despensa del soberano: en una ciudad le donaron un rebaño de ovejas, doce bueyes rollizos y doce caballos de caza con campanillas de plata. Mientras tanto, sus ministros investigaban la situación, imponían reformas y anulaban los tributos más pesados.

La intervención real montó un espectáculo especial y calculado en Béziers, con el castigo del odiado Bétizac, principal representante de Berry. Las investigaciones secretas de los ministros habían descubierto muchos «actos atroces y tan crueles extorsiones que hicieron que toda la región gritase contra él». Capturado e interrogado, Bétizac insistió en que todo el dinero, tres millones de francos, había sido entregado al duque de Berry con la debida justificación. Así parecieron confirmarlo sus papeles. Su conducta no justificaba la aplicación de la pena de muerte, pues, como dijo uno de los investigadores: «Cómo puede evitarlo si las cantidades se han dilapidado de la manera más extravagante…, porque ese duque de Berry es el hombre más codicioso que existe». Otros discreparon, diciendo que Bétizac había empobrecido tanto al pueblo, «que la sangre de estas miserables criaturas clama contra él». Debió advertir al duque y, si no podía contenerle, haber avisado al rey y al consejo.

La noticia de la detención de Bétizac acarreó una inundación de quejas públicas que pusieron en evidencia el odio que despertaba, y, al propio tiempo, cartas altivas de Berry en las que reconocía que todo lo perpetrado por Bétizac obedecía a sus órdenes. El rey quería condenar a muerte al gobernador, pero el consejo se hallaba en el embarazo de encontrar bases jurídicas para hacerlo, puesto que su superior, Berry, había sido nombrado por la corona.

El problema se solventó con una estratagema. Se informó en privado a Bétizac de que sería seguramente condenado a la pena capital, y que la única manera de salvarse consistía en declararse hereje. Si lo hacía, sería entregado a la Iglesia y enviado a Aviñón, donde nadie se atrevería a condenarle, porque el papa dependía de Berry, el más poderoso y fanático de sus partidarios. Creyendo en lo que se le contó, «porque quienes están en peligro de perder la vida se hallan con la mente muy confusa», Bétizac siguió el consejo. Confesó su culpabilidad en materia de fe ante el obispo de Béziers, quien, según la costumbre eclesiástica en caso de herejes confesos, le entregó al punto al brazo civil para que le ejecutase. Arrastrado a la hoguera, en la plaza pública, con dogal y cadenas, en medio de la leña apilada, Bétizac pereció en

las llamas y sus huesos fueron expuestos en la horca, con sumo regocijo de la población. Berry se quedó sin la lugartenencia de Languedoc. Le sustituyó un equipo de reformadores nombrado por el soberano. La gente de la provincia aplaudió la equidad de su joven rey y votó para él un subsidio de trescientos mil francos.

En Toulouse se presentaron al monarca embajadores de Génova, portadores de una proposición para una «grande y noble empresa» contra el reino beréber de Túnez. Deseaban que la caballería francesa encabezara una campaña para suprimir los piratas berberiscos, que, con el auxilio oficioso del sultán, entorpecían el comercio genovés, acometían y saqueaban Sicilia y las islas mediterráneas, y vendían los cristianos capturados en los mercados de esclavos. Dando por sentado que Francia, desde la tregua con Inglaterra, estaba libre de inquietudes, los genoveses pensaban que sus caballeros, «no teniendo nada que hacer, se alegrarían de intervenir en la guerra». El objetivo propuesto era Mahdía,[*] base principal de los piratas y el mejor puerto de la costa tunecina. Cuando su gran fortaleza estuviera en manos cristianas, dijeron los embajadores a Carlos, el poder de los reyes bereberes vacilaría, y podrían ser destruidos o convertidos. Génova ofrecía la escuadra necesaria, provisiones, arqueros y peones, a cambio de la fuerza de choque francesa —caballeros y escuderos sólo, y ningún sirviente—, acaudillada por un príncipe de la familia real como garantía de cumplimiento.

Como el enemigo era infiel, la propuesta se pergeñó como una cruzada y se rebozó de adulación. Sus históricas hazañas sobre los descreídos, dijeron los embajadores, habían hecho que el nombre de Francia se temiera incluso en la India, y habían bastado para contener a los turcos y sarracenos.[*] Hicieron reparar en que los musulmanes dominaban Asia y África; en que habían entrado en Europa; en que amenazaban Constantinopla; en que aterrorizaban Hungría, y en que señoreaban en Granada. Pero, con el apoyo de Génova, la campaña francesa sería corta y la gloria larga. «Cosa hermosa para vuestra soberanía —aseguraron a Carlos—, pues sois el mayor rey de los cristianos y tenéis tanto renombre».

El proyecto se debía al «sutilísimo» Antoniotto Adorno, dux de Génova, cuya tiranía había suscitado un partido contrario a él entre sus súbditos. Esperaba embotar la amenaza con el fomento del comercio de la república, y ganar, al unísono, un poderoso aliado para caso de necesidad. Los caballeros franceses se excitaron, pero los ministros se mostraron cautos. Faltando la paz permanente con Inglaterra, desaprobaban el envío de un ejército francés al extranjero, y, además, la jefatura sería motivo de quebraderos de cabeza. Tenían que consultarlo. Los genoveses volvieron a su tierra sin respuesta concreta.

Coucy se unió en Toulouse al séquito real en una cacería que estuvo a punto de ofrecer su retrato a la historia. Los cazadores se extraviaron en el bosque de anochecida. Sin darse cuenta, se internaron cada vez más en la espesura, hasta que el

rey prometió que, si se libraba de aquel peligro, donaría el precio de su caballo a la capilla de Notre-Dame-de-Bonne-Espérance, del convento carmelita de Toulouse. En seguida una luz bajó del cielo y mostró un sendero. Al día siguiente el soberano cumplió su voto, posteriormente conmemorado con un fresco en el convento, que contiene la única representación contemporánea de Enguerrand de Coucy. Por desgracia, no muestra su rostro. En las copias que sobrevivieron a la demolición del edificio en 1808, se halla entre siete nobles del cortejo del rey, todos identificables por sus escudos de armas: Louis de Orléans, el duque de Borbón, Henri de Navarra, Olivier de Clisson, Philippe d'Eu, Henri de Bar y, en fin, Coucy, el único que oculta su rostro al observador, como si deliberadamente se burlase de la posteridad.

Poco después quizá estuvo en España para concertar con los reyes de Aragón el matrimonio de su hija, Yolande, de ocho años de edad, con Louis II de Anjou. La versión que da Froissart de la misión, destinada a conquistar un aliado en las pretensiones angevinas sobre el reino de Nápoles, es un inextricable embrollo de lo que pudo o no pudo ocurrir. Declara que Coucy acompañó a Anjou a una boda, que no se celebró hasta 1400, y sigue adelante con muchas discrepancias de tiempo y lugar. No obstante, en 1390 se concluyó un contrato matrimonial, y Coucy pudo ser elegido para negociarlo. La duquesa de Anjou había buscado insistentemente su influencia desde la muerte de su esposo; además, Coucy estaba emparentado por matrimonio y conocía bien a la reina de Aragón, la antigua Yolande de Bar, hermana de su yerno. También había representado a Louis II en la boda por poderes con la hija de Bernabò Visconti, enlace que se anuló de manera tajante cuando Bernabò perdió el poder.

En el relato de Froissart, la duquesa de Anjou suplicó que escoltase a su hijo a España, a lo que él accedió «alegremente». El jovencísimo Louis —doce años— se despidió llorando del papa y de su madre, también llorosa, porque «se les desgarraban los corazones y no tenían la certeza de volver a verse». Coucy y el duque fueron a Barcelona por tierra (cuatrocientos kilómetros, o más, desde Aviñón, o unos trescientos veinte desde Toulouse), y a su llegada la reina aragonesa se «alegró sobremanera de ver al señor de Coucy», y dio las gracias por ello a Louis de Anjou, asegurándole que «así todo resultaría más bien». La situación es lógica, aunque tal vez no aconteció; la niebla del tiempo transcurrido se ha cerrado sobre los hechos.

Si estuvo en España, Coucy presenciaría un país al borde de turbulencias. La península ibérica sufría los coletazos de la tormenta de insurrecciones que había barrido Europa una década antes. La larga guerra civil entre Pedro el Cruel y Enrique había dejado una estela de pillaje, opresión e impuestos. El antagonismo social se desahogó en los judíos, que con tanta regularidad en la historia se transforman en microcosmos de los mayores males del mundo. En España su función había sido más prominente y próspera que en otras partes. Pedro el Cruel los había empleado sin tasa como consejeros y agentes, además de tener una amante judía, y en su preferencia basó Enrique sus acusaciones hasta que triunfó. Después utilizó los servicios

financieros judíos.

El odio popular se inflamó por obra de agitadores, que hablaron de la creciente influencia de los judíos y pidieron la cancelación de las cantidades debidas a los deicidas. El miedo económico, agregado a un motivo religioso, engendra furia. Un archidiácono fanático, Ferran Martínez, predicó una solución hitleriana. En 1391 empezó el asesinato, el robo y la conversión forzada de los judíos, y el sabor de la violencia no tardó en alterarse en insurrección general contra el clero y las clases pudientes, que culminaron en cuatro días de terror en Barcelona. El populacho denunció a quienes protegían a los judíos como traidores a la cristiandad. Poco a poco, los gobernantes se impusieron, pero la agresión contra los judíos había producido un daño irreparable. Eran ya vulnerables, y España susceptible, a la expulsión definitiva un siglo más tarde.

Se habla de nuevo de Coucy en Toulouse, el 5 de enero de 1390, y el 28 del mismo mes apareció en Aviñón, donde atestiguó en la canonización de un santo francés. El candidato era el aristocrático Pedro de Luxemburgo, joven de gran santidad y distinguida estirpe, muerto hacía poco a los diecisiete años, cuya santificación tenía por fin aumentar la importancia del papa francés. La legitimidad de Clemente sería casi indiscutible si Dios había proporcionado un santo dentro de su ámbito. El nombre de Pedro se había presentado bajo los más eximios auspicios, primero por la duquesa de Anjou en 1388, y después por el nuevo canciller de la Universidad de París, Pierre d'Ailly, en nombre del monarca.

Hijo del casto y piadoso conde Guy de Saint-Pol, que había muerto de la plaga en Inglaterra, siendo rehén, y de Jeanne de Luxemburgo, de la misma familia que el difunto emperador Carlos IV, Pedro había quedado huérfano a los tres años y con gran precocidad renunció a la carne en voto de castidad perpetua a los seis. Se decía que había impuesto el mismo voto a su hermana, de doce años, y que había reprochado a su hermano por reírse, basándose en que los Evangelios contaban que Jesús había llorado, pero no reído. A los ocho era un asceta alto y de pecho hundido, el que enviaron a estudiar a París, donde ayunó, se flageló y solicitó entrar en la orden de los celestinos, austera y entonces en boga. Sus tutores se opusieron a ello, pero él visitó con regularidad a los celestinos para compartir su pan y su agua, y dormir en el suelo totalmente vestido, sin quitarse siquiera el cinturón y el calzado, con el fin de estar a punto para los rezos de medianoche.

Su extraordinaria piedad y su alta cuna le merecieron ser nombrado canónigo a los nueve años, archidiácono unos pocos después, obispo de Metz a los quince y cardenal a los dieciséis. El traje talar encarnado no le apartó de sus austeridades y oraciones solitarias. Su vida no era «más que humildad» y «siempre huyó de las vanidades y cosas superfluas del mundo». Estaba gran parte del día y de la noche entregado a los rezos, o anotando sus pecados en un librillo de notas, que luego

confesaba, dos veces al día, a su director espiritual. Sus escrúpulos, como la locuacidad de santa Catalina de Siena, abrumaba a veces al capellán, el cual fingía dormir cuando oía que Pedro llamaba a su puerta en medio del descanso nocturno.

El juvenil cardenal dio muestras de estar dotado para las curaciones milagrosas: se le acreditaba con haber librado a la duquesa de Borbón de dolores de parto que duraban dos semanas, haber restañado las heridas que Guy de Tremoille había sufrido en un torneo, haber devuelto la vida a un mayordomo de la duquesa de Borbón fulminado por un rayo, y fuera de este círculo más limitado, haber hecho que se repusiera un obrero pobre al que habían torturado los bandoleros. Murió de consunción y de rigores voluntarios en 1387. Fue enterrado por deseo propio en el cementerio de los pobres, en Aviñón, donde su tumba se convirtió en meta de peregrinación de desheredados y enfermos, en número tan grande que «maravillaba». Reyes y nobles, entre ellos Coucy, enviaron ricos donativos y lámparas de plata, y Froissart, que nunca desperdiciaba algo digno de nota, fue a observar el gentío que rodeaba el sepulcro.

Para asegurarse de que había motivos sólidos para la canonización, las declaraciones sobre los méritos de Pedro duraron seis meses, y en ellas intervinieron setenta y dos testigos, a quienes se interrogó acerca de doscientas ochenta y cinco materias. Como octavo declarante, en la primera semana, Coucy testimonió por conocimiento directo que, cuando tomó posesión del obispado de Metz, Pedro había solicitado los hombres de armas de su hermano, el conde Waleran de Pol, para expulsar a los clérigos urbanistas de la propiedad episcopal. Waleran pidió más tarde que le compensara los gastos con los ingresos de la diócesis, a lo que Pedro respondió que preferiría morir antes que comprometer las tierras de la Iglesia, a raíz de lo cual estalló tal discordia entre los hermanos, que el propio Coucy se había hecho cargo de la custodia de los bienes eclesiásticos hasta que llegaran a un acuerdo. Agregó que había conocido a Pedro desde la infancia, que le había asombrado su piedad, y que jamás había conocido en Aviñón joven de virtud comparable.

La lista de testigos no bastó. Ora porque su falta de santidad se amilanase ante cuestión tan santa, ora por cualquiera otra razón, Clemente dejó que el proceso se extinguiera, y su reputación de antipapa impidió que se reiniciase hasta ciento cuarenta años después. Pedro de Luxemburgo fue beatificado, pero no canonizado, en 1527.

Coucy, con el rey y la corte, retornó a París a través de Dijon, donde el duque de Borgoña se disponía a «disimular», como todo lo que hacía, a lo grande, con vistas a recobrar el favor real. Se ha escrito un libro entero sobre las fiestas, indumentaria, banquetes, torneos, dádivas y costo de los agasajos, pero tales extravagancias se repiten tan a menudo, en medio de la acumulación de preocupaciones del siglo XIV, que dejan de sorprender.

Además de manifestación de importancia política, los festejos debieron de introducir un estímulo económico. Los sastres, bordadores, orfebres, armeros y todos los comerciantes y artesanos recibieron encargos para la visita del rey a Borgoña. Sólo el duque encargó trescientas veinte lanzas destinadas a los competidores. Todas las poblaciones borgoñonas por las que cruzaría el soberano recibieron fondos para limpiar, decorar e incluso pavimentar las calles y plazas. La propia Dijon, con su selva de pináculos, campanarios y chimeneas provistos de verjas, para que las cigüeñas no anidasen en ellos, con sus callejuelas retorcidas y tabernas de pésima reputación, hubo de ser adecentada de excrementos de animales. Los perros, gatos, cerdos y ovejas vagaban libremente por sus oscuros soportales de madera, y los marranos contribuían de modo especial a la porquería y los hedores. Voraces, belicosos e «insociables», promovían constantes quejas de que mordían; un puerco devoró a un niño y fue ejecutado en la horca. Se desoían las ordenanzas que prohibían tener cerdos en la ciudad y arrojar sus basuras al río.

No había sala lo bastante grande para acoger a los invitados. Por eso se adquirieron treinta mil cien anas de tela con que cubrir, a modo de gigantesco toldo, el patio del palacio. Más tarde, se cortó y vendió en lotes. La cantidad de satén azul para decorar todas las habitaciones ducales, de seda y damasco para los vestidos de las trescientas damas asistentes, y de terciopelo y satén bicolores para otros tantos caballeros debieron de vaciar Flandes. ¿Cuántos bordadores se necesitaron para recamar las colgaduras con el «*Il me tarde*» del duque, combinado con las iniciales de su esposa, sobre un fondo de palomas azules posadas en un huerto de naranjos y limones? ¿Cuántos carpinteros y obreros encontraron trabajo en la demolición de paredes, tala de árboles, apisonamiento del suelo y construcción de graderías cubiertas para los tres días de torneos celebrados en el desapacible mes de febrero? Sólo el anfitrión tenía a mano treinta caballos de guerra, y los restantes debieron de exigir un ejército de espoliques y mozos de cuadra. Juglares, histriones, acróbatas y domadores afluyeron a la ciudad para entretener al vulgo, mientras los nobles se medían en el palenque.

Coucy, a pesar de sus cincuenta años, fue uno de los vencedores —o posiblemente el vencedor— del torneo, y la duquesa le premió con un broche de perlas y zafiros. En el cambio de regalos de despedida (y se conservaron cuentas puntuales del precio de cada uno), Borgoña venció al soberano entregándole un presente más costoso que el que el soberano había dado a la duquesa. Las ceremonias concluyeron con cantos y danzas de las damas y damiselas «por amor del rey, el duque de Turena [Orléans], el duque de Borbón y el señor de Coucy».

Ya en París, la promesa de Carlos de no pensar más que en la unidad de la Iglesia fue olvidada en favor de la atractiva empresa de Génova contra el reino de Berbería. Era una aventura accesible, que no exigía las maniobras políticas serias del asunto pontificio. La cruzada, aun teniendo poco que ver con la cruz, prestigiaba a los participantes, y eso para no mencionar el *privilegium crucis* que concedía moratoria a

las deudas e inmunidad ante los pleitos. En tanto que el «fuego del valor enardecía todos los corazones», se adoptaron algunas cautelas: el consejo limitó a mil quinientos el número de caballeros que saldrían del país, ninguno de los cuales partiría sin el consentimiento regio. Cuantos participaran tenían que equiparse a sus expensas y reclutar seguidores dentro de sus dominios.

Louis de Orléans que, decidido a sustituir a su tío el duque de Borgoña como la figura dominante del reino, anhelaba el mando, dejó caer una lluvia de presentes sobre los nobles influyentes con la esperanza de obtenerlo. Borgoña, a su vez, hizo suficiente presión para que no lo lograra, con la justificación de que su sobrino era joven e inexperto, lo cual añadió leña a su rivalidad. El duque tenía muchos intereses en juego para querer abandonar Francia; y Berry había caído en el desfavor y no era guerrero. Por lo tanto, se eligió al duque de Borbón, ansioso de cobrar gloria sobre los pasos de san Luis, que había muerto en las playas de Túnez en su última cruzada. Coucy fue su lugarteniente.

Enguerrand, con gesto principesco, fundó una iglesia y un monasterio antes de partir. La fundación de una institución religiosa, ya que la vida de la fe se admitía como superior a la secular, implicaba una forma de compartir los méritos extraordinarios de la Iglesia. Además, como el duque de Borgoña dijo al fundar una cartuja en Champmol en 1385: «Nada basta tanto como las oraciones de monjes piadosos para la salvación del alma».

Coucy eligió a los celestinos, cuya rigurosa regla contrastaba paradójicamente con el favor que merecía de una nobleza hundida en los placeres mundanos. ¿Era, ciertamente, una paradoja, o la intranquilidad espiritual y la necesidad de penitencia en una vida tan remota de los principios que profesaba? Aquel dualismo se encarnaba en Louis de Orléans, que se alejaba de las riquezas, placeres e intrigas políticas por las duras vigilias en los claustros celestinos. Compartiendo las austeridades monásticas aliviaba sus remordimientos. Incluso el conde de Foix, materialista empedernido, en comercio íntimo con la ira, la vanagloria y otros pecados, compuso un libro de oraciones en el que reconoció los grandes sufrimientos resultantes de creer que «Dios no existe y que la mala suerte y la buena proceden de la naturaleza de las cosas, sin que Dios intervenga. Después de eso viene la muerte, la muerte del cuerpo y el alma».

El consuelo que proporcionaba la fe cristiana se equilibraba con la ansiedad que producía. Por ella, Chaucer, hacia el final de su vida, se sintió impulsado en el prólogo del cuento del Párroco a «revocar» su obra —*Los cuentos de Canterbury, Troilo y Cressida, El libro de la duquesa*, y todos los poemas que no fuesen piadosos — y pedir a Cristo que le perdonase aquellas «vanidades mundanales…, de modo que yo sea uno de los que se salven el día del Juicio». El cristianismo poseía, desde luego, un poder trágico si la necesidad de salvación llevaba al hombre a renegar de su obra.

El fundador de la orden celestina, en el siglo XIII, había elegido en su juventud la vida de ermitaño en una cueva, para entregarse a Dios, mientras buscaba la

renunciación más completa de sí mismo y de la naturaleza compatible con la conservación de la existencia. Había dedicado al rezo dieciséis horas diarias, había vestido cilicio y ayunado a agua y hojas de col durante seis «cuaresmas» al año de cuarenta días cada una. Atrajo discípulos y celebridad, y sucumbió a su elección como papa Celestino V; después, arrepintiéndose amargamente, y en un acto único en el pontificado, renunció y volvió a sus austeridades y a la búsqueda de Dios. La orden que recibió su nombre, favorecido por papas y reyes, quedó exenta de diezmos y recibió autorización para conceder doscientos años de indulgencia a los penitentes sinceros que visitasen sus conventos en días santos.

No hay pruebas de que Coucy acostumbrase visitar la orden, ni tampoco que fuese hombre de espíritu atormentado. Probablemente, su elección no denotó ansiedad, sino el hecho de que las grandes austeridades de los celestinos ofrecían mayores garantías de salvación a sus protectores.

El documento de constitución, fechado el 26 de abril de 1390, empieza con la confianza en sí mismo peculiar de los Coucys: «Considerando que la peregrinación y los bienes temporales y mundanales de esta vida transitoria pertenecen a quienes pueden y saben usarlos y edificar mejor con ellos, y para acumular el tesoro que Dios nos ha prestado con estos bienes»; y con el propósito de oraciones perpetuas para sí mismo, su mujer viva, sus antepasados y sucesores, y para todos los caballeros y damas de la orden de la Corona, ordena y establece un monasterio para doce monjes de la orden de los celestinos en Villeneuve, a orillas del Aisne y a las afueras de Soissons.

Concedió al monasterio cuatrocientas libras anuales de renta, que garantizó a los celestinos con copiosa variedad de salvaguardias legales. Y si en algún momento la renta pasara a ser menor de dicha cantidad, puntualizó cómo se completaría para que «los monjes dispongan apaciblemente de ella sin obligación de hipoteca de nos o de nuestros sucesores». En cualquier disputa o pleito futuro, los monjes dispondrían del «consuelo, consejo y ayuda nuestra y de nuestros oficiales de justicia, consejeros y servidores como si fuera cosa nuestra». Por lo visto, los celestinos tenían un abogado eficaz, o Coucy se desvivía para cumplir el deseo constante de los donantes de hacer frente al futuro.

La fundación pesó en su mente en los años venideros. Cuando, al cabo de cierto tiempo, los edificios no se habían terminado, agregó otras doscientas libras de renta anual para que se acabasen. Más tarde cedió a los celestinos una hermosa casa en Soissons, perteneciente a la cofradía de los arqueros, para que se albergasen en ella en tiempos de guerra y continuasen su vida monástica, que, al juzgar por otro donativo, se había vuelto más cómoda. Enterado de que los monjes no tenían bastante vino —del que sus predecesores habían prescindido—, Enguerrand se ocupó de que comprasen un viñedo lo bastante grande para que disfrutaran del necesario suministro. Como olvidó firmar este donativo antes de fallecer, el viñedo se transformó en una de las distintas exigencias de los monjes, por las que pleitearon

con saña con sus sucesores.

Los nobles del reino se congregaron para la empresa de Berbería. Se sumaron a ellos caballeros de Hainault y Flandes, así como un grupo inglés de Calais, al mando de John Beaufort, conde de Somerset y progenitor del linaje de los Tudor, el cual era hijo bastardo del duque de Lancaster. Clisson, el condestable, se quedó para defender el reino e impedir que su adversario, el duque de Borgoña, hiciera de las suyas. Se juntaron, pues, aparte Borbón y Coucy, todos los grandes personajes: el almirante de Vienne; el conde d'Eu, cuya prominencia se debía a su parentesco; Jean VII de Harcourt; Philippe de Bar, hermano del yerno de Coucy; Geoffrey Boucicaut, hermano del más célebre Jean, Yvain, hijo bastardo del conde de Foix; y un gascón notable llamado el Soudic de la Trau, «uno de los caballeros más valerosos del mundo».

El rey financió a Borbón con doce mil francos y distribuyó más de veinte mil entre los otros señores. Borbón obtuvo otros veinte mil en préstamo de Louis de Orléans, con la garantía de las rentas de sus dominios. Coucy, que acababa de cobrar seis mil francos de la corona para cubrir sus gastos en Aviñón y Languedoc, y había logrado un préstamo de diez mil de Louis de Orléans, estaba «mejor provisto que los demás», salvo Borbón. Él y Eu aportaron, seguramente entre los dos, doscientos caballeros. El papa Clemente concedió una indulgencia plenaria, lo que probó su generosidad, ya que le habían desviado de sus propósitos, y mucho más porque indulgencias de aquella clase se reservaban sólo para la reconquista de Jerusalén. Menos por esta ciudad, según el honrado Bonet, no había que guerrear contra los infieles, pues Dios había creado el mundo para todos los hombres, y «ni podemos ni debemos obligar o forzar a los descreídos a recibir el santo bautismo o la sagrada fe».

Los transportes genoveses esperaban a los expedicionarios de Francia en Marsella. Desde esta ciudad zarparon hacia Génova en busca de provisiones, arqueros, peones y nobles extranjeros. Los caballeros y escuderos serían de mil cuatrocientos a mil quinientos, y el total de las fuerzas frisaría en cinco mil hombres, sin contar tal vez a los mil marineros que tripulaban unas cuarenta galeras y veinte barcos de carga. Borbón, Coucy, Eu y el valiente Soudic desembarcaron por invitación del dux de Génova, que les regaló especias, jarabes, ciruelas de Damasco y «licores buenos para los enfermos». Pero no bastaron para compensar la escasez de provisiones. Borbón tuvo que agregar doscientas barricas de vino, doscientas hojas de tocino y dos mil pollos para los enfermos y heridos. La falta de espacio obligó a renunciar a muchos caballos, que se vendieron a la mitad de su valor para ahorrarse su manutención. En el instante final, hubo una situación embarazosa sobre quién bendeciría la flota, puesto que los franceses y genoveses aceptaban papas distintos. Se salió del paso, en beneficio de la guerra y con olvido del cisma, haciendo que dos sacerdotes, en representación de ambos pontífices, se encargaran de los oficios

religiosos.

La imponente armada, dispuesta a partir el 1 de julio de 1390, era un espectáculo emocionante, que se convertiría durante largo tiempo en asunto favorito de los ilustradores. Resulta innecesario decir el nombre del ilustrador verbal que escribió lo siguiente: «¡Cuán bella cosa fue ver aquella flota con las banderas de los distintos señores bajo el sol, flameando el viento, y oír, cuando los músicos tañeron sus clarines y trompetas, los toques y voces esparcidos por el mar y resonando sobre él!».

La mala suerte sobrevino casi al punto. Una tempestad furiosa dispersó la escuadra a la altura de Elba, y motivó un retraso de nueve días antes de que todos los navíos se reuniesen en Malta. En la última semana de julio la armada se dirigió a Mahdía, situada en la curva de la costa norteafricana a unos ciento sesenta kilómetros al sureste de Túnez. La plaza fuerte se hallaba en el centro y el punto más elevado de un estrecho brazo de tierra, de un kilómetro y medio de largo; y su puerto, bien fortificado, estaba defendido con una cadena y torres equipadas con catapultas.

Los invasores decidieron enviar un grupo de desembarco a las órdenes de Coucy, que actuase como guardia y distracción del enemigo, mientras el cuerpo principal desembarcaría al día siguiente. El batallón de Enguerrand, cuyo segundo era Eu, de seiscientos a ochocientos hombres de armas, apoyados por los arqueros genoveses, se dirigió a tierra en una embarcación especial movida a remo, mientras las aguas «parecían complacerse en llevar a los cristianos a las playas de los infieles». La nave de desembarco solía transportar unos veinte caballeros montados, los cuales, con la visera calada y la lanza en ristre, se precipitaban a tierra por la gran puerta de la popa. Si eran perseguidos, volvían al navío, que se retiraba a remo.

Coucy, el primero en saltar a tierra, ordenó a los suyos en formación de batalla. Pero no los atacaron. Advertido de la inminente invasión, y convencido de la inferioridad de su número, el sultán Abu-l-Abbás había optado por aceptar el desembarco sin lucha. Posteriormente, evitando una batalla campal, dejaría que los cristianos se agotasen contra las pétreas murallas bajo el sol agosteño, mientras los sometía a constantes escaramuzas parciales, hasta que los derrotaran la fatiga, el calor, la falta de suministros y la incapacidad para recibir refuerzos. Era la misma estrategia que Carlos V había empleado contra los ingleses, y que tantas veces había tenido éxito.

Los cruzados, confiando en la victoria sobre los despreciables infieles, establecieron su campamento de pabellones de colores abigarrados ante la ciudad, con la tienda de Borbón, que enarbolaba la flor de lis, en el centro, y los ballesteros genoveses en las alas. Podían bloquear Mahdía por mar y tierra, a través de la península, pero la plaza había acopiado provisiones y recibía agua potable por canales subterráneos. De forma triangular, albergaba una población numerosa y una guarnición de seis mil guerreros, acuartelados quizá en albergues excavados bajo tierra. Sabiendo que si Mahdía era tomada, los cristianos marcharían sin obstáculos a la conquista de Túnez, el sultán había robustecido las defensas de la ciudad en todos

los puntos y pedido la ayuda de los soberanos vecinos para que reuniesen una hueste en el interior.

Durante tres días nada estorbó los preparativos del asedio, pero en el atardecer del tercero los bereberes brotaron de pronto de la fortaleza con gritos salvajes. El sistema de centinelas del campamento cristiano permitió rechazarlos. Dejaron trescientos muertos. La ciudad volvió a su silenciosa resistencia, mientras los invasores, para impedir la actividad de los jinetes, erigieron barreras de estacas de un metro y medio de alto, unidas con cuerdas; lanzas y remos cruzados proporcionaron amparo a los arqueros, y se apostaron guardias cada cuarenta metros.

El sonido distante de tambores y trompetas indicaba la cercanía del ejército sarraceno de socorro, que se calculaba en cuarenta mil combatientes. Acampó detrás de la ciudad y no se lanzó al ataque definitivo. Se dedicó a enviar series de algaras enérgicas sobre caballos velocísimos, cuando el sol calentaba más, obligando a los cristianos a luchar embutidos en sus pesadas armaduras. Los europeos «casi se achicharraban» dentro de su envoltorio de acero. Los bereberes no llevaban más que corazas de tela acolchada o de cuero. Se dispersaban rápidamente al ser perseguidos y se reagrupaban y volvían a la carga, mientras el adversario, abrumado por su armamento, perdía muchos hombres. Las escaramuzas se repitieron casi todos los días, y a veces por la noche, durante las seis o siete semanas siguientes.

Los barcos genoveses aprovisionaban a los cristianos con víveres de Sicilia y Calabria, pero los suministros eran irregulares y dejaban lagunas de privación. El fuerte vino proporcionado por Génova causaba letargo. Calor y sed, heridas y fiebres, y enfermedades debidas al agua —lo mismo que había sufrido la cruzada de san Luis, menos la peste—, atormentaban a los sitiadores. Los deprimían enjambres de insectos y la inexpugnabilidad de Mahdía. Intentaron racionar las provisiones y animarse unos a otros. «El señor de Coucy en particular —según el leal Froissart—, se preocupó del bienestar de los caballeros y escuderos más pobres, mientras el duque de Borbón permanecía indiferente, sentado con las piernas cruzadas delante de su pabellón y exigiendo que todos le hablasen en tercera persona y le hiciesen muchas reverencias; se había despreocupado de la suerte de los caballeros inferiores. El señor de Coucy, en cambio, era muy accesible, amable con todos y se portaba con mayor gentileza que el duque de Borbón, quien no dirigía la palabra a los caballeros y escuderos extranjeros con el agrado del señor de Coucy».

Los sitiadores, que no poseían arietes, comenzaron a construir una gran torre de asalto dotada de ruedas. Medía doce metros cuadrados, tenía los lados cerrados y se alzaba a la altura de tres pisos para dominar las murallas de Mahdía. Mientras tanto, los asediados, que se resentían del bloqueo, enviaron emisarios para parlamentar. Llevados a la presencia de Borbón y de Coucy, que escucharon atentamente las palabras de un intérprete genovés, los bereberes preguntaron a los caballeros franceses e ingleses por qué guerreaban contra quienes no les habían hecho mal alguno. Sólo habían molestado a los genoveses, cosa natural entre vecinos, pues era

costumbre «que nos apoderemos recíprocamente de cuanto podamos del otro».

La respuesta debía ser meditada para que se probase que se trataba de una guerra justa. Borbón y Coucy tuvieron una consulta con doce caballeros principales. Creyendo, por lo visto, que los musulmanes eran ignorantes, dijeron que los atacaban por ser infieles, «sin religión propia», y para vengarse en ellos de sus antepasados «por haber crucificado y matado al hijo de Dios llamado Jesucristo». Los sarracenos se echaron a reír al oír aquello y respondieron «que ellos no habían crucificado a Jesucristo, sino los judíos». El parlamento concluyó, aparentemente, en este punto.

Luego, un beréber y un cristiano se encontraron al pie de las murallas y se enzarzaron en una discusión —tal vez no espontánea, porque los berberiscos buscaban hacer prisioneros— sobre los méritos de la religión de cada cual. El musulmán retó a que lo decidiera un combate de diez campeones por bando. Instantáneamente diez cruzados, incluidos Guy y Guillaume de Tremoille, Geoffrey Boucicaut y dos caballeros ingleses se ofrecieron a pelear y el campamento se llenó de excitación.

Sólo Coucy se opuso. «Retened vuestras lenguas, hombres que jamás pensáis en las consecuencias —dijo—. ¿Qué se gana con ese combate?». ¿Qué honor o qué provecho se ganaría en vencer, en el supuesto de que los sarracenos enviasen hombres de armas en vez de caballeros? ¿Y si el desafío era una estratagema para coger prisioneros a los nobles cristianos, cosa que no habían conseguido hasta entonces? Con aquel encuentro, fuese cual fuere el resultado, no se conquistaría Mahdía. Además, una prueba de armas, sobre todo con un enemigo desconocido, no debía aceptarse sin gran deliberación y sin la autorización del consejo, y eso después de cerciorarse de la identidad de los retadores, averiguando su nombre y apellido, rango y armas escogidas. Coucy amonestó a los campeones acusándoles de indisciplina y de insubordinación al mando que debe prevalecer en un ejército. Por estas ideas era mucho más moderno que sus contemporáneos.

Su parecer fue apoyado por muchos. Pero otros sostuvieron a Eu y Philippe de Bar, que insistieron en que el desafío había sido aceptado y que el combate tenía que cumplirse. Capitaneados por Geoffrey Boucicaut, quien, en su «abrumador orgullo», propuso que veinte lucharan contra cuarenta, los campeones cabalgaron armados de punta en blanco al lugar prescrito en el tiempo prescrito. Los acompañó una multitud de compañeros, que se fue engrosando hasta que todos los hombres sanos estuvieron presentes. Dejaron la vigilancia del campamento a los enfermos bajo el mando de Coucy. Los campeones bereberes se abstuvieron de presentarse al contemplar aquella muchedumbre.

Con el deseo de impedir el choque, sin duda por consejo de Coucy, el duque de Borbón espoleó su mula y se encontró rodeado de varios millares de guerreros excitados. Temiendo que le desobedecieran si ordenaba la retirada, decidió que las cosas siguieran su curso. Atacaron el campamento enemigo. La lucha se generalizó hasta convertirse en dura batalla. Los cristianos causaron pérdidas al ejército

sarraceno, muy superior, pero no pudieron vencerle; sofocándose en el interior de sus armaduras, empezaron a tener muchas bajas. Estaban bañados en sudor, jadeando con las bocas y las narices dilatadas, y consumidos por la sed. Los heridos morían en brazos de sus compañeros, y los agotados caían sin movimiento al suelo. Llegado el ocaso, hasta Eu aconsejó retroceder, porque, si los sarracenos atacaban el campamento, «no había en él más que el señor de Coucy con unos cuantos hombres válidos y muchos enfermos, y estarían perdidos».

El cálculo de las pérdidas varía: dos caballeros y cuatro escuderos, según el biógrafo de Borbón; no menos de sesenta, según Froissart, que menciona muchos de sus nombres. Sea cual fuere la verdad, el hecho fue que habían caído en un combate inútil.

La frustración y las pruebas de un asedio estéril duraban ya dos meses. Se empezó a hablar de levantar el sitio. Los murmuradores decían que las escaramuzas no conquistarían la ciudad. Por cada enemigo muerto, diez ocuparían su lugar, porque los sarracenos se hallaban en su tierra. Se aproximaban las largas y frías noches invernales, y se sospechaba que los genoveses, «gente ruda y traidora», quizá desertasen, escapando en sus barcos al amparo de la oscuridad nocturna. Los de Génova, cuyo comercio se había interrumpido, estaban ciertamente impacientes. Decían que habían esperado que los franceses tomasen Mahdía en dos semanas, pero, en vista de la situación, nunca conquistarían la ciudad, y mucho menos Túnez, aquel año o al siguiente. En medio de aquellas dudas y descontentos, un consejo de guerra determinó hacer un último esfuerzo por apoderarse de Mahdía.

Aquella jornada fue un desastre. La resistencia del ejército de campo de los sarracenos, al mando de los hijos del sultán, fue tenaz. La guarnición de Mahdía, peleando «con la certeza de tener gloriosa retribución en el otro mundo», lanzó desde las murallas un chaparrón de flechas, piedras y aceite hirviente, que logró destruir la gran torre de los cruzados. Los combatientes treparon por escalas de mano hasta el mismo borde de los muros y fueron volcados. No obstante los poderosos ataques, que casi dominaron una de las tres puertas de la ciudad, Mahdía resultó inexpugnable. El ejército beréber de campo fue rechazado, pero, como aconteció tantas veces en Francia, la plaza fuerte resistió al enemigo.

A continuación los dos lados se mostraron dispuestos a poner fin a las hostilidades. Los berberiscos, víctimas de la invasión y el bloqueo, nada lograban con la prolongación del conflicto en su suelo. Sus armas ligeras y sus tácticas no prometían una victoria decisiva. Los genoveses, instigadores de la campaña, estaban más que dispuestos al regreso. Mientras negociaban con los sarracenos, los franceses levantaron el campamento. Se desplantaron las banderas, se recogieron las tiendas y se retiraron a los barcos, a las nueve semanas de haber desembarcado. «Vos fuisteis el primero en desembarcar, buen primo —dijo Borbón a Coucy—. Yo deseo ser el último en embarcar». Una decisión bastante menos comprometida.

El tratado que los genoveses concluyeron contenía condiciones que los franceses

consideraron honrosas, pues les permitían partir sin vergüenza (y sin victoria). Incluso, en el último consejo de guerra, celebrado para discutir las condiciones, llegaron a convencerse de que se habían portado bien. Mantener un asedio de dos meses contra tres reyes sarracenos y una ciudad fuerte, dijo el Soudic de la Trau, era «tan honorable como si yo hubiera estado en tres batallas». Los demás oradores siguieron su ejemplo, y todos, incluido Coucy, aceptaron lo tratado.

Otra campaña, la cuarta desde el fracaso escocés, había terminado sin fruto, no por falta de voluntad, valor o combatividad, sino por la obstinación en apegarse a costumbres militares ineficaces. Los caballeros conocían tan bien como el interior de sus yelmos la superioridad de las murallas sobre los hombres, los problemas que los sitios planteaban a los asediadores y los azares de recibir suministros desde lugares distantes. Podían haberse dado cuenta de la naturaleza del norte de África con el desastre de las dos cruzadas de san Luis, a pesar del tiempo transcurrido desde ellas; ciento veinte años se convertían en el ayer en cuanto a los progresos. Sin embargo, el descuido o la incuria militar tenía cierta excusa. En un período de malas comunicaciones, la información militar pecaba de escasa. Pudo sospecharse cuál era la fuerza de Mahdía. Pero la ignorancia del enemigo era premisa de la época; el desdén del contrario, premisa de su mentalidad.

Froissart aseguró que los caballeros le habían dicho más tarde: «El resultado hubiese sido distinto si el señor de Coucy hubiera tenido el mando». No parece probable. Aunque la falta de estructura del mando tuvo parte en el resultado, lo que principalmente vició el asedio de Berbería fue la carencia de interés vital. Cuando éste existía, cuando era serio lo que estaba en juego, como en la recuperación de Francia bajo Carlos V, se imponía una estrategia adecuada al objetivo, y la impaciencia y la imprudencia eran frenadas. Para los franceses, la campaña tunecina no fue más que una aventura caballeresca, de barniz religioso. Los movió el deseo de realizar hazañas, enriquecidas por el celo de la fe, y no la consecución de un fin político con las armas. Les preocupaba la acción, no la meta, por lo cual ésta raras veces se alcanzaba.

En Francia, donde no se tenían noticias de la expedición, se celebraron procesiones y plegarias para que Dios ayudase a los cruzados que luchaban en su nombre. Carlos VI visitó Coucy-le-Château en septiembre, bien para calmar la ansiedad de la joven señora de Coucy, bien para inspeccionar unos dominios que la corona codiciaba y que tal vez quedasen sin dueño. Hubo gran regocijo cuando se supo que los cruzados habían vuelto a Génova a mediados de octubre. En ella murieron más enfermos y otros se recobraron de sus penalidades. Tras cruzar los Alpes en invierno, Borbón y Coucy tardaron seis semanas en aparecer en París, y sus compañeros llegaron después en grupos separados.

El tiempo y la distancia disfrazaron la verdad. Volvían sin botín, rescates ni prisioneros, pero los acogieron como vencedores (como ocurrió en África con sus enemigos). Mientras no se supiera lo contrario, prevalecería la impresión de haber

vencido al infiel. No había corresponsales en Túnez, ni periódicos en Francia, que notificasen el fracaso de la campaña. Las pérdidas por muerte y desaparición, que ascendieron a doscientos setenta y cuatro caballeros y escuderos, o sea, poco menos del veinte por ciento, no causaron impresión negativa, porque eran las acostumbradas. En último término, se admiró a Francia por aquella empresa, y en primer lugar en Génova, porque la intervención de los franceses como aliados suyos alarmó a los bereberes lo suficiente para reducir momentáneamente sus piraterías.

El rey Carlos, ansioso de saber lo ocurrido, interrogó a Borbón, Coucy y los demás. Sin desanimarse por sus informes, declaró que, en cuanto se hicieran las paces con Inglaterra y dentro de la Iglesia, estaba dispuesto a ir con un ejército real a aquellos parajes «para exaltar la fe cristiana y confundir a los infieles». El recuerdo del dolor y de la inutilidad se apagó en los participantes, y cuando pocos años más tarde se predicó una cruzada contra los turcos, su actitud hacia los musulmanes no había cambiado y su entusiasmo seguía tan fresco como siempre.

CAPÍTULO 23

EN UN BOSQUE OSCURO

Sin desanimarse por el equívoco resultado de Berbería, el rey francés y su consejo decidieron llevar a cabo una empresa bastante más formidable: terminar el cisma con la fuerza de las armas. El proyecto de marchar contra Roma para deponer al papa Bonifacio y entronizar al papa Clemente recibió el nombre de *Voie de Fait* (camino del hecho), o sea, el de la fuerza, opuesto al camino de la cesión, o voluntaria renuncia mutua de los dos pontífices, por la que abogaba la universidad. Recorrer toda Italia y tomar Roma con las armas era una obra no menos considerable que la de la invasión de Inglaterra —superior a los franceses, como se había probado—, pero los políticos no titubearon. El consejo lo determinó así a fines de noviembre, a los pocos días del regreso de Coucy y Borbón de Túnez.

El proyecto se presentó al soberano como preludio de una cruzada. Sus ministros le dijeron que no podía en conciencia tomar la cruz contra los turcos hasta que la Iglesia estuviese unida. «No imaginamos nada más decoroso y razonable para vos que vayáis a Roma con el poder de vuestros hombres de armas y destruyáis al antipapa Bonifacio… En nada mejor podéis ocuparos. Esperamos que ese antipapa y sus cardenales se rindan a vuestra merced cuando comprendan que vais contra ellos con un ejército fuerte». Después de consecución tan espléndida, se presentaría incluso la rutilante perspectiva de proseguir hasta Jerusalén.

¿Cuándo se pondría en marcha?, preguntó el rey entusiasmado. Se había educado bajo la ardiente influencia de Mézières, que había henchido la corte de su propaganda de que la cruzada era el destino de Francia y la salvación de la sociedad. Los consejeros respondieron al soberano que la campaña podía empezar en seguida, y pusieron manos a la obra. Toda la familia real quedó incluida, incluso el duque de Bretaña, al que se invitó porque «no creyeron prudente dejarle en el país», y el cual vaticinó desagradablemente que la empresa «terminaría en palabras».

Acordaron reunir una hueste de doce mil lanzas, que saldría de Marsella cuatro meses después, en marzo de 1391, después de citarse en Lyon. El rey y su hermano capitanearían cuatro mil; Borgoña, Berry y el condestable, cada uno dos mil; Borbón y Coucy, mil cada uno, y todos recibirían por anticipado tres meses de paga. Se examinaron muy por encima, al parecer, los impuestos que habrían de decretarse para reclutar las huestes y mantenerlas en campaña. La financiación de la *Voie de Fait* era tan irreal como ésta misma. Cuando se reunió para autorizar los tributos, el consejo vaciló ante el presagio habitual de una posible y espantosa tempestad. ¿Era una advertencia divina contraria a añadir un nuevo gravamen al pueblo ya abrumado?

La voz de la universidad habló contra la *Voie de Fait* de modo más claro que el

rayo y el trueno. En un ciclópeo sermón de doce horas, que predicó al rey y a la corte el 6 de enero de 1391, Jean Gerson, joven erudito ya célebre como orador, expresó su oposición. A los veintisiete años, y dos antes de doctorarse en teología, Gerson era protegido del canciller Pierre d'Ailly, a quien sucedería a los treinta y uno. A medida que la lucha del cisma se recrudecía, se convertiría en el primer paladín de la supremacía conciliar sobre el papa, y en el teólogo francés más memorable de la época.

Gerson no admitía clasificación ni generalización. Era apaciguado en su fe y racionalista en la práctica. Como amante del término medio, destruyó los excesos piadosos de místicos y visionarios; como eclesiástico, era a la vez conformista y anticonformista. De ideas humanas, se opuso a los primeros humanistas franceses en el gran debate sobre el *Roman de la Rose*. A pesar de su desdén de los visionarios, sobre todo si eran mujeres, sería en el último año de su existencia uno de los dos únicos teólogos dispuestos a garantizar la autenticidad de las «voces» de Juana de Arco, y no porque fuese lo que ahora se llamaría liberal, sino porque se hizo cargo de la intensidad de su fe. Era el compendio y el foco del pensamiento y las influencias intelectuales de su tiempo.

Otrora hubiera sido monje, pero en los últimos cien años la universidad había reemplazado a los conventos en la tarea esencial de transmitir el conocimiento del pasado y prolongarlo en el presente. Gerson, al ingresar en la de París a los catorce años, había encontrado la teología y la filosofía petrificadas en los áridos silogismos de los escolásticos. En el gran período de Tomás de Aquino, el escolasticismo se había encargado de responder a todas las cuestiones de fe con la razón y la lógica, pero había revelado su impotencia para explicar a Dios y el universo, y su esfuerzo se marchitó, dejando sólo una dura cáscara de argumentos lógicos, que utilizaban, como dijo Petrarca disgustado, «chiquillos de cabeza cana», y recomendó poner los pies en polvorosa cuando comenzaban a «vomitar silogismos». Gerson, como muchos de su atribulada época, sentía hambre de algo más significativo para el alma, y encontró la alternativa en la fe mística y en el contacto directo con Dios.

Creía que la sociedad únicamente podía ser regenerada mediante la renovación y la profundización de la fe, en la que no tenía cabida la «vana curiosidad». Escribió que el conocimiento de Dios «se adquiere más fácilmente con el sentimiento penitencial que con la investigación de la inteligencia». Lo mismo opinaba de lo sobrenatural, y afirmaba la existencia de los demonios, reprobando a quienes lo negaban por falta de fe e «infección de la razón». Sin embargo, no podía evitar que la razón interviniese, y así despreciaba las supersticiones de la magia y la astrología, y recomendaba el examen cuidadoso de las visiones antes de prestarles crédito.

Desaprobaba la Biblia en lengua vulgar; sin embargo, como poeta, maestro y orador, escribió muchos sermones y tratados en francés para que su significado estuviera al alcance de las inteligencias sencillas y de las mentes juveniles. Los educadores medievales dedicaban mucho tiempo a componer discursos para los

niños. Gerson sobre todo se preocupaba de su desarrollo, y tenía de ellos la concepción poco común de creerlos distintos de los adultos. En un estudio para las escuelas eclesiásticas, defendió la idea imperiosa de mantener encendida una lamparilla durante toda la noche en el dormitorio de los niños más pequeños, para que les sirviera de símbolo de la fe y los iluminase cuando «una necesidad natural» los obligara a levantarse. La reforma de la Iglesia, indicó, debía comenzar con el derecho de enseñar a los niños, y la reforma escolar con la de las escuelas elementales.

Recomendó a los confesores suscitar en los pequeños un sentimiento de culpabilidad en lo concerniente a sus hábitos sexuales, para que reconociesen lo imprescindible de la penitencia. La masturbación, incluso sin eyaculación, era un pecado que «priva al niño de su virginidad más efectivamente que si a sus años hubiera estado con una mujer». Tenía que cambiar la falta de idea de culpabilidad de la infancia sobre ella. No debía oír conversaciones escabrosas, ni besarse ni acariciarse mutuamente, ni dormir en la misma cama con una persona del sexo opuesto y ni siquiera con personas mayores del mismo sexo. Gerson tuvo seis hermanas, todas las cuales prefirieron no casarse, para permanecer en santa virginidad. Indudablemente en ello obró alguna poderosa influencia familiar, de la que salió una personalidad tan fuerte.

El sexo era, precisamente, una de las cosas por las que Gerson condenaba con tanta violencia el *Roman de la Rose* de Jean de Meung. Anatematizaba su exaltación del deseo carnal, sus sátiras de la Castidad, su encumbramiento de la Razón, su escepticismo librepensador y su sesgo anticlerical. Cuando Christine de Pisan atacó a Jean de Meung, en 1399, en su *Epístola al Dios de Amor*, Gerson la apoyó con la pasión de un destructor de libros. Denunció el *Roman de la Rose* como pernicioso e inmoral, pues degradaba a las mujeres y hacía el vicio atractivo. Si poseyera el único ejemplar existente, dijo, y costara mil libras, no vacilaría en arrojarlo a las llamas. «¡Al fuego, buenas gentes; al fuego!».

Los admiradores de Meung corrieron en su defensa con cartas abiertas dirigidas a Christine y Gerson. Los defensores, Jean de Montreuil, Gontier y Pierre Col, eran clérigos eruditos que servían como secretarios a la corona. Con otros académicos de igual tendencia intelectual, se contaban entre los que habían seguido una senda diferente de la de Gerson contra las polvorientas respuestas de los escolásticos. Reconocían el espíritu laico con su fe en la razón humana y la admisión de los instintos naturales. En este sentido fueron humanistas, aunque no del modo que impulsaba las investigaciones de la cultura clásica en Florencia. Admiraban en Meung la libertad de pensamiento y el osado ataque de las fórmulas estereotipadas. Ciertos hombres educados y eruditos, dijo Jean de Montreuil, apreciaban tanto el *Roman de la Rose* que antes prescindirían de su camisa que de aquella obra. «Cuanto más estudio la gravedad de los misterios y el misterio de la gravedad de este profundo y famoso escrito, tanto más me asombro de vuestra desaprobación».

Esto expresaba fervor, pero no contribuía con nada específico a la apología. Pierre

Col, más valeroso, defendió la sensualidad que ofendía a Gerson. Aseguró que el *Cantar de los cantares* de Salomón celebraba el amor a la hija del faraón, no a la Iglesia; que la vulva femenina que representaba la Rosa debía considerarse sagrada, según el *Evangelio* de san Lucas; y que Gerson se enamoraría algún día, como había ocurrido a otros teólogos.

El debate se amplió. Christine respondió con *Le Dit de la Rose* («El dicho de la Rosa»), y Gerson con un ensayo magistral, el *Tractatus contra Romantium de Rosa* («Tratado contra la Novela de la Rosa»), en el que figuras alegóricas acusan a Jean de Meung ante el «tribunal sagrado de la cristiandad», y consiguen su condena. Aunque dijo la última palabra en la controversia, Gerson no pudo destruir la fascinación del libro. Se continuó leyendo hasta el siglo XVI, y sobrevivió incluso el piadoso intento de «moralizar» sus imágenes, en el cual la Rosa se transformó en una alegoría de Jesús.

Mientras Gerson continuaba dentro del orden constituido, la búsqueda de la fe arrastraba a otros fuera de él, en movimientos que se alejaban de la religión institucionalizada. La gente buscaba en la comunión laica el sucedáneo de rituales que se habían alterado en rutina y corrupción. La fe era lo que más se necesitaba cuando el camino parecía perderse en un bosque oscuro de alarmas y confusiones.

Se había ahondado el daño causado por el cisma. Los dos papas estaban absortos en una pródiga exhibición con fines de prestigio y en la busca de dinero y más dinero para sostenerla. Bonifacio, en Roma, participó en actividades usurarias y vendió beneficios hasta causar escándalo, en ocasiones ofreciendo el mismo a un postor más alto y fechando la última concesión con data anterior a la primera. Concedió, previo pago, el derecho a tener diez o doce sinecuras al mismo tiempo. Clemente VII extrajo préstamos y subsidios «voluntarios» y acumuló diezmos eclesiásticos hasta que sus obispos, en 1392, se negaron a pagar y clavaron sus protestas en la puerta del palacio pontificio de Aviñón. Dependiendo de Francia, cedió a la corona los diezmos eclesiásticos, y en las muchas disputas que su decisión acarreó, apoyó a la corona contra el clero. Nada colmaba sus necesidades; tuvo que empeñarse con los usureros y pignorar los tesoros sagrados. A su muerte, se contó, la tiara pontificia respondía de un empréstito.

En el Imperio el efecto del cisma no fue dirimente, porque su situación era ya tan caótica que apenas pudo empeorarla. Carlos IV había tenido la previsión, antes de su muerte, de hacer coronar a su primogénito Wenceslao rey de Bohemia y emperador, pero la concordia y la unidad no salieron mejor libradas por ello. No era de sorprender que así ocurriese, puesto que Carlos había distribuido el gobierno de los territorios imperiales entre los dos hermanos de Wenceslao, un tío y un sobrino. Sus intereses chocaban a menudo, las dos casas rivales de Wittelsbach y Habsburgo estaban enemistadas, los veinte principados y pico se insubordinaban, y las ciudades,

en la defensa de sus privilegios, se coaligaban contra los nobles. La anarquía impedía que las rentas, imprescindibles para el ejercicio de la administración central, pudieran cobrarse, y la autoridad del emperador resultaba demasiado difusa para que pudiera dominar la situación.

Wenceslao IV tenía dieciocho años cuando ocupó el trono en 1378, poco después de haber acompañado a su padre en la memorable visita a París. Aunque Carlos le había educado para el mando, tenía conocimientos y hablaba en latín, francés, alemán y checo, carecía de carácter idóneo para hacer frente a las circunstancias. A despecho de sus esfuerzos iniciales para conseguir un equilibrio de fuerzas, la incesante lucha de grupos y clases, de ciudades y príncipes, nobles menores y mayores, alemanes y checos, ligas y coaliciones, creaba una red de disensiones que desafió la soberanía… y destruyó al soberano.

Figura trágica y arruinada, Wenceslao sale de las crónicas como una especie de Calibán, medio payaso, medio vicioso, criatura de semiverdades y leyendas, que reflejan la animosidad de sus diversos grupos de enemigos. Los cronistas clericales y alemanes se ensañaron póstumamente en él, porque su reinado fue el origen de la revuelta husita contra la Iglesia y el florecimiento del nacionalismo checo hostil a Alemania. La injusta ventaja de la palabra escrita triunfa en último término. Pero, aunque exageradas, las narraciones sobre Wenceslao son de tal índice que deben de encerrar un núcleo de verdad.

Según sus partidarios, fue bello y cortés; pero se le describe más generalmente como un «jabalí» que salía de noche con sus malos amigos, irrumpía en las casas de las gentes para violar a las mujeres, encerró a su esposa en un burdel y asó a un cocinero que le había servido carne quemada. Conforme a estas versiones, su padre auténtico fue un zapatero remendón, nació feo y deforme (produciendo la muerte de su madre en el parto), se ensució en la pila bautismal en el instante del bautismo, y mancilló el altar con su abundante sudor al ser coronado a la edad de dos años, augurios todos, aun cuando probablemente *ex post facto*, de reinado maldito. Sólo se sentía feliz en las cacerías, en las cuales pasaba meses enteros y en pabellones selváticos, con olvido del gobierno, prefiriendo la compañía de caballerizos y monteros, a quienes ennobleció enfureciendo a los aristócratas. Fracasó en sus intentos iniciales de defender la justicia y el orden, se hizo enemigos al favorecer una facción a expensas de otra, sus errores de juicio mostraron su ineptitud, llegó a ser incapaz de seguir de modo consistente una orientación política, rehuyó los problemas y se consoló de su incapacidad con la caza y la embriaguez.

Era común en Alemania que cualquier hombre se emborrachase hasta perder el sentido; pero Wenceslao se convirtió en alcohólico. Cada vez más irritable, malhumorado e indolente, permaneció en Praga descuidando el resto del Imperio, y sucumbió a arrebatos de cólera en los cuales, se pensó, llegó en ocasiones a «perder el mando de su razón». Se contó también que uno de sus perros, que le seguían a todas partes, mató a su primera mujer, Juana de Baviera, aunque, según otras fuentes,

murió víctima de la peste, dejando a su marido demasiado apenado —o, quizá, demasiado ebrio— para asistir al entierro. No siendo, por lo visto, tan repelente como más tarde se dijo, se casó de nuevo con otra princesa bávara, hermosísima, que sintió por él mucho afecto. No lo compartía la Iglesia, a cuyos sacerdotes exponía en la picota con sus concubinas. En su reinado acaeció el espantoso pogromo de 1389, en el que un cura que guiaba una procesión por el barrio judío de Praga, el sábado santo, recibió una pedrada de un niño judío, lo que hizo que los habitantes asesinasen a tres mil miembros de su comunidad. Cuando los supervivientes le pidieron justicia, Wenceslao declaró que tenían merecido el castigo y multó a las víctimas, no a los verdugos.

Tuvo su conflicto más famoso con la Iglesia y terminó con la canonización de su adversario. La causa fue la lucha corriente entre la autoridad temporal y la eclesiástica. La enemistad llegó al apogeo cuando el arzobispo de Praga ordenó a su vicario general, Juan de Pomuk, que confirmase la elección de un abad elegido por los monjes, en lugar del candidato preferido por el monarca. Wenceslao, en un arrebato de furia, encarceló al arzobispo, el vicario general y dos prelados más; después de libertar al arzobispo, torturó a los demás para arrancarles una confesión de los propósitos hostiles de la jerarquía eclesiástica. Enloquecido por el silencio, el rey, según se refirió, aplicó una antorcha encendida a los pies de sus víctimas. Asustado por lo que había hecho, se comprometió a perdonarles la vida con tal de que jurasen no revelar que habían sido atormentados. Juan de Pomuk estaba tan quebrantado y lastimado que no pudo firmar el juramento. Wenceslao, en su impulso de destruir las pruebas, hizo que le atasen de pies y manos y lo arrojasen desde un puente al Moldava para que se ahogase. Juan de Pomuk fue canonizado posteriormente y nombrado santo patrón de todos los puentes.

Las preocupaciones del soberano aumentaron durante el año 1390. Estaba casi constantemente embriagado, pero no incapacitado para aumentar sus posesiones a costa de los grandes nobles. De tal suerte consiguió unirlos contra él el tiempo suficiente para deponerle como emperador en 1400, aunque continuó siendo rey de Bohemia.

Las dificultades de Wenceslao no fueron sólo personales o de temperamento, sino que se debieron a la influencia del ambiente del siglo. También se había extraviado en un bosque oscuro. Como Juan II de Francia, había heredado una tarea superior a sus fuerzas en una edad en que demasiadas cosas marchaban mal. Como el gobierno, la Iglesia de su país no cumplía su misión y promovió el más vigoroso movimiento de reforma de Europa. Aceptando la doctrina de Wyclif y el nombre de Jan Hus, al que se quemaría en la hoguera como hereje en 1415, el alzamiento husita abrió el camino al protestantismo cien años después. También causó un ataque apoplético a Wenceslao, del que murió en 1419.

La febril situación de Francia se manifestó en 1389 cuando una apasionada controversia sobre la inmaculada concepción de la Virgen hizo que los dominicos

fueran acusados, como los judíos durante la Peste Negra, de envenenar los ríos, ya que no los pozos. El dominico Jean de Montson propagó la opinión de que la Virgen había sido concebida en pecado original. Le condenó la universidad de París, que sostenía la doctrina opuesta, la de los franciscanos. Cuando Montson apeló al papa Clemente, Ailly y Gerson fueron a Aviñón en busca de la aprobación oficial de su tesis. Clemente estaba ante un dilema. La opinión de Montson era la ortodoxa aprobada por santo Tomás de Aquino; si Clemente la denunciaba, su rival romano podría discutir su propia ortodoxia, y si la mantenía, se enfrentaría con la universidad y el sentimiento popular. En aquella laberíntica situación, el enojo hizo pronunciar amenazas contra los dominicos. Temiendo por su vida, Montson huyó a Roma, dejando a Clemente en libertad de proclamar la inmaculada concepción.

La devoción a la Virgen suscitaba todavía aquellos sentimientos, pero la incredulidad y la irreverencia eran comunes a fines del siglo, si se ha de prestar crédito a las quejas de los clérigos y predicadores. El sacerdote acostumbraba regañar a la grey, pero entonces aumentó el volumen de sus censuras. Muchas personas «no creían en nada más alto que el techo de su casa», se lamentó el futuro san Bernardino de Siena. El monje Walsingham informó de que ciertos barones ingleses creían que «no hay Dios y niegan el sacramento del altar y la resurrección después de la muerte, y consideran que la muerte de una bestia de carga es la misma que la del hombre». Junto a estas pruebas de entibiamiento, hay que poner la incesante serie de herencias y legados a santuarios, capillas, conventos, ermitas, y sumas destinadas a oraciones y a las peregrinaciones por poderes. Muy pocos de los que profesaban incredulidad en vida corrían riesgos en el instante del fin.

El excesivo uso de la excomunión, como castigo de incumplir el precepto pascual o de no respetar los días de fiesta, que tanto deploraron Gerson y otros reformadores, era índice del enfriamiento de la observancia religiosa. Las iglesias estaban vacías y pocos asistían a misa, escribió Nicolas de Clamanges en su gran obra *De ruina et reparatione Ecclesiae* («Sobre la decadencia y la reforma de la Iglesia»). Los jóvenes, informó, raras veces iban a los templos salvo los días festivos, y entonces sólo para contemplar las caras pintadas y los escotes de las damas, y el espectáculo de sus peinados, «inmensas torres con cuernos, de los que cuelgan perlas». Las gentes celebraban las vigilias en las iglesias, no con oraciones, sino con danzas y cantos lascivos, y los sacerdotes jugaban a los dados mientras miraban a su alrededor. Gerson deploró la misma laxitud: los hombres abandonaban los templos en pleno oficio divino para tomar un trago y «cuando oyen las campanas de la consagración, vuelven precipitadamente a la iglesia como un tropel de toros». Los juegos de azar, los juramentos y las blasfemias, escribió, se usaban durante las fiestas más sacras, y entre los altares se vendían imágenes obscenas, corruptoras de los jóvenes. Las peregrinaciones facilitaban la licencia, el adulterio y los placeres profanos.

La irreverencia en muchos casos era consecuencia de una religión tan arraigada en la vida cotidiana, que se trataba con excesiva familiaridad; pero el coro de

censuras, a punto de extinguirse la centuria, denotaba un elemento de disgusto cada vez más palpable. «Los hombres dormían en la indiferencia y cerraban los ojos al escándalo», se quejó el Monje de Saint-Denis. «Era una pérdida de tiempo hablar de los modos de reformar la Iglesia».

Sin embargo, la indiferencia, como el vacío en la naturaleza, no es la condición lógica de los asuntos humanos. Un movimiento devocional apareció en este período en las pequeñas ciudades mercantiles del norte de Holanda, en los desolados pantanos y marjales próximos a la desembocadura del Rin —como si la piedad renovada sólo pudiera surgir en un rincón remoto de la Europa desgarrada—. Sus miembros vivían en comunidad, y por ello sus vecinos los llamaron Hermanos de la Vida Común, aunque ellos se aludían con mayor sencillez, dándose el título de «devotos». Tenían el propósito de hallar la unión directa con Dios, y crear una sociedad seglar devota por medio de la predicación y las buenas obras. No eran extremistas como los anteriores Hermanos del Espíritu Libre, sino, sencillamente, como se describían, «hombres religiosos que intentaban vivir en el mundo», es decir, en el ordinario, no en el de los claustros.

Gerard Groote, fundador del movimiento, era hijo de un próspero pañero de la población holandesa de Deventer. Nacido el mismo año que Coucy, tuvo una juventud disoluta, mientras estudiaba leyes y teología en la universidad de París, donde hizo pinitos en magia y medicina, y probó el amor de las mujeres «en todos los bosques verdes y en cada monte». Pareciéndole las disputas eruditas «inútiles y petulantes», abandonó la universidad para ingresar en el clero secular, y, tras una carrera de sacerdote mundano en Utrecht y Colonia, se convirtió. Renunció a todas sus propiedades en Deventer y partió a predicar un evangelio de dedicación a Dios, que brotaba de un «núcleo íntimo de piedad» más que del bautismo y los restantes sacramentos.

Su celo, dones retóricos e impresionante personalidad atrajeron multitudes que con frecuencia no cabían en los templos. La gente acudía a escucharle desde muchos kilómetros de distancia. Cubierto de una vieja capa gris, con las ropas remendadas y llevando consigo un barril lleno de libros, con los cuales confundía a sus críticos tras el sermón, Groote predicaba el amor al prójimo y a Dios, la eliminación del vicio y la obediencia a los mandamientos de Cristo. Se dirigía al clero en latín y a los seglares en su idioma materno, en sermones que lamentaban la corrupción y profetizaban el inminente colapso de la Iglesia. Un discípulo anotaba sus palabras y otro se le anticipaba para fijar el anuncio del sermón siguiente en la puerta de la iglesia de la ciudad más próxima. Los entusiastas formaron grupos para adoptar sus principios y, poco a poco, se unieron para practicarlos, viviendo juntos en casas distintas para cada sexo.

La asociación era voluntaria, sin el voto esencial en las órdenes regulares, que compromete a quienes lo pronuncian a vivir de modo distinto al del resto del mundo. Los miembros, bajo las reglas de la *Devotio Moderna* («Devoción moderna») de

Groote, vivían en pobreza y castidad, pero, en vez de mendigar como los frailes, se ganaban la vida con la enseñanza de los niños y con dos ocupaciones que los gremios no dominaban: la copia de manuscritos y la cocina. El trabajo, creía Groote, «era maravillosamente imprescindible para que la humanidad recuperara la pureza espiritual», aunque no el comercio. «El trabajo es sagrado, pero los negocios peligrosos». Cuando murió de enfermedad en 1384, había más de cien casas de seguidores suyos en Holanda y Renania, y tres veces más mujeres que hombres.

La insistencia de las comunidades en la devolución individual, y su propia existencia sin votos o regla oficial, se convertían en crítica de las órdenes autorizadas. Una religión dirigida por la voluntad personal era más dañina, en opinión de la Iglesia, que cualquier número de infieles. El obispo de Utrecht prohibió a Groote, antes de su muerte, que predicara. Cuando otros eclesiásticos intentaron después suprimir el movimiento, sus seguidores defendieron con vigor y éxito sus principios. En el concilio de Constanza, en 1415, Gerson, al que disgustaban sus doctrinas, los defendió de la acusación de herejía. Sus comunidades sobrevivieron a causa de la simpatía que despertaban, y no sólo entre los seglares. A los dos años del fallecimiento de Groote, los Hermanos establecieron el primer monasterio auténtico, asociado a la orden de los Agustinos, aunque sin pronunciar aún votos. El movimiento fue pequeño y limitado, mas pronto produciría *La imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, el libro más leído en el catolicismo después del Nuevo Testamento.

En 1380, en la pequeña ciudad de Kempen, al sur de Deventer, un labriego tuvo un hijo de su esposa, mujer de cierta educación, pues tenía abierta escuela para niñitos. A los doce años, Tomás de Kempen —o de Kempis, como su nombre se divulgó—, ingresó en un estudio de la Vida Común en Deventer, vivió con sus condiscípulos y se incorporó al monasterio agustino asociado, donde pasó el resto de los noventa y un años de su existencia. Amante de los libros y de los rincones tranquilos, compiló los dichos y sermones de Groote y sus discípulos en una prolongada rapsodia sobre el tema de que el mundo es ilusión, y, el reino de Dios, interior; la vida espiritual interna prepara para la existencia duradera. Lo que repitió una y otra vez, con interminables variaciones y consejos, era que la vida de los sentidos carece de valor, que las riquezas, placeres y poderes mundanales —lo que más desean los hombres, y en contadas ocasiones logran—, representan un estorbo en el camino de la existencia eterna; que la salvación se halla en la sumisión de los deseos terrenales y en la lucha continua contra el pecado, para dejar espacio al amor divino; que el hombre ha nacido «con inclinación al mal», la cual ha de dominar para salvarse; que el bien reside en hacer, no en saber («Preferiría sufrir el remordimiento antes que saber definirlo»); que sólo los espíritus humildes conocen la paz («Es más seguro estar sometido que tener autoridad»); que desear algo es «hallarse atormentado al punto»; y que el hombre peregrina en la vida, el mundo es un destierro, y el verdadero hogar está con Dios.

Nada de ello fue nuevo o notable. *La imitación de Cristo* era lo que anunciaba, la imitación del mensaje de Jesús, el consuelo de los humildes, que son los más en la humanidad, y la reiteración de la promesa de que la recompensa vendrá en el más allá. Durante mucho tiempo después de la aparición del libro de Tomás, se supo tan poco sobre su autor que algunos lo atribuyeron a Jean Gerson.

En 1391 el alegato de Gerson contra la *Voie de Fait* retuvo la atención de la corte desde la hora prima hasta las vísperas. Teniendo en cuenta que la cárcel había sido el galardón de sus predecesores, su sermón coqueteó con el riesgo, pero, siendo borgoñón, gozaba de la protección del duque de Borgoña, lo que hizo posible sus palabras. Animó al rey a abandonar la *Voie de Fait* con sus «dudosas batallas y efusión de sangre», y recomendó que se recurriera a la intensificación de las oraciones y a las procesiones de penitencia. Con discreción deploró que se hubiera amordazado a la universidad acerca del concilio eclesiástico, «pues no me cabe duda de que si hubieseis sido mejor informado de lo que vuestra devota y humilde hija, la universidad de París, deseaba deciros sobre este asunto, la hubierais escuchado con agrado, y grandes bienes hubieran resultado de ello».

Indicó con audacia que el bienestar del papado estaba subordinado al de la comunidad cristiana como un todo, y que sería «intolerable» que la santa sede, instituida para bien de la Iglesia, se convirtiera en el instrumento de sus desdichas. Recurrió a la memoria de san Luis, Carlomagno, Roldán, Oliveros y los Macabeos para inspirar a Carlos VI el deseo de limpiar la mácula del cisma, tarea que Gerson no titubeó en afirmar que era más importante que una cruzada contra el islam. «¿Hay algo mayor que la unión de la cristiandad? ¿Y quién puede lograr esa unión sino el rey cristianísimo?».

Una interferencia más material que Gerson obstaculizó de momento la *Voie de Fait.* Francia no podía llevar la guerra a Italia sin la alianza o, al menos, sin la neutralidad benevolente de Florencia y Milán, perspectiva que estorbaba el hecho contundente de que ambas se hallaban en guerra. Las potencias tenían abogados en Francia. Milán se hallaba representado por Valentina Visconti, mujer de Louis de Orléans, quien soñaba con el prometido reino de Adria, que tendría que ser desgajado de los estados pontificios a cambio del apoyo francés. El sueño dependía de tener acceso a la riqueza de Milán y de la colaboración del suegro de Louis en la *Voie de Fait.* Gian Galeazzo tenía en cuenta dos asuntos principales. Era partidario del reino de Adria en manos amigas, es decir, en las de Francia, y al mismo tiempo no le agradaba que esta nación se convirtiera en una potencia en Italia. Deseaba la alianza francesa contra Florencia, pero no quería optar abiertamente por Clemente, ni comprometerse en la *Voie de Fait*. Mientras pilotaba entre aquellos escollos, tenía que deshacer la liga florentina que le amenazaba, y anular las conjuras de distintos hijos de Bernabò y sus parientes que se proponían su ruina.

En Nápoles se propagó la noticia de que el rey de Francia y el antipapa iban hacia Roma con un gran ejército para unificar la Iglesia. El propio Clemente estaba tan seguro del proyecto que había encargado altares portátiles, bastes, mantas y todo el equipo imprescindible para un traslado de importancia. El papa Bonifacio, muy alarmado, pidió a los ingleses que distrajeran a los franceses. Se presentaron en Francia, en febrero de 1391, embajadores de Inglaterra con la oferta de negociar un tratado definitivo. Se delegó a Coucy y Rivière para que conferenciasen y banqueteasen con ellos, y les «hicieran compañía». Como prueba de la seriedad de sus propósitos, los embajadores comunicaron que los tíos del rey Ricardo, Lancaster y el belicoso Gloucester, representarían a Inglaterra en las conversaciones. Francia no podía renunciar a tan importante ocasión aun a costa de posponer la *Voie de Fait*, lo que era, desde luego, el objetivo inglés. Se citaron para fines de junio y la marcha a Roma se retrasó *sine die*.

Llegado junio, los ingleses, habiendo conseguido lo que se proponían, retrocedieron al estar al borde de la paz. A petición suya, la conferencia se retrasó nueve meses, hasta el de marzo siguiente. A decir verdad, las opiniones estaban tajantemente divididas en Inglaterra. Ricardo y sus dos tíos mayores, Lancaster y York, eran partidarios de la paz, y el inquieto Thomas de Gloucester se oponía a ella de modo indomable. La generación siguiente a la de su padre había combatido en Francia sin interés alguno, y se había aminorado la noción de camaradería caballeresca subyacente. Gloucester, el hijo menor, estaba persuadido de que los franceses eran pérfidos y tramposos, y que, con legalismo y lenguaje ambiguos, habían arrebatado a los ingleses las ganancias que confirmó el Tratado de Brétigny. Se negó a la paz hasta que devolvieran «todas las poblaciones, ciudades, tierras y señoríos» que les habían arrebatado con tanta falsía, y eso sin mencionar un millón cuatrocientos mil francos que adeudaban del rescate del rey Juan.

El motivo de esta actitud era más hondo. En esencia, Gloucester y los barones de su bando se oponían a la paz, porque creían que en la guerra estaba su vocación. Detrás de ellos se hallaban los caballeros más pobres, escuderos y arqueros, que, despreocupándose de justicias e injusticias, «se inclinaban a combatir, pues era su medio de vida».

En aquel momento, el viejo aliado de Inglaterra, el duque de Bretaña, aficionado como siempre a sembrar la discordia, reinició de pronto su disputa con Francia. Descartando la fidelidad de un vasallo, se hizo cada vez más quisquilloso y presuntuoso, acuñó moneda con su propia efigie y se arrogó otros derechos de soberano independiente. Los franceses ansiaban devolverle al redil antes de la fecha de las negociaciones con los ingleses, sabiendo que su defección los colocaba en situación desventajosa. Coucy, una de las personas que aceptaba el irascible duque, logró que accediera a encontrarse con el rey y su consejero en Tours. Monfort fue Loira arriba, con una escolta de mil quinientos caballeros y escuderos, en un convoy de cinco barcos armados de cañones. Durante tres meses, de octubre a diciembre, el

encuentro se eternizó. Entre resbaladizo e intransigente, Montfort no se reducía a término alguno. Como última solución, se ofreció a Jeanne, hija del monarca de un año de edad, en matrimonio al hijo de Montfort, único modo de sujetar a Bretaña. El mismo expediente, en un pasado no muy lejano, había fracasado con Carlos de Navarra. Concluido el arreglo, Montfort regresó a sus lares «conservando todo su odio».

Estando en Tours, Coucy se vio envuelto en un asunto que resultaría, aunque de forma póstuma, amargamente irónico para él. Falleció sin descendientes dinásticos el único hijo y heredero del conde Guy de Blois, dejando enormes dominios. Louis de Orléans concentró su ilimitada codicia en aquellas tierras, que se interponían entre las suyas de Turena y Orléans. Con el rey y Coucy fue a visitar al apenado, y arruinado, padre. Guy era el antiguo rehén en Inglaterra que, para comprar su libertad, había transferido su propiedad de Soissons a Coucy por mediación del inglés Eduardo. Su desatentada prodigalidad había disipado su gran fortuna; los excesos en la comida y la bebida le habían engordado, lo mismo que a su mujer, tanto que no podía montar a caballo y asistía a las cacerías en litera. Propenso a arrebatos de furia, en una ocasión, siguiendo lo que al parecer era un hábito en el siglo XIV, había matado a un caballero con su daga. Entonces, anciano, enfermo y sin prole, le rodeaba un enjambre de litigiosos herederos presuntos.

Coucy tenía mucho ascendiente sobre él, además de ciertos derechos a su propiedad derivados de cantidades de dinero impagadas por el trato de Soissons. Como «*un grand traitteur*» (como negociante experto) ambas partes le eligieron para que tasase los dominios y arreglase su venta a Louis de Orléans. La de propiedades ligadas a estirpes se tenía por una desgracia. Si Coucy sintió repugnancia a intervenir en aquel caso —y no hay pruebas de que la sintiera—, Louis compensó sus servicios con generosidad, casi con excesiva generosidad. Cuando logró reducir el precio inicial de Blois de doscientos mil francos por sus tierras de Hainault en cincuenta mil, o sea, un veinticinco por ciento, Louis le entregó la diferencia y, al propio tiempo, le perdonó la deuda de diez mil florines que le había prestado para la campaña tunecina, «en consideración de los muchos y grandes servicios que nuestro mencionado primo nos ha hecho». Louis pagó cuatrocientos mil francos con la dote de su mujer por todos los dominios de Blois, lo que le convirtió en propietario territorial comparable a sus tíos.

Froissart, que había servido a Guy de Blois antes de que su bolsa se vaciara, emitió el severo y algo sorprendente juicio de que «el señor de Coucy fue digno de graves reproches por este asunto». Tal vez se refirió a que Coucy no debió ganar dinero en una transacción que Froissart consideró innoble. A menudo los adoradores de una casta tienen ideales más altos que sus miembros. El propio dominio de Coucy, en el colmo de la ironía, pasaría a su muerte a las manos de Orléans.

Enguerrand, que raras veces, por decir nunca, estaba en sus posesiones, volvió a sus deberes de lugarteniente general de Auvernia y Guyena en enero de 1392, y se

dirigió al norte en marzo para asistir al soberano en las importantes negociaciones de Amiens. Como fasto agüero, antes de ellas, nació el quinto hijo de Carlos e Isabeau, que ya habían perdido los dos mayores. París celebró el nacimiento con gran emoción, repique de campanas y hogueras en las plazas. La gente llenó las iglesias para agradecer a Dios el envío del delfín, y después cantó y bailó en las calles, en las que mesas cargadas de vino y comida fueron puestas a su disposición por nobles damas y ricos burgueses. El motivo de su alborozo fallecería a los nueve años, y lo mismo ocurrió a los cuatro hijos siguientes, antes de que uno de la delicada progenie sobreviviera para transformarse en el desmedrado delfín que Juana de Arco coronaría como Carlos VII.

Se tomaron medidas extraordinarias para que no estallasen disputas entre los séquitos francés e inglés capaces de turbar las conversaciones. El consejo ordenó a los súbditos franceses, bajo pena de muerte, abstenerse de insultos, comentarios provocativos, desafíos e incluso de mencionar retos. Nadie saldría de noche sin antorcha; todo paje o armígero que promoviese una riña en una taberna sería condenado a la pena capital. Cuatro compañías de mil guardas cada una vigilarían de día y de noche para impedir reuniones de índole peligrosa. Si sonaba la campana de incendios, nadie se movería de sus puestos, y se dejaría a los encargados de extinguirlos la tarea de responder a la alarma. Se recibiría a los ingleses con los «mayores honores», se los trataría con cortesía refinada y se los agasajaría sin consentir que pagasen. Los mesoneros no les pedirían dinero, sino que pasarían sus gastos al tesoro real, que se encargaría de saldarlos.

Estas precauciones expresaban no tanto deseos de paz como el ansia de que un arreglo posibilitara iniciar la *Voie de Fait* y la cruzada. Los duques de Lancaster y York mostraban un anhelo similar, pero la ausencia de Gloucester dejaba un vacío amenazador. Reconociendo la influencia de Coucy, los duques ingleses llevaron consigo a Philippa, su hija, sin duda con la esperanza de lograr su apoyo. Philippa había expresado el afán de ver al padre que apenas conocía, y Coucy se alegró de encontrarse con ella. Su hija «viajaba ricamente, pero como viuda que ha disfrutado poco de su matrimonio».

En presencia de Carlos, sentado en el trono, las negociaciones se inauguraron en la época pascual con ceremonias y magnificencias desacostumbradas, como para soportar el gran peso de su resultado. Lancaster se arrodilló tres veces al acercarse al trono, según el homenaje ritual, y el monarca le acogió con palabras cariñosas, y Borgoña y Berry con el beso de paz. El esplendor del duque de Borgoña jamás fue tan maravilloso. Vestía de terciopelo negro, bordado en la manga izquierda con una rama de veintidós rosas compuestas de zafiros y rubíes rodeados de perlas. Otro día llevó un traje de ceremonia de terciopelo carmesí, a cada lado del cual se había recamado un oso de plata, cuyo collar, bozal y traílla chispeaban de piedras preciosas. Cada gran señor francés, entre ellos Coucy, ofreció un banquete a los ingleses noche tras noche, en los que se cambiaron cortesías caballerescas y se resucitaron antiguas

amistades.

Ni las precauciones, ni las comidas gratuitas, ni el lujo bastaron para conseguir la paz. Las conversaciones duraron dos semanas, pero todos los interesados sabían que eran inútiles. La petición inglesa de más de un millón de francos atrasados del rescate de Juan recibió en contestación la demanda francesa de una compensación de tres millones como reparaciones de guerra. Pidieron incluso primero la devolución de Calais y después que se arrasara la ciudad y sus murallas para que nadie las usara. Los ingleses se negaron, pues, mientras tuvieran Calais, «tendrían la llave de Francia en el cinturón». La soberanía de Aquitania resultó tan disputada como de costumbre. Los franceses llegaron a ofrecer finalmente el pago de los atrasos del rescate de Juan y a garantizar la pacífica posesión, ya que no la soberanía, de Aquitania, a cambio de que Calais se arrasara; pero los ingleses dieron un paso atrás. No estaban seguros de aspirar a la paz. Cuando Carlos insistió en la causa de la cruzada, dijeron, como tantas veces, que carecían de poderes para llegar a un acuerdo definitivo y que debían informar a su monarca. Se redujo a cero aquella negociación, como tantas otras. La tregua se amplió otro año. ¡Qué difícil era finalizar una guerra!

El rey Carlos, debido al desengaño o a causas naturales, enfermó durante las discusiones, con fiebre alta y delirios. Llevado desde Amiens a la quietud del palacio episcopal de Beauvais, recobró pronto la salud, y en junio reanudó las cacerías y otros placeres. Nadie vio malos presagios en su enfermedad, extraña y repentina, aunque había motivos para ello.

CAPÍTULO 24

DANZA MACABRA

Jamás la historia mostró más cruelmente cuán vulnerable es una nación en la persona de su jefe que en la aflicción de Francia desde 1392.

Las circunstancias que provocaron la crisis surgieron de una lucha por el poder centrada en Clisson, el condestable. Como principal sostén del partido ministerial, era objeto de la enemistad política de los tíos reales, así como del odio incansable del duque de Bretaña. Los tíos estarían alejados del mando mientras tuviera el cargo militar neurálgico, con acceso a inmensas ventajas financieras, y se hallara asociado con los ministros y el hermano del soberano. El duque de Bretaña le temía como rival en los asuntos bretones, y le aborrecía más aún porque no le había matado cuando tuvo la ocasión. Los intereses de Bretaña y de los duques reales coincidían, en su común deseo de destruir a Clisson, y mantenían relaciones clandestinas.

Como enlace tenían a un borgoñón, emparentado con la duquesa de Borgoña y el duque de Bretaña, el siniestro Pierre de Craon, que había robado los fondos del duque de Anjou en la campaña de Nápoles. Desde entonces había burlado una orden judicial de que reembolsara lo estafado a la duquesa de Anjou, y había asesinado a un caballero de Laon, pero su influencia le hizo salir bien librado. Estos desafueros no impidieron que gozara de favor en el círculo del monarca, entregado a los placeres. Evidentemente poseía el embrujo de lo perverso. Sin embargo, encolerizó a Louis de Orléans informando a su esposa —por lo visto en un irreprimible impulso de maldad — de una pasión extraconyugal que el príncipe le había confiado. Louis incluso había llevado a Craon a visitar a la hermosa, y virtuosa, dama, que rechazó mil coronas de oro ofrecidas a cambio de sus favores. Al enterarse de la deslealtad de Craon, Louis, lleno de rabia, fue con el cuento a Carlos, quien tuvo la amabilidad de desterrar al perturbador. Craon aseguró que le expulsaban porque había intentado que Louis renunciara a las prácticas de ocultismo y a sus tratos con brujos.

Se refugió, consumiéndose de resentimiento, junto al duque de Bretaña, primo suyo. Montfort encontró el agente para intentar la perdición del condestable, quien, casado con una sobrina de la duquesa de Anjou, compartía automáticamente la mortal enemistad de la familia contra Craon. Éste, teniéndolo en cuenta, y atizado por el duque de Bretaña, se persuadió de que Clisson era el causante de su destierro, lo que bien pudo ser verdad. Se dice que el condestable descubrió la correspondencia secreta entre él y los duques. Sea como fuere, Craon «sólo alentaba para vengarse».

En la noche del 13 de junio de 1392, vuelto de tapadillo a París, Craon tendió una emboscada en una travesía por la que el condestable debía pasar camino de su *hôtel*. En la oscuridad se escondían cuarenta secuaces suyos armados, número de sobras

suficiente para abrumar a un enemigo en indumentaria civil. El código caballeresco lucía por su ausencia cuando un hombre deseaba la muerte de un conmilitón noble. Craon prefería actuar en las tinieblas antes que retar a su adversario a combate abierto. Su historial prueba que carecía de escrúpulos y de sentido moral, si bien no era el único, pues Montfort también había violado el honor, la lealtad y los restantes principios de la caballería cuando había secuestrado al condestable. Clisson, desde luego, no era un Roldán. Las normas de conducta se desintegraron en vida de aquellos hombres a consecuencia de los anarquizantes efectos de la epidemia, el bandolerismo y el cisma.

Escoltado por ocho personas, provistas de antorchas, pero no de medios para luchar, Clisson regresaba a caballo de una fiesta que el rey había dado en Saint-Pol. Trataba con sus escuderos de la cena que ofrecería al día siguiente a Coucy, Orléans y Vienne, cuando la luz de sus hachas mostró una masa oscura de hombres montados y el débil relumbre de corazas y yelmos. Los atacantes cargaron, apagando las antorchas del condestable y gritando: «*À mort! À mort!*» (¡Muera, muera!). Los auxiliares de Craon ignoraban a quién acometían, porque les habían ocultado la identidad de la víctima. Se consternaron cuando, en su excitación, su jefe se abalanzó blandiendo la espada y chillando: «¡Clisson tiene que morir!». «¿Quién sois?», preguntó el condestable. «¡Pierre de Craon, vuestro enemigo!», contestó el felón sin recato, pues estaba seguro de que le mataría y habría un cambio de gobierno.

Sus hombres se consternaron al averiguar que estaban complicados en el asesinato del condestable de Francia. Vacilaron «porque la traición carece de arrojo». Clisson se defendió desesperadamente con su daga, hasta que los múltiples tajos le desmontaron. Cayó contra la puerta de una panadería, abriéndola con su peso, en el momento en que el panadero, al escuchar el estrépito, apareció y le metió en su casa. Craon y sus esbirros huyeron convencidos de que le habían dado muerte. Los escuderos supervivientes del condestable le encontraron en la tahona cubierto de espadazos y de sangre, y aparentemente sin vida. Cuando el rey, a quien despertaron con la horrible noticia, llegó a la panadería, Clisson había recobrado el conocimiento.

«¿Cómo os va, condestable?», preguntó Carlos, aterrado de su aspecto, y Clisson repuso: «Malamente, señor». «¿Quién os hizo esto?», dijo el monarca y, al nombrar el condestable el asesino, juró que «ninguna acción recibirá la expiación de ésta, ni será castigada con mano más dura». Los cirujanos a quienes llamó, y que examinaron el férreo cuerpo de Clisson, forjado en cien combates, le prometieron que se recobraría. Llevado a su residencia, Clisson «se alegró mucho» de la visita de Coucy, al que, por ser su hermano de armas, habían avisado después del monarca.

Fracasó la orden de capturar a Craon, pues no se podían cerrar las puertas de París, desbarradas desde la insurrección. Craon, enterado de lo increíble, de que Clisson vivía, huyó de la ciudad. Galopó a uña de caballo hasta Chartres y desde allí a Bretaña. «Es diabólico —dijo a Montfort—. Creo que todos los diablos del infierno, a los que el condestable pertenece, le guardaron y libraron de nuestras manos, porque

recibió más de setenta golpes de espadas y cuchillos, y le di por muerto».

El rey Carlos, sintiéndose atacado en la persona del principal defensor del Estado, persiguió al asesino con furia implacable. Dos escuderos y un paje de Craon fueron decapitados cuando los apresaron, y el mismo fin tuvo el mayordomo de su residencia parisiense por no haber comunicado su regreso a la capital. Un canónigo de Chartres que le albergó fue privado de sus beneficios y condenado a pan y agua perpetuos en la cárcel. Las propiedades e ingresos de Craon se confiscaron en beneficio del tesoro real; se dio orden que se arrasaran sus castillos y residencias. La excitación rabiosa del soberano se contagió, como era de esperar, a sus subordinados. El almirante de Vienne, encargado de inventariar la fortuna del felón, expulsó, según se comentó, a su mujer y su hija sin más bienes que la ropa que llevaban puesta —después de violar a la joven, se rumoreó—, y se aprovechó en beneficio propio del rico mobiliario y objetos que halló en la residencia. Quizá pensó que la traición de Craon justificaba su indecencia, pero su comportamiento mereció la condena casi unánime de los nobles. Al atentado del condestable siguieron extraños excesos, como si Craon hubiera desencadenado un contagio maligno.

Los hechos fueron del asesinato a la guerra cuando el duque de Bretaña, a quien se requirió que entregase al culpable, negó saber algo acerca de él y se despreocupó del asunto. El rey, desafiado de aquella suerte, llamó a las armas. Apenas se había recobrado de su dolencia de Amiens. A menudo aparecía desconcertado y hablaba de modo inconexo. Los médicos le desaconsejaron la campaña, pero insistió a instancias de su hermano. Borgoña y Berry, que dependían del duque de Bretaña como aliado en la lucha política, se desvivieron para impedirla. El calor del parentesco medió en el conflicto con la duquesa de Borgoña, sobrina de Montfort, la cual era partidaria de éste, amén de odiar a Clisson con toda su alma. La influencia borgoñona estaba detrás del amparo concedido a Craon. De Berry se dijo que estaba enterado por anticipado de los propósitos del criminal.

Cuando se supo que el testamento de Clisson, dictado después del ataque, dejaba una fortuna de un millón setecientos mil francos, sin contar las tierras, no conoció límites la rabia celosa de los tíos del soberano, superados en frutos de la codicia. Tal fortuna —mayor que la del rey, hicieron saber— no debía de tener origen limpio. La gente estaba dispuesta a creerlo, porque Rivière y Mercier, cuya arrogancia y venalidad aborrecían, habían amasado grandes riquezas durante su intervención en el gobierno. Estos rencores y disputas bullían detrás de un rey desequilibrado que pedía la guerra.

El consejo aprobó la campaña. Los tíos, que no tuvieron más remedio que unirse al soberano, sintieron que aumentaba su aversión a los ministros. «No pensaban sino en destruirlos». El rey, acompañado de Borbón y Coucy, partió de París el 1 de julio, encaminándose al oeste en cómodas etapas, mientras los caballeros y sus hombres se unían a la marcha. La mala salud de Carlos imponía largas detenciones, y la dilación creció con la espera de los tíos. Esperando impedir el conflicto, se retrasaron y

dejaron las cosas para el día siguiente, lo que convirtió en frenesí la impaciencia de Carlos. Sin apenas comer ni beber, celebraba consejo a diario, insistiendo en el insulto que se le había inferido a través del condestable, trastornado por las oposiciones y negándose en redondo a desviarse del castigo del duque de Bretaña. La discordia, llegada con Borgoña y Berry, se extendió por el ejército, en el que los caballeros discutían los pros y los contras de la empresa. Montfort negó de nuevo saber algo de Craon, cuando se le exigió por segunda vez que lo entregase. Carlos no pudo esperar más, aunque los médicos le declararon «febril e indispuesto para cabalgar».

La marcha se inició en pleno calor agosteño en Le Mans junto a los límites de Bretaña. El soberano cabalgaba aparte para evitar el polvo por una carretera arenosa, bajo el sol cegador, vestido con un jubón de terciopelo negro y un sombrero de terciopelo rojo adornado con perlas. Dos pajes iban detrás de él, uno con su yelmo y otro con su lanza. Delante marchaban los tíos y, separados de ellos, Louis de Orléans con Coucy y Borbón. Al cruzar el bosque de Mans, un hombre rudo, descalzo y andrajoso salió de pronto detrás de un árbol y gritó con voz pavorosa, cogiendo la brida del caballo real: «¡No sigáis adelante, noble rey! ¡Retroceded! ¡Os han traicionado!». Carlos se echó atrás alarmado. La escolta arrancó la brida de su mano; pero no le arrestó porque sólo parecía un infeliz chiflado, y no le molestó siquiera cuando, durante media hora, siguió a los guerreros chillando que el monarca había sido traicionado.

Los jinetes salieron del bosque a un amplio llano al mediodía. Los hombres y caballos sufrieron bajo los rayos solares. Un paje, dormitando en su silla, soltó la lanza del rey, que chocó con vibrante sonido contra el yelmo de acero que transportaba su compañero. Carlos se estremeció; luego, de repente, desenvainó la espada y espoleó su montura, vociferando: «¡Adelante contra los traidores! ¡Quieren entregarme al enemigo!». Haciendo que su corcel caracolease y embistiese, acometió a cuantos halló en su paso.

«¡Santo cielo! —exclamó Borgoña—. ¡El rey ha enloquecido! ¡Sujetadle!». Nadie osó hacerlo. Esquivando los espadazos, pero incapaces de devolverlos contra su soberano, escaparon y se arremolinaron alrededor de Carlos, que galopaba en esta y en aquella dirección, hasta que se agotó, jadeante y cubierto de sudor. Entonces su chambelán, Guillaume de Martel, al que amaba mucho, le aferró por detrás, mientras otros le quitaban la espada, le desmontaban y le tendían con suavidad en el suelo. En él se quedó inmóvil y mudo, con los ojos muy abiertos, sin reconocer a nadie. Uno o más caballeros (su número discrepa en las diferentes versiones), a quienes había matado en su arrebato, yacían cerca de él en el polvo.

Osado como siempre, Felipe de Borgoña se hizo cargo del mando. «Hemos de volver a Le Mans —decidió—. Con esto termina la marcha a Bretaña». El rey de Francia, tumbado en una carreta de bueyes que pasó por allí, emprendió el regreso con una desconcertada escolta, algunos de cuyos componentes ya pensaban

intensamente en el futuro. Sin más señal de vida que los latidos de su corazón, Carlos estuvo en coma cuatro días en el lecho que consideró el de su muerte. Sus médicos no daban esperanzas, y otros a quienes se consultó —los de Borgoña, Orléans y Borbón —, estuvieron de acuerdo, tras una consulta, que su ciencia nada podía hacer por él.

Al extenderse el rumor terrible de la locura del rey, todos comentaron que habían intervenido en ella la brujería y el veneno, y la emoción popular creció tanto que hubo de exponerse al público la habitación del enfermo. La llenaron las lágrimas y el dolor de quienes esperaban la desaparición del monarca, y «todos los buenos franceses lloraron como si fuera hijo unigénito, pues la salud de Francia estaba ligada a la del rey». Curas sollozantes dirigieron las oraciones, obispos descalzos fueron al frente de procesiones, llevando figuras de cera, de tamaño natural, del soberano a las iglesias, y el pueblo acumuló sus ofrendas sobre reliquias de comprobados poderes curativos, y se prosternó ante Cristo y los santos pidiendo una curación.

Pocos creyeron que la enfermedad tuviera causas naturales. Algunos vieron su origen en la cólera divina por el fracaso del rey en tomar las armas para poner fin al cisma; otros, en un aviso de Dios para que no se hiciera lo anterior; y otros, en el castigo del cielo por los abrumadores impuestos. Muchos la atribuyeron a la brujería, tanto más cuanto que aquel verano una gran sequía secó los estanques y ríos, haciendo que el ganado muriera de sed, cesase el transporte fluvial y los mercaderes experimentasen las peores pérdidas de los últimos veinte años.

También afloró la creencia en una conspiración. Se cuchicheó contra los duques. ¿Por qué no se había capturado e interrogado al «fantasma del bosque»? ¿Lo había puesto allí el duque de Bretaña o los tíos para que el soberano retrocediera? ¿Se debía la locura a la cólera excesiva del rey ante el retraso de los duques? Para aquietar las sospechas públicas, Borgoña celebró una investigación oficial, en la que los médicos reales atestiguaron la anterior dolencia de Carlos.

Coucy había mandado llamar a su médico personal, el más venerado y sabio de Francia, Guillaume de Harsigny, natural de Laon, de noventa y dos años de edad, la misma que el siglo. Después de licenciarse en la universidad de París, había viajado mucho para ampliar sus conocimientos, estudiado en El Cairo y Salerno, y regresado cargado de fama a su Picardía nativa. No ignoraba nada sobre las enfermedades humanas. Bajo sus cuidados —o gracias a un proceso natural que coincidió con ellos —, remitió la fiebre del rey y hubo intervalos de cordura, en los que el desdichado joven, que no había cumplido aún veinticinco años, reconoció con horror lo que le había acontecido. Al cabo de un mes estaba lo suficientemente repuesto para que Harsigny le llevase al castillo de Creil, situado en alturas contiguas al río Oise, donde respiraría «el mejor aire de la región de París». La corte se alborozó y colmó de elogios al médico de Coucy.

En los primeros cuatro días, en los que se esperó que Carlos falleciera, los tíos pudieron actuar contra los ministros. «Ahora ha llegado el momento en que les pagaré con su misma moneda», dijo Berry. En la fecha del arrebato real alguien, con

clara noción de las mudanzas de la fortuna, avisó a los ministros para que desaparecieran. Y al día siguiente, estando en Le Mans, Berry y Borgoña, reclamando la autoridad por ser los parientes mayores del monarca, aunque Louis tenía mejores títulos en aquel sentido, disolvieron el consejo, licenciaron el ejército y tomaron las riendas del gobierno. Dos semanas más tarde, ya en París, nombraron un consejo a su gusto, el cual cedió el mando a Felipe de Borgoña con el pretexto de que Louis era demasiado joven, y depuso a los Marmosets mediante un proceso judicial. Rivière y Mercier, que se habían opuesto a abandonar el poder en el momento adecuado, fueron encarcelados, y sus tierras, casas, muebles y fortunas confiscados. Un colega más despierto, Jean de Mongu, supuesto hijo natural de Carlos V, se dirigió con sus bienes a Aviñón en cuanto se enteró del ataque del soberano.

La facilidad del proceso resulta casi desconcertante. Sólo la ofuscación del rey y las heridas de Clisson lo hicieron posible. Rivière y Mercier no tenían poder independiente sin el apoyo de la autoridad regia; no se había nombrado regente alguno para el delfín de seis meses; y Louis careció de la seguridad y la decisión imprescindibles para actuar, si bien hubiera tenido el mando en caso de que Borbón, Coucy y el resto del consejo hubiesen querido enfrentarse con los duques. Fue obvio que no estaban interesados en ello. No podían estar seguros de contar con apoyo militar, porque los nobles principales no formaban un frente coherente. En la incertidumbre del estado del rey, nadie sabía hacia qué parte se decantaría el poder. Sobre todo, el condestable se hallaba *hors de combat* (fuera de combate).

Con instinto certero, Coucy tomó pronta decisión, al parecer, porque el 25 de agosto aceptó la misión, en compañía de Guy de Tremoille, chambelán de Borgoña, de informar al duque de Bretaña que había cesado la guerra contra él. Su intervención en el destino de Rivière y Mercier fue más dudosa. Aunque había colaborado con Rivière durante quince años en distintas misiones, Coucy formó parte del grupo que apresó a su antiguo compañero en el castillo al que había huido antes de que se pronunciase la orden de captura. Se dijo que el propio Rivière abrió la puerta a sus apresadores. Diez años más tarde, muertos ya su marido y Enguerrand, la viuda de Rivière acusó a Coucy de haberse apoderado de cofres llenos de oro y plata, y de los tapices del castillo, pero tales cargos no se formularon en vida de los protagonistas.

En cambio, en el caso de Mercier, Coucy se benefició abiertamente. Para que les estuviese obligado, los duques le concedieron el principal castillo de Mercier, el de Nouvion-le-Comte, en la diócesis de Laon, con todas sus rentas e ingresos. La cesión a un noble de los bienes confiscados a otro era medio rutinario de conseguir lealtades. Prescindiendo de si Coucy sintió remordimientos de conciencia, haber rehusado le hubiera manifestado contrario declarado de los duques.

En la cárcel, Rivière y Mercier esperaron a diario el tormento y la ejecución, suerte habitual de quienes perdían el poder. El primero dio muestra de estoicismo, pero el segundo, se contó, lloró tanto que casi encegueció. La gente acudía todos los días a la plaza de Grève en espera de ver la ejecución de los prisioneros. «Prudente,

frío y previsor», Borgoña no impuso la pena capital. Prefirió ser circunspecto, mientras hubiese probabilidad de que Carlos recobrase la soberanía. El rey, en cuanto mejoró, exigió la liberación de sus antiguos consejeros y la opinión pública, por amor y piedad del monarca, se decantó a su favor. Recordó entonces que Rivière siempre había sido «amable, cortés, bonachón y paciente con los plebeyos». Al cabo de dieciocho meses de cárcel, ambos ministros recibieron la libertad y fueron desterrados de la corte, aun cuando se les devolvieron sus propiedades, incluida sin duda la adquisición efímera de Coucy.

Borgoña triunfaría sobre todo al eliminar a Clisson. El condestable le forzó la mano al presentarse a él con la pregunta de qué medidas habría de tomar para el gobierno del reino. Felipe le miró con aire maligno y le dijo entre dientes: «Clisson, Clisson, no os preocupéis de eso. El reino será gobernado sin vuestro cargo». Después, incapaz de disimular la verdadera fuente de su enojo, le preguntó de «dónde diablos» había sacado tan gran fortuna, superior a la suya y la de Berry juntas. «¡Desapareced de mi vista! —estalló—. ¡Si no fuera por mi honor, os arrancaría el otro ojo!». Clisson volvió muy pensativo a su casa. Aquella noche, al amparo de la oscuridad, salió con dos servidores por la puerta trasera de su *hôtel* y fue a su castillo de Montlhéry, al sur de París, en el que podría defenderse.

Rabioso de su huida, Borgoña eligió de nuevo a Coucy como agente contra su propio hermano de armas. Fue nombrado con Guy de Tremoille jefe de una compañía de trescientas lanzas, en la que había bastantes viejos camaradas del condestable, con la orden de marchar por cinco caminos distintos y la de no regresar sin Clisson, muerto o vivo. Desde luego, no fue una decisión muy inteligente, porque Clisson, avisado por los amigos que tenía en la compañía, escapó a su fortaleza de Josselin, en Bretaña, donde, en tierra conocida, podría sostener los ataques. Su huida capacitó a Borgoña para convertirle en cabeza de turco. Se le juzgó en ausencia, se le condenó como «falso y perverso traidor», se le retiró el cargo de condestable, se le desterró y se le impuso una multa de cien mil marcos. Louis de Orléans se negó a ratificar las diligencias, pero en el ínterin no desafió con franqueza a sus tíos.

Una vez más se ofreció a Coucy la espada de condestable, porque Borgoña ansiaba tenerle en su bando. Si el puesto no le había atraído en los últimos días de Carlos V, menos le atraería entonces; además, quiso aprovecharse de la caída de un amigo. Se «negó en rotundo» a aceptarlo, «incluso aunque se viera forzado a abandonar Francia». Pero no hubo de cumplir la amenaza. Ante su obstinada negativa, los tíos concedieron el puesto al joven conde d'Eu, según se comadreó, para que se enriqueciera y pudiera casarse con la hija de Berry.

El rey pareció haber recobrado la salud a fines de septiembre gracias al médico de Coucy. Escoltado por éste, efectuó una romería en acción de gracias a Notre-Dame-de-Liesse, pequeña iglesia de Laon que conmemoraba el milagro de los tres cruzados picardos que, siendo cautivos de los sarracenos, habían convertido a la hija del sultán y, habiéndole entregado una imagen de la Virgen, fueron transportados por el aire con

la princesa a su tierra natal. Carlos regresó a través de Coucy-le-Château, donde cenó el 4 de octubre en compañía del duque de Borgoña y, siempre con la escolta de Enguerrand, rezó en Saint-Denis en el camino de vuelta a París. Bajo el nuevo régimen, Coucy continuó ocupando un puesto importante en el consejo, y repartió su tiempo entre sus sesiones y sus funciones de lugarteniente general de Auvernia.

El sabio y anciano Harsigny desoyó las súplicas y las ofertas de riquezas para que se quedase en la corte, y se empeñó en retornar a su tranquila casa de Laon. Le recompensaron con dos mil coronas de oro y el privilegio de emplear cuatro caballos de las caballerizas reales siempre que deseara visitarles. Jamás lo hizo. Murió varios meses después, dejando una estatua impresionante e histórica.

La tumba de Harsigny fue la primera de su género en el culto de la muerte, legado del siglo XIV. La imagen marmórea no le presenta a los treinta y tres años, en la flor de la vida, como era costumbre, con la esperanza de la resurrección, porque los elegidos suponían que volverían a la vida a la misma edad que Jesucristo. Siguiendo sus instrucciones detalladas, la efigie es la imagen del cadáver en el interior del ataúd. El cuerpo yacente aparece exactamente como un muerto, desnudo, en la extrema delgadez de los longevos, con la piel arrugada sobre los huesos, las manos cruzadas sobre los órganos genitales, en recia confesión de la inanidad de la vida terrena.

Antes de separarse de su regio paciente, Harsigny le recomendó que no admitiese la carga de las responsabilidades estatales. «Os lo devuelvo sano —dijo—. Pero tened cuidado de no preocuparle o irritarle. No tiene todavía la mente muy fuerte; pero mejorará poco a poco. No le carguéis de trabajo. El placer y el olvido serán lo mejor para él». El consejo convenía a los duques. Rey sólo de nombre, Carlos reapareció en París para entretenerse con las damas en los jardines de Saint-Pol y disfrutar de las diversiones y festejos que organizaban todas las noches su mujer y su hermano. La frivolidad abundaba contra la locura, y los tíos no se entrometieron, «pues mientras la reina y el duque de Orléans bailasen, no eran peligrosos ni siquiera molestos».

Los suministradores de la corte y los prestamistas prosperaban, piezas de misterios y magos llenaban todas las horas, brujos e impostores encontraban credulidad ilimitada y las modas se exageraban, en especial en los peinados. Los jóvenes se rizaban las crenchas y se arreglaban la barba en dos puntas, y las complicadas trenzas, que las damas se aplicaban como conchas sobre las orejas, llegaron a ser tan enormes y fantásticas que tenían que andar de lado al cruzar las puertas. La reina Isabeau y su cuñada Valentina competían en novedades y opulencia; los vestidos se cargaban de joyas, orlas y emblemas inverosímiles. El pueblo murmuraba en las tabernas de la prodigalidad y la licencia. Apreciaban al joven soberano, a quien llamaban por su afabilidad, largueza y don de gentes Carlos el Bienamado (*le Bien-aimé*), pero condenaban a las «extranjeras» de Baviera e Italia, y a los tíos, que permitían disipaciones inconvenientes para el rey.

Colocados al frente de la corte cuando apenas eran unos chiquillos, Carlos y Louis no sentían la preocupación de su padre por la dignidad de la corona; no poseían

disciplina ni sentido del decoro. Desprovistos de graves responsabilidades, las buscaban en lo ficticio. Los juegos de los adultos exigen nuevos excesos constantes para ser divertidos.

La noche en que culminaron de modo horrible, Coucy se hallaba en Saboya aplicando su talento de negociador para componer una tremenda disputa familiar, que había dividido a la dinastía gobernante y todas las familias nobles con ella emparentada, y creado una crisis de hostilidad que ponía en peligro el paso de la marcha sobre Roma. La cuestión, que enzarzaba a la parentela ducal, y comprendía derechos de dote y de propiedad, se derivaba del hecho de que el Conde Rojo, Amadeo VII, fallecido hacía poco a la edad de treinta y un años, había dejado la tutela de su hijo a su madre, hermana del duque de Borbón, en vez de a su esposa, hija del duque de Berry. Transcurrirían tres meses antes de que Coucy y Guy de Tremoille lograran proponer un tratado que puso término al enorme y desproporcionado alboroto, y dejó a las condesas rivales en «acuerdo apacible con sus súbditos».

El martes anterior a la Candelaria (28 de febrero de 1393), cuatro días después de la partida de Coucy, la reina ofreció un baile de disfraces para celebrar la boda de una de sus damas favoritas, que había enviudado ya dos veces. La renovación del enlace conyugal de una mujer, según ciertas tradiciones, se convertía en ocasión de burla y a menudo se festejaba con toda clase de libertades, disfraces, desórdenes y estruendo de música desafinada y entrechocar de címbalos en el exterior de la cámara nupcial. Aunque fuese un uso «contrario a toda decencia», censuró el Monje de Saint-Denis, Carlos había dejado que sus disolutos amigos le persuadieran de que interviniera en la cencerrada.

Seis jóvenes, de los que formaban parte el rey e Yvain, bastardo del conde de Foix, se disfrazaron de «salvajes de la selva», con vestidos de tela cosidos sobre sus cuerpos y empapados de resina o pez para retener hebras de cáñamo, «a fin de parecer hirsutos y peludos de la cabeza a los pies». Las caretas ocultaban su identidad. Conscientes del peligro que corrían en las salas iluminadas con hachas, prohibieron que nadie entrara con una antorcha encendida durante la danza. Había un elemento de riesgo, análogo al de la ruleta rusa, el desafío a la muerte que siempre ha sido la tentación de la juventud aristocrática y decadente. Hay modos de comportamiento que apenas varían en el decurso de los siglos. Además, existía una veta de sevicia en convertir en uno de los actores a un hombre separado de la locura por un límite impalpable.

El inventor de la broma, «el más cruel e insolente de los seres humanos», era Huguet de Guisay, aceptado en el círculo real por sus descabelladas ocurrencias. Era hombre de «vida perversa» que «corrompía y aleccionaba a los jóvenes en el desenfreno», y odiaba y despreciaba a los plebeyos y pobres. Los llamaba perros, y los forzaba a imitar sus ladridos con golpes de espada y latigazos. Si un criado le desagradaba, le obligaba a tumbarse en el suelo y, poniéndose de pie sobre su

espalda, le martirizaba con las espuelas, gritando «¡Ladra, perro!», en respuesta a sus gritos de dolor.

Los disfrazados de la «danza de los salvajes» brincaron delante de los asistentes, imitando los aullidos de los lobos y haciendo ademanes obscenos, mientras los presentes trataban de descubrir su identidad. Carlos gesticulaba y se agitaba delante de la duquesa de Berry, de quince años de edad, cuando Louis de Orléans y Philippe de Bar, llegando de una orgía, entraron en la sala con antorchas, a pesar de la prohibición. Bien para descubrir quiénes eran los bailarines, bien para retar al peligro deliberadamente —difieren las explicaciones del episodio—, Louis alzó una antorcha sobre los monstruos saltarines. Se desprendió una chispa, una llama lamió una pierna, y uno de los bailarines ardió y después otro. La reina, única en saber que Carlos formaba parte del grupo, lanzó un chillido y se desmayó. La duquesa de Berry, que había reconocido al soberano, le echó encima su falda para protegerle de las chispas y le salvó la vida. La estancia resonó con los sollozos, gritos de horror y alaridos de los que se quemaban. Los invitados que intentaron extinguir el fuego y arrancar la tela de las víctimas sufrieron graves quemaduras. Aparte el rey, el señor de Nantouillet logró salvarse arrojándose al gran recipiente en el que se refrescaba el vino. El conde de Joigny murió allí mismo, e Yvain de Foix y Aimery Poitiers dos días más tarde, en medio de espantosos sufrimientos. Huguet de Guisay agonizó durante tres, y maldijo e insultó a sus compañeros de mascarada, a los muertos y los vivos, hasta el último instante. Los plebeyos acogieron su ataúd, cuando se transportó por las calles, con el grito de «¡Ladra, perro!».

El horrendo suceso, que siguió tan de cerca la locura del monarca, fue como un signo de admiración puesto a la maligna serie de acontecimientos que atormentaron aquellos cien años. La salvación providencial de Carlos «llenó de conmoción» a París, y la cólera sacudió a los ciudadanos ante la aterradora frivolidad que había arriesgado la vida y el honor del rey. Si hubiera muerto, dijeron, la gente hubiera matado a los tíos y todos los cortesanos; «no se hubiera librado de la muerte ni un solo caballero en París». Alarmados por estos amenazadores sentimientos, que tenían el eco de la sublevación de los maillotins, ocurrida apenas diez años antes, los tíos convencieron a Carlos de que efectuase una procesión a Notre-Dame para apaciguar a los parisienses. Detrás del rey, que iba a caballo, anduvieron descalzos sus tíos y su hermano como penitentes. Louis, agente involuntario de la tragedia, era criticado por sus costumbres disolutas. Edificó como expiación una capilla a los celestinos, con maravillosos vitrales, ricos vasos para el altar y fondos para oraciones perpetuas. Pagó todo con las rentas que el rey le había otorgado de las propiedades confiscadas a Craon, lo que plantea la cuestión de qué alma trató de salvarse.

La mascarada fatal llegó a conocerse con el nombre de *Bal des Ardents* (Baile de los que ardieron), pero también hubiera podido llamarse la *Danse Macabre* (Danza

macabra), según una pieza teatral sobre el tema de la muerte que se había puesto de moda. De origen incierto y de significado inseguro, el vocablo «macabro» apareció por vez primera en escrito en un poema de 1376, obra de Jean le Fèvre, canciller de Anjou, que contenía el verso «*Je fis de Macabré la danse*» (Hice la danza de Macabré). Quizá se derivó de una más antigua *Danse Machabreus*, es decir, «de los Macabeos», o de la semejanza de la palabra hebrea que denota a los enterradores, y el hecho de que los judíos tenían el oficio de sepultureros en la Francia medieval. El baile probablemente se desarrolló bajo la influencia de la epidemia recurrente, como una representación callejera que ilustrase la sumisión de todos a la Muerte, la gran niveladora. En pinturas murales de la danza en la iglesia de los Innocents en París, quince parejas, religiosas y laicas, desde el papa y el emperador hasta el monje y el campesino, el fraile y el niño, participan en la procesión.

«Adelantaos, veos en nosotros», dicen los versos que las acompañan, «muertos, desnudos, podridos y hediondos. Así seréis… Vivir sin pensar en este riesgo de condenarse… Poder, honor, riquezas, nada son; en la hora de la muerte sólo cuentan las buenas obras… Todos debemos pensar al menos una vez al día en este aborrecible final», para que recuerden las buenas acciones y la asistencia a misa si desean redimirse y eludir «el espantoso dolor del infierno sin fin, el cual resulta inexpresable».

Cada figura recita su parte: el condestable sabe que la muerte arrastra hasta los más bravos, incluso a Carlomagno; el caballero, al que antaño amaron las damas, sabe que no bailará más con ellas; el abad obeso, que «los más gordos se corrompen antes»; el astrólogo, que su ciencia no le salvará; y el labrador que pasó su vida con preocupación y trabajo, y a menudo deseó morir, ahora, cuando le llega el momento, preferiría estar penando en los viñedos, «incluso padeciendo lluvia y viento». Se reitera una y otra vez que aquí estás tú y tú y tú. La imagen cadavérica que dirige la procesión no es la Muerte, sino el Muerto. «Eres tú mismo», dice la inscripción al pie de las pinturas murales de la danza en La Chaise-Dieu de Auvernia.

El culto a la muerte llegaría a la cima en el siglo XV, pero tuvo su fuente en el XIV. Parecía que hubiera debido convertirse en algo banal, puesto que se hallaba todos los días a la vuelta de la esquina; pero ejercía una fascinación melodramática. Se hacía hincapié en los gusanos, la putrefacción y los detalles horrendos. Otrora la idea dominante en la pérdida de la vida era el viaje espiritual del alma; entonces parecía importar más la podredumbre del cuerpo. Las efigies de los primeros siglos descollaban por su serenidad, con las manos juntas en plegaria y los ojos abiertos, en espera anticipada de la existencia eterna; entonces, siguiendo el ejemplo de Harsigny, los grandes prelados se hacían representar con frecuencia, con detalles realistas, como cadáveres. Para lograrlo, se sacaban mascarillas del rostro y moldes de cera del difunto, lo que tuvo la condición de retrato y ofreció la posibilidad de conocer los rasgos personales. El mensaje de las tallas era el de la Danza Macabra. Sobre el enteco y desnudo cuerpo del cardenal Jean de La Grange, que falleció en Aviñón en

1402, el epitafio dice al observador: «Así pues, miserable, ¿hay motivo para enorgullecerse?».

El culto a lo lúgubre transformó en las décadas venideras el cementerio de los Innocents, en París, con la Danza Macabra pintada en las paredes, en el lugar de inhumación más codiciado y centro favorito de reuniones de la ciudad. Osarios en los cuarenta y ocho arcos del claustro fueron donados por burgueses ricos y nobles —como Boucicaut y Berry— para contener sus restos. Como veinte parroquias tenían derecho a sepultar en los Innocents, se desenterraba continuamente a los muertos viejos y sus lápidas se vendían para dar cabida a los recientes. Las calaveras y los huesos, que se apilaban debajo de los arcos claustrales, atraían a curiosos y eran prueba de la nivelación definitiva. Tuvieron cabida tenderetes de todo género dentro del claustro y alrededor de él; allí buscaban clientes las prostitutas, allí encontraban mercado los alquimistas, allí los galanteadores tenían sus citas, y allí entraban y salían los perros. Los parisienses recorrían los osarios, contemplaban los entierros y exhumaciones, miraban las pinturas murales y leían sus versos. Asistían a sermones que duraban un día entero y se estremecían cuando el Muerto, tocando su cuerno, entraba por la calle de Saint-Denis, al frente de su procesión de bailarines espantosos.

El arte se ceñía a lo lúgubre. La corona de espinas, pocas veces remedada hasta entonces, se transformó en un instrumento realista de dolor y arrancó sangre en las pinturas de la segunda mitad del siglo. La Virgen adquirió siete dolores, desde la huida de Egipto a la muerte de su Hijo, inerte en su regazo. Claus Sluter, escultor del duque de Borgoña, hizo conocer por primera vez la Piedad en Francia, en 1390, con su obra destinada al convento de Champmol en Dijon. Simultáneamente, aparecieron los rostros juguetones y sonrientes de las llamadas Vírgenes Bellas con sus dulces trajes y niños felices. La pintura secular es alegre y exquisita; la Muerte jamás enturbia aquellas líricas figuras debajo de las torres encantadas.

La epidemia reapareció por cuarta vez en 1388-1390. Las anteriores recidivas habían afectado sobre todo a los niños que no habían logrado inmunizarse; pero, en aquella cuarta manifestación, una generación de adultos cayó en su poder. Por entonces, la población europea se había reducido en un cuarenta o cincuenta por ciento de lo que había sido al principio de la centuria, y aún se reduciría más a mediados del siglo XV. La gente de la época en contadas ocasiones menciona esta notabilísima disminución, que debió de ser patente en el descenso del comercio y de las áreas cultivadas, en las abadías e iglesias abandonadas, o incapaces de mantener los servicios litúrgicos por falta de medios, y en los distritos urbanos destruidos por la guerra y que permanecieron arruinados durante sesenta años.

Por otro lado, pudiera ser que cuantas menos personas había tanto mejor se comía y más dinero circulaba proporcionalmente. Siempre hay contradicciones. Se tienen pruebas de la prosperidad de los negocios junto a las de decadencia del comercio. Un mercader italiano, fallecido en 1410, dejó cien mil documentos de correspondencia con agentes de Italia, Francia, España, Inglaterra y Túnez. La clase mercantil tenía

más numerario a su disposición que antes, y sus gastos promovieron las artes, las comodidades y el progreso técnico. El siglo XIV no fue estéril. Los talleres de tapicería de Arras, Bruselas y el famoso de Nicolas Bataille en París produjeron maravillas que arrebataron la primacía a los vitrales en las artes decorativas. Las cartas marinas alcanzaron gran eficacia, y eliminaron a los monstruos de los ángulos para introducir líneas costeras más precisas e indicaciones náuticas. El dinero burgués creó un público para los escritores y poetas, y estimuló la literatura con la adquisición de libros. Se emplearon varios millares de escribas en copiar obras a petición de los veinticinco libreros y *stationarii* (propietarios de tenderetes) de París. El flamígero en la arquitectura, con su pléyade de pináculos, nichos y arbotantes exornados y cincelados, expresó no sólo exuberancia técnica, sino también la negativa e incluso el desafío a declinar. ¿Cómo reconciliar el pesimismo con la catedral de Milán, filigrana de piedra, que se inició en el último cuarto de aquel siglo?

Los efectos psicológicos resultan más claros que los físicos. Jamás se escribió tanto sobre la *miseria* de la vida del hombre, y la percepción de que disminuía el número de los vivos, aunque no se mencionase, fomentó el pesimismo sobre el destino humano. «Dios sabe lo que sucederá de aquí en adelante», sentenció John Gower en Inglaterra en 1393:

> *Porque ahora en esta marea*
> *los hombres ven el mundo por doquier*
> *de modos tan diversos alterado,*
> *que en verdad se halla invertido.*

Para los hombres de negocios, lo mismo que en el caso de los poetas, la incertidumbre de la época apenas daba pie a confiar en el futuro. Las cartas de Francesco Datini, comerciante de Prato, le delatan en constante temor de guerra, pestilencia, hambre e insurrección, y desconfiando de la estabilidad del gobierno y de la honradez de sus colegas. «La tierra y el mar están llenos de ladrones», escribió a un socio, «y la mayor parte de la humanidad tiene mala disposición».

Gerson creyó vivir en un mundo senil, porque la sociedad, como un delirante, sufría fantasías e ilusiones. Como otros, sentía que se acercaba la llegada del Anticristo y el fin de la Tierra, a la que seguiría otra mejor. El pueblo tenía esperanza en la promesa del *Apocalipsis* de que en las postrimerías aparecería un gran emperador —un Carlomagno, un Federico II, un mesías imperial—, que, unido a un papa angélico, reformaría la Iglesia, renovaría la sociedad y salvaría a la cristiandad. Los eclesiásticos y moralistas apocalípticos insistían más que nunca en la vanidad de las cosas mundanales, aunque sin apagar de modo visible el deseo de posesiones y el orgullo de tenerlas.

El clero tenía el deber de recalcar su opinión pesimista sobre el destino del

hombre con el fin de despertar la necesidad de salvarse. No fue invento del siglo XIV. El cardenal de Ailly pensó que llegaba el Anticristo, como santo Tomás de Aquino cien años antes. El devoto se desalentaba ante la corrupción de la Iglesia, lo mismo que en 1040 un monje cluniacense, que escribió: «Pues cuando la religión se ha extinguido entre los pontífices…, ¿qué debemos creer salvo que toda la raza humana, raíz y tronco, se desliza voluntariamente de nuevo hacia el abismo del caos primordial?». Si en un período deleznable la frase favorita de Mézières era «Las cosas de este mundo cambiante van siempre de mal en peor», repetía el eco de Roger Bacon, quien había afirmado en 1271, en el ápice de un período dinámico: «Más pecados señorean en estos días que en cualquier tiempo pasado…, la justicia perece, la paz entera se quiebra».

Por lo tanto, no se trataba de sentimientos nuevos; pero los del siglo XIV eran más dominantes y condenatorios de la estirpe humana. «Las edades pretéritas tenían justicia y rectitud; hoy sólo reina el vicio», se lamentó Deschamps. Discutiendo los fallos de la caballería, Christine de Pisan se preguntó cómo se podía fiar de los salvoconductos, «en vista de la escasa verdad y lealtad que en este día hay en el mundo». Dijo en otra parte: «Todas las buenas costumbres desaparecen y las virtudes se reducen. El saber, que antaño gobernó, ahora carece de importancia». Su queja tenía cierta base, porque incluso la universidad vendía títulos en teología a candidatos mal dispuestos a emprender estudios largos y difíciles, o temerosos de fracasar en los exámenes. Se concedió a otras universidades la autorización de otorgar grados, y hasta a poblaciones que carecían de ella, lo que motivó la frase sarcástica de «¿Por qué [graduarse] en una pocilga?». Había la moda de criticar a la época por decadente, pero la decadencia se tenía como algo real. Era insistente la sensación de que la moral degeneraba. Los poetas escribían para los mismos círculos que censuraban, y debieron de tocar en lo vivo a algunos, que aceptaron sus críticas. Deschamps, que jamás dejó de rezongar, fue nombrado chambelán de Louis de Orléans en 1382.

Todos los órdenes de la vida merecían reproche. Gower, impresionado hasta lo hondo por la revolución de los campesinos, escribió una lamentación sobre la depravación de la edad titulada *Vox Clamantis* («La voz que clama»), en que denuncia una «múltiple pestilencia de vicios» tanto entre los pobres como entre los ricos. El autor anónimo de otra acusación llamada *Vicios de los diferentes órdenes de la sociedad*, encontró a todos igualmente culpables: la Iglesia sumida en el cisma y la simonía, el clero y monjes hundidos en tinieblas, los reyes, nobles y caballeros entregados a los placeres y la rapiña, y los mercaderes abrazados a la usura y el fraude; la ley es criatura del soborno; y los plebeyos, envueltos en la ignorancia y oprimidos por ladrones y asesinos.

La humanidad se hallaba en un reflujo de la historia. A mediados del siglo la Peste Negra había motivado la cuestión de la hostilidad divina al hombre, y los acontecimientos ocurridos desde entonces habían dado muy pocos motivos de tranquilidad. Para los contemporáneos la miseria de la época venía del pecado, y,

ciertamente, el pecado de la codicia y el de la inhumanidad abundaban. En la cuesta abajo de la Edad Media, el hombre había perdido la confianza en su aptitud para organizar una sociedad buena.

El afán de que hubiera paz y se terminase el cisma se expresaba a voces por doquier. Un notario de Cahors dijo en este período que en los treinta y seis años de su vida jamás había conocido una diócesis que no fuera víctima de la guerra. Los observadores sesudos, conscientes del mal que producía a la sociedad, pidieron la paz como la única esperanza de reforma, de reunificar la Iglesia y de resistir a los turcos, que habían llegado al Danubio. En su *Sueño del viejo peregrino*, escrito en 1389 para convencer a Carlos VI y Ricardo II de que hicieran la paz, Mézières dibuja una patética, una dramática imagen de una anciana harapienta, de greñudo cabello gris, apoyada en un bastón y portadora de un librito roído por las ratas. Se llamó Devoción y en aquel instante Desesperación, porque los moradores de su reino son esclavos de Mahoma, el comercio cristiano peligra y los baluartes orientales de la cristiandad se hallan amenazados por los enemigos de la Fe.

«*Veniat Pax!*» (¡Haya paz!), el grito del famoso sermón que Gerson predicó quince años después, ya sonaba en los espíritus de la gente. Pocos sabían por qué se guerreaba. En Inglaterra, Gower no la concebía ya como un conflicto justo, sino como el que prolongaban los señores codiciosos con los ojos puestos en los beneficios. Pidió que renunciasen a ella «para que el mundo se apacigüe». Los campesinos franceses hablaban de la guerra mientras cosechaban, si ha de prestarse crédito a Deschamps. «Ha durado demasiado —dice Robin—. No conozco a nadie que no la tema. Desde luego, todo ese negocio no vale un pepino». «No obstante», replica Enrique el Jorobado, con triste sensatez,

Cada uno habrá de abrazar el escudo,
pues no tendremos paz hasta que nos restituyan Calais.

Éste es el estribillo de cada estrofa, y la carne viva del asunto. Los gobernantes de Francia, no obstante su ansiedad para que terminase la situación bélica, no estaban dispuestos a una paz permanente que dejase la puerta de Calais en poder inglés.

Para el duque de Borgoña, la paz era la premisa para restablecer el comercio entre Flandes e Inglaterra. Sin duda, con su aprobación, apareció en la corte un hombre santo, Robert el Ermitaño, protegido de Guillaume Martel, chambelán del rey, para anunciar que la paz era un mandato del cielo. El Ermitaño explicó que, regresando de Palestina, una voz había brotado de una espantosa tempestad marina para decirle que se salvaría del peligro y que, al desembarcar, se presentase al rey encomendándole que hiciera la paz con Inglaterra, y avisándole que serían castigados cuantos se

opusieran. La paz tenía enemigos y abogados.

El más importante —y el indicio más significativo del cambio de la situación— era el rey de Inglaterra. Ricardo II, autócrata como su padre, pero no soldado, deseaba concluir la guerra para reducir el poder de los barones en beneficio de una monarquía más absoluta. Sus deseos coincidían con los del duque de Lancaster que, habiendo sentado a sus hijas en los tronos de Castilla y Portugal, ansiaba la paz con Francia con el fin de proteger sus intereses. «Que mi hermano Gloucester vaya a guerrear con el sultán, que amenaza a la cristiandad en tierras de Hungría», dijo. Aquélla era la esfera propia de los aficionados a luchar.

Gracias a los esfuerzos mancomunados de Lancaster y Borgoña, la conferencia se reanudó en mayo de 1393 en Leulinghen, pueblo destrozado por la guerra, a orilla del Somme, cercano a Abbéville. Por falta de casas, los delegados —Borgoña y Berry por Francia, y Lancaster, Gloucester y el arzobispo de York por Inglaterra— y sus séquitos se acomodaron en tiendas, entre las que, naturalmente, la de Felipe de Borgoña centraba las miradas generales. Era de tela pintada y tenía la forma de castillo, con torreones, murallas almenadas y un puente levadizo entre dos torres de madera. La sala principal daba a muchas estancias separadas por corredores.

El rey Carlos estaba presente en teoría, bien que no de manera activa pues se albergaba en una abadía benedictina próxima, con un bello jardín murado en las riberas del hermoso río. Con la mente fija en la aventura de la cruzada estaba dispuesto, como el soberano inglés, a poner fin a la contienda iniciada antes del nacimiento de ambos. Las reuniones de los delegados se celebraban en una capilla de techumbre de bálago, y las paredes cubiertas de tapices que mostraban antiguas batallas, para esconder sus maltrechas pinturas murales. Lancaster comentó que no debían tratar de la paz en medio de escenas bélicas, y los tapices fueron cambiados precipitadamente por otros que mostraban escenas de los últimos días de Jesús. Berry y Lancaster, los tíos mayores, ocuparon sillones altos, y a su lado Borgoña y Gloucester, mientras que los condes, prelados, caballeros, abogados y escribanos se adosaron a los muros. Entre ellos se movía un visitante regio, León V de Lusignan, llamado rey de Armenia, aunque lo único que le quedaba de su reino era Chipre. Como también perdió la isla, era la voz ferviente que acuciaba a los duques franceses e ingleses a la organización de una cruzada.

El cisma asomó en las conversaciones cuando el papa Clemente envió al noble cardenal español Pedro de Luna, bien pertrechado de oro y magníficos regalos, para convencer a los ingleses de la legitimidad del pontificado aviñonés. Lancaster le dijo furioso: «Fuisteis vosotros, los cardenales de Aviñón, quienes motivasteis el cisma, y sois quienes lo mantenéis y aumentáis cada día. ¡Ay de vosotros!». Borgoña no protestó. Propuso olvidar el cisma para que las conversaciones se encaminaran al tratado, y dejó a la universidad la tarea de ingeniar los medios de reunificar la Iglesia.

Los dos países quedaron tan separados como siempre cuando los franceses pidieron que se arrasara Calais y los ingleses replicaron exigiendo el cumplimiento de

todas las cláusulas del Tratado de Brétigny. Los ingleses dijeron que Calais era «la última ciudad a la que renunciarían», y los franceses insistieron en que no podían transferirse a la fuerza los territorios que se habían negado a reconocer a Inglaterra. Llegados a este callejón sin salida, los parlamentadores renunciaron con discreción a discutir de lo principal y pasaron a tratar de las cuestiones secundarias una por una.

Áspero y suspicaz, Gloucester se opuso a todas las proposiciones. Se quejó de que los franceses empleaban un lenguaje ambiguo, lleno de «palabras sutiles envueltas en doble significado» que utilizaban en su provecho, palabras que los ingleses no usaban, «porque su manera de hablar y sus intenciones son claras». Ya se presentaba la imagen estereotipada de la astucia francesa y la franqueza inglesa. Por empeño de Gloucester, los de Inglaterra exigieron que todas las propuestas se hicieran por escrito, para que pudieran sopesarlas y examinar las frases que les parecían oscuras o propensas a dos interpretaciones. Enviaban sus escribanos a averiguar cómo las entendían los franceses, y después pedían que las enmendaran o suprimieran, lo que alargó hasta el tedio las discusiones.

En ello estribaba una de las causas auténticas de la dificultad en establecer la paz. Los señores ingleses hablaban el francés, pero siendo un idioma accesorio, no nativo, no se sentían a sus anchas. Un noble tan distinguido como el primer duque de Lancaster, que escribió el *Livre des sainctes médecines*, dice de su obra: «Debe perdonárseme si el francés no es correcto, porque soy inglés y no estoy versado en esa lengua». Gloucester empleó el problema del idioma para retrasar el acuerdo, pero la cuestión existía. Desde que Carlos V había manipulado a su antojo las cláusulas del Tratado de Brétigny, los ingleses habían acudido —cuando lo hicieron— a las conversaciones, con miedo de que les engañasen.

Borgoña convocó a Robert el Ermitaño a la conferencia para que influyera en Gloucester con su divina misión y su elocuencia. El santo hombre rogó al duque con pasión: «¡Por el amor de Dios, no os opongáis más a la paz!». Mientras el conflicto de Inglaterra y Francia desgarraba a la cristiandad, avanzaban Bayaceto y sus turcos. «¡Ah, Robert! —exclamó Gloucester—. No deseo impedir la paz, pero vosotros, los franceses, empleáis tantas palabras refinadas, superiores a nuestro entendimiento, que, cuando queréis, las hacéis significar a vuestro antojo paz o guerra…, disimulando hasta que habéis conseguido vuestro propósito».

Sin embargo, Gloucester tuvo que deponer su intransigencia por respeto a los deseos de su real sobrino, a quien despreciaba. No poniéndose de acuerdo sobre Calais, la paz permanente continuaba lejos de su alcance; pero se logró el progreso de ampliar la tregua a cuatro años, durante los cuales varios territorios controvertidos revertirían a un bando o a otro, de modo que se despejaría el camino para el acuerdo definitivo.

En junio, en tanto se debatían las últimas cláusulas, la locura se adueñó de nuevo del rey de Francia. El segundo ataque, como la enfermedad en Amiens, que fue el anticipo del primero, coincidió con unas conversaciones de paz. Tal vez fuese un

factor negativo la impaciencia que despertaron los tratos interminables. En aquella ocasión el arrebato de demencia fue más grave y duró mucho más, es decir, ocho meses. En el resto de su vida, que no terminaría hasta 1422, treinta años después de la primera manifestación de locura, Carlos estuvo demente con intermitencias bastante frecuentes para impedir un gobierno estable y para exacerbar la lucha por el poder alrededor del trono semivacío. Las tres décadas de despiadado conflicto entre las facciones de Orléans y Borgoña, y sus sucesores, atraerían a los ingleses y reducirían a Francia a la ruina e impotencia de la mañana siguiente a Poitiers.

En 1393 la razón del soberano «estaba cubierta de sombras tan espesas» que no recordaba quién era ni qué era: no sabía que era rey, estaba casado, tenía hijos y se llamaba Carlos. Mostraba dos aversiones muy acusadas: las flores de lis enlazadas con su nombre o sus iniciales en el escudo real, que trataba de borrar con furia donde las veía, y su esposa, de la que huía aterrorizado. Si se acercaba a él, gritaba: «¿Quién es esa mujer cuya visión me atormenta? Averiguad qué desea y libradme de sus peticiones, si podéis, para que jamás vuelva a seguirme». Bailaba delante del escudo de Baviera, haciendo gestos groseros. No reconocía a sus hijos, aunque sí a su hermano, tíos, consejeros y servidores, y recordaba el nombre de los que habían fallecido hacía mucho tiempo. Sólo la olvidada esposa de su hermano, la triste Valentina, por la quien preguntaba sin cesar, llamándola «querida hermana», le aplacaba. La preferencia dio pie a rumores, alimentados por la facción borgoñona, de que Valentina le había embrujado con un veneno sutil. Basándose en los crímenes de los Viscontis y la fama de Italia en cuestión de envenenamientos, los murmuradores aseguraron que Valentina ansiaba un puesto más elevado, y que su célebre padre le había dicho que se convirtiera en reina de Francia.

La demencia, en todas sus variedades, era familiar en el Medievo. William de Hainault-Baviera, sobrino de la reina Felipa de Inglaterra, «alto, joven, fuerte, moreno y vivaz», fue maníaco furioso y estuvo confinado en un castillo durante treinta años, la mayor parte del tiempo con los pies y las manos atados. Quienes sufrían desarreglos mentales de importancia menor vivían entre sus vecinos como los deformes, convulsivos, escrofulosos y otros enfermos, e iban en peregrinación a Rocamadour en busca de curación. La locura solía tenerse por curable y se interpretaba como el fenómeno natural consiguiente a la tensión mental o emocional. Se prescribían para ella sueño y reposo, sangrías, baños, ungüentos, bebidas preparadas con metal y felicidad. Pero asimismo se concebía como una aflicción de Dios o del diablo, que se trataba con exorcismos, cortando una cruz en el cabello de la víctima o atándola a la verja del presbiterio para que la asistencia a la misa le mejorase.

Los médicos y los tratamientos no tuvieron éxito en los arrebatos posteriores de Carlos VI. Arnaut Guilhem, charlatán y seudomístico desaliñado y de ojos malignos, recibió permiso para cuidar de él, pues aseguraba poseer el libro que Dios había dado a Adán para que venciera todas las aflicciones resultantes del pecado original. Siendo

una especie de Rasputín, que había ganado la confianza de la reina y los cortesanos, repetía que la enfermedad del soberano se debía a la brujería; pero fue despedido porque no logró vencerla. Se probaron otros embaucadores y remedios sin ningún resultado. Incluso se recurrió a doctores universitarios para que descubrieran y castigaran a los «brujos». En cierta ocasión dos frailes agustinos, al no conseguir nada con encantamientos mágicos y una bebida de perlas disueltas, propusieron practicar incisiones en la cabeza del rey; cuando se les negó el consentimiento, acusaron de brujería al barbero real y al portero del duque de Orléans. Absueltos éstos de tal crimen, hicieron la misma acusación contra el propio Orléans. Por consiguiente, fueron juzgados y torturados. Confesaron que eran mentirosos, brujos e idólatras aliados del diablo, y, desprovistos de sus derechos eclesiásticos, pasaron al brazo secular, que los ejecutó.

La obsesión de la brujería en el caso de Carlos reflejó la creencia creciente en lo oculto y lo demoníaco. Los períodos de ansiedad fomentan el convencimiento de que se colabora con el mal, y en el siglo XIV tales conspiraciones se identificaban con la actividad de personas o de grupos que tenían acceso a la ayuda diabólica. Así surgió el espectro del brujo. En la década de 1390 la Inquisición reconoció oficialmente la brujería como equivalente a la herejía. La Iglesia estaba a la defensiva, desgarrada por el cisma, desafiadas su autoridad y doctrinas por agresivos movimientos disidentes, y acuciada por clamorosas peticiones de reforma. Como el hombre común, sentíase ceñida de fuerzas malévolas, y los brujos y magos se conocían como agentes que realizaban la voluntad del Malo. En 1398, los teólogos de la universidad de París, en reunión solemne, declararon que las artes negras infectaban la sociedad con renovado vigor.

El desdichado rey era víctima de estas creencias. «¡En nombre de Jesucristo! —exclamó llorando en su agonía—. ¡Si uno de vosotros es cómplice del mal que sufro, le ruego que no me atormente más y que me deje morir!». Después de este lamento, el gobierno, con la esperanza de apaciguar la cólera del cielo, dispuso en una ordenanza severos castigos contra los blasfemos y que los confesores asistiesen a los condenados a muerte. Además, la *Porte de l'Enfer* (puerta del Infierno) fue rebautizada como la puerta de Saint-Michel.

Más tarde, los accesos del rey sobrevinieron y desaparecieron inesperadamente. En un solo año, 1399, sufrió seis ataques, cada uno más severo que el anterior, hasta que se refugió en un rincón convencido de que era de vidrio o vagó por los pasillos aullando como un lobo. En sus momentos de cordura, Carlos deseaba hacerse cargo de las funciones de la realeza, aunque hubo de hacerlo sólo en lo concerniente al ceremonial. Se dijo que en los lapsos de lucidez reanudó sus relaciones conyugales con Isabeau, que tuvo otros cuatro hijos entre 1395 y 1401, aunque ello no fue prueba de su paternidad.

Frívola y sensual, siendo aún extranjera de acusado acento alemán, humillada por la aversión demencial de su marido, Isabeau entregó a Carlos a sus criados y a una

muchacha, que ella proporcionó para que ocupase su lugar, hija de un chalán, llamada Odette de Champdivers, que se le parecía y a quien el público denominaba la «pequeña reina». La soberana se consagró a placeres frenéticos y al adulterio, que combinó con intrigas políticas y la apasionada búsqueda de dinero. Sintiéndose insegura en Francia, se dedicó a amasar una fortuna personal y a promover el enriquecimiento y los intereses de su familia bávara. Obtuvo de Carlos, lúcido o no, a su nombre y el de sus hijos, títulos de tierras, rentas, residencias y cuentas domésticas separadas. Adquirió cofres para tesoros y joyas, y los almacenó en distintos lugares. Su influencia en la corte se hizo cada vez más extravagante y febril, los escotes de las damas más generosos, los amoríos más escandalosos y las fiestas más insensatas. La reina estableció un tribunal de amor en el que los dos sexos tenían papel de abogados y jueces, y discutían, en él, según un contemporáneo desdeñoso, «las cuestiones más ridículas».

La vida cortesana llega a aburrir y disgustar incluso a una reina. Con nostalgia de lo bucólico, cuatrocientos años antes que María Antonieta, Isabeau edificó un *Hôtel des Bergères* (casa de las Pastoras) en su propiedad de Saint-Ouen, con jardines, campos, granero, establo, aprisco y palomar, donde jugó a granjera y cuidó de gallinas y reses. Se rumoreó que el rey, a medida que el tiempo transcurría, era descuidado hasta punto vergonzoso, que vivía sucio y hasta hambriento en aposentos en que, por estar rotas las láminas de papel de las ventanas, las palomas entraban a ensuciarse. En un período de cordura apresó al chambelán, amante de la reina, le encadenó, le interrogó bajo tortura y le ahogó en el Sena en secreto.

Isabeau, en la lucha política, se puso de parte de quienes tenían el poder. Cuando Louis de Orléans fue regente, se unió a él contra Borgoña y se transformó, al decir de la gente, en su querida. Cuando le asesinó el hijo y sucesor de Borgoña, Juan Sin Miedo, cambió de bando y de lecho. En el vacío que creaba un monarca vivo e incapaz, Francia zozobraba, y la reina, sin cualidades para imponerse, se convirtió en instrumento de fuerzas despiadadas —Borgoña e Inglaterra— que entraron en el vacío. Atosigada en París, separada geográfica y políticamente del delfín, sin habilidad para obtener apoyo, Isabeau condescendió al fin al tratado ignominioso que nombró al rey inglés heredero del trono de Francia en lugar de su hijo. Obesa y depravada, vivió quince años más que su esposo y encontró un biógrafo muy imaginativo en el marqués de Sade.

El duque de Sully, primer ministro de Enrique IV, al mirar atrás con una perspectiva de doscientos años, describió el reinado de Carlos VI como «preñado de hechos siniestros…, tumba de las buenas leyes y la buena moral de Francia».

CAPÍTULO 25

OCASIÓN PERDIDA

Durante las conversaciones de paz de Leulinghen, en mayo y junio de 1393, Coucy estuvo en conferencia con el papa Clemente en Aviñón, donde había ido después de componer la disputa saboyana. Su misión fue el inicio del impulso más enérgico que recibiría durante dos años el proyecto de instalar a Clemente en Roma y a los franceses en los estados pontificios, transformados en el reino de Adria. Ambos planes dependían de la cooperación de Gian Galeazzo Visconti, cuyo interés en la aventura era no tanto el destino del papado como la expansión de Milán. Aunque era religioso, no parece que se decantase en favor de un papa u otro, ni que le afectase el cisma sino para utilizarlo en provecho propio. Su objetivo consistía en quebrantar la potencia de Florencia y Bolonia introduciendo a Francia, coaligada con Milán, en Italia.

Introspectivo, rico, inteligente y melancólico, Gian Galeazzo era el maestro de la *Realpolitik* en la península itálica. Se había extendido hacia el norte, apoderándose de Verona, Padua, Mantua y Ferrara, y hacía ensayos hacia el sur, hacia Toscana y los estados pontificios, Tal vez apuntase a establecer un reino de Lombardía, a unir a Italia o a divertirse con el juego del poder. En cuanto al cisma, seguía un curso tortuoso entre sus súbditos, que eran leales al papa romano, y Francia, con la que deseaba asociarse, lo cual significaba optar por Clemente. No estaba claro cómo se proponía navegar en aquellas sirtes. Sin embargo, había sido él quien resucitó la idea francesa de un reino en Adria, cuyo beneficiario sería su yerno Louis de Orléans. Este proyecto, que era entonces el objetivo de la misión de Coucy, había sido presentado con fervor y sutileza por Niccolo Spinelli, embajador de Visconti en París, el cual, a los setenta años, era uno de los diplomáticos más hábiles de la época. Los estados pontificios, argumentó Spinelli, no habían producido a la santa sede más que odio. En los mil años en que habían dependido del pontificado, se habían luchado las guerras más cruentas por culpa de ellos, y, «sin embargo, los sacerdotes no los poseen en paz, ni jamás probablemente los poseerán». Sería preferible que renunciaran al dominio temporal, que era «una carga no sólo para ellos, sino también para toda la cristiandad, y sobre todo para los italianos».

Los franceses no necesitaban que los convenciesen de que aceptaran aquella carga, pero querían que el reino fuera concedido a Louis oficialmente como feudo papal antes de emprender su conquista material. No obstante, el papa deseaba poseer los estados pontificios antes de donarlos. Coucy, como supremo negociador y el francés más enterado de cómo moverse en el laberinto de la política italiana, recibió el encargo de persuadir a Clemente de que se comprometiera antes de la conquista.

Le acompañaban el obispo de Noyon, colega suyo en el consejo real, conocido por su talento oratorio, y el secretario del rey, Jean de Sains, para que levantase el acta de lo tratado. En un elocuente discurso, Coucy y el obispo dijeron que, descontando un milagro, únicamente Francia podía terminar el cisma; Clemente solo nada conseguiría. Si enfeudaba el reino de Adria a Louis, el papa disfrutaría de una renta anual constante y segura del patrimonio, que, desde el traslado a Aviñón, nunca había estado bajo el dominio pontificio. El rey de Francia, agregaron, recomendaba a su hermano como la persona más adecuada para emprender la conquista, puesto que «es joven y puede trabajar mucho», y tendría la ayuda del señor de Milán.

Clemente se hizo el remolón diciendo que no deseaba que se le conociese como «el liquidador del legado pontificio», lo cual no le había preocupado mucho cuando dio la bula de infeudación diez años antes al duque de Anjou; pero no estaba ya seguro de la capacidad de Francia para satisfacer su promesa. Se pidió consejo a los cardenales, incluido el de Amiens, Jean de La Grange, que antaño había espantado a Carlos VI con su supuesto comercio con un demonio familiar. Pedía respuestas precisas: ¿Cuánto dinero y cuántos hombres comprometería Francia en la campaña? ¿Y cuánto tiempo se les mantendría en Italia? Deseaba que le prometieran dos mil hombres de armas, bajo el mando de capitanes y nobles responsables, a los que se proveería de seiscientos mil francos anuales durante tres años. Los delegados no supieron qué contestar; sus instrucciones sobre no menos diecisiete «cuestiones» no se referían a asuntos militares específicos. El cardenal La Grange insinuó suavemente que el duque de Orléans podía emprender la campaña y enfeudarse con sus conquistas a medida que avanzase. A pesar de su estancia de seis semanas, Coucy y el obispo no obtuvieron sino la promesa de Clemente de que enviaría a sus representantes a París para proseguir los tratos.

En Francia, la incapacidad de concluir la paz y la reiteración de la demencia de Carlos —que intensificó la lucha entre Borgoña y Orléans— debilitó el entusiasmo por la *Voie de Fait*. Los franceses no estaban preparados a intervenir en Italia hasta que hubiesen llegado a un arreglo con Inglaterra. Ciertamente, al sospechar los proyectos de Francia, los ingleses advirtieron que romperían la tregua si los franceses tomaban las armas contra el papa romano. Desconfiando de lo que pudiera hacer el partido belicista de Gloucester, se enviaron heraldos a todo el reino de Francia con la orden de robustecer las defensas y reconstruir las murallas ruinosas. Se prohibieron los juegos con la intención renovada de adiestrar arqueros. El tenis, que los plebeyos habían adoptado a imitación de los nobles, y el *soules*, especie de *hockey*, popular entre los burgueses, y que raras veces se jugaba sin que se rompieran huesos, así como los dados y los naipes, quedaron prohibidos con la esperanza de estimular el manejo de los arcos y ballestas. Carlos V había hecho lo mismo en 1368, y era prueba de que los gobernantes tenían conciencia de la debilidad de los arqueros franceses.

Pero no faltaba habilidad. El inconveniente consistía en que la táctica francesa no concedía a los arcos el lugar adecuado y esencial. No se empleaba la acción unida de

los arqueros y los caballeros; se alquilaban compañías de ballesteros, mas apenas se usaban. El motivo evidente de ello era una mezcla de desprecio a los plebeyos y el miedo de que la caballería perdiese su primacía en los combates. Y en 1393 el temor a las insurrecciones hizo que la nueva ordenanza tuviera corta vida. Luego de un período en el que el pueblo se aficionó al arco y la ballesta, los nobles se empeñaron en que se revocase el decreto que vedaba los juegos, temiendo que los plebeyos consiguieran un arma demasiado efectiva contra la aristocracia. Estaban presos en la común ironía de que la conducta humana anula por egoísmo particular lo que pudiera beneficiar a todos.

Presiones conflictivas rodeaban la *Voie de Fait*. Los florentinos enviaron una imponente embajada de dieciséis miembros a París para disuadir a los franceses de una alianza con Gian Galeazzo. Encontraron ayuda en el duque de Borgoña, quien, por sus súbditos flamencos, nunca había sido ferviente partidario de Clemente y no estaba dispuesto a llevarle a Roma, si aquello implicaba que Louis fuese rey de Adria al mismo tiempo que regente. Y encontró sostén, aunque la despreciaba, en la reina Isabeau, que hubiera cenado con el diablo con tal de perjudicar a Gian Galeazzo.

Públicamente, la influencia más fuerte contra la *Voie de Fait* era la de la universidad, baluarte del *establishment* clerical intelectual. Los sacerdotes nunca se habían sentido muy a gusto al pensar en la Babilonia aviñonesa. Su simonía, corrupción y creciente materialismo; su pérdida de prestigio; las protestas y los movimientos disidentes de los lolardos y místicos; y el nacionalismo que estimulaban los intentos franceses de dominar el pontificado, y que endurecía la toma de posición en el bando opuesto de los estados rivales, había depreciado el amor a la Iglesia. Históricamente, el cisma contribuyó, pero no causó, la ruptura de la vieja unidad de fe y el aumento del nacionalismo. En el río de la historia, la universalidad queda detrás y se rompe al frente; pero los hombres no ven más que lo que tienen delante y lo que tenían delante, a fines del siglo XIV, era el daño que causaba el cisma a la sociedad y la necesidad desesperada de reunificar la Iglesia.

La facultad de teología abogaba ya abiertamente por la «vía de cesión», a pesar del edicto que vedaba tratar de aquel tema. Gerson, en la exposición oral de su tesis sobre «Jurisdicción espiritual» con la que aspiraba a graduarse en teología, proporcionó la base doctrinal para la abdicación de ambos papas. «Si su retención no aprovecha al bien común, tal autoridad debe ser abandonada», argumentó, y afirmó con audacia que acapararla en tal caso era pecado mortal. Además, cuantos no ayudasen a poner fin al cisma eran moralmente culpables de prolongarlo. Era una acerada alusión a los clérigos que aceptaban vivir bajo dos pontificados, porque tenían ocasión de acrecentar sus beneficios. La declaración pública de Gerson en París fue indicio de la presión creciente, que hizo resaltar la presencia del canciller Ailly en la cátedra. Atestiguó asimismo la protección de Borgoña, sin la cual Gerson

jamás se hubiera atrevido a ser tan explícito.

Pero la campaña en Italia se galvanizó de pronto con una nueva oferta hecha a Louis de Orléans. Se le pidió que aceptase la soberanía de Génova, cuya situación interna era tan lamentable que se hubo de recurrir a un prócer extranjero. No se sabe a ciencia cierta si el proyecto se debió a Gian Galeazzo, que deseaba el puerto genovés para Milán, pero lo favoreció a las claras convencido de que podría disponer de Génova, si su yerno se convertía en su gobernante. Para Louis fue un azar extraordinariamente afortunado, porque le proporcionaba una base mucho más segura y asequible que la aspiración quimérica de su primo Anjou a Nápoles, y representaba un gran avance en el camino que llevaba a Adria.

Su primera diligencia consistió en enviar de nuevo a Coucy a Aviñón, con su representante personal, Jean de Trie, además del obispo de Noyon y el secretario del rey. Tendría que pedir la infeudación de Adria y, al propio tiempo, posponer su conquista y la marcha sobre Roma durante tres o cuatro años. El retraso se proponía conceder un respiro a Louis para que triunfase en Génova. Una vez más los cardenales regatearon con tesón el dinero, las tropas, los compromisos firmados de Carlos y su hermano, y otras condiciones que excluían de manera efectiva la *Voie de Fait*. Tal vez Clemente comprendió que estaba entorpeciendo algo que nunca había sido factible. Tras muchas dilaciones y excusas, que retuvieron tres meses a Coucy y sus colegas en Aviñón, lograron el documento de infeudación, que confirmaría una bula sólo cuando el rey de Francia y su hermano hubiesen aprobado las condiciones. Los representantes se fueron de Aviñón el 3 de septiembre de 1394. Dos semanas después se enteraron de que todos sus esfuerzos resultaban vanos, al conocer la aplastante noticia de que Clemente había fallecido.

El cisma que había encumbrado a Clemente al pontificado fue su verdugo, por la mano de la Universidad de París. Desde enero, en que Carlos había recobrado la razón, la universidad había hecho esfuerzos para ser recibida en audiencia. El duque de Berry, el más fogoso partidario de Clemente, le había cerrado el paso, respondiendo a las súplicas universitarias con violentos reproches y amenazas de «matar y arrojar al río a los principales promotores del asunto». Estos vigorosos sentimientos habían sido alimentados con ricos presentes del papa, quien, enterado de las intenciones de la universidad, envió al cardenal Pedro de Luna a la capital para ejercer las persuasiones financieras que Berry tan bien entendía. En algún punto Borgoña debió de presentar a su hermano un argumento contundente, pues, con sorprendente mutación, Berry respondió de pronto a los peticionarios: «Si encontráis un remedio que el consejo pueda aceptar, lo seguiremos en seguida».

La cesión, como la había enunciado Gerson, era ya el remedio de los universitarios. Para conseguir el mayor peso público posible, la facultad organizó un referéndum, con una urna en el claustro de Saint-Mathurin, en la que la gente depositó sus votos sobre una solución. De los diez mil contados por cincuenta y cuatro profesores de las facultades, resultaron tres soluciones, ninguna de las cuales

era la *Voie de Fait*. Fue en primer lugar la abdicación mutua; en segundo, el arbitraje de un grupo selecto, si los dos papas se obstinaban en su empeño; y en tercero, un concilio ecuménico. La última se consideró la menos recomendable, porque se creía que un concilio ecuménico se dividiría en las facciones ya existentes, de las cuales el cisma surgiría tan vivo como hasta entonces.

Destinado a dominar en las primeras décadas del próximo siglo, el concilio alargaba ya su sombra. Los dos papas lo detestaban, pues menoscababa su autoridad. La teoría de la supremacía conciliar sostenía que la autoridad absoluta de la Iglesia residía en el concilio ecuménico, del que se derivaban los poderes del pontífice. «Algunos hombres perversos —tronó Bonifacio IX, rival de Clemente—, fiándose en el brazo de la carne contra el Señor, piden un concilio. ¡Oh maldita y condenable impiedad!».

Con todo, en vista de que se apagaba la esperanza de la abdicación simultánea, los teólogos de los dos bandos discutían un concilio y debatían sus problemas. ¿Quién lo convocaría? ¿Sería legítimo si lo reunían los gobernantes temporales? ¿Tendría poder sobre la persona de un papa? Si, en aquel callejón sin salida, lo convocaba un pontificado, ¿aceptaría sus decisiones el otro? ¿Cómo se lograría que obrasen de consuno los dos papas y las dos jerarquías? El 30 de junio de 1394, un auditorio prócer escuchó la exposición implacable del tema prohibido.

La audiencia, dispuesta por Felipe de Borgoña, para presentar los resultados del referéndum de la universidad, se celebró con gran solemnidad. El rey ocupó el trono y le acompañaron los duques, principales prelados, nobles y ministros. El rector de la universidad, Nicolas de Clamanges, amigo de Gerson y Ailly, leyó la argumentación en favor de la cesión presentada en forma de carta de veintitrés cláusulas dirigida al soberano. Clamanges, uno de los humanistas universitarios, era tenido por el mejor estilista latino de Francia y orador sin rival por su elocuencia ciceroniana.

En la Edad Media, las polémicas clericales distaban de ser frías. En un torrente de invectivas contra los dos papas, el rector empleó pasión e hipérbole en la descripción de los sufrimientos de la Iglesia y la urgencia inmediata de que se les pusiera remedio. Cualquiera de los dos papas que se negara a aceptar una de las tres soluciones, proclamó, habría de ser tratado como «cismático endurecido y, de consiguiente, hereje»; como ladrón, y no pastor, de su rebaño; como «lobo devorador», no como guardián, que tendría que ser expulsado de la grey cristiana. Si, en su soberbia confianza, los pontífices dilataran la aceptación del remedio propuesto, «se arrepentirán demasiado tarde de haber descuidado la reforma…, el daño será incurable… El mundo, durante tanto tiempo desventurado, se halla ahora en una peligrosa pendiente que lleva al diablo».

«¿Creéis que el pueblo soportará siempre vuestro desgobierno? —exclamó, con la voz de la protesta constante—. ¿Acaso pensáis que puede soportar, entre otros muchos abusos, vuestros nombramientos mercenarios, vuestra venta múltiple de los beneficios, vuestros encumbramientos de hombres sin honradez ni virtud a las

posiciones más eminentes?». Se designaban a diario prelados que «nada saben de la santidad, de la honestidad». Sometido a sus extorsiones, «el sacerdocio se ha convertido en una miseria obligada a profanar su vocación…, vendiendo reliquias y cruces y cálices, y subastando los ritos místicos de los sacramentos». Algunos templos no celebraban servicios. Si los primeros Padres regresaran a este mundo, «no encontrarían vestigios de su piedad, reliquia de su devoción, sombra de la Iglesia que conocieron».

Habló de la cristiandad como el hazmerreír de los infieles, que esperaban «que nuestra Iglesia así dividida contra sí misma se destruya con sus propias manos». Señaló el aumento de los herejes, cuyo veneno, «como la gangrena, progresa a diario». Predijo que aún acontecerían cosas peores, pues la lucha intestina en el seno de la fe católica abonaba la disensión y la falta de respeto. Mencionó todos los argumentos en contra del concilio general y los rebatió con citas del Antiguo Testamento —Salmos, los Profetas y el *Libro de Job*—, para asentar su autoridad. «¿Ha existido jamás, habrá nunca —tronó—, más urgente necesidad de un concilio que en este momento, en que toda la Iglesia sufre la convulsión de su disciplina, moral, leyes, instituciones, tradiciones y prácticas antiguas, tanto espirituales como temporales…; en este momento en que la amenaza ruina espantosa e irreparable?».

Encarándose con el rey, no dudó en referirse a su tragedia personal, diciendo que, si Dios había contestado las súplicas hechas por su salud, se debía a que se hallaba atento a proteger los intereses de su pueblo y de la santa Iglesia, para desarraigar «este horrible cisma» y la *miseria* que era su secuela. Exhortó a Carlos, en nombre de la universidad, a dirigir inmediatamente la tarea de remediar aquella situación, si no quería perder su título de «cristianísimo rey».

Desconociendo el latín, idioma empleado en la exposición, Carlos escuchó con amabilidad y sin entender una palabra. Más tarde el consejo real, cuyos miembros por lo visto tampoco conocían aquella lengua clásica, ordenó una traducción. Las frases apasionadas de Clamanges se dieron al olvido. No gustan a los gobiernos los remedios tajantes; es más fácil permitir que la política predomine, y la política a la que la corte estaba entonces entregada era el intento, promovido por Orléans y contrariado por Borgoña, de establecer a Louis en Italia. El rey —o en nombre del rey — ordenó a la universidad que se abstuviera de nuevas agitaciones. A ello respondió con la suspensión de los cursos, en una especie de huelga, método que había tenido resultado contra el establecimiento de un impuesto en 1392, aunque a costa de que muchos estudiantes extranjeros abandonaran París.

La universidad hizo circular por Europa la carta de Clamanges, y la envió a Aviñón, donde se entregó al papa en una asamblea plenaria de cardenales. Los ojos de Clemente se encendieron de rabia tras leer unas pocas líneas y gritó: «¡Esta epístola difama a la santa sede! ¡Es perversa, ponzoñosa!». Declarando que era una calumnia que no merecía «ser leída en público ni en privado», abandonó iracundo la estancia y no quiso escuchar ni hablar con nadie. Los cardenales leyeron la carta de

cabo a rabo y, luego de conferenciar, concluyeron que serían peligrosas más dilaciones y que el pontífice tendría que aceptar el programa de la universidad. Aconsejaron a Clemente, que los convocó al enterarse de su conferencia, que, si le preocupaba de veras el bien de la Iglesia, debía elegir una de las tres soluciones. Tal fue su indignación de aquella «cobardía traidora» que a los tres días, el 16 de septiembre, murió de un ataque cardíaco, de un arrebato apoplético o, según sus contemporáneos, «de honda pena». Así terminó Robert de Ginebra, al que la Iglesia recordaría como antipapa.

La noticia de su fallecimiento se recibió en la capital el 22 de septiembre, o sea, seis días más tarde. Se presentaba, al fin, la ocasión de reunificar la Iglesia sin dolor, sin el empleo de la fuerza o un concilio ecuménico, si podía impedirse que se eligiera un sucesor de Clemente. «Jamás tendremos oportunidad semejante —escribió la universidad a los cardenales—; es como si el Espíritu Santo estuviera llamando a la puerta». El consejo real despachó al punto un mensaje en nombre del rey a los cardenales de Aviñón, exhortándolos, «en interés de toda la cristiandad», que retrasasen su cónclave hasta que recibiesen una misiva «especial y solemne» del soberano de Francia, que seguiría inmediatamente.

Al mando del mariscal Boucicaut, los correos reales galoparon hasta Aviñón, salvando seiscientos kilómetros en el tiempo magnífico de cuatro días. El cónclave ya se hallaba reunido cuando llegaron. Los cardenales ansiaban la unión, pero no a sus expensas. El cardenal español Pedro de Luna, antiguo profesor de derecho canónico, los había convencido de que su situación dependía de su derecho electivo, que no debía ser cercenado. Adivinando el contenido de la carta del rey, decidieron no abrirla hasta después de la elección. Mas, para que no se les acusase de prolongar el cisma, se pusieron de acuerdo en firmar un juramento escrito, comprometiendo a quien fuese designado a abdicar, si la mayoría de los cardenales se lo pedía. El juramento los comprometía a laborar con diligencia por la unión de la Iglesia «sin fraude, engaño o maquinación», y a examinar sinceramente, sin excusa ni retraso, todos los medios de lograr aquella meta, «incluso hasta el extremo de ceder el pontificado, si es necesario». Firmaron dieciocho de los veintiún cardenales, entre ellos el más fervoroso partidario de la unión, el aragonés Pedro de Luna.

En el cónclave, cuando se proponía el nombre de un cardenal para la elección éste confesaba con abrumadora modestia: «Soy débil y quizá no abdicase. No me expongáis a la tentación». Pedro de Luna dijo: «Yo abdicaría con tanta facilidad como me quito el capelo». Todos los ojos se fijaron en el colega, ya sesentón, que había sido cardenal desde la tormentosa elección en Roma que había precipitado el cisma. Educado e inteligente, de noble cuna, sutil diplomático, de vida austera y experto maniobrero, se oponía con rigor al concilio, si bien abogaba por la unión con entusiasmo. Fue designado sucesor de Clemente el 28 de septiembre y tomó el nombre de Benedicto XIII.

La segunda embajada francesa se enteró de ello en el camino de Aviñón. Cuando

llegó, el nuevo pontífice le declaró su intención de realizar cuanto pudiera para poner fin al cisma y repitió su afirmación de que abdicaría, si se lo pedían, con la misma facilidad que se destocaba. Las seguridades que dio en su respuesta al rey se elevaron como una escala hasta el cielo. Había aceptado la elección sólo para terminar el «lamentable cisma»; preferiría pasar el resto de su vida en el «desierto o claustro» antes que prolongarlo; si el soberano enviaba personas bien informadas con proposiciones definitivas, las aceptaría sin vacilación y las «ejecutaría sin pestañear»; estaba «dispuesto, decidido y resuelto» a trabajar por la unión, y aceptaría el consejo del rey y de sus tíos «para que ellos, y no otros príncipes, adquirieran la gloria eterna con que se recompensaría esfuerzo tan meritorio».

Pedro de Luna tal vez era sincero, pero, una vez en el trono pontificio, el deber de abdicar desapareció ante la noción de derecho que los cargos supremos generan. El cisma, como la guerra, era una trampa difícil de esquivar.

En el entretanto, Coucy había estado en el norte de Italia llevando a cabo, en representación de Louis de Orléans, una campaña financiera, política y militar sobre la soberanía de Génova. La oferta había partido de la anarquía crónica de aquella ciudad: los Grimaldis, Dorias, Spinolas y otras familias nobles, que habían sido desterradas y carecían de cohesión, deseaban que un soberano las restaurase y librase a Génova del gobierno de la burguesía. El poder oscilaba entre un grupo burgués y otro, cada uno de los cuales instalaba un dux, que sus enemigos deponían y exiliaban. No menos de cinco había habido en 1393, los cuales dieron paso, en 1394, a Adorno, el dux de la guerra tunecina. Los magistrados supremos, partidos y nobles desterrados ponían su peso en la oscilante balanza del poder entre Florencia y Milán.

Como lugarteniente y procurador general «en las partes transalpinas» del duque de Orléans, Coucy residió en Asti, que pertenecía a Louis como parte de la dote de Valentina. Tenía a sus órdenes unas cuatrocientas lanzas y doscientos treinta arqueros reclutados entre los mejores de Francia, y contrató un número análogo de mercenarios gascones e italianos. Pero sin ejército más nutrido no podía esperar conquistar los territorios genoveses, en caso de que las autoridades locales estuvieran dispuestas a defenderlos. Como en Normandía muchos años antes su estrategia estribó en tomar castillos y ciudades mediante negociaciones, respaldadas, sólo cuando era necesario, con una demostración de fuerza y el ataque directo.

Los nobles de quienes había partido la proposición original fueron a brindarle sus fortalezas, pero, siendo «prudente y sutil», y conociendo a los lombardos y genoveses, Coucy no se fió mucho de sus promesas y procuró no ponerse en sus manos, llegando hasta el extremo de conferenciar en campo abierto antes que entre las paredes de los castillos. Debió de dejarle mal recuerdo la colaboración genovesa en Túnez.

Bajo la guía de Gian Galeazzo, que le procuraba relaciones, dinero y soldados,

Coucy avanzó por el dédalo italiano, reclutando mercenarios, negociando condiciones y precios para la rendición de castillos y territorios, pactando con Pisa y Lucca para que no intervinieran, y enviando representantes a otras regiones de Italia en busca de adhesiones al futuro rey de Adria. Los escribanos tuvieron mucho trabajo. Los documentos conservados en los archivos permiten asistir a la organización de una campaña políticomilitar en el siglo XIV. El reclutamiento se efectuaba con parsimonia: Guedon de Foissac se incorporó con dos caballeros, diecinueve escuderos y diez arqueros; Aimé de Miribel, con veintiséis hombres de armas; Hennequin Wautre, con dieciséis arqueros; seis compañías italianas van desde diez a trescientos cincuenta «caballeros»; Bonnerel de Grimaut (probablemente Grimaldi) recibió cien florines de oro por «enseñar los métodos y medios» con que puede llevarse a cabo la empresa de Savona; y Jerome de Balart, doctor en leyes, y Luquin Mourre, escudero, percibieron igual cantidad por sus consejos en el mismo proyecto.

El territorio de Savona, que se había rebelado contra el dux, era el punto crucial del avance y requirió negociaciones delicadas. Cuando los mercenarios gascones estaban a punto de pasar a «sangre y fuego» una de sus ciudades vasallas para vengar la muerte de tres de sus caballos, tuvieron que ser comprados por noventa y seis escudos, cantidad apenas excesiva, porque evitó hostilidad que hubiera aumentado mucho el precio de la conquista. Se avanzó hacia Savona gracias a tratos con los señores de las inmediaciones, para que consintieran el paso por los valles que dominaban. Por último, Savona con sus poblaciones y castillos quedó asegurada con «secretos acuerdos» y el pago de seis mil novecientos noventa florines de oro.

Cada fortaleza que se declaró leal tuvo que izar la bandera de Orléans, y cada señor cobró una suma mensual convenida «hasta que el duque de Orléans sea nombrado jefe de Génova». Cuarenta miembros de la familia Spinola recibieron colectivamente mil cuatrocientos florines al mes por su fidelidad y haber aceptado alojar las fuerzas de Coucy en sus ciudades y plazas fuertes. Cada transacción, anotada con la regular y ornamental letra de la época, evidencia que uno de los principales móviles de la caballería, cuando estaba en el cenit, era el dinero.

Tenía que pagarse a los notarios que redactaban tales documentos, y a los embajadores que los confirmaban y a los correos que iban y volvían de París. Se anotaron los sueldos de los hombres de armas y los anticipos a los capitanes de las compañías, así como los veinte florines de Antonio de Cove, cañonero, para conseguir una *grosse bombarde* de cierto señor con destino al asedio de un castillo; dieciocho florines de un mensaje enviado a Pavía para obtener un préstamo de cuatrocientos de Gian Galeazzo; y el vaso y el jarro de plata regalado al secretario de Visconti.

No sorprende, pues, que Coucy estuviera falto constantemente de dinero suelto, pero la red bancaria y crediticia del período le mantuvo en actividad. Le permitió conseguir un préstamo de doce mil florines de cierto Boroumeus de Boroumeis, mercader de Milán, que Orléans pagaría a los hermanos Jacques y Franchequin

Jouen, comerciantes abaceros de París. En otro momento Coucy empeñó joyas y vajilla para pagar a sus hombres de armas, hasta que el chambelán de Orléans llegó de París con cuarenta mil libras.

En noviembre, habiendo recibido poderes plenipotenciarios del de Francia y del duque de Orléans, Coucy concluyó con Savona un tratado que incluía derechos, garantías y obligaciones casi tan complejos como el de Brétigny. Con él en la mano fue a Pavía a discutir las cláusulas definitivas de la participación de Gian Galeazzo en la empresa de entonces y en la futura *Voie de Fait*.

Veinte años habían transcurrido desde que Coucy y Gian Galeazzo se habían enfrentado en la batalla de Montchiari. ¿Revivieron los viejos tiempos y comentaron cómo uno y otro habían escapado con vida de ella casi por milagro? ¿O sus relaciones fueron del todo formales? ¿Hablaron de sus respectivas fundaciones monásticas, la de Coucy para los celestinos de Soissons, y la de Gian Galeazzo para los cartujos de Pavía? ¿Y dijo el príncipe italiano, como en otras ocasiones, que tenía la intención de construir una «que no tuviese igual en el mundo»? No vivió lo suficiente para contemplar el cumplimiento de su jactancia en la famosa cartuja de Pavía.

Sin duda recorrió con Coucy el archivo de los documentos estatales y la biblioteca, que Petrarca había empezado a formar por voluntad de su padre. Contenía la copia que el poeta hizo de Virgilio, sus obras, las de Boccaccio y la *Commedia* de Dante. Las compras de Gian Galeazzo la habían ampliado a más de novecientos volúmenes, rivalizaba con la de Carlos V en el Louvre y estaba abierta a los bibliófilos y sabios que el señor de Pavía gustaba de atraer a su corte. Sus alhajas eran los manuscritos iluminados que encargaba. Prescindiendo del texto, que podía ser de Plinio o de Horacio, ilustraban el mundo contemporáneo de animales y plantas, procedimientos médicos, cortejos nupciales, barcos, castillos, batallas, banquetes y, principalmente, en el espléndido libro de horas de Visconti, tres retratos de Gian Galeazzo. El autor, Giovanni dei Grassi, rodeado de sus botes de pigmentos y de pan de oro, trabajaba en él el año de la visita de Coucy.

Éste observaría sin duda alguna el desarrollo de la catedral milanesa, que su anfitrión había iniciado en 1386 en señal de piadosa gratitud por su éxito en deponer al irreverente Bernabò. Aunque Gian Galeazzo entregaba un subsidio mensual de quinientos florines, la construcción era fruto de la voluntad popular, cumplida con tanto vigor que los pilares de la nave estaban ya en pie. La colaboración y los fondos procedían de todas las clases. El gremio de los armeros compareció completo para empezar la obra transportando espuertas de cascotes. Los pañeros le imitaron, y a continuación el colegio de notarios, funcionarios gubernamentales, aristócratas, etc., en una corriente incesante de trabajo voluntario. Los barrios de la ciudad competían en sus contribuciones. Cuando la puerta Orientale entregó un asno tasado en cincuenta liras y un día de trabajo en las excavaciones, la puerta Vercellina donó un becerro evaluado en ciento cincuenta. En el registro de los donativos aparece la ciudad entera: dos entradas seguidas mencionan tres liras y cuatro sueldos de

«Raffalda, prostituta» y ciento sesenta liras del secretario de Valentina dei Visconti, duquesa de Orléans.

Coucy concluyó dos tratados con el señor de Milán, uno que versaba sobre una fuerza conjunta para tomar Génova, y otro respecto de la *Voie de Fait*. En el segundo, Visconti se comprometía a proporcionar un determinado número de lanzas si el rey francés iba en persona a Italia, y uno más reducido si el jefe era Orléans o —lo que era muy improbable— el duque de Borgoña.

El motivo de la mención de Borgoña sigue oculto en los propósitos enigmáticos de la política de Gian Galeazzo. Siempre tenía en cuenta las dos partes en la consecución de sus fines, y se hallaba dispuesto a renunciar en caso necesario a uno de ellos. Necesitando un aliado contra Florencia y Bolonia, comprendía que Francia, con un soberano desequilibrado y un tío y un sobrino enfrentados por la consecución del poder, era terreno resbaladizo, y que la *Voie de Fait* rayaba casi en lo quimérico desde la muerte de Clemente. Mientras negociaba con Coucy, reanudó sus relaciones con su soberano teórico, el emperador Wenceslao, quien, como él, requería apoyo contra sus enemigos domésticos. Para refrendar su título, Wenceslao tendría que emprender el riesgo de los emperadores, el viaje a Roma, para que el papa le coronase de modo formal. La riqueza de Visconti lo podría hacer posible. En 1395, a cambio de cien mil florines, Wenceslao entregó a Gian Galeazzo el título hereditario de duque de Milán con soberanía sobre veinticinco ciudades. Siendo el primero habido en Italia, el título señaló la frontera en que la edad de las ciudades-Estado cedía ante la de los déspotas. Wenceslao no consiguió más que le acusaran de alienar ilegalmente territorio imperial y fue depuesto antes incluso de hallarse lo bastante seguro para verificar el viaje a Italia.

Mientras Coucy impulsaba la campaña contra Génova, se cerraba otro trato a sus espaldas. La coalición de Florencia, Borgoña y la reina Isabeau, indujo al dux Adorno, para seguir en el cargo, a ofrecer la soberanía genovesa a Carlos VI, atando de pies y manos a Orléans y Visconti. Al borde de una nueva recaída en la demencia en 1395, Carlos pudo ser persuadido. En el «penoso marzo» de aquel año, al enterarse de que el monarca había comprado los intereses de Louis sobre Génova por trescientos mil francos, Enguerrand se halló trabajando para un señor distinto. Obedeciendo instrucciones de la corona, negoció una tregua con Adorno, quien pronto la rompió para sitiar Savona. Durante la defensa, Coucy estuvo inmovilizado durante cuatro días en julio a causa de una «herida en la pierna», tal vez nueva o consecuencia de la que había sufrido diez años antes. Se le vislumbra de modo intermitente en los documentos, como un retazo de cielo entre las nubes.

En agosto se levantó el cerco de Savona, se confirmó al rey de Francia en la soberanía de Génova y terminó la campaña de Coucy. Se le vio por última vez al frente de ciento veinte jinetes que abandonaban Asti el 13 de octubre. Aquella misma tarde llegó a Turín, camino de los Alpes, que cruzaría de nuevo. Ya en Francia, Louis le recibió con un regalo —o pago— de diez mil francos, «para ayudarle por todo lo

que había sufrido en Italia». Enguerrand había ganado de hecho para la corona francesa, ya que no para el duque de Orléans, la base italiana tan anhelada. El gobierno de Francia quedó establecido de manera formal al año siguiente. Derribado en 1409 por una sublevación popular, dio pie a una reclamación o pretensión que los descendientes de Carlos y Louis, Carlos VIII, Luis XII y Francisco I, seguirían esgrimiendo en el siglo XVI.

En tanto que Coucy maquinaba contra Génova, la corte y la universidad se fundieron en el esfuerzo de derrocar a Benedicto XIII. Los nobles, que le conocían bien, se sentían ofendidos por la elección de un español y, aunque fuese de linaje aristocrático, no estaba emparentado con los Valois, Borbones y condes de Saboya, lo cual había hecho a Clemente, desde el punto de vista francés, «uno de los nuestros». Se hacía más imperativo terminar con el cisma, porque sonaban cada vez con más insistencia las campanas a favor de una cruzada. Los embajadores húngaros se encaminaban a Francia; ya estaban en ella los patriarcas de Jerusalén y Alejandría, que explicaban hechos dolorosos y espantables.

Así como el humilde arzobispo de Bari se había convertido de la noche a la mañana en el brutal Urbano VI, así el sutil y diplomático Pedro de Luna se volvió en el recto e inflexible Benedicto XIII. La desgarradora súplica de la universidad de que no demorase «un día, una hora, un instante» su intención de abdicar, dejó impasible a Benedicto, aunque la retórica debida de nuevo a Clamanges hubiera ablandado una conciencia de granito. La universidad escribió que, si renunciaba, cobraría «honor eterno, renombre imperecedero, coro universal de alabanzas y gloria inmortal». Si lo posponía un día, lo haría un segundo y un tercero. Su espíritu se debilitaría, los aduladores y logreros comparecerían con palabras melifluas y dádivas; con la máscara de la amistad, «emponzoñarán vuestra mente con el miedo a las malas consecuencias y enfriarán vuestro celo por esta empresa noble y dificultosa». La dulzura de los honores y el poder echaría raíces. «Si estáis dispuesto hoy, ¿a qué esperar a mañana?». La paz y la salud de la Iglesia estaban en sus manos. Si su rival se negaba a abdicar cuando él lo hiciese, se habría condenado a sí mismo como «el cismático más perverso», y demostrado a todos los católicos la necesidad de deponerle.

La abdicación unilateral no atraía a Benedicto, ni estaba convencido de que su efecto moral lograra desplazar a su adversario. Cuando el canciller d’Ailly y su fogoso y diserto colega Gilles Deschamps llegaron a Aviñón, como embajadores reales, para ejercer más presión, descubrieron que la promesa de Pedro de Luna de renunciar con la facilidad con que se destocaba había cedido a una testarudez muy española criada «en el país de las buenas mulas».

La presión crecía en París. En febrero de 1395 una conferencia de ciento nueve prelados y clérigos eruditos se reunió en nombre del rey para examinar la manera de

poner fin al cisma. Tras dos semanas de deliberaciones, con la asistencia de arzobispos, obispos, abades y doctores en teología, se aprobó por ochenta y siete votos contra veintidós el camino de la cesión en contra de la *Voie de Fait*. Más que expresar una convicción, el voto reflejaba la ascendencia del duque de Borgoña. Los prelados y teólogos que dependían del patronazgo de uno u otro duque real observaban con atención el rumbo de los acontecimientos. Por ello, sus actitudes cambiaban, impidiendo la realización de una política coherente, dependiendo de si era Borgoña u Orléans quien cobraba poder.

Así pues, la mayoría renunció a la *Voie de Fait*, que se declaró demasiado peligrosa y proclive a complicar al soberano de Francia en guerras con los obedientes del «intruso» de Roma. Incluso si Bonifacio era derrotado, dijeron los prelados, las naciones de Inglaterra, Italia, Alemania y Hungría no aceptarían a Benedicto XIII y «el cisma tendría la misma fuerza que ahora». La única esperanza consistía en que Benedicto pusiera su abdicación en manos del rey francés, quien convocaría a los soberanos de la otra obediencia para que obtuvieran lo mismo de Bonifacio. No obstante las evidentes deficiencias de este proyecto, resultaba claro que la corona ansiaba el recurso de la cesión. El de la fuerza había perdido atractivo al dejar de ser francés el papa beneficiado.

Adria y la conquista de los estados pontificios se esfumaron con la *Voie de Fait*, y con ellos cualquier posibilidad de que Benedicto expulsara a su adversario con el ejército de Francia. Para abrirle los ojos, el gobierno envió la embajada más imponente que había entrado jamás en Aviñón, compuesta de los tres duques reales —Borgoña, Berry y Orléans— y diez representantes de la universidad. Rebozado en espléndidos regalos de vinos borgoñones y tapices flamencos, el mensaje era una afirmación consciente de la voluntad regia sobre la Iglesia. Chocó con un oponente insuperable en las técnicas de evasión.

La cuestión se debatió con cincelados discursos en una serie de audiencias. Cada uno se inició con un texto adecuado, acompañado de las usuales flores retóricas y muchas citas canónicas e históricas. Benedicto, antiguo profesor en Montpellier, no estaba dispuesto a que le amilanasen los académicos parisienses. Continuó aseverando su disposición a trabajar hasta la muerte por la reunificación, pero se resistió a que le arrinconasen en el compromiso de abdicar sin una garantía bilateral. Como en ello consistía la notoria debilidad de la argumentación francesa, quizá sospechó que Francia deseaba quitarle del paso sobre todo para colocar a un papa francés en su lugar. Muy posiblemente no se equivocaba. Se escapó y retorció perseguido por los cazadores. Cuando le pidieron que les permitiese ver el texto del juramento que los cardenales habían firmado en el cónclave, primero se negó, después se brindó a comunicar en secreto su esencia, y luego, más apretado, a leerlo en voz alta sin entregarlo. Cuando tampoco aceptaron lo último, pretextó una especie de privilegio exclusivo, basándose en que las resoluciones del cónclave no podían comunicarse a nadie.

Forzado al fin, propuso una conferencia de los dos papas y los dos colegios cardenalicios. Los visitantes replicaron que no podía ser así, por culpa de la obstinación del «intruso», y que no deseaban más que la cesión voluntaria de Benedicto. Pidió la propuesta por escrito. Gilles Deschamps contestó que no había necesidad de ello, porque se componía de una palabra de dos silabas: «cesión». El papa solicitó tiempo para reflexionar. Durante la pausa, Borgoña invitó a los cardenales a darle su parecer «en buena conciencia, como particulares, no como miembros del sacro colegio». Diecinueve se mostraron partidarios de la cesión; el único que se opuso a ella fue el cardenal de Pamplona, otro español. Cuando redactaron su parecer, Benedicto les prohibió que firmaran el documento. En una audiencia, de la que excluyó a los representantes de la universidad, informó a los duques que, si le apoyaban, les entregaría la conquista y la posesión de los estados pontificios. Sus interlocutores no le escucharon.

Las discusiones habían durado dos meses, durante los cuales los embajadores cruzaron a diario el río desde Villeneuve, donde residían. Una mañana descubrieron que, durante la noche, habían incendiado el famoso puente, prendiendo fuego a las embarcaciones amarradas a los pilares. Cogieron las armas, pues temieron al pronto una traición y un ataque, pero luego sospecharon del papa, que tal vez se estaría riendo para su sayo en la otra orilla. El español juró que nada tenía que ver con el siniestro, ordenó la reparación del puente y montó un pontón flotante sobre barcas, casi indigno de que los orgullosos duques lo atravesaran a caballo. No cabía otra alternativa que hacer uso de una embarcación, lenta e insegura, en el impetuoso río. Disgustados, los visitantes consultaron con los cardenales y decidieron llevar a cabo una última tentativa, que Benedicto rechazó no sin afirmar su deseo de reunificación. Los franceses se fueron derrotados después de tres meses de esfuerzos vanos. El cisma no se había resuelto.

No se podía culpar a Benedicto, pues no tenía la seguridad de que su abdicación resolviese la discordia. Conquistó un campeón asombroso en Nicolas de Clamanges, que había profetizado con tanto calor una catástrofe si los pontífices posponían su renuncia un solo día. Tomando una decisión que levantó una tempestad en la universidad, aceptó el cargo de secretario de Benedicto, y más tarde escribiría sobre él que, «bien que gravemente acusado, fue grande y laudable, y creo que santo, y no conozco a nadie más digno de encomio». ¿Actuó Nicolas por convicción o fue sobornado? Mejor será interpretar sus motivos como sinceros, puesto que no tenemos elementos de juicio.

La universidad, ofendida del resultado de sus desvelos, tanto más cuanto que las frases del papa habían abonado grandes esperanzas, propuso dos medidas radicales. En una aconsejó al rey que retuviera las rentas eclesiásticas de Francia, lo que equivalía a romper con Aviñón; y en otra recomendó a los cardenales, que si Benedicto se obstinaba en rechazar la cesión, le depusieran en un concilio ecuménico. La corona no estaba preparada para negar la obediencia, aun cuando lo estuvo tres

años más tarde. Transcurrirían catorce antes de que Europa lograse la unidad momentánea para un concilio, que tampoco tuvo éxito.

Los universitarios continuaron su campaña. Enviaron cartas a soberanos y otras universidades rogándoles que insistieran en la cesión de los dos pontífices. Doctores en teología fueron de acá para allá a predicar en ciudades y provincias contra los males del cisma. Al paso que denunciaban la corrupción de la Iglesia, divulgaban la petición de reformas, con frutos tal vez distintos de los que esperaban. El soberano envió representantes al rey de Inglaterra y los príncipes de Alemania en defensa de la cesión mutua, y recibieron de todas partes los plácemes más serios, pero de escasos resultados prácticos. Benedicto XIII resistió a todos. No dio su brazo a torcer durante casi treinta años, a despecho de que Francia retiró su obediencia, del asedio de Aviñón, de la retirada de sus cardenales, de su deposición por dos concilios y de la competencia de otros tres papas. Se acogió a una fortaleza española [Peñíscola] y falleció en 1422 a la edad de noventa y cuatro años.

De manera inesperada, la guerra dio visos de terminar. Ricardo II propuso, en marzo de 1395, su matrimonio con Isabel, hija del monarca francés. Tenía veintinueve años y ella seis. Pero era el modo de atajar las interminables disputas que estorbaban la paz, aunque ésta no condensaba todos sus motivos.

Ricardo II se sentía disgustado por lo que llamaba «guerra intolerable» y no compartía la animosidad contra Francia de la mayor parte de los ingleses. Al contrario, la admiraba, deseaba conocer a su rey y deseaba sosiego para tener fuerza contra sus adversarios domésticos. Había gobernado de forma constitucional durante siete años, desde el rudo trato de los Lores Apelantes; pero su carácter autocrático, exacerbado por aquella humillación, anhelaba la monarquía absoluta y la sujeción de sus enemigos. La realeza, que corrompe o mejora, parece haber tenido un efecto único en el siglo XIV: sólo Carlos V se hizo prudente con sus responsabilidades. Ricardo era caprichoso, libertino, tiránico, emotivo y agresivo, incluso desde el punto de vista físico. Cuando falleció en 1394 su esposa, Ana de Bohemia, hermana de Wenceslao, sació la pasión de su pena ordenando que destruyeran la casa de campo de Sheen, porque había muerto en ella. En los funerales creyó que le insultaba la conducta del conde de Arundel, uno de los Lores Apelantes, y le derribó de un bastonazo.

Ana había sido una mujer dulce de su misma edad, que, a diferencia de su desventurado hermano, inspiró los más benignos comentarios a los cronistas. Su fallecimiento debió de romper alguna influencia restrictiva, aparte dejar a Ricardo sin heredero directo. Resultaba aconsejable un nuevo enlace, pero la elección de una niña de seis años, con la que no se consumaría el matrimonio hasta los doce, porque así estaba dispuesto, parece indicar que el deseo de un sucesor no era su razón primordial. Buscaba la reconciliación con Francia con el fin de privar de oportunidad

a los «jabalíes» de Inglaterra, y, más específicamente, lograr el apoyo francés contra ellos, si fuese necesario. Sus embajadores recibieron la instrucción de obtener seguridades del rey de Francia, los duques y su hermano «de que ayudarían y sostendrían a Ricardo con todo su poder contra cualquiera de sus súbditos».

Desde luego, no era la petición corriente de un soberano a otro, sobre todo en uno que continuaba siendo técnicamente su enemigo. Ricardo se hallaba a dos años de distancia de la monarquía absoluta, el asesinato de Gloucester, la ejecución de Arundel, los destierros de Norfolk y Henry de Lancaster, y una serie de provocaciones, que otro par de años después le arrebatarían la corona y luego la vida. Los historiadores modernos han pensado que en los últimos tiempos le dominó una enfermedad mental, pero eso no es más que una interpretación muy de nuestros días del defecto común de los gobernantes del siglo XIV: la incapacidad para dominar sus impulsos.

Ricardo reinó en una época de tensiones crecientes, contenidas, pero no disipadas, desde la revuelta de los campesinos. Bandas de caballeros y arqueros forajidos continuaban esparciendo el desorden, los impuestos sofocantes arrancaban incesantes protestas, y los lolardos, a pesar de los intentos para extirparlos, se presentaban por doquier. Su amenaza social y religiosa unió a la corona y a la Iglesia: habían pasado los días de la alianza de Juan de Gante con Wyclif, no obstante lo cual los lolardos aparecían en las altas esferas. Durante el Parlamento de 1394-1395, el movimiento afloró de repente con una incendiaria declaración pública de doce «conclusiones y verdades para la reforma de la Santa Iglesia en Inglaterra».

Con el apoyo de varios miembros de los Comunes, incluido el turbulento Richard Stury y otro caballero, ambos miembros del consejo privado, se presentó al Parlamento como proyecto de ley una petición de doce reformas, redactada en inglés. Al mismo tiempo se clavó, a la vista del público, en las puertas de Saint Paul y de la abadía de Westminster. Reflejaba el concepto que los descontentos tenían de la Iglesia de la Baja Edad Media, el de quienes ansiaban tener fe, pero chocaban con el obstáculo del materialismo y la idolatría existentes. Eran las mismas conclusiones que Wyclif había elaborado una a una, y empezaban por las dos más amenazadoras para la Iglesia y el sacerdocio: el ataque a sus bienes temporales y la negación del «supuesto milagro» de la transubstanciación. Otras cosas combatidas en la lista eran el voto de castidad, que en los varones provocaba el vicio y en las mujeres, «frágiles e imperfectas» por naturaleza, producía muchos pecados horribles; la consagración o el exorcismo de objetos materiales, pues no era más que «juglarismo», emparentado con la nigromancia; y las peregrinaciones a imágenes insensibles de madera y piedra, que eran una forma de idolatría. La décima encerraba una novedad: la negación virtual del derecho de matar. Aseguraba que el homicidio en las batallas y los tribunales de justicia por motivos temporales contradecía al Nuevo Testamento.

Los obispos se alarmaron y llamaron a Ricardo que estaba en Irlanda para que decretara medidas de represión. El rey, furioso de aquella herejía, amenazó con matar

a Richard Stury «con la muerte más vil que haya», si alguna vez rompía el juramento de retractación que se le obligó a pronunciar. Pero las doce conclusiones eran algo que el poder real no podía eliminar. Los lolardos habían encontrado partidarios entre el séquito bohemio de la reina Ana, y, a través de ellos, se enlazaron las ideas de Wyclif y Jan Hus.

La propuesta matrimonial de Ricardo, presentada antes de que los duques reales fuesen a Aviñón, no mereció aplauso unánime. Philippe de Mézières abogó con ardor por ella, con el pensamiento puesto en la cruzada, y lo mismo hizo Borgoña, con el suyo fijo en el comercio. Pero no podía disiparse tan fácilmente medio siglo de hostilidad. Berry y Orléans se opusieron, y cuando la propuesta se debatió en el consejo real, varios miembros objetaron que era antinatural un matrimonio sin paz. Coucy, ausente en Italia, quizá hubiese compartido su actitud. Un incidente del mismo año le presenta defendiendo —tal vez por sus especiales relaciones— la necesidad de no mantener el trato formal con enemigos, incluso en período de tregua. Froissart, que se disponía a visitar Inglaterra, le pidió cartas de presentación para Ricardo y sus tíos, y Coucy se negó, «porque eran francés», a escribir al rey, aunque sí le recomendó a su hija Philippa. Si se consideraba impolítica una misiva al monarca inglés, el matrimonio con el rey de Inglaterra debió de parecer radical.

Durante el consejo, el canciller Arnaud de Corbie aconsejó que se aceptara, pues los lazos conyugales robustecerían al soberano inglés contra el partido belicista de su país. Prevaleció el interés de la paz. El 2 de julio doscientos caballeros franceses escoltaron una embajada oficial de Inglaterra, dirigida por el conde de Nottingham, hasta la mesa del consejo en París. Se acordó una dote para Isabel de ochocientos mil francos, pero no territorios, y un armisticio de veintiocho años. Por vez primera había una tregua lo bastante larga para indicar la renuncia auténtica al ánimo beligerante…, al menos de parte de los negociadores. En eso consistía la dificultad.

Casi todos los franceses, en cuyo suelo se había batallado, deseaban la paz; en cambio, muchos ingleses, que personificaba el duque de Gloucester, se oponían a ella. Les parecía que les habían timado las ganancias confirmadas en el Tratado de Brétigny. Estaban sedientos de desquite y veían que el matrimonio les privaba de él para siempre. Los hacendados y caballeros desarraigados sufrían el atractivo de la guerra —y el botín— en el continente. Los plebeyos, víctimas del quebrantado comercio y de los impuestos abrumadores, hubiesen deseado la paz, mas les desagradaba el matrimonio con la francesa. Temían que Ricardo cediese demasiado a Francia y murmuraban de Calais y sus sospechas de que hubiese elegido una consorte infantil, cuando no había príncipe heredero.

Gloucester era muy influyente y popular entre los londinenses, y por eso Ricardo no se atrevió a concluir la alianza sin su aquiescencia y la de su partido. Transcurrió más de un año sin que la obtuviera. Los franceses enviaron a Robert el Ermitaño para dar peso a las órdenes del cielo sobre la paz, e informar a los ingleses de lo que sabía desde sus viajes por Siria sobre los turcos y de la amenaza que representaban. Un

visionario, aunque viajase con siete caballos a expensas del rey de Francia, no era la elección más oportuna para impresionar a Gloucester. Cuando, en el calor de su peroración, el Ermitaño advirtió: «En verdad, quien se oponga o se opusiera a la paz lo pagará caro esté vivo o muerto», Gloucester le interrumpió con un seco «¿Cómo lo sabéis?». Robert pudo responder sólo que «por inspiración divina», lo que dejó frío al duque. Persistió en mostrarse «duro de corazón contra la paz» y verbalmente «condenó y despreció mucho a los franceses».

Ricardo explicó al conde Waleran de Saint-Pol, que acompañaba al Ermitaño, que Gloucester trataba de convencer al pueblo contra la paz, y que quizá incluso «lo levante contra mí, lo que es grave riesgo». Saint-Pol, hermano astuto del santo Pedro de Luxemburgo, le aconsejó que conquistase a su tío con palabras dulces y buenos regalos, hasta que el matrimonio y la paz se hubieran resuelto. Después podría «tomar otra resolución», pues entonces tendría fuerza para «oprimir a los rebeldes, porque el rey de Francia, si fuese necesario, os ayudará, podéis estar seguro de ello». El lubricante de la política fue entonces el mismo que de antaño y hogaño. Ricardo prometió a Gloucester cien mil libras, y para su hijo un condado de dos mil libras anuales de renta (que no entregó), y, con persuasiones y presiones del duque de Lancaster, logró un malhumorado consentimiento.

En marzo de 1396, en París, se celebró el matrimonio por poderes y la ratificación de la tregua, en los que Nottingham representó al monarca inglés. Nottingham tuvo ocasión de conocer a personas que apreciaba en fiestas, que no en combates, pues Coucy fue uno de los anfitriones de los embajadores de Inglaterra durante las tres semanas de su estancia en la capital. Refrendado el contrato matrimonial por los barones ingleses, Ricardo fue a Calais en agosto, y en sus conversaciones con el duque de Borgoña llegó incluso a mostrarse amigo de Francia. Se declaró dispuesto a apoyar la cesión y a convencer al papa romano de que abdicase, y, de forma más realista, a renunciar a las bases inglesas en Francia. Regresó a su reino para notificar los artículos de la paz a sus súbditos, pues no podía concluirla de modo firme «sin el consentimiento general del pueblo de Inglaterra».

Retornó en octubre para que se verificase su encuentro con el rey de Francia, que se celebró con la magnificencia adecuada en un campamento de pabellones resplandecientes en la frontera de Calais. Entre dos hileras de cuatrocientos caballeros franceses y cuatrocientos ingleses, «con la espada en la mano», ambos monarcas avanzaron uno hacia el otro, escoltado cada uno por los tíos del otro. Cuando se abrazaron, los ochocientos caballeros se postraron de hinojos y muchos lloraron emocionados. Siguieron reuniones, banquetes y diversiones. La novia de siete años, anegada en terciopelo escarlata y esmeraldas, fue entregada y el arzobispo de Canterbury la casó formalmente con Ricardo en Calais en el mes de noviembre. Enguerrand de Coucy no asistió a las ceremonias, ni pudo ver a su hija Philippa, que formaba parte del séquito inglés, pues ya había partido con los principales caballeros y nobles del reino para la última cruzada de cierta importancia en el Medievo.

Los reyes estaban en paz, pero todos los viejos motivos —fronteras y territorios controvertidos, homenajes y reparaciones, Guyena y Calais— permanecieron sin resolución y el rencor de Gloucester latente. Los franceses comprobaron que habían vertido en vano sobre él honores, placeres y dones de oro y plata. Los aceptó y siguió frío, duro y reservado. «Malgastamos nuestros esfuerzos con ese duque de Gloucester —comentó Borgoña—, porque seguramente no habrá paz entre Inglaterra y Francia mientras viva. Encontrará siempre nuevos accidentes e invenciones para engendrar odio y discordia entre los reinos». No los impuso Gloucester, que moriría dentro de un año. El propio Borgoña, en la lucha fratricida contra Orléans, que continuó su hijo, fue tan responsable como cualquiera. La guerra inacabada había abierto un abismo demasiado hondo para que pudiera cegarse con facilidad. En Inglaterra, Ricardo y Lancaster eran los únicos defensores auténticos de la política francófila, y los dos fallecieron tres años después de la boda con la princesa francesa. La animosidad contra Francia persistió. Apenas dos decenios después de la reconciliación, Enrique V llamaría a sus seguidores, diciendo: «¡A la brecha una vez más!».

CAPÍTULO 26

NICÓPOLIS

Durante medio siglo los europeos occidentales habían escuchado, con mayor o menor atención, el distante choque de la embestida turca en oriente y los gritos de angustia que señalaron su avance implacable. Los otomanos fueron la última y más duradera oleada de guerreros nómadas de las que, entre el siglo XI al XIII, arrancaron de las estepas asiáticas para arrollar el Asia Menor, como los godos y los hunos abrumaron a Roma. En su origen los otomanos se establecieron a orillas del mar Negro, en Anatolia, como vasallos de los turcos selyúcidas y guardianes de sus fronteras. Cuando el sultanato selyúcida se desmoronó bajo los ataques de los mongoles de Gengis Kan y sus sucesores, las veteranas y belicosas bandas del jefe Osmán (forma turca del nombre árabe Otmán) declararon su independencia de los selyúcidas en 1300 y se alzaron sobre la ruina de sus predecesores. En veinticinco años, con la energía brutal de un pueblo que crece, conquistaron las ciudades esenciales y grandes regiones de Anatolia, y dominaron la ribera de los angostos estrechos azules que separan Asia de Europa.

En la orilla europea estaba Constantinopla, capital de lo que restaba del Imperio bizantino. La reliquia oriental del antiguo Imperio romano se desintegraba al cabo de ocho siglos de la caída de Roma en poder de los bárbaros. Arrinconada en Europa, era una reliquia enteca de su anterior grandeza. Había perdido su supremacía naval y mercantil ante Génova y Venecia, y su estructura se había debilitado en el mismo proceso que actuaba en occidente: servicio feudal reemplazado inadecuadamente por una economía monetaria, la Peste Negra, quebrantos financieros, disensiones religiosas, sublevaciones obreras y pueblos guerreros. Los servios y búlgaros, al desarrollar sus reinos, la acometieron por el norte y el oeste, y una constelación de pequeñas potencias la acometió en el Egeo. Se desorganizaron sus provincias, su fuerza militar dependió de los mercenarios y su soberanía quedó desgarrada por feroces luchas alrededor del trono. Fueron éstas las que abrieron el hueco por donde los turcos osmanlíes entraron en Europa.

Las luchas comenzaron con las pretensiones de Juan Cantacuceno, que como primer ministro tenía el título de «gran doméstico» y actuaba como regente de Juan V Paleólogo, heredero menor del trono. En 1341 Cantacuceno se declaró emperador asociado —en realidad, rival— con el nombre de Juan VI. Durante los años de guerra civil que siguieron retuvo el poder alquilando tropas otomanas, duras y disciplinadas. Cuando, por invitación de Cantacuceno, Orján cruzó el Helesponto en 1345, fue, en opinión de Gibbon, «el último golpe fatal» de la larga decadencia del antiguo Imperio romano.

Murad I, sucesor de Orján, tomó pie en Europa con la conquista en 1353 de Gallípoli, llave del Helesponto. Exactamente cien años después los turcos tomarían Constantinopla, pero Cantacuceno, como otros actores de la historia, no tenía visión de las consecuencias de sus actos. Más bien, para cimentar las relaciones con sus nuevos aliados, concedió su hija en matrimonio a Orján, en una ceremonia musulmana, que tendió un puente entre los cristianos y los infieles sin escrúpulo alguno… y sin que su fe se resintiera. Tiempo después, cuando le obligaron a abdicar, el antiguo «gran doméstico» se hizo monje y se retiró a la calma claustral para escribir la historia de la época que tanto había contribuido a embrollar.

Las incurables discordias constantinopolitanas dieron al turco el medio para aprovechar la puerta de Gallípoli. Al abdicar Cantacuceno, su antiguo pupilo, Juan Paleólogo, reconquistó el trono (lo que explica la sorprendente sucesión de Juan VI por Juan V), y se abismó en una feroz contienda familiar en la que hijos y nieto, tío y sobrino, en los treinta y cinco años siguientes, se depusieron, encarcelaron, torturaron y destronaron unos a otros, en distintas alianzas con Murad I.

Mientras colaboraban en la mutua destrucción de los Paleólogos, los turcos, como una mano abriéndose desde la muñeca de Gallípoli, se extendieron por los dominios bizantinos y búlgaros. Murad llevó su capital a Adrianópolis (Edirne) en 1365, a ciento noventa y dos kilómetros en el interior de Europa. En 1371 derrotó una coalición de los servios y búlgaros junto al río Maritza, en Bulgaria. Juan V retuvo una parte de su imperio, lo mismo que los boyardos búlgaros su territorio, como vasallo del sultán. En 1389 otra coalición de servios, rumanos y sus vecinos septentrionales, los moldavos, intentó contener a los turcos, pero Murad los derrotó en la batalla de Kosovo, tumba de la independencia servia. Murieron en ella el zar de Servia y la flor y nata de sus nobles, y su hijo hubo de someterse al vasallaje del sultán. Murad fue asesinado tras la batalla por un servio moribundo, que, fingiendo que iba a revelarle un secreto, le apuñaló el vientre cuando se inclinó sobre él. Sin embargo, el sultán dejó a su sucesor, Bayaceto I, la mayor potencia de la región. En treinta y cinco años del cruce del Bósforo, los otomanos dominaban los Balcanes orientales hasta el Danubio y se hallaban en las fronteras de Hungría.

El factor preponderante en su avance fue la división de sus enemigos. Un legado de acre desconfianza separaba a Bizancio de Europa desde que los cruzados latinos habían penetrado en sus dominios. El viejo cisma que distanciaba a los católicos romanos de los grecoortodoxos dejó una implacable disputa sobre detalles rituales —cuanto menos importantes eran tanto más encono suscitaban— y llenó los Balcanes de adversarios. Bulgaria y Valaquia (Rumania) y la mayor parte de Servia pertenecían a la Iglesia griega, y se enfrentaban con Hungría, que pertenecía a los latinos y era aborrecida por su empeño en imponer el clero romano y cobrar poderío político sobre sus vecinos. Mircea, *voyevod* (gobernante) de Valaquia, luchó contra los osmanlíes en Kosovo, pero, a causa de antiguas enemistades, no estaba dispuesto a pactar con Hungría contra el enemigo común. Lo mismo podía decirse de los servios, quienes,

en cualquier caso, estaban impedidos de hacerlo por haber aceptado la soberanía del sultán. Tal había sido la política de Murad: neutralizar a los gobernantes balcánicos dejándolos en sus puestos con la obligación de prestarle homenaje. Como sus reinos carecían de unidad, pues no eran más que flojas federaciones de señores semiautónomos, podían ser sometidos uno tras otro. Así, individualmente, los gobernantes búlgaros, bosnios, servios y valacos le prestaron homenaje para evitar las continuas incursiones turcas. En las áreas de conquista directa, Murad dividió el territorio entre sus seguidores, haciendo que arraigasen en Europa. La mitad del ejército osmanlí que luchó en Kosovo tenía ya dominios en suelo europeo.

Bayaceto no perdió el ímpetu de sus predecesores. Elegido sultán en el campo de Kosovo, comenzó por estrangular a su hermano con una cuerda de arco, habitual precaución turca, y se dedicó a continuación a hacer temblar el trono bizantino ayudando a Juan VII a derribar a su abuelo. Cuando Juan fue depuesto por su tío, Manuel II, Bayaceto sitió y bloqueó Constantinopla durante siete años. Mientras tanto, avanzó por Bulgaria, invadió Macedonia y el Ática, y asoló Bosnia y Croacia, llevándose, se dijo, más habitantes de los que dejó. Era osado, emprendedor, siempre a caballo e «igualmente ávido de la sangre de sus enemigos como pródigo de la de sus soldados». Su vanguardia de *gazíes*, instrumentos de Allah, peleaba con celo extraordinario en la guerra santa contra los infieles cristianos. Un *gazí*, según la definición turca, era «la espada de Dios que purifica la tierra de la inmundicia del politeísmo», es decir, de la Trinidad cristiana.

En 1393, después de tomar Tirnovo, capital del reino búlgaro oriental, Bayaceto conquistó Nicópolis, el más importante bastión de Bulgaria junto al Danubio. Situada al borde del río, sobre la altura que dominaba la ciudad de Nicópolis, señoreaba lo que entonces era un vado que protegía, en la ribera opuesta, una fortaleza valaca. Dos tributarios desaguaban en el Danubio en la base del castillo, que así custodiaba las comunicaciones del interior y las danubianas. En aquel paraje estratégico chocarían los europeos y los otomanos.

Cuando el zar turco, Ivan Shishman, se negó, a pesar de su vasallaje, a apoyar a los turcos en su avance con soldados y provisiones, Bayaceto le encarceló en Nicópolis. Impacientándose con el sistema de los vasallos, hizo que estrangularan al cautivo, redujo su reino al estado de *sandjak*, o provincia osmanlí, y se dirigió contra Vidin, capital del reino búlgaro occidental. Segismundo, soberano de Hungría, le preguntó con qué derecho anulaba la soberanía de Bulgaria, y el sultán contestó, sin decir una palabra, señalando las armas y trofeos de guerra que adornaban sus paredes. En la retaguardia construyó una torre enorme para defender Gallípoli y un puerto permanente para sus naves. Erigió mezquitas imponentes en Adrianópolis y caravasares a lo largo de los caminos por los que marchaba. Mientras sus jinetes se adentraban por Europa, continuó ampliando su dominio en Anatolia. Por la «ígnea energía de su alma», y la velocidad de sus marchas, recibió el sobrenombre de Ilderim (el Rayo).

Capturada Nicópolis, el rey Segismundo pidió con mayor apremio ayuda a los señores occidentales. Su reino era ya el último estado organizado de la Europa oriental que resistía a los turcos y se recordaba aún con terror las devastaciones mongolas que había sufrido el llano del Danubio en el siglo anterior. Aunque era «reina de los países circunstantes», la resistencia que podía ofrecer Hungría a los nuevos invasores se veía comprometida por sus incesantes conflictos con Polonia y Lituania en el norte, por la hostilidad de sus vecinos del sur, y por las divisiones existentes entre los señores y entre éstos y el pueblo. El reino era un remiendo compuesto de una dinastía foránea, los nobles húngaros, los labradores nativos, cuya agricultura ignoraba los progresos de la occidental, y una clase de inmigrantes alemanes, dedicada al comercio, que había desarrollado las ciudades y cuyas costumbres seguían siendo tan extranjeras como en Polonia y Bohemia.

Un siglo de gobierno de la dinastía angevina había hecho que la corona húngara tuviese estrechas relaciones con la corte francesa, y la situación no se alteró bajo la de Luxemburgo, que empezó con Segismundo. Se convirtió en rey en 1387 por su matrimonio con la hija del último rey angevino, Luis el Grande, que falleció sin descendencia masculina. Hijo del emperador Carlos IV y medio hermano de Wenceslao, y menor que él, era estadista menos eficaz que su padre, pero más capaz y sensato que su desequilibrado hermano. Como éste, había sido bien educado y hablaba cuatro lenguas. Alto, fuerte y extraordinariamente bello, llevaba el pelo castaño claro largo y rizado, era inteligente y bienintencionado como gobernante, pero amante de los placeres, pródigo, licencioso y con una nutrida lista de escándalos amorosos. La historia le conoce sobre todo como emperador, más adelante; entonces tenía veintiocho años y a duras penas mantenía el equilibrio en medio de difíciles circunstancias.

Adquiriendo la corona húngara como advenedizo a los diecinueve años, tuvo que enfrentarse con la comparación con un predecesor dinámico y poderoso, con la enemistad de los nobles levantiscos, con una suegra dominante y con un rival en la persona de Carlos de Durazzo, el heredero angevino de tantos tronos. Durante trágicos años de cábalas y asesinatos, Carlos de Durazzo y la reina madre Isabel de Hungría lograron destruirse mutuamente, y los nobles rebeldes fueron más o menos sometidos, a pesar de la intensidad de los sentimientos que hizo que uno gritara a Segismundo: «¡Jamás me inclinaré ante ti, cerdo bohemio!». Absorto en la solución de estos problemas en los primeros años de su reinado, Segismundo no estaba capacitado para presentar resistencia efectiva a los turcos, que aprovecharon la ocasión para estragar sus fronteras.

Segismundo, valeroso, poco diplomático, fogoso y cruel en sus cóleras, había sobrevivido. Como todos los Luxemburgos, tenía rasgos peculiares. Cuando le enseñaron una reliquia de un hueso de santa Isabel, la contempló un buen rato y comentó que podía ser la de un zapatero. Asistiendo al Parlamento en París, para observar a los tribunales de justicia, oyó pronunciar un veredicto contra un plebeyo,

llamado Seignet, basado en que no era caballero, mientras que el acusado lo era. Con estupefacción de su séquito, y de los abogados, jueces y espectadores, Segismundo se puso en pie y anunció con voz fuerte su derecho a armar caballeros; hizo que Seignet se acercara a él, le mandó que se arrodillara y le armó allí mismo caballero. Se quitó una de sus espuelas de oro y su cinto del que colgaba una daga, en lugar de una espada, e hizo que uno de los suyos pusiera aquellos emblemas al aturdido e inesperado caballero, y «así el rey defendió la causa de dicho Seignet».

El occidente europeo no perdía de vista los progresos turcos, pero, como no tenía apego a Constantinopla, no atendió al peligro hasta que llegó a Hungría. Todos los papas de los últimos cuarenta años habían solicitado una cruzada contra el amenazador infiel, algunos con fervor auténtico; pero el fervor se destinaba más al robustecimiento de la fe que a una respuesta realista a la situación. Tales empresas tenían objetivos reducidos y motivos interesados. Los pontífices deseaban reabsorber la Iglesia oriental; los venecianos y genoveses, conservar sus factorías en el mar Negro y en Levante; y los Lusignans de Chipre, defender su reino de la inundación otomana. Lo más semejante a un esfuerzo unitario fue la Liga Latina que organizó el papa Clemente en 1344, incluso antes de que los turcos pisaran Europa, en la que se combinaron huestes pontificias, venecianas, chipriotas y los caballeros hospitalarios de Rodas. Tras una victoria inicial, Clemente había esperado que los bizantinos se incorporarían a la liga y se reunirían con la Iglesia de Roma. La flota latina tomó Esmirna y destruyó cien naves turcas, pero las fuerzas terrestres de los cruzados, paralizadas por la enfermedad, la disensión y un mando irresoluto, no avanzaron y la campaña se extinguió en negociaciones.

Se llevó a cabo otro intento en la década de 1360 bajo el acicate de la persona más interesada, Pedro de Lusignan de Chipre. Después de recorrer en vano las cortes europeas durante tres años para levantar un ejército cruzado, consiguió organizar una expedición en Chipre en 1365, que conquistó la ciudad egipcia de Alejandría como primer paso para la recuperación de Jerusalén. Sus seguidores, ansiosos de asegurar el inmenso botín, se empeñaron en hacerse a la vela con sus beneficios y dejaron a Lusignan sin fuerzas bastantes para explotar su victoria o, al menos, consolidarla. Se hubo de renunciar a Alejandría.

Amadeo de Saboya, cuya tía Ana era la emperatriz viuda de Bizancio, dirigió una notable campaña para unirse a Lusignan. Logró reconquistar Gallípoli, también de manera efímera. Jamás llegaron las compañías francas, al mando de Du Guesclin, que tenían que avanzar por tierra contra los turcos desde el este. Amadeo, como Lusignan, careció de fuerzas para proseguir, y pocos años después Murad recobró Gallípoli.

Constantinopla pidió auxilio en 1369. Juan V, en un intento desesperado por excitar la ayuda occidental, fue a Roma para arreglar el cisma que separaba a los griegos de los latinos, y se ofreció como el primer arrepentido. Consiguió principalmente desencadenar la furia de su clero y su pueblo, que rechazaron sus

disposiciones. Europa, a la que preocupaba la renovación de la guerra anglo-francesa, no se sintió interesada.

La única persona conocida que trató de modo consistente obtener una solución proporcionada al peligro fue Philippe de Mézières, aunque tampoco pensó en el enemigo: le importaba la cruzada por sí misma. Era para él un imperativo moral, la panacea que curaría todos los males de la sociedad, la piedra filosofal que transformaría las desgracias en oro: cesarían las disputas y hostilidades, los tiranos desaparecerían o se reformarían, y la cristiandad convertiría a turcos, tártaros, judíos y sarracenos, y establecería en el mundo la paz y la unidad. Si bien era un *exalté*, Mézières conocía el Levante y los otomanos por experiencia directa, con la consecuencia que comprendía la gravedad del problema y lo tomaba en serio.

Se había unido a la Liga Latina en la cruzada a Esmirna, siendo un joven clérigo ardorosamente atraído por Tierra Santa; después, como canciller de Pedro de Lusignan de Chipre, vivió cerca de los turcos durante muchos años y, de vuelta a la corte francesa a la muerte de su señor, puso como objetivo de su vida la recuperación de Oriente para la cristiandad. Meditó que no se trataba de una aventura improvisada, sino de una guerra seria contra un enemigo organizado y disciplinado, y, como sabía desde lo de Esmirna, bien adiestrado, valiente y despiadado. Concibió las fuerzas necesarias como un ejército nacional, que incluyese a los burgueses y la gente ínfima como hombres de armas, y a los caballeros como jefes, y al cual moviesen la virtud y el celo, y no la codicia. Como los templarios y hospitalarios antiguos, se consagraría a la obediencia, justicia y disciplina militar, y durante la gran empresa resucitaría los verdaderos ideales de la caballería. Con tal fin fundó la orden de la Pasión de Jesucristo, que, como indicaba su nombre, atendía más a lo moral que a lo bélico.

La insistente propaganda de Mézières —por ejemplo, el maravilloso espectáculo teatral de la primera cruzada presentado durante la visita del emperador a París— impresionó sin duda a Carlos VI y a otras personas. En 1389 hubo informes de primera mano de los turcos debidos a Boucicaut a su regreso de Tierra Santa, donde había estado para rescatar al conde d’Eu y en cuyo viaje nacieron las *Cent Ballades*. Su relato de cuanto había visto en Levante, de su visita a Segismundo de Hungría, y de su recepción en Gallípoli por el sultán Murad, que le había tratado con nobleza y entregado regalos magníficos y un salvoconducto, espolearon el deseo del joven rey de realizar la «gloriosa aventura». Las noticias que se recibieron del este, a principios de la década de 1390, fueron peores. Cuando fracasaron las negociaciones de paz de 1393 con Inglaterra, Carlos animó a Lancaster a estudiar una expedición mancomunada contra los turcos, «para defender la fe y acudir en ayuda de Hungría y del emperador de Constantinopla». Pero nada se podía hacer mientras la paz estuviera pendiente, y hasta que el duque de Borgoña no se sintiera interesado.

Borgoña era aún el principal promotor de los sucesos. Antes de hacerse con el poder

nacional, a causa de la demencia del soberano, había pensado en una cruzada, vacilando entre Prusia —que sólo serviría para ocupar a los guerreros— y Hungría. En 1391 envió a Guy de Tremoille a Venecia y al país húngaro para estudiar la situación y, convencido de que la causa tenía la suficiente grandeza para satisfacer sus aspiraciones, proyectó una cruzada que capitanearían él, Louis de Orléans y el duque de Lancaster. Ninguno de los tres fue en último término. No se sabe a ciencia cierta si la defensa contra los turcos se concebía como un interés europeo vital. Borgoña, al planear la cruzada, pensaba sólo en su grandeza y la de su casa, y como era príncipe atento sólo a su prestigio, resultó que la opulencia fue el tema dominante; los planes, logística y conocimiento del enemigo retrocedieron a segundo puesto, en caso de que se tuvieran en cuenta.

El primer problema, como siempre, fueron las finanzas. En 1394 Borgoña solicitó doscientas mil libras a Flandes, que estaba empobrecido por los años de guerra civil. Un tesonero regateó con los flamencos, redujo la cantidad a ciento treinta mil, bastantes para empezar los preparativos con lujo incomparable de vestidos, ya que no de armas. En enero de 1395 el duque despachó a otro Tremoille, Guillaume, hermano de Guy, para que informase a Segismundo de que una petición oficial de ayuda al rey de Francia sería favorablemente acogida.

Llegaron a París en agosto cuatro imponentes caballeros y un arzobispo húngaros. Informaron a la corte de que Bayaceto estaba reuniendo un ejército de cuarenta mil hombres con el propósito de someter Hungría a la misma suerte que Bulgaria, Valaquia y Servia, y que si los franceses no enviaban socorros, el monarca húngaro estaría pronto reducido a la peor situación. Contaron que los otomanos encarcelaban a los cristianos en mazmorras, secuestraban a los niños para convertirlos al islam, violaban a las doncellas y no perdonaban a nadie en sus sacrilegios. Su rey había reñido con ellos varias batallas con resultado desastroso contra enemigo tan fuerte y temible. Aunque fuese doloroso admitirlo, «el sino de los cristianos nos obliga a confesarlo». Segismundo imploraba el auxilio «en nombre del parentesco y del amor de Dios».

La cuestión matrimonial con Ricardo de Inglaterra ya estaba resuelta. Por consiguiente, Carlos pudo responder que, «como jefe de los reyes cristianos», le correspondía impedir que la cristiandad fuese pisoteada por el sultán, cuya insolencia había que castigar. El entusiasmo fue general. Eu, condestable de Francia, y Boucicaut, mariscal, proclamaron que era deber de todo varón esforzado emprender la lucha contra los «descreídos», palabra que se aplicaba tanto a los musulmanes como a los campesinos y obreros en señal de desprecio. Los embajadores húngaros, cubiertos de regalos y de promesas de ayuda, regresaron divulgando la noticia de la cruzada francesa en su viaje por Alemania y Austria, y preparando provisiones para ella.

Coucy volvió de Italia dos meses después de la visita de los húngaros y encontró la corte muy excitada por la cruzada. No perdió tiempo en tomar la cruz. Como todos

los de su clase, no se quedaba en casa si podía evitarlo. Borgoña, Orléans y Lancaster habían desistido de intervenir en la empresa, porque las negociaciones entre ambos países exigían su presencia, o por desgana de alejarse de las inmediaciones del trono. Pero la casa de Borgoña siguió adelante en la persona del primogénito del duque, Juan de Nevers, de veinticuatro años de edad, que aún no había sido armado caballero, y al cual su padre propuso para la jefatura nominal. El Caín predestinado, según Michelet, de Abel, su primo Louis de Orléans, no había dado hasta entonces pruebas de la decisión de carácter que mostraría al fallecer Felipe. Como duque recibiría el nombre de Juan Sin Miedo, lo que implicaba, por lo visto, que no tenía miedo a causar mal. Casado a los catorce años en la famosa boda doble, ya tenía dos hijos. Desmedrado, cabezón, de facciones duras, modales torpes y mal gusto en el vestir, era opuesto en todo, salvo en ambición, a su soberbio y encantador primo Louis. Dice Michelet que «la naturaleza parecía haberle formado con el propósito de que odiase al duque de Orléans».

La sangre real y la posición de Nevers daban *éclat* a la cruzada, pero su padre reconoció que se necesitaban jefes más responsables, que no identificaba evidentemente ni con el condestable d'Eu, ni con el mariscal Boucicaut, menores ambos de treinta y cinco años. Recurrió a Coucy como el estadista más veterano y el guerrero más experimentado del reino desde la desgracia de Clisson.

Desde que a los quince años combatió contra los ingleses, y a los dieciocho cazó a los jacques, la experiencia de Coucy se había dilatado en un amplio y variado campo de acción bélica, diplomática, gubernamental, social y política. Había estado en una posición única por ser yerno de Eduardo III, que le comprometía con dos soberanos enemistados; había asistido como capitán o uno de los mandos superiores a once campañas: en Piamonte, Lombardía, Suiza, Normandía, Languedoc, Toscana, Francia septentrional, Flandes, Güeldres, Túnez y Génova; había acaudillado mercenarios y luchado en favor o en contra del conde de Saboya, Gregorio XI, Hawkwood, los Viscontis, los Habsburgos, los suizos, navarros, gascones, ingleses, bereberes, Florencia y los nobles de Génova. Como diplomático había negociado con el papa Clemente VII, el duque de Bretaña, el conde de Flandes, la reina de Aragón, los ingleses en las conversaciones de paz y los rebeldes de París. Había estado casado con una mujer temperamental y pródiga, ocho años mayor que él, y tenía entonces una esposa a la que llevaba aproximadamente treinta. Había sido consejero y representante de los duques reales Anjou y Orléans, lugarteniente de Picardía y de Guyena, miembro del consejo real, gran despensero de Francia, y dos veces había rechazado el cargo de condestable. Había conocido y tratado todo género de personajes, desde el ultraperverso Carlos de Navarra al santísimo Pedro de Luxemburgo.

No sorprende, pues, que el duque y la duquesa de Borgoña le llamaran y le dijeran: «Señor, sabemos que sois de todos los caballeros de Francia el más curtido y experto en todas las cosas, por lo cual os encarecemos con afecto que seáis el

compañero de nuestro hijo en este viaje y su principal consejero». A ello Coucy contestó: «Monseñor, y vos, señora, sabed que iré, ante todo, por devoción a fin de defender la fe de Jesucristo; en segundo lugar, porque me hacéis el alto honor de confiarme vuestro hijo, monseñor Juan. Cumpliré mis obligaciones en todo ello lo mejor que pueda». Pero, agregó, preferiría que le excusasen de ello y que la misión se concediera al conde d'Eu y al conde Jacques de la Marche, ambos emparentados con Nevers. (Siendo un Artois, Eu llevaba sangre de los Valois, razón principal de que fuese condestable, y De la Marche, el cruzado más joven, «sin barba ni bigote», era un Borbón.)

«Señor de Coucy —respondió el duque—, habéis visto muchas más cosas que ellos y sabéis acerca de dirigir un ejército en tierra extraña más que nuestro primo Eu o que De la Marche; por consiguiente, os encargo y suplico que nos contentéis». Coucy se inclinó, diciendo: «Vuestro ruego es una orden para mí», y aceptó con la condición que le ayudaran Guy y Guillaume de Tremoille y el almirante de Vienne. Él también, con funesta penetración, no confiaba mucho en los jóvenes.

La cuestión del mando sería crucial para el resultado de la cruzada, y el esfuerzo de Borgoña resultaba significativo, sea o no literal la versión que Froissart da de la entrevista. Los cronistas medievales incurrían en la licencia de intercalar diálogos en sus relatos históricos. También lo hizo Tucídides. Si se admite el discurso de Pericles a los atenienses, no hay motivos para rechazar la conversación de Borgoña y Coucy. Se ha puesto en tela de juicio debido a que el nombre de Enguerrand no figura como «principal consejero», al menos en la lista de los principales de Nevers, que se compuso de los dos Tremoilles y Odard de Chasseron, los tres cortesanos borgoñones, más Philippe de Bar y el almirante de Vienne. Coucy, Eu, Boucicaut, De la Marche y Henri de Bar componían otra, y Nevers podía consultarlos «cuando le pareciese bien». Esta disposición incluía fallos en la organización de la dirección de una campaña militar. Tal vez denote ciertas diferencias entre Nevers y su padre; pero, más fundamentalmente, refleja la ausencia de un concepto de unidad de mando.

Libres de ocupación a consecuencia de la paz con Inglaterra, los caballeros aceptaron la cruz con alacridad, «para huir de la holganza y emplearse en la caballería». Se reclutaron unos dos mil caballeros y escuderos, con el apoyo de seis mil arqueros y peones elegidos entre los voluntarios mejores y los mercenarios más aguerridos de las compañías francas. Así como había establecido un precedente de opulencia en el caso de la boda doble, así Borgoña se empeñó en que el equipamiento del bautismo guerrero de su hijo fuese el más espléndido imaginable. La compañía personal de doscientos hombres de Nevers recibió una librea nueva de «verde alegre», veinticuatro carretadas de tiendas y pabellones de satén verde, y cuatro banderas enormes, pintadas con el emblema de la cruzada: la Virgen rodeada de los lises de Francia y las armas de Borgoña y Nevers. Los pendones de lanzas y tiendas, las insignias de las trompetas, las mantas de terciopelo y la indumentaria heráldica de doce trompeteros se bordaron con la misma imagen en oro y plata, muchos adornados

con gemas y marfil. El ajuar de cocina se hizo especialmente, así como cuarenta docenas de tazas y treinta de platos de peltre. Se tenían que pagar antes de la partida cuatro meses de sueldo por adelantado. El costo de todo ello secó el dinero obtenido de Flandes. Se impusieron nuevos tributos en todos los dominios de Borgoña, incluido el tradicional subsidio que se percibía al armar caballero al hijo primogénito y en el caso de viajes al extranjero. Hubieron de pagar por no participar en la cruzada incluso los ancianos, mujeres y niños. Para cubrir las necesidades que se presentasen en el camino, el duque negoció préstamos de municipios, recaudadores de contribuciones, lombardos y otros banqueros.

La competencia en esplendor rigió los preparativos. Los gastos de Coucy fueron cubiertos en parte por Louis de Orléans, que le pagó de golpe las seis mil libras que le debía por la campaña de Génova, más dos mil que entregó a su yerno Henri de Bar, y los gastos de diecisiete caballeros y escuderos de Louis que seguirían la bandera de Coucy.

Entre los aliados extranjeros descollaron, en primer lugar, los caballeros hospitalarios de Rodas, que, desde el declinar de Constantinopla y Chipre, tenían una posición cristiana de importancia en el Levante; los venecianos, que proporcionaron una flota; y, tierra adentro, los príncipes alemanes de Renania, Baviera, Sajonia y otras partes del imperio, que habían reclutado los húngaros, y que se unieron a la hueste francesa en el camino. Acudieron individualmente aventureros de Navarra, España, Bohemia y Polonia, naciones en las cuales los heraldos franceses habían pregonado la cruzada. Los estados italianos estaban demasiado enzarzados en sus disputas particulares para enviar contingentes, y es imaginaria la presencia inglesa a la que tanta importancia se ha dado. No existe documentación que pruebe la actividad financiera imprescindible para enviar a gentes de Inglaterra a otros lugares de Europa, ni del permiso del rey necesario para abandonar el país. Ni Henry de Bolingbroke, ni «otro hijo del duque de Lancaster», pudieron capitanear un contingente inglés, pues tanto ellos como los principales nobles ingleses asistieron a la boda de Ricardo cinco meses después de la salida de los cruzados. La mención de participantes de tal nacionalidad puede explicarse con la presencia de hospitalarios de «lengua» inglesa que se juntaron a sus cofrades de Rodas. El problema estriba no en que los ingleses estuvieran presentes, sino en su ausencia. Quizá se debió a que se ensañaba la discordia entre el rey Ricardo y Gloucester, y éstos quisieron tener a mano a sus partidarios; o a que la animosidad implantada por la larga guerra había cortado el antiguo vínculo de hermandad de la caballería, dejando a los ingleses desinteresados de una cruzada bajo mando francés.

El entusiasmo era general. Albert, duque de Baviera, conde de Hainault y suegro de Nevers, no se sentía impelido a expulsar a los turcos ni a defender la fe. Cuando su hijo Guillermo de Ostrevant, asistido de muchos caballeros y escuderos, manifestó su ardiente deseo de ir, Albert le dijo secamente que le empujaba a ello la vanagloria, y le preguntó por qué se obstinaba en «llevar las armas contra un pueblo y un país que

jamás nos hizo daño». Recomendó a su hijo que consagrara sus fuerzas a recuperar las tierras de la familia, que retenían injustamente los vecinos señores de Frisia. Guillermo aceptó, porque aquello le prometía una actividad marcial. La frontera oriental de Europa estaba muy lejana y a muchos europeos, dadas las comunicaciones de la época, los turcos parecían apenas más que un nombre.

El cisma pontificio no estorbó la expedición. Bonifacio, el papa romano, a quien obedecían Hungría, Venecia y los alemanes, predicaba la cruzada desde 1394. Codiciaba el prestigio que le proporcionaría, de la misma manera que su difunto rival Clemente había buscado el de canonizar un santo. El papa Benedicto de Aviñón apadrinó a los franceses. A petición de Borgoña, concedió la acostumbrada absolución plenaria a los cruzados y permiso especial para buscar alojamiento entre los «cismáticos» (los grecoortodoxos) y los infieles.

La partida de Dijon, el 30 de abril de 1396, fue un soberbio espectáculo que alborozó el corazón de los observadores. Sin embargo, Mézières, en el instante de cumplirse su sueño, no se regocijó. La humildad de los peregrinos, escribió, no acompañó el gran desfile: «Van como reyes, precedidos de músicos y heraldos, cubiertos de púrpura y ricos vestidos, con grandes festejos e insolentes banquetes», y gastando en un mes más de lo que necesitaban para tres. Ocurrió lo mismo que en las expediciones anteriores: la arruinaron la prodigalidad y la indisciplina, nacidas ambas del amor acaballeresco «a una de las más grandes damas del mundo, la Vanagloria».

La ruta de los cruzados los llevaría, a través de Estrasburgo, a Baviera y de ésta al Danubio superior. Luego, utilizando el río como medio de transporte, llegarían a Buda (Budapest), donde estaban citados con el soberano de Hungría. En adelante los ejércitos marcharían unidos hasta encontrar a los otomanos. Los objetivos pecaban de vagos, pero no de modestos. Una vez expulsados los turcos de los Balcanes, los cruzados se proponían ir en socorro de Constantinopla, cruzar el Helesponto, recorrer Turquía y Siria, liberar Palestina y el Santo Sepulcro, y regresar victoriosos por mar. Se había convenido que la escuadra veneciana y las galeras del emperador Manuel bloqueasen a los osmanlíes en el mar de Mármara, y que los venecianos remontarían el Danubio desde el mar Negro para encontrarse con los cruzados en Valaquia en julio. Tan grandioso como la proyectada invasión de Inglaterra y la soñada marcha sobre Roma, el programa no se atuvo a las pasadas experiencias. El sitio de Mahdía, en el que intervinieron muchos jefes cruzados, no habían alterado su desprecio al enemigo infiel. Los miembros de la caballería estaban aún convencidos de que nada podía resistir su bravura.

Un consejo de guerra del 28 de marzo decretó reglas disciplinarias, por las que el noble que causase contiendas se vería privado de su caballo y arnés, el armígero que empuñase un cuchillo en una pelea perdería la mano y cualquiera que robase sufriría la amputación de una oreja. No se estudió la cuestión más importante de la obediencia al mando, que las ordenanzas militares habían tratado desde el tiempo de Juan II de implantar sin resultado alguno. El consejo del 28 de marzo añadió una

cláusula final, que influiría decisivamente en Nicópolis: «Item, que [en la batalla] el conde y su compañía exigen la *avant garde*». La noción de caballería demandaba que el valor se probase en la primera línea. La victoria pedía mucho más.

Coucy no fue con el cuerpo principal, porque le destinaron a una misión cerca del señor de Milán. Gian Galeazzo, airado porque habían arrebatado Génova de su esfera de influencia, maniobraba para impedir que transfirieran su soberanía al rey de Francia. Enviaron a Coucy para que le advirtiera que su interferencia se consideraría un acto hostil. El estado de cosas ocultaba mucho más. Gian Galeazzo se enfrentaba con Francia, con acritud, pero con disimulo, porque su amada hija Valentina era objeto de difamaciones, que la acusaban de embrujar o envenenar al rey. La fuente de los malignos rumores era la reina Isabeau, que deseaba librarse de ella, ora por celos de su influencia sobre el soberano, ora para facilitar sus enredos con Orléans, ora como parte de sus maquinaciones constantes en favor de Florencia contra Milán, ora por la mezcla de todo ello. Repetidos en las tabernas y mercados, en medio de gentes dispuestas a creer cualquiera mala cosa de la extranjera italiana, los rumores se abultaron tanto que las turbas se apiñaron delante de la residencia de Valentina lanzando gritos amenazadores. Louis de Orléans no hizo nada para defender a su esposa, pero contribuyó al propósito de Isabeau llevándose a Valentina a París con la excusa de pensar en su seguridad. Vivió en adelante desterrada en la mansión campestre de Asnières, junto al Sena, donde falleció doce años después.

El alejamiento de Valentina, ocurrido en abril, el mes de la cruzada, fue tomado a pecho por su amante padre. Amenazó con enviar caballeros en defensa del honor de su hija, pero sus contemporáneos creyeron que hizo bastante más. Se dijo que se vengó de Francia comunicando a Bayaceto el plan de campaña de los cruzados y manteniéndole informado de su avance. Esta acusación se debió probablemente a la animosidad francesa y la busca de alguien a quien culpar del estrepitoso fracaso; pero muy bien pudo ser verdad. Un Visconti no se avergonzaba de vengarse, y tanto menos uno que había enviado a su tío a la prisión y la muerte con tanta frialdad.

Cabe en lo posible que Coucy revelase sin querer los planes de la cruzada a su huésped en Pavía. Gian Galeazzo era príncipe extraño, melancólico y reservado, capaz de disimular sus sentimientos paternales. En cuanto a Génova, Coucy tuvo éxito. La soberanía se transmitió al rey de Francia en noviembre. Enguerrand, con Henri de Bar y sus seguidores, salió en mayo de Milán hacia Venecia, donde obtuvo del senado veneciano, el día 17 del mismo mes, un barco para que le transportase al otro lado del Adriático. Zarpó el 30 de mayo hacia Senj (Segna), puertecillo de la costa croata. En adelante se carece de noticias sobre su itinerario, aunque la elección de Senj quizá indique que él y sus acompañantes se dirigieron a Buda por el camino más directo, en un viaje de unos cuatrocientos ochenta kilómetros a través de un país salvaje, abrupto y peligroso.

Llegó al lugar de la cita antes que Nevers, quien no se daba prisa. Éste y sus elegantes compañeros de indumentaria verde y áurea se detuvieron a lo largo del

Danubio superior para disfrutar de las fiestas y recepciones que les ofrecían los príncipes alemanes. No llegaron a Viena hasta el 24 de junio, con un mes de retraso en relación con la vanguardia al mando del conde d'Eu y Boucicaut. Una flota de setenta embarcaciones, con vino, harina, heno y otras provisiones, fue despachada de Viena río abajo, mientras Nevers se divertía en los festejos con que le agasajó su cuñado, el duque Leopoldo IV de Austria. Después de conseguir de éste, a fuerza de largos regateos, un enorme préstamo de cien mil ducados, Nevers apareció por fin en Buda en julio.

Segismundo recibió a sus aliados con una mezcla de alegría y aprensión. Los nobles húngaros habían tomado la cruz con entusiasmo, pero no se fiaba de su lealtad y preveía dificultades en la tarea de combinar la marcha y la estrategia con los extranjeros. Los franceses no estaban dispuestos a atender a consejos, y ya habían dado muestras, en su ruta por Alemania, de los hábitos de saqueo y bandidaje adquiridos como rutina en los últimos cincuenta años de guerra.

También se tenía que coordinar la estrategia con el ardiente cruzado Philibert de Naillac, gran maestre de los hospitalarios, y con los representantes de la escuadra veneciana. Las cuarenta y cuatro naves de Venecia, que transportaban a los hospitalarios, fueron del mar Egeo al de Mármara, y algunas se internaron por el Negro y el río Danubio, sin topar con oposición. Ni los turcos, inferiores en el mar, los atacaron, ni ellos bloquearon a los otomanos en Asia, lo que sugiere que Bayaceto y gran parte de sus fuerzas se hallaban ya en Europa.

Los conflictos asomaron inmediatamente en el consejo de guerra de Buda. Segismundo propuso esperar a que los turcos tomaran la iniciativa y presentarles batalla así que llegasen a sus fronteras, donde él tenía autoridad, lo cual evitaría las dificultades de una larga marcha y la inseguridad de maniobrar en el dudoso territorio de los cismáticos. El año anterior había capitaneado una campaña contra los osmanlíes en Valaquia, con la consecuencia de que Bayaceto le envió heraldos con la declaración de guerra y el anuncio de que estaría en Hungría antes de fines de mayo. El sultán se jactó de que, tras expulsar a Segismundo de su reino, seguiría adelante hasta Italia, plantaría sus banderas en las colinas de Roma y daría cebada a su caballo en el altar de San Pedro.

Pero entonces, a finales de julio, no había aparecido aún. Las partidas de reconocimiento de Segismundo habían llegado hasta el Helesponto sin avistar al «Gran Turco», lo que impelió a los franceses a decir que éste era un cobarde. Segismundo aseguró que Bayaceto se presentaría y que sería preferible dejar que se agotase en una marcha extenuante en vez de emprenderla ellos. Por su reputación de casquivano, el rey húngaro carecía de autoridad, fuerza de carácter y prestigio para imponer su parecer. Los franceses se obstinaron en que expulsarían a los turcos de Europa dondequiera que los encontrasen, y se vanagloriaron de que «si el cielo se desplomara, ellos lo sostendrían con las puntas de sus lanzas».

Elegido portavoz de los aliados (lo que confirma su cargo de «consejero

principal»), Coucy rechazó la estrategia defensiva. «Aunque las promesas del sultán fuesen mentiras —dijo—, eso no impedirá que realicemos proezas y persigamos a nuestros enemigos, pues para tal cosa vinimos». Aseguró que los cruzados estaban decididos a buscar al adversario. Todos los franceses y aliados extranjeros presentes en el consejo apoyaron sus palabras, bien que despertaron los celos fatales de Eu, quien pensó que, como condestable, debió tener precedencia como portavoz.

Segismundo hubo de resignarse, porque no podía retroceder a aquellas alturas. La marcha continuó por la orilla izquierda del Danubio. Una parte de las huestes húngaras viró hacia el norte para congregar las remisas tropas vasallas de Valaquia y Transilvania. El cuerpo principal de los aliados siguió el río, ancho, plano y lúgubre, donde las únicas muestras de vida eran el aleteo de las aves acuáticas en el agua parda y un bote de pescador despuntando en los cañaverales ribereños. El resto de los húngaros iba con Segismundo en la retaguardia. La indisciplina y el libertinaje francés crecieron, según los informes, durante el avance. Las cenas se componían de los vinos más exquisitos y los manjares más suculentos, transportados en lanchas. Los caballeros y escuderos se refocilaban con las prostitutas que llevaban consigo, y su ejemplo animó a los soldados a ultrajar a las mujeres que encontraban. La arrogancia y la frivolidad de los franceses irritaban a sus aliados, y motivaban continuos conflictos. El saqueo y los malos tratos se desencadenaron sin trabas al estar en tierras cismáticas, y acrecentaron el apartamiento de pueblos ya hostiles a Hungría. Los clérigos cruzados, aterrados de aquella conducta bajo la bandera de la Virgen y la égida de la Cruz, pidieron disciplina y esgrimieron en vano la amenaza de la ira de Dios. «Fue como si hablasen a un asno sordo», escribió el Monje de Saint-Denis.

El relato de las «iniquidades, robos, lubricidades y cosas deshonestas» de los franceses, debido a testigos no presenciales, es largo y explícito, y se ha hinchado en el decurso de los siglos. El Monje de Saint-Denis, que basó su narración de la cruzada en lo que le contó un superviviente, tiembla de desaprobación. Trata a los cruzados franceses con desdén y reproche sublimes, y denuncia sus inmoralidades, blasfemias y juego de dados, «padre de la trampa y la mentira», y repite que un final siniestro castigará su perversidad. Tras sus huellas, historiadores posteriores se ruborizaron de las bacanales perpetuas, de los caballeros jóvenes que pasaban los días en vergonzosos placeres con mujeres caídas, y de soldados hartos de vino. No podemos desenterrar la verdad, tanto más cuanto que los relatos contemporáneos se escribieron *ex post facto*, cuando la reacción natural era echar la culpa de la tragedia a los fallos morales de los cruzados. ¿Se les hubiera acusado de tan abundantes y lóbregas villanías si hubiesen triunfado?

En Orsova, donde el Danubio se estrecha en el desfiladero de las Puertas de Hierro, la expedición se trasladó a la orilla derecha. La travesía sobre pontones y en barcas duró ocho días, pero no porque el ejército tuviera cien mil hombres, como en ocasiones se ha propuesto. Ese número hubiera tardado un mes en hacerlo. Los

cronistas elevan las cifras a tenor de lo catastrófico de los acontecimientos. Como la Peste Negra, la batalla de Nicópolis causaría tanta impresión, que algunas versiones elevan los combatientes a cuatrocientos mil, y las crónicas de ambos bandos doblan el número del enemigo en comparación con el propio. La cifra más contigua a los hechos es la que proporciona el alemán Schiltberger, que estuvo en la cruzada y no era historiador. Criado —«recadero», se llama a sí mismo— de un noble bávaro, tenía dieciséis años cuando los otomanos le capturaron en Nicópolis, y escribió, o más probablemente dictó, su narración, sencilla y directa, de memoria, cuando logró regresar a su patria después de treinta años de esclavitud entre los turcos. Da el número de dieciséis mil como el total de las fuerzas cristianas. Los historiadores alemanes decimonónicos llegaron con distintos e intrincados procesos a uno que oscila de los siete mil quinientos a los nueve mil, en cuanto a los cristianos, y entre doce mil y veinte mil, en lo que atañe a los osmanlíes. Notan de paso la imposibilidad de que aquella tierra pudiera alimentar a millares de hombres y caballos. (Quinientos años después, durante la guerra ruso-turca de 1877, en el mismo campo de batalla, se enfrentaron ocho mil turcos contra unos diez mil rusos, como ha señalado hace poco un estudioso de esta cuestión.)

La primera conquista de los cruzados fue Vidin, capital de la Bulgaria occidental, sometida a los otomanos. El príncipe nativo, que no tenía razones de peso para luchar a favor de un señor extranjero contra una abrumadora fuerza invasora, se rindió en seguida, privando a los franceses del placer de combatir. La única sangre vertida fue la de los oficiales turcos de la guarnición, no obstante lo cual el campo de Vidin sirvió para que se armase caballero a Nevers y a trescientos compañeros suyos. Su confianza aumentó a medida que avanzaron. Las guarniciones turcas bastaban para someter a vasallaje a los búlgaros, pero no para hacer frente a la gran hueste cristiana.

El objetivo siguiente, unos ciento veinte kilómetros más allá, fue Rachowa (Oryekova), recia fortaleza que defendía un foso y un cerco doble de murallas. Determinados a realizar proezas, los franceses apretaron el paso en una marcha nocturna, para anticiparse a sus aliados, y llegaron al alba, precisamente cuando los turcos salían a destruir el puente del foso. En encarnizada lucha, quinientos hombres de armas, incluidos Coucy, Eu, Boucicaut, De la Marche y Philippe de Bar, tomaron el puente, pero la vigorosa resistencia les impidió progresar hasta que Segismundo les envió refuerzos. Boucicaut estaba dispuesto a rechazar este socorro, para no tener que compartir la gloria del triunfo, pero, a despecho de él, las tropas se unieron y llegaron a las murallas cuando anochecía. A la mañana siguiente, antes de que se reiniciase el combate, los habitantes búlgaros consiguieron rendir la ciudad a Segismundo, con la condición de que se respetasen sus vidas y bienes. Violando tales términos, los franceses saquearon la población y la pasaron a cuchillo, y luego pretendieron que la habían tomado al asalto, porque sus hombres de armas ya habían escalado las murallas. Un millar de prisioneros turcos y búlgaros fueron retenidos para cobrar rescate, y se prendió fuego a la ciudad. Los húngaros interpretaron aquello como un

insulto a su monarca, y los franceses los acusaron de intentar arrebatarles la gloria. Las aprensiones de Segismundo se confirmaban.

Dejando una guarnición en Rachowa, el ejército, dividido por aquellas tensiones, avanzó hacia Nicópolis, asaltando y tomando un par de fortalezas y pueblos en el camino, pero esquivando una ciudadela de la cual partieron emisarios para llevar noticias de la hueste cristiana al sultán.

¿Dónde estaba Bayaceto? Es asunto debatido hasta el cansancio. ¿Seguía en Asia o ya había emprendido la marcha? Llegaría a Nicópolis, con tropas numerosísimas, tres semanas después de la toma de Rachowa, tiempo demasiado breve para haber reunido una hueste y haberla transportado a través de los estrechos, a pesar de su reputación de guerrero velocísimo. La flota aliada, que pudo impedir el paso, no emprendió ninguna acción naval. En consecuencia, resulta probable que Bayaceto estuviera ya en Europa, asediando Constantinopla, cuando supo el plan de campaña de los cruzados —si no le había informado ya Gian Galeazzo—, al interceptar la correspondencia de Segismundo con el emperador Manuel. Levantando el sitio, partió con las fuerzas que tenía, a las que se sumaron durante el camino las de guarniciones.

Nicópolis, clave del dominio del Danubio inferior y de las comunicaciones con el interior, era esencial para los cruzados, que, muy acertadamente, la habían convertido en su objetivo estratégico. La avistaron en lo alto de un acantilado calizo el día 12 de septiembre. Había una carretera en el angosto espacio existente entre el borde del río y la base del escarpado. Una quebrada partía el acantilado en dos alturas, que dominaban la ciudad baja y descendían de modo abrupto hasta el llano. El lugar, como el que ocupaba el castillo de Coucy, había sido formado por la naturaleza para dominar los contornos. Lo que se llamaba fortaleza era en realidad dos recintos o ciudades amuralladas y fortificadas, la mayor junto al abismo y la otra más abajo. Las dos tenían edificios civiles, militares y religiosos, y la más grande un bazar o calle de establecimientos comerciales. Los franceses reconocieron que se trataba de un objetivo tan formidable como Mahdía, incluso sin saber que estaba bien pertrechado de armas y provisiones, y que la mandaba Dogan Bey, gobernador turco muy resuelto. Éste, convencido de que el sultán acudiría en auxilio de una plaza fuerte tan importante, estaba dispuesto a luchar para ganar tiempo y resistir hasta el final, en caso necesario.

Los franceses, como en Berbería, no llevaban catapultas y otras máquinas de asedio. Habían gastado el dinero en sedas, terciopelo y bordados de oro, y habían destinado las embarcaciones a transportar vinos y provisiones suculentas. ¿Para qué llevar máquinas tan pesadas a lo largo de Europa, en un trayecto de mil seiscientos kilómetros, contra un enemigo tan despreciable? Algo fundamental en su cultura decidió la elección.

Boucicaut restó importancia a la carencia de armas de asedio. No importaba, dijo; las escalas de mano se hacían con facilidad y valían más que las catapultas cuando las

empleaban hombres valerosos. Boucicaut, fanático de la caballería, había sido a los doce años paje del duque de Borbón en la campaña de Normandía; a los dieciséis fue armado caballero en Roosebeke, y a los veinticuatro defendió durante treinta días el paso de Saint-Ingelbert, la hazaña más admirada de su generación. Dos años después, en 1391, fue nombrado mariscal. Incapaz de estarse quieto, acompañó dos veces a los caballeros teutónicos a Prusia, y, después, fue a Oriente, al Cairo, a rescatar a Eu y visitar Jerusalén. En recuerdo de un episodio tunecino, en que cortó el ataque de los sarracenos el descenso del cielo de dos bellísimas mujeres vestidas de blanco, con una bandera en la que había una cruz encarnada, creó la orden de la Dama Blanca, con el propósito de defender el sexo débil siempre que lo necesitara. Era el epítome, no el dechado, de la caballería, y bien pudo decir como Jean de Beuil, caballero del siglo siguiente —a quien pertenece el texto—, lo que inspiraba a los de su clase en un período de combates personales.

> ¡Qué seductora es la guerra! Las lágrimas acuden a los ojos cuando se sabe que nuestro motivo es justo y nuestra sangre está dispuesta a la pelea. El corazón siente piedad y lealtad suavísimas al ver que nuestro amigo expone su cuerpo para cumplir y llevar a cabo la orden de su Creador. Nos preparamos a vivir o morir a su lado. De ello nace una sensación deleitable que no sabrá cómo explicar quien no la haya experimentado. ¿Creéis que quien la ha sentido puede temer la muerte? Jamás, pues se siente tan corroborado, tan arrebatado, que no sabe dónde está y, ciertamente, nada le arredra.

Ni los asaltos impetuosos, ni minas capaces de contener a tres hombres uno encima de otro, forzaron la entrada en Nicópolis. La falta de máquinas de sitio y las empinadas laderas imposibilitaron tomar la plaza. Hubo que recurrir al cerco. Los cruzados ciñeron Nicópolis por completo, vigilaron las salidas y, con la colaboración del bloqueo aliado por el río, se dispusieron a vencer por hambre a la guarnición y los habitantes. Discurrieron dos semanas de relajación de la disciplina, de festines, juegos, orgías y gritos de desprecio al enemigo que no comparecía. Se invitó a los aliados a espléndidos banquetes en pabellones adornados con pinturas; los nobles cambiaron visitas y aparecieron a diario con vestidos nuevos de mangas largas y los inevitables zapatos puntiagudos. No embargante la hospitalidad, los rencores crecían con las bromas y comentarios sarcásticos sobre la bravura de los no franceses. No se apostaron centinelas por obra de la embriaguez y el descuido. Los naturales de la región, enfurecidos con el pillaje, no aportaron informaciones. Sin embargo, los forrajeadores, que cada día tenían que internarse más en el país, comunicaron rumores de la aproximación de los turcos.

El sultán, con caballería e infantería, había dejado atrás Adrianópolis y avanzaba a marchas forzadas por el paso de Shipka hacia Tirnovo. Quinientos jinetes húngaros, enviados en misión de reconocimiento por Segismundo, llegaron a las inmediaciones de Tirnovo, a algo más de cien kilómetros al sur, y regresaron con la noticia de que el «Gran Turco» se aproximaba. Los oprimidos y desesperados habitantes de Nicópolis también lo supieron. Lanzaron gritos de alegría e hicieron sonar los atabales y

trompetas, estruendo que Boucicaut interpretó como una estratagema. Convencido de que los otomanos no osarían acometerlos, amenazó con cortar las orejas a quien esparciera rumores de su llegada, porque desmoralizaban al campamento.

Coucy, menos propenso a fingir ignorancia por simple orgullo, comprendió que se necesitaba actividad para sacudir a los embotados cristianos. «Veamos qué clase de hombres son nuestros adversarios», dijo. Conforme al relato que un veterano hizo al cronista Jehan de Wavrin cincuenta años después, Coucy se mostró amable con los aliados locales y «mantenía con agrado junto a él a los buenos compañeros de Valaquia, que eran expertos en las costumbres y estratagemas de los turcos». Con su sentido práctico acostumbrado, fue uno de los pocos que se preocuparon de la formación y la situación del enemigo. Cabalgó hacia el mediodía con Renaud de Roye y Jean de Saimpy, chambelán de Borgoña, y una compañía de quinientos lanceros y quinientos arqueros montados. Enterado de que se acercaba un gran cuerpo otomano a través de un desfiladero, destacó doscientos hombres para que tentaran al adversario y, fingiendo huir, los arrastraran en su persecución, permitiendo que el resto de los cruzados, convenientemente emboscados, lo cogiera por la espalda. Aquélla era una táctica común cuando el terreno era propicio, y la ocasión descrita tuvo éxito total. Los otomanos galoparon entre los cristianos, que salieron de los árboles en que estaban ocultos con gritos de «¡Acompañe Nuestra Señora al señor de Coucy!». Cerraron sobre ellos desde la retaguardia, mientras la vanguardia, deteniendo su huida simulada, atacó de frente. Los turcos, pillados desprevenidos, se embarullaron, no pudieron formar un grupo compacto y sufrieron grandes bajas. Las tropas de Coucy mataron a cuantos pudieron y abandonaron el campo, «felices de haberse librado de aquel paso y de regresar como habían venido».

La victoria de Coucy libró al campamento de sus frivolidades, pero con dos efectos negativos: aumentó la confianza francesa y empeoró los celos del condestable, «porque vio que el señor de Coucy había conquistado la admiración de la compañía y también la de los extranjeros». Fomentando la discordia, acusó a Enguerrand de poner en peligro el ejército por fanfarronería y de querer privar a Nevers de la gloria y la jefatura.

Segismundo convocó un consejo de guerra. Propuso que los peones valacos se adelantasen al encuentro de la vanguardia enemiga, que acostumbraba ser gentuza ruda, a la que los otomanos enviaban delante con fines de saqueo. En las batallas la exponían al choque directo del enemigo para fatigar a éste. No eran dignos, dijo Segismundo, de pelear contra caballeros. Cuando los soldados plebeyos hubieran amortiguado el embate, la caballería francesa, primera línea de los cruzados, entraría en el combate intacta y fresca. Los húngaros y sus aliados apoyarían su ataque e impedirían que los *sipahis*, o caballería turca, se precipitaran sobre sus alas. El honor y los laureles de las contiendas, terminó Segismundo, al parecer, no estriban en los primeros golpes, sino en el último, que termina el combate y decide el triunfo.

Eu se opuso con rabia. Los caballeros franceses, exclamó, no habían llegado tan

lejos para que los precediera una miserable milicia campesina más acostumbrada a huir que a pelear. El caballero tenía por norma, no seguir, sino anticiparse y estimular a los demás con su ejemplo. «Quedarnos detrás es deshonrarnos y exponernos al desprecio de todos». Además él, como condestable, exigía el primer puesto; si alguien se le anticipaba se sentiría mortalmente agraviado —clara alusión a Coucy—. Boucicaut le apoyó con calor. Nevers, creyendo que los sables y cimitarras osmanlíes no resistirían el choque de las lanzas y espadas francesas, se dejó convencer por los fogosos componentes de su séquito. Segismundo se fue a preparar su plan personal de batalla.

Por lo visto, pocas horas después —los relatos son confusos— envió aviso de que Bayaceto se hallaba a seis horas de marcha de Nicópolis. Los cruzados, de los que se dice que estaban banqueteando y aturdidos por el vino, se levantaron en desorden, unos riéndose de la noticia, otros espantados y otros buscando sus armas. Todos los fallos y disensiones de la campaña se resolvieron en un acto atroz. Tal vez porque no podían vigilarlos, exterminaron a los prisioneros de Rachowa, posiblemente sin mucho remordimiento, ya que eran cismáticos e infieles. Ningún cronista menciona quién dio la orden, pero el Monje de Saint-Denis y otros reconocieron que fue una acción «bárbara».

Al alborear, mientras las tropas se apiñaban bajo las banderas de los jefes, Segismundo, en un último esfuerzo, mandó a su gran mariscal con el informe de que sólo se había avistado la vanguardia turca, y con el ruego de que no se precipitasen en el ataque sin saber a qué distancia se hallaba el grueso del ejército del sultán o sin averiguar cuál era su número. Había despachado exploradores, que volverían al cabo de dos horas con los datos necesarios para proyectar la batalla. Los cruzados podían estar seguros, añadió el mariscal, de que, esperando allí, no los rodearían. «Señores, haced lo que os pido, pues tales son las órdenes del rey de Hungría y de su consejo».

Nevers reunió urgentemente a sus consejeros y solicitó el parecer de Coucy y Vienne, que le recomendaron aceptar los deseos del soberano húngaro, que consideraban sensatos. «Tiene derecho a decirnos lo que quiere que hagamos», advirtió Coucy. Eu estalló: «Sí, sí, el rey de Hungría codicia la flor y el honor de la batalla». No alimentaba otro propósito. «Somos la vanguardia. Nos la concedió y ahora nos pide que nos rezaguemos. Pueden creerle quienes quieran. Yo no». Cogió su bandera y chilló: «¡Adelante en el nombre de Dios y de san Jorge! ¡Hoy veréis que soy caballero valeroso!».

A este discurso del condestable botarate, nombrado por capricho para el cargo, Coucy replicó que se trataba de «presunciones», y rogó que comentase algo Vienne, quien, como caballero de mayor edad, llevaba la bandera soberana de la cruzada. «Cuando la verdad y la razón se desoyen —dijo el almirante—, mandan las presunciones». Si el condestable ansiaba luchar, el ejército debía seguirle, pero tendría más fuerza si marchaba de común acuerdo con los húngaros y sus aliados. Eu se obstinó en no esperar. La disputa se agrió. Los temerarios acusaron a los hombres

maduros de obrar así no tanto por prudencia como por miedo. Se emitieron las puyas familiares sobre el valor ajeno. Coucy y Vienne se sometieron, porque la sagacidad resulta impotente contra la mística del valor.

Eu dio la señal de avanzar y mandó la fuerza de ataque. Nevers y Coucy capitanearon el grueso de la hueste. Dando la espalda a la fortaleza y las ciudades, los caballeros franceses sobre sus bridones, tan bien armados «que cada uno parecía un rey», se adelantaron con sus arqueros montados hacia el enemigo, que descendía de las colinas. Ello ocurrió el 25 de septiembre. Los hospitalarios, alemanes y restantes aliados permanecieron con el rey de Hungría, que ya no tenía influencia alguna sobre los acontecimientos.

La arremetida francesa deshizo con facilidad a los reclutas bisoños de las filas delanteras de los otomanos. Paladeando el éxito, aunque se hubiera obtenido sobre contrarios tan inferiores, los caballeros se lanzaron adelante contra la infantería bien adiestrada. Desafiaron nubes de saetas letales y las hileras de estacas afiladas que los turcos habían plantado con las agudas puntas a la altura del vientre de los corceles. No se sabe cómo, los franceses consiguieron atravesar aquella barrera. Del cúmulo de versiones contradictorias no se obtiene una imagen coherente de los movimientos y azares del campo de batalla; aparecen como un caleidoscopio vertiginoso. Hay referencias a caballos empalados, jinetes desmontados y estacas arrancadas, presumiblemente por los auxiliares franceses. Los caballeros pelearon con espada y hacha, y, con su ardor y el gran peso de sus caballos y armas, parece que dominaron y deshicieron la infantería otomana, que se retiró en busca del amparo de su caballería. Coucy y Vienne reclamaron entonces una pausa para descansar, restablecer el orden en las filas y dar tiempo a que los húngaros llegaran; pero los jóvenes, «que hervían de ardor» y creían atisbar el triunfo, se empeñaron en continuar. Como ignoraban la fuerza numérica del enemigo, pensaron que habían chocado ya con toda la hueste osmanlí.

Las fuentes hablan de lucha hacia lo alto de las colinas, de los *sipahis* bajando por las alas en una acción envolvente, los húngaros y contingentes aliados combatiendo de manera confusa en el llano y de una estampida de los caballos sin jinetes, por lo visto en el trecho estacado, donde los pajes no lograron retenerlos. A la vista de la huida de los animales, los valacos y transilvanos decidieron en seguida que todo se había perdido y desertaron. Segismundo, el gran maestre de Rodas y los alemanes reunieron sus tropas contra la tenaza turca y pugnaron, con «indescriptible mortandad» en ambos bandos, cuando un oportunísimo refuerzo de mil quinientos jinetes servios concedió la ventaja al enemigo. El déspota servio Esteban Lazarevich, vasallo del sultán, pudo haber seguido neutral como los búlgaros, en cuyo territorio se guerreaba, pero, como odiaba a los húngaros aún más que a los osmanlíes, prefirió colaborar de modo activo con su señor musulmán. Su intervención fue decisiva. Las huestes de Segismundo quedaron abrumadas. Retirado del campo a la fuerza por sus amigos, Segismundo y el gran maestre huyeron por el Danubio en una barca de

pescador y, bajo la lluvia de flechas de sus perseguidores, lograron subir a una nave de la flota aliada.

Los cruzados franceses, más de la mitad de los cuales había sido desmontada, avanzaron con su pesada armadura hasta la altiplanicie, donde esperaban hallar los restos del ejército turco. En lugar de ello, se encontraron cara a cara con un cuerpo intacto de *sipahis* que el sultán había mantenido como reserva. «El león se convirtió en tímida liebre», escribe sin compasión el Monje de Saint-Denis. Los otomanos se abalanzaron sobre ellos con estrépito de trompetas y atabales, y el grito de guerra de «¡Allah es grande!». Los franceses reconocieron que había llegado el fin. Algunos escaparon por la ladera; el resto luchó con el frenesí de la desesperación, «con más fiereza que el jabalí espumeante y el lobo rabioso». La espada de Eu fue de derecha a izquierda con la bravura de que se había jactado. Boucicaut, lleno de orgullo bélico y de vergüenza de los errores que habían llevado a sus camaradas a aquella situación, combatió con tan ilimitada audacia que trazó un círculo de muertos a su alrededor. Perecieron Philippe de Bar y Odard de Chaseron. La bandera de Nuestra Señora que asía el almirante de Vienne vaciló y se abatió. Sangrando por muchas heridas, el anciano guerrero la levantó y, mientras intentaba contener la fuga de los apocados, con el pabellón en una mano y el acero en la otra, perdió la vida. Se vio la figura sobresaliente de Coucy, «sin arredrarse bajo las pesadas porras de cuero de los sarracenos que golpeaban su cabeza», ni el choque de las armas que abollaban su arnés. «Pues era alto, pesado y fortísimo, y descargaba tales mandobles que los hacía añicos».

Los turcos rodearon a Nevers. La guardia de éste se arrodilló en actitud de sumisión y de muda súplica por su vida. Los infieles, a pesar de la guerra santa, estaban tan interesados en rescates como cualquier hijo de vecino, y respetaron al conde. Cuando se rindió, los franceses supervivientes le imitaron. Habían perdido la batalla de Nicópolis. La ruina era total. Se hicieron millares de prisioneros y quedaron en manos del vencedor toda la impedimenta de los cruzados, provisiones, banderas y trajes suntuosos. «Desde la batalla de Roncesvalles, en la que perecieron los doce pares de Francia, la cristiandad no había sufrido daño tan grande».

Aunque quizá lo ignoró, el epitafio que Froissart puso a la cruzada fue históricamente exacto. El valor de los franceses había sido extraordinario y el perjuicio que causó al enemigo bastó para demostrar que, si hubiesen peleado de consuno con sus aliados, el resultado —y la historia europea— quizá hubiera sido distinto. Pero la victoria de los otomanos, que replicó al desafío occidental y afirmó Nicópolis en su poder, los hizo arraigar en Europa, aseguró la pérdida de Constantinopla y fijó su dominio sobre Bulgaria durante quinientos años. «Perdimos el día por el orgullo y la vanidad de esos franceses —dijo Segismundo al gran maestre—. Si hubieran escuchado mi consejo, hubiéramos dispuesto de bastantes hombres para derrotar a nuestros adversarios».

El desastre tuvo consecuencias trágicas. Bayaceto, que recorría el campo, con la

esperanza de hallar el cadáver del rey de Hungría —encontró el de Vienne con la mano cerrada aún sobre el asta de la bandera—, sintióse «desgarrado por la pena» al ver las pérdidas que había sufrido, superiores a las de los cristianos. Juró que vengaría su sangre, y su furia aumentó al descubrir la matanza de los prisioneros de Rachowa. Mandó que todos los cautivos franceses aparecieran ante él a la mañana siguiente. Los oficiales turcos reconocieron a Jacques de Helly, caballero francés que había servido a Murad I, y le encargaron que señalara a los principales nobles para el rescate. Coucy, Bar, Eu, Guy de Tremoille, Jacques de la Marche y varios otros, además del conde de Nevers, se salvaron, así como los menores de veinte años, a quienes se obligó a incorporarse al ejército turco.

Los restantes, varios millares, fueron llevados ante el sultán, desnudos, en grupos de tres o cuatro, con las manos ligadas y cuerdas alrededor del cuello. Bayaceto los observó un momento y mandó a los verdugos que empezaran su tarea. Decapitaron grupo tras grupo de cautivos, y en algunos casos les amputaron los miembros, hasta que los cadáveres y los ejecutores nadaron en sangre. Nevers, Coucy y sus compañeros tuvieron que contemplar, junto a Bayaceto, cómo sus amigos morían bajo las cimitarras y la sangre saltaba en chorro de sus cuerpos descabezados. Nevers se echó a los pies del sultán y, retorciendo las manos con los dedos enlazados, para denotar que eran como hermanos, y dignos del mismo rescate, logró el perdón de Boucicaut. La ejecución continuó hasta últimas horas de la tarde hasta que Bayaceto, asqueado del espectáculo o, como algunos aseguran, convencido por sus ministros de que aquello suscitaría en la cristiandad gran furia contra él, despidió a los verdugos. Se calcula el número de ejecutados —prescindiendo de las cifras más fantásticas— entre trescientos y tres mil.

Los muertos en la batalla fueron muchos más, y no todos los fugitivos se salvaron. Algunos eludieron a los otomanos para ahogarse en el Danubio, cuando su peso hundió las embarcaciones que asaltaron en tropel. Los que estaban en los barcos rechazaron a los que pretendían subir. Un caballero polaco, armado de pies a cabeza, cruzó el río a nado, pero se hundieron quienes intentaron imitar su proeza. Temiendo la traición de los valacos, Segismundo zarpó hacia el mar Negro y Constantinopla, y volvió navegando a Hungría. Los aliados que consiguieron atravesar el Danubio y trataron de regresar por tierra encontraron el país devastado por los valacos. Vagaron en los bosques, harapientos y miserables, abrigándose con heno y paja, y robados, desnudos y hambrientos, muchos perecieron en el camino. Algunos llegaron a sus hogares, como el conde Ruperto de Baviera, cubierto de andrajos, que murió unos días después a causa de sus sufrimientos.

El lujo y la inmoralidad, el orgullo y la disensión, y el adiestramiento, disciplina y tácticas osmanlíes, muy superiores, contribuyeron al fatal resultado. Sin embargo, la razón básica de la derrota de los cruzados fue el caballeresco empeño en la proeza

personal, lo cual promueve la pregunta de por qué luchan los hombres. La guerra puede deberse al deseo de glorificación del ser humano, o a un objetivo preciso de poder, extensión territorial o equilibrio político. La medieval no fue siempre impráctica. Carlos V se despreocupó de la gloria con tal de expulsar a los ingleses de Francia. En las campañas de Normandía, Arezzo y Génova, Coucy recurrió a todos los medios —dinero, diplomacia y tratos políticos— antes que a las armas, para alcanzar una meta específica. A pesar de su renombre caballeresco, capaz de despertar el reto de Nottingham, perteneció a la escuela de Carlos V más que a la de Boucicaut, si bien parece haber tenido un pie en una y otra.

Se había olvidado el pragmatismo de Carlos V y Du Guesclin a los pocos años de su muerte. Había tenido éxito, pero había sido aberrante. El ideal caballeresco volvió por sus fueros y decidió la campaña de Nicópolis. ¿Por qué, en una sociedad en la que dominaba el culto al guerrero, tuvo más importancia la exhibición extravagante que la preparación para la victoria? ¿Por qué no se aprendió nada en una experiencia tan reciente como la de Mahdía? Todos los grandiosos proyectos de las últimas décadas —invasión de Inglaterra, Güeldres, Túnez y la *Voie de Fait*— fueron, o castillos en el aire, o ejercicios de futilidad. ¿Por qué, tras cincuenta años más bien ignominiosos después de Crécy, los cruzados franceses se mostraron tan arrogantes y superconfiados? ¿Por qué fueron incapaces de reparar en que su enemigo no combatía según los mismos valores y en que obedecía a reglas distintas? Sólo puede decirse que cuesta mudar una idea dominante y que, a pesar de todos los pesares, los franceses se creían insuperables en la guerra.

Los cruzados de 1396 partieron con el propósito estratégico de expulsar a los turcos de Europa, pero pensando en otra cosa. Los jóvenes de la generación de Boucicaut, nacidos desde la Peste Negra, Poitiers y el nadir de la fortuna francesa, cedieron al embrujo extraño del honor y la gloria. Rechazaron todo lo que no fuese ocupar la vanguardia, prescindiendo de los reconocimientos, tácticas y sentido común, y por ello sus cabezas rodaron por la tierra ensangrentada a los pies de Bayaceto.

CAPÍTULO 27

CÚBRANSE LOS CIELOS DE LUTO

Muertas, dispersas o cautivas, las copiosas huestes cristianas habían dejado de existir. Quedaba expedito el camino de Hungría, pero los turcos habían sufrido pérdidas demasiado grandes para seguir adelante. En tal sentido los cruzados no habían luchado en vano. El ataque de gota que sufrió Bayaceto, y que parece que le impidió avanzar, suscitó el comentario de Gibbon de que «un humor corrosivo en una sola fibra del hombre llega a estorbar o a suspender la miseria de las naciones». Pero, en realidad, el factor decisivo fue, no la gota, sino la limitación de los recursos bélicos. El sultán regresó a Asia, después de enviar a Jacques de Helly, bajo juramento de que volvería, a comunicar la victoria osmanlí y pedir los rescates al rey de Francia y el duque de Borgoña.

Los prisioneros, muchos de ellos heridos, sufrieron una cruel prueba en los quinientos dieciséis kilómetros de marcha hasta Gallípoli. Privados de vestidos, salvo una camisa, descalzos la mayor parte, con las manos atadas, azotados y tratados con brutalidad, siguieron a pie a sus vencedores por la sierra y el llano. A los nobles, que casi habían nacido a caballo, la indignidad de andar con los pies desnudos se les antojaba tan grave como el sufrimiento físico. Bayaceto se detuvo dos semanas en Adrianópolis. Se reanudó el viaje por la vasta, vacía y desarbolada llanura que se extendía, como si careciera de horizonte, hasta el Helesponto. No se veía arbusto, cobijo ni ser humano. El sol abrasaba de día; al ponerse, soplaban vientos fríos y las noches de octubre eran glaciales. Sometidos, sin cuidados y apenas sin alimentos, aplastados por la derrota y temiendo las intenciones del sultán, los prisioneros jamás habían conocido pruebas más espantosas que aquéllas.

Coucy, el cautivo de más edad, nunca capturado ni vencido —lo que era único en su época—, sobrevivió por milagro, no metafórico, sino de fe. Cubierto con un «juboncillo», con las piernas al aire y la ignominia definitiva de no llevar nada en la cabeza, estuvo a punto de perecer de frío y fatiga. Creyendo que iba a morir, pidió ayuda a Nuestra Señora de Chartres. Aunque la catedral no se hallaba en su provincia, la Virgen de Chartres gozaba fama de haberse aparecido a fieles y haber realizado portentos.

«De pronto, en el camino, que se alargaba solitario por la tierra interminable y plana, apareció un búlgaro, cuyo pueblo nos era hostil». El misterioso desconocido llevaba un vestido talar, un sombrero y una capa pesada, que entregó al señor de Coucy, el cual se los puso. Sintióse reanimado por aquel signo de protección celestial, hasta el punto de que cobró vigor para continuar la caminata.

Coucy dejaría en su testamento, en prueba de agradecimiento, seiscientos florines

de oro a la catedral de Chartres. Los pagó puntualmente Geoffrey Maupoivre, médico de la cruzada, que compartió el cautiverio, presenció el milagro y fue albacea de Enguerrand. Recordó las circunstancias al capítulo de Chartres para que supiera el origen del inesperado legado.

En Gallípoli, los prisioneros nobles ocuparon las plantas altas de la torre, y los trescientos plebeyos —entre ellos el adolescente Schiltberger—, parte del botín de Bayaceto, ocuparon las bajas. La peor privación fue la del vino, que los europeos bebían a diario durante toda su existencia. Cuando el barco de Segismundo, partiendo de Constantinopla, pasó por el Helesponto, a menos de ochocientos metros de la costa, los turcos, impotentes para atacarlo, alinearon los prisioneros en el borde del agua y desafiaron en burla al rey a que bajara a liberarlos. En realidad, Segismundo había negociado en Constantinopla el rescate de sus aliados, a pesar de que le habían costado la derrota, pero sus arcas estaban vacías y el sultán sabía que obtendría más dinero de Francia.

En el borde europeo más extremo, los cautivos podían contemplar, al otro lado del estrecho, las playas de Troya, en las que se había luchado, como arquetipo de la belicosidad humana, la guerra más famosa, más necia y más lastimosa del mito o de la historia. Nada mezquino, magnífico, penoso, heroico y absurdo había faltado en el catálogo de dolor de diez años. Agamenón había sacrificado una hija para que el viento llenase sus velas, Casandra advirtió a su ciudad y no fue creída, Helena se arrepintió amargamente de su fuga, y Aquiles, para desahogar la cólera que le produjo la muerte de su amigo, arrastró con su carro por el polvo siete veces el cadáver de Héctor. Si los combatientes se ofrecían la paz, los dioses, con sus mentiras y artimañas, los obligaban a luchar de nuevo. Troya cayó y las llamas la consumieron, y Agamenón zarpó de sus prodigiosas ruinas para ser traicionado y asesinado en su hogar. ¿Qué había cambiado desde entonces, durante unos dos mil quinientos años? El relato de Troya era favorito del Medievo, y Héctor figuraba entre los nueve «esforzados» tallados en las paredes del castillo de Coucy. ¿Pensó, como el Ulises de aquella nueva guerra, en el antiguo asedio y en el triunfo huero, mientras miraba allende el estrecho?

Luego de estar dos meses en Gallípoli, los prisioneros fueron trasladados a Bursa, capital asiática de los osmanlíes. La ciudad, a sesenta y cuatro kilómetros del mar y ceñida por un semicírculo de montes, extirpaba cualquier idea de rescate y los alejaba más aún de la posibilidad de contacto con su patria. Todo dependía del rescate. Tendrían que esperar mucho tiempo hasta que Francia se enterara de lo ocurrido y respondiera, y mientras tanto se hallaban expuestos al humor cambiante de Bayaceto. Los cautivos temían que ordenara ejecutarlos en cualquier instante, con la misma facilidad que ellos habían dado muerte a los prisioneros de Rachowa.

Increíbles rumores se filtraron en París en la primera semana de diciembre. Parecía

inimaginable que el infiel hubiera aplastado a la flor y nata de Francia y Borgoña; sin embargo, la ansiedad subió de punto. Los rumoreadores fueron encarcelados en el Châtelet: serían condenados a morir ahogados en agua si sus palabras no se confirmaban. El rey, el duque de Borgoña, Louis de Orléans y el duque de Bar despacharon, cada uno por su lado, correos a Venecia y Hungría para tener noticias de los cruzados, encontrarlos, entregar cartas y regresar con contestaciones. El 16 de diciembre dieciséis naves mercantes aportaron en Venecia con nuevas del desastre de Nicópolis y la huida de Segismundo; pero París no había recibido en Navidad informes oficiales.

Jacques de Helly, «con botas y espuelas» entró en el día de Navidad en el palacio de Saint-Pol, donde la corte se había reunido para celebrar los ritos solemnes de la festividad y, arrodillándose ante el rey, confirmó la terrible verdad de la derrota. Habló de la campaña, de la espantosa batalla, de las «muertes gloriosas» y de la horrenda venganza de Bayaceto. La corte escuchó consternada. El rey y los duques apretaron a Helly a preguntas. Las cartas que llevaba de Nevers y otros señores fueron las primeras noticias de quién vivía y, por omisión, de quién había desaparecido o muerto. Los parientes llorosos se apiñaron para enterarse del hado del hijo o del esposo. Helly aseguró que el sultán aceptaría rescates, porque «amaba el oro y las riquezas». Si puede darse crédito a Froissart, lo que no es siempre oportuno, los señores presentes se declararon «afortunados de hallarse en un mundo en que tales batallas eran posibles y de tener conocimiento de un rey pagano tan poderoso como Amurath-Bequin» (uno de los nombres variantes del distante potentado), quien, con todo su linaje, «cobraría honor de la gran aventura». Ello significa, no que tales sentimientos se manifestasen, sino que Froissart los considerase apropiados a aquella ocasión. Al terminar la audiencia, se puso en libertad a los rumoreadores del Châtelet.

La nobleza sufrió «amarga desesperación», según el Monje de Saint-Denis, y la «aflicción reinó en todos los corazones». Aparecieron en todas partes prendas de lujo, y Deschamps habló de «funerales celebrados desde la aurora hasta el ocaso». Las oraciones y las lágrimas llenaron las iglesias, y el pesar fue tanto más intenso cuanto que los muertos no habían recibido sepultura cristiana y se temía por la vida de los supervivientes. El duelo y las lamentaciones se extendieron en Borgoña, donde tantas familias habían perdido al menos un pariente. El 9 de enero, día de solemnes funerales en la capital y las provincias, «dolía el alma oír el toque de difuntos en todos los campanarios de París». Hacía poco que el matrimonio inglés se había cumplido y que el peso de la guerra había desaparecido al fin, pero la alegría que tales hechos provocaron quedó sofocada, como si Dios no quisiera que la humanidad se regocijara.

Las damas de Francia lamentaron sin consuelo a sus maridos y amantes, «en especial», dice Froissart, siempre preocupado de su protector, «la señora de Coucy, que lloró de modo desgarrador de día y de noche, y no se calmó». Tal vez por indicación de sus hermanos, el duque de Lorena y Ferry de Lorena, que llegaron para

tranquilizarla y aconsejarla, escribió el 31 de diciembre al dux de Venecia suplicando que mediase en el arreglo del rescate de su esposo. Dos representantes —Robert d'Esne, caballero de Cambrensis, con cinco acompañantes, y Jacques de Willay, *châtelain* de Saint-Gobain, una de las propiedades de Enguerrand— fueron enviados por separado, con el fin de concertar la liberación de Coucy y de Henri de Bar. Los mandó y financió Louis de Orléans, y no la señora de Coucy. Como las comunicaciones viajaban a la misma velocidad que el hombre, tardarían algunos meses en saber algo.

El problema de los rescates se vio entreverado de angustia, porque no se tenía la costumbre de tratar con soberanos que no fuesen cristianos, y por ello se temía lo peor. Por consejo de Jacques de Helly, que notificó la exorbitante pasión de Bayaceto por todo lo que se refiriese a la caza, un convoy de magníficos regalos, elegidos para que le atrajesen, fue con los embajadores del duque. Doce gerifaltes blancos, de una especie rara y costosa, de la que, se contaba, Gian Galeazzo enviaba dos al sultán cada año, fueron con su halconero y con manoplas de cetrería bordadas de perlas y piedras preciosas. Diez hermosos caballos y diez sabuesos, con gualdrapas en las que se veían las armas de Borgoña, conducidos por espolique y monteros que llevaban la librea ducal blanca y escarlata, irían a Turquía; y también sillas de montar ricamente labradas con «letras sarracenas y flores de ultramar», mantas con hebillas en forma de rosas de oro, fino paño escarlata de Reims, que se creía desconocido en Oriente y, como sutil cumplido a Bayaceto, tapices de Arras con la historia de Alejandro Magno, del que se decía descendiente directo. Todo ello se envió con el chambelán del rey, diplomático experto, y tres nobles embajadores, magistrados de Borgoña, que partieron el 20 de enero de 1397 para negociar el rescate. Con el apremio de respetar su juramento al sultán, Jacques de Helly se les había anticipado con cartas para los prisioneros.

De repente tuvo muchísima importancia reconciliarse con Gian Galeazzo, muy influyente en la corte otomana. Se encargó a los embajadores que pasaran por Milán y comunicaran al déspota, cuya primera esposa había sido princesa de Francia, la tardía concesión real del derecho de los Viscontis a añadir una flor de lis a su escudo, y a desvivirse por obtener su ayuda. Mientras tanto, el primer grupo de emisarios, partido a primeros de diciembre, había llegado a Venecia, donde se enteró de la derrota y procuró llegar hasta los cautivos. Los venecianos, cuyo interés en conservar su comercio con Levante los transformaba en enlace con el mundo musulmán —y en ocasiones en tibios cruzados—, eran centro de noticias, agentes de viajes y fuente de dinero y créditos.

Los cobradores de impuestos del duque se agitaban de nuevo en Borgoña y Flandes. Sus súbditos, que apenas se habían repuesto de la financiación de la cruzada, tenían que salvar a los supervivientes. Se exigió la ayuda tradicional para rescatar al señor a pueblos, ciudades y condados, y hasta se pidió la contribución del clero. El duque topó con discusiones y resistencias, y tuvo que contentarse con menos de lo

que pedía. Las sumas no eran dinero contante, sino pagos que se descontarían de las rentas durante meses y años. Algunos se cobraban y disputaban treinta y seis meses más tarde. El grito de «¡Dinero! ¡Dinero!», escribió Deschamps, resonó durante toda su vida. De vez en cuando, explica, los plebeyos se rebelaban desesperados y mataban a los publicanos, para después, asombrados de su éxito, recaer en la apatía y ser acosados una vez más por nobles con espadas y abogados con documentos, que insistían con voz amenazadora: «Sà, de l'argent! Sà, de l'argent!» (¡Dinero! ¡Dinero!).

Coucy decaía en Bursa. Algunos relatos cuentan que cayó en pena y amargura profundas que nada podía aliviar, que se obstinó en que no volvería a ver Francia, y que, dijo, que tras tantas desventuras, aquélla sería la última. Su apreciación era realista, y se basó más en la debilidad física obra de las heridas o la enfermedad, en pésima situación, que en el «pesar de la victoria del Anticristo sobre los cristianos», como pretendió L'Alouëte, primer historiador de la dinastía de los Coucys. No era viejo a los cincuenta y seis años, aunque suela pensarse que la ancianidad sobrevenía pronto en el Medievo. En efecto, aunque un alto porcentaje de la población fallecía antes, los cincuentones y sesentones no eran venerables ni en cuerpo ni en espíritu, ni por tal se les tenía. El promedio de vida puede reflejarse en las estadísticas, pero no expresa cómo la gente se ve a sí misma. Según un poema anónimo de mediados del siglo XIV, la duración de la vida era de setenta y dos años, y consistía en doce edades correspondientes a los meses del año. A los dieciocho, el joven empieza a temblar como marzo cuando se acerca la primavera; a los veinticuatro, se enamora como las flores de abril, y la nobleza y la virtud entran en su alma con el amor; a los treinta y seis, se halla en el solsticio estival, y tiene la sangre caliente como el sol de junio; a los cuarenta y dos ha adquirido experiencia; a los cincuenta y cuatro está en el septiembre de la existencia, cuando hay que almacenar los frutos; a los sesenta, el octubre de la vida, sufre el asalto de la vejez; a los sesenta y seis se halla en el oscuro noviembre en que todo verdor se marchita y muere, y el hombre debe pensar en la muerte, pues sus herederos esperan que desaparezca si es pobre y lo ansían más aún si es rico; a los setenta y dos, en diciembre, la existencia es tan tétrica como el invierno y no queda más que fallecer.

Coucy había sido siempre muy activo, sin jamás descansar, sin detenerse nunca entre una misión y otra. No mostraba síntomas de la edad o de la decadencia cuando emprendió la cruzada, ni cuando dirigió la brillante escaramuza contra los turcos en la víspera de la batalla, única acción victoriosa de los franceses en la campaña. Después se produjo el desastre en contienda a la que se había opuesto, la derrota en una empresa de la que era el adalid, el espantoso espectáculo de sus compañeros y dependientes ejecutados ante sus ojos, la lejanía del hogar, la incertidumbre del rescate y el miedo a un vencedor que no se sometía a reglas. Como aquel cuya vida, aunque zarandeada, se había destacado por su singular fortuna, Coucy no estaba apercibido para tantas desdichas. Tal vez reconoció en la batalla de Nicópolis el

rotundo fracaso de la caballería, y advertía en aquel resultado que había llegado el momento de morir.

El 16 de febrero de 1397, preparándose a fallecer, redactó en Bursa su testamento o, mejor, un prolijo codicilo al anterior. Tal vez se hallaba ya fuera de la prisión, en lugar más aceptable, gracias a la libertad provisional que había garantizado el rico y noble Francesco Gattilusio, señor genovés de Mitilene (Lesbos), «pariente» de Enguerrand, según Froissart. Gattilusio, uno de los gobernantes independientes de las islas egeas llamadas el Archipiélago, gozaba de influencia en la corte osmanlí, e incluso sin lazo de parentesco pudo salir valedor de un gran barón francés bien conocido en Génova. Los cristianos del Archipiélago, sobre los que se alargaba la sombra del conquistador turco, sintieron mucho la derrota de Nicópolis. El golpe al prestigio, para no hablar de las armas, de la cristiandad minaba su situación, y los turbaba la visión de prominentes nobles cristianos encarcelados y acaso muriendo en manos de los infieles. Les interesaba asegurar su liberación, y las narraciones de la miseria de los prisioneros excitó su piedad. Nicolás de Enos, mercader del Archipiélago, envió un regalo de pescado, pan, azúcar y ropas blancas de su mujer, amén de un préstamo de dinero. Tal vez Coucy, gracias a la bondad de Gattilusio, no durmió sus últimos días en piedra desnuda.

«Sano de mente, pero enfermo de cuerpo, y considerando que nada hay más seguro que la muerte, ni nada más incierto que la hora en que llegará», Coucy redactó su extenso codicilo en latín, probablemente con la colaboración de Geoffrey Maupoivre, que era bachiller en filosofía así como en medicina. No hay mejor espejo de la Edad Media que el cuidado, la precisión, la índole de sus instrucciones y las preocupaciones de un hombre en sus últimos momentos.

«Ante todo y sobre todo», dispuso que le enterrasen en Francia a tenor de su testamento anterior (especificó el entierro de su cuerpo en Nogent y el de su corazón en su fundación de la Sainte-Trinité de Soissons). En el mismísimo fin del codicilo, como si recapacitase las posibles dificultades de embalsamar y transportar su cadáver a la patria, encomendó a sus albaceas que devolviesen sin falta sus huesos y corazón. En una época en que la creencia oficial repetía que el cuerpo era basura y la vida del alma en el más allá lo único que importaba, resultaba notable el puntilloso cuidado con que se estudiaban los detalles concernientes a sus restos.

Le seguía en importancia la Sainte-Trinité, su inversión más seria en la salvación. Encargó para el monasterio «una notable cruz de plata que pese cuarenta marcos parisienses [unas veintitrés libras], un incensario de plata, dos vinajeras para el agua y el vino del servicio de Dios, un lavamanos de plata para el sacerdote oficiante, un cáliz hermoso y notable de plata sobredorada, del peso y la ejecución dignos de tal monasterio, cuatro pares de ornamentos para el sacerdote, diácono y subdiácono, tres para el uso ordinario y el cuarto para las solemnidades de los días santos importantes».

Siempre en interés de su alma, hizo mandas nada menos que para veintiuna

iglesias y capillas, incluida Nuestra Señora de Chartres, «quien, como creemos firmemente, nos hizo un milagro visible». Las otras mandas van desde los cien florines para la capilla de Pedro de Luxemburgo en Aviñón a los mil para Notre-Dame de Liesse, a la que Coucy había escoltado a Carlos VI después de su primer ataque de locura, más cien florines a cada una de cinco capillas de Soissons para oraciones por su alma, y seis mil para sus albaceas, que debían encargar otros rezos a elección propia. Se distribuirían mil florines a los pobres de París, la misma cantidad a los de sus dominios, y legó ochocientos al Hôtel-Dieu parisiense.

A diferencia de otros nobles en el mismo trance, Coucy no recordó, por lo visto, haber hecho daño a nadie; sólo debía satisfacer algunas deudas. Los únicos bienes que tenía a mano —un vestido y un tapiz— se venderían para pagar a sus servidores y a Abraham, «boticario y comerciante de Bursa», las medicinas suministradas. Las deudas del viaje se saldarían con las joyas que había depositado en Venecia. Solicitó al rey de Francia que retuviera sus tierras para asegurar el cobro de las rentas y aplicarlas a todos los legados que había estatuido. Geoffrey Maupoivre y Jacques d'Amance, mariscal de Lorena (el ducado de la familia de su esposa), fueron nombrados albaceas, y les ayudarían y aconsejarían el conde d'Eu, Boucicaut y Guy de Tremoille. Los tres últimos, Guillaume de Tremoille, Jacques de la Marche y otros seis caballeros atestiguaron y firmaron el documento.

Dos días después, el 18 de febrero de 1397, Enguerrand VII, señor de Coucy y conde de Soissons, falleció en Bursa.

Hombre íntegro en una época turbulenta, apenas sufrió los efectos de la brutalidad, venalidad y temerarias pasiones de su clase. El biógrafo de Clisson describió con ojo certero a los de su estamento como «a la vez refinados y bárbaros, generosos y crueles, malhechores y caballerosos, sobrehumanos en valor y sed de gloria e infrahumanos en sus odios, locuras furiosas, duplicidad y sevicia». Coucy se distinguió de los demás por hallarse en apariencia inmune a aquellas «locuras furiosas». Entendió su función y la cumplió con firmeza, aceptó todas las responsabilidades menos la del cargo de condestable, fue sagaz en sus juicios, frío y capaz. En su firmeza, sagacidad y eficacia, y en despertar el respeto y la confianza de quienes le rodeaban, fue como George Washington, menos en la calidad de jefe, que requiere motivo para aparecer. El siglo XIV produjo jefes burgueses como los dos Van Artevelde, Étienne Marcel y Cola de Rienzi, pero pocos entre la aristocracia, en parte porque la jefatura se atribuía al rey, quien, hasta Carlos V, había guiado a los nobles en las batallas. Cuando Juan II estuvo prisionero, los caballeros del septentrión de Francia pidieron a Carlos de Navarra, porque era rey, que los capitanease contra los jacques. Sin embargo, la nobleza sólo era coherente cuando se la amenazaba como estamento. En los demás casos, los intereses de los barones eran muy personales y su hábito de independencia muy fuerte para aceptar un caudillo, incluso cuando la guerra contra Inglaterra había creado poco a poco un motivo nacional.

El matrimonio con una inglesa había mantenido apartado a Coucy durante doce

años críticos. Después de repudiar a Inglaterra, luego de la muerte de su suegro, comenzó a destacarse como jefe en la campaña de Normandía y pudo haber sucedido a Du Guesclin como condestable si hubiese querido, pero el puesto no encerraba la idea de caudillaje nacional y ni la opinión pública ni grupos de colegas solicitaron que los capitaneasen. Las oportunidades en tal sentido se extinguieron con Carlos V, y el propósito nacional se desvaneció bajo el gobierno egoísta de los tíos ducales. Enguerrand no introdujo innovaciones, ni se alzó sobre su tiempo; marchó con él, lo sirvió mejor que muchos y murió por culpa de sus valores. Su fallecimiento menoscabó a su época. «Ese Enguerrand VII —escribió el biógrafo de Boucicaut— era tenido por el señor de más mérito de su período».

La muerte de Coucy no se supo en París durante dos meses. Robert d'Esne y, tras él, Jacques de Weillay la conocieron en Venecia cuando se encaminaban a Oriente. El 31 de marzo, Louis de Orléans, que la ignoraba como todo el mundo, mandó con gran solicitud un clérigo de los dominios de Coucy a Turquía con ropas, al saber la miserable situación de los prisioneros. En abril, Willay volvió con el corazón y el cuerpo (o huesos; se ha discutido si todo el cuerpo se enterró en Francia). Sólo entonces notificaron a la señora de Coucy que su marido había muerto. Conforme al biógrafo de Boucicaut, propenso a lo melodramático, lloró de tal modo su pérdida «que pareció que el corazón y la vida iban a abandonarla, y que jamás volvería a casarse, ni permitiría que el duelo saliera de su pecho». Funerales de impresionante magnificencia fueron oficiados por los obispos de Noyon y Laon. Se enterró el cuerpo (u otros restos) en una imponente tumba en Nogent y el corazón en la Sainte-Trinité, en lugar que se señaló con una placa que mostraba grabado un corazón sobre las armas de los Coucys. Deschamps escribió una elegía como si se tratase de una pérdida nacional, lamentando «el fin y la muerte de Enguerrand el barón…, llorado por los corazones nobles».

Oh Saint-Lambert, Coucy, La Fère,
Marle, Oisy y Saint-Gobain,
llorad a vuestro señor, el buen caballero
que tan bien sirvió a su soberano
con gran prez en muchas tierras…
quien por la fe murió en Turquía.
Supliquemos a Dios que le perdone.

En vida resplandeciente y bello,
prudente, fuerte y muy generoso,
verdadero caballero esforzado
e incansable; en su gran mansión

acogía caballeros desde el alba al ocaso
que buscaban su compañía.

En Lombardía fue heroico y osado,
tomó Arezzo, ciudad renombrada,
hizo que Pavía y Milán temblasen.
Supliquemos a Dios que le perdone.

Muchos corazones por él se entristecen
de que ninguna quede para llevar sus armas…

Las estrofas prosiguen, pero su metro impreciso, combinado con una rígida cadena de tres rimas eslabonadas durante cincuenta y cinco versos, resta mucho encanto, sobre todo en traducción, a este y otros poemas franceses del mismo siglo.

Los embajadores del duque en la corte del sultán arreglaron en junio de 1397, tras largas negociaciones, el rescate de los prisioneros restantes. La suma aceptada fue de doscientos mil ducados o florines de oro, de valor aproximadamente igual al de los francos. Los suntuosos regalos de Borgoña tuvieron resultado opuesto, se dijo, al que pretendía, pues convencieron a Bayaceto de que podía pagar mucho el príncipe que le enviaba cosas tan raras y costosas. Se movilizaron todos los recursos de la red bancaria, sobre todo bajo la dirección del primer suministrador y banquero del duque borgoñón, Dino Rapondi, natural de Toscana con cuarteles generales en París y Brujas. Tan amplia era su actividad que se aseguraba que se conocía su nombre en cualquier lugar en que hubiese mercaderes. El rey y su tío adquirían por mediación de él libros raros, sedas, pieles, tapices, camisas y pañuelos de tela fina, ámbaros, cuernos de unicornio y otras curiosidades. Rapondi aconsejó obtener el dinero del rescate de los comerciantes del Archipiélago, a quienes se debía escribir con amabilidad y prometerles beneficios de los préstamos y créditos que lograsen.

Mientras tanto, Boucicaut y Guy de Tremoille, a quienes concedieron libertad provisional para buscar fondos en Levante, habían llegado a Rodas, donde Tremoille, a todas luces muy debilitado, enfermó y murió en Pascua. Los caballeros de Rodas, preocupados como los mercaderes del prestigio cristiano, empeñaron la rica vajilla de la orden con el fin de obtener treinta mil ducados para un pago al contado del rescate. El rey de Chipre agregó quince mil, y distintos comerciantes y ciudadanos ricos del Archipiélago concedieron préstamos que ascendieron a treinta mil. Segismundo había ofrecido grandilocuentemente pagar la mitad del rescate, pero, como siempre estaba falto de dinero, lo mejor que pudo hacer fue asignar los siete mil ducados de rentas que le debía Venecia. Gattilusio, señor de Mitilene, garantizó más de la mitad del total en nombre de Borgoña.

Mediante un pago contante y sonante de setenta y cinco mil, los presos

recobraron la libertad el 24 de junio, con el compromiso de quedarse en Venecia hasta que se entregara toda la suma. Uno más no pudo ser liberado. El destino ejecutó cruel justicia en el conde d'Eu, que falleció el 15 de junio, nueve días antes de ser liberado. La despedida de Bayaceto a los demás distó de ser cortés. Hablando a Jean de Nevers, dijo que se abstenía de pedirle que jurase no tomar las armas contra él en el futuro. «Reúne tantas fuerzas como quieras y no las escatimes, y ven contra mí. Siempre me encontrarás dispuesto a recibirte con tu hueste en batalla abierta…, pues estoy apercibido a ejecutar proezas y seguir adentrándome en la cristiandad». El sultán requirió después a los cruzados que se disponían a partir que presenciasen el espectáculo de una cacería en la que intervinieron siete mil halconeros y seis mil monteros con sabuesos engualdrapados con mantas de satén y leopardos con collares de diamantes.

Con la salud debilitada y más aún la bolsa, los liberados no se apresuraron a ir a Francia ni a Venecia. Un príncipe de Borgoña no podía viajar como un indigente. Se detuvo con sus compañeros en Mitilene, Rodas y otras islas para descansar, restaurarse y pedir dinero prestado. La señora de Mitilene dio a todos camisas nuevas, trajes talares y prendas de rico damasco, «a cada uno según su alcurnia». Los caballeros de Rodas los mantuvieron un mes. En Venecia, a la que no llegaron hasta octubre, eran intrincadas y tremendas las transacciones financieras que concernían a cuantos tenían que ver con la cruzada. A fuerza de préstamos y avales, se reunió el dinero necesario para satisfacer el rescate, pero no para regresar con lujos a Francia.

La restitución de las deudas que llegaban a cien mil ducados, en que había incurrido desde su libertad para vivir y viajar, aunado al coste del regreso a la patria con el esplendor adecuado, exigieron casi tantos fondos como el mismo rescate. Los duques de Borgoña no querían que su hijo cruzara Europa y se presentara en Francia con el aspecto de un fugitivo. El duque arañó todos los recursos, hasta el extremo de reducir la paga y las pensiones de los funcionarios borgoñones, para suministrar a su hijo un séquito magnífico y proporcionar regalos a todos cuantos intervinieron en él. Dino Rapondi se presentó en Venecia con una orden de ciento cincuenta mil francos endosable al tesoro del duque y estuvo todo el invierno arreglando la transferencia de fondos. El pago a los mercaderes del Archipiélago ocupó el último lugar. Tres años más tarde se debía aún al señor de Mitilene toda la cantidad que había prestado, y una transacción entre Borgoña, Segismundo y la República de Venecia no se arregló hasta veintisiete años después. Estas dificultades no coartaron el tren de vida del duque. En 1399 compró a Dino Rapondi dos libros iluminados por seis mil quinientos francos, y al año siguiente, dos más, uno por nueve mil y otro por siete mil quinientos.

Una epidemia en Venecia hizo que los cruzados se retiraran a Treviso, en el continente. Sin embargo, arrebató la vida a uno más, a Henri de Bar. Si la plaga fue la Peste Negra, completó su ciclo en la familia Coucy, matando primero a su madre y entonces a su yerno. Fue una pérdida muy triste, pues no sólo Henri estaba cerca del hogar, sino que dejó a Marie, la heredera principal, huérfana y viuda, lo que

repercutiría en el dominio de Coucy, que durante tanto tiempo codició la corona.

Los jefes de los cruzados, de los que sólo quedaban Nevers, Boucicaut, Guillaume de Tremoille y Jacques de la Marche, con siete u ocho caballeros y escuderos, volvieron a Francia en febrero de 1398. Se los recibió en las puertas de Dijon con aclamaciones y regalos de plata ofrecidos por el municipio. En memoria de su cautividad, Nevers libró, «por mano propia», de la cárcel de la ciudad a cuantos había en ella. Dijon celebró solemnes funerales en recuerdo de los difuntos, y después festejó el regreso con alegría.

El rey donó a su primo en París una meditada suma de veinte mil libras. Las poblaciones de Borgoña y Flandes rivalizaron en recibirle. Por orden de su padre llevó a cabo un recorrido triunfal para exhibirse al público, cuyos impuestos habían comprado su retorno. Cruzaba las puertas precedido de músicos, le saludaban desfiles y fiestas, y recibía más donativos de plata, vino y pescado. Teniendo en cuenta el dolor de las familias borgoñonas cuyos hijos no habían regresado, las recepciones representaron no tanto el entusiasmo popular, como la alegría organizada en que sobresalió el siglo XIV. Se necesitaban festejos para prestigiar al duque y su heredero, y las poblaciones estaban interesadas en cooperar en espera de los favores que se concedían generalmente en tales ocasiones. Los magistrados de Tournai aguardaron que la entrada ceremoniosa de Nevers se viera agraciada con una amnistía, pero quedaron defraudados.

El fracaso culminante de la caballería se enterró bajo pompa y música. Después de Nicópolis, nada marchó bien en Francia durante muchos años. Los ideales de la caballería no cambiaron, pero el sistema se hallaba en decadencia. Froissart observó lo mismo en Inglaterra, donde un viejo amigo le dijo: «¿Dónde están las grandes empresas, los hombres valientes, las batallas gloriosas y las conquistas? ¿Hay ahora en Inglaterra caballeros capaces de semejantes hazañas?… Los tiempos han cambiado para empeorar… Aquí se nutren ahora felonías y odios».

Los regocijos en honor de Nevers no ocultaron el desastre, y los moralistas encontraron en ello el acicate para su pesimismo. Mézières compuso en seguida una *Épistre Lamentable et Consolatoire* («Epístola lamentable y consoladora»), Deschamps una balada, *Por los franceses caídos en Nicópolis*, y Bonet una sátira alegórica titulada *Aparición del maestro Jean de Meung*, quien se presenta en sueños al autor para afearle que no proteste de los males que destrozan a Francia y la cristiandad. Deschamps declara abiertamente que la derrota de Nicópolis se debió «al orgullo y la locura», aunque también culpa a los húngaros, «que huyeron». Mézières censura con palabras ásperas a los «cismáticos», que, «por el gran odio que tienen a los latinos», prefirieron someterse al sultán antes que al rey de Hungría. Pero ve en esencia la derrota como fruto de la falta en los cruzados de cuatro virtudes morales imprescindibles en cualquier ejército: orden, disciplina, obediencia y justicia. Sin ellas, Dios se aleja de las huestes, que son entonces vencidas con facilidad, lo cual explicaba todos los fracasos desde Crécy y Poitiers. La petición de Mézières de que

se organizase otra cruzada no tuvo eco. La *Épistre Lamentable* fue su última obra. Ocho años más tarde la muerte silenció sus regaños y su pasión. Como Isaías, se hizo pesado, pero su anhelo de bondad en la sociedad habló por toda la gente muda que suspiró también por ella y no dejó memoria de su ansia.

Bonet, echando mano de la acostumbrada crítica de la afición de los caballeros a la vida muelle, capones y patos, camisas blancas y buenos vinos, va más a lo hondo. Los nobles dejan a los campesinos en sus casas, porque creen que «no valen nada», escribe, aunque los pobres soportan tribulaciones y malos alimentos, y, si se les arma, saben luchar, como los labradores portugueses que combatieron con coraje y mataron numerosos caballeros castellanos en Aljubarrota. (La batalla se dio en 1385, en el mismo año y con resultados similares que la de Sempach en Suiza.) Bonet y otros habían condenado a menudo en el pasado a los guerreros por robar y abusar de los labriegos; pero entonces estaban ya dispuestos a reprobar la teoría básica de que la capacidad militar no existía más que en el noble montado. El cronista de los *Quatre Valois* señaló, más o menos en el mismo período, que el soldado plebeyo había sido decisivo en ciertos combates y que «por ello, los pobres no debían ser considerados desprovistos de honor, ni viles». Citó la batalla del rey de Chipre contra los sarracenos en 1367, en la que se triunfó gracias a los marineros que custodiaban los barcos, y aquello aconteció por la voluntad de Cristo, que no deseó que pereciera la caballería cristiana y, además, «quiso dar una lección a los nobles… Pues Nuestro Señor Jesucristo no gusta de la grandilocuencia ni la vanidad. Desea que los plebeyos triunfen para que los grandes no se vanaglorien».

No obstante, la vanagloria, denostada en la Edad Media cristiana como pecado, es un resorte de la humanidad tan arraigado como el sexo. Mientras el combate se concibiese como venero de honor y fama, el caballero no lo compartiría con el plebeyo, ni siquiera para vencer.

La victoria otomana no tuvo efecto inmediato en Europa, porque Bayaceto hubo de hacer frente a la aparición en Asia de un enemigo fiero. Las veloces conquistas de Tamerlán al frente de una horda turcomongola fueron comparables, como Gibbon manifiesta retóricamente, «a las primitivas convulsiones de la naturaleza que agitaron y alteraron la superficie del globo terráqueo». Avasallando Anatolia, y dejando un rastro de ciudades arruinadas y de pirámides de cráneos, Tamerlán derrotó al ejército otomano en Angora (Ankara) en 1402 y prendió vivo al sultán. Bayaceto, llevado en un carro convertido en jaula, tras los conquistadores mongoles, murió de miseria y vergüenza, como si la historia hubiera dispuesto una retribución simétrica.

Europa, absorta en sus facciones y cismas, perdió la ocasión de quebrantar el dominio otomano en los Balcanes. Salvo una valerosa y reducida expedición al mando de Boucicaut —última gota de las cruzadas—, Constantinopla apenas obtendría más ayuda del Occidente: Segismundo tenía dificultades con los alemanes y Bohemia, y Francia e Inglaterra estaban desgarradas por conflictos intestinos. El hijo de Bayaceto se opuso a Tamerlán, la erupción mongola se apagó, el nieto de

Bayaceto se internó de nuevo en Europa y, en 1453, su biznieto Mehmet II tomó Constantinopla.

Las ambiciones se arremolinaban en Coucy, alrededor de la gran baronía, con sus castillos grandiosos, ciento cincuenta ciudades y aldeas, bosques famosos, «numerosos y bellos estanques, muchísimos vasallos…, notable grandeza e inestimables rentas». Marie de Bar, primogénita de Enguerrand, y la señora de Coucy, su viuda, emprendieron un largo pleito, en el que la primera reclamaba el conjunto de la herencia y la segunda la mitad. Ninguna cedió. Vivieron hostilmente en castillos distintos del dominio, con sus respectivos capitanes y parientes. Al propio tiempo, los celestinos de la Sainte-Trinité demandaron a la viuda, a quien acusaban de incumplimiento de la última manda de Coucy a su monasterio.

Mientras tanto la reina Isabeau, pensando ante todo en su familia directa, intentaba fomentar el matrimonio de su padre, Esteban de Baviera, entonces embajador del Imperio en París, con la señora de Coucy. Esto amenazaba poner las estratégicas posesiones en manos extranjeras, pues se temía que Marie cediese ante la casa de Baviera por compra u otro procedimiento. Para impedirlo, Louis de Orléans (con «presiones y amenazas», según una fuente) logró que Marie se la vendiera, sin respeto alguno a los derechos de la viuda, con el pretexto de que la baronía era indivisible. Se ignora si se le incitó a ello el interés de Francia o su engrandecimiento personal frente al duque de Borgoña. Sea como fuere, adquirió una de las mayores propiedades del territorio septentrional francés, que interpuso una cuña entre los de su tío, Flandes y Borgoña. En confirmación del motivo patriótico, se convenció a Marie de que declarase el fin del documento de cesión, firmado el 15 de noviembre de 1400, que «no puede vender ni transferir con mayor seguridad en bien del reino de Francia que a la persona de monseñor el duque de Orléans».

El precio de compra fue de cuatrocientas mil libras, de las que Louis pagó sólo sesenta mil. Marie retuvo el usufructo del dominio y el uso como residencia de los castillos de La Fère y Châtelet; pero las discusiones legales continuaron después de la venta. Por este o aquel medio se vio obligada a perdonar a Louis doscientas mil libras, o sea, la mitad del total, mientras que las restantes ciento cuarenta mil quedaron impagadas. No menos de once pleitos incoó Marie contra Orléans para recobrarlas, antes de que muriera de pronto, después de una boda, en 1405, no sin que se «sospechase del veneno». Su hijo Robert de Bar prosiguió litigando, contra Orléans y contra la señora de Coucy, que no se había casado con Esteban de Baviera y defendía aún sus derechos de viuda ante los tribunales. En 1408, tras la muerte de Louis de Orléans, el Parlamento admitió la pretensión de la viuda, pero se anuló años más tarde cuando su hija Isabel, que había casado con el hermano de Juan de Nevers, falleció sin herederos. En el ínterin, Charles de Orléans, hijo de Louis, retuvo la posesión, y cuando su hijo se convirtió en el rey Luis XII, la baronía pasó a la corona,

que tanto tiempo la había codiciado.

El atormentado siglo se aproximó a su fin sin desmentir su carácter. En marzo de 1398 el emperador Wenceslao y el rey de Francia se reunieron en Reims en un nuevo intento de arreglar el cisma en el que representaban puntos de vista opuestos. Habían convencido a Carlos VI de que no se recobraría de su enfermedad hasta que la Iglesia se hubiera reunificado. Para deponer a Benedicto, la universidad de París había propuesto que Francia retirase su obediencia, pero, antes de adoptar medida tan drástica, había que procurar obtener la abdicación de ambos papas. Se necesitaba el asentimiento del Imperio para ejercer presión sobre Bonifacio, y tal era la razón del encuentro de Reims. Por culpa de la incapacidad de los dos soberanos más importantes, uno alcoholizado y otro demente, el fruto no fue el que pudo haber sido. La locura comenzaba a ensombrecer de nuevo a Carlos cuando compareció, y en sus breves intervalos de lucidez, Wenceslao estaba ebrio. El emperador inició las negociaciones embriagado, y en tal estado permaneció, mientras asentía de modo vago a cuanto le proponían. Cuando la razón abandonó a Carlos por completo, la asamblea se dispersó.

Se utilizaron halagos y amenazas sobre los dos papas, que los resistieron. Francia recurrió a retirar su obediencia a Benedicto, e incluso le sitió en el palacio pontificio de Aviñón; pero nada de ello consiguió deponerle, y lo primero causó tanto malestar que hubo de ser enmendado. Ricardo II, atento a su amistad con Francia, convino en solicitar la abdicación de Bonifacio, con el resultado de que se enemistó violentamente con los ingleses, ya irritados por su mal gobierno. Los londinenses, partidarios de Gloucester, llamaban al soberano Ricardo de Burdeos (ciudad en que había nacido), le aborrecían y decían: «Tiene el corazón tan francés que no puede ocultarlo; pero llegará el día en que lo pagará».

Después ocurrieron en Inglaterra los «grandes y horribles» acontecimientos, que, en opinión de Froissart, jamás se habían presenciado en la historia que registraba. Convencido de que había conjuras contra él, Ricardo trasladó a Gloucester a Calais, donde le estrangularon con una toalla, ejecutó a Arundel, desterró a Warwick y los Percys, y atizó tanto el odio y el temor de sus súbditos, que, en 1399, su primo Enrique de Bolingbroke le depuso sin que una sola espada se desenvainara en favor del rey legítimo. Obligado públicamente a abdicar, Ricardo fue trasladado de la Torre de Londres a una cárcel más severa, en la que un año después moría de inanición o de algo peor. Había desaparecido el apoyo de las relaciones con Francia. Bolingbroke (ya Enrique IV) habló con osadía de anular la tregua, pero la usurpación engendra la rebelión y tuvo demasiado trabajo en defender su trono para buscar preocupaciones en el exterior.

Froissart se descorazonó con estos hechos. Si la venta de los bienes de Guy de Blois había minado sus principios, la deposición del rey de Inglaterra le conmovió

profundamente, no por amor a Ricardo II, sino porque la acción subvertió los ideales que sostenían su mundo. Los sesenta años y pico de su existencia —y la de Coucy—, que le habían parecido un desfile de interés y emoción inagotables, se clausuraban de modo sombrío. Atisbó su vaciedad y no pudo seguir adelante; su historia se interrumpe al finalizar el siglo.

Si los sesenta años parecieron a los encumbrados pletóricos de esplendor y aventura, para la mayor parte fueron una cadena de porfiadas desdichas; de los tres males apocalípticos, saqueo, epidemia e impuestos; de conflictos fieros y trágicos, hados anómalos, dinero desequilibrado, brujería, traiciones, insurrecciones, asesinatos, locura y caída de príncipes; de merma de trabajo en los campos y tierras roturadas transformadas en yermos; y de la negra sombra de la pestilencia portadora de un mensaje de culpabilidad, pecado y hostilidad a Dios.

El mensaje no mejoró a la humanidad. La conciencia de la perversidad empeoró las conductas. La violencia rompió sus frenos. Fue una época de omisión. Las reglas se desmoronaron, las instituciones no cumplieron sus funciones. La caballería no protegió; la Iglesia, más mundana que espiritual, no condujo al Ser Supremo; las ciudades, antaño agentes de progreso y riqueza ecuménica, se absorbieron en enemistades recíprocas y luchas civiles; y la población, diezmada por la Peste Negra, no se rehizo. La guerra de Inglaterra y Francia, y el bandolerismo que engendró, revelaron lo huero de las pretensiones militares de los caballeros y la falsedad de su moral. El cisma sacudió los cimientos de la institución central, propagando una intranquilidad tan honda como contagiosa. La gente se veía sometida a sucesos que no podía dominar, y zarandeada, como corcho en las olas, de acá para allá, en un universo irrazonable y sin finalidad. Vivió en un período que sufría y pugnaba sin lograr progresos perceptibles. Y anheló remedio, renovación de la fe, estabilidad y orden, que no se presentaron.

El tiempo no fue estático. La pérdida de confianza en los garantizadores de la ley y el civismo abrió la puerta a la exigencia de cambios, y la *miseria* dio fuerza al impulso. Los oprimidos ya no soportaban, sino se sublevaban, aunque, como los burgueses que trataron de fomentar las reformas, no estaban capacitados, les faltaba preparación y carecían de todo lo necesario para la dura tarea. Marcel no logró imponer un gobierno equitativo, ni tampoco el Buen Parlamento. Los jacques no derribaron a los nobles, el *popolo minuto* (pueblo menudo) de Florencia no logró elevar su situación y los campesinos ingleses fueron traicionados por su rey. Todas las insurrecciones de la clase trabajadora quedaron aplastadas.

Y, no obstante, como siempre, el cambio se verificaba. Wyclif y el movimiento protestante fueron consecuencia natural de los defectos de la Iglesia. La monarquía, el gobierno centralizado y el Estado nacional cobraron vigor, para bien o para mal. Las empresas marítimas, liberadas por la brújula, se orientaban a exploraciones que romperían los confines de Europa y encontrarían el Nuevo Mundo. La literatura, desde Dante a Chaucer, se expresaba con las lenguas nacionales, preparándose a dar

el gran salto con la imprenta. Johan Gutenberg nació en el año en que falleció Enguerrand de Coucy. Los males y los desórdenes del siglo XIV no carecerían de consecuencias. Empeorarían en los cincuenta años y pico siguientes hasta que en un instante imperceptible, por obra de una química misteriosa, las energías se renovaron, las ideas rompieron los moldes medievales y se encaminaron a nuevas regiones, y la humanidad emprendió un rumbo distinto.

EPÍLOGO

En los cincuenta años siguientes, las fuerzas del siglo XIV se extinguieron, algunas de modo exagerado, como los defectos de los ancianos. La Peste Negra, tras su penosa intervención en el último año del siglo, desapareció. En cambio, la guerra y el bandolerismo se renovaron, el culto de la muerte se hizo extremoso y la lucha por terminar el cisma y reformar los abusos de la Iglesia llegó a ser desesperada. El despoblamiento alcanzó el apogeo en una sociedad agotada física y moralmente.

En Francia, Juan de Nevers, que sucedió a su padre en el ducado de Borgoña en 1404, se convirtió en asesino y desencadenó una secuela de males. En 1407 contrató a una partida de malhechores para que asesinasen a su rival, Louis de Orléans, en las calles parisienses. Éste, volviendo de noche a su morada, fue asaltado por los matachines pagados, quienes le amputaron la mano izquierda con que sostenía las bridas, le arrancaron de la mula, le dieron muerte con espadas, hachas y porras, y le abandonaron en el arroyo, mientras huía la gente de su escolta montada, que nunca, al parecer, fue útil en casos semejantes.

Protegido del castigo por su poder ducal, Juan Sin Miedo defendió en público su acción por medio de un portavoz como tiranicidio justificado, acusando a Louis de vicio, corrupción, brujería y una lista interminable de villanías generales y particulares. Como la víctima se confundía en el pensar popular con la prodigalidad y el desenfreno cortesanos, y sus inagotables exigencias de dinero, Juan de Borgoña consiguió presentarse como campeón del pueblo en la percepción del último tributo que exigió el gobierno. En el vacío que dejaba el rey demente, el duque sació la necesidad popular de un amigo y protector real.

Los odios mortales y el conflicto implacable entre borgoñones y orleanistas consumieron a Francia durante los treinta años que siguieron. Se formaron grupos regionales y políticos alrededor de los antagonistas, y las compañías de bandidos, alquiladas por los dos bandos, reaparecieron, dejando rastros humeantes de pillaje y homicidio. Cada facción enarboló la oriflama contra la otra, ganó y perdió el dominio del soberano y la capital, y multiplicaron los impuestos. Se desordenaron las estructuras administrativas, se abusó de las finanzas y la justicia, los cargos se compraron y vendieron, y el Parlamento se transformó en mercado de la corrupción. El reino, declaró un manifiesto orleanista, estaba hundido en el crimen y el pecado, y se blasfemaba en todas partes, «incluso los clérigos y los niños».

La clase media se alzó para llevar a cabo el esfuerzo de expulsar a los magistrados corrompidos y establecer un buen gobierno, que había realizado Étienne Marcel medio siglo antes, y con éxito similar. Impaciente de lograr resultados inmediatos, una turba de carniceros, pellejeros y curtidores de París, llamados *cabochianos*, del nombre de su jefe Caboche, se levantó con fiereza y reprodujo con mayor brutalidad la revuelta de los maillotins. Fue inevitable la reacción burguesa

contra ellos: se abrió las puertas al partido orleanista, que suprimió a los insurgentes, repuso a los magistrados venales, anuló las reformas y persiguió a los reformadores. Juan de Borgoña, que se había retirado prudentemente durante el nublado, fue declarado rebelde; pero, siguiendo los pasos de Carlos de Navarra, se alió a los ingleses.

Enrique IV de Inglaterra, después de luchar continuamente contra los galeses, los barones enemigos y un hijo impaciente por lograr el trono, falleció en 1413. Le sucedió dicho hijo que, a los veinticinco años de edad, estaba preparado, con toda la energía beata de un libertino reformado, a establecer un reinado de severa virtud y conquista heroica, fiándose de la anarquía francesa y de sus acuerdos con el duque de Borgoña, y con la esperanza de que los éxitos militares unirían a los ingleses al amparo de la casa de Lancaster, Enrique V resucitó la antigua guerra y la manoseada aspiración a la corona de Francia, la cual no había robustecido su validez al llegar a él por medio de un usurpador. Pretextando diversas perfidias, invadió Francia en 1415, en agosto, mes favorito de Marte, y anunció que llegaba a «su propia tierra, su propio país y su propio reino». Después de asediar y tomar la población normanda de Harfleur, se dirigió al norte, hacia Calais, para pasar el invierno en Inglaterra. A unos cincuenta kilómetros de su meta, no lejos del teatro de Crécy, topó con el ejército francés.

La batalla de Agincourt ha inspirado libros y estudios de especialistas y aficionados. No fue decisiva como la de Crécy, que, acabando en la conquista de Calais, transformó la aventura semiseria de Eduardo III en guerra centenaria; ni en el mismo sentido que la de Poitiers, que produjo la pérdida de fe en el noble como caballero. Agincourt confirmó simplemente ambos extremos, sobre todo el segundo, pues ni siquiera en Nicópolis hubo demostración más dolorosa de que el valor en el combate no equivale a competencia bélica. La perdió la incompetencia de la caballería francesa y la ganó la intervención de los soldados plebeyos ingleses más que la de los jinetes aristocráticos.

Aunque Borgoña y sus vasallos se mantuvieron aparte, la hueste francesa superaba a la de Inglaterra en la proporción de tres o cuatro, y estaba tan segura de sus fuerzas como de costumbre. El condestable, Charles d’Albret, rechazó la oferta de seis mil ballesteros de la milicia ciudadana de París. Las tácticas no se habían alterado, y el único avance técnico (salvo el cañón, que no intervenía en las batallas campales) era una armadura aún más pesada. Destinada a proporcionar mayor protección contra las flechas, tenía el efecto de aumentar el cansancio y reducir la movilidad y la agilidad del brazo de la espada. El terrible gusano en su capullo de hierro era menos temible que antes, y el capullo una protección letal, pues los caballeros morían a veces de ataques del corazón en su interior. Los pajes debían sostener a sus señores durante la lucha, porque, si se caían, no lograban ponerse en pie.

Los ejércitos se encontraron en un espacio limitado por dos arboledas. Llovió

toda la noche anterior a la contienda, mientras los pajes y espoliques, paseando los caballos, convertían el suelo húmedo en un barrizal muy adecuado para que los caballeros blindados patinasen y se desplomasen. Los franceses no habían intentado elegir un campo en que pudieran explotar de modo efectivo su superioridad numérica, con el resultado de que hubieron de disponerse en tres hileras seguidas, con poco espacio para maniobrar por las alas, y obligadas a escoltarse en el valle de lodo. Los nobles, sin jefe capaz de imponer una estrategia, compitieron por la gloria de un puesto en la línea de vanguardia, hasta que estuvieron tan apretados como los flamencos en Roosebeke. Los arqueros y ballesteros, situados en la retaguardia, para que su intervención no disminuyese la gloria del choque, resultaron inútiles.

Los ingleses, bien que fatigados, hambrientos y desanimados por su inferioridad numérica, tenían dos ventajas: un rey con mando personal y la desproporción de mil caballeros y escuderos frente a sus seis mil arqueros y unos cuantos millares de infantes. Situaron los arqueros en cuñas sólidas entre los hombres de armas, y en bloques en las alas. Como no llevaban armadura, eran absolutamente móviles, y, aparte el arco, estaban armados con segures, hachas, martillos y, en algunos casos, espadas anchas.

Por lo tanto, en vista de todo ello, no hubo desde el principio de la guerra triunfo más patente. En sus apreturas, los caballeros desmontados de la primera línea francesa apenas podían menear sus grandes armas y, entorpecidos por el barro, crearon un desorden irremediable, que, cuando se aumentó con el avance de la segunda línea y se complicó con la huida, el pánico y los caballos sin jinete, se convirtió en caos auténtico. Advirtiéndolo, los arqueros ingleses se desembarazaron de sus armas y atacaron con sus segures y demás armamento, entregándose a una orgía de sangre. Muchos franceses, impedidos por la pesada armadura, no pudieron defenderse, lo que justifica sus millares de muertos y prisioneros en contraste con la pérdida total de quinientos ingleses, incluida al menos una víctima de probable ataque cardíaco. Fue el duque Edward de York, nieto de Eduardo III, que tenía cuarenta y cinco años y estaba muy grueso: se le encontró exánime en el campo, sin una herida. En el bando francés perecieron tres duques, cinco condes, noventa barones y muchos más, entre ellos dos del linaje de Coucy: su nieto Robert de Bar y su tercer yerno, el conde Philip de Nevers, que peleó por despecho de su hermano mayor, el duque de Borgoña. Encabezó la lista de prisioneros Charles de Orléans, nuevo señor de Coucy, que estaría cautivo dos decenios y medio. El dechado de la caballería, el mariscal Boucicaut, también fue hecho prisionero. El desastre de Agincourt fue su última aventura: falleció en Inglaterra seis años después.

Enrique V, tras una pausa de dos años, regresó para conquistar el territorio francés de modo sistemático. Las mejoras en la utilización de la pólvora y de la artillería decantaron la balanza, porque las ciudades amuralladas perdieron su inmunidad. Agonizaba la era de la espada y nacía la de las armas de fuego, sin que hubiera un alto en la capacidad beligerante humana. En tres años, desde 1417 a 1419, Enrique se

apoderó de toda Normandía, mientras los franceses se debatían en luchas intestinas. Dos delfines murieron con una diferencia de un año, y quedó Carlos, desamparado muchacho de catorce años, a quien su madre declaró hijo ilegítimo, para hacerse cargo del trono. Los cabochianos se sublevaron de nuevo, salvajes y homicidas. Juan Sin Miedo dominó al rey y la capital, y el delfín huyó hacia el sur del Loira. Enrique V talló su avance a través de Francia, una vez más dividida. Durante el asedio inglés de Rouen, los defensores, para ahorrar víveres, expulsaron a doce mil ciudadanos, que el enemigo impidió que atravesasen sus líneas. Así permanecieron entre los combatientes todo el invierno, comiendo hierbas y raíces, o muriendo de frío y hambre. Cuando la caída de Rouen hizo que la amenaza pesara directamente sobre París, las facciones francesas se espantaron tanto, que procuraron ofrecer un frente único al enemigo.

En 1419, después de muchas dilaciones, el duque de Borgoña aceptó entrevistarse con el delfín en el puente de Montereau, a unos cincuenta y cuatro kilómetros al sureste de París. Los dos grupos avanzaron uno hacia el otro llenos de suspicacia, pronunciaron palabras ásperas, como si los dioses de Troya murmurasen frases de odio en sus oídos, las manos fueron a las espadas y, mientras el delfín se retiraba, sus seguidores cayeron sobre el duque, hundieron los aceros en su cuerpo, y «le arrojaron muerto como una piedra al suelo». Louis de Orléans había sido vengado, pero a muy alto precio.

Se deshizo la reconciliación. Jurando desquitarse, Felipe de Borgoña, el nuevo duque, se alió con Enrique V en cuerpo y alma, aceptando hasta su apolillada pretensión a la corona de los antepasados de Felipe. Redactaron el Tratado de Troyes entre el rey de Inglaterra y la sombra demente del monarca de Francia. Por él, firmado en 1420, el soberano loco y su esposa, la reina extranjera, que jamás se sintió francesa, dejaron de reconocer al «llamado delfín», y aceptaron por sucesor a Enrique V, esposo de su hija Catalina. En vida de Carlos VI se confirmó al rey de Inglaterra en la posesión de Normandía y de otras conquistas, y se le autorizó a gobernar en colaboración del duque de Borgoña.

La integridad de Francia había llegado al punto más bajo. Un monarca había sido apresado en Poitiers y la monarquía se había rendido en Troyes. Francia, la suprema, era un condominio angloborgoñón. Los cinco años de campaña de Enrique V no eran los únicos que habían logrado aquello: era obra de un siglo de fuerzas desintegradoras combinadas con el apogeo del estado de Borgoña y la larga locura del monarca. Pero en aquel período, cuando se desarrollaba el nacionalismo, no era una conquista duradera, por muy cuidadosos que fueran los métodos de Enrique V. Si la pertenencia al suelo francés tuvo en 1360 fuerza bastante para aceptar la transferencia de soberanía, dos generaciones más tarde el sentimiento era mucho más vigoroso, como los signantes del Tratado de Troyes sabían perfectamente. Incluyeron una cláusula que prohibía manifestar la desaprobación del tratado y la convertía en acto de traición.

No obstante, había una Francia ocupada y otra libre al sur del Loira. El desdichado delfín, con todo el coraje que poseía, se negó a aceptar el tratado y se retiró con su consejo a Bourges, en Berry, donde mantuvo el latido imperceptible de la monarquía. Enrique V, tras una entrada majestuosa en París, volvió a Inglaterra, dejando al duque de Bedford, su hermano, como regente de Francia. La historia, o el *deus ex machina* que dispone los asuntos humanos, ofrece de vez en cuando muestras de su sentido irónico. Menos de dos años más tarde, Carlos VI y Enrique V murieron dentro de un mes, el yerno en primer lugar, de suerte que jamás ciñó la corona francesa. La pretensión pasó a su hijo de nueve meses, y con ella, por mediación de Catalina de Francia, la maldición de los Valois: la locura se adueñaría de Enrique VI en la edad viril; el delfín, luego Carlos VII, se salvó de ella por ser ilegítimo.

Una vez más se dijo «los bosques volvieron con los ingleses», porque la guerra y la plaga vaciaron la tierra. En Picardía, vía perenne de los invasores, los pueblos quedaron transformados en ruinas carbonizadas, los campos sin cultivar, los caminos inutilizados cubiertos de zarzas y hierbas, y las tierras despobladas, sin que en ellas se oyera el canto del gallo. En las inmediaciones de Abbéville se descubrió que una campesina hambrienta había salado los cuerpos de dos niños, a quienes había dado muerte. La destrucción se amplió a medida que Inglaterra se esforzaba por completar su conquista. No les permitió apoderarse del país más que la alianza con Borgoña y el agotamiento de una tierra asolada. Ninguna hueste, escribió el secretario de Charles de Orléans, pudo tomar el castillo de Coucy durante la guerra, pero, por «traición interior», estuvo cierto tiempo en poder del enemigo y los bellos vitrales de su capilla fueron «en gran parte quitados por manos profanas».

Los labradores huyeron en busca del refugio de las ciudades, donde esperaban hallar seguridad y donde imaginaban que la vida de la gente era mejor. En las callejas y los tugurios urbanos encontraron a los obreros no especializados en situación tan triste como la suya. Las epidemias diezmaban a aquellas gentes hacinadas y desnutridas, y la debilidad las hacía más accesibles al tifus, la lepra y la plaga. La decadencia del comercio y las industrias motivaron el desempleo y fomentaron la enemiga a los refugiados. Algunos volvieron al campo para tratar de reconstruir sus lugares y labrar los terrenos incultos, y otros se ampararon en los bosques y vivieron de la pesca y la caza con trampas.

Se multiplicaron en los templos las imágenes de san Roque y de otros santos protectores de las epidemias y otras variedades de muerte súbita; se extendió la moda de las efigies desnudas y esqueléticas. En el siglo XV el culto a la muerte se hizo morboso. Los artistas insistieron en las manifestaciones físicas de la putrefacción: los gusanos reptaban en los remedos de cadáveres y sapos hinchados se sentaban en los ojos yertos. Una Muerte burlona, incitante y jovial, dirigía la Danza Macabra en incontables pinturas murales. La literatura de la agonía se expresó en tratados populares sobre el *Ars Moriendi* (El arte de morir), con escenas junto al lecho de muerte, médicos y notarios presentes, familias apiñadas, mortajas y ataúdes,

sepultureros que desenterraban los huesos antiguos, y, por último, el difunto desnudo en espera del juicio divino, mientras ángeles y demonios se disputaban su alma.

La escenificación de misterios y otras piezas teatrales llegó a lo horrendo, como si los espectadores necesitaran cada vez más excesos para sentir el estremecimiento de la repugnancia. La violación de vírgenes se representaba con realismo apabullador; en muñecos casi vivos el cuerpo de Cristo era tajado y alanceado con rabia por los soldados, o una madre asaba y comía a su propio hijo. En una versión del siglo XV de la escena favorita de Nerón y Agripina, ésta suplica piedad, pero el emperador, cuando ordena que sajen su vientre, exige ver «el sitio en que las mujeres reciben el semen con el cual conciben sus criaturas».

Asociado con el culto de la muerte, se esperaba el fin del mundo. El pesimismo del siglo XIV aumentó en el XV, con la creencia de que el hombre empeoraba, lo cual indicaba que el final se hallaba próximo. Un tratado francés describe el síntoma de ese declinar: la caridad se congelaba en los corazones humanos, prueba de que las almas de los hombres envejecían y que la llama del amor, que solía calentar a la humanidad, se apagaba despacio y no tardaría en extinguirse. Otras señales eran la epidemia, la violencia y las catástrofes naturales.

La ocupación de la capital por los ingleses desanimó a los franceses. No faltaron los que estaban dispuestos a aceptar la unión bajo una sola monarquía como la única solución de la guerra incesante y de la ruina económica. Sin embargo, en los más la resistencia a los tiranos de Inglaterra o los «malditos», como los llamaban, era algo axiomático, pero carecían de coordinación y de jefe. El delfín, débil y sin iniciativa, se hallaba en manos de ministros poco escrupulosos o pasivos. De pronto, surgió la bravura del más inaudito nivel de la sociedad: de una mujer plebeya.

El fenómeno de Juana de Arco —las voces de Dios que le ordenaron expulsar a los ingleses y coronar al delfín, la cualidad que dominó a quienes la hubieran despreciado en otra sazón, y la fuerza que levantó el sitio de Orléans y llevó al delfín a Reims— no pertenece a ninguna categoría precisa. Tal vez sólo sea explicable como la respuesta a una necesidad histórica. Su vigor se derivó del hecho de que en ella se juntaron por vez primera la antigua fe religiosa y la nueva fuerza del patriotismo. Dios le hablaba a través de las voces de santa Catalina, san Miguel y santa Margarita, pero lo que mandó fue no castidad, humildad y vida espiritual, sino acción política para rescatar a su patria de la tiranía foránea.

Su vuelo meteórico duró tres años. Apareció en 1428, inspiró a Dunois, bastardo de Louis de Orléans, y a otros miembros del círculo del delfín, el ataque a Orléans, liberó la ciudad en mayo de 1429 y, en la cresta de la ola de la victoria, llevó a Carlos a la sagrada ceremonia de la coronación de Reims dos meses después. Capturada por los borgoñones en Compiègne, en mayo de 1430, fue vendida a los ingleses, juzgada como hereje por la Iglesia al servicio de Inglaterra, y quemada en la hoguera en Rouen, en mayo de 1431. Su martirio era esencial para los ingleses, porque afirmaba que Dios la movía, y si no se la desmentía, el Sumo Hacedor, árbitro de los asuntos

humanos, hubiera aparecido oponiéndose al dominio inglés en Francia. Toda la intensidad y la implacabilidad de los inquisidores la atacaron para probar lo ilusorio de las voces. Antes del proceso, ni Carlos VII, que le debía la corona, ni ningún francés procuró rescatarla o salvarla, posiblemente a consecuencia del apuro de la nobleza ante el hecho de que una aldeana la hubiera conducido a la victoria.

La vida y la muerte de Juana de Arco no produjeron en seguida la resistencia nacional; sin embargo, los ingleses pelearon en adelante por una causa perdida, lo supieran o no. Los borgoñones lo sabían. La ascensión de Carlos como monarca ungido de Francia, con un ejército de nuevo inspirado, cambió la situación, tanto más cuanto que los ingleses estaban preocupados por las fricciones existentes bajo un rey menor de edad. Reconociendo todo ello, el duque de Borgoña se pasó poco a poco a los franceses, llegó a un acuerdo con Carlos VII y se alió a él con la Paz de Arras de 1435. En un año, a las órdenes de un condestable enérgico, París volvió al poder del soberano, lo que anunció la reunificación futura. Nadie hubiera dicho entonces que la chispa de la Doncella de Orléans se había convertido en llama, porque la historia conoce mejor su importancia que sus contemporáneos, pero vibraban en el ambiente esperanza y energía renovadas. La guerra no concluyó. En realidad, se hizo más brutal, porque los ingleses con la obstinación que se adueña de los conquistadores cuando los conquistados se niegan a sucumbir, se empeñaron en un esfuerzo que la defección borgoñona ya había esterilizado.

Mientras esto acontecía, el principal esfuerzo intelectual de Europa estaba comprometido en una continua, pugnaz e intensa actividad para acabar con el cisma pontificio y reformar la Iglesia. Los dos propósitos dependían de establecer la supremacía de un concilio sobre el papado. En tanto que los dos pontífices se negaran a abdicar, sería imposible poner fin a la ruptura, y un concilio era la única solución. Era asimismo evidente que ni el papa ni el colegio cardenalicio prescindirían de sus intereses para iniciar la reforma; por consiguiente, sólo se conseguiría si se establecía la autoridad conciliar. Graves teólogos luchaban muy en serio con estos problemas con la intención de imponer un cambio y dar con el medio de limitar e institucionalizar los poderes del pontificado. Todo ello promovió las más fieras controversias filosóficas y religiosas —para no referirse a las materiales—, que se debatieron en una serie de concilios durante un período de cuarenta años. Convocados, no desde el centro de la Iglesia, sino desde su periferia, por universidades, soberanos y estados, se reunieron en Pisa, Constanza y Basilea.

En Pisa, en 1409, la reforma, bajo el elocuente patrocinio de Ailly y Gerson, fue suprimida, porque todas las energías se concentraron en la deposición de los papas de Aviñón y Roma, y en la elección de un solo sucesor. Este individuo falleció pronto, y le sustituyó un italiano marcial, Baldassare Cossa, más *condottiere* que cardenal, que tomó el nombre de Juan XIII. El cisma se triplicó, porque sus dos predecesores y

rivales se aferraron a sus sedes. Las dificultades francesas hicieron que la iniciativa pasase al emperador Segismundo, quien convocó el memorable concilio que se reunió en Constanza, en el territorio imperial, de 1414 a 1418.

Con consecuencias históricas para la Iglesia, en Constanza se aceptó una nueva cuestión, la supresión de la herejía, es decir, todas las orientaciones disidentes que había generado el malestar del siglo anterior. La vitalidad religiosa se había centrado en los protestantes, místicos y reformadores, y, en sentido negativo, en la práctica de la magia y la brujería, aunque la acusación de la última reflejó más el pensamiento de las autoridades que el del mundo en general. Sintiéndose amenazada, la Iglesia reaccionó con una persecución virulenta. Las denuncias, procesos y penas capitales se multiplicaron, y en la tortura de los supuestos herejes la Inquisición mostró tan bárbara e ingeniosa crueldad como el infiel turco o chino. La persecución de los brujos alcanzaría proporciones epidémicas en la segunda mitad de la centuria, con la contribución del famoso tratado *Malleus maleficarum* («Martillo de hechiceros») de 1487, enciclopedia destinada al desenmascaramiento de la demonología y sus practicantes.

Constanza se preocupó de la herejía más fundamental de Jan Hus, sucesor ideológico de Wyclif. Le convocaron para que expusiera y defendiese sus doctrinas en el concilio, y fue condenado y pereció en la hoguera en 1415. Pudo asegurar, anticipándose al obispo Latimer, que las llamas que le abrasaron encendieron una candela que jamás se apagaría.

El concilio logró también, después de una porción de dramáticos enfrentamientos, deponer a Juan XIII acusándole de piratería, asesinato, violación, sodomía e incesto (Gibbon comenta que se suprimieron los cargos «más escandalosos»), y elegir al cardenal romano Colonna como Martín V. Como se había obligado a abdicar al anterior papa de Roma, y el testarudo Benedicto de Aviñón se hallaba aislado, se declaró resuelto el cisma, aunque resucitaría brevemente por la cuestión de la reforma. Persistió la contienda más importante entre el concilio y el papado por la supremacía. Bajo Martín V se recobraron los estados pontificios y sus rentas, y la ganancia material, que no espiritual, permitió a Eugenio IV, sucesor de Martín, reiniciar la disputa en el concilio de Basilea. Como una lucha mitológica de gigantes, aquel concilio duró dieciocho años.

Las controversias doctrinales atronaron, los grupos se dividieron, los concilios secundarios se reunieron y un papa rival —nada menos que el conde de Saboya, que podía abrirse paso con oro— fue elegido como Félix V. Las reformas y restricciones concernientes al pontificado fueron votadas por un bando y rechazadas por el otro, mientras las naciones y los soberanos se enfrentaban por cuestiones políticas. Al fin, derrotados los reformadores, Félix V abdicó y el concilio de Basilea se disolvió en 1449. El papado, de nuevo italiano, reconoció la supremacía conciliar sobre el papel, pero reconquistó la primacía efectiva. Su triunfo, celebrado en el jubileo de 1450, fue un espectro. El pontificado jamás sería lo que fue antes del cisma y los concilios.

Había perdido prestigio en la primera crisis, e influencia y dominio sobre las Iglesias nacionales en la segunda. Expresando las «libertades galicanas», un sínodo francés de 1438 adoptó reformas con entera independencia y redujo el tributo pontificio del clero francés. Los movimientos e ideas que había engendrado la contienda conciliar se encaminaban inevitablemente hacia la secesión protestante.

En otra esfera se registró un cambio, el de las guerras husitas, movimiento promovido por el nacionalismo checo y el celo religioso que ansiaba vengar la muerte de Hus. Sus miembros eran sobre todo burgueses y campesinos (con el ambiguo apoyo de la nobleza checa), y en su lucha contra la clase guerrera, fueron los primeros, no la aristocracia, quienes desarrollaron una nueva táctica militar. Adoptaron el procedimiento del «fuerte móvil», consistente en un cuadrado o circunferencia de carros de bagaje, encadenados entre sí, para protegerse de la carga de los jinetes. Pelotones provistos de picas, armas manuales de fuego y vergajos, protegían los huecos que quedaban entre los vehículos, y, aprovechando el éxito defensivo, emprendían la ofensiva, a través de dichos huecos, contra el enemigo. En 1420 derrotaron las fuerzas «cruzadas» que capitaneaba Segismundo para restablecer la ortodoxia y, cobrando seguridad del miedo que inspiraban, hicieron incursiones en Hungría, Baviera y Prusia hasta el Báltico, planteando la perspectiva de un territorio herético. Disparaban cañones desde el interior del «fuerte». Fueron los primeros combatientes en convertir las armas manuales de fuego en elemento principal de lucha. A los diez años un tercio de las tropas husitas se había armado con ellas.

Por ser humanos, los afligió el conflicto ideológico de los moderados y los radicales, lo que acabó con el movimiento. Con todo, en el concilio de Basilea tuvieron el poder suficiente para obligar a la Iglesia por primera vez a firmar un tratado de paz con herejes. Como los suizos, cuyo ejército se componía principalmente de plebeyos, habían aprendido a combatir con efectividad, porque no eran cautivos de la gloria ni dependían del caballo.

Enrique el Navegante, infante de Portugal y nieto de Juan de Gante, envió todos los años, en las décadas de 1420 y 1430, expediciones marítimas, que exploraron y tomaron posesión de las Azores, Madeiras y Canarias, y se aventuraron por el oeste de la costa africana, hasta que el enorme abultamiento occidental se dobló en 1433 y las costas del oro y del marfil quedaron abiertas al comercio. Si su motivo inicial fue la mayor gloria de la orden de Cristo, de la que era general, Enrique impulsó las exploraciones con concepción moderna. Ocupó un lugar en el puente tendido entre el Medievo y el Renacimiento, en el que se apiñaban humanistas y hombres de ciencia.

El cambio era desigual y caprichoso. La población europea llegó al punto más bajo hacia 1440 y tardó unos treinta años en rehacerse. Rouen, que tuvo quince mil

habitantes antes de la Peste Negra, contaba sólo con seis mil a mediados del siglo XV. La catedral de Schlewig, que comparó sus ingresos de 1457 con los de 1352, descubrió que sus rentas y medidas de cebada, centeno y trigo habían disminuido un tercio. En muchos lugares desaparecieron las escuelas elementales hasta la época moderna. En 1439 el Bourgeois de París, que escribía un diario en aquellos años, anotó que la hierba crecía en las calles de la capital, y que los lobos atacaban a la gente en los suburbios semidesiertos. En la misma fecha el arzobispo de Burdeos se quejó de que, debido al azote de los *écorcheurs*, los estudiantes no podían buscar la perla del conocimiento en las universidades, pues «muchos han sido asaltados en el camino, retenidos, despojados de sus bienes y libros y, ¡ay!, en ocasiones, asesinados». Las pérdidas de cien años de guerra en ayudas, subsidios, capitaciones e impuestos indirectos, y moneda devaluada eran incalculables. Sin embargo, la convocatoria forzosa de tantos Estados y Parlamentos para la concesión de fondos pudo haber fortalecido el funcionamiento de los cuerpos representativos, aunque las cargas financieras provocaran la miseria y el antagonismo de clases.

En la primera década del reinado de Carlos VII, pocos percibían señales de futuro progreso, a causa de las continuas guerras, civiles y con el extranjero, escribió Thomas Basin, cronista normando del reino. A causa de «la negligencia y la desidia» de los funcionarios del rey, «la codicia y la debilidad» de los hombres de armas y su falta de disciplina militar, la devastación señoreaba desde Rouen a París, desde el Loira al Sena, sobre los llanos de Brie y Champaña, y desde el Sena hasta Laon, Amiens y Abbéville. «Y se temía que las huellas de tal devastación se consolidasen y permanecieran visibles, a menos que la Divina Providencia atendiera más de cerca a las cosas de este mundo».

Lentamente, de modo casi inverosímil, la tarea de gobernar hizo un rey de Carlos VII, y la mejora de su suerte atrajo mejores hombres a su servicio. El gran financiero burgués Jacques Coeur proporcionó una base de dinero y crédito, y la artillería de sitio, mejorada por artilleros no pertenecientes a los rangos de la caballería, deshizo el dominio inglés en castillos y ciudades con una eficacia desconocida en el siglo XIV. Población tras población abrió sus puertas a las tropas del rey, con mucha más presteza, porque Carlos VII había efectuado al fin la reforma militar fundamental que había vencido a su abuelo Carlos V. En 1444-1445 logró establecer un ejército permanente, que incorporó y, al mismo tiempo, eliminó las compañías francas, el peor mal del tiempo. Bajo la nueva ley, veinte *compagnies d'ordonnance*, de cien lanzas cada una, fueron creadas, con dos arqueros, un escudero, un paje y un *valet de guerre* para cada lancero, por lo cual una sola compañía constó de seiscientos hombres. Dirigidas por los capitanes mercenarios más dignos de confianza, que reclutaban sus soldados, las compañías recibían paga y provisiones de la corona, mediante un tributo anual regular, y estuvieron acuarteladas en todos los puntos estratégicos de Francia. Con esfuerzo implacable lograron dispersar a los demás *écorcheurs*. Entre los síntomas de transformación de los años medios del siglo,

ninguno fue más importante que la innovación del ejército permanente. Significaba un principio de orden donde antes todo —plaga, guerra y cisma— lo había sido de desorden.

A la recuperación contribuyó la desgana inglesa por las conquistas. Enrique VI, en su madurez, quería la paz. Siendo soberano débil y titubeante, era un peón de las encontradas cábalas de los barones y prelados. La muerte de su competente tío, el duque de Bedford, no había dejado a nadie con personalidad suficiente para dirigir o poner fin a la guerra. Hacia 1450, los franceses habían recobrado toda Normandía; las ciudades se rendían en cuanto aparecían los trenes de artillería. Incluso la Aquitania inglesa se había reducido a poco más de los alrededores de Burdeos.

La última batalla se dio en 1453 en Castillon, la única base de Inglaterra, descontada Burdeos. Se cambiaron los papeles tradicionales, con alocado valor en los ingleses y eficacia burguesa en los franceses. Habiéndose rendido Castillon a Francia, John Talbot, conde de Shrewsbury, partió de Burdeos para reconquistarla. Según Basin era habitualmente más dado «a la osadía impetuosa que al asalto deliberado», e insistió, contrariando el consejo de un lugarteniente experimentado, en un ataque frontal a la cabeza de sus caballeros acorazados. Los franceses, a las órdenes de «cierto Jean Bureau, ciudadano de París, hombre bajo, pero decidido y audaz, particularmente diestro y perito en el uso de [la artillería]», había protegido su campamento con un foso, un terraplén reforzado con troncos y «máquinas de guerra»: culebrinas, serpentinas, ballestas y disparadores varios de proyectiles. Talbot y sus caballeros se arrojaron contra aquellas defensas y fueron rechazados con piedras, plomo y proyectiles de todo género. Talbot murió y su ejército fue derrotado. Burdeos cayó poco después. Nada quedaba del imperio continental inglés salvo Calais y una huera pretensión al trono de Francia.

Había terminado la guerra más larga, aunque quizá fueron pocos los que lo percibieron. Después de tantas treguas y recomienzos, ¿quién hubiera comprendido que había acabado? Sin ceremonia ni armisticio, tratado ni acuerdo, se había desvanecido la agónica aventura de cinco generaciones. Las nacionalidades se formaron durante ella. La guerra de los Cien Años, como las crisis de la Iglesia en el mismo período, quebraron la unidad medieval. Se amputó la hermandad de la caballería, de la misma suerte que no pudo sobrevivir el internacionalismo de las universidades, bajo los efectos combinados del conflicto bélico y del cisma. Entre Francia e Inglaterra la contienda dejó un legado de antagonismo que duraría hasta que la necesidad exigió su alianza en la víspera de 1914.

En el mismo año de Castillon, la locura dominó a Enrique VI, precipitando la misma pugna por el dominio del poder de la corona inglesa que tanto había perjudicado a Francia. Los soldados y arqueros sin ocupación, al regresar a Inglaterra, se incorporaron a las facciones de los barones, y sumaron su violencia y armas a la guerra civil de las Dos Rosas, que sustituyó a la de Francia. En la misma fecha de 1453 las formidables defensas de Constantinopla se derrumbaron bajo los cañones de

Mehmet II. Los otomanos usaron un tren de artillería de setenta piezas, dominadas por una extraordinaria, de la que tiraban sesenta bueyes y capaz de disparar balas de unos treinta y cinco kilogramos de peso. La caída de Bizancio ha proporcionado una data convencional para el fin de la Edad Media, pero algo más preñado de significado ocurrió al mismo tiempo.

En 1453-1454 Gutenberg produjo en Maguncia el primer documento impreso con tipos móviles, al que seguiría, en 1456, el primer libro impreso, la *Biblia Vulgata*. «El sol gótico —ha comentado Victor Hugo con adecuada grandilocuencia— se puso detrás de la gigantesca prensa maguntina». El nuevo medio de propagar conocimiento y cambiar ideas se divulgó con rapidez nada medieval. Las prensas impresoras aparecieron en Roma, Milán, Florencia y Nápoles en la década siguiente, y en París, Lyon, Brujas y Valencia en la de 1470. La primera partitura musical se imprimió en 1473. William Caxton estableció su imprenta en Westminster en 1476, y publicó la insuperada obra de prosa inglesa titulada *Morte d'Arthur* (*Muerte de Arturo*), de Malory, en 1484.

Con los Tudores en el trono de Inglaterra, se llegó a un acuerdo con Francia en el Tratado de Étaples, en 1492, año mucho más significativo por otras razones. Las energías que Europa había desahogado en las cruzadas encontrarían un nuevo derrotero en los viajes, descubrimientos y poblamientos del Nuevo Mundo.

Tras la muerte de Enguerrand VII, el linaje de los Coucys pendió de un solo hilo: Robert de Bar, hijo de Marie. Philippa murió sin descendencia. Isabel, nacida del segundo matrimonio de Enguerrand, falleció en 1411, seguida o precedida unos seis meses por su único retoño, una hembra. Perceval, el Bastardo de Coucy, legó en 1437 su *seigneurie* al marido de la hija de Robert de Bar, de lo que se colige que el único descendiente de Enguerrand VII murió sin prole. Sin embargo, aquel hilo único llevaría a un monarca. Jeanne, hija de Robert de Bar, casó con Louis de Luxemburgo, condestable de Francia, y la niña que tuvo de él contrajo matrimonio con un Borbón de la rama de san Luis. El nieto de los últimos, Antonio de Borbón, se casó con Juana de Albret, reina de Navarra, y su hijo, con su pluma blanca navarra y su célebre frase —«París bien vale una misa»— ocupó el trono como Enrique IV. Valiente, ingenioso, enamoradizo y equitativo, fue el rey más popular de Francia y —quizá debido a unos cuantos genes de Enguerrand VII— el más racional.

La gran baronía de Coucy, unida a los dominios reales bajo Luis XII, hijo de Charles de Orléans, perteneció a la rama orleanesa de la dinastía regia. Durante la minoridad de Luis XIV —cuyo hermano Felipe de Orléans tenía el título de señor de Coucy—, el formidable castillo, edificado para asombro de reyes, se convirtió en foco de la Fronda, liga aristocrática opuesta al regente, el cardenal Mazarino. Éste, para destruir una base de sus adversarios, voló partes de la fortaleza en 1652, y, si la hizo inhabitable, los medios de que disponía resultaron inadecuados para derrocar al

titánico *donjon*. Un terremoto, en 1692, lo maltrató aún más, dejando una grieta irregular desde lo alto a lo bajo del *donjon*, pero continuó en pie, custodiando las salas vacías que le rodeaban. Un centenar de años más tarde, el último señor de la baronía fue el duque de Orléans, llamado Felipe *Égalité* (Igualdad), quien, como miembro de la Convención Nacional, votó la muerte de Luis XVI y doce meses después fue a su vez víctima de la guillotina. Sus propiedades, incluido Coucy, pasaron al Estado.

Mientras tanto, el monasterio celestino de Enguerrand en Villeneuve de Soissons había sufrido el vandalismo de los hugonotes, había sido restaurado y arruinado en las luchas de la Fronda, y vendido como *château* cuando se suprimió la orden celestina en 1781. Saqueado durante la Revolución, pasó de mano en mano hasta que, en 1861, lo adquirió el conde Olivier de la Rochefoucauld. Los intentos de perpetuidad de Enguerrand se vieron defraudados, como suele ocurrir.

Bajo Napoleón III, la Comisión de Monumentos Históricos recomendó la restauración del castillo de Coucy y, a falta de ello, obras urgentes para contener las injurias del abandono. Había que decidir entre Coucy y Pierrefonds, castillo más lujoso que Louis de Orléans construyó a fines del siglo XIV. La decisión benefició a Pierrefonds, porque los arreglos de Coucy hubieran costado tres veces más y la emperatriz Eugenia prefería Pierrefonds, porque se hallaba más cerca de París. Por desgracia, el arquitecto Viollet-le-Duc, restaurador de lo medieval, no cuidó la mayor estructura militar de la Edad Media. «Junto a este gigante las demás torres conocidas son husos», escribió. Todo lo que hizo fue ceñir el gigante con dos cinturones de hierro, reparar el tejado y la grieta más grande, y nombrar un portero que impidiese el robo de las piedras caídas del edificio.

Silencioso, desierto, habitado por lechuzas, aquel gran hito inspiraba todavía admiración respetuosa. Los turistas lo visitaban, los arqueólogos estudiaban su estructura, y los artistas dibujaban sus planos y monumentos. La vida seguía en la aldea puesta a sus pies y en la carretera que se retorcía ladera abajo y se dirigía por el valle hacia Soissons. El *donjon* asistía impasible al tiempo y a los desórdenes humanos y los de la naturaleza, pero no a los del siglo XX.

En 1917 Picardía, invadida una vez más, estuvo ocupada durante tres años por el ejército alemán. El príncipe Rupprecht de Baviera, comandante del sexto ejército, solicitó del general Ludendorff, jefe del estado mayor general, que se respetase el castillo de Coucy como tesoro arquitectónico único de infrecuente importancia militar. Ningún bando, indicó, había intentado utilizarlo con propósitos bélicos, y su destrucción «representaría un golpe inútil a nuestro prestigio». Ludendorff no se enternecía con alusiones a la cultura. Coucy había sido imprudentemente presentado a su atención y decidió convertirlo en ejemplo de valores superiores. Relleno de veintiocho toneladas de explosivos, por orden expresa suya, fue arrasado el coloso que Enguerrand III había alzado en la edad de los más grandes constructores desde Grecia y Roma.

Las murallas exteriores, cimientos, habitaciones subterráneas y túneles, porciones de las murallas interiores y de las puertas, sobreviven sobre hectáreas y más hectáreas de piedras revueltas. En un dintel resquebrajado el caballero sin armadura lucha aún con el león. Durante setecientos años el castillo había asistido a ciclos de esfuerzos y fracasos humanos, de orden y desorden, de grandeza y decadencia. Sus ruinas continúan en la cima picarda, mudas observadoras de los giros de la rueda de la historia.

Notas

[*] De seiscientas catorce concesiones de legitimidad, en 1342-1343, cuatrocientas ochenta y cuatro correspondieron a miembros del clero. <<

[*] En el original *curfew*, «cubre fuego», lo que explica mejor la prohibición que sigue. (*N. del t.*) <<

[*] Téngase en cuenta que Córdoba fue reconquistada por Fernando III el Santo en 1236. Por consiguiente, la aseveración en su caso es bastante discutible por lo menos. (*N. del t.*) <<

[*] Se supone que este acuerdo, negociado con el representante de Inglaterra en Aviñón, fue lo que le mereció el nombre de Carlos el Malo; pero algunos lo discuten, afirmando que se lo habían dado sus súbditos españoles, cuando contaba dieciocho años de edad. De hecho, no se debió a los contemporáneos, pues no aparece en las crónicas hasta el siglo XVI. <<

[*] Título procedente de la palabra latina *capitalis*, «cabecilla». <<

[*] Localidad de Surrey, donde el rey Juan otorgó la Carta Magna el día 15 de julio del año expresado. (*N. del t.*) <<

[*] Si *ell* era el flamenco de veintisiete pulgadas, la colcha debió de medir cinco metros por cinco y medio; si el inglés de cuarenta y cinco pulgadas, ocho metros y medio por nueve. <<

[*] En un manuscrito iluminado del siglo XIV, la Soberbia es un caballero sobre un león, la Envidia un monje sobre un perro, la Pereza un labrador sobre un burro, la Avaricia un mercader sobre un tejón, la Gula un joven sobre un lobo, la Ira una mujer sobre un jabalí, y la Lujuria (en lugar de la Lascivia corriente) una mujer sobre una cabra. <<

[*] Si se juzga por la diversa grafía de los nombres propios a uno y otro lado del canal de la Mancha, se concluye que la pronunciación vulgar casi se acercó a lo ininteligible para los dos pueblos interesados.

La Priora de Chaucer hablaba francés

según la escuela de Stratford en Bowe,

pues ignoraba el francés de París. <<

[*] Se llamaba Giovanni o Gian Galeazzo, pero se usa el segundo nombre para distinguirle de su hijo Gian Galeazzo el Joven. <<

[*] Con una pasta de yemas de huevo pulverizadas, azafrán y harina, a veces mezclados con auténtica hoja de oro. <<

[*] El Museo Histórico de Berna la describe como una reproducción del siglo XV de la original. Bernard Aucien piensa que tal vez se cogió en 1388, cuando los suizos recobraron Nidau, cedida a Coucy al final de la campaña de Argovia. <<

[*] Las fuentes suizas informan de que la cesión no se efectuó hasta una década más tarde, cuando Leopoldo necesitó la colaboración de Coucy contra los suizos en la lucha que culminó en Sempach. <<

[*] Los otros fueron Lionel, fallecido en Italia; Joanna durante la Peste Negra; Margaret, casada con el conde de Pembroke, y Mary, esposa del duque de Bretaña. <<

[*] No resulta claro si los correos fueron enviados a ella, estando en Francia, o si fue ella quien los mandó desde Inglaterra a su marido. <<

[*] Robersart se estableció en Inglaterra con tres hijos y fundó un linaje que concluyó dos siglos después en Amy Robsart, la desventurada mujer de Robert Dudley, conde de Leicester, favorito de Isabel I. <<

[*] El cuarto, el anciano Tebaldeschi, había muerto. <<

[*] Pedro IV. Su hijo (y heredero) era Juan I, y la esposa difunta Martha de Armagnac. (*N. del t.*) <<

[*] El hotel, que algunos manuscritos contemporáneos llaman Rieulet o Nieulet, se hallaba en la desaparecida calle de Saint-Jean-en-Grève, que iba desde el actual Hôtel-de-Ville a la calle de Rivoli. La residencia se registró como vendida a Raoul de Coucy, «*conseiller du Roi*» (consejero del rey), en 1379. Probablemente se trata de un error por Enguerrand, quien en una escritura de 1390 se refiere a ella como «nôtre hostel à Paris» (nuestro hotel en París). <<

[*] El nombre de Sicilia quedó unido históricamente al de Nápoles, a pesar de que la isla quedó desgajada del reino. <<

[*] En 1388, Giovanni de Mussi, de Piacenza, declaró que una familia de nueve personas con dos caballos necesitaba un ingreso mínimo de trescientos florines anuales. En 1415 un italiano rico gastó quinientos setenta y cuatro en las fiestas de su boda. Un artesano bien pagado de aquel período ganaba alrededor de dieciocho florines al año. <<

[*] Quiso la suerte que se conservaran las cuentas de Coucy-le-Château del año 1386-1387 el tiempo necesario para que un arqueólogo local, Lucien Broche, publicara un informe sobre ellas en 1905-1909. Los originales desaparecieron durante la Primera Guerra Mundial, que tantos daños causó en Picardía. <<

[*] El original reza: «*M'a souvent le poing fouci / De beaux florins a rouge escaille*». Resulta oscuro, mas quizá se refiera a que las monedas no gastadas o íntegras se colocaban a menudo en una bolsa atada y sellada con cera de color, en este caso roja. <<

[*] Los europeos de la época la llamaban «África» o «Auffrique», y a veces la confundían con Cartago, la antigua Túnez. <<

[*] Sarraceno era un vocablo que abarcaba sin discriminación alguna a todos los musulmanes, fuesen bereberes, árabes, moros o turcos. <<